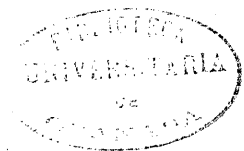


174



HISTORIA
DE
GRANADA Y SUS CONTORNOS.



1749.

1749.

HISTORIA
DE
GRANADA Y SUS CONTORNOS.



R. 23255

GRANADA Y SUS CONTORNOS.

HISTORIA

DE ESTA CELEBRE CIUDAD

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS.

Su arqueologia y descripcion circuns-
tanciada de cuanto digno de admiracion
se encuentra en ella.

POR

José Francisco de Luque.



GRANADA.

IMPRENTA DE SU EDITOR D. MANUEL GARRIDO.

GARRERA DE GENIL NUMERO 11.

i 1489/151

Esta obra es propiedad de su Editor,
quien con arreglo á la ley vigente, y
convenciones internacionales, perse-
guirá á quien la reimprima.

*A un apreciable amigo y distinguido
subscritor de este libro*

*Jose Fran
de Siquel*

PROLOGO.

Nada mas útil, nada mas necesario en una ciudad de primer orden como GRANADA, cuyos recuerdos atraen de continuo multitud de admiradores; en una ciudad, cuyos monumentos nos transmiten su grandeza despues de cinco siglos; nada mas útil, repetimos, que un libro en que se reseñen aquellos antiguos y esclarecidos hechos, que perpetuarán su memoria; aquellos notables contemporáneos acontecimientos, que aun no estan consignados en ningun otro, y que sin duda la honran y la ennoblecen.

Tales pueden considerarse los movimientos políticos ocurridos últimamente; la exaltación al trono imperial de Francia de Maria Eugenia de Guzman y Portocarrero, condesa de Teba, natural de esta ciudad, y cuyos ascendientes tanta parte tomaron en las guerras religiosas, que por espacio de setecientos años se sostuvieron entre principes cristianos y sarracenos; y otros varios, en fin, que nos abstenemos de referir en este lugar, por no ser difusos.

Nosotros, pues, bien convencidos de su grande utilidad, nos hemos decidido a escribir obra tan digna del objeto á que se dirige. En ella no solo haremos reseña de aquellos grandiosos acontecimientos que tuvieron lugar en Granada, sinó de sus antigüedades, de la belleza de sus contornos, y de cuánto notable se encuentra en ella, con tal claridad y dándole un orden tal, que no deje nada que desear y pueda servir de guía al viajero que quiera visitarla.

La exactitud y laconismo en la narración, así como la llaneza en el lenguaje, formarán su distintivo, pudiendo bien asegurarse, que en su clase es la publicación mas completa que hasta ahora ha visto la luz pública.

PARTE HISTORICA.

CAPITULO PRIMERO.

ILLIBERI.—SU FUNDACION.—SU ESTADO DURANTE LAS GUERRAS PUNICAS.—SU DECADENCIA.—FOMENTO DE LA COMARCA ILLIBERITANA.—PROGRESO DE LA AGRICULTURA, DE LA INDUSTRIA, DEL COMERCIO Y DE LAS ARTES.—CRISTIANISMO.—CONCILIO ILLIBERITANO.

Las cuestiones mas controvertidas en la historia de *Granada*, han sido la existencia de *Illiberi*, la etimología de su nombre, la época de su fundación y el lugar en que estuvo situada.

Nosotros, pues, no nos ocuparemos de su examen en este lugar: pero si diremos, que desvanecido en algun tanto el velo que las oscurecia, se cree que su origen es fenicio; que se fundó despues que aquellos extranjeros colonizaron en Cádiz, y que se hallaba situada al Este de la sierra de Elvira, en la llanura que se extiende entre ella, el lugar de Atarfe y el rio de Genil, distante como cuatro millas de Granada.

El testimonio de algunos historiadores árabes y es-

pañoles han robustecido esta opinion, haciéndola muy probable para nosotros la observacion que tenemos hecha de una gran porcion de cimientos, algunos de consideracion en el camino que de aquella ciudad se dirige á Pinos de la Puente, y el descubrimiento reciente de un cementerio construido en la base de Sierra de Elvira, cuyas apariencias hacen sospechar perteneceria á un pueblo de no pequeño rango.

Sin embargo, Al-Kathib Al-Salemi, uno de los escritores árabes de mas reputacion, en su historia de Granada, que principia en la invasion africana, la considera solo como una fortaleza: nosotros, pues, nada hemos encontrado en las historias antiguas que detenidamente hemos examinado, que dé una idea de su categoria antes de la invasion de los cartagineses; lo cual induce á creer que no seria poblacion de mayor interés.

Hechos dueños de la península aquellos estrangeros, y engrandecidos por medios indecorosos, lanzaron de ella á los fenicios, para lo cual se valieron de una politica traidora y degradante.

Empeñada con los romanos una lucha larga y sangrienta, nuestra comarca, que comprendia veinte y ocho pueblos, estendiéndose por el pais iliberitano, en la parte que hoy abraza la jurisdiccion de Granada, fué aliada de aquéllos, hasta la terminacion de la segunda guerra púnica.

La depravada conducta de los gobernadores romanos y su avaricia luego que la república se enseñoreó absoluta en España, causó grande disgusto en los naturales. Despertó en ellos el espíritu pátrio, conocieron la maldad de sus opresores, y decidieronse á sacudir el yugo que los arrastraba tras el ominoso carro del despotismo.

Se rompieron las hostilidades, y comenzó á derramarse de nuevo la sangre de los hijos de la Iberia en defensa de sus derechos y de su libertad. La campaña fué muy porfiada, y los romanos sufrieron graves pérdidas, si bien, durante aquella, el pais iliberitano experimentó reiterados estragos, pues en él se estableció por algun tiempo el teatro de la guerra, y corrió la suerte

de los demas pueblos, hasta que terminada la lucha en el imperio de Augusto, comenzó á fomentarse á impulso de su buena administracion.

La agricultura, el comercio, la industria, las ciencias, todo, todo progresó simultáneamente, de tal manera, que un pais devastado á efecto de la guerra asoladora que por tantos años lo habia afligido, y quedara reducido á la escasez y miseria, comenzó á engrandecerse, reponiéndose de los estraordinarios perjuicios que un mal gobierno y una liza interior le habian ocasionado.

Tambien por este tiempo el idolismo tocaba ya su fin. El astro de la verdadera religion, la antorcha del cristianismo habia aparecido allá en la Judea, y debian principiarse á desvanecer las tinieblas que oscurecian los infalibles fundamentos de las verdades evangélicas.

El pais iliberitano tuvo la suerte de ser de los primeros que admitieron la cristiandad. El estado floreciente que los ramos de la riqueza pública habian adquirido, segun dejamos indicado, hizo que nuestros pueblos sostuvieran activamente relaciones mercantiles con las regiones orientales: este continuo trato no podia menos de atraer un gran concurso á sus plazas marítimas, y les proporcionó antes que á otros iniciarse en los dogmas cristianos. Muchos fueron los obstáculos que para su progreso encontró la nueva ley; así que, se estendió muy paulatinamente, y no sin grandes sacrificios y crueles persecuciones.

Cuatro siglos trascurrieron, sin que las oscilaciones que agitaran el pais, causadas por emperadores impios, pudieran destruir el gérmen que debía prestar nueva vida á los seres animados, ni desvanecer la luz que los guiara á la felicidad eterna.

En el intermedio de los años 300 á 304, segun la comun opinion, tuvo efecto la celebracion del concilio iliberitano, primero de España, al cual asistieron diez y nueve obispos, que son los siguientes:

Felix, obispo de Guadix, como mas antiguo, presidió el concilio.
Osio, obispo de Córdoba.

Sabino, de Sevilla.
Comerino, de Martos.
Sinagio, de Cabra.
Secundino, de Cazlona.
Pardo, de la Guardia.
Flavio, de Iliberi.
Cantonio, de Villaricos.
Liberio, de Mérida.
Valerio, de Zaragoza.
Decencio, de Leon.
Melancio, de Toledo.
Januario, de Sabiote.
Vicencio, de Huelva.
Quinciano, de Ehora.
Sucero, de Lorca.
Entiquiano, de Baza.
Patricio, de Málaga.

Ademas concurren á él veinte y cuatro presbíteros y un número considerable de diáconos y de legos.

Se acordaron ochenta y un cánones sobre el bautismo, penitencia, eucaristía, matrimonio, confirmacion, órdenes sagradas, continencia, y sobre otros varios ramos de doctrina católica y disciplina eclesiástica.

Finalmente, hasta el tiempo de los godos, se observó el rito mozárabe que introdugeron en España los siete promulgadores de la ley evangélica, en cuya época tuvo modificaciones, y aun fué perseguido, quedando de un todo abolido en el reinado de Sancho I de Aragon.



CAPITULO II.

— 2 —

LAS NACIONES DEL NORTE.—SU INFLUENCIA EN EL PAIS ILIBERITANO.—ACONTECIMIENTOS ANTERIORES A LA INVASION DE LOS AFRICANOS.

Luego que las naciones del norte invadieron á España en el año 411 de J. C., se repartieron el territorio, correspondiendo á los silingos, tribu que se hallaba unida á la de los vándalos, la parte septentrional del pais granadino, colindante á la provincia cartaginense, que ocupaban los alános. Por desavenencias entre ambas tribus se declararon la guerra, y los pueblos de la comarca iliberitana comenzaron nuevamente á sufrir los estragos de la guerra civil, hasta que los godos, por disposicion del emperador Honorio, hicieron por medio de las armas, que unos y otros desalojaran el territorio, retirándose á otras provincias de España. Este acontecimiento restituyó plena libertad á los naturales, si bien, sometidos á los romanos como lo estaban antes, pero bajo la salvaguardia de los godos.

En el discurso de algunos años fueron continuas las correrias de los suevos en el pais iliberitano; que unidas á los excesos de los gobernadores romanos, lo cons-

tituyeron en un completo estado de miseria y desolación.

Empero, luego que los godos lanzaron de la mayor parte de él á los romanos, comenzó una nueva era, en que disfrutándose de tranquilidad, los naturales pudieron en algun tanto reponerse de los grandes males ocasionados anteriormente, para volver á experimentar otros nuevos, y acaso mayores.

Así se verificó: el clero católico, deponiendo los verdaderos principios de su instituto, olvidando las doctrinas del divino maestro, y escudados con el natural hipócrita que les caracterizaba, encendieron entre godos y romanos la tea de la discordia, y principiaron de nuevo las guerras intestinas, en que nuestro país no dejó de sufrir iguales ó mayores desgracias que habia sufrido en épocas anteriores.

Como hemos dicho, el clero de acuerdo con los imperiales, habian hecho una guerra sorda á los godos, consiguiendo de este modo verse perseguidos por ellos, luego que lanzaron de un todo á los romanos, hasta tanto que se disfrutó de tranquilidad por la subida de Recaredo al trono. Aquella no fué interrumpida sino por algunas tentativas de los africanos para hacerse dueños de España; las cuales fueron infructuosas, porque las armas godas obtuvieron siempre un completo triunfo.

Durante este período, la agricultura, si bien no llegó al grado de prosperidad que en otros tiempos se conociera, se estrajo al menos del abatimiento en que yacia, conocida que fué por los conquistadores su utilidad. Sin embargo, la fertilidad y clima afable del país ilibérico, contribuyó en gran manera á que en él prosperase mas que en otro alguno; obteniendo á sí mismo mas ventajas que en los demas de la península las artes, la industria y el comercio. También el cristianismo sufrió en él mas embates; pero siempre sobresalió el estandarte de la cruz, y resplandeció la aureola de la verdadera religion.

Así permanecieron las cosas, con pequeña alternativa de mayor ó menor tranquilidad, de mas ó de menos

progresos en los ramos de la riqueza pública y de la literatura, hasta que la invasion de los africanos varió absolutamente la faz de nuestro país, hizo sucumbir para siempre el trono godo despues de tres siglos, y aizó el imperio de la media luna por mas de setecientos años.



CAPITULO III.

INVADEN LOS AFRICANOS EL PAIS GRANADINO.—SU ENTRADA EN EL.—SUS MEDIDAS PARA EL ORDEN PUBLICO.—ABELLAZIZ VISITA NUESTRA COMARCA.—SU CONDUCTA.—DISTRIBUCION DEL TERRITORIO.—LUCHA ENCARNIZADA QUE PRODUJO.—CONJURACION EN ELVIRA.—ABDERRAMAN ENTRA EN NUESTRO TERRITORIO.—GUERRA CIVIL.—BATALLA DE ALMUÑECAR.—TRANQUILIDAD.—NUEVA GUERRA.—FUNDACION DE LA ALCAZABA.—SE RESTITUYE LA PAZ.

El triunfo obtenido por los africanos en la batalla de Guadalete el año 711, les allanó la senda para la conquista de la mayor parte de España.

Dividido por Tharig en columnas espedicionarias el ejército invasor, Zayde-Ben-Kesadi, uno de sus caudillos, despues de sugetar varios pueblos del litoral de Málaga, se dirigió al país iliberitano, sin causar efusión de sangre, y sin hacer directamente el menor daño. Los vecinos de Elvira (1) viendo cuan contraria era su comportacion amistosa y afable á la idea que de ellos

(1) Así nombraban á Iliberi. Algunos historia-tores retrasan á época posterior la venida de los conquistadores al país granadino.

tenian formada, depusieron el terror y el espanto que les sobrecogiera con la noticia de su aproximación. Ninguna medida hostil adoptó el gefe africano; solo si dispuso armar á los judios, que sin duda debian serle adictos, ya por simpatias en sus religiones, ya por las persecuciones que sufrieran anteriormente.

Los israelitas segun se cree, habitaban en las inmediaciones de Elvira, en la loma y campo de *Albunest* ó del Príncipe, estendiéndose hasta Torres-Bermejas, y en parte de lo que antes comprendian las parroquias de San Matias y Santa Escolástica. Este barrio, ó llámesele pueblo, se hallaba defendido por elevadas torres: era el mas antiguo en el término de Elvira, y los árabes le llamaban *Garnathad al Jahud*, Granada de los Judios. Zayde no paró en este país mas que el preciso tiempo para dar descanso á sus tropas, y hacer egecutar aquella medida de precaucion, dirigiéndose despues para Jaen.

Los conquistadores seguan cogiendo laureles por doquier, en tanto que Muza, emir de Africa, noticioso de los progresos que Tharig hacia en España, y atormentado de la infame pasion de la envidia, preparó su viage para la península; y habiendo arribado á ella, emprendió en la Lusitania y en Estremadura árduas empresas en que perdió mucha gente, viéndose obligado á pedir socorro á Africa. Prontamente lo recibió al mando de su hijo Abdelaziz, y prosiguió sus correrias.

Este jóven caudillo se dirigió á las comarcas de Valencia y Murcia, que sugetó despues de algunos encuentros con el conde Teodomiro; y tomando el rumbo de Andalucía, ocupó á Guadix y Baza, y bajó á tierra de Elvira. El resultado de esta espedicion practicada sin sintoma alguno de alarma, fué dispensar á los judios nueva proteccion y contribuir en cuanto posible era á su prosperidad, pues conocia muy bien los buenos servicios que podian prestar en favor de la causa musulmica. Sin embargo, previsor de ulteriores resultados, dejó en la pequeña colonia una corta guarnicion, ya para que pudiese apoyar en cualquier caso á los nuevos aliados, y ya para que los reprimese, si pro-

yectaren alterar en lo mas mínimo la paz y tranquilidad que se disfrutaba en el país.

En seguida pasó á Elvira donde fué recibido con las mayores muestras de amistad y respeto. Dejó en ella otro destacamento; siguió su marcha por la vega, y despues de visitar las principales poblaciones, se dirigió á Málaga.

Digna es por cierto de elogio la conducta observada por este caudillo de la media-luna en la expedicion que acabamos de referir. Su trato amable y complaciente, y su comportacion amistosa, le captaron las voluntades de todos. No alteró en manera alguna las costumbres de los naturales del país; se respetó el clero en lo respectivo al desempeño de su ministerio, continuaron egecutándose los actos religiosos con la misma publicidad que antes, y los obispos del territorio permanecieron en el goce de todas sus atribuciones y derechos sin la menor restriccion.

La venida de Muza á España fué la voz de alarma para despertar rencores y preparar la guerra civil que entre los mismos conquistadores se desenvolvió y continuó muchos años, hasta que á costa de mucha sangre se reasumió todo el poder, toda la autoridad en el califato de Cordoba. Mas estas disensiones intestinas no impidieron poner en egecucion proyectos de gran interés, no solo á sus miras, sino para los mismos españoles. Se estableció un régimen judicial independiente del militar, y se nombraron cadíes que dirimieran las discordias familiares, siendo Elvira, Guadix y Baza de las poblaciones que en nuestro país obtuvieron aquella prerrogativa.

Distribuidos los terrenos entre las tribus que se hallaban en la península, correspondió el de Elvira á las de Damasco; pero descontentas algunas otras con la parte que se les designara, tomaron las armas y cometieron toda clase de excesos. Esto dió lugar á que las tribus pacíficas, y que se hallaban contentas con lo que se les había señalado, tuviesen que tomar parte para defender sus propiedades y sus derechos, como sucedió á los de Damasco, que unidos á los sirios de las co-

marcas limítrofes, comenzaron bien á su pesar una lucha porfiada contra los usurpadores. Al fin, estos trastornos se cortaron y se restituyó la tranquilidad al país.

No así en las demas comarcas de España dominadas por los sarracenos. Mal avenidos los gefes de las tribus, ya ávidos de poder, ya desdeñosos de someterse á sus enemigos, se veian envueltos en continuas desavenencias, y la España árabe se hallaba en una completa anarquía. Empero, aspirando á la paz la mayor parte de aquellos caudillos, proyectaron por unánime acuerdo y con la mayor reserva, hacer independientemente de los califas de Damasco el gobierno de España. Eligieron como gefe del estado á Abderraman nieto de Abdelmelic, califa de la dinastia omniade, entonces proscripita.

Para llevar á cabo estos planes, se estableció el centro de la conjuracion en tierra de Elvira. En la Alpujarra se hicieron todos los preparativos de guerra necesarios; y en aquel territorio, tan á propósito por su escabrosidad, se reunieron ocultamente las tropas confederadas, que debian estar prontas á la primera señal. A la vez se hacian los aprestos necesarios para recibir á Abderraman en uno de los puertos del litoral de la comarca de Elvira.

En efecto, el dia 2 de Rabin primero (14 de agosto de 757) desembarcó el jóven caudillo en *Al-Mancab* (Almuñecar), acompañado únicamente de una guardia de guerreros zenetes. La concurrencia á este acto fué inmensa, el entusiasmo imponderable. Los gefes de las tribus federadas se le presentaron á ofrecerle su sumision y su apoyo, y con particularidad Kaled y Otman que lo eran de las establecidas en Elvira. Tomó algun descanso en aquella ciudad, y atravesando la Alpujarra por su parte occidental, á la cabeza de sus zenetes, que llevaban el blanco pendon de los Omniades, y de las huestes que comenzaron á formar su pié de ejército, se dirigió á Elvira.

La ovacion que recibió en esta ciudad, como en todos los pueblos del tránsito, no es fácil espresar; mil y

mil jóvenes ambiciosos de gloria, corrian á unirsele, de modo que en corto tiempo aumentó su hueste considerablemente, y marchó á Sevilla para dar principio á su santa misión.

Sin detenernos en los grandes sucesos que se siguieron á esta jornada, y concretándonos solo á los que tuvieron lugar en nuestro país, diremos que despues de haberse roto las hostilidades entre Abderraman y Yuzuf, habiendo sido este derrotado, y organizando su ejército en algun tanto, se dirigió al país granadino con el siniestro fin de vengarse de las tribus federadas en favor de su adversario. Apesar de la gran oposición que encontró en su marcha, y derramando arroyos de sangre musulmana, consiguió penetrar hasta la villa de los judíos, y hacerse dueño de la fortaleza de Torres-Bermejas.

Esta posición le daba la ventaja de poder hacer correrías por la vega y pueblos del distrito de Elvira, acogiéndose en caso necesario á un castillo verdaderamente inexpugnable. La llegada de Abderraman á nuestro país, puso á Yuzuf en la necesidad de abandonar su punto de defensa, y retirarse á la Alpujarra, que creyó terreno mas á propósito para su seguridad, viéndose perseguido por el caudillo Ommiade. Este no dejó de ir en su seguimiento hasta que alcanzado en las playas de Almuñecar le presentó la batalla, que aceptó el emir feherita, por que de ninguna manera pudo prescindir de ello. Aquella fué reñida y sangrienta, pero la victoria quedó por Abderraman. Yuzuf se vió en la necesidad de retirarse con las pocas tropas que le quedaban, de las cuales una gran parte se le diseminaron en su tránsito por la Alpujarra ya haciéndose dueños de fortalezas que creían seguras de los ataques del enemigo que los perseguía tenazmente, ya en clase de deserción viendo tan mal parada la causa feherita.

Encerrado pues, Yuzuf de nuevo en la villa de los judíos y Torres-Bermejas, se vió en el último apuro. Establecido por Abderraman un estrecho cerco, no le quedaba otro auxilio que capitular, como lo verificó por un convenio, segun el cual los sitiados quedarían

en plena libertad; pero entregando aquella fortaleza y las demas que estaban ocupadas por sus soldados.

Verificado así, Yuzuf se retiró á Murcia; y Abderraman, que ya estaba reconocido como rey de España, partió para Córdoba, quedando completamente tranquilo el país de Elvira. (año 736.)

Poco tiempo disfrutó de este beneficio, pues alzándose nuevos caudillos contra Abderraman, se volvió á encender la guerra civil. Algunos de los rebeldes conociendo que sus fuerzas no podían competir con las del monarca islámico, se acogieron á puntos inexpugnables de la Alpujarra, desde donde hacían salidas y causaban los mayores estragos, sin que el celo que Ased, wali de Elvira, desplegara en su persecución, fuera suficiente á reprimirlos y evitar los males que con sus algaras causaban en todo el país. Apoyados por refuerzos que recibieron de Africa, redoblaron sus expediciones, lo cual dió motivo á que los vecinos de aquella ciudad se viesen obligados á buscar punto en que disfrutasen de la seguridad de que carecían en ella, por no ser población fortificada; y he aquí la época, en que segun el parecer de algunos historiadores, se comenzó á fundar la Alcazaba de Granada, por los habitantes de Elvira, que abandonando sus hogares, asentaron su residencia en aquella colina. (Año 763.)

Algunos años duró esta guerra asoladora hasta, que cargando sobre los rebeldes fuerzas considerables, fueron completamente deshechos y derrotados, cuya victoria proporcionó al país granadino algunos años de tranquilidad. (Año 772.)



CAPITULO IV.

GUERRA RELIGIOSA EN EL PAIS GRANADINO.—NUEVOS ASPIRANTES AL CALIFADO.—LE DAN MAYOR INCREMENTO.—SE HACE LA COMARCA GRANADINA EL TEATRO DE ELLA.—TRANQUILIDAD.

En tanto que los pueblos disfrutaban tranquilidad, y se dedicaban al fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, el gérmen de la rebelion fermentaba ocultamente, y los revoltosos agitaban la tea de la discordia, aproximándola mas y mas á los combustibles que debian emprenderse para que estallara otra nueva revolucion.

Muchos eran los elementos que para' ello se encontraban en el territorio dominado por los musulmanes. Las diferentes tribus que residian en la península, que si bien no aspiraban al poder, pretendian, si, hacerse independientes, la ambicion de los emires en sus respectivas provincias, que no podia menos de ir acompañada de un mal gobierno y crear el disgusto general; las continuas discordias que tenian las razas, emulas entre si; la heterogeneidad de las religiones, que habia creado con el discurso del tiempo un ódio reciproco ó implacable, no solo entre los árabes y mezára-

— 83 —
bes sino con los muzlitas, que componiéndose de sangre mora y cristiana se consideraba acaso la mas poderosa, eran suficientes causas para que en todos tiempos y á todas horas estuviese amenazado el sosiego y la tranquilidad pública.

En efecto, los muzlitas, enemigos mas irreconciliables aun de los mezárabes que los sectarios mismos del islam, trabajaron sin descanso contra ellos, hasta que declarándose en guerra abierta los pusieron en el mayor conflicto. Apesar del poco ó ningun apoyo con que contaba el cristianismo, sus partidarios dieron la cara sin embozo ni antifaz, y hasta llegó el caso de entrar á predicar en las mezuqitas los santos dogmas del crucificado.

Esta provocacion se desenvolvió en Elvira mas que en otras comarcas, de tal manera, que pudo considerarse como una guerra civil religiosa con formas colosales. Sus resultados fueron la persecucion, y que se derramara impunemente mucha sangre cristiana. Los monjes Leovigildo y Rogel, el presbítero Fandila de Guadix y otros muchos, fueron víctimas en aquella desastrosa época. (Año 832 y 833.)

Pos este tiempo, pues, las tribus árabes habian adquirido cierta preponderancia aristocrática, cierta independencia, que las hacian respetables al trono; lo cual, unido á cuanto dejamos espuesto, precipitaba mas y mas las circunstancias, aproximándose con paso agigantado un dia de luto y de terror.

Por la muerte de Mohamed I los síntomas de rebelion se aumentaban en todas las provincias de la monarquía. El grito de alarma se dió en Sevilla, y resonó con el estruendo de las armas en la comarca de Elvira, en la cual, la mayor parte de sus alcaides estaban de acuerdo para el movimiento que debia estremecer el trono.

El estado de los pueblos de nuestro país, y la division de sus tribus cuando Abdallá, hijo segundo de Mohamed, subió al trono, favorecia en gran manera las miras de los revolucionarios. Hassan, uno de los principales caudillos de la rebelion quiso aprovecharse de estas circunstancias, y dispuso que Obeidallá-ben-

Omiad viniese inmediatamente á organizar cuerpos con cuantos quisieren tomar las armas contra el Califa. Una completa insurreccion agitaba toda la comarca; los pocos guerreros fieles al gobierno reconocido, se veian perseguidos y estrechados á los cortos límites de sus fortalezas. Unidos los muzlitas y mozarabes, y apoyados por Suar-ben-Andum y Jalid-ben-Suquela, que capitaneaban á los árabes de Baza, Guadix y Huéscar, hacian mas formidable la guerra que asolaba el territorio de Elvira.

Un cuerpo de seis mil hombres, compuesto de árabes y cristianos, marchó á las Alpujarras al mando de Suar, quien despues de haberse fortificado en puntos ventajosos, se declaró régulo de la comarca granadina; con lo cual tomó un aspecto demasiado imponente, y que no podia menos de hacer temer á las tropas reales.

En una de las muchas correrias que hizo por la vega, protegido por el génio de la guerra, empenó una accion bastante reñida con las huestes del califa, de la que salió completamente victorioso, haciéndose dueño de Elvira y de todas las fortalezas inmediatas, escepto Torres-Bermejas en que se guarecieron los vencidos, pero que al poco tiempo se vieron obligados á abandonar.

Otra victoria obtenida por el mismo caudillo en las inmediaciones de Jaen, y en cuya accion quedaron prisioneros, y fueron encerrados los principales caudillos del califa en las fortalezas de Granada, aseguró á los sublevados la posesion de toda esta parte de Andalucía; Suar permaneció con el gobierno de Elvira, Suquela con el de Guadix y Baza, y Obeidallá con el de Jaen, en representacion de Hassum.

Abdallá creyó que su presencia podria disminuir en algun tanto el espíritu de rebelion; y con un poderoso ejército se dirigió á nuestro país á marchas forzadas. Suar y Suquela puestos en combinacion, reconcentraron sus fuerzas en las fortalezas de Granada, y tan luego como tuvieron noticia de la aproximacion del califa, salieron al frente de la mayor parte de su hueste á tomar posiciones ventajosas y á propósito para impedirle

la entrada en la vega. En efecto, se situaron en sierra de Elvira, desde donde dominaban perfectamente los montes que se estienen á levante y norte, en terminos de Albolote y Caparacena, puntos por los cuales debia el soberano hacer su entrada.

No tardó mucho en que ambas huestes se avistaran. Las tropas reales en su primera acometida lanzaron de sus posiciones á los rebeides, y tuvieron que aceptar la batalla en terreno igual. Mucho tiempo duró indecisa la victoria, pero al fin se declaró en favor de Abdallá, favoreciéndole para ello la desgraciada muerte de Suquela, y el caer herido y prisionero Suar, que despues fué decapitado por orden del califa. (A. 890.) Este se dirigió hácia Loja, adonde tambien se encaminó Zaid, caudillo nombrado, despues de la pérdida de Suar. En campos de Huétor-Tájar se empenó otra batalla, cuyos resultados no fueron mas favorables para los rebeldes, que los de la vega de Granada; pues apurados hasta el último estremo, su gefe se vió obligado á rendirse, siendo tan cruel el vencedor, que á pesar del heron que imprimia en su frente, le hizo dar muerte bárbara por mano de un verdugo. Estos triunfos proporcionaron al califa ocupar la fortaleza de Granada y las ciudades de Elvira, estableciendo en todas ellas crecidas guarniciones al mando de gefes de su confianza para reprimir cualquier tentativa de los revolucionarios.

Los restos que de estos pudieron salvarse en la batalla de Huétor-Tájar nombraron por gefe á Azomor, y retirándose á los montes de la Alpujarra, dirigian de vez en cuando sus escursiones á tierra de Elvira, con el objeto de recoger botin y poner al país en consternacion.

La ambicion y la envidia que por lo regular trabajan de consuno, consiguieron introducir la discordia en aquellos restos del ejército revolucionario. Multitud de partidarios se alzaron contra Azomor, obligándole á dejar el mando y retirarse. Entregados los nuevos campeones al robo, al asesinato y á toda clase de escesos, las poblaciones se veian continuamente atropelladas por una tropa de vándidos, que con pretesto político, anhelaba su propio interés.

Causados los pueblos del país granadino de tantos trastornos y de tantos estragos, alzaron nuevamente á Azomor como gefe superior de la comarca. Este entabló negociaciones con el gobierno de Abdallá que no tuvieron efecto alguno, por la muerte de este. Abderaman III que le sucedió, publicó un indulto general; al cual se acogieron Azomor y Obeidallá, de cuyas resultas disfrutaron los pueblos cerca de dos años de tranquilidad. Esta solo se perturbó por la mala administración de un wacir cuyas rapiñas y demasia en la cobranza de impuestos escitaron los ánimos, declarándose contra el gobierno constituido. Empero la actividad de este consiguió sofocar prontamente el movimiento no sin derramamiento de sangre, siguiéndose una paz no interrumpida por otra série de años (922).



CAPITULO V.

REGULOS DE GRANADA.—SE PRINCIPIA A POBLAR LA ALCAZABA.—CAMPAÑA EN LA COMARCA GRANADINA.—UN NUEVO EJERCITO AFRICANO LA INVADÉ AL MANDO DE YUZUF PRINCIPE DE LOS ALMORAVIDES.—TOMA A GRANADA.—SE ENGRANDECE ESTA CIUDAD Y SE AUMENTA SU POBLACION.—ESCURSION DE ALONSO VI SIN RESULTADO ALGUNO FAVORABLE.—INVASION DE ALONSO EL BATALLADOR.—SUS DESFAVORABLES RESULTADOS.

Luego que Hischem II fué destronado, y que á costa de sangre y de intriga, Soliman general de las tropas africanas, hubo tomado las riendas del poder, cumpliendo la palabra que habia comprometido con los Walis que le ayudaron para elevarse al trono, estableció gobiernos hereditarios, con los cuales premió los servicios que en su favor prestaron sus principales adictos. Nombró para el del país granadino á Almanzor Abuz-Mozni Zawi Zeiri, del esclarecido linage zeirita, y caudillo de la tribu de los zenetes, oriundos del territorio de Argel, terror en las batallas, y que pertenecía á la real guardia. (año 1013).

Estableció su residencia en la alcazaba (1) y dispuso que en sus inmediaciones la tuviese también su tropa. (2) Esta disposición y los reiterados trastornos que se experimentaban en el país, contribuyeron á que los vecinos de Elvira desalojase la ciudad, y trasladaran su domicilio á la alcazaba, que defendida por fuertes murallas, les ofrecía mayor seguridad.

La guerra civil continuaba cada día mas encarnizada. Alí-Ben-Hamed, señor de Ceuta al frente de los hamudies, y apoyado por los alamerics lo destronó y mandó decapitar, haciéndose dueño del poder. Este acto de ambición irritó sobre manera á los demás caudillos de la revolucion, que hasta entonces habian marchado de acuerdo con Alí, y se declararon abiertamente contra él.

Durante esta lucha, el país granadino fué el teatro de los mayores desastres, apesar de que su régulo en un principio se mantuvo indiferente á las pretensiones de los revolucionarios. Mas viéndose obligado á tomar parte, y habiendo recibido un buen refuerzo de tropas, se opuso á los esfuerzos de los partidarios omniades, que se encontraban constituidos en la Alpujarra.

Era á la sazón Almostadí el jefe de este partido; quien dejando á cubierto los puntos mas importantes se presentó con el resto de sus guerreros alamerics en la vega de Elvira, despues de haber recorrido todo el territorio comprendido entre la sierra Elada, (3) de Parapanda y de Alfacar, asentó sus reales en las inmediaciones de aquella ciudad.

Almanzor al frente de escogidos cuerpos de zenetes y zanhegas no tardó en presentar la batalla. Esta fué reñida y sangrienta, decidiéndose la victoria en favor del régulo granadino, por la muerte de Almostadí, causada por una saeta disparada por un berberino. Puesto en dispersion su ejército y perseguido por el de Zanhe-

(1) En la casa que se llama del Gallo, hoy fabrica de Lona.

(2) En el barrio inmediato á la casa Lona, llamándose por ellos Zenetes.

(3) Así llamaban á la Sierra Nevada.

gui, sufrió una completa derrota, y se hizo dueño de los reales enemigos. Este triunfo aseguró á Almanzor el señorío de Granada y Elvira con el de otras muchas poblaciones, que hasta entonces no le habian reconocido. (1023). Desde esta época se hizo indiferente á los graves sucesos de la capital y permaneció independiente de ella, hasta que se retiró á Africa.

Habuz-ben-Balkin-ben-Maksan, su sobrino, que le sucedió, continuó en los mismos términos respecto al gobierno de Córdoba; declaró guerra á Aben-Habed, soberano de Sevilla, sobre el que ayudado de los malagueños, obtuvo una completa victoria. Murió en la egira 429 año 1037.

Sucedióle su hijo Badis-ben-Habuz-Almudafar, el cual, aliado con Edris, régulo de Málaga, continuó la campaña contra los sevillanos. Sostuvo una continua lucha contra los que le disputaban el poder; y despues de haber mejorado los barrios de Alcazaba y Zenete, murió en la egira 465, año 1072.

Abdallá ben-Balkin ben-Habuz fué su sucesor. Su gobierno no fué menos borrascoso que el de sus antecesores, pues habiendo empeñado guerra con Almamun rey de Toledo, y aliado de Alonso VI, sufrió grandes pérdidas en sus posesiones.

En este estado pues, los sucesos de nuestro país, Jusuf, príncipe de los almoravides vino á España con un respetable ejército compuesto en su mayor parte de aquella tribu, y de la de los gomeres, zenetes, gazules y mazamudes. Habiendo desembarcado en Algeciras se dirigió á Granada, con el objeto de principiar la campaña, sometiendo este país; empero Ben-Balkin, que tuvo noticia de su aproximacion, habia tomado todas las precauciones convenientes para su defensa, y reunido dentro de muros todas las fuerzas que tenia disponibles.

El príncipe africano penetró en la vega, y acampó en las riberas del Beyro, desde donde intimó la rendición al régulo zeyryta; su contestacion fué negativa. Inmediatamente Jusuf dispuso poner cerco á la fortaleza, á cuyo efecto tomó todas las avenidas de la vega,

estendiéndose las tropas por los cerros colindantes á la alcabaza en todo su radio N. E. y al S. se escalonaron, ocupando ventajosas posiciones, hasta ponerse en comunicacion con la línea que se extendia entre el Genil y el Beyro.

Mas de dos meses duró tan apretado sitio, sin que los esfuerzos de Abdallá en sus reiteradas salidas, fuesen suficientes á levantarlo; por lo que conociendo la obstinacion de Josef, y que llegado el caso de concluirse las provisiones, de ninguna manera podria insistir en su defensa, ajustó una capitulacion honrosa, entregándole la ciudad y sus castillos y retirándose despues á Africa con todas sus riquezas quedando terminada de este modo la dinastia zeyryta (año 1090.)

Por este tiempo, pues, ostentaba ya Granada la grandeza de una corte. Las grandes mejoras que los cuatro soberanos de aquel linage hicieron en ella, el considerable impulso que recibido habia la agricultura dando cuantiosos productos, y el aumento de poblacion que produjo la traslacion de la mayor parte del vecindario de Elvira, atraído ya por la seguridad de sus intereses, ya por su magnificencia, la hicieron figurar como una de las de primer rango de España, al paso que Elvira iba quedando despoblada y en ruinas.

A la sazón Alonso VI conociendo que la division en que se encontraban los emires le podria proporcionar la conquista de algunas plazas de las que poseian, atravesó la Andalucía auxiliado del Cid, y penetrando en la vega de Granada, asentó sus reales en las vertientes orientales de Sierra Elvira; pero como el desmedido orgullo del Campeador le aconsejase acampar mas al E. ó sea á las inmediaciones de la ciudad, sin consentimiento del soberano, y como en desprecio de los demas caudillos cristianos, el disgusto se hizo general y se levantó el campo, dirigiéndose el egército hacia Toledo sin haber acometido empresa alguna. La audacia del Cid hubiese sido castigada sino huyera para evitar su arresto.

Asegurados los almoravides en la posesion de los estados españoles, desplegaron un sistema de gobierno

demasiado opresivo; su desmedida avaricia y sus inmerales especulaciones causaron en los pueblos un disgusto general. En estas circunstancias, los mozárabes granadinos despreciando sus verdaderos intereses, mal contentos con la libertad que disfrutaban, é imprevistos de los funestos resultados que pudieran inferirseles, solicitaron reservadamente de Alonso el Batallador la conquista de nuestros pueblos. Hiciéronle una albagüña pintura de la riqueza y fecundidad del pais, y de las probabilidades con que contaban para que su proyecto tuviese los resultados que deseaban. Aquel monarca decidióse, y marchó con un egército compuesto de catalanes y aragoneses auxiliados de Gaston, vizconde de Bearne, de los obispos de Huesca y Zaragoza, y de mil caballeros, que llevando por distintivo una cruz en el pecho, habian prestado formal juramento de no retroceder á vista del enemigo, ni separarse del campo de batalla hasta vencer ó ser muertos.

La hueste expedicionaria llegó á Baza, donde encontró gran resistencia. Entraron en ella los cristianos por el asalto; pero batidos completamente en las calles, tuvieron que retirarse con una pérdida considerable. Este revés á su entrada en la comarca granadina, impuso de tal modo al soberano aragonés, que desde entonces se contentaba solo con talar los campos, y quemar los arbores de las poblaciones del tránsito, como sucedió en Guadix.

No así en Graena, de la cual se apoderó; y estableciendo en ella el cuartel general, permaneció estacionado cerca de un mes, hasta que se le reunieron los mozárabes que habian solicitado su proteccion. La conducta observada por el monarca cristiano desde que entró en tierra enemiga, fué mas propiamente la de un guerrillero, cuyas tendencias se dirigian solo á la rapiña por medio del estrago y del terror, que de un conquistador atraído por coger laureles, y aumentar sus estados.

A la sazón el wali de Granada, sabedor de que aquella escursión era provocada por los mozárabes del pais, mandó encerrar en oscuras cárceles á los mas acomodados, y á los que se creian ser los principales confabulados, con

órden terminante á los gefes que los custodiaban, de quitarles la vida á la menor tentativa que hiciesen de insurreccion. Esta medida y otras de su especie adoptadas por la autoridad granadina, contribuyeron en gran manera á la tranquilidad del país.

Luego que la noticia de esta expedicion llegó á Africa, se embarcó Theman para España con una numerosa hueste de caballería. En tanto Alonso seguía su marcha por Diezma, acaudillando un ejército de 40,000 combatientes, apoyado por 10,000 mozárabes de la comarca de Granada. Entrados en la vega asentaron el campo á una legua de la ciudad, (1) donde permanecieron por espacio de un mes, durante el cual, no les fué posible retroceder, ni avanzar adelante. A este tiempo ya el caudillo africano se encontraba al frente de los reales cristianos, molestando de continuo á sus guerreros con su ligera caballería, é impidiendo les llegaran los comboyes de víveres que del interior se le dirigian.

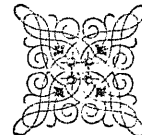
Por fin, Alonso, convencido acaso de que la conquista de Granada era empresa árdua, levantó el campo sin empeñar ninguna accion formal, y tomando el rumbo de Loja y Alhama, atravesó la sierra de las Albuñuelas; pasó por Lanjaron y Vélez-Benaudalla, desde donde se dirigió á las playas de Motril. Al principio de su marcha, la retaguardia del ejército sufrió alguna pérdida, pues de continuo se veía acosada por la caballería africana, hasta que volviendo caras consiguió que se retirase.

Al cabo de algunos dias que descansó en la costa, se puso en movimiento para Granada, sin que en marcha tan dilatada ocurriese ningun acontecimiento particular de armas, mas que el estrago que por doquier causaba el ejército. Pasando por Pinos del Rey, y Valle de Lecrin, y atravesando las cordilleras de Sierra Nevada, hizo alto en las inmediaciones de Dilar. Bajó á la vega tálendo cuanto en ella se encontraba, é incendiando al-

(1) Es presumible que en el punto donde hoy existe la poblacion de Nivar, ó en sus inmediaciones.

querias y casas de recreo, y por las inmediaciones de Alfacar tomó el camino que trajera á su entrada. Algunas escaramuzas hubo en este punto, pero enteramente insignificantes.

La excursion del rey cristiano, reducida solo á un paseo militar por la tierra enemiga, sin haber acometido ninguna empresa de utilidad, produjo la emigracion de infinidad de familias y el sacrificio de multitud de víctimas, inmoladas en las aras de la venganza. De ellas pues, provino asimismo la ruina del pueblo cristiano. (Año 1123.)



CAPITULO VI.

TRANQUILIDAD.—NUEVA GUERRA.—SITIO DE TORRES-BERMEJAS.—CAPITULACION.—SE RETIRAN LOS ALMORAYIDES A ALMUÑECAR.

Por la muerte de Theman se encargó del gobierno de España Taxfin, hijo de Ali; este príncipe tuvo reprimidos todos los partidos y se disfrutó de tranquilidad por el discurso de diez años. Empero luego que se retiró á Africa, los aspirantes al poder se vieron arrastrados tras el carro de la ambicion, y se encendió nuevamente la guerra civil en todos los dominios islámicos de la península. En Granada Mohamad Ben-Simek, cadí dela ciudad, se puso á la cabeza de los partidarios de Hamdain, que se pronunciaron.

Ali Ben-Abú-Bekr, primo hermano de Taxfin, que á la sazón era gobernador, hizo cuantos esfuerzos le sugirieron su celo por reprimir el movimiento; mas todo fué infructuoso, las masas populares cargaron sobre la escasa guarnicion almoravide, y se vió obligada á replegarse con Ali á la fortaleza de Torres-Bermejas. (Año 1144.)

El valor que los sitiados desplegaron no pudo menos

de imponer á los sublevados; siendo por algunos dias la circunferencia de aquel castillo el teatro sangriento en que ambas huestes lucharon con encono y valentia. En una de las salidas que hicieron los almoravides fué herido de muerte el cadí Ben-Simek, nombrándose en su lugar á Abul Hasan-Ben-Adha, que prosiguió las hostilidades con no menos actividad. Este pidió auxilio á Hamdaim, quien al punto dispuso pasasen á Granada 24.000 infantes y 12.000 caballos al mando de Ali Ben-Homar, de Ben-Abú Giafar alcaide de Murcia y de Aben-Gozei de Jaen.

Sabedor Ali de la aproximacion de esta fuerza, no dejó de conocer que su pérdida era segura si permanecia dentro de la fortaleza; por lo que de comun asentimiento con los gefes subalternos, dispuso abandonar la repentinamente.

En efecto, á la media noche salió la corta fuerza del castillo al mando de su caudillo, y dirigiéndose con todas las precauciones necesarias á buscar las márgenes del Genil, descendió á la vega sin que sus enemigos se apercibieran del movimiento clandestino. A este tiempo, pues, habian ya llegado á las márgenes del Béiro, donde estableció su campo; y sobre el cual Ali llevaba la idea de lanzarse de improviso.

Ben-Abul Giafar habia dado un corto descanso á su ejército á un cuarto de legua del Béiro, sin sospechar que el enemigo pudiera sorprenderle; por cuyo motivo no consideró necesario situar abanzadas, ni adoptar medidas de precaucion para evitar cualquier sorpresa.

Las tropas descansaban tranquilamente; los infantes se habian despojado de sus armas, la caballeria habia quitado las monturas á los caballos y los soldados se hallaban completamente entregados al sueño. El gefe de los almoravides que ya tenia noticia del punto en que el campo estaba establecido enderezó á él su marcha, y protegido por la oscuridad de la noche, guardando el mayor silencio consiguió llegar á los reales del enemigo. Los almoravides cargaron sobre las descuidadas tropas con el mas denodado valor, consiguiendo dispersarlos y ponerlos en fuga. El ejército so-

brecogido no pudo defenderse y sufrió una considerable pérdida, en la que se contó á Abul-Giafar y á muchos de sus mas valientes capitanes. Allí mandó perseguir en todas direcciones al ejército desordenado y despavorido; y creyendo que con este escarmiento seria respetado por los rebeldes en lo sucesivo, volvió á ocupar la fortaleza de Torres-Bermejas, de cuyo abandono los granadinos no se habian apercibido. Este desesperado suceso hizo que Aben Gozei abandonase la vega y huyese á Jaen con la tropa que quiso seguirle, en donde revelándose contra Hamdaim, unióse á Saif Dola, que le presentaba mas alhagueñas esperanzas.

Formado un cuerpo de ejército con las huestes de uno y otro caudillo, tomó la direccion de Granada, en donde fueron acogidos con el mayor entusiasmo. Entre tanto los sitiados hacian salidas repentinamente contra los sitiadores, causando en ellos una considerable matanza.

Saif Dola y Amad Dola su hijo, se hospedaron en el palacio del cadí Aben-Adha, en donde tuvo lugar un incidente, que no pudo menos de ser favorable á la causa de los almoravides. Habiéndosele servido á Saif una copa de limonada, fué avisado de que era un veneno. El gefe rebelde lanzó una terrible mirada sobre el cadí, quien para justificar su inocencia, tomó la fatal copa, la puso en los labios y la apuró; á pocas horas habia dejado de existir. Acto continuo Saif Dola y su hijo salieron de la ciudad y se situaron en un pabellon fuera de murallas, rodeados solo de su servidumbre. Por la muerte del cadí se encargó Abul-Hasan su hijo del gobierno de la alcazaba.

Luego que las tropas tomaron algun descanso, se dispuso el asalto, como único recurso con que contaban para rendir á los almoravides, quienes en diferentes ocasiones, en que sufrieran iguales tentativas de los sediciosos, habian conseguido un completo triunfo.

Llegado el dia de la acometida, se realizó por las tropas combinadas, con un valor heroico, pero fué mayor el de los sitiados, que no tan solo resistieron las grandes masas enemigas, sino que haciendo

á su vez una salida, las rechazaron, causándoles considerable pérdida de prisioneros y muertos, entre los cuales fué uno Amad Dola, que herido gravemente, murió á pocas horas en la misma fortaleza.

La pérdida de un hijo á quien Saif queria entrañablemente, y conocida la imposibilidad de rendir aquel corto número de guerreros, decidió al gefe rebelde á desistir de la empresa, y mandó que el ejército se acampase en el campo, dando vista á la puerta Monáita, desde donde se dirigió á Jaen. Sin embargo de su retirada, no cesaron las tentativas de los granadinos contra la fortaleza Bermeja, pues tampoco cesaban sus exigencias, hallándose la poblacion en un completo estado de anarquia, y siendo sus calles y plazas el teatro de continuas asonadas, sin que los esfuerzos del cadí fuesen suficientes á restituir la tranquilidad.

Ultimamente, cansados los amotinados de tan continuada fatiga, viendo la tenacidad de los sitiados y que en todas sus tentativas eran repelidos con pérdida considerable de sus fuerzas, decidieron á una capitulacion, por la que Ali y sus valientes almoravides se retiraron á Almuñecar, en donde se ocuparon durante el tiempo de la tregua ajustada, en fortificarse y tomar todas las precauciones convenientes para el caso de que se volviesen á romper las hostilidades.



CAPITULO VII.

LOS ALMOHADES.—GUERRA.—TRANQUILIDAD.—CAMPAÑA DE
LOS CRISTIANOS.—OCUPAN A LOJA.—TREGUA.—CONJURA-
CION EN LA ALPUJARRA.—NUEVA LUCHA.—ABEN-HUD TO-
MA A GRANADA.—ALHAMAR SE PROCLAMA REY.

Corto fué el tiempo que se disfrutara de tranquilidad en el país granadino. Una nueva guerra se preparaba; una nueva dinastía aspiraba al gobierno supremo de la España árabe.

Los almoravides (1) acaudillados por Aben-Cosay y apoyados por un cuerpo de tropas de 20.000 infantes y 10.000 caballos, que Abdelmumen (2) mandó venir de Africa, y desembarcó en Gibraltar al mando de Cid Abú-Said, volvieron á alterar la tranquilidad pública. Despues de haber recorrido una gran parte del territorio árabe-español, y héchose dueños de algunas plazas que pertenecian á los almoravides, Abu-Said se dirigió á Granada, adonde se habia retirado Aben-Gamia, des-

(1) Unitarios.

(2) Servidor del creyente.

pues que habia sufrido un descalabro, y en la que los almohades tenian un partido considerable. Avistados los dos ejércitos en la vega, empeñose un choque sangriento, en el que murió el caudillo de los almoravides quedando el campo por el ejército africano. (Año 1148.) Con esta victoria, el gefe almohade se hizo dueño de todos los estados que pertenecian á Jusef, y restituyéndoles la paz se ocupó solo de hacer la guerra á los príncipes cristianos. Empero, los montañeses de la Alpujarra, siempre indómitos y nunca dispuestos á doblar su cerviz á ningun conquistador, alzaron nuevamente la bandera de rebelion y organizando un ejército se lanzaron á la lucha en la vega con la hueste africana, siendo vencidos y derrotados. Con esperanza aun de conseguir el triunfo, se aliaron á los cristianos y almoravides que aun conservaban su centro en Almuñecar; pero cuando se preparaban por segunda vez á hostilizar á los invasores, el príncipe Ali fué muerto por un veneno, y aunque insistieron en su empresa y tuvieron choques con los almohades, quedaron vencidos y se vieron obligados á retirarse á la Alpujarra.

Despues de estas jornadas disfrutó de paz el país granadino, hasta que Fernando III de Castilla comenzó sus hostilidades contra los moros. Despues de haberles conquistado varias plazas se dirigió por Alcaudete á la ciudad de Loja. Esta poblacion que estaba circunvalada de un grueso muro y defendida por elevados torreones, no era fácil de rendir. Talados sus campos, como recurso admitido en aquella época para privar de los medios de subsistencia á las sectarios del Islam, mandó el monarca poner fuego á las puertas de la ciudad, y entrando en ella la soldadesca autorizada para el saqueo, por doquier causó estrago, muerte y esterminio. Cometieronse toda clase de demasias, sin respetar las mujeres, ni el tierno infante. El rey santo y algunos de los principales capitanes que le acompañaban, veian con placer aquella escena, creyendo que la conducta bastante reprehensible y vituperable de la soldadesca desenfrenada, era la inauguracion del triunfo de la cruz.

La guarnicion que se hallaba en Loja, se retiró al

castillo, en donde hicieron una obstinada defensa, é intentado el asalto, su alcaide propuso capitulacion; pero puestas por Fernando condiciones humillantes, las reusaron y se decidieron á morir matando.

Se echaron las escalas y los cuerpos castellanos consiguieron penetrar á viva fuerza en el castillo. El degüello de los defensores, y las cadenas de la esclavitud fueron el resultado de esta expedicion. Loja quedó asolada y Fernando dispuso su marcha para Alhama; pero habiéndola encontrado despoblada, por cuanto sus habitantes unos se habian retirado á la sierra, y otros se habian acogido á Granada, huyendo del estrago que causara el egército cristiano, se contentó con desmantelarla y destruir cuanto en ella habia de algun mérito.

Habiendo invadido despues la vega de Granada, se contentó solo con su tala y ejecutar toda clase de destrozos; pues hechos de armas no tuvo mas que algunas escaramuzas, por cuanto las tropas que existian en aquella ciudad, no podian presentar ninguna batalla campal, por ser fuerzas inferiores á las de los cristianos.

Alvaro Perez de Castro, que por razones particulares se habia declarado enemigo del monarca castellano y ofrecido sus servicios á los observantes del Islam, se hallaba á la sazón en Granada, y por su mediacion se ajustó una tregua, entregándose á la vez 1.300 cautivos que tenian en la ciudad. Tambien produjo el resultado de que el de Castro reconociese nuevamente vasallage al rey Fernando. Terminado este convenio emprendió su marcha para Jaen.

La batalla de las Navas de Tolosa que tuvo efecto antes de los sucesos que dejamos manifestados en este capítulo, el día 16 de julio de 1212, habia hecho estremecer el trono imperial de los muzlines en España; el triunfo alcanzado en ella por los cristianos habia abierto ante él un inmenso precipicio, en el que al trascurso de algunos años debia abismarse.

Por el tiempo á que nos referimos, el prestigio y la preponderancia del califado habia desaparecido; la fortuna se presentaba adversa á los caudillos de la media-

luna, la guerra civil agitada por la ambicion habia remplazado á la paz. El pueblo mahometano conocia la causade los males de que se hallaba rodeado, y veia con disgusto que los walics se apresuraban á rendir vasallage á los reyes cristianos, por conservarse en el señorío de sus respectivas provincias; y así, pues, se declararon hostiles contra ellos, para nombrar nuevos caudillos. Rebélanse contra los cristianos que guarnecian las plazas, y estalló la revolucion; y hé aqui la época en que se aumentó la poblacion de Granada con los vecinos de Baeza, que lanzados de aquella ciudad poblaron el barrio del Al-Baezin.

Aben-Hud, que se hallaba proscripto, organizó un egército y se declaró contra los almohades. En Escarriantes, pueblo de la Alpujarra, situado en las inmediaciones de Beninar y Darrical, en una altura inexpugnabile y rodeado de dificiles aperezas, se reunieron los conjurados con el fin de sublevar todo el distrito en favor de aquel caudillo, tomando por pretexto los desacatos que se hacian á la religion mahometana, y la ambicion de la tribu dominante. Por estos medios consiguieron atraerse multitud de musulmanes, que se inscribieron al servicio de los defensores de la verdadera ley y del bien público. Jahie Ben-Nazar, que tambien se hallaba proscripto y errante, reunió asimismo un número considerable de prosélitos en favor de la misma causa. (Año 1228.)

Entre tanto Almamun reunió tropas en Africa, pasando á España para sofocar el movimiento. Ajustadas treguas con el rey Fernando, una parte de su egército, al mando de su hermano Cid Abu-Abdallá, ocupó á Granada. Rotas las hostilidades en este pais, la fortuna se declaró en favor de las armas revolucionarias. Aben-Hud se presentó ante las puertas de la ciudad; y habiendo salido contra él algunas columnas de su guarnicion, fueron rechazadas con vigor, viéndose en la necesidad de refugiarse dentro de sus murallas. Conociendo este gefe cuan interesante era tomar aquella poblacion y sus fortalezas, la puso un sitio rigoroso.

Los descontentos que habia dentro de Granada, vien-

do el apoyo de Aben-Hud, dieron el grito de alarma, presentándose hostiles contra los almohades. Las tropas imperiales, viendo que no podían reprimir la insurrección, y que por todas partes se veían acosadas por numerosas masas populares, se concentraron en la alcazaba, desde donde á media noche salieron para Córdoba. De este modo, pues, Aben-Hud se vió dueño absoluto de la ciudad y sus fortalezas. Jahie también tomó otras varias en territorio de Almuñecar, si bien con dependencia de aquel, que por los principales caudillos había sido ya reconocido como soberano de Granada y Murcia.

Viendo Almamun que en todas partes sus armas se hallaban vencidas, marchó á Africa con el objeto de reunir nuevas tropas, pero murió á los pocos días; siendo su muerte causa de que se desarrollara en aquel país la guerra civil.

Con este motivo Ben-Nazar se declaró independiente estableciendo en Arjona su cuartel general; y habiendo reunido en aquel punto un brillante ejército, confirió el mando á su sobrino Ebn-al-Ahhmar (Alahmar), el cual inmediatamente rompió las hostilidades contra Aben-Hud. Tomó á Jaen á costa de mucha sangre y de la vida de su tío Jahie, quien antes de morir lo declaró heredero de todos los pueblos que lo obedecían.

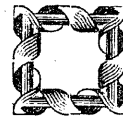
Alahmar siguió sus conquistas; tomó á Guadix y Baza, y pronunciada en su favor la Alpujarra, se proclamó rey de Granada, Jaen y Almería. (Año 1232.) Continuó la campaña contra Aben Hud; y favorecido por el genio de la guerra, conquistó otras varias plazas, entre ellas Alhama y Loja, que fueron reedificadas y puestas en estado de defensa. (Año 1233.)

Visto por Aben-Hud el mal éxito de su causa, y no pudiendo sostener la guerra con los aragoneses, decidió embarcarse en Almería para pasar á Valencia; empero en aquella ciudad fué asesinado inhumanamente por disposición de un alcaide de Abderraman. (Año 1238.)

Este suceso favoreció extraordinariamente á Alahmar, pues consiguió que tanto aquel alcaide, cuanto Aben-Chalif de Jaen le reconociesen como soberano.

Sin pérdida de tiempo recorrió los principales pueblos que aun se sujetaban al poder mahometano, adquiriendo de este modo gran prestigio y popularidad en el mediodía de España.

Y he aquí, pues, como á la vez que se hundía para siempre el trono imperial en nuestra península, se alzó otro en su parte meridional, rodeado de esplendor y magnificencia; mas si bien alzóse altivo y poderoso, estaba escrito en el libro de los reyes, que sucumbiría ante el glorioso estandarte de la cruz, despues de experimentar horribles sacudimientos y sangrientas luchas.



CAPITULO VIII.

DINASTIA NAZERITA.

MOHAMED-ABEN-ALAHMAR.

SU LINAJE.—SU CARACTER.—ENGRANDECIÓ LA CORTE.—PONE SITIO A MARTOS Y LO LEVANTA.—BATALLA DE JAEN.—EL EJERCITO CRISTIANO ES DERROTADO EN LA VEGA DE GRANADA.—PAZ.—NUEVA ESCURSION.—PONEN SITIO A JAEN.—TRATADO ENTRE FERNANDO Y ALAHMAR.—TRANQUIIDAD.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—GUERRA CIVIL.—NUEVO TRATADO.—MUERTE DE ALAHMAR.

Mohamed-Aben-Alahmar, (1) por sobre nombre Wale-Galib-ile-Ala. *solo Dios es vencedor*, que pertenecía á la estirpe nazerita, oriunda de la de Aben-Chareg, cuyos descendientes auxiliaron al profeta en sus proyectos y correrías, ha sido considerado por los historiadores co-

(1) Hijo del Rojo.

mo primer rey de Granada. Su elevacion al trono fué para los granadinos un presagio de paz y felicidad; reconociendo en él un protector, veian aproximarse una nueva era de ventura, y lo recibieron con el mayor entusiasmo, rindiéndole sus homenajes.

Nacido en Arjona, recibió una educacion proporcionada á su clase. Desde su mas temprana edad dió pruebas de estar dotado de grandeza de alma, de espíritu emprendedor y de vehemente imaginacion. Su figura gentil, gallarda; animada su fisonomia, penetrante su mirada, afable su carácter y agradable su trato, no podia menos de atraerse generalmente las simpatias y el aprecio, tanto de los poderosos, cuanto del pueblo. Activo y celoso para proporcionar bien y prosperidad á sus subditos; de marcial continente, animoso, esforzado y fuerte en campaña, era el primero que enristra-
ba la lanza contra el enemigo. En fin, reunidas en él cuantas prendas se requieren para dirigir acertadamente las riendas del estado, podía considerarse como tipo de los monarcas piadosos, justos y benéficos.

Luego que hubo sofocado la guerra civil, y consolidó la paz con paternal esmero, con valor y prudencia, dedicóse al engrandecimiento de la corte; puso cuanto estuvo de su parte para la prosperidad de las ciencias, de las artes y de la agricultura. Todos sus desvelos se dirigian al bien general, como elemento el mas esencial para el sosten de los tronos. Ocupado asiduamente en el arreglo de los negocios interiores de su naciente monarquía, dictó leyes y reglamentos para todos los ramos de administracion, y proveyó los principales destinos del reino en aquellos caudillos mas aptos y afectos á su persona.

En aquel tiempo, pues, los caballeros cristianos que se hallaban establecidos en Martos, al mando de su alcaide Alvar Perez de Castro, adelantado de la frontera, ávidos siempre de botin, hacian frecuentes escursiones en los dominios de Alahmar, lanzándose impunemente al merodeo del territorio comarcano. Incendaban sus mieses, apresaban sus rebaños, reducian á infame cautiverio á ciudadanos pacíficos, ocupados en sus

faenas agrícolas, y lo que mas reparable era, profanaban la virginidad musulmica, sin considerar que llevaban la insignia del Nazareno y otros emblemas de la religion cristiana.

Por el tiempo á que nos referimos el de Castro se hallaba en Toledo, con pretension de socorro, y la poblacion estaba guarnecida únicamente por un escaso número de guerreros. No eran desconocidas estas circunstancias á Aben-Alahmar, quien ya meditaba castigar la osadia de los defensores de la cruz, y veia que aquella era la ocasion mas proporcionada para ejecutarlo.

A la cabeza de un respetable ejército salió de Granada el monarca muzlímico, alhagado por las esperanzas de un éxito favorable. Luego que hubo llegado á la ciudad estableció el sitio, estrechándolo mas y mas, segun las circunstancias lo exigian. La condesa Irene, esposa del de Castro, previsoramente del peligro que le amenazaba, y no teniendo la fuerza necesaria para atacar al enemigo y ni aun para defenderse, dió aviso á don Tello Alonso de Meneses, quien con don Diego Perez de Vargas, inmediatamente se puso en marcha, acudiendo una escogida hueste de cristianos. La condesa, para contener el asalto que Aben-Alahmar preparaba, y dar tiempo á que llegara aquel refuerzo, dispuso que todas las mujeres de su servicio trocaran sus tocados por almetes, ballestas y lanzas, y se distribuyeran entre las almenas y adarves.

Tan peregrino pensamiento tuvo el efecto que apeteciera; pues el soberano granadino se intimidó, haciendo mayor la guarnicion de lo que creyera, y depuso la idea del asalto. Entre tanto, el de Meneses que no habia perdido un solo momento para llegar oportunamente al socorro de la plaza, se hallaba próximo á ella; pero explorados los reales enemigos, convencióse de que de ningun modo debia presentar una lucha en campo abierto, por ser un número muy inferior, y solo se propuso entrar en la ciudad á todo trance. En efecto, dirigió su corta hueste por aquella parte de la linea de sitio que creyó mas practicable; lanzóse de improviso sobre ella, y arremetiéndole á los musulmanes con herói-

co valor, y aunque con alguna perdida, consiguió penetrar en la poblacion. Reforzada de este modo la guarnicion, Alahmar alzó el sitio y se retiró, en la inteligencia de que seria muy difícil se rindiera. Los cristianos continuaron sus algaras por tierra de Granada, lo cual no podia menos de causar grande inquietud á su soberano, quien de nuevo pensó en otra empresa de armas para escarmentar á los fronteros, y que los pueblos disfrutasen de tranquilidad.

Quando en la corte muzlímica se hacian los preparativos para ello, ya el rey Fernando habia roto la campaña tomando á los moros las plazas de Lucena, Porcuna, Alcaudete, Luque y otras, cuyos habitantes, habiéndose retirado á Granada, aumentaron considerablemente su vecindario. Con tal motivo, Mohamed precipitó su marcha y se dirigió hácia Jaen con la mayor reserva, en cuya tierra se encontraba don Rodrigo Alonso causando en los campos y en las alquerias cuantiosos daños son imaginables. Apesar de las precauciones de aquel, este supó su movimiento y al pronto se reunieron fuerzas considerables, entre las que se contaban los comandadores de las órdenes al frente de sus freiles, y otros muchos caballeros de gran nombradía, que tomando buenas posiciones, aguardaron con impaciencia al enemigo. Alhamar, aunque no dejó de conocer las ventajas que tenian los cristianos, les acometió con su bizarra hueste, la cual deseosa de venganza, y animada de extraordinario entusiasmo, logró al primer encuentro desordenar los escuadrones castellanos y ponerlos en fuga, quedando acuchillado en el campo la flor de la caballería española. Las armas de los defensores del Koran obtuvieron un completo triunfo retirándose despues á la capital. (año 1213)

Mas no quedó impune esta desastrosa jornada. El rey Fernando, luego que tuvo noticia de ella, bajó al frente de sus valerosos castellanos, y entrando en tierra de Jaen, taló sus campos y sitió á Arjona, que despues de una heróica defensa, se entregó bajo un tratado, bastante honroso á sus defensores. Se estableció en ella un presidio de caballeros cristianos; y el monarca de

Castilla con el grueso del ejército, ocupó los fuertes de Pegalajar, Bejijar y otros.

Por orden del mismo soberano, se había destacado una columna al mando del infante don Alonso, acompañado de Sancho Martínez de Jódar, que habiendo entrado en la espaciosa vega de Granada destruída y asolaba cuanto le era posible. Empero, Alahmar al frente de ochocientos ginétes, cargó sobre ella repentinamente, y perseguida y acuchillada tuvo que retirarse á los montes que forman su anillo, para no sufrir una completa derrota. Fernando que se hallaba en Córdoba sabedor de este revés, vino á reunirse á su hermano, dando orden de que no solo se entregaran á las llamas los frutos que aun quedaban existentes, sino también las alquerías y casas de campo, diseminadas en el territorio.

Irritados los granadinos por esta conducta, reclamaron venganza de Mohamed, quien dispuso que un cuerpo de caballería saliese á batir á las huestes enemigas. Una madrugada, cuando aquellas menos lo esperaban se abrieron las puertas de la ciudad, y tres mil caballeros deseosos de venganza, se lanzaron de improviso sobre el ejército devastador. El desorden corrió por las filas cristianas, que desbandadas completamente al empuje de las lanzas mahometanas, huyeron despavoridas, sin que el mismo rey con gran exposición de su persona, pudiese contener tan vergonzosa fuga. La hueste castellana se vió obligada á retirarse con pérdida de consideración, y los granadinos regresaron á la capital, si bien con alguna baja. (año 1244)

Cerca de dos años trascurrieron, sin que entre los defensores del Nazareno y de Mahoma hubiese mas que algunas pequeñas escaramuzas, dirigidas solo á causarse recíprocos daños en sus respectivos territorios. Al cabo de aquel tiempo, el rey santo hizo en Andujar los preparativos necesarios para otra escursión en tierra de Granada. Pasó á Alcalá de Abenzayde (hoy la Real); taló sus campos, y siguiendo su marcha á Illora, fortaleza de consideración en aquel tiempo, incendió toda la parte que le fué dable; y después de haber recogido un rico botín,

se dirigió á la de Iznalloz, que no era de menos importancia. Mas conociendo que no le era posible rendirla, contentose con asolar sus campos, quemar sus caseríos y cautivar impunemente á sus moradores, sin consideración á sexos ni edades. En seguida entró en la vega, donde comenzó á observar la misma conducta; pero habiendo encontrado oposición, se retiró á Martos.

Poco tiempo trascurriera sin que se volbiesen á romper las hostilidades. El rey Fernando, de acuerdo con los principales caudillos de su ejército, resolvió poner sitio á Jaen; y sin demora se hicieron los aprestos necesarios, y los escuadrones cristianos marcharon hacia aquella plaza. Aben-Omar Ali-Ben-Muza su alcaide, luego que observó el movimiento de las tropas enemigas, adoptó cuantas medidas de defensa estuvieron á su alcance, y pidió auxilio á su soberano. Llegado que hubo la hueste castellana á aquella ciudad, una parte de ella se destinó á formar el cerco, y la otra á impedir los socorros que pudieran llegarle de Granada. La defensa que Omar hizo durante algunos meses fué altamente heroica; pero sus esfuerzos fueron inútiles, á causa de que los cristianos se sostuvieron con perseverancia, apesar de lo riguroso de la estación de invierno, dejando de este modo infructuosas todas las tentativas de Alahmar para socorrer la plaza. Esta circunstancia dió pretexto á los volubles mahometanos á que proyectase alarmas contra el soberano nazerita. Mas este no dejó de conocer los males que le amenazaban, y convencido á la vez de que no le era posible conseguir por fuerza de armas que el rey de Castilla levantase el sitio, adoptó un recurso prudente, si bien en mengua de su soberanía. Se presentó en los reales cristianos, en donde fué recibido por Fernando y su corte con la mayor cortesania, y se estipuló entre ambos un convenio, por el cual se entregó Jaen; el de Granada le reconoció vasallaje; se obligó á darle todos los años la mitad de sus rentas, cuyo importe era crecidísimo; á servirle con quinientos caballeros, siempre que los necesitase; y últimamente, que habia de asistir á las cor-

tes que se convocasen en Castilla, como uno de sus ricos-homes. Así mismo se obligó Fernando á auxiliar á Alahmar en la guerra que sostenia contra algunos wadies de Andalucía. (año 1246).

Terminado el convenio, Mohamed se retiró á su corte con Aben-Omar; en donde se ocupó de la construcción del palacio de la Alhambra, y de otros establecimientos importantes; proveyó cuanto creyó necesario para el repartimiento de aguas; y dictó leyes en favor de la agricultura, de las artes y de las ciencias.

Durante cuatro años, nuestro país disfrutó de tranquilidad. La población de Granada se aumentó considerablemente con familias de Sevilla, que á su conquista vinieron á ella en busca de hospitalidad, aumentándose de esta manera su grandeza y su poder. El rey moro visitó las principales plazas de sus dominios con el objeto de hallarse preparado en caso de que se rompiesen las hostilidades con don Alonso, heredero de la corona de Castilla. No bien hubo regresado á la corte, cuando en Lorca, Murcia, Jerez y otros puntos, estalló una revolución, pronunciándose los muzlimes contra los cristianos, siendo unos víctimas, y viéndose otros en la necesidad de emigrar. Este movimiento causado por los descontentos que no podían medrar á la sombra de Aben-Alahmar, perturbó la tranquilidad que se disfrutara en sus estados poniendo al soberano en un gran conflicto; con mayor motivo, por la circunstancia de que los caudillos que capitaneaban la insurrección, cundieron la voz de que Mohamed protegía el pronunciamiento. Esto dió motivo á que por consejo de sus wacires invadiese la tierra de Murcia, y quebrantase lo convenido con Alonso; quien en vista de ello, bajó con un buen ejército, y avistándose con el del rey de Granada en los campos de Alcalá la Real, se empeñó un choque reñido, que terminó con la derrota de los cristianos, por una carga que le dieron los escuadrones zinetes.

Después de este acontecimiento los gobernadores de Málaga, Guadix y Comares por resentimientos y rivalidad, se declararon enemigos de su soberano, y ofrecie-

ron sus servicios al de Castilla. Principióse una cruda lucha, que distrajo á diferentes puntos las armas de Alahmar; pero como á la vez fuesen también de gran consideración las disensiones que mediaban entre el rey Alonso y el de Aragón, se ajustó un tratado entre aquel y el de Granada, por el que este renunció todo derecho al reyno de Murcia, y el de Castilla desistió de la cooperación que daba á los wadies rebeldes.

Este tratado se quebrantó á poco tiempo por Alonso, lo cual unido á su debilidad y errada política, le atrajo enemistades de gran importancia. El príncipe don Felipe su hermano, don Esteban Fernandez de Castro, don Lope Diaz de Haro, don Nuño Gonzalez de Lara, y otros varios caballeros, disgustados por aquellos motivos, abandonaron la corte, y se acogieron en Granada, en donde por el monarca fueren recibidos con el mayor obsequio y benevolencia.

A este tiempo se preparaba en la corte islámica el ejército que debía marchar contra los rebeldes de Guadix, al mando del príncipe Mohamed, heredero del trono. Puesto en movimiento y acompañado de los ilustres campeones cristianos, que se ofrecieron á ello, se rompieron las hostilidades, cuyos resultados principiaron favorables á las armas granadinas; pero noticioso de ello don Alonso, bajó en persona, y amenazó á los emigrados caballeros de su corte, con que si seguían la campaña, indemnizaría á los musulmanes todos los perjuicios que se les infirieran con los bienes que ellos poseían en tierra gobernada por cristianos.

Esta medida produjo la suspensión de hostilidades por el momento; pero después se principiaron con mas calor y mas sangrientas, de manera que Alahmar al frente de un poderoso ejército salió por la puerta de Elvira, acompañado de los caballeros cristianos, dirigiéndose á las fronteras donde los rebeldes cometían toda clase de estragos. No bien habian andado algunas leguas, cuando el soberano se sintió indispuerto; una convulsión horrorosa le rompió las venas, y desangrándose, fué necesario volverlo á Granada en una litera. Apesar

del esmero y actividad de los facultativos, agravose de tal modo que se hizo necesario alzar una tienda de campaña en la vega, en donde aquellos agotaron todos los recursos de la ciencia; pero en vano, Mohamed espiró en brazos del infante don Felipe. (año 1273.)

El sentimiento fué general tanto en los musulmanes, cuanto en los adalides cristianos que le acompañaran.

Todos dieron las mas evidentes pruebas de afecto hacia aquel sabio y benéfico monarca. Su cadáver colocado en un magnífico ataúd de plata, recibió con gran pompa los últimos homenajes del pueblo, que por mucho tiempo conservara la idea de su paternal gobierno.



CAPITULO IX.

—•••••

MAHOMED II.

REFORMA LA GUARDIA REAL.—SIGUE LA GUERRA CIVIL.—TREGUA CON LOS CRISTIANOS.—SE ABRE LA CAMPAÑA.—BATALLAS DE MOCLIN, ELVIRA, IZNALLOZ Y ARJONA.—MUERTE DE MOHAMED.

La sucesion al trono de Granada, despues de la muerte de Aben-Alahmar, causó grandes disturbios. Divididos los gefes de las tribus y la nobleza, querian unos á Juzef hijo tercero del rey difunto, y otros á Mohamed, que era el primogénito, y que ya habia dado muestras de su valor y talento; tambien los alcaldes de Málaga y Guadix tenian sus partidarios. La fraccion mas poderosa, no solo por el mayor número de prosélitos, sino porque estaba apoyada por el infante don Felipe, y demas caballeros cristianos que con él se hallaban, era la de Mohamed; y por consiguiente fué la que venció elevándolo al trono. Este triunfo produjo descontentos,

de los cuales muchos fueron á unirse con los rebeldes á la dinastía nazerita.

El jóven rey era esforzado, entendido, generoso, y de apuesta figura; por lo que no podia menos de atraerse las simpatías de sus vasallos, siendo tan querido como su padre. Inclinado á la magnificencia, y celoso por el esplendor del trono, dió nueva forma á la guardia real. Estaba compuesta de caballeros andaluces y africanos; formó dos cuerpos de ambos linajes; el primero que se componia solo de la juventud andaluza, lo puso al mando de Omar, walí de Jaen; el segundo, que consistia de zenetes, mazamudes y zanhegas al de un príncipe benimerin, cuya nobleza y valor lo habian hecho acreedor á esta gracia particular.

Luego que la corte recobró la tranquilidad interrumpida por los partidos en que se dividió por la sucesion al trono, se verificó la proclamacion del nuevo rey, celebrándose con suntuosas fiestas, en que tomó parte, no solo la grandeza residente en Granada, sino la de todo el reino.

En tanto que esto acontecia en la corte izlámica, los rebeldes se habian dedicado libremente á las algaras en tierra de Loja y Campillos; lo cual les proporcionó riquezas y preponderancia, hasta el extremo de hacerse respetables é imponentes; por lo que Mohamed no quiso dejarlos medrar por mas tiempo, y al frente de un numeroso egército salió en su persecucion, acompañado de los caballeros cristianos, retraidos en Granada. El resultado del primer encuentro, que tuvo lugar en las inmediaciones de Antequera, fué favorable para aquel monarca, pues las huestes sediciosas fueron derrotadas y dispersas.

Por causas que no son del caso referir, el infante don Enrique, hermano del rey don Alonso, emigró de los estados castellanos, y se acogió á la corte granadina. Este acontecimiento puso en gran cuidado á aquel soberano, como tambien el proyecto formado por Mohamed de atacar á Jaen y consecutivamente todas las demas plazas de Andalucía; por lo cual solicitó de este la paz que se ajustó en Sevilla, concediendo ademas

un año de tregua á los walies rebeldes de Guadix, Málaga y Comares; reconciliándose con Alonso el príncipe su hermano, y los demas caballeros de que queda hecha mencion.

Fenecido el tiempo por que se ajustó la paz, Mohamed principió sus preparativos de campaña, para llevar á cabo aquel proyecto. Al efecto solicitó la cooperación de Josef, emir de Marruecos, caudillo del linage de los Beny-Merines, que gobernaba en el Maghréb. Aquel desembarcó en Algeciras, con un cuerpo respetable de tropas; ocupó militarmente aquella plaza y la de Tarifa que Mohamed le habia cedido, disponiéndose para dar principio á la campaña. Para ello, convinieron en que se rompiesen las hostilidades por diferentes puntos á la vez; de manera que Josef con parte de sus fuerzas emprendió su marcha sobre Sevilla; Osmin y Jahie, con la caballeria granadina y alguna africana, se dirigieron á Jaen; y los walies rebeldes reconciliados ya con Mohamed por mediacion del príncipe Beni-merin, se encargaron de hostilizar el territorio de Córdoba.

Así las cosas, los tres egércitos se pusieron en movimiento. Don Nuño de Lara que se encontraba en Córdoba, sabedor de ello, salió para Ecija, con la fuerza que pudo reunir, despues de haber pedido el auxilio del infante don Fernando. Ambas huestes se encontraron, y desplegando la batalla se acometieron con la mayor bizarría; mas despues de un sangriento combate, quedó la victoria por Josef. El de Lara fué muerto, y su cabeza fué presentada á Mohamed, quien no dejó de sentir este suceso, por el afecto que le profesaba. Aunque el caudillo africano dispuso despues el bloqueo de Ecija, nada consiguió por la heroica resistencia que hicieron sus defensores; en su consecuencia, prosiguió su marcha adelante, llevando por doquier el estrago y el terror.

Osmin y Jahie, que se habian internado hasta Martos, reunidos ya con los walies, caudillos de la tercera division, dieron otra batalla al príncipe y arzobispo de Toledo don Sancho, hijo de don Jayme de Aragon, que capitaneaba un brillante egército. La victoria quedó por los muzlimes, y prisionero el arzobispo. Sobre si

este pertenecía á Jusef ó á Mohamed, se provocó altercado, que terminó el arraar Aben-Nazar pasándolo con su lanza.

A este tiempo, y cuando los vencedores se ocupaban en recoger los despojos y el botin, don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, que á marchas dobles bajaba capitaneando toda la nobleza de Castilla, los sorprendió, empenándose otra nueva batalla, en que los musulmanes fueron derrotados, habiendo terminado la campaña por la tregua ajustada entre el rey don Alonso y Jusef faltando este á lo pactado con Mohamed.

Terminada la tregua se rompieron de nuevo las hostilidades entre el monarca castellano y el emir de Africa. Proyectada por aquel una espedicion contra Algeciras, salió una flota de Sevilla para el bloqueo de la plaza por mar; pero habiendo sido destruida por un fuerte temporal, fué preciso desistir de la empresa.

Este contratiempo y las disensiones que á la vez habia en la corte cristiana, animó á Mohamed á salir á campaña. Entró por tierra de Martos, corrióse á la de Córdoba, y Ecija; mas con noticia de que una hueste castellana al mando de don Gonzalo Ruiz Giron, maestro de Santiago, se dirigia á Granada, bajó precipitadamente y tomando ventajosas posiciones junto á Moclin, preparó una celada, cuyos resultados le fueron de un todo favorables. Luego que los cristianos hubieron llegado al punto en que se encontraban ocultas las tropas agarenas, una parte de ellas salióle al encuentro: esta aparentó huir, y siendo perseguida por el maestro, hasta el sitio de la emboscada, los cargó Mohamed con su caballeria ligera, dispersándolos y haciendo una horrorosa carniceria. El príncipe don Sancho con un cuerpo escogido de su guardia, trató de oponerse; pero rechazado, tuvo que retirarse. Mil ochocientos guerreros quedaron en el campo, entre ellos el maestro don Gonzalo. (año 1279)

Avido de venganza aquel príncipe, á los pocos meses, entró en la vega de Granada con una fuerza respetable; pero Mohamed le salió al encuentro con cinco mil guerreros, y en las inmediaciones de Sierra de Elvira se

acometieron ambos egércitos, declarándose la victoria en favor de la causa islámica. El campo quedó cubierto de cadáveres y don Sancho se retiró á la frontera.

Después de estos acontecimientos, Mohamed hizo alianza con aquel príncipe, en contra de don Alonso su padre, á quien habia destronado. Este á quien apoyaba Jusef, hizo algunas tentativas para recobrar el trono; pero todas se frustraron por las armas castellanas y granadinas.

Habiendo muerto don Sancho se agitaron en sus estados grandes turbulencias; pero sin embargo, Rui Perez Ponce de Leon intentó una correria por tierra de Granada. En efecto, internóse hasta Iznalloz, en donde sufrió una completa derrota por la caballeria muzlimica. La pérdida de esta jornada fué considerable; quedaron en el campo todos los fréiles de Calatrava, la mayor parte de la órden de Santiago, y herido el maestro Ponce de Leon, que murió á poco tiempo, (Año 1295.)

Este contratiempo debilitó estraordinariamente el poder castellano; cuya circunstancia y la de haber tomado incremento las disensiones de aquel reino, impulsaron á Mohamed á verificar correrias en todas direcciones, siéndole favorable en ellas la fortuna. Hallábase pues, establecido en las inmediaciones de Arjona el campamento de los defensores de la media-luna; y sabedores de ello el infante don Enrique y Alonso Perez de Guzman pensaron contener los progresos de Mohamed. Llegaron á sus reales, y preparado el ataque, la caballeria agarena dió una carga á la vanguardia castellana, que no pudiendo resistir el empuje de las lanzas granadinas, se desordenó, causando la confusion en todo el egército. Desordenado este, y perseguido en todas direcciones quedó derrotado completamente. Los que escapaban del alfanje agareno, sucumbian á la esclavitud; hasta el mismo obispo de Jaen don Pedro Pascual cayó prisionero, y siendo conducido á Granada entre todos los demas, es dudoso si murieron el cautiverio, ó recobró su libertad.

Estos triunfos hicieron mucho mas respetable el poder de Mohamed, hasta el estremo de que algunos wa-

lles que aun le eran rebeldes se humillaran á él; y que Jacob, sucesor de Juzef en el trono de Marruecos, le entregara la plaza de Algeciras. Tambien se hizo dueño de Alcaudete y Quesada; si bien no pudo conseguir la rendicion de Jaen, apesar de los esfuerzos que hizo para ello.

Despues de tantas victorias regresó á Granada, donde murió sentido de sus vasallos. (Año 1302.)



CAPITULO X.

MAHOMED III.

SUS CUALIDADES.—SUS TRIUNFOS.—TRATADO DE PAZ.—CRUZADA.—SUS RESULTADOS.—MOTIN EN GRANADA.—MOHAMED ABDICA LA CORONA.

Subió al trono de Granada Mohamed III, hijo primogénito del rey difunto, entre el júbilo y entusiasmo de sus vasallos, quienes concibieron en su nuevo monarca las mas albagüeñas esperanzas. Dotado de carácter amable, bondadoso; de aire gentil y de garrida figura, por doquier se atraía las simpatias y el afecto, no solo de los muslimes, sino de los cristianos que lo trataban. Afecto á las ciencias, la literatura obtuvo grandes adelantos, durante los primeros años de su reinado que fueron tranquilos. En ellos ocupóse asiduamente de todos los negocios del estado, y reformó en cuanto creyó necesario la administracion y las leyes.

Nombró wacires á Abu-Abdallá Alamerí y á Ben-Alí;

y cadies á Abu-Giafar Falcon y á Mohamed Ben-Issem.

Ateróse la paz que disfrutaban los granadinos, por las hostilidades que á la vez rompieron los reyes de Castilla y Aragon. No dejó de conocer Mohamed cuan imposible le era sostener ambas luchas; por ello solicitó de aquel último la paz, y conseguida, entró con su ejército por tierra de la corona castellana, acompañado de don Diego Lopez de Haro, Alvar Perez Osorio, Lope de Mendoza, Esteban Fernandez de Castro, Juan Nuñez de Lara y otros nobles caudillos, que por las dimensiones que habia en aquel reino, se retiraron al de Granada, haciendo una completa tala y causando toda clase de daños. Tomó á Quesada y á Bedmar; y con el apoyo de aquellos caballeros dejó de pagar el tributo que su padre y abuelo habian reconocido al monarca de Castilla. Tambien derrotó á Abul-Egiad su primo, walf de Guadix, que se le habia rebelado; y vencido, se vió obligado á reconocerle como monarca.

Despues de estos acontecimientos ajustó un tratado con el rey Fernando, por el cual, ademas de una tregua, cada soberano conservó las plazas que habia conquistado, si bien Mohamed reconoció nuevamente el tributo que antes se habia pagado á aquel monarca. Durante la paz, el nieto de Alahmar se dedicó á hacer mejoras de consideracion en la ciudad, como se dirá en su lugar, y á disfrutar los deleites de su harem y de su grandeza. Estos placeres se los acibaró Ibraim su pariente, que se apoderó de Almería y se hizo proclamar rey; pero Mohamed acudió tan prontamente á sofocar el movimiento, que á poca costa sometió á los rebeldes, é Ibraim se retiró á Africa. (Año 1306.)

A pesar del tratado de paz que aun estaba válido entre las coronas cristianas y la islámica, Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragon concluyeron una liga en Alcalá de Henares, sin embargo de que se opuso á ella la nobleza castellana, que miraba este acto como injusto y poco favorable al trono, por hallarse vigente una tregua convenida con todas las formalidades correspondientes.

Antes de hacer los preparativos de campaña, se so-

licitó de Clemente V bula de cruzada, creyendo de este modo disimular las miras ambiciosas que envolvía, y darle un espíritu religioso, que de un todo le era ageno. Concedida por el Santo Padre, y publicada segun costumbre, causó los efectos que ambos soberanos pretendian. Esta medida, la mas favorable en el siglo XIV, hizo que se reuniesen dos ejércitos, en que se encontraba toda la juventud belicosa de España, preocupada en aquel tiempo por empresas de esta clase.

Por su parte Mohamed, viendo la falsedad de aquellos soberanos y su poca ó ninguna consecuencia, ajustó otra liga con el rey de Marruecos; quien despues dió pruebas de ser tan inconsecuente como aquellos, pues habiéndose aliado con Jaime, y suministrándole galeras y tropas, rindió á Centa y se hizo dueño de ella.

Sitiadas por los cristianos las plazas de Algeciras, Almería y Gibraltar, esta última, no pudiendo sostenerse, se rindió despues de quinientos años que la habian poseido los sarracenos. (Año 1309). Empero, retraidos sus habitantes á la serrania, no dejaban de inquietar á los conquistadores, haciendo escursiones, y causandoles extraordinarios males. En una de ellas, queriendo Guzman el bueno darles un escarmiento, se internó en tierra de Gaucin, y fué herido de una flecha, de cuyas resultas murió.

Viendo Mohamed lo mal parado de los negocios, y que los sitios de Almería y Algeciras se estrechaban cada dia mas y mas, ajustó un tratado con el rey de Castilla; se levantaron aquellos sitios, se reconocieron como de su propiedad algunas plazas en el reino de Jaen, y le entregó cinco mil doblas. Tales fueron los resultados de la cruzada.

A la sazón, los enemigos de Mohamed en Granada alimentaban una conjuracion, resentidos de la privanza que el monarca dispensaba á su wacir Abu-Abdallá; pero en realidad los causantes eran solo la envidia y la ambicion. Presentaron para desunir al pueblo, las desgracias de la campaña anterior, la tregua ajustada con pago de pías; la périlida de algunas plazas importantes; y la falta de vista que el rey habia adqui-

rido con su asiduidad en los trabajos políticos.

Halagado por los sediciosos su hermano Nazar, les dió garantías, y ellos le prestaron su apoyo. Aun se hallaba Mohamed fuera de la corte cuando se dió el grito de alarma; pero luego que lo supo se presentó en ella, tal vez con la esperanza de poderlo sofocar; mas en vano. Era la fiesta de Alfitra, ó salida de Ramadan, que celebraban con grande aparato; en el Albaicin se hallaban todos los confederados, recorriendo sus calles con gritos y amenazas, que no podian menos de causar terror á los que ninguna parte tuvieran en el motin. Saliendo de aquel recinto, atropellaron la casa del wacir y se dirigieron á la Alhambra, gritando «viva el rey Nazar.» La consternacion se habia difundido por toda la ciudad, los sediciosos atropellaron las guardias del régio alcazar, y conociendo Mohamed que todos los cortesanos le eran infieles, resignóse con su infáusta suerte y abdicó. En tanto que los magnates apoyados por las masas turbulentas usurpaban el poder al soberano, aquellos permitian que estas á la vez cometiesen excesos, se entregasen al robo, y se causasen toda clase de desórdenes. Justa era la retribucion.

Por último, el destronado rey fué encerrado en Generalife, de donde despues fué trasladado al castillo de Almuñecar. (Año 1309.)



CAPITULO XI.



NAZAR (AL-NASSER, *EL DEFENSOR.*)

SU CARACTER Y CUALIDADES.—CAMPAÑA.—CERCO DE ALMERIA POR LOS CRISTIANOS.—NAZAR LO HACE LEVANTAR.—SE REBELA HISMAIL.—MOHAMED III EN GRANADA.—REBELION CONTRA BEN-ALI.—PROGRESOS DE HISMAIL.—ENTRA EN LA CORTE.—DESTITUCION DE NAZAR.—HISMAIL SUBE AL TRONO.

Nazar subió al trono por la destitucion de su hermano. (Año 1309.)

Sus cualidades en nada desmerecian á las de su predecesor; de gallarda presencia, carácter afable y de ingenio despejado, se habia adquirido las simpatias no solo de los cortesanos, sino del pueblo. Su maestro Abdallá Abu-Arracan habia inspirado en él un afecto extraordinario á las ciencias, por lo que frecuentemente se dedicaba al estudio de ellas.

Luego que hubo tomado las riendas del gobierno, como buen político, destituyó de sus destinos á todos

aquellos que no habian manifestado claramente su adhesion hacia él. Nombró para secretario privado á Aben-Abul Hawam Ben-Egiad; wacires á Mohamed Ben-Alí Al Hagí, Abu-Mohamed Ben-Amru y á Abu-Beker Ben-Alia; confiéndole la plaza de cadí á Abu-Giafar.

Poco tiempo disfrutó tranquilamente del trono. Jayme II de Aragon puso cerco á la ciudad de Almeria en el mismo año; y habiendo marchado Nazar con el objeto de hacerlo levantar, el día 24 de agosto se empeñó en la rambla una sangrienta batalla, sin que apesar del esforzado valor de sus guerreros pudiese conseguir su objeto. Los sitiados en una salida verificada improvisadamente, incendiaron los reales cristianos, pero fueron rechazados con pérdida considerable. Convencido el monarca islámico de que apesar de sus esfuerzos no le era posible conseguir la retirada del enemigo, lo cual forzosamente debía influir en su ruina, desapareció del campo con su hueste, cuando menos se esperaba; y dirigiéndose á Granada organizó con la mayor premura un ejército de cuarenta mil infantes y tres mil caballos, con el cual reapareció en el campo de batalla el día 15 de octubre.

Durante su ausencia los cristianos habian estrechado el sitio por mar y tierra cuanto posible era, de manera que ya la plaza se encontraba en el último conflicto, cuando Nazar se presentó de nuevo al frente de sus murallas. Tomadas por él las posiciones que creyó convenientes para desalojar al enemigo de los puntos que ocupaba, se rompieron las hostilidades, sin que los reiterados y sangrientos ataques que mediaron hasta principio del año siguiente, decidiesen la victoria á unas ni otras armas. Esta indecision desesperaba á Nazar, y para obtener el triunfo, dispuso que se reforzase su ejército con otro número considerable de tropas, que segun algunos historiadores eran procedentes de la leva que se halló en el cerco de Algeciras, y que Nazar compró al rey de Castilla en cinco mil doblas de oro. Este recurso, pues, hizo que la lucha no se pudiese sostener por los aragoneses, y que don Jayme cono-

ciéndolo así, mandase una retirada, para no verse derrotado. Tan buenos y favorables resultados coincidieron á que se asegurara en el trono. (Año 1310.)

Despues de esta campaña, se le originaron al monarca granadino nuevos y grandes disgustos por sus parientes; tal vez resentidos por la conducta que observara con Mohamed III. (Año 1311.) Se hallaba en la corte Hismail-Abul-Walid, su sobrino é hijo de Ceti su hermana, casada con Farag, wali de Málaga. Este joven caudillo, en vista de la comportacion que su tio observara con el destronado monarca, concibió el plan de escalar el trono por una asonada, como lo habia verificado Nazar. Pronto vió sus trabajos bastante adelantados; pues valiéndose de todos los resortes que en semejantes casos producen un efecto favorable, consiguió atraerse un partido de bastante consideracion. Apesar de la mucha reserva que para ello se observó, no pudo menos de vislumbrarse el plan que se combinaba; por lo que Nazar lo mandó arrestar, y escitó á su cuñado Farag para que adoptase medios represivos para con su hijo. El wali de Málaga le contestó con demasiada acritud, haciéndole cargos y reconvenciones sobre su conducta con Mohamed.

Ayudado Hismail por su padre para llevar á efecto sus planes, se adoptaron algunas medidas fuertes, que no pudieron menos de afectar al rey Nazar, de tal modo, que atacado de un acceso cerebral espantoso y violento, los facultativos lo declararon del mayor peligro. Los medicamentos que se le propinaban obraban con mucha lentitud; de modo que no dió señales de vida hasta pasado algun tiempo, en cuyo intermedio, en vista de la opinion de los médicos, se forjaron planes por los partidarios del rey destituido, para volverlo á sentar en el trono. En efecto se adoptaron las medidas convenientes al buen éxito del proyecto, y Mohamed salió de Almuñecar para Granada. Cuando entraba por las puertas de esta ciudad, Nazar habia recobrado el conocimiento y los facultativos aseguraban ya su completo alivio.

Comprometido se vió á la verdad, con tan inesperado

acontecimiento; y creyó cohonestar su repentina llegada, prestando que sabedor de su accidente, deseaba estrecharlo en sus brazos antes de que muriese, si bien esta disculpa no satisfizo al rey, aunque por de pronto aparentó darle todo crédito. A los pocos dias se le mandó volver á su destierro, y transcurrido un corto tiempo falleció repentinamente segun algunos historiadores; y segun otros ahogado en un estanque. (Año 1312.)

Las reyueltas que á la sazón se agitaban en Castilla por la minoría del sucesor á la corona, favorecían en gran manera al rey de Granada, por cuanto las hostilidades estaban en suspenso; empero á los piés del trono isámico se abría un profundo abismo, en que habia de absolverse su soberano. La conducta que observara Ben-Alí, habia causado un descontento general. Déspota, ambicioso, y supeditado por su excesivo amor propio, espidió órdenes que disgustaron completamente á todas las personas poderosas é influyentes; introdujo la insubordinación en los cuerpos del ejército, y fomentó un odio irreconciliable entre el pueblo comercial y el trono. Creció por momentos aquel disgusto, hasta el extremo de que los descontentos se lanzaron á la arena de la rebelión, pidiendo su deposición y un castigo ejemplar. El rey acudió á la demanda; separó momentáneamente á su hági; si bien luego que se apaciguó el movimiento, continuó su priveranza para causar por último su ruina.

Las gestiones de Walid para apoderarse del poder no habian cesado durante estos sucesos; pues él y sus adictos trabajaban constantemente para adquirir un partido poderoso. En efecto habia conseguido atraerse la multitud de disgustados que existían en la corte y fuera de ella; con lo cual reunió un ejército capaz de imponer al monarca ismaelita; y saliendo de Málaga á su cabeza, protegido por Farag, llegó á Loja, donde fué proclamado rey de Granada.

Siguió el camino para Granada, y llegado que hubo al Beiro, los partidarios que tenia en ella y los descontentos salieron á unirselé. Tambien salió un escogido

cuerpo de tropas á oponérsele á la marcha; mas fué rechazado por la hueste malagueña, que tuvo la gloria de encerrarlo dentro de murallas.

Visto por el pueblo que la separación del hági habia sido solo aparente, se reiteró el alboroto; las calles de Granada durante un dia y una noche, fueron el teatro de sangrientos dasastres, y el rey se vió obligado á ocultarse en la Alhambra; de cuya manera el partido de Walid quedó en libertad para obrar, como lo verificó. Abrióle las puertas; tomó á viva fuerza el castillo de Torres-Bermejas; se hizo dueño de los barrios del Albaicín y Alcazaba y de algunos otros puntos importantes, de manera que Nazar se encontraba aislado en la fortaleza de la Alhambra, á cuyo alcazar se le habia puesto un estrecho sitio sin esperanza de socorro; y convencido de que habia llegado el último momento de su poder como soberano, ajustó un tratado con su sobrino, por el cual quedó dueño del señorío de Guadix y su término.

Ultimado este convenio el rey caído salió de la corte para su nuevo destino, y Walid entró con gran pompa á ocupar el trono régio. (Año 1313.)

Ben-Alí, que luego que vió mal parada su causa, se habia pronunciado en favor del pretendiente, sufrió la suerte del traidor: despues que prestó sus servicios á Walid, fué lanzado de la corte con el mayor vilipendio.

Finalmente; Nazar vivió tranquilamente en Guadix, hasta el año de 1322 en que murió.

CAPITULO XII.

HISMAIL ABUL-WALID.

SEU CARACTER.—BATALLA DE ALICUM.—DERROTA Y MUERTE DE LOS INFANTES DON JUAN Y DON PEDRO DE CASTILLA.—SITIO DE MARTOS.—SE RINDE ESTA PLAZA.—MUERTE DE HISMAIL.

Era Hismail Abul-Walid de la dinastía de Abehut por línea paterna. Hijo de Farag wali de Málaga, y de Ceti-Guallat, hermana de Al-Nasser, como hemos dicho, fué el primer rey de Granada oriundo de los príncipes malagueños. Aspecto noble y magestuoso, carácter intrépido y magnánimo, eran sus cualidades, á las que reunía figura gentil y galante.

Poco tiempo disfrutó de paz el nuevo rey: pues habiendo invadido su territorio el príncipe don Pedro, acompañado del arzobispo de Sevilla, del obispo de Córdoba, y de los maestros de Santiago y Calatrava,

que capitaneaban una brillante hueste, dispuso Hismail que Hosmin con un numeroso cuerpo de tropas saliese precipitadamente. Se avistaron los dos ejércitos en las inmediaciones de Alicum, en donde se trabó la batalla, que fué de las mas sangrientas que tuvieron lugar en nuestro suelo. De una parte y otra hubo pérdida considerable; y aunque murieron en ella muchos de los principales caballeros de ambas armas, la victoria quedó indecisa. Osmin se retiró á Granada; empero tras él se presentó en la vega el príncipe castellano, causando toda clase de desastres; y siguiendo su marcha sin oposicion alguna hácia los montes de Iznalloz, tomó su castillo y quemó sus arrabales; se apoderó de las fortalezas de Pinar y Montejicar, y volvió á adelantarse hasta Pinos-Puente; en este caso, pues, Hismail le salió al encuentro en los campos de Caparacena, y empeñada la batalla, y no siendo la suerte favorable á don Pedro, se retiró á marchas forzadas, y aquel recobró gran parte del botín y muchos prisioneros. (Año 1313.)

Se hallaba aun en Ubeda el príncipe cristiano, cuando supo que la plaza de Velmes estaba defendida por una corta guarnicion; marchó sobre ella, y entrando sin la mayor resistencia, las tropas se acogieron al castillo, donde se defendieron con heróico valor durante veinte días, despues de los cuales, no habiendo tenido socorro alguno, se rindieron con un tratado bastante favorable á las armas del islam.

Siguió don Pedro sus correrías por tierra de moros con la mayor impunidad; y negádole á Hismail una tregua que le habia solicitado, este dispuso algaras en la frontera, que tuvieron efecto, causando cuantos estragos son imaginables.

Por este tiempo los cristianos habian tomado á Tiscar, una de las primeras plazas del reino, cuya pérdida fué estremadamente sensible para el rey de Granada. Este acontecimiento escitó en Hismail los mas vehementes deseos de venganza; y para conseguirla pensó arreglar un tratado de alianza con el soberano de Marruecos; empero antes que lo terminara, el infante don Pedro de Castilla, y su tio don Juan señor de Vizcaya,

y hermano del rey don Sancho, dirigieron una correría á la vega de Granada talando cuanto encontraban á su paso. Destrozaron todo lo que hallaron en los campos de Moclin; prendieron fuego á uno de los barrios de Illora, y establecieron el campo en las inmediaciones de Pinos-Puente. Como quiera que ninguna oposicion les hicieran los granadinos, se aproximaron á la corte musulímica, y asentaron los reales en la parte oriental de Sierra-Elvira el día 24 de Junio de 1319. Algunas partidas de merodeo se derramaron por la vega, robando y asesinando á los pacíficos labradores, ocupados en sus faenas campestres. Hasta las murallas de la ciudad, por el cerro de Ainadamar, llegaron los cristianos ávidos de botin, y con la seguridad de que en aquella se observaba la mayor tranquilidad.

Cargados de riquezas se restituyeron al campamento, que el 26 del mismo Junio levantaron los infantes para retirarse. Hismail que observaba todos estos movimientos desde sus almenadas torres, luego que los hubo visto en retirada, dispuso que Osmin al frente de un numeroso cuerpo de caballería, saliese inmediatamente á cargar al enemigo. El mismo monarca salió tambien acudiendo la retaguardia, que debia proteger las operaciones de su wacir.

En efecto, antes que la aurora se presentara en el horizonte, salió el ligero ejército por la puerta de Elvira, y marchando con la mayor precaucion, alcanzaron al ejército cristiano, en ocasion de entrar en los montes de Granada. Con la rapidez del meteoro cargó el wacir sobre la retaguardia, mandada por el infante don Pedro, la cual, no pudiendo resistir la bizarra embestida de la caballería islámica, se puso en fuga, aspirando solo á salvar la vida y el botin. Mas en vano, los ligeros caballos granadinos revolviendo á todos lados, causaron una matanza extraordinaria en aquel ejército, que mas estaba inspirado de la avidez del saqueo, que de la gloria. El infante don Pedro, cuyo valor no puede negarse, se lanzó sobre la fugitiva muchedumbre para contenerla; empero sus esfuerzos fueron inútiles; aquellos mal llamados soldados, huían de las

pesadas lanzas granadinas, cual bandada de inocentes tortolillos, al ver que en el espacio se mece el carnívoro búitre, batiendo al aire sus alas para arrojarse de improviso á recoger su presa.

Viendo don Pedro que sus palabras eran desoidas, que todos sus esfuerzos eran inútiles, y que el estandarte de Castilla se veia abatido, la desesperacion y la cólera se apoderaron de su alma, de tal modo, que en el acto sucumbió, á impulso solo de su propio honor. Mas no huyó únicamente la tropa allegadiza; el arzobispo de Toledo, los maestros de Santiago, Calatrava y Alcántara y otros caballeros, convencidos de que la cimitarra mahometana no dejaba en pos de sí mas que la muerte, pensaron únicamente en salvar la vida, arrojando el agudo acicate á sus corceles, y entregándose á una vergonzosa fuga.

Luego que los fugitivos alcanzaron á la vanguardia, capitaneada por el infante don Juan, se introdujo igualmente en ella el desorden y el desconcierto. Aquel infante quiso contener las turbas que corrían despavoridas; pero en vano, nada podia detenerlas. El caudillo real viendo su derrota, atacado de un acceso al cerebro cayó del caballo ya cadáver.

Osmin, aprovechando circunstancias tan favorables, persiguió en todas direcciones á los fugitivos, protegidos solo por la oscuridad de la noche, causando en ellos, sin embargo, una horrorosa carnicería. Por fin la victoria fué completa para el valiente defensor de la mediana, que despues de haber perseguido al enemigo por muchas horas, ya entrado el día, regresó á Granada ornado de laureles, con extraordinario número de prisioneros, y con cuantas riquezas formaban el botin hecho en toda la expedicion. (Año 1319.)

Esta desgraciada jornada impulsó al rey cristiano á solicitar de Hismail una tregua de tres años, á la cual accedió este, y durante ella se disfrutó paz en el país granadino.

Terminada que fué se rompieron nuevamente las hostilidades; y como las disensiones de Castilla favorecian al rey de Granada, tomó á Baza y otras plazas sin mu-

cha resistencia; sin contar las de Huescar, Orce y Galera, que durante la tregua se había hecho dueño de ellas, por ser del territorio exceptuado en aquella.

Alhagado por doquier de la fortuna, emprendió la conquista de Martos, cuya empresa fué la mas memorable del reinado de Hismail. Un poderoso ejército con diferentes máquinas de guerra, se presentó ante la plaza. Se tomaron las posiciones de asedio, aquellas principiaron á obrar, sin que la heroica defensa de los sitiados fuese bastante á contener los trabajos que se habían emprendido. Abiertas varias brechas en la muralla, se lanzó la soldadesca sedienta de sangre. Invadidas por ella las calles, pronto se vieron cubiertas de cadáveres, de que corrían arroyos de sangre. Ni los ruegos del encanecido anciano, ni las súplicas de la cándida doncella, ni los clamorosos ayes del inocente niño, nada, nada era suficiente para que penetrara la compasión en el endurecido pecho del agareno soldado; nada, nada podía contener la saña que se había apoderado de su corazón. Por último, fué tal el extravío que dominaba á los vencederos, que hasta despreciaban las amenazas de sus jefes, que solo tendían ya en aquellas circunstancias de horror y de esterminio, á contener sus actos de inhumanidad. Mas no dejaron de tener también pérdida los granadinos: muchos y esclarecidos campeones entre ellos un hajo de Osmán, sucumbieron á impulso del acero cristiano.

A tan memorable hecho de armas contribuyó en gran manera el denuedo y bizarría de los caudillos mahometanos; descollando entre otros tanto por su valor, como por su humanidad para con los vencidos, Mahomed-Ben-Hismail, hijo del walí de Algeciras. He aquí como se espresa un escritor contemporáneo, refiriendo un hecho que nosotros lo insertamos íntegro, ya por el gran interés histórico que en sí encierra, y ya porque fué el precedente de la muerte del quinto rey de Granada.

«Este ilustre jóven, desde que el ejército entró en la población, se ocupó solo en proteger á aquellos infelices que veían segura su muerte, para lo cual emplea-

ba su autoridad y su valor, despues de agotados los medios de persuasion.»

«Entre las víctimas que salvó en tan aciaga jornada, lo fué una jóven de linaje noble y singular hermosura, que próxima á ser sacrificada por la cimitarra enemiga, con denodado valor pudo arrebatarla á sus verdugos, haciéndola como prenda propia ganada en el botín. A vista de la doncella, Mohamed fué impresionado de tal suerte, que desde luego rindió su corazón ante la incomparable beldad que allá en su estraviada imaginacion y dominado por el amor, creyó ser una de las huries del profeta.»

«Desde aquel momento, todo su cuidado, todo su anhelo dedicó á tranquilizar á la inocente virgen, que apesar de sus protestas, de sus juramentos, de sus sínceros alhagos, derramaba abundantes lágrimas; lágrimas arrancadas por el dolor, lágrimas causadas por aterradoras imágenes en su porvenir, y lágrimas en fin, que eran difíciles de contener, porque los motivos de su pesar rayaban en el punto mas culminante.»

«Mohamed, orgullecido con su presa, se había ya separado del bullicio que la soldadesca aun proseguiera en la población. Mil y mil juramentos de fidelidad hacia á la desgraciada jóven ante las aras del amor, mil y mil juramentos la aseguraban que su honor seria respetado; pero todo en vano, la virgen indiferente á cuantas ofertas le hiciera el apasionado guerrero, no veía en él por entonces mas que el verdugo y el causante de su infamia.»

«Pronto este acontecimiento se difundió por el ejército; caudillos y soldados corrían á admirar á la doncella, dando algunos el parabien á Mohamed, si bien otros lo miraban con envidia.»

«El mismo rey Hismail no pudo menos de quedar rendido ante tan peregrina deidad, y este acontecimiento abrió ante sus plantas un abismo en que debía hundirse para siempre.»

.....
«Hemos dicho que Hismail á vista de la cautiva,

quedó enamorada de ella y concibió el proyecto de que fuese á aumentar el número de las bellezas de su harem.»

«En efecto, mandó que inmediatamente la separasen de Mohamed y fuese conducido á Granada, pero este opuso una tenaz resistencia, hasta el extremo de hablar al rey, y esponerle el justo derecho que tenía á la doncella, y que estaba resuelto á unirse á ella con los vínculos del matrimonio.»

«Todo fué en vano. La contestacion de Hismail fué seca y desabrida, causando en el alma apasionada del jóven guerrero despecho y desesperacion.»

«El soberano dispuso el rapto de la jóven, y pronto fué ejecutado por sus satélites; en pocas horas la doncella se hallaba en el palacio Real de Granada.»

«Cuando Hismail entraba triunfante en la corte, obsequiado por el pueblo en vista de su victoria, Mohamed triste y angustiado pensaba en su venganza, venganza tan dulce, como cruel habia sido el motivo que la produjera.»

«Las acciones infames producen resentimientos difíciles de olvidar, y mas difíciles si recaen en almas sensibles. Ben-Hismail, honra y prez del ejército granadino, no solo por sus prendas físicas sino por las morales, se habia granjeado las simpatías y el aprecio en general.»

«Allá á sus solas, devorado por el mas amargo sentimiento, y dominado horrorosamente por la pasion de los celos, se decidió á curar con sangre de su orgulloso rival, la úlcera que le causara una comportacion impropia de caballero.»

«Muchos jóvenes sabedores del acontecimiento é iniciados en las ideas de Mohamed se ofrecieron espontáneamente á secundar sus deseos; el mismo Osmin resentido con el soberano, porque sin deber obligó á su hijo á que marchara á la conquista de Martos en que murió, también estuvo propicio á proteger las miras del ofendido adalid.»

«Tres veces habia rodado el carro del sol por el horizonte granadino, despues de la entrada triunfante de His-

mail en su palacio Real de la Alhambra.»

«Mohamed, su hermano y varios amigos se presentaron en las puertas de aquel. Las primeras centinelas, conociéndolos, no les ponen impedimento á su entrada.»

«Llegan al patio del estanque; los eunucos los detienen; protestan que quieren tener una conferencia con el rey sobre asuntos importantes al estado, y les dan paso.»

«Se hallaban en la galeria que dá entrada á la sala de Comares.»

«Avisado Hismail, salió prontamente acompañado de su wacir.»

«Mohamed y su hermano, que como todos los que les acompañaban iban armados de gumias ocultas debajo de sus aljubas y jacos, se adelantaron á saludar á su enemigo.»

«El resentido jóven que halló la ocasion propicia, hirió al usurpador de su dama con dos golpes en la cabeza y uno en el pecho. El rey cayó exámine en el pavimento, su wacir quiso tomar venganza; pero pronto fué acometido, y su sangre mezciose con la del Monarca.»

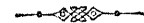
«Esta escena tuvo lugar en el sitio que dejamos indicado, el mas apropiado para ella, como nuestros lectores, si han visitado el régio Alcazar, deberán conocer. Los agresores, protegidos por la soledad, salieron del palacio antes de que se notase el suceso, que tuvo efecto con la rapidez del rayo.»

«Transcurridos algunos momentos, un grito simultáneo que se estendió por todos los ámbitos del palacio, anunció la desgracia; varios esclavos condujeron el cuerpo de Hismail á la sala de las dos hermanas, que era la habitacion destinada á su madre Gualdat desde que se vino á Granada despues de viuda.»

«El segundo wacir tomó la demanda: trató de prender á los perpetradores, pero estos huyeron, si bien se derramó alguna sangre con mas ó menos justicia.

«Al fin Hismail murió, y le sucedió su hijo, como diremos en el capitulo siguiente. (Año 1322).»

CAPITULO XIII.



MOHAMED IV.

REGENCIA DE MOHAMED ALMAHRUC NOMBRADO WACIR.—SU ADMINISTRACION.—MOHAMED IV TOMA LAS RIENDAS DEL GOBIERNO. HECHOS DE OSMIN.—BATALLA DEL GUADALHORCE.—CONJURACION DE OSMIN.—SU ALIANZA CON LOS BENIMERINES.—SALE EL REY A CAMPAÑA.—SU ASESINATO.

Luego que el segundo wacir tomó las riendas del gobierno, dió las órdenes oportunas para que se prendieran los culpables; pero habiendo huido la mayor parte de ellos, solo pudo hallarse alguno que otro, que sin detencion fué decapitado.

Circulado que hubo el acontecimiento por la ciudad, el pueblo se dirigió á la Alhambra, con deseos de saber de la salud del rey. Osmín, que como hemos dicho, estaba con los conjurados, se hallaba tambien entre la muchedumbre, si bien receloso y precavido, por si contra él se trataba de proceder.

— 77 —

Estrechas fueron por cierto las órdenes que el segundo wacir dió para que al heredero del trono no se le usurpase su derecho. Prohibió terminantemente que ninguna de las personas que se hallaban iniciadas del estado de la salud del soberano, pudiese revelarlo, bajo pena de muerte.

Dirigiéndose despues á los que ansiaban saber del rey, manifestóles que sus heridas no eran de mayor entidad. Esta noticia no fué satisfactoria por cierto para Osmín, pero en algun tanto calmó sus sospechas, el modo franco con que aquel se espesara. Cuando esto ocurría, el rey acababa de espirar.

Tomadas por el wacir las medidas de precaucion que creyó oportunas, mandó concurrir á palacio todas las notabilidades de la corte, con las cuales se reunió en la sala de Comares una gran parte del pueblo. Asi las cosas, se presentó á la concurrencia el wacir con el hijo mayor del soberano difunto, de edad de doce años; «el rey Hismail acaba de fallecer de las heridas causadas por puñales asesinos; en sus últimos momentos me recomendó el derecho de sucesion, que corresponde á su hijo primogénito, y en su consecuencia aquí os presento á Mohamed IV, rey de Granada.» Dijo: toda la asamblea, con Osmín, prorrumpió en un grito general, proclamándolo como tal.

El jóven monarca estaba dotado de prendas personales que no podian menos de atraerle todas las simpatias, entre las cuales se encontraban las de un aventajado talento, y una singular munificencia.

Entre otros cargos de gobierno que se confirieron á personas notables por su adhesion al soberano, lo fueron, el de primer consejero de la corona, con facultades de gobernar durante la minoridad de Mohamed, á Abul-Hassan Ben-Masud, segundo wacir que habia sido en tiempo de su padre, y á quien podia decirse debia la corona; y el de capitán general de las tropas á Osmín, quien con él vió sosegadas todas sus ansiedades.

Poco tiempo vivió Abul-Hassan, nombrándose como lugar teniente ó primer wacir á Mohamed Almahruc.

Este consejero, y regente en aquellas circunstancias, era en extremo sagaz, natural de Granada, y á quien se le daba el epíteto de *diplomático granadino*; pero á la vez estaba dotado de ambicion, egoismo y orgullo desmedidos. Estas pasiones se saciaron durante su gobierno de tal modo, que su conducta disgustó sobre manera á los vasallos de Mohamed.

Tomado este las riendas del poder, inauguró este acto solemne con la separacion del wacir, nombrando en su lugar á Mohamed Ben-Jahie, y dictando providencias dirigidas al bien público, y al de la administracion.

Osmin, por el contrario que Ben-Masud, luego que se hizo cargo de su destino, y aprovechando las disensiones que agitaban á Castilla, verificó varias correrias en tierra de cristianos y tomó algunas fortalezas en cumplimiento de su deber.

Por este tiempo, pues, sosegadas en algun tanto aquellas disensiones de la corte cristiana, se habia dispuesto por el rey Alonso una expedicion al reino de Granada, nombrando para ello al infante don Juan Manuel, adelantado de Andalucía. Por su parte Mohamed, luego que tuvo noticia de ello, previno á Osmin saliese inmediatamente á recorrer la frontera, reparase las fortalezas y entrase en tierra del rey cristiano. El denodado guerrero ofreció cumplir el precepto y clavar su lanza en las puertas de Córdoba. En efecto, emprendió su correria sin que el enemigo le estorbase la marcha; llegó hasta aquella ciudad y verificó lo que habia prometido. Por Antequera pasó á Archidona en donde se avistó con don Juan Manuel, que capitaneaba fuerzas considerables, entre las que se contaban las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava.

Trabóse una sangrienta batalla en las orillas del Guadalhorce, en la que adversa la fortuna para Osmin quedó vencido, viéndose obligado á retirarse. (Año 1326.)

Este desgraciado suceso fué motivo para que los reales del caudillo agareno, que no eran pocos por la posicion que ocupaban, le hiciesen oposicion clara y descaradamente. Como quiera que el soberano se

presentase indiferente en este punto, los contrarios de Osmin cobraron orgullo y altanería para dirigir contra él sus tiros mas certeros. La conducta de aquel y la de sus enemigos le obligaron á tomar un partido, que si bien no elogiaremos, no podremos menos de confesar que el monarca mahometano tuvo en él una parte muy activa. Tal fué la de declararse en contra de Mahomed IV por su tolerancia.

Apoyado por varios caballeros que le ofrecieron su cooperacion, se retiró á las encrespadas montañas de la Alpujarra, y en el valle de Andarax proclamó por rey de Granada á Ben-Farag, pariente de Mohamed, que residia en Africa. Sublevó varios pueblos de la sierra y reunió una hueste numerosa, decidida á secundar las miras del caudillo. El monarca, luego que tuvo noticia de ello salió en persecucion de los sublevados, quienes, ocupando posiciones muy ventajosas, se contentaron solo con algunas escaramuzas, mediante á que sus fuerzas eran muy inferiores á las del ejército real.

Conociendo Alonso XI de Castilla estas circunstancias favorables para invadir el territorio mahometano, dispuso todo lo necesario, y muy en breve se rompieron las hostilidades; lo cual no pudo menos de poner á Mahomed IV en el mayor conflicto, mediante á que no tenia las fuerzas suficientes para atender á varias campañas.

En tanto que esto sucedia en España, Ben-Farag en Africa á invitacion de Osmin, dispuso un respetable ejército, que antes de poco tiempo desembarcó en las playas de Algeciras. El wacir granadino marchó con una escogida hueste á oponerse al desembarco con la cooperacion del walí de aquella ciudad, pero en vano; la tropa africana saltó en tierra antes que el wacir tuviese noticia de su aproximacion á la playa, en la que se empeñó un choque sangriento, quedando la victoria por los benimerines. Entre los muertos lo fué Mohamed primer wacir.

El ejército extranjero se hizo dueño de aquella plaza, de la de Ronda, Marbella y otras; consiguiendo de este modo formar un estado, en cierto modo imponen-

te á la corte granadina. Así mismo el rey don Alonso habia tomado varias plazas en las fronteras; aunque tambien sufrió algunos descalabros de consideracion.

Circunstancias tan agravantes, y la de que con ellas se aumentaba el disgusto general del pueblo, impelieron á Mohamed á que saliese á campaña á la cabeza de los distinguidos linajes alabeces, gazules, abencerrajes, gomerés y otros esclarecidos caballeros. Dirigiéndose á Baena puso cerco á esta plaza, que se le rindió despues de una obstinada defensa, bajo honrosa capitulacion. Recobró á Algeciras, Marbella y Ronda, por lo que Ben-Farag y Osmin se vieron reducidos á solo Gibraltar que se hallaba por ellos.

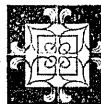
Los resultados de la guerra con los cristianos eran bastante adversos á la causa islámica; por lo que solicitó del rey de Castilla una tregua, que pudo conseguir con condiciones ventajosas para ambos gobiernos. Tambien Mohamed solicitó alianza con el rey de Marruecos quien, organizó un ejército de siete mil caballos al mando del infante su hijo.

Ya por este tiempo habia muerto Osmin y dejado dos hijos, Ibrain y Abul-Ubot que continuaron unidos á Ben-Farag.

Desembarcado aquel refuerzo se rompieron las hostilidades con el rey castellano; consiguiendo la rendicion de Castro del Rio, que dismanteló, y la del castillo de Cabra, por venta que le hizo su alcaide Pero Diaz de Aguayo, caballero de la órden de Calatrava. Esta expedicion vino á terminarse en las inmediaciones del Guadiaro, en las que habiéndose reunido en una entrevista Mohamed, el infante africano y el rey don Alonso, se ajustó una tregua, y concluido el convenio, reciprocamente se hicieron ricos presentes, y se retiraron cada cual á sus reales.

Implacables los hijos de Osmin en su odio hácia Mahomed, hallaron en este tratado elementos muy favorables para desacreditarlo. Formaron una conjuracion contra él, prestando que habia vestido los trajes cristianos que don Alonso le regalara, y comido con él á la mesa.

La conjuracion en poco tiempo tomó formas colosales, y proyectado un asesinato, fué asaltada la tienda de campaña en que se hallaba, y muerto alevosamente. (Año 1333.)



CAPITULO XIV.

JUZEF-ABOUL-HAGIAG.

MEJORAS EN LA ADMINISTRACION PUBLICA.—SITIO DE TARIFA.
BATALLA DEL SALADO.—SIGUE SUS CONQUISTAS EL REY DE
CASTILLA.—SITIO DE ALGECIRAS Y SU ENTREGA.—TREGUA.
—ASEDIO DE GIBRALTAR.—SE ALZA EL CERCO.—CABA-
LLEROSIDAD DE JUZEF.—SU MUERTE.

En el mismo campo de batalla fué proclamado rey de Granada Juzef-Aboul-Hagiag, hermano del desgraciado Mahomed IV. De caracter afable, justo y clemente, inspiró al pueblo las esperanzas mas alhagüenas en el porvenir. Ajustó tregua de cuatro años con los reyes de Castilla y Aragon, durante la cual se ocupó de obras de gran importancia en la corte; no ocurriendo nada notable hasta la venida á España de Abul-Hassan, rey de Fez, con la cual se rompieron las hostilidades con el sitio de Tarifa que produjo la memorable batalla del Salado, entre el monarca africano y el de Granada, su

—83—

aliado y los reyes de Castilla y Portugal, acompañados de los principales guerreros cristianos, los maestros y freiles de las órdenes militares, inclusa la de la banda recientemente instituida.

Despues de algunos choques parciales se trabó la batalla en general, en la que se hicieron proezas de valor por todos los adalides de uno y otro ejército. Algunas horas estuvo indecisa la victoria; pero saliendo repentinamente de Tarifa un cuerpo de tropas al mando de esforzados caudillos, acometieron los reales africanos, haciendo el mayor estrago; el cual, unido al que los caballeros de la banda causaron por su parte, decidieron el triunfo á favor del estandarte de la cruz. La pérdida de los soberanos agarenos fué inmensa; por lo que Abul-Hassan se retiró á Gibraltar con el resto de tropas que le quedaban, regresando despues á Africa.

Apesar de esta derrota, Juzef quedó solo en el campo de batalla con los caballeros granadinos, sosteniendo una lucha desigual, hasta tanto que cargando sobre él todas las fuerzas enemigas, se vió en la necesidad de retirarse á la plaza de Algeciras para evitar nuevos males. Los cristianos ocuparon buenas posiciones para contener su salida, pero el sagaz monarca se embarcó con los suyos en las naves que había en el puerto para Almuñécar, dejando burladas de este modo las lisonjeras esperanzas del enemigo. La pérdida de una y otra parte indefectiblemente sería considerable; y apesar de que algunos escritores nos han trasmitido la exagerada proporcion de diez mil sarracenos por un cristiano, nosotros no estamos conformes con ella, á no ser que hubiese una influencia directa del cielo. (Año 1340.)

Orgullecido el rey Alonso con la victoria obtenida en el Salado, y conociendo que la fortuna le era propicia siguió sus correrias y se le rindieron las plazas de Alcalá la Real y Moelin; por lo que Juzef solicitó treguas que le fueron denegadas.

Emprendió el monarca cristiano el asedio de la ciudad de Algeciras, que duró diez y nueve meses, sin que los mahometanos pudiesen conseguir se alzase el sitio, y al cabo de aquel tiempo se entregó por capitulo

lacion, si bien con disgusto del rey Juzef. (Año 1344.)
Se terminó la campaña ajustándose una tregua de diez años, durante la cual el rey de Granada se ocupó en obras útiles, y dictó leyes y reglamentos para todos los ramos de administracion, que fueron los que rigieron hasta la caída del trono musulmico.

Rota esta tregua por el rey don Alonso, que quiso tomar á Gibraltar, la puso cerco, pero habiendo muerto en él, el egército tuvo que retirarse. (Año 1350.)

Juzef que se hallaba en observacion de los movimientos de los cristianos, mandó que su egército vistiese luto y diese libre paso al de Castilla, que conducía á Sevilla el cadáver régio.

Regresó á Granada y continuó ocupándose en proporcionar á sus pueblos todo el bien y prosperidad posibles. Cuatro años habian trascurrido, cuando hallándose orando en la mezquita real fué asesinado por un loco. (Año 1354.)



CAPITULO XV.

MAHOMED V.

SUS REFORMAS ECONOMICAS.—ARREGLA PACES CON LOS REYES DE CASTILLA Y FEZ.—CONSPIRACION CONTRA EL.—SE SALVA Y SALE PARA GUADIX.—ES DESTRONADO Y MARCHA A AFRICA.

La desgraciada muerte de Hismail I franqueó el paso al trono á su hijo primogénito Mohamed V. Se hizo su proclamacion por voto universal de los jefes de las tribus y demas caballeros de la corte. El pueblo que siempre ansia por el bien, veía en el jóven rey un iris de felicidad, pues sus escelentes cualidades así lo pronosticaban.

En efecto, declarado en favor de las economias, disminuyó los gastos de palacio, sin deprimir en nada el lustre del trono. Esta medida si bien era apreciada por los hombres sensatos, que conocian sus buenos resultados, produjo un gran descontento en aquellos que á la

sombra de un monarca indiferente, medraban y se engrandecían. Sin embargo, la tranquilidad se sostenía, no solo en la corte, sino en todos sus estados, porque uno de los primeros cuidados del monarca fué arreglar la paz con los reyes de Castilla y de Fez.

Empero la envidia que comunmente reside oculta entre la ostentación de las cortes, había asentado su trono en la de Granada, dirigiendo certeros tiros contra el monarca islámico.

Juzef su padre, había tenido con una segunda sultana varios hijos, á quienes Mohamed había cedido el palacio de Generalife, para que lo habitasen con su madre. Esta no podía mirar con indiferencia la postergación de aquellos, y que Mohamed se hallase elevado al poder real; no podía mirar sin enojo que un hijo de otra mujer ocupase el trono, cuando ella deseaba que Hismail su primogénito, se asentase en él. Poseída de esta idea, encontró apoyo para la ejecución de sus planes en algunos descontentos; prodigó riquezas para atraerse parciales, y consiguió por último, que Abu-Said, esposo de su hija Cetí se pusiese á la cabeza de la conjuración que se formó.

Era, pues, el plan, que unos cuantos asesinos en la noche del 28 de julio de 1359 penetrasen en el palacio de la Alhambra y clavasen el acero homicida en el pecho del monarca. Con la mayor cautela consiguieron su entrada en la real fortaleza en donde permanecieron ocultos hasta que la señal convenida les indicase era llegado el momento de consumir el crimen. Protegidos por las sombras de la noche esperaban con ansiedad el instante deseado. Llegó al fin, y divididos en dos grupos, uno se dirigió á la habitación del wacir, forzó las puertas, y entrando en ella, lo asesinaron en su propio lecho; ejecutaron con sus mugeres é hijas cuantos escesos quisieron, entregándose despues al robo con toda impunidad. El otro grupo sorprendió y mató las guardias del palacio, pero deslumbrados de la riqueza que se presentaba á su vista, olvidaron su principal misión y se dedicaron al saqueo de las reales habitaciones.

Mohamed descansaba en el régio lecho con una hermosa esclava á quien amaba tiernamente; la algazara de sus asesinos turbó su descanso; lanzóse á la puerta de la estancia, y no pudo menos de quedar afectado al enterarse del motin. Ciertamente hubiera sido victima, si la tierna esclava con singular disposición no lo pusiera en libertad. Vistiólo con sus propios trages, cubriólo con sus velos y tocas; y envuelta ella en un albornoz atravesaron afortunadamente sin ser conocidos por medio de los grupos; dirigieronse á las caballerizas, criados fieles les dispusieron caballos, montaron con precipitación y tomaron el camino de Guadix, escoltados de algunos amigos.

Durante esta escena, Hismail y Abu-Said penetraron en la Alhambra al frente de un número considerable de parciales. Dirigiéronse al palacio régio, y Abu-Said, en la creencia de que Mohamed ya no existiría, proclamó á su cuñado Hismail por rey de Granada. Las turbas, se prestaron gustosas á este acto, porque ya habían cogido un rico botín.

Terminada la proclamación entre la algazara de los amotinados, y sabedor Hismail de que su hermano se había salvado, salió sin pérdida de momento en su persecución á la cabeza de un cuerpo de tropas y acompañado de Abu-Said. El destronado rey con precipitada marcha, llegó á Guadix en donde fué bien recibido; pero sabiendo que el usurpador había salido de Granada en su busca, creyó oportuno dejar aquella ciudad y pasar á Africa, para evitar conflictos. Así lo verificó inmediatamente, despues de haberse despedido de los muchos amigos que lo rodeaban.



CAPITULO XVI.

ISMAIL II.

ARREGLA TREGUAS CON EL REY DE CASTILLA.—MOHAMED Y VIENE A ESPAÑA CON DOS EJERCITOS AFRICANOS.—UN INCIDENTE CONTRARIO A SUS PLANES.—SE RETIRA A RONDA.—SITUACION DE HISMAIL.—INFLUENCIAS DE ABU-SAID.—ASPIRA AL TRONO.—MOTIN EN LA ALHAMBRA.—SANGRIENTA REFRIEGA EN LAS CALLES DE GRANADA.—MUERTE DE HISMAIL.

Luego que Hismail supo que su hermano habia salido de Guadix, con el objeto de embarcarse para Africa, se restituyó á la corte. Uno de sus primeros cuidados fué arreglar un tratado de alianza con el rey don Pedro de Castilla: ocupóse tambien de arreglar todos aquellos ramos, que como es consiguiente, en las revueltas políticas sufren alteracion; de manera que el territorio granadino disfrutó algun tiempo de tranquilidad.

En tanto que esto sucedia en España el destronado

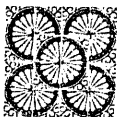
soberano habia llegado á Africa, encontrando buena acogida en el rey de Marruecos, quien se hizo su aliado, y le ofreció su apoyo para recuperar el trono. Dos numerosos ejércitos se embarcaron con direccion á la península española al mando de Mohamed. Habiendo desembarcado en nuestras playas, pusieron en marcha para Granada. Bien conocia Hismail que no podia contrarrestar tan considerables fuerzas; por lo que se decidió á permanecer en la corte á la defensiva y en observacion de los movimientos del ejército invasor. Así las cosas, un incidente imprevisto frustró los planes de Mohamed. El ejército auxiliar recibió orden para volver precipitadamente á Africa, en donde habia estallado una revolucion, siendo asesinado el emperador. Recibido que fué el aviso por Mohamed, dispuso retrocediesen las huestes africanas y se embarcasen sin demora. El desgraciado rey con sus partidarios se retiró á la comarca de Ronda que le habia permanecido fiel.

Hismail, cuyas dotes intelectuales no eran las mas aventajadas, se habia entregado ciegamente á su cuñado Abu-Said, el cual aprovechando las circunstancias, se habia creado una posicion brillante y un número considerable de prosélitos. En tal estado pues, concibió el proyecto de escalar el trono. Para ello comenzó á desacreditar al rey, y como árbitro del poder mandó decapitar á todos aquellos que directa ó indirectamente se oponian á sus proyectos.

Un dia, cuando Hismail menos lo esperara, turbas pagadas por su cuñado invadieron el palacio de la Alhambra pidiendo su cabeza y proclamando por rey á Abu-Said. Retiróse el monarca, aunque con dificultad, al palacio de los Alijares, seguido solo de algunos fieles servidores. El pretendiente á la cabeza de los amotinados sitió aquel real sitio. La desesperacion se apoderó de Hismail y sus amigos, decidiéndose unanimemente á salir contra los amotinados, y morir derramando la sangre de estos. Así lo hicieron; y aunque pocos, llegaron batiéndose hasta la parte inferior de la calle de Gomerés; allí ya se travó tan encarnizada lucha, que apesar de haber hecho proezas de valor tuvieron que sucumbir.

Todos murieron; Hismail quedó prisionero y despues de recibir mil insultos, le cortaron la cabeza, que puesta en una pica fué paseada en triunfo por toda la capital.

Tal fué el desgraciado fin de este soberano, causado solo por la privanza de un valido; ó mas bien, por haber seguido los consejos de un malvado.



CAPITULO XVII.

ABU-SAID (EL BERMEJO.)

SU CONDUCTA.—ABRESE LA CAMPAÑA.—BATALLA EN LA VEGA DE GRANADA.—CORRERIA DE LOS MAHOMETANOS.—BATALLA DE GUADIX.—VICTORIA DE LOS GRANADINOS.—MALAGA SECUNDA EL APOYO QUE RONDA PRESTARÁ A MOHAMED V.—LOS CRISTIANOS TOMAN VARIAS FORTALEZAS.—CRITICA SITUACION DE ABU-SAID.—PARTE PARA SEVILLA.—SU MUERTE.

La muerte de Hismail II dejó franca á Abu-Said la subida al trono de Granada. Una de sus primeras atenciones fué la de recompensar á sus parciales con destinos y honores; de manera que sus cómplices fueron premiados con riquezas y empleos, al paso que los partidarios del rey muerto fuéron humillados y perseguidos; creando de este modo una nueva situacion que privaba de paz y tranquilidad al reino mahometano.

Abu-Said de carácter déspota y absoluto, desplegó violencia y tiranía tan extraordinarias, que al poco tiempo de su gobierno, era aborrecido de la mayoría de sus vasallos.

Mohamed V que conocia bien aquella situacion, quiso aprovecharla para recobrar el trono. Ajustó alianza con don Pedro de Castilla, quien con seis mil hombres bajó á apoyar sus pretensiones. Abrióse la campaña con el asedio de Antequera, que se defendió heroicamente, rechazando á los soberanos confederados. Estos, despues de talar los campos de Loja, se dirigieron á la vega de Granada. El nuevo rey, con un brillante cuerpo de tropas, salió de la corte, dirigiéndose al campo enemigo, que se hallaba situado en Sierra de Elvira, y no muy distante de la Atarfe. Se trabó una accion reñida cuyos resultados no fueron muy favorables para el estandarte de Castilla, cuando en seguida hicieron los cristianos contramarcha y tomaron la retirada. Por el tránsito hacía Alcalá la Real, causaron toda clase de estragos así como lo habian verificado desde su entrada en el territorio granadino.

No conforme Mohamed V con esta conducta, pues queria recuperar el trono sin causar daños ni perjuicios á los pueblos, propuso á don Pedro cesasen las hostilidades; y otorgado por aquel, los vasallos granadinos dejaron de sentir las vejaciones y las tropelias que causara la hueste aliada. El monarca cristiano se retiró á Castilla y el príncipe mahometano á Ronda.

Aunque se había dado la órden de suspender las hostilidades, las tropas que guarnecian las fronteras continuaron sus correrias dando así motivo á que los moros observasen igual conducta. Dos mil infantes y seiscientos caballos penetraron en el adelantamiento de Cazorla; saliéronle al encuentro el Maestre de Calatrava don Diego Garcia de Padilla y el adelantado mayor don Enrique Henriquez y consiguieron derrotar completamente la hueste agarena, haciendo un buen número de prisioneros. Continuaron su marcha hacia Guadix aunque habiendo disminuido su fuerza á mil jinetes y dos mil peones. Abu-Said con cuatro mil infantes y seiscientos caballos, marchó en busca suya; y en las márgenes del Fardes se avistaron ambas huestes y rompieron las hostilidades. El usurpador granadino consiguió embolver á los cristianos, y obtuvo la victoria con muerte de

algunos principales campeones de aquellos; quedando prisioneros el Maestre de Calatrava, y otros caballeros, que con él entraron en Granada. La pérdida en esta jornada de la hueste castellana fué de bastante consideracion. (Año de 1361.)

Apesar de esta victoria, la situacion de Abu-Said era demasiado comprometida. El gérmen de la rebelion contra el usurpador del trono se habia desenvuelto entre los mahometanos. Málaga secundaba el apoyo que Ronda y su Serranía habia prestado á Mohamed V. El rey don Pedro habia vuelto á hostilizar al de Granada tomándole varias plazas. Este se encontraba abandonado de aquellos que habian apoyado sus crímenes; y por último, se veia reducido á un estrecho circulo, sin amigos, sin las simpatías de sus vasallos, y previendo un fin funesto y desastroso.

Para contrarrestar estos males pasó á Sevilla, acompañado de varios caballeros principales de su córte, y una brillante escolta de ambas armas, con el objeto de tener una entrevista con don Pedro, y conciliar los medios de tranquilidad. Para ostentar su magnificencia y riqueza, llevaba consigo considerable número de caballos de noble raza, enjazzados al estilo oriental; preciosas armaduras trabajadas con el mas fino temple; gran porcion de aljofares, joyas de inestimable valor, esquisitas telas, y cajas de moneda de oro. Tanta ostentacion causó jeneral admiracion en Sevilla; no dejando tambien de despertar la codicia del rey cruel. Este recibió á Abu-Said con toda la pompa y con todo el aparato usado en aquel tiempo; ofreciéndole en la primera entrevista ser el conciliador entre él y Mohamed V. El rey de Granada y los suyos fueron hospedados cual requería su clase.

Respecto á los acontecimientos posteriores, hé aqui como se espresa un escritor de nuestro tiempo.

«Mas el soberano de Castilla, abrigaba en su corazon sentimientos inhumanos, codiciosos de venganza, hallándose decidido á faltar á las leyes hospitalarias; al seguro que debia ofrecerle la palabra de un rey; á la respetable garantia de un trono, y en fin á la pureza que

es la inseparable compañera de la buena fé y de la justicia.»

«Aposentado Abu-Said y los mas esclarecidos caballeros que le acompañaban, dispuso Pedro el cruel que don Gutierrez Alvarez de Toledo les brindase en la misma noche de su llegada con un magnífico banquete, al que asistieron gustosos los ilustres huéspedes; mas cuando ya se habia terminado, fueron sorprendidos los convidados por Martin Gomez de Córdoba, camarero mayor de palacio, quien acompañado de fuerza armada, llevaba orden de prenderlos á todos.»

«Así se verificó, siendo conducidos á un encierro. En tanto que esto ocurría en casa del de Toledo, otros esbirros sorprendieron tambien los alojamientos de los demas que componian la escolta del soberano granadino, siendo igualmente puestos en prision. El grandioso botín que Saíd habia llevado á Sevilla, fué confiscado y recogido por orden de Pedro I, á quien tanta riqueza habia despertado una codicia sin límites.»

«Dos dias permanecieron encerrados en las atarazanas de donde el rey bermejo fué sacado con treinta y siete caballeros de los mas distinguidos, y conduciéndolos á los campos de Tablada con mofa y escarnio, fueron muertos con la mayor crueldad.»

«El mismo rey Pedro cubrió de mengua é ignominia su nombre y el del Trono de Castilla, teniendo con sangre real su lanza que solo debía blandirse en campo de batalla para añadir nuevos laureles á la corona que Pelayo le legara. El mismo rey Pedro alanceó al de Granada, mereciendo que en los últimos momentos le digera: «que ruin cabalgada habeis hecho en quien se fiaba de vos» prediciéndole á la vez un fin funesto.»

«Después de esta sangrienta y horrorosa escena, el rey cristiano dispuso les cortasen las cabezas y se espusiesen al pueblo de Sevilla como trofeo de su iniquidad. (Año de 1362.)

CAPITULO XVIII.

—>>> <<<<—

MOHAMED V.

RECobra EL TRONO.—ARREGLA TREGUA CON LA CORTE DE CASTILLA.—PERIODO DE TRANQUILIDAD EN GRANADA.—MUERTE DEL REY.

La muerte de Abu-Said franqueó á Mohamed la subida al trono de Granada.

Luego que este supo el acontecimiento en Málaga donde se hallaba, se puso en marcha para la corte, donde fué recibido con aclamaciones y entusiasmo. (Año de 1362.)

Desde el momento en que nuevamente se ciñó la corona, ocupóse con el mayor interés, no solo en atraerse la estimacion de sus pueblos, sino en velar por su paz y por su prosperidad.

Publicó una amplia amnistia para todos los proscritos por su antecesor, devolviéndoles todos sus bienes y honores; y ajustó alianza con Pedro I, enviándole sin

rescate cuantos prisioneros cristianos se encontraban en sus estados.

Por este tiempo ya estaban empeñadas las guerras entre Pedro y su hermano el de Trastámara, y esta circunstancia fué en extremo favorable para Mohamed, por cuanto distraídos los cristianos en sus contiendas, descuidaron la vigilancia que sobre los granadinos debían ejercer de continuo, y estos aprovechándose de ocasión tan ventajosa, hicieron algunas correrías por la frontera, y tomaron varias plazas.

No nos ocuparemos de algunos pormenores que nos refieren las crónicas tuvieron lugar durante la campaña de los dos hermanos, pero si diremos, que después de la batalla de Nagera, en que fué vencido el bastardo, Mohamed auxilió al rey cruel con treinta mil infantes y cinco mil ginetes, y que después de una alternativa de triunfos entre el monarca de Castilla y su competidor, aquel fué asesinado por este alevosamente, cuyo crimen proporcionó al facinoroso la posesión del trono. (Año de 1369.)

Mohamed hizo retirar inmediatamente el ejército auxiliar pensando aprovechar la situación turbulenta que agitaba la corte cristiana.

En efecto se hizo dueño de algunas plazas de consideración y entre ellas la de Algeciras, que dismanteló completamente, convencido de que no le era posible conservarla sujeta á su poder.

Los triunfos conseguidos por Mohamed pusieron en mayor consternación al rey de Castilla, siendo causa de que se concertase entre él y el de Granada una tregua que proporcionó la paz por muchos años entre ambas monarquías. (Año de 1370.)

Mohamed supo aprovechar este período de tranquilidad dedicándose á hacer infinidad de mejoras en la capital. Arregló todos los ramos de la administración pública y protegió con interés las artes, el comercio y la agricultura.

Dispuso se consagrara su hijo primogénito Aben-Abdallah Juzef, como heredero del trono. Para celebrar este acto y su matrimonio con una hija del rey de Féz,

hubo grandes fiestas, á que concurrieron los principales caballeros no solo de España, sino de Francia, Africa y Egipto.

Mohamed para sostener en armonía sus relaciones con Enrique de Castilla y prolongar la paz que disfrutaban sus pueblos, hizo á aquel magníficos presentes, y de aquí el que se creyera por los cronistas, si bien no admitido por los historiadores graves, que el de Trastámara murió de resultas de unos borceguies envenenados que el monarca granadino le remitiera.

Después de la muerte de Enrique arregló tregua con su sucesor Juan I; prosiguiendo de este modo la paz y el estado floreciente y de preponderancia que había sabido crear en este último período de su reinado.

Murió Mohamed de muy avanzada edad, siendo sentido, no solo de sus vasallos, sino de los mismos cristianos. (Año de 1391.)



CAPITULO XIX.

ABEN-ABDALLAH JUZEF II.

ARREGLA PAZ CON LOS CRISTIANOS.—CONJURASE CONTRA EL SU HIJO MOHAMED.—SUBLEVACION EN GRANADA.—LA APACIGUA EL ENBAJADOR DE FEZ.—ROMPE JUZEF LAS HOSTILIDADES.—TREGUA.—MUERTE DE JUZEF.

A Mohamed V sucedióle su hijo Aben-Abdallah-Juzef, segundo de este nombre. Fué proclamado en el palacio de la Alhambra con la mas extraordinaria solemnidad, y su advenimiento al trono de Granada fué asimismo festejado con regocijos públicos.

Era Juzef virtuoso como su padre; afecto á la tranquilidad y bien público.

Inauguró su reinado asegurando la paz que su antecesor habia conseguido por muchos años. Para ello se valió de medios, que si bien en nada le degradaron por-

— 99 —

que el deber de todo soberano es adquirir á cualquier costa el bien y tranquilidad de sus pueblos, le atrajeron despues disgustos de gran consideracion.

Para anudar las relaciones que su padre habia sostenido con la corte de Castilla y obligar mas y mas á Enrique III, llamado el doliente, á que confirmase los pactos que ajustara con Mohamed V, le envió seis caballos de la mejor raza, ostentosamente enjaezados y cubiertos de paños preciosos de oro, armas del mas fino temple, y sin rescate, varios caballeros cristianos, que arastraban la cadena de la esclavitud en las prisiones de Granada.

El alcaide de Málaga fué el encargado de llevar al rey de Castilla este presente, quien lo recibió con mucha benevolencia, honró altamente al noble mensajero, y concertó con él las treguas, sin perjuicio de que despues sus enviados las confirmasen con Juzef como se verificó.

En tanto que este príncipe aseguraba con interés la paz exterior para sus dominios, la tea de la discordia agitaba la rebelion intestina y preparaba á aquel dias amargos y de consternacion.

Tenia Juzef de su matrimonio cuatro hijos, que habia educado con igual solicitud. El primogénito llamado como su padre, era de carácter bondadoso, afable, y poseia un talento particular, por cuyas cualidades se habia granjeado el afecto y estimación de los granadinos, ejerciendo sobre ellos una extraordinaria popularidad. El segundo nombrado Mohamed, de contraria índole, altivo, ardiente, de violento genio y estremadamente ambicioso.

Este príncipe, pues, no podia mirar con indiferencia el prestigio que su hermano disfrutaba, tanto con la nobleza, cuanto con el pueblo; ni tampoco que era el designado por su padre para sucederle en el trono. La envidia devoraba su corazon, y poseido de vehementes deseos de reinar decidióse á escalar el trono, aunque fuese á costa de la sangre de su familia.

Odiaba implacablemente á su padre y hermano mayor, y por lo tanto no conocia freno alguno su ambi-

cion, la que tomando formas colosales, lo lanzó á comer el mas inaudito atentado.

Juzef II daba favorable acogida á los estrangeros, sostenia con los cristianos relaciones de amistad, y dispensaba gran favor á algunos caballeros que retraidos de la corte de Castilla, permanecian en Granada, porque en ella habian encontrado hospitalidad. El pueblo entregado á la murmuracion criticaba con saña la conducta que el rey observara.

En este número de descontentos encontró Mohamed los elementos necesarios para poner en ejecucion sus planes revolucionarios. Muchos de aquellos atraidos por las ofertas de los confidentes del príncipe, se comprometieron á promover una asonada en favor de este, y llevar adelante el plan que concibiera de destronar á su padre y deshacerse á todo trance del que por derecho era heredero de la corona.

Con el apoyo de sus parciales consiguió que el rey apareciese á los ojos de sus vasallos como un mal muzlin y cristiano encubierto, que solo trataba de esterminar en España la religion islámica.

Avido el pueblo de escisiones por la ociosidad en que yaciera, y avido tambien del premio que el conspirador le tenia ofrecido, no dudó un momento en lanzarse á la revolucion y proyectar desastres de la mayor entidad.

Como era consiguiente, el descontento se iba haciendo general y la conjuracion tomaba cada dia mas colosales formas; empero los mas fogosos y decididos en favor de los derechos del infante Mohamed no permitieron que se continuasen los trabajos revolucionarios que dan á las conjuraciones el éxito á que propenden y precipitan el rompimiento.

En efecto se alzaron las masas acaudilladas por los amigos de Mohamed y dirigiéndose al alcázar con ademan resuelto y decidido, pidieron con escándalo la deposicion del rey Juzef. Luego que este se impuso de lo que querian y de que su hijo era el verdadero motor de aquel tumulto, decidióse á acceder á la peticion con el objeto de evitar á Granada un dia de luto, con efusion de sangre agarena.

El embajador de Fez que se encontraba á su lado y era hombre de gran valia, y á quien el pueblo consideraba respetuosamente, vituperó la decision del monarca y se ofreció á apaciguar el tumulto. Presentóse á los revoltosos, arengólos con elocuencia y energia y estos se sosgaron con la cualidad de que se habia de romper la tregua con los cristianos. Juzef aunque con violencia se comprometió á ello, y con esta garantia el populacho se retiró á esperar la orden de armamento.

Comunicada esta prontamente se encontró listo un cuerpo de tropas de tres mil infantes y setecientos ginetes, que con el rey á su cabeza entraron por tierra de Lorca y Murcia, causando estragos, matando y cautivando á los cristianos que desapercibidos de aquel suceso, descansaban tranquilos en sus hogares, confiados en la formalidad de la tregua que habia ajustada.

Duró la campaña algun tiempo, hasta que las quejas del soberano de Castilla por un rompimiento tan inmotivado pusieron al de Granada en la necesidad de anudar nuevamente sus relaciones de amistad con las cortes cristianas, no bien sin algun trabajo por la oposicion que encontrara en ellas. (Año 1392.)

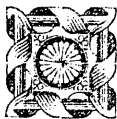
Al siguiente año don Martin Yañez de Barbuda, clauero de la orden de Avis en Portugal, que habia estado al servicio de Juan I de Castilla y por ello habia merecido el nombramiento de maestre de Alcántara, aconsejado de un hipócrita fraile, hizo una entrada por tierra de Granada poniendo en gran compromiso al rey de Castilla y sus fronteras.

Sabido por Juzef, salióle al encuentro con su gente de guerra, y avistándose con él en la vega, se trabó una accion reñida en la que perció el maestre y todos los suyos, envueltos por los guerreros de la media luna.

Este suceso que no pudieron evitar ni el rey Enrique III ni don Alonso Fernandez de Córdoba, señor de Aguilár, atrajo nuevos disgustos á ambas cortes; hubo reconvenciones de la de Granada á la de Castilla y esta por último contestó satisfactoriamente.

Desde esta época se disfrutó de paz en los dos reinos,

hasta que en 1396 falleció Juzef, según unos, de resultas de una aljuba envenenada que le regaló el califa de Fez con quien se hallaba en buena amistad, y según otros, de enfermedad crónica que padecía, agravada con el continuo ejercicio que hacía a caballo.



CAPITULO XX.



MOHAMED VI.

ES PROCLAMADO REY.—DESTIERRO DE JUZEF.—TRATA DE CONTINUAR LA TREGUA AJUSTADA CON SU PADRE.—PASA DE INCOGNITO A LA CORTE DE CASTILIA.—CONSIGUE ARREGLIAR LA PAZ.—LOS CRISTIANOS QUEBRANTAN EL TRATADO.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES.—MUERTE DE MOHAMED.

Desde que los físicos pronosticaron desfavorablemente de la enfermedad de Juzef II, su hijo Mohamed que aun no había desistido de sus pretensiones al trono, comenzó de nuevo a poner en juego todos los resortes revolucionarios con que contaba, para anteponerse en la sucesión a Juzef su hermano mayor.

Era Mohamed de gallarda figura, mirada penetrante, su genio vivo, animoso, valiente y asaz afable para atraerse las simpatías del pueblo y adquirirse cierta preponderancia, cierto predominio, no sólo entre la plebe, sino también entre la alta nobleza. Cualidades tan pri-

vilegiadas no pudieron menos de dar á su empresa un éxito favorable.

Juzef su hermano era de opuesto carácter, y muy afecto á la vida privada; por lo cual las tentativas de Mohamed no causaron en él mayor disgusto, ni trató de hacer á ellas la menor oposicion.

Apoyado el pretendiente por una gran parte de la nobleza granadina, y dado el grito de rebelion por numerosas masas populares, consiguió ser proclamado rey, apesar de que su padre habia designado heredero de la corona á su hermano primogénito.

No bien hubo conseguido el triunfo, cuando dispuso que Juzef saliese de la corte escoltado para Salobreña permitiéndole llevase su harem y aquella familia mas necesaria; mas que estuviere muy vigilado por si tratase de conspirar alegando su privilegiado derecho. Dió cuenta de esta medida al rey de Féz, apoyando su legalidad en que ni la ambicion, ni los deseos de gobernar habian imperado en él; si solo el bien estar y la paz de sus pueblos.

Sentados estos precedentes y aquietados de este modo los recelos que tanto su hermano, quanto su aliado pudieran inspirarle por tan marcada injusticia, se ocupó de arreglar treguas con el soberano de Castilla. No dejaba de conocer cuan espuesto era en circunstancias tan azarosas entablar publicamente negociaciones de paz por la predisposicion que tenian sus vasallos, y el convencimiento en que se hallaban de que prontamente debian romperse las hostilidades con los cristianos.

Así que, se propuso conseguir su objeto, usando de cautela y reserva, hasta tanto que por necesidad se viese obligado á descubrir la medida que adoptara.

En efecto, tomando por pretesto recorrer la frontera, salió de Granada escoltado solo por veinte y cinco caballeros de toda su confianza, y dándose el caracter de embajador, atravesó sus estados y entró en Toledo en cuya corte fué muy bien recibido y obsequiado, luego que se dió á conocer como soberano de los muzlimes.

Arregladas las treguas bajo las bases que Juzef II las tenia concertadas, Mohamed se despidió de Enrique III

y regresó á su córte, donde se ignoró enteramente cual habia sido el objeto de su viaje. (Año de 1397.)

Trascurrido poco tiempo, algunos caudillos cristianos de la frontera rompieron la tregua, y penetrando en tierra de Granada, causaron algunos estragos. Mohamed ya por su carácter orgulloso, ya porque los santones tomasen la demanda con sus predicaciones y lo comprometiesen á adoptar una medida, se puso inmediatamente en marcha con un ejército de veinte y cinco mil peones y cuatro mil caballos, y dirigiéndose al Argarve, tomó venganza de la infraccion que los fronteros hicieran de la tregua, restituyéndose á la corte triunfante, con un inmenso botin y un considerable número de cautivos.

Esta algará pudo considerarse como la señal de alarma entre las cortes musulmíca y cristiana. Enrique III dispuso pasasen á Granada enviados para que Mohamed cumpliese las condiciones de la tregua; mas este contestó que los suyos la habian infringido primero y que no restituiria la fortaleza de Ayamonte que habia ganado, hasta que se le compensasen los daños que sufriera en sus tierras, originados por la violencia de los fronteros.

El rey de Castilla ofendióse altamente con esta respuesta y desde luego dispuso se rompiesen las hostilidades.

Consiguiente á esta órden, los caudillos de la frontera entraron con el mayor rigor en el territorio de Granada y Mohamed salióles al encuentro con un poderoso ejército, siéndole propicia la fortuna en esta jornada, si bien con pérdida de muchos de los suyos.

Una tregua que la estacion del invierno estableció entre los ejércitos beligerantes, proporcionó á los guerros de una y otra parte el descanso que necesitaban despues de una campaña que tan penosa habia sido. (Año 1406.)

Durante esta suspension murió Enrique, sucediéndole en la corona Juan II su hijo, bajo la tutela del infante don Fernando.

Críticas fueron por cierto, las circunstancias que se siguieron á la muerte del monarca; pero semejadas por

la prudencia de aquel infante, ocupóse de los preparativos para abrir nuevamente la campaña contra los defensores del Koran.

En ambos reinos se veía igual animacion, la misma actividad en los aprestos de guerra, y los caudillos de una y otra parte, ávidos de derramar sangre enemiga, esperaban con impaciencia el rompimiento.

Este comenzó por la frontera de Jaen; siguióse en la de Murcia, Córdoba y Sevilla; Baeza, Zurgena, Cantoria, Huéscar, Priego y otras muchas poblaciones sufrieron los desastres de una guerra encarnizada. Allí, cien y cien veces los caudillos del nazareno y del islam dieron pruebas de su valor y bizarría; allí la sangre agarena y la cristiana mezclóse repetidamente; y allí, en fin, vieronse rasgos heroicos y de generosidad, egercidos por guerreros de uno y otro partido. (Año 1407.)

Todas estas correrías eran solo el principio de una nueva guerra, que no podría menos de causar estrago y esterminio, si bien Mohamed reusaba dar una accion decisiva, ya porque sus fuerzas no igualaban á las de los cristianos, y ya porque no podia distraer las que tenia repartidas en ciertos puntos que le eran sumamente interesantes.

Dispuesto ya todo lo necesario por el infante don Fernando que era tutor del rey don Juan II, se dió la órden para ponerse en marcha como con efecto se verificó.

Rompieron las hostilidades, cargando las fuerzas concentradas sobre la fortaleza de Zahara.

Llegó el ejército á dar vista á la poblacion, dispuso don Fernando el cerco, y se comenzaron á batir sus muros, con tres piezas de artillería gruesa. Así permanecieron dos dias sin que se consiguiera abrir brecha por la mala direccion de los tiros, pero los habitantes previendo resultados funestos, apesar de su defensa, se decidieron á entregarse bajo capitulacion. Esta tuvo efecto saliendo de la poblacion con cuanto les pertenecia, escepto armas y vituallas.

Habiendo dejado en aquella plaza una respetable guarnicion, se dirigió el ejército á Setenil donde así

mismo se puso cerco, sin resultado alguno favorable, mediante la heroica resistencia de su alcaide.

En tanto que el grueso de las tropas marchaba causando por doquier estragos y devastacion, varios caballeros con algunas fuerzas se ocupaban del merodeo en direccion opuesta á la que aquella llevaba, con el objeto de distraer al enemigo.

Como hemos dicho el rey Mohamed VI rehusaba presentarse en batalla campal con el ejército cristiano; por lo que él mismo se propuso durante aquella expedicion, dividir la hueste castellana, haciendo llamadas á puntos diferentes.

Aun continuaba el asedio de Setenil, cuando el monarca granadino se presentó delante de Jaen con ochenta mil infantes y seis mil caballos, y puso cerco á la ciudad. Este duró poco, pues un considerable destacamento del campo castellano acometió repentinamente al de Mohamed, é introdujo en él el desórden, que se aumentó sobre manera por una salida que hicieron los sitiados. Por fin el rey de Granada se vió en la necesidad de levantar el sitio, dirigiéndose á la corte con mucha pérdida, entre la que se contaba la de Reduan, caudillo de mucha nombradía que fué muerto en aquella embestida.

Tambien don Fernando alzó el sitio de Setenil, convencido de la imposibilidad de su rendimiento, aunque durante él, algunas tropas se internaron hasta cerca de Málaga y consiguieron un buen botin. Terminada esta jornada el ejército cristiano se retiró á Sevilla.

La pérdida de Zahara no pudo menos de causar en el monarca mahometano el mas cruel disgusto, tanto mas, cuanto conocia la sensacion que en el pueblo granadino hiciera pérdida de tan grande importancia.

En tal situacion discurria la medida que debiera adoptar, ya para acallar las hablillas que corrieran en Granada, ya para tomar una venganza de la corte de Castilla.

Decidióse pues, á marchar sobre Alcabadat (*Alcaudete*) pero para ello esperó que los castellanos estuviesen despercibidos y ocupados en otros negocios de interés.

Así que con la mayor reserva hizo todos los preparativos necesarios, y en febrero de 1408, cuando se hallaban reunidas las cortes en Guadalajara, puso en movimiento un ejército compuesto de doce mil infantes, siete mil caballos, artillería y demas aprestos de guerra.

Grande fué el terror que con este movimiento difundióse en todos los pueblos de la frontera, viéndose amenazados repentinamente por tan poderoso enemigo.

Martin Alonso de Montemayor, á cuyo cargo se hallaba la plaza de Alcaudete, luego que tuvo noticia de la aproximacion del ejército granadino, tomó las precauciones oportunas para su defensa, y mandó emisarios á los caballeros que gobernaban en los inmediatos pueblos fronterizos, ya para que lo auxiliaran, ya para que por puntos diferentes llamaran la atencion de la hueste sarracena.

Esta, que caminaba precipitadamente, hallóse dando vista á Alcaudete el 18 de febrero. Sin pérdida de momento intimáronle la rendicion que fué negada con valor y orgullo, propio de pechos castellanos. No bien recibió Mohamed la contestacion, cuando ordenó el asalto.

Una vez y otra vez en un solo dia se vieron los muros escalonados por los defensores del islam; pero fueron rechazados heroicamente por los sitiados, causandoles mucha pérdida de gente.

Otro asalto dado en la mañana inmediata y cuyo éxito fué igual al de los anteriores, dió á conocer al rey de Granada cuan difícil era conseguir se rindiese la plaza; hizo algunas otras tentativas pero infructuosas, de manera que perdida la esperanza de ver cumplidos sus deseos, mandó levantar el sitio para regresar á la corte, mas antes de abandonar aquella tierra incendió y quemó la campiña, causando á la vez todo generoo de estragos.

No dejaron de conocer los soberanos de Granada y Castilla, que tanto por la cruel influencia de la estacion, cuanto por los contratiempos experimentados por una y otra parte, era indispensable suspender las hostili-

dades. Ambos convinieron en ello y se acordó una tregua de ocho meses.

A poco tiempo, Mohamed se sintió enfermo; la gravedad de sus síntomas se aumentaba por momentos, y los médicos declararon que eran de muerte. Convencido el monarca de que era llegado el fin de su vida, decretó reservadamente el asesinato de su hermano Juzef, que como dijimos al principio de este capítulo, fué desterrado á Salobreña, juzgando de este modo asegurar á su hijo la sucesion del reino de Granada.

El arraez Amad-ben-Farag que gozaba toda su confianza, fué el encargado de la ejecucion del decreto. Inmediatamente se puso en marcha, y habiendo llegado á aquel punto halló á la víctima jugando al ajedrez con el alcaide del castillo á quien entregó el pliego que contenia el mandato. No pudo disimular la sorpresa que recibió al leerlo, lo cual dió á entender al proscrito que su contenido versaba sobre su suerte. Por fin enteróse de ello y con extraordinaria calma pidió al ejecutor de la órden le permitiese concluir aquella jugada. Este lo rehusaba por efecto de su ciega obediencia al soberano, y deseaba con ansia clavar el puñal en el pecho de Juzef. Tal era el contraste que se observaba en el castillo, cuando varios caballeros de Granada á carrera tendida llegaron con la noticia de la muerte de Mohamed VI, é hicieron entender á Juzef que el pueblo lo aclamaba por su soberano.

Prontamente se dispuso todo lo necesario para la marcha. Esta fué apresurada, Juzef entró en la corte con júbilo y regocijo de los granadinos. (Año 1408.)



CAPITULO XXI.

JUZEF III.

SU ENTRADA EN GRANADA.—RATIFICA LA PAZ CON LA CORTE DE CASTILLA.—TERMINA LA TREGUA Y SE ABRE LA CAMPAÑA.—TOMAN LOS GRANADINOS A ZAHARA.—CERCO Y CONQUISTA DE ANTEQUERA.—TREGUA.—SUBLEVACION EN GIBRALTAR SOFOCADA.—MUERTE DE JUZEF.

A la manera que el navegante en el seno de la tormenta vé con alegría aparecer en lontananza el argenteo astro de la noche, que disipando las tinieblas presenta á su vista la bóveda celeste tachonada de brillantes estrellas, recobrando su alma tranquilidad y sosiego; así los granadinos viendo entrar á Juzef por la puerta de Bib-rrambra, lo consideran cual aureola de felicidad, que presagia un porvenir venturoso y pacífico.

Difícil sería describir el cuadro que presentaba la corte islámica, en los momentos en el que el nuevo mo-

— 111 —

arca cabalgando brioso corcel y seguido de ilustres guerreros y de la caballería de la guardia, se presentó en la plaza. Mil y mil demostraciones de júbilo recibió del pueblo, hasta tanto que entró en el alcazar regio. A este día de entusiasmo para los defensores del islam, se siguieron otros no menos alegres, en los cuales se celebraron regocijos públicos.

Juzef cuyo carácter era bondadoso y afable, luego que se encargó de las riendas del gobierno, cuidó muy particularmente de proporcionar descanso á las tropas y tranquilidad á sus pueblos; dulcificando de este modo en algun tanto, los disgustos y penalidades que su hermano les causara en los últimos años de su reinado, en que su natural varió completamente en severo, duro y melancólico.

Consiguió de la corte de Castilla ratificar la paz convenida con Mohamed hasta fin de agosto de 1409. Solicitó nueva tregua antes que aquella se concluyese, pero las condiciones que el infante don Fernando le impusiera, fueron rechazadas por Juzef: tales eran las de reconocimiento de vasallaje y pago de parias.

Instó sin embargo el rey de Granada: sus razones fueron desatendidas; acto continuo se rompieron relaciones y se hizo formalmente la declaracion de la guerra.

El regente castellano dispuso que con premura se hiciesen los aprestos necesarios y se convocaran á todos los caballeros de nota para la cruzada, que debía dirigirse hácia Antequera.

En efecto, el infante salió de Córdoba á fines de abril (año 1410), pero debió detenerse en las cercanías de Ecija á causa de que las lluvias habian obstruido los caminos, hallándose intransitables para el ejército. Poco tiempo se suspendió la marcha, por el anhelo que don Fernando tenia de acometer la empresa que llevaba meditada. Luego que se le incorporó Perafan de Rivera, adelantado de Sevilla con la gente de su mando, y recibió de él la espada de S. Fernando, que le llevaba dió orden para que la hueste se pusiese en movimiento, hasta llegar al río Lleguas que era el límite de la frontera.

En tanto que el regente de la corona de Castilla había dispuesto los preparativos de marcha, los moros de Granada habían hecho una salida sobre Zahara y tomando la villa, hacían frecuentes cabalgadas y talaban los campos comarcanos; empero conociendo que nada podían adelantar en aquel punto sin defensa, y que cuantos esfuerzos hacían para tomar el castillo eran infructuosos, resolvieron retirarse, dejando la población cuasi destruida, con mayor motivo viendo se aproximaba el infante don Fernando.

Este, por de pronto, dispuso se reparase el daño todo lo mejor posible, y siguió con dirección al río Llaguas.

Se componía su ejército de diez mil infantes y tres mil quinientos caballos, la flor de la milicia castellana. Antes de vadear el río hizo formar la batalla, comunicó sus órdenes á los caudillos encargados de los tercios, y prosiguieron la marcha con el mejor orden. Al ejército seguía el comboy con todos los aprestos necesarios para el sitio.

Antequera, situada á un cuarto de legua del río Guadalhorce en una altura protegida por una gran fortaleza, era de las principales ciudades del reino de Granada; pero su riqueza había decaído á causa de las escursiones que los cristianos de Cabra, Osuna y Lucena hacían de continuo en sus campos.

Luego que la intrépida hueste dió vista á la población, un grito de entusiasmo se oyó en toda la línea. El infante para asegurar el cerco, hizo que el ejército se situase en dos alturas. En una asentaron las estancias don Sancho de Rojas, obispo de Valencia, armado de todas piezas, don Diego Fernandez de Quíñones, merino mayor de Asturias, don Alvar Perez de Guzman, alguacil mayor de Sevilla, don Juan Hurtado de Mendoza y otros ilustres caballeros con seiscientos caballos y dos mil infantes; y en la otra el conde don Martín Vazquez, don Fernando Perez de Ayala, merino mayor de Guipúzcoa, don Ramiro de Guzman, Juan de Sotomayor, comendador de Alcántara y otros insignes capitanes con cuatrocientas lanzas y mil infantes. El resto del ejército al mando del regente, acampó en una

esplanada no lejos de la ciudad.

No bien se hubo situado el campo, cuando con la mayor actividad se comenzaron á levantar trincheras, parapetos y baterías, quedando formado el sitio en poco tiempo para principiar el bloqueo.

Luego que el rey de Granada supo el cerco de Antequera dispuso que los infantes Cidi Ali y Cidi Amed con cinco mil caballos y ocho mil peones, salieron inmediatamente á socorrer la ciudad. Estos abreviaron sus marchas y pronto se encontraron frente al ejército cristiano, estableciendo sus estancias muy cerca de las de aquel.

Hubo algunas escaramuzas de corto interés, pero habiendo dispuesto los infantes granadinos que el alcaide de Ronda con una corta fuerza avanzara para reconocer el campo hácia el punto en que se hallaba situado el Obispo de Valencia, este, visto el movimiento, destacó cien lanceros que derrotaron completamente la descubierta, quedando aquel alcaide muerto en la refriega.

Con noticia que tuvo D. Fernando de que el enemigo pensaba acometerlos en sus propias fortificaciones, redobló la vigilancia y aumentó las fuerzas de los puntos mas peligrosos.

Al día siguiente de esta zagalarda (6 de Mayo) el gobernador de Castilla mandó que don Pedro Ponce de Leon y otros caballeros con ochocientos caballos y trescientos peones saliesen á recorrer el campamento enemigo; pero esta fuerza fué rechazada con bizarría, viéndose obligada á replegarse á un punto seguro. Acto continuo algunas divisiones del ejército granadino acometieron las trincheras de don Sancho de Rojas, que habían sido reforzadas. Este caudillo sostuvo la acometida de los infieles, al mando del alcaide de Alhama que murió acuchillado. Cargaron sobre aquel punto mas fuerzas enemigas, llegando hasta las mismas trincheras; pero en vano fué su arrojó; los cristianos los hicieron retroceder con mucha pérdida. Mas empeñados los infantes muzlimes en aposeñarse de aquella altura, embistieron nuevamente con la mayor osadía; y habiendo acudido don Fernando con el grueso del ejército, se hizo general el ataque.

No será fácil pintar los esfuerzos de valor que por una y otra parte se hicieron en tan reñida refriega; la victoria estuvo indecisa por mucho tiempo, hasta que aflojando un poco el ejército granadino perdió algún terreno; lo cual visto por los castellanos, apretaron de tal suerte, que no tardaron en ponerlo en dispersion, persiguiendo á los fugitivos hasta bien retirados del campo.

El botín que consiguieron en esta jornada fué cuantioso, pues se hicieron dueños del campamento: el infante lo distribuyó entre los soldados, y las banderas que se recogieron, se dieron á los caballeros que mas bizarría desplegaron. Cidi Ali y Cidi Amed pudieron salvarse; y con unos cuantos que le siguieron, se dirigieron á Granada, en que aquella derrota causó un pesar profundo.

En tanto que esto sucedia en el campo, los moros de Antequera permanecieron indiferentes; si bien en observacion de los resultados de la batalla, y meditando nuevos medios de defensa. Gran desaliento hubiera causado este contratiempo en otros que no fuese Al-Karmen su alcayde, y los denodados guerreros que tenia á sus órdenes. Todos ellos, en vez de perder valor, se presentaban en los baluartes ostentando mayor audacia y decision, hasta el estremo de contestar con arrogancia y menosprecio á las indicaciones que los sitiadores les hicieron para que se entregasen.

Viendo el infante de Castilla la obstinacion del caudillo mahometano, dispuso se condujesen las bastidas para el asalto; empero en esta operacion peligrosa perecieron un buen número de soldados, y las máquinas fueron desechas por el nutrido fuego de la plaza. Dispuestas nuevamente y destruida la bateria que tanto daño habia causado, se presentó un nuevo inconveniente, acaso mayor que el anterior. Un foso profundo defendia el paño de muralla y era indispensable para proceder al asalto, obstruirlo con escombros. Se dió orden al efecto y sin la menor demora algunas compañías se ocuparon de este peligrosísimo trabajo.

Por este tiempo trescientos caballos que se hallaban

en el presidio de Jaen, salieron á una algará confiados en el descuido de los moros; pero estos cerca de Montegicargaron á los cristianos con tal furor, que los derrotaron completamente, salvándose solo catorce. Este acontecimiento causó gran pesadumbre en el ejército castellano, así como desmesurado regocijo en los sitiados, que cobraron mas ánimo y esperanza.

Terraplenado el foso con escombros regados con sangre cristiana, mezclados con cadáveres, viendo el alcaide que sin remedio se verificaba el asalto, hizo una salida, acuchilló á los soldados de Lorenzo Suarez de Figueroa, inutilizó las máquinas, y se volvió á la plaza victorioso. Alentado con tan buen resultado, á pocas horas repitió otra sorpresa, consiguiendo igual fruto. Entre los muertos de esta jornada lo fué Martin Ruiz de Avendaño, caudillo muy esforzado, herido con un pasador envenenado.

A pesar de estos reveses, el infante no mostró intimidarse, y si por el contrario, insistió mas y mas en que se diese el asalto, para lo cual se previnieron nuevas bastidas, escalas y otros utensilios necesarios. En efecto el 27 de junio, cuando los reflejos del astro del día aparecieron en el horizonte, se dió la señal, y abanzando las compañías, sufrieron un fuego horroroso, viéndose obligadas á retirarse con mucha pérdida, á causa de que las escalas no estaban construidas cual correspondia.

Este suceso, que fué para los sitiados tan favorable como se deja conocer, produjo en la hueste castellana gran desaliento; mas el infante que al punto penetró el disgusto del ejército, determinó saliesen varios tercios á robar y talar los campos, como única distraccion que podia contener á los soldados. Diseminados por toda la comarca llegaron hasta dar vista en la ciudad de Málaga.

En tanto que alguna tropa se ocupaba del merodeo, la demas se destinó á abrir un foso en torno de los adarves, construyendo una trinchera de tapias con torreonnes de trecho en trecho en la parte opuesta á la fortaleza, á fin de evitar las salidas de los sitiados, é impedir

Entrasen en la plaza provisiones ni socorro alguno; consiguiendo á la vez que el cerco quedase mas apretado.

Luego que Juzef III supo la derrota sufrida en los campos de Antequera, mandó que todo el que se hallase apto para salir á campaña tomase las armas; mas esta medida no era para marchar en auxilio de los sitiados, porque temia ser de nuevo deshecho, sino para imponer miedo al ejército sitiador, y reanimar las esperanzas de los muzlimes que habitaban en los lugares cercanos á aquella ciudad, mas seguros por su fragura. Tambien hizo proposiciones al infante para que levantara el sitio, pero siendo degradantes las condiciones que este le impuso, rehusó admitirlas.

A este tiempo se descubrió en el campo cristiano una conspiracion para incendiarlo, promovida segun algunos historiadores, por Zaidé Ahlamín enviado de Juzef, para tratar con don Fernando el alzamiento del sitio; pero conocidos los culpables, fueron castigados severamente.

A la sazón los cristianos habian tomado los pueblos de Sebar, Alzana, Coza y Mara de aquella comarca; y temiendo el monarca granadino que Archidona corriese la misma suerte que Antequera, dió orden para que fuese reforzada su guarnicion con tropas provistas y municionadas cual correspondia. Desde este punto hacian frecuentes correrias é interceptaban los convoyes de vituallas y demas provisiones que se dirigian al ejército castellano. Así permanecieron varios dias sin contratiempo alguno, hasta que sabedores de que en las riberas de un rio inmediato pacian diariamente las caballerias que se hallaban en los reales, determinaron caer sobre ellas y hacer buena presa. En efecto salieron con direccion á aquel punto, pero un esplorador que se encontraba en la Peña de los enamorados, dió inmediatamente aviso con ahumadas. Salieron del campo cristiano algunos tercios, que cayendo de improviso sobre los moros, empeñaron una escaramuza bastante sangrienta, pero en que al fin salieron victoriosos, persiguiendo á los infieles hasta las mismas

puertas de Archidona. Conseguido este triunfo regresaron otra vez al real.

Continuaba la resistencia de la plaza de Antequera, y ya la hueste castellana desconfiaba de su rendicion; mas el infante esperaba ocasion apropiada para darla una embestida general. Cada dia se apretaba el cerco mas y mas, hasta el estremo de cortarles el agua, sin que la artilleria cesase de dirigir sus tiros á los muros y á las torres, ocupándose los moros en la noche de reparar los daños que aquellos les causaran. Abierta brecha, ó mejor dicho, destruida la parte superior de un baluarte, dispuso el infante se echaran las escalas; y aunque la defensa de los moros era obstinada, consiguieron los cristianos á costa de sangre, aposeñarse del recinto de la muralla, y que los sitiados se acogiesen al castillo. La poblacion quedó por consiguiente en poder de los soldados de la cruz, en donde asesinaron cruelmente á cuantos no pudieron acogerse al alcazar. La conducta que aquellos observaron en estas circunstancias con el bello sexo, fué enteramente agena de los principios religiosos y caballerescos, que segun los antiguos historiadores, presidian siempre en la persecucion de la raza islámica.

Luego que el infante pudo contener en algun tanto los desastres y estragos que causaba su hueste en los infelices fugitivos, dió orden para que la artilleria dirigiese sus tiros al castillo, visto que Al-Karmen desdeñaba rendirse. Así se verificó, y á poco tiempo fué demantelado un ángulo de la fortaleza. El caudillo agareno pidió parlamento; pero las condiciones que se le impusieron fueron tan duras, que las rehusó. Continuó el bloqueo con la mayor actividad; y viendo que poco á poco el alcazar se reducía á ruinas, determinaron capitular, como lo verificaron, con garantia de la libertad de los defensores y la conservacion de sus bienes muebles, para que se retirasen á Archidona.

He aquí un hecho que nos arranca apesar nuestro una reflexion bastante justa. Los que tenian las armas en la mano, los que se habian defendido obstinadamente, los que tanto estrago causaron en el ejército

castellano, no solo conservaron la vida, sino que se les dió su libertad y parte de sus riquezas; los que durante el sitio habian sufrido hambres, tormentos y desasosiegos, los que tal vez anhelaran únicamente paz y tranquilidad, y por ella dispuestos á sacrificarlo todo; los que mientras el asedio derramaron lágrimas por el porvenir de sus hijos y deudos; y en fin, los que ningun daño causaran al ejército cristiano, fueron perseguidos, asgados, sinados cobardemente sin mirar ni edad ni sexo, y sin que se les concediese el mas mínimo beneficio.

La capitulacion verificada el 24 de setiembre, despues de cinco meses de sitio, hizo á los cristianos dueños de la poblacion y del alcazar; saliendo en el mismo acto con sus efectos Al-kérman, sus compañeros y los pocos que se habian refugiado á la fortaleza, para establecerse en Archidona; si bien despues no lo verificaron.

Para hacer una reseña completa de cuanto ocurrió en esta jornada, manifestaremos que cuando se dió el asalto á los muros los primeros pendones que ondearon en él fueron los de Garcí-Fernandez Manrique, los de Carlos de Arellano y los de Rodrigo de Narvaez. Don Fadrique, conde de Trastamara y tío del infante, y el obispo de Palencia tomaron posesion del castillo; se encargó la alcaidía al mismo Narvaez; consagróse la mezquita mayor; se hizo procesion general por las calles, en que se habia derramado tanta sangre inocente, se distribuyeron entre los conquistadores las casas y haciendas; se nombró concejo, y se señaló la guarnicion que debia guardar para su defensa.

El infante, despues de tomados los castillos de Aznalmarra, Caveche y Xebar, este no sin alguna resistencia; marchó á Sevilla, donde fué recibido con las mayores pruebas de entusiasmo.

Al-Kérman y los demas que con él se salvaron; conociendo que tal vez correrian la misma suerte en Archidona, pasaron á Granada, donde se establecieron en un barrio por bajo de Torres-Bermejas.

Luego que el rey Juzef supo la pérdida de Antequera, dispuso una cabalgada para que se talasen los campos de Alcalá la Real; y no solo tuvo así efecto, sino que ade-

lantándose hasta cerca de aquella ciudad, tomaron y destruyeron el castillo de Xebar, haciendo prisionero á su alcaide.

Como quiera que por este tiempo muriese don Martin, rey de Aragon, y el infante don Fernando estuviese indicado para ceñir aquella corona; y por otra parte el soberano de Granada instase por la paz, se arregló una tregua de diez y siete meses; empero esta paz que anhelaba Juzef, debia interrumpirse por deslealtad de sus vasallos.

Disgustados los moros de Gibraltar por la sujecion en que los tenia su alcaide, y cansado á la vez del gobierno de aquel monarca, ofrecieron la plaza al califa de Fez. Este conociendo cuan ventajosa era la oferta que se le hacia, envió á su hermano Lid-Abu-Said con dos mil peones y mil caballos, para que ocupase la plaza. Tan luego como se presentó le abrieron las puertas; y su alcaide, sin fuerza suficiente para oponerse á ello, se vió obligado á retirarse al castillo y dar cuenta á su soberano. Por muy pronto que este trató de auxiliar á aquel caudillo, no fué con tanta presteza, que dejara de verse en el mayor conflicto, y decidido á arreglarse con el infante africano. Ya se trataba de avenencia, cuando Cid Amed con una numerosa hueste de caballeria é infanteria, puso cerco á la ciudad. Algunos dias duró el sitio; pero estrechado mas y mas cada momento Abu-Said se vió obligado á rendirse, poniendo la plaza en poder del infante granadino. Por intercesion de aquel perdonó Cid-Amed á los rebeldes. El africano vino á Granada, donde solo se le consideró como á un huésped; y durante su permanencia en ella, Juzef recibió una embajada del rey de Fez ofreciéndole su amistad y su auxilio, si hacia le quitasen la vida á su hermano. Mas el monarca granadino no tan solo no acogió tan detestable propuesta sino que ofreció á Abu-Said su proteccion, tropas y tesoros para vengar tan inicua traicion. Este aceptó el ofrecimiento, pasó á Africa, destronó á su hermano y se alzó con el poder.

Estando para terminar la tregua procuró Juzef prorrogarla. Para ello como gran político, hizo sus proposi-

ciones á la córte de Castilla, remitió presentes del mayor valor, y dió la libertad á ciertos caballeros cristianos de gran valia que se hallaban cautivos en Granada. Estos intercedieron en favor de los deseos del soberano, consiguiendo se le otorgase por dos años, que después se ampliaron; de manera que el reino mahometano desde entonces disfrutó de tranquilidad; pues aun cuando hubo algunos amagos de guerra por los aprovechamientos de pastos en las fronteras, se desvanecieron por la política y tino de Juzef. (Año 1417.)

Este monarca, amado de sus pueblos y apreciado por la nobleza cristiana, murió repentinamente y sin que precediese ninguna clase de síntomas que anunciase su muerte; llevando al sepulcro la satisfacción de que no se alterase la paz en los últimos años de su reinado. (Año 1423.)



CAPITULO XXII.



MOHAMED VII (AL-HAIZARI, *EL IZQUIERDO.*)



SUBE AL TRONO.—SU CARACTER.—TREGUA CON CASTILLA.—
ALIANZA CON EL REY DE TUNEZ.—DESCUIDA LOS NEGOCIOS
DE GOBIERNO.—CONDUCTA QUE OBSERVO Y POR LA QUE LO
ODIARON SUS VASALLOS.—ESCARAMUZA JUNTO A ARCHIDONA.
—CONJURACION CONTRA MOHAMED.—ES DESTRONADO.

Mohamed, hijo de Juzef III fué proclamado el mismo día de la muerte de su padre. Era de carácter vano, déspota y altanero, pero afecto á la paz. Tenia el sobrenombre de *Haizari*, que quiere decir el izquierdo, creyendo unos provenia de que en efecto era zurdo, como se dice vulgarmente, y otros por su mala y aviesa fortuna.

Hechas á Juzef las debidas exéquias con la solemnidad acostumbrada, se ocupó de los negocios de estado; siendo el que mas llamó su atención conservar la paz con los reyes de Castilla y Tunez. Al efecto, envió em-

bajadores á ambas cortes; á la primera con el objeto de asentar las proposiciones de la tregua, y á la segunda, ofreciéndose á Muley Aben-Fariz, y remitiéndole presentes del mayor interés para continuar la alianza que su padre había obtenido.

Conseguido que hubo ambas miras, fijó solo su atención en que estas relaciones no se quebrantasen por ningun concepto, entregándose á una total molición, encerrado en el palacio de la Alhambra.

Ocupado solo del disfrute de sus placeres, olvidó enteramente atraerse el afecto y cariño de sus pueblos, como base principal sobre que estriva la soberanía real. Hacia menosprecio de sus ministros y caudillos mas notables del reino; desdeñaba en muchas ocasiones dar audiencia, no solo á sus vasallos, sino á los walis que la pretendian para tratar asuntos importantes; y últimamente, no permitia se hiciesen justas y torneos, á que la caballería de aquella época estaba tan acostumbrada, y le servía de entretenimiento y escuela en los tiempos en que se disfrutaba de tranquilidad. Con esta conducta, pues, alejó de sí toda simpatía y se atrajo el odio y aborrecimiento del pueblo y de los principales caudillos. Unicamente consideraba y tenia deferencias á su valido Juzef Aben-Zeragh, gefe de la tribu abencerrage, su wisir y cadí, cuyo favorito había templado varias veces el disgusto que en la corte causara su estraña comportacion.

A pesar del gran cuidado que tenia en que no se quebrantasen los pactos de la tregua, sus alcaides en la frontera salian al merodeo, y se retiraban á sus castillos cargados de botin, no sin ser molestados la mayor parte de las veces por los cristianos.

En 1.º de Mayo de 1424 Helim Zulema con cinco mil infantes y mil quinientos caballos entró en los campos de Osuna, Estepa y Ecija talando y destruyendo cuanto en ellos encontraba. Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera, con un corto número de soldados salió á hacerle frente; y habiéndose emboscado no lejos de la Peña de los enamorados, por donde los muzlimes con su gran presa debian pasar, cayó sobre ellos de improviso

y cerca de Archidona, los batió completamente y los puso en fuga, cogiéndoles todo el botin.

Por este tiempo ya existia en Granada una conjuración contra Mohamed. Cansado el pueblo y los caudillos de gran valia del trato áspero y degradante del soberano, convinieron no solo en destronarlo, sino en darle muerte para que sirviese de ejemplar á sus sucesores.

En efecto, se verificó el alzamiento, y los soldados y el pueblo corrian en turbas por las calles de la ciudad, proclamando á Mohamed VIII. Reunidos en buen número, penetraron en la Alhambra, atropellaron las guardias del palacio, dirigiéndose despavoridos en busca del monarca. Este, temeroso por su vida, no se atrevió á presentarse á los amotinados. Forzados los centinelas que de mas cerca custodiaban la real persona, ó mas bien, dando estas libre paso á los asesinos, solo encontró lealtad en unos cuantos negros, que agrupados en la puerta de la sala donde el rey se hallaba, á costa de verter su sangre, contuvieron á los conjurados, y dieron á Mohamed tiempo para que se salvara. Este aunque con peligro, pudo evadirse por los jardines, y tomando el traje de aldeano consiguió llegar á la costa, donde se embarcó para Africa. (Año de 1427.)



CAPITULO XXIII.

MOHAMED VIII. (AL-ZAGUIR, EL JOVEN.)

SU PROCLAMACION.—SU CARACTER.—SU CONDUCTA CON LOS ABENCERRAGES.—ABEN-ZERAGH Y ALGUNOS OTROS PASAN A LA CORTE DE CASTILLA.—ES REPUESTO MOHAMED VII.—MOHAMED VIII ES DECAPITADO.

Proclamado Mohamed VIII primo del destronado monarca, y tomado las riendas del gobierno, celebró su advenimiento al trono con zambras, justas y torneos, en la que preciado de su jentileza, capitaneó una de las cuadrillas arrancando aplausos generales por su gallardía y destreza.

Arregló su conducta en un todo contraria á la de su antecesor. Fino, esmerado y obsequioso, no solo con los caudillos esclarecidos, y que habian contribuido á que se ciñese la corona, sino con el mismo pueblo, veíase

querido y holgaba tranquilamente sin atender que ocupaba el trono injustamente, y que su rival se hallaba bien acogido por Aben-Farax, rey de Tunez.

A la vez que observaba esta conducta con sus parciales y amigos, no perdía de vista á los de su rival, y especialmente á la tribu abencerrage, que tan adicta le era; proponiéndose destruir todo aquel partido, segun las circunstancias se le permitieran.

El noble Juzef Aben-Zaragh no podia ver con indiferencia ocupado el trono por un usurpador, ni se acomodaba á la conducta que observara, y menos á tolerar los desaires que se le hacian y á sus bravos compañeros, tan queridos y considerados siempre en Granada. Tampoco dejaba de conocer las miras hostiles de Mohamed contra él y su tribu, teniendo en ellos miras siniestras, y acaso revueltas en el reino para arrebatarle el poder. En efecto, el soberano propúéstose habia no solo hacerlos desprecios é insultos, sino destruirlos, cuando hallase una coyuntura favorable para ello, sin considerar que semejante conducta habia de exacerbar mas y mas el enojo de aquellos guerreros, y dar pábulo á la enemistad que entre ellos y otros linajes habia ya comenzado.

Mohamed, deseando saciar su enojo, y acaso mal aconsejado, decidióse á proceder contra Juzef y sus compañeros; pero avisado de ello este caudillo, salió una noche silenciosamente con cuarenta de los suyos, y se dirigió á Lorca, donde contaba con algunos amigos, que les darian hospitalidad. Aquellos que rehusaron retirarse de la corte espermentaron la ira y crueldad del soberano.

Juzef y su escolta hallaron buena acogida en aquella ciudad, así como en la de Murcia, adonde despues se dirigieron. Solicitaron y obtuvieron seguro para pasar á Hiezcas, en cuya poblacion se encontraba don Juan II, que entrado ya en la mayor edad, habia tomado las riendas del gobierno; se presentaron á este soberano, y besaron su mano, bailáudo en el joven monarca la mejor acogida.

El rey de Castilla habia llevado muy á mal la usurpacion que el Zaguir habia hecho al Haizari; empero luego

que supo por Aben-Zaragh las circunstancias de su destitución, la conducta de Mohamed VIII, y que el rey destronado se hallaba en la corte de Aben-Farix, proyectó su reposición, y para ello dispuso que el mismo Juzef y el alcaide de Murcia pasasen à Tunes con cartas suyas, para tratar del modo de que recobrase la corona.

Aben-Farix recibió con mucha cortesania y benevolencia à los enviados del rey de Castilla; y desde luego les ofreció que Haizari regresaria à España con el objeto de que fuese repuesto. Así lo verificó: dispuso inmediatamente que Mohamed se embarcase con quinientos caballeros, remitiendo à don Juan II esquisitos regalos.

Desembarcados en Vera fueron bien recibidos, así como en Almeria, en donde lo reconocieron como legítimo soberano. El Zaguir, luego que supo su regreso y la manera con que habia sido recibido en sus estados, mandó que el infante su hermano con setecientos caballos saliese à buscar à su rival, y hacerlo prisionero, si posible fuese. Vanas eran por cierto sus esperanzas; pues luego que esta hueste se acercó à Almeria, la mitad ó mas desertó de sus banderas, aumentando las de Haizari. Este contratiempo hizo que el infante se replegase à Granada para evitar la total desercion, y que con ella engrosase el séquito del rey destronado. Sin oposicion llegó este hasta Guadix, en cuya ciudad fué acogido con el mayor entusiasmo. Allí se le presentaron muchos de los principales señores de la corte granadina, ofreciéndole su apoyo y asegurándole que su entrada en ella seria triunfante. Con estos antecedentes, pero no sin algun recelo, se dirigió à ella con numeroso séquito, le abrió el pueblo las puertas, y entre vivas y aclamaciones, tomó posesion del palacio real de la Alhambra.

A este tiempo, ya el usurpador habia perdido todo el prestigio, y solo tenia en su favor un corto número de prosélitos, efecto inevitable de la inconstancia y volubilidad de los muzlimes. Por mayor seguridad se habia retirado à la Alhambra luego que supo la aproximacion de su primo; mas este mandó se le asediase. Se puso cerco à la fortaleza; pero los pocos que custodiaban aquel recinto temieron por sus vidas, si hacian una

obstinada resistencia; y ellos mismos entregaron al Zaguir, que decapitado al momento, terminó su carrera, dejando franco el paso para el trono à su rival. Los hijos y la familia de este fueron presos y encerrados con una continua vigilancia. (Año 1429.)



CAPITULO XXIV.

MOHAMED VII.

RECOPRA EL PODER.—LE NIEGA LA CORTE DE CASTILLA LA TREGUA QUE SOLICITA Y LE RECLAMA LOS GASTOS CAUSADOS PARA RESTITUIRLE EL TRONO.—MOHAMED SE NIEGA A ELLO.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES EN LA FRONTERA.—ESCARAMUZAS.—CORRERIA DE DON ALVARO DE LUNA.—CAMPANA.—BATALLA DE LA HIGUERA.—TRIUNFO DE LOS CRISTIANOS.—DESUNION EN LOS REALES DE CASTILLA.—MARCHA EL EJERCITO A CORDOBA.—DON JUAN AUXILIA A JUZEF ASPIRANTE AL TRONO DE GRANADA.—MOHAMED SE RETIRA; AQUEL LO OCCUPA.

Uno de los primeros actos de Mohamed, luego que se asentó en el trono, fué restituir á Juzef Aben-Zeragh su alto cargo de wicir. No olvidó tampoco mandar á la corte de Castilla un enviado, que á su nombre diese al rey las gracias, por el auxilio que le habia prestado para que recuperase el poder; ofreciéndole á la vez su ayuda en la guerra de Aragon y solicitando treguas. El rey don Juan agradeció sus ofertas, pero no las ad-

mitió, contestando solo, que á su tiempo manifestaria á la corte granadina cual era su pensamiento. Esta contestacion no satisfizo á Mohamed, pero como sabia las grandes revueltas que en aquel tiempo habia entre Castilla y Aragon, no creyó que el rey tratase de hacerle guerra.

A pocos dias se presentó en Granada don Luis Gonzalez de Luna reclamando las párias devengadas, los gastos hechos por don Juan para restituírle el trono; y la libertad de todos los cautivos que habia en el reino. Este paso deja entrever que el monarca castellano obraba con segundos fines, y que si bien lo habia apoyado para que recobrase el poder real, no fué con desinterés sino con miras particulares.

La reclamacion de la corte castellana no pudo menos de sorprender á Haizarí, quien como era de esperar, se negó abiertamente á pretension de tanta importancia; de cuyas resultas mediaron contestaciones bastante desagradables entre ambos gabinetes, sin que produjesen efecto alguno de conciliacion. El rey don Juan hizo presente á Aben-Farix la ingratitud de Mohamed, suplicándole al mismo tiempo no le ayudase en la guerra que pensaba declararle. El de Tunez ofreció permanecer neutral en ella, y escribió al de Granada invitándole á que pagase las párias atrasadas y cuanto le reclamaba el de Castilla, si bien con este interpuso sus relaciones de amistad para que tuviese á Mohamed toda la consideracion posible.

Este, como ya digimos, no presumia que el monarca castellano se decidiese á hostilizarlo, cuando las convulsiones políticas de su corte le llamaban tan de cerca la atencion; y persuadido de ello, quedó sorprendido cuando supo que en las fronteras se habian rotó las hostilidades.

A la sazón don Juan habia arreglado una tregua de cinco años con Aragon y Navarra, y convenido con sus soberanos alianza para hacer la guerra al de Granada, y tan luego como estos asuntos estuvieron concluidos, comunicó orden á los adelantados de Andalucía para que inmediatamente entrasen en tierra de mo-

ros llevando por doquier destrucción y muerte.

Se cumplió exactamente este mandato: el adelantado de Jaen con otros caballeros se dirigió á la vega de Granada; Alvarez de Toledo entró por Ronda, y ambos hicieron todo el estrago posible: el primero emboscado en la Sierra de Colomera, derrotó un escuadron de abencerrages, cogidos inopinadamente; el segundo, habiéndose internado hasta los campos de Málaga, y saqueado á Igualaja, regresaba con buen botin. Este venia custodiado por Pedro de Narvaez, alcaide de Antequera, hijo de Rodrigo, á quien se le confió aquella plaza despues de su conquista; y como quiera que no tuviese noticia de que el enemigo se hallase por aquella tierra, hacia sus marchas con el mayor descuido, mas en el campo de Rio-gordo fué sorprendido por Abdilvar, que capitaneaba buen número de caballeros abencerrages; y aunque Narvaez y los suyos se defendieron heroicamente, fueron destrozados y muerto el insigne alcaide, trayendo á Granada su cabeza por trofeo. (Año 1430.)

Al año siguiente, Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla con mil peones y trescientos caballos, dirigió una algará hácia Colomera. Mohamed, con conocimiento de ello, salióle al encuentro, los sorprendió en el vado de las carretas, y cayó sobre la desprevenida hueste con el mayor furor; empero el adelantado sin cuidar de su propio honor y acosado del miedo, huyó cobardemente, abandonando á sus compañeros de armas, que fueron derrotados, salvándose de ellos muy pocos, que se ocultaron entre las malezas. Despues de este suceso, Mohamed encargó el mando de las tropas á sus caudillos y marchó á Granada con precipitación, teniendo noticia que don Juan II con un poderoso ejército se dirigia á ella, y temiendo á la vez que por esta novedad hubiese algun movimiento en la corte.

Cuando esta victoria habia obtenido por aquella parte sobre los cristianos, el mariscal Pedro Garcia de Herrera, capitan de Jaen, con quinientos caballos asaltó de noche el castillo de Gimena, degolló á su guarnicion que se hallaba descuidada, y saqueó el pueblo. Pa-

sado el primer ímpetu, concedió libertad para que pasasen á Granada sus habitantes y los soldados que tuvieron la suerte de salvarse.

El rey de Castilla habia dispuesto que su privado y condestable don Alvaro de Luna hiciese una expedicion hasta aquella ciudad. Este, acompañado del mariscal don Diego Fernandez de Cordoba, del comendador mayor de Calatrava, don Juan Ramirez de Guzman, de don Alfonso de Córdoba, alcaide de los donceles, y de otros bizarros caballeros, al frente de tres mil caballos, entró por Ilora, quemó sus arrabales, y asoló sus campos, sin que la guarnicion de aquella fortaleza hiciese la menor oposicion; siguió su marcha á la vega de Granada, por Sierra Elvira, cuidando siempre el condestable del mejor orden en la tropa, y que nunca se desampararan las montañas, temiendo acaso la destreza de la caballería enemiga en el llano. Así continuó hasta llegar al extremo de aquella sierra, desde donde se dá vista á Albolote, en cuyo punto mandó hacer alto y acampar en un encinar espeso (1) por cima del rio Cubillas. En todo el contorno hizo la hueste estrago extraordinario, y recogió cuantioso botin, sin derramar sangre, pues las alquerias se hallaban desiertas, habiéndose retirado sus habitantes á la ciudad.

Tomando algun descanso el ejército, prosiguió su marcha hasta las inmediaciones de Granada, en cuya vega arrasó sembrados, casas de campo y arbolados, sin que en la corte muzlimica se notase el menor sintoma de movimiento para salir á oponerse á aquel torrente de destrucción. Observada esta quietud por el de Luna, envió á Mohamed cartel de desafío de persona á persona, de caballero á caballero. La contestacion fué evasiva, si bien no se negaba á ello, citándolo para tierra de Castilla, á donde los granadinos irian en breve á tomar satisfacción.

Con esta respuesta el condestable dispuso la retirada,

(1) Hoy se conoce con el nombre de Chaparral de Cartuja.

y aunque trató de rendir el castillo de Tajarja (1) y se derramó alguna sangre, no pudo conseguirlo por ser muy buena fortaleza é inexpugnable, sin asediarla con artillería; pero si incendió el Salar, y taló los campos de Loja.

Acampado en las inmediaciones de Cantaril, para dar al ejército algún descanso, prosiguió la marcha al siguiente día haciendo estragos en los campos de Archidona, y escarmentando algunos tercios que salían al encuentro para escaramuzear. Bajó hácia Antequera para tomar provisiones y seguir á Málaga; pero una insubordinación ocurrida en el ejército, y que para reprimirla y restablecer la disciplina, se vió en la necesidad de mandar decapitar á los principales motores, y el incidente á la vez de acometerle una grave enfermedad, le hicieron mudar de proyecto y retirarse á Ecija. Esta correría habia llenado de luto y de indignación á los habitantes de las comarcas que habian sufrido el estrago que tras sí dejaran las huestes cristianas, y particularmente á los de Granada.

Dijimos que Mohamed, despues de la derrota de Rodrigo de Perea, regresó á la corte, temiendo que en su ausencia se forjase alguna conspiración contra él: no era infundada su sospecha; la ambición y la intriga trabajaban de consuno para arrebatarle el poder, su gobierno se hallaba amenazado por un enemigo, y debia indispensablemente sucumbir. La inacción en que yacia Granada á la vista del ejército devastador, era suficiente prueba de la desunión de los jefes de las tropas, y de que el monarca no se atrevia á abandonar el palacio de la Alhambra.

La familia de Abu-Said, décimo rey de Granada abrigaba antigua enemistad contra la reinante; ella elevó al trono al Zaguir, lanzando á Mohamed de él, y ella conspiraba de nuevo con el fin de hundirlo para siempre. Juzef Aben-Alahmar, nieto de aquel rey, y descendiente de Abenbut era el candidato que debia ceñir la corona.

(1) Cortijada hoy aneja á Chimeneas.

Contaba para ello con amigos y parientes de gran poder y valía, y además con todos los partidarios de Mohamed VIII, entre los cuales se contaba como uno de los principales á Gelil-ben-Gelil, casado con Ceti-Merier, hermana de Juzef (1). Reunidos los parciales, y convenido el modo de obrar, Gelil partió para Córdoba donde se hallaba D. Juan II, para quien llevaba la misión de ofrecerle vasallaje en representación de su cuñado, si conseguía subir al trono con su apoyo, puesto que Mohamed estaba mal querido, y que para que de una vez Granada lo lanzase de su seno, bastaba solo que las banderas castellanas ondeasen al frente de sus muros. Ofrecióle además que contara para apoyarlo en la empresa con alguna fuerza, acaudillada por Juzef. El rey de Castilla que ya tenia resuelto en consejo una expedición sobre la corte musulmana, y conociendo por otra parte que cuanto mas se alimentara la guerra civil, mas pronto debia hundirse el trono granadino, dió buena acogida á las proposiciones de Juzef, ofreciendo á su enviado presentarse muy pronto en la vega.

Con tan favorable contestación, el moro Venegas regresó sin pérdida de tiempo; manifestó á sus parciales el resultado de su embajada, y desde luego se dispusieron con sigilo y precaución para presentarse al ejército cristiano.

El día 13 de junio (año 1431) salió el rey de Córdoba, acompañado de los mas esclarecidos y valientes caballeros de Castilla, que capitaneaban una numerosa hueste. Detúvose en Alhendin algunos días, esperando se le reuniesen todas las tropas que debían concurrir á la expedición. El 26 del mismo mes entró el ejército en tierra de moros, y se dió orden á Fernandez de Velasco, conde de Haro, para que talase los campos de Montefrío y explorase el terreno hasta la sierra de Elvira, lo cual quedó ejecutado exactamente.

(1) Gelil-ben-Gelil, llamado comunmente el Tornadizo, era don Pedro Venegas, de la casa de Luque, que segun unos, fué cautivo de edad de ocho años, segun otros, dado en rehén.

La hueste expedicionaria que se componia de setenta mil infantes y diez mil caballos, avanzaba con el mayor órden, y como si tuviese al frente al enemigo. Al llegar á Pinos-Puente se hizo saber al alcaide de su castillo se rindiese, mas negándose á ello comenzó á batirlo la artillería, y aunque no sin trabajo y tiempo, consiguió destruirlo, con gran pérdida de su guarnición, y quedando cautivo el jefe de ella.

A pesar de que el cargo de señalar y repartir las estancias correspondía á los mariscales, se cometió por entonces al adelantado Diego de Ribera y á Juan Ramirez de Guzman, comendador mayor de Calatrava. Asimismo, con el objeto de que los conyoes de viveres que se dirigiesen desde Córdoba para el ejército, pudiesen llegar á los reales con toda seguridad, se dispuso que Pedro Ponce de Leon, conde de Medellin, quedase en Alcalá la Real con alguna fuerza, á fin de proteger el paso en cualquiera tentativa del enemigo.

Como hemos dicho, el ejército marchaba en el mejor órden, y así llegó á dar vista á la vega de Granada. Marchaban delante Ribera y Guzman con mil y quinientos caballos ligeros, explorando el campo; les seguía el condestable al frente de la vanguardia, en que iban dos mil y quinientos hombres; el grueso del ejército lo capitaneaba el rey, acompañado de los principales caballeros; y la retaguardia iba mandada por don Juan de Cerezuela, obispo de Osma, don Gutierre de Toledo, obispo de Palencia y otros varios caudillos y eclesiásticos. Flanqueaban los costados, el conde de Niebla, el obispo de Jaen, Fernandez de Velazco, el conde de Benavente y Lopez de Zuñiga con la fuerza necesaria. Luego que el ejército entró en la vega se presentaron al rey, segun lo anteriormente convenido, Juzef infante de Granada, Gelil y otros, con número considerable de partidarios, é informáronle de los grandes aprestos que Mohamed habia resuelto hacer.

No lo engañaban. El soberano granadino hizo un llamamiento general, y habian acudido tropas de las Alpujarras, Baza, serranía de Ronda y otros muchos puntos. Segun algunas crónicas ascendía el número de

combatientes á doscientos mil infantes y cinco mil caballos.

Aun no se habia asentado el campo (1) cuando una columna de caballería árabe se dirigió hácia el ejército cristiano con la velocidad del rayo. Diego de Ribera y Juan Ramirez de Guzman con sus huestes les salieron al encuentro, y se trabó una reñida escaramuza, en la que aquellos hubieran sido completamente deshechos, si el conde de Haro no los hubiese socorrido con un cuerpo de caballería, cuya carga no esperaron los moros, pues se retiraron con buen órden dentro de murallas.

Terminado el choque se acabaron de asentar los reales, fortificándolos con fosos y trincheras. Tambien Mohamed dispuso se estableciese un campo cerca de las murallas, empero en todo aquel dia, (28 de junio), no volvió á empeñarse lance alguno. La noche fué tranquila, si bien con esmerada vigilancia por una y otra parte.

El siguiente dia, en que se continuaron los trabajos para la seguridad del campo, ocurrió un acontecimiento que pudiera muy bien haber ocasionado grandes males. El obispo de Palencia, el conde de Haro y el señor de Valcorneja, que se hallaban de servicio especial para la seguridad de los reales, traspasaron imprudentemente la línea que habia establecido el condestable, fuera de la cual prohibió se empeñase lance alguno con el enemigo; persiguieron á algunos flecheros que se habian aproximado, con el objeto sin duda de hacer una llamada, y repentinamente se hallaron envueltos por fuerzas superiores. Los tres caudillos y sus soldados hicieron señalados esfuerzos de valor, pero en vano; se vieron obligados á pedir socorro (2). Indignado el de

(1) Se establecieron los reales en la parte de vega que hoy corresponde al pueblo de Maracena, desde el Atarfe, á la margen derecha del Genil; la tienda del rey se situó en un recuesto, junto á una higuera.

(2) Este acontecimiento es una prueba de la arbitrariedad que por aquel tiempo desplegaba la aristocracia castellana; y aun en él podrá acaso vis-

Luna por esta insubordinación, se detuvo algún tiempo, pero al cabo salió precipitadamente, acometió á la hueste agarena, y le hizo replegarse á los reales, reprendiendo despues severamente á los que habian quebrantado sus órdenes, aventurando tal vez el éxito de la empresa.

No dejaron los moros en el resto de aquel día y el siguiente de llamar la atención del ejército cristiano por medio de algunas guerrillas de caballería é infantería que se aproximaban al campo, pero eran rechazadas, sin empeñar ningún lance de importancia.

Era el 1.º de julio. El astro del día lanzaba sus reflejos sobre el horizonte; su clara luz plateaba los nevados picos del Veleta, sus luminosos rayos doraban las almenadas torres de la Alhambra, la espaciosa vega sonreía bajo la influencia de un céfiro fresco y suave. Los torreones del alcazar régio, y aun la muralla que circunvalaba la ciudad estaban ocupados por multitud de habitantes, que no pudiendo tomar parte en el combate, admiraban la grandiosa perspectiva que formaban ambos campos. En sus semblantes se observaba el abatimiento y la lánguidez, la zozobra y la esperanza. Un silencio profundo reinaba en el espacio, interrumpido solo por la voz de los alfaquís, que estimulaban á sus guerreros para el combate, impresionando en ellos sublime y fervoroso entusiasmo.

El ángel de la destrucción, la misma muerte desde su trono de luto, presidía el terrible espectáculo, y se gozaba de los despojos que despues le pertenecieran; la vega risueña en la mañana, había de ser en la tarde la fosa comun de mil y mil guerreros.

Cien y cien vistosos penachos, y otros ciento mecidos por el céfiro, y el brillo de las aceradas armaduras, formaban el cuadro mas grandioso; todo, todo era admirable, si en medio de ambas falanges no estuviese abierto un abismo.

Imbrarse alguna intención siniestra contra el condestable, en descrédito del tacto con que se dirigió esta jornada.

Tal era el contraste que presentaba el campo, cuando un súbito clamor resonó en los aires. Los instrumentos bélicos de los sectarios del Koran anunciaban era llegado ya el momento del combate. Los caballeros de Calatrava, que se hallaban de avanzada, y protegiendo un cuerpo de cavadores que allanaban el terreno desigual por los valladares y acequias, fueron acometidos por un escuadrón árabe. La bandera de la orden se hubiera perdido, por haber quedado desmontado el alférez, si un valiente castellano no le protegiera, y le mostrara el caballo de un moro que acababa de atravesar con la lanza. Los de Calatrava estaban cuasi deshechos, y el resultado de aquel encuentro hubiera sido funesto si el condestable, con aviso que tuvo, no hubiera mandado en su socorro á los condes de Ledesma, de Castañeda y de Niebla con dos mil ginetes. Estos reforzaron la hueste cristiana, y contuvieron los progresos del enemigo, no sin pérdida de consideración, logrando ponerlos en desorden, cuando el de Luna se preparaba para marchar á fin de protegerles la retirada. Al efecto, despachó á Juan Ramirez, comendador de Calatrava, para prevenir al maestro del movimiento que debiera practicar; pero pronto volvió el comendador á carrera tendida con la noticia de que los condes de Ledesma y Niebla, resentidos de antemano, habían dejado de perseguir al enemigo, para entrar en serias contestaciones sobre la conducta observada por cada cual en aquel trance; que llegado había su encono á tal estremo, que estaban preparándose para batirse ellos y sus escuadrones; y por último, que entre tanto se rebajaban los contrarios.

Como furioso huracán que nada le detiene en su carrera así el condestable, lleno de cólera despues que hubo oído la relación del comendador, arrojó los acicates al bravo corcel que cabalgaba, y se lanzó como el rayo al parage de la contienda. Ambos condes fueron reconvenidos con circunspección y severidad; si bien para dirigirles la palabra en términos mesurados, tuvo don Alvaro que reprimir su natural ímpetu y carácter altivo, por cuanto las circunstancias así lo requerían.

En tanto que esto acontecía, los granadinos se repu-

sieron, y reforzados con nuevas tropas, acometieron con mayor vigor y esfuerczo á los cristianos, de tal modo que no les era posible practicar la retirada sin oposicion. El condestable que conoció el peligro, marchó á carrera abierta é hizo presente al rey este suceso, manifestándole que el único recurso que restaba era empeñar el ataque general. Sin detencion el soberano montó á caballo, dió la señal de acometer, y al frente del grueso del ejército, seguido de nobles caudillos, se dirigió al punto del combate. Este movimiento fué secundado por los árabes, que formados en escuadrones compactos, embistieron osadamente á los castellanos. El choque de las armas, el relincho de los caballos, las voces de una y otra parte y los clamores y ayes de los moribundos, formaban un horroroso estruendo. Nubes de polvo se alzaban al cielo y anublaban los rayos del sol: por doquier no se veía mas que muerte y esterminio.

Por muchas horas estuvo la victoria indecisa; las haces mezcladas, ya se retiraban ya embestian con mayor furor; la voz de los capitanes no se escuchaba y los castellanos comenzaron á flaquear: empero el rey con el mayor arrojo se presentaba donde veía flojedad, exortaba á los soldados, y los animaba con su ejemplo, de tal modo, que rehaciéndose volvian con tal fuerza sobre el enemigo, que comenzó á ceder el campo al aproximarse la noche. Observada esta retirada por el rey y su condestable, hicieron el último esfuerzo, y consiguieron ponerlo en dispersion, acogiéndose unos á la ciudad, otros á las asperezas de los montes vecinos. El de Luna, viéndolos en derrota, los persiguió con encarnizamiento, á la vez que don Juan de Cerezuola se hizo dueño de los reales, que se estendian desde cerca de los baluartes, hasta los olivares y viñas, que se hallaban á bastante distancia de aquellos. El número de muertos de una y otra hueste, está dudoso.

El ejército cristiano se retiró á sus trincheras, donde permaneció en inaccion hasta el 10 de Julio. Los capitanes estaban divididos en sus pareceres; unos opinaban retirarse, otros sitiá á Granada, y algunos seguir la campaña, dirigiendo las operaciones sobre Málaga.

Esta desunion, hija del germen de discordia que dominaba á toda la grandeza, y de la animosidad que esta clase alimentara contra el condestable, fué causa de que no se cogiera el fruto de la victoria. Inculpaciones mezquinas se dirigieron á don Alvaro de Luna sin fundado motivo, solo para desopinarlo; y luego que se dió la órden para alzar el campo y marchar á Córdoba, se corrió el rumor de que aquel habia sido sobornado por Mohamed para que se retirase el ejército; lo cual se haya desmentido por los historiadores de la época.

Aunque en la precedente narracion de los hechos nos hemos abstenido de toda crítica, en este lugar no podemos menos de decir con la imparcialidad que nos caracteriza, que habiendo parecido en los reales síntomas de enemistad irreconciliable, fué una medida cuerda y prudente la retirada; pues de otro modo, pudieron haberse originado grandes males, como efecto de la ninguna concordancia que habia en las opiniones, y de la arbitrariedad de los cortesanos. Y hemos dicho enemistad irreconciliable, porque tal debe llamarse cuando están de por medio el orgullo, el egoísmo y la envidia, pasiones tan innatas en los poderosos en la época á que nos referimos; cuya arbitrariedad repetimos, y cuyos desafueros y abusos de autoridad ocasionaron al trono tantas desgracias en el siglo quince, en que aquella clase predilecta se hallaba desbordada y tenia sueltos los diques de su desmedida ambicion. Si los principales gefes del ejército no hubiesen estado divididos; si todos hubiesen estado poseidos únicamente de espíritu patrio; si todos hubiesen sido inspirados solo del bien de la religion si no hubiesen dado abrigo á mezquinos ódios y rencores, indudablemente la campaña se hubiera continuado; las fuerzas infieles pudieran haberse aniquilado; y tal vez la conquista de algunas plazas hubieran dado mayor ensanche á la cristiandad. No diremos que Granada se rindiera, porque Granada contaba aun con muchos defensores y con muchos elementos; pero la desmembracion de recursos hubiera hecho balanzcar y estremecerse al trono. ¿Y cuales fueron, pues, los resultados de tan decantada espedicion? gastos exorbitantes sin reintegro;

lágrimas, luto y desolacion. ¿Que beneficios reportó la corte de Castilla de esta campaña? Que en el palenque de la vega se creara el germen de discordia civil, que despues produjo un sin número de desastres. Y en fin, ¿que provecho reportó la religion del nazareno en esta cruzada? Ninguno en realidad, pues los prosélitos del Islam se retiraron á Granada, los del crucificado á Castilla; estos discordes y engreidos con un efimero triunfo, aquellos meditando venganza. He aquí, pues, los pormenores de la batalla de la Higuera; y concluiremos su bosquejo, diciendo que el día 1.º de Julio de 1431 hubiera sido tal vez aciago para la corona de Castilla, si el condestable con su prudencia y valor no estuviera al frente de la hueste cristiana, haciéndose respetar y obedecer hasta de sus mismos enemigos, que desconocieron absolutamente no solo la disciplina militar, sino acaso la autoridad real en un campo de anarquía, donde la insubordinacion era la principal bandera de los mas elevados caudillos.

No omitiremos tampoco decir, que el auxilio del infante Juzef inclinó en parte la balanza á favor de los cristianos; todos desplegaron esforzado valor; pues peleaba por ceñirse una corona; sus parciales por atraerse su privanza, y con ella honores y premios.

Luego que de último estado se acordó la vuelta del ejército á Cordoba, se prendió fuego al palenque, y ordenada la huéste, se emprendió la marcha.

El pretendiente al trono de Granada y su cuñado Venegas, con la fuerza que capitaneaban, quedaron en la frontera; si bien resentidos con el rey de Castilla, porque nada habia hecho en pró de sus deseos, cuando ellos habian cumplido tan fielmente sus ofertas. Esto no pudo menos de llegar á oídos del monarca; y en su consecuencia dió comision al adelantado de Andalucía, Diego Gomez de Rivera, para que arreglase el tratado con Juzef, como se verificó en Hardales, el mes de setiembre del mismo año: comprometiéndose el infante á reconocerse vasallo de Castilla; pagar veinte mil doblas anuales; entregar todos los cautivos que hubiese en el reino; y servir al rey don Juan con mil quinientos caba-

llos, y con todo su poder en casos determinados. Estas fueron las principales condiciones que habia de cumplir siempre y cuando por la cooperacion de aquel soberano reinase en Granada. Por parte de este se le ofreció el auxilio necesario y el libre tráfico entre ambos reinos.

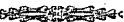
Asegurado Juzef con este tratado, se apresuró á sublevar las poblaciones mas notables por medio de sus amigos y parciales, consiguiendo tan rápidos progresos, que en pocos dias se vió proclamado rey de Granada en Ronda, Archidona, Illora, Monte-frio y otras muchas plazas. La poblacion de Loja se pronunció tambien en favor del pretendiente; pero el alcaide de su castillo se resistió abiertamente. Acudió Juzef con el auxilio de los cristianos, y aunque el wacir de Mohamed con los caballeros abencerrages salió de la capital para auxiliar al fiel alcaide, fueron derrotados y muerto su caudillo, rindiéndose por de contado la fortaleza.

Llegadas estas nuevas á Granada, fué extraordinaria la desesperacion de Mohamed; quien á ruegos de las personas mas influyentes y poderosas, y visto el disgusto que germinaba en la ciudad, se decidió á abandonarla.

En efecto, silenciosamente con sus riquezas, algunas damas y amigos mas comprometidos, salió de ella, y se dirigió á Málaga, que aun se hallaba en su favor; dejando franco el alcazar de la Alhambra para que su rival ocupase el trono.



CAPITULO XXV.



JUZEF IV.

SU ENTRADA EN GRANADA. — REINÓ EN PAZ CON LOS CRISTIANOS.
— SU MUERTE.

Juzef Aben-Alahmar, con solo la escolta de seiscientos caballos, entró en Granada el día 1.º de enero de 1432, á fin de que el pueblo no creyese que se valía de la fuerza armada contra él. Ni aclamaciones ni vivas se escucharon en su tránsito hasta la Alhambra; por el contrario, se advertía un profundo silencio, y absoluta indiferencia en aquellos que veían su entrada. Únicamente las autoridades, la nobleza y los comerciantes salieron á esperarle con la mayor circunspeccion, y le acompañaron hasta el alcazar régio.

Mandó reunir los jeques, walis, alcaldes, alcadís y demas personas notables, y fué jurado por todos rey de Granada con la mayor solemnidad. Despues nombró embajadores que pasasen á Castilla á hacer presente al soberano su reconocimiento y protestas á fuer de agra-

decido: reiterando el pacto ajustado en Hardaes, y dirigiéndole la siguiente carta.

«Rey de Granada.—Señor:—Vuestro vasallo Mahomat Abenalamar, beso vuestras manos, é me encomiendo en vuestra merced, á el cual plegue á saber, como yo partí de Illora, é fuí á la mi ciudad de Granada, é saliome á recibir toda la caballeria de ella, é besáronme la mano por su rey é señor, é entregáronme la Alhambra, é esto, señor, fué por la gracia de Dios, é por una buena ventura. El rey izquierdo se fué á Málaga, é llevó consigo á un hermano del alcaide cojo; su sobrino, é dos hijos del rey pequeño, que habia mandado degollar; é antes que de la Alhambra se fuese, robó cuanto ende habia, é ahora, señor, con la gracia de Dios, é con el esfuerzo de V. A. vá contra él vuestro adelantado don Diego Gomez de Rivera, é mis caballeros á Málaga donde él está: espero en Dios que con el favor de V. A. yo le habré en mis manos.»

Esta carta complació mucho al rey de Castilla; quien recibió con la mayor cortesania á los enviados que se la entregaron.

Sabida por Aben-Fariz, rey de Tunez, la caída de Mohamed, escribió á don Juan II en favor de aquel, por conducto de un caballero genovés, pidiéndole se hubiese bien con su pariente, el monarca fugitivo, y no le persiguiese. El de Castilla se evadió, manifestándole, que Mohamed tenia tratos y relaciones con los soberanos de Aragon y Navarra.

El reinado de Juzef, aunque corto, fué pacífico; si bien él gozó de poca tranquilidad, á causa del torcedor que despedazaba su alma, sabiendo que su rival se hallaba en Málaga, protegido por el rey de Tunez, cuya circunstancia le quitaba enteramente el sosiego. Este continuo disgusto aumentó sus achaques, propios de su avanzada edad; y como se ocupara con estremada asiduidad de los graves asuntos del reino, no tuvo fuerzas para sobrellevarlos, y murió á los seis meses de su elevacion al trono. (24 de junio de 1432.)

CAPITULO XXVI.

MOHAMED VII.

RECOPRA EL TRONO POR SEGUNDA VEZ.—AMNISTIA GENERAL.
—TREGUA.—CUMPLIDA, SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—
CABALGADAS.—CONQUISTAN LOS CRISTIANOS A HUESCAR.—
DERROTA DE LOS CABALLEROS DE ALCANTARA.—CORRERIA DE
LOS CRISTIANOS POR TIERRA DE GUADIX.—TOMAN ALGUNAS
FORTALEZAS.—DESGRACIADA ESPEDICION CONTRA GIBRALTAR.
—CONQUISTA DE HUELMA.—MOTIN EN GRANADA.—MOHAMED
ES DESTRONADO TERCERA VEZ.

Cansados los partidos de Granada de luchar entre si, unieronse despues de la muerte de Juzef, y convinieron devolver el trono á Mohamed-al-Haizari. Este que se hallaba en Málaga, hizo tambien gestiones por su parte para ello, y consiguió lo proclamasen por tercera vez. Sin pérdida de tiempo, y asegurado de la sinceridad de los que lo alzaban de nuevo, vino á Granada, donde fué recibido con entusiasmo. Tal era la índole de los árabes y su volubilidad.

El primer acto de su gobierno fué nombrar su vacir á Abdelbar, caballero principal de la esclarecida tribu abencerrage. Este consejero, discreto, prudente, mesurado en su proceder y buen político, inclinó el ánimo del monarca á una amnistia general, la cual fué tan amplia que comprendió á los hijos y familia de Juzef, dejándoles todos sus honores, prerrogativas y bienes; escluyéndose únicamente á don Pedro Venegas, el tornadizo, como autor de la destitucion de Mohamed, por Juzef IV; mas conociendo aquel que su fin seria funesto si lo cogiesen en la persecucion que sufría, se retiró á Jaen, dejando en Granada á su esposa Ceti-Merier y á sus hijos Abulcacín y Reduan. Un total desengaño de su vida pasada, lo restituyó á la fé cristiana, y murió triste y abatido.

Tambien consiguó Abdelbar, que Mohamed solicitase del rey de Castilla una tregua. Este accedió á ella, porque tenia fija su atencion en los graves trastornos, que á la sazón se hallaban muy acalorados en su corte; ajustóse por un año, que despues se amplió por otras. Asimismo don Juan II envió á Lope Alonso de Lorca al rey de Tunez, en compañía de su embajador que por aquel tiempo se hallaba en Valladolid, para que en union, concertasen el medio mas apropiado, á fin de que las cortes cristiana y muzlimica de Granada se sostuviesen en buenas relaciones; pues como hemos dicho, á don Juan le interesaba por entonces la paz con Mohamed, para atender á tranquilizar su reino.

Durante la tregua, el monarca Haizari puso en juego todos los recursos que estaban á su alcance para conseguir la total reconciliacion de los partidos; con lo cual, y con la clemencia que habia usado antes con sus enemigos, vió renacer en sus pueblos la tranquilidad interior y la union.

Terminada la tregua, se rompieron las hostilidades. El adelantado de Andalucia Diego Gomez de Rivera se presentó en campaña con gente de Sevilla, dirigiéndose á Alora. Corta era la guarnicion de la plaza para hacer una salida contra el enemigo, por lo que el alcaide se decidió por la defensiva: lo cual conocido por Rivera.

se aproximó á los muros, y desenlazándose la habera de la celada, intimó á aquel la rendicion, Un pasador dirigido con acierto por el mismo gobernador, y que penetró por la boca del adelantado, dejándolo exánime, fué su única contestacion. Con tan infausto suceso, la hueste se retiró á Sevilla con el cadáver del bravo caballero, donde se le dió sepultura, con sentimiento general, no solo de los habitantes de aquella ciudad; sino de los de la corte de Castilla. El rey hizo merced del adelantamiento á don Perafan, su hijo, jóven de quince años.

En tanto que esto sucedia en tierra de Málaga, otra desgracia no menos lamentable tuvo efecto en la frontera de Murcia. Don Juan Fajardo, hijo del adelantado don Alonso, con una escogida hueste de caballeria, entró por aquel punto con objeto de practicar una correria. Mohamed, que ya sabia el movimiento que se preparaba, dispuso que su wacir Abdelbar saliese al momento á oponérsele al paso. En efecto, aquel caudillo con fuerza de caballeria ligera de Granada y Algarve, se puso en marcha, y haciendo jornadas precipitadas, logró sorprender á Fajardo en los campos de Lorca. Empeñada una reñida accion, poseidos del miedo los cristianos se pusieron en fuga; y aunque su bizarro caudillo trató de rehacerlos, sus esfuerzos fueron en vano; se encontró solo; y queriendo sostener con desmesurado valor una lucha desigual, quedó muerto en el campo.

No siempre la fortuna debia ser adversa para los cristianos; aquellos dos golpes tan crueles, debian ser vengados. Tambien rompió la campaña por la frontera de Jaen. Una brillante cabalgada entró por tierra de moros, esparcieron terror y se retiraron con muy buena presa. Fernando de Quesada, comendador de Bezmar, asedió el castillo de Solera, haciéndose dueño de él, no sin una tenaz defensa de su guarnicion. (Año de 1433.)

Rodrigo Manrique, comendador de Santiago, se dirigió á Huéscar con fuerza de caballeria é infanteria. Una noche (11 de Noviembre de 1434.) cuando los habitantes de la villa y su guarnicion descansaban tranquilamente, se acercó la hueste con el mayor silencio al muro, y echando una escala, subieron por ella algunos guerreros

poseidos de valor y ávidos de gloria. A pesar de la mucha cautela y precaucion con que ejecutaron la maniobra, fueron divisados por el centinela de una de las torres, quien al momento dió aviso, y la guarnicion y el pueblo todo acudieron á la defensa. Muchos valientes de los que habian penetrado fueron victimas del furor de los infieles, pero sin embargo, un peloton de cristianos consiguió derribar una de las puertas de la villa, dando entrada en ella al resto del ejército. Si encarnizada era antes la refriega, mas se aumentó con la presencia de la nueva hueste. Guarecidos los moros en las casas, ofendian al enemigo, sin que este pudiera conseguir ventaja alguna apesar de derramarse arroyos de sangre. Por fin, advertido el comendador que algunos de los suyos flaqueaban á causa del muchísimo daño que los contrarios les hacian, redobló sus esfuerzos, y puesto á la cabeza de aquellos mas decididos, les hizo desalojar las casas y retirarse al alcázar. Reconcentrados en él, y creyéndose segura la soldadesca cristiana, se dió al saqueo de los hogares abandonados y á saciar la hambre, de que se veian estraordinariamente acosados; mas los moros protegidos por la oscuridad de la noche, bajaban de vez en cuando del castillo, sorprendian á los soldados, y les daban muerte en aquellos momentos que menos la esperaban. Conociendo los muzlimes la critica posicion en que se encontraban, dieron aviso á los alcaldes inmediatos para que los socorriesen: en efecto, cuando el sol comenzaba á dorar las cimas de la sierra de Sagras, el Cabzani, gobernador de Baza, se hallaba al frente de Huéscar con mil infantes y quinientos caballos; su presencia consoló en parte á los sitiados, quienes llamaron la atencion de los cristianos, para que Cabzani pudiese penetrar en la poblacion. No dejó Manrique de conocer la estratagema, y reuniendo su tropa, se opuso á ello con tenacidad, consiguiendo replegar á los cercados y retirar á sus auxiliares.

El gobernador de Baza, hizo cortar las aguas que surtian la ciudad, y se dispuso pues, un asalto general. Bien conocia Manrique el apuro en que él y los suyos se encontraban; por lo que ordenó que dos soldados de

los mas' espertos, saliesen, si les era dable, para dar aviso de su conflicto á los gefes de la frontera. Aquellos descolgándose cautelosamente por la parte que creyeron menos observada, y provistos de prendas que don Rodrigo les entregó para legitimar su mision, tuvieron la suerte de no ser vistos, y dirigiéndose á Cazorla, hicieron presente á su adelantado Rodrigo de Perea el inminente peligro en que se encontraban las tropas de Manrique. La novedad corrió por la frontera, y los capitanes de ella no perdieron tiempo en marchar al socorro de Huéscar. Pedro Quiñones y el adelantado Perea fueron los primeros que acudieron con ciento sesenta caballos y doscientos infantes, pero se vieron obligados á guarecerse en la poblacion, acosados por la fuerza de Cabzani, que cargó sobre ellos.

Como quiera que á los cristianos era obligatoria la ofensiva por la situacion comprometida en que se encontraban, convinieron los gefes hacer una salida. En efecto, el adelantado con parte de los soldados la verificó, quedando Manrique y Quiñones con los demas para contener á los del castillo. Los moros que se hallaban parapetados en las huertas, luego que vieron salir la hueste cristiana, le embistieron con el mayor furor. Muchas horas duró la escaramuza, sostenida con denodado valor por una y otra parte, y aun permanecia indecisa la victoria, cuando por el campo corrió la voz de que don Fernando Alvarez de Toledo se aproximaba con tropas de refuerzo. No bien los de Baza se cercioraron de la verdad, cuando comenzó á enfriarse su ardimiento; al contrario los de Perea, cobrando nuevo vigor, cargaron sobre aquellos y los pusieron en desordenada fuga.

Visto esto por los defensores de la fortaleza, impetraron la clemencia del comendador, quien como á caballero generoso cumplia, les concedió la libertad. Despues propuso al de Toledo tomase posesion de la villa, el cual lo rehusó con la mayor finura. El rey de Castilla sabiendo este hecho de armas, donó á don Rodrigo un juro de veinte mil maravedís, la quinta parte del botin que pertenecia á su patrimonio y trescientos vasallos en tierra de Alcaraz.

Por este mismo tiempo don Gutierre de Sotomayor, maestre de Alcántara, que se hallaba en Ecija con sus caballeros, como encargado de aquella frontera, tuvo aviso por sus confidentes, de que en los castillos de Archidona y Ovilí habia una corta guarnicion, insuficiente para su defensa. Con tan buena nueva, se propuso su conquista, para lo cual se le asociaron algunos guerreros de aquella ciudad. Al frente de ochocientos ginetes y mil peones salió el maestre á poner en ejecucion su empresa, guardando el mayor sigilo respecto al objeto de su expedicion: mas ignoraba que la vigilancia del enemigo era mayor que sus precauciones y reserva.

Luego que hubo llegado al rio Guadalborce, siguió sus márgenes, internándose en profundos barrancos, como camino mas solitario. La aspereza del terreno hizo que los ginetes se desmontaran, y con los caballos de la brida, prosiguieron la marcha con el mayor descuido, y sin sospechar el mas mínimo revés. Pero cual seria su sorpresa cuando llegaron á un cortado que formaba un profundo abismo, y que les impedia seguir adelante? El disgusto fué general en toda la hueste, resolviendo por último retroceder. Aun les esperaba mayor conflicto: aquellos horrorosos precipicios estaban destinados á ser la fosa de casi todos los guerreros que componian la cabalgada.

No bien habian decidido volver por el mismo camino, cuando divisaron que las crestas de las montañas se hallaban ocupadas por enemigos. Abdelbar, que habia tenido aviso de este movimiento por sus confidentes, salió de Granada precipitadamente con un corto cuerpo de tropas y seguia las huellas de los cristianos, habiendo antes comunicado órden secreta á todos los alcaldes de la comarca de Archidona para que estuviesen dispuestos al primer aviso. Viendo cortados en su paso á los cristianos, los moros hicieron ahumadas para que acudiesen todos los que esperaban la señal, no lejos de aquellos parages. En corto tiempo se cubrieron de infieles las cumbres de los cerros, y con grande algazara comenzaron á arrojar sobre la desgraciada hueste enormes peñascos, que rodando estrepitosamente arrastra-

ban tras sí multitud de piedras de todos tamaños, haciendo en los cruzados sangriento estrago. A vista de tan inminente peligro, el terror y el espanto se apoderó de aquellos corazones, allende valientes y esforzados; por doquier no se veía mas que muerte y esterminio. Inútiles eran en tan desesperada situación el valor y la bravura; el conflicto no tenía semejanza, y á tan denodados guerreros no les era dado mas que morir sin poder tomar venganza del enemigo que los ofendía con tanta impunidad. La pérdida fué considerable; solo ciento pudieron salvarse, entre ellos el maestre, que oculto entre la maleza, luego que el enemigo creyendo la ruina de todos, se hubo retirado, pudo escapar, siguiendo la senda que le indicaron unos de los suyos, prácticos en el terreno. Este desgraciado suceso causó el mayor disgusto en los cristianos, y particularmente en el rey de Castilla, quien apesar de conocer la imprudencia del maestre, no quiso reprimirlo, contentándose solo con prevenirle que en lo sucesivo fuese mas cauto.

Terminada que fué gloriosamente esta jornada, por parte de los musulmanes, Abdelvar se dirigió á Huelma, que se hallaba cercada por don Gonzalo Stuñiga, obispo de Jaen, y don Fernando Alvarez de Toledo. Estos, que á un mismo tiempo supieron la catástrofe del maestre de Alcántara, y la aproximación del caudillo granadino, levantaron el sitio y se retiraron á aquella ciudad.

Don Juan II, en vista de estos acontecimientos desgraciados, previno á todos los gefes de la frontera, que estuviesen con el mayor cuidado; que si posible era, en ocasion ventajosa tomasen parte de aquel desastre.

En consecuencia de este mandato, el obispo de Jaen, Alvarez de Toledo, Ramirez de Guzman, comendador mayor de Calatrava, Rodrigo Perea y otros caballeros, luego que creyeron coyuntura apropiado, con seis mil infantes y mil quinientos caballos, emprendieron una algara por los pueblos y campos de la frontera, hasta llegar á les muros de Guadix. La guarnicion de esta ciudad se habia reforzado con soldados abencerrages y benimerines; por lo cual no se atrevieron los cristianos

á hostilizarla. Empero, ocupados algunos escuadrones en hacer la tala de las mieses, que ya estaban á punto de segar, se vieron acometidos repentinamente por un considerable número de moros, que se lanzaron sobre ellos con el mayor furor. Embueltos los cristianos acudió el obispo don Rodrigo á su socorro; quien á los primeros encuentros perdió el caballo, y tal vez hubiera perdido la vida, si Juan de Padilla con algunos guerreros no se hubiese presentado en su auxilio. Este hizo en los infieles un estrago horroroso, precipitándolos á la fuga; pero habiendo recibido una herida profunda en un muslo, los suyos le sacaron del combate para curarlo. Ya los moros se habian hecho dueños del estandarte, dando muerte á Rodrigo Alvarez, alférez mayor; mas fué rescatado por otros caudillos, que llenos de saña al ver la insignia en poder del enemigo, se lanzaron cual hambrientos tigres, y cercenaron la mano al que lo llevaba en triunfo. Muy empeñada siguió la lucha por algunas horas; hasta que Alvarez de Toledo, que habia rechazado una acción decisiva, determinó á todo trance tomar parte.

Puesto á la cabeza de sus escuadrones y hecha la señal de ataque, cual torrente que se estiende por la llanura, así el capitán mayor entró en la refriega con su reserva, empeñándose con mayor calor; pero al fin consiguió poner al enemigo en derrota, obligándolo á desalojar el campo. No fué pequeña la pérdida de una y otra parte, resultando á la vez heridos muchos caudillos cristianos, y entre ellos Rodrigo de Perea. Los vencedores continuaron la tala, y con bastantes despojos se retiraron á la frontera. (Año 1433.)

Por la de Murcia tambien se habia principiado la campaña: el adelantado Alonso Fajardo comenzó una tala general en los campos enemigos; pero viendo los habitantes de Valad-Blanco y Valad-Rojo, (Vélez-Blanco y Vélez-Rubio) que sus cosechas iban á ser totalmente destruidas, trataron de avenencia. Con efecto, quedaron por mudejares del rey de Castilla. Baza, y Guadix solicitaron tambien convenio; pero no habiendo querido admitir las condiciones que se les impusieron,

continuaron las hostilidades, de cuyas resultas quedó destrizado todo aquel territorio.

Galea (Galera) y Castilleja se hicieron del mismo modo mudejares. El señor de Valdecorneja tomó la fortaleza de Ben-Maurel (Benamaurel), despues de haber batido sus muros, por la defensa que hicieron los de su guarnicion. Igualmente cayeron en poder de los cristianos Ben-Zulema, Quesada y otros castillos. (Año de 1436.)

Por este tiempo don Enrique de Guzman, conde de Niebla, hizo sus preparativos de campaña, con pensamiento de poner en ejecucion la conquista de Gibraltar. Esta plaza, si bien en aquel tiempo no se encontraba en tan buen estado de defensa como hoy tiene, era si, bastante fuerte, y mas difícil de rendir que cualquiera otra del interior, por la circunstancia de ser marítima, y su posicion geográfica era de las mas aventajadas de la península. Hizose á la vela con su escuadra, en tanto que su hijo don Juan marchaba por tierra capitaneando un valiente ejército. Saltó en tierra don Enrique con las tropas de abordo, y estableció el sitio, dejando las naves provistas de los soldados necesarios y ordenadas para el cerco. Desde luego, y con la gente que le acompañaba, principió el bloqueo, sin esperar la llegada de don Juan. Los moros por entonces se mantuvieron solo á la defensiva, porque esperaban la creciente del mar por la marea, y al punto que esta se verificó, hicieron una salida y arrollaron las tropas del conde. Bien hubiera este querido detener á los suyos, que se pusieron en precipitada fuga; pero fué tal el empuje de los sitiados que viendo inútiles sus esfuerzos, saltó en su barca, que se hallaba atracada en la playa. Multitud de soldados acudieron implorando su piedad para que les dieran sagrado en la navicilla: tantas y tantas súplicas impulsaron á don Enrique á aproximarse á la orilla para salvar á aquellos infelices; pero su compasion le originó la muerte. Un número considerable se abalanzó á la nave; y como quiera que cada cual que estaba asido no quisiese soltar la presa, trabajando todos por saltar á ella la volcaron, y unos y otros cayeron en las aguas.

El conde y cuarenta caballeros perecieron, por cuanto el peso de las armaduras los llevó á fondo; los marineros pudieron salvarse. Don Juan que llegó ocurrida la catástrofe, se retiró con el ejército. La pérdida fué de mucha consideracion, pues los moros persiguieron á los cristianos hasta la misma orilla, en donde acuchillaban á los que no se determinaban á lanzarse al agua. El cadáver de don Enrique lo hallaron despues los vendedores, y puesto en un ataúd lo colocaron en las almenas de una torre, donde permaneció algunos años.

Don Inigo Lopez de Mendoza, señor de Bufrago, puso cerco á la poblacion de Huélma (20 de abril año de 1438); y habiendo batido sus torres con artillería, los moros amedrentados, pidieron capitulacion. El marqués accedió á ella, y cuando se estaban tratando las condiciones, corrió la voz de que el rey de Granada avanzaba aceleradamente al auxilio de la plaza. Don Inigo dió orden de montar á caballo, y tomó posiciones ventajosas para esperar al enemigo; mas habiendo sido falsa aquella voz, se continuó el sitio con mas vigor, hasta el estremo de entrar á viva fuerza en la poblacion. Reconcentrados los moros en el castillo, se defendieron tenazmente por tiempo de cuatro dias; al cabo de los cuales se rindieron, concediéndoles libertad para retirarse á otros puntos.

Nuevamente habia salido á campaña Rodrigo de Perea (julio año de 1438), y entrando por tierra de Baza, llegó hasta los campos de Castril, destruyendo cuanto en ellos encontraba. Los moros sin pérdida de momento, trasmitieron la novedad á Granada por medio de las atalayas, y Mohamed dispuso la marcha de cuatro mil hombres al mando de Aben-Zaragh, hijo de Juzef, wacir que fué en la época anterior. A marchas forzadas llegaron al territorio de Castril donde dieron vista al enemigo.

Ambas huestes se embistieron con ímpetu horroroso; Perea á los primeros encuentros, cayó muerto de una lanzada; pero los suyos se mantuvieron con valor, apesar de las grandes proezas del caudillo abencerraje, quien herido gravemente se desangró en el campo, y

aunque los suyos lo sacaron de la batalla para suministrarle los auxilios necesarios, murió á muy corto tiempo. La muerte de ambos capitanes que fué sentida generalmente en las córtes de Castilla y Granada, hizo que las huestes beligerantes aslojasen y se retiraran.

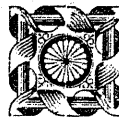
Los disturbios que se agitaban en Castilla habian llegado por este tiempo al grado mas alarmante, de tal modo, que llamaban esclusivamente la atencion del soberano, desatendiendo por lo tanto la guerra de Granada; cuyas circunstancias eran las mas favorables para coger laureles, mediante á que la córte islámica era asimismo el teatro de la anarquía.

Mohamed VII, que cuando fué repuesto en el trono habia aparecido justo y benéfico, demostró despues que su natural no habia mudado sino aparentemente, desplegando aun mayor despotismo y tiranía: con poco vigor para sostener el cetro y hacerse respetar, habia ya sido destituido por dos veces; efecto de poca fuerza, de poco carácter para hacerse superior á sus cortesanos y á sus vasallos todos. Un acto arbitrario é imprudente fué la causa de su tercera destitucion.

Un sobrino suyo llamado Hismail Aben-Hismail se encontraba ciegamente apasionado de una jóven granadina y por la cual era correspondido; mas el soberano se opuso á su enlace, porque queria que ella diese la mano á un gran favorito suyo. Hismail hizo cuantas diligencias son de presumir para que Mohamed accediese á su union, pero todas infructuosas: el rey inmutable en su propósito se declaró abiertamente opuesto á ella. Desesperado el jóven infante con tan cruel repulsa, se decidió por abandonar á Granada y retirarse á Castilla, como lo verificó con muchos de sus parciales. Este paso dado por Hismail causó el mayor disgusto en la córte; los enemistados partidos hicieron renacer sus odios y sus resentimientos, y principió de nuevo la division, siendo el imprudente Mohamed el blanco de sus vasallos. Otro sobrino suyo Mohamed Aben-Osmin, que residia en Almería, y que ya habia dado señales de ambicionar el trono, luego que supo las discordias de la córte propusose aprovecharlas para poner en ejecucion

sus planes. Presentóse de oculto en Granada, tuvo entrevistas secretas con los caudillos descontentos, y convinieron el modo de su exaltacion al trono.

Ganado el pueblo con el oro que prodigó, y cuando menos lo esperaba Mohamed VII, gran número de ellos recorrieron las calles de la capital, vilipendiando á este, y victoreando á Aben-Osmin se dirigieron á la Alhambra; penetraron en el régio palacio, y se presentaron al rey que se encontraba completamente desarmado. Al frente de las turbas marchaba su sobrino, quien le hizo entender era necesario abdicase por el bien general y por el suyo propio. Mohamed mas por fuerza que de grado, presagiando acaso un fin funesto, accedió á la demanda; su rival ciñó la corona real, y él destronado, no solo sufrió el dolor de ser despojado de ella, sino de verse encerrado en una torre de la Alhambra. (Año de 1443.)



CAPITULO XXVII.

MOHAMED IX. (EL ANAF, COJO.)

ES PROCLAMADO.—SE RETIRAN DE GRANADA LOS ABENCERRAJES.
—TRABAJAN PARA CORONAR A ABEN-HISMAIL.—CORRERIA DE MOHAMED.—ASEDIO INUTIL DE MONTE-FRIO.—NUEVA CORRERIA DE MOHAMED.—RECUPERA VARIAS PLAZAS EN LEVANTE.—CONTINUA SUS CABALGADAS.—ALGARA DE ABDILBAR, BATALLA DEL ALPORCHON EN QUE ES DERROTADO.—HISMAIL ES APOYADO POR UN EJERCITO CRISTIANO.—MOTIN EN GRANADA.—MATANZA HORROROSA EN LA SALA DE ABENCERRAJES.—HUYE MOHAMED.

Mohamed Aben-Osmin, *el cojo*, fué proclamado acto continuo rey de Granada, y reconocido como tal por todos los pueblos del reino, alcaldes y caudillos. No bien se hubo posesionado del trono, Abdilbar, sus partidarios, y la tribu abencerraje salieron de Granada y se retiraron á Monte-frio, en cuya plaza contaban con simpatias y con la mayor seguridad, por ser una de las mas

fuertes de los estados granadinos, temiendo de su permanencia en la córte alguna accion infame del nuevo monarca.

Bien hubiera querido el wacir y favorito de Mohamed trabajar en su favor para restituírle las riendas del gobierno; pero no dejaba de conocer que cualquiera tentativa que se hiciese para ello, habia de influir en su daño, supuesto que se hallaba en poder de su rival. En virtud, pues, de estos fundados motivos, y decidido el caudillo y cuantos le acompañaban á hacerle la guerra á Mohamed IX, proyectaron proclamar rey de Granada á Aben-Hismail. Hiciéronselo presente, y aceptado por él, tomó vènia del monarca de Castilla, quien despues de manifestarle su beneplácito, lo autorizó competentemente para que en la frontera se le diesen recursos y tropas, con que poder emprender las hostilidades contra su primo. Al poco tiempo Aben-Hismail se hallaba en Monte-frio, reconocido como rey de Granada por el partido proscripto.

Este agigantado paso no dejó de causar disgusto y recelo en Aben-Osmin, pues encontrándose aun en los primeros dias de su reinado, y no bien asegurado, veía cerca de su córte alzarse un rival, que no solo era temible por el apoyo de Castilla, sino porque en Granada habia dejado muchas simpatias por su bello carácter y acrisolada conducta. Así, pues, determinó hacerle la contra de manera que apareciese como que despreciaba aquella faccion, atrayéndose á la vez la atencion de los granadinos, que como volubles, no dejarían de fijar en él todas sus esperanzas de ventura y halagüeño porvenir. Para la ejecucion de este plan tenia á su favor los disgustos interiores que á la sazón se experimentaban en Castilla, y cuyos males se habian corrido á la frontera desatendiendo los gefes de ella su compromiso de defensa, é insubordinados contra el trono, hasta el estremo de romperse entre ellos mismos una guerra de partido, pero muy tenaz, perjudicial y aun ridícula á los ojos de la razon y de la sensatez, y de que los muzlimes hacían el mayor escarnio.

El rey de Granada aprovechando esta anarquía se di-

rigió con un cuerpo de tropas hácia levante, entró en Benamaurel por fuerza de armas, acuchilló su guarnición, hizo prisionero á Alonso Herrera, su alcaide, y pasó á Benzalema, donde habiendo encontrado mayor defensa, intimó la rendición á Alvaro de Peceñin, quien lo despreció, creyendo que nunca podria el soberano granadino, por mas esfuerzos que hiciera, penetrar en la fortaleza. Irritado Mohamed, dispuso el asalto, y aunque con pérdida consiguió penetrar en ella, haciendo cruel carnicería, y sin dar cuartel á nadie. Don Fernando Alvarez de Toledo miró con tanta frialdad este hecho, que en vez de dar auxilio á aquel alcaide, se retiró al interior; cuya conducta no deja de ser reparable, aunque bien se infiere que seria hija de la division de opiniones en que se encontraba la grandeza. Terminada esta jornada, Mohamed regresó á la corte victorioso, y con un cuantioso botin. A su entrada en ella, el pueblo lo recibió con alegría por su propension natural á las novedades; y aunque no diremos que por este hecho de armas se atrajo el cariño y amor de sus vasallos, diremos sí, que adquirió algun prestigio, aunque fuese tan pasajero como la luz del meteóro.

Cada día continuaban con mas encarnizamiento las hostilidades de los partidos entre los cristianos, de modo que en la frontera se atendia solo á la guerra civil dejando impunes la sangre y los desastres que los moros causaran en sus algaras.

En tanto que esto ocurría, Aben-Hismail se encontraba con su partido en Monte-frio sin poder impulsar su empresa, por cuanto los adelantados del rey de Castilla, uaos despreciaban las órdenes que les comunicara y otros, aun cuando desearan dar á ellas puntual cumplimiento, se lo impedía la situacion hostil en que se hallaban entre sí. Todo, pues, era favorable para Osmin ya porque no encontraba oposicion de los cristianos en sus cabalgadas, ya porque el principe su primo carecia de apoyo. Los alcaides fronterizos hacían continuas correrías en territorio de los cristianos, y cargados de cautivos y despojos volvian á sus fortalezas sin necesidad de enristrar la lanza, ni desnudar el alfange.

Ilusionado el rey de Granada con los triunfos que habia alcanzado en su correría, se propuso hacerse temible y cobrar crédito con sus atrocidades y atentados. Determinó hacer otra nueva expedición, para lo cual comunicó órden á los alcaides y pueblos á fin de que concurriesen á la capital todas las fuerzas disponibles. Reunió en consejo á los principales caudillos, á los reyes de las tribus, á los santones, á sus consejeros y á las demas personas que por sus conocimientos en la guerra pudieran suministrarle luces para el buen éxito de la empresa que meditaba. En tanto que se hacia esta convocatoria, los alfaquis con celo religioso predicaban una guerra santa, predisponiendo de este modo al pueblo no solo para tomar las armas en favor de su ley, sino para que acatase mas y mas la soberanía de Mohamed, dándole al mismo tiempo prestigio y reputacion.

Reunido el consejo en la Alhambra, resultó de comun acuerdo que convenia llevar la guerra y la destruccion hasta la misma corte castellana; que los estandartes de la media-luna tremolasen en los baluartes cristianos; y que mediante la enemistad de don Juan II con los soberanos de Navarra y Aragon, se entablasen con ellos negociaciones de alianza ofensiva, para que las operaciones de campaña se hicieran convinadas. Este último acuerdo se ejecutó inmediatamente por medio de embajadores que partieron para ambas cortes.

Antes de emprender la marcha para dar cima á tan grandiosa empresa, se destacaron algunos escuadrones contra Monte-frio, que estaba hecho una pequeña corte, á fin de destruir el poder que en ella habia principiado á alzarse; mas todos los esfuerzos de la hueste granadina fueron inútiles; Hismail y los suyos, cuyo número crecia de día en día, se sostuvieron hasta la retirada de las tropas, luego que se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos.

Aben-Osmin con una gruesa hueste se dirigió nuevamente á levante. Difícil seria pintar el estrago y la desolacion que el ejército por doquier causara; tras sí dejaba impresa horrorosa huella de inocente sangre. Los

Vélez, Huéscar, Castillejar y Galera cayeron de nuevo en poder de los granadinos, sin que sus gobernadores pudiesen defender de aquel torrente las fortalezas que les estaban encomendadas. Baste decir que por prudencia, y no por miedo los alcaides, de los demas castillos estuvieron solo á la defensa de ellos, sin presentarse fuera de muros á empeñar escaramuza alguna, cuyo resultado por fuerza debía ser desgaciado. Multitud de esclavos, número considerable de ganado y otras riquezas compusieron los despojos de tan memorable cabalgada, que terminó felizmente Mohamed, entrando triunfante en Granada. (Año de 1447.)

Al siguiente año continuó la devastacion por las fronteras de Murcia, penetrando con su hueste hasta los campos de Hellín y Jumilla, en los cuales derrotó á don Alvaro Tellez Giron, que intentó oponérsele. Murieron todos los suyos, y él pudo salvarse por la ligereza de su caballo. El rey regresó á la corte con no menos botin que en la anterior cabalgada.

Continuaban aun las discordias entre los reyes cristianos; por lo que el de Granada y sus alcaides en los años sucesivos hicieron reiteradas entradas por la fronteras, en donde poca ó ninguna oposicion encontraban, de tal modo, que talados los campos, ni aun forraje habia para los caballos; siendo de advertir que aliado Mohamed con el soberano de Navarra, marchaba con él de acuerdo en sus operaciones.

Así continuaron las cosas hasta el año de 1452 en que el monarca granadino dispuso otra correria por tierra de Arcos. Don Juan Ponce de Leon, conde de este título, se hallaba á la sazón en Marchena, y teniendo aviso del movimiento de las tropas enemigas por un renegado llamado Monfares, y despues Benito Chinchilla, reunió su gente de armas y salió con precipitacion á ocupar puntos ventajosos para esperar á Mohamed. Este pasó en efecto por las posiciones en que aquel caudillo se encontraba: cayó sobre la hueste agarena, y al primer impetu la desordenó de tal modo, que los gefes se vieron en el mayor trance para poderla rehacer. Lo consiguieron al fin, y esperaron á los cristianos en las inme-

diaciones de la selva de Mataparda, en donde emprendiéndose nueva lucha, las tropas del conde consiguieron desbaratar las de Mohamed, y ponerlas en fuga hácia las montañas vecinas. La pérdida de una y otra parte fué considerable, si bien los soldados de Ponce de Leon recogieron cuantiosos despojos.

Muy sensible fué para Mohamed esta desgracia, y con el fin de tomar venganza y resarcir la pérdida ordenó otra incursion por tierra de Lorca. Todos los principales caballeros de Granada se prestaron gustosos á ella y el rey mandó hacer los aprestos necesarios, nombrando gefe de la hueste al jóven Abdibal, hijo del wacir de Mohamed VII, que no quiso seguir el partido de su padre y retirarse con él á Monte-frio, porque le llamaban en la corte la atencion ciertos amores, y deseaba hacerse merecedor del permiso real por medio de una empresa de armas.

El ejército, que se componia de zegries, gomerés, gazules, alayeses, marines, mazas y otras tribus, que como estas eran de las mas esclarecidas, salió de la capital con la mayor brillantéz al ceo de trompetas y demas instrumentos bélicos, entre los vivas y aclamaciones del pueblo. El entusiasmo y la alegría se veian gravados en los semblantes de aquellos guerreros, como si marcharan seguros de la victoria. Habiéndose dirigido hácia levante, atravesaron los territorios de Guadix y Baza, cuyos alcaides se les reunieron, siguiendo la marcha hasta Vera, confin de la frontera, en donde se presentaron Malique alavés, gobernador de Almeria, que capitaneaba los moros de las montañas, y los alcaides de Orce, Cúllar, Huéscar, Purchena y otros puntos.

Luego que se hallaron reunidas todas las tropas de que debia componerse la columna expedicionaria, se puso en movimiento hácia los campos d Lorca; mas como estos estuviesen baldíos y solitarios por las continuas correrias de los moros, se internó la hueste en los de Cartagena y Murcia, en los cuales hallaron en que cebar su codicia. Sin oposicion alguna destruyeron cuanto encontraron, y recogiendo cuantioso botin, volvieron á tierra de Lorca apoyando siempre su marcha

en la sierra, como parage mas apropósito para defenderse en caso de ser acometidos, y tambien por seguridad de los despojos que custodiaban: mas habiendo desaprobado esta medida el intrépido gobernador de Almería y los demas alcaides, descendió el ejército al llano, si bien contra la voluntad de Abdilbar, que no dejaba de temer alguna salida repentina ó emboscada de los cristianos.

No se equivocaba el jóven caudillo: Alonso Fajardo, que se hallaba en Lorca, habia invitado á Diego de Rivera y á otros caballeros para que se le uniesen y caer sobre el enemigo en la retirada. Con efecto, todos estuvieron prontos al llamamiento, y reunida una fuerza respetable en Lorca, salieron al alcance de los muzlimes. Pronto los divisaron en el sitio llamado el Alporchon (1); los moros, viendo que Fajardo y los suyos se aproximaban, destacaron algunas guerrillas que los entretuviesen, en tanto que ellos formaban la batalla. Mas arrolladas aquellas al ímpetu de la hueste cristiana, pronto cayó esta sobre el grueso de la columna. Cual encontrados vientos, que asolan y destruyen cuanto se opone á su carrera, así ambas huestes se embistieron, haciéndose mútuo estrago. Envueltas las haces, en todos, por una y otra parte, se veian prodigios de valor.

Ya por el campo corrian arroyos de sangre; ya los cadáveres formaban parapetos que servian para defensa de los beligerantes, y la victoria aun estaba indecisa. En vano las pesadas armaduras, en vano las finas cotas, nada, nada resistía el empuje de guerreros ciegos de cólera y saña, y ávidos de venganza. Empero la fortuna que tantas veces antes habia estado adversa á los cristianos, aquel dia se mostró propicia y velaba en su favor.

Los moros montañeses que custodiaban el botín, hicieron con él una pronta retirada, tratando de sal-

(1) Punto en que se hacia diariamente la venta del agua en subasta publica, para el riego de los campos.

varlo á todo trance, si bien asesinando en el tránsito á los infelices prisioneros que cogieran antes del encuentro. Ya habian sido muertos los alcaides de Baza Huéscar, Orce, Cúllar y los Vélez y Aben-Casin, capitán de exploradores de Granada, cuando los moros comenzaron á flaquear; no así Abdilbar y Malique de Almería.

Ambos acudian donde creian necesaria su presencia, para infundir ánimo á los suyos, sin reparar riesgo ni peligro. El segundo se vió envuelto por un número considerable de cristianos, pero cual leon hambriento se revolvia contra ellos con la velocidad del rayo, desplegando tanto valor que ninguno se atrevia á acercarse para herirle. Sabedor de ello el adelantado Fajardo, arrojó el acicate á su caballo, y marchó al lugar de la contienda con lanza en ristre; ordenó á los suyos que se retiraran y acometió al alavés. Este le recibió prevenido, pero no pudo evitar el golpe que su adversario le dirigiera; la lanza le pasó un costado y cayó del caballo corriendo un raudal de sangre por su herida. Bien hubieran los cristianos cortádole la cabeza, mas el guerrero vencedor lo impidió mandando se le curase custodiándolo como prisionero. En tanto que esto ocurría Abdilbar conociendo que ya nada podia adelantar y que la victoria estaba por los contrarios, poseído de furor y desesperacion abandonó el campo á toda carrera y fué á unirse á los cortos restos que se habian salvado por la fuga. La pérdida de una y otra parte fué considerable.

El caudillo cristiano dispuso que se recogiese el botín que los moros habian abandonado; y con él y los prisioneros marchó á Lorca.

Malique, apesar del mal estado en que lo tenia constituido su peligrosa herida, se opuso á entrar en la ciudad, como no fuese por la puerta principal, mediante á que por sus venas corria sangre real; los soldados le instaron á que obedeciese varias veces; pero negándose á ello el altivo moro, le quitaron la vida á cuchilladas.

Luego que Abdilbar llegó á Granada se presentó á Aben-Osmin, quien irritado por la derrota de su hueste

y sin recordar los buenos servicios que el caudillo le habia prestado anteriormente, le dijo: «puesto que no has querido morir como bueno en la lid, yo quiero que mueras como cobarde en la prision.» Al punto los verdugos le cortaron la cabeza.

Semejante tiranía despertó el odio en sus vasallos, adormecido algun tiempo por sus victorias y por su conducta, sino laudable, ni clemente, á lo menos nivelada aparentemente á la justicia. Este acto criminal le abrió la senda para toda clase de escesos: desplegó una tiranía sin límites, no habiendo mas ley que su voluntad y el alfange. Tal modo de proceder acabó de atraerle la animadversion de la nobleza y del pueblo. Muchos que no podian atemperarse á su duro gobierno huyeron de Granada y fueron á aumentar el numero de los prosélitos del pretendiente en Monte-frio.

Durante esta guerra asoladora, Aben-Hismail habia permanecido neutral, ocupado solo en defender los pocos pueblos que lo reconocian, de las correrias de su primo, quien llegó á considerarlo como un rival insignificante; mas se equivocaba. Aquel príncipe y sus partidarios no habian dejado de trabajar para destituir á Mohamed, y tenian en Granada una inmensa parcialidad.

Luego que tuvieron tregua los desagradables acontecimientos de los reyes cristianos, don Juan II envió á Hismail un poderoso ejército para que emprendiese la lucha contra su primo Aben-Osmín. Las circunstancias eran las mas aporósito por el disgusto general que reinaba en la corte, y Aben-Hismail no quiso desaprovecharlas.

Con sus parciales y la hueste cristiana salió de Monte-frio con direccion á Granada. (Año de 1454.)

Los escuadrones abencerrajes que formaban la vanguardia, llegaron hasta las murallas de la ciudad, provocando á su tirano monarca; lo cual produjo que el pueblo se conmoviese, y los descontentos corriesen á unirse á las banderas de Hismail. Algunas tropas que salieron de la corte atacaron á las del infante, mas fueron rechazadas, y tuvieron que volverse precipitada-

mente á la capital. Este nuevo revés irritó mas y mas á Aben-Osmín, y se propuso acabar á todo trance con su adversario. Para ello mandó que todos los granadinos aptos para tomar las armas, se alistasen bajo pena de muerte.

Esta medida desesperada causó un motin, presagio de su ruina. El Albaicin fué el primero que dió el grito de desobediencia á aquel mandato; y secundado por otros barrios, se hizo general el movimiento en muy corto tiempo. Las turbas se hicieron dueñas de la ciudad, y el rey rodeado de aquellas personas mas comprometidas en favor de su causa, se atrincheró en la Alhambra, temiendo que los sediciosos atentasen contra su vida, al paso que los vivos que prodigaban á Hismail irritaban estraordinariamente su cólera. Sin recursos para vencer á los revoltosos por la fuerza, adoptó el infame monarca un medio horroroso para tomar venganza.

Envió emisarios á los principales motores del movimiento, manifestandoles que estaba pronto á abdicar en su primo; pero que era necesario que subiesen al real sitio todos los que segun costumbre debian hallarse presentes en aquel acto. Los parciales de Hismail creyéndole de buena fé, se dirigieron al palacio, sin creer que se atentaba contra sus personas. En las puertas del real alcázar los esperaban Mohamed y los suyos, quienes los conducian al patio de los leones, para que en una de las habitaciones inmediatas esperasen la ceremonia. No bien pisaban las lozas de aquel malhadado recinto, cuando multitud de verdugos los introducian por la fuerza en la sala que hoy se llama de los abencerrajes. Allí sujetos de pies y manos esperaban la hora fatal, en que los satélites del tirano descargasen la cuchilla sobre su garganta. A poco se presentaron este y los suyos, mandando consumir tan inhumano sacrificio.

Todos fueron degollados, dejando caer sus cabezas en la fuente de alabastro que se halla en medio de la estancia, y sus cuerpos se encontraban hacinados en su pavimento.

Aben-Osmin y los comprometidos salieron de la Alhambra, por una puerta que dá frente á Generalife (1); dirigiéndose á la Alpujarra. (2).



(1) Conocida hoy por puerta de hierro.

(2) Aben-Osmin y sus parciales, despues de su huida, se ocupó del robo en union de otros bandoleros que se le unieron en la sierra, estendiéndose para cometer sus excesos y atrocidades hasta los distritos de Almeria, Gualix y Baza. Aquellos fueron tantos y tanto el estrago que causaron, que por necesidad el rey de Granada tuvo que fijar su atencion en ellos y reprimir la caterva asesina. Destacó tropas que los persiguieron, y viéndose acosados se internaron en el reino de Castilla. Habia ya muerto don Juan II y Enrique IV que le sucedió, les dió abrigo, y depositó en ellos la seguridad de su persona considerándoles como su guardia. Con esta especie de garantia prosiguieron cometiendo abusos á la sombra del mahometano, el cual no se cuidaba de reprenderles su depravada conducta, dejando impunes sus delitos y despreciando á las personas que se presentaban á él en queja. Por último la nobleza formó á el reycargos poderosos sobre esta conducta.

CAPITULO XXVIII.



HISMAIL ABEN-HISMAIL III.

ES PROCLAMADO REY.—TRANQUILIDAD EN LOS ESTADOS MAHOMETANOS.—ROMPEN LOS CASTELLANOS LAS HOSTILIDADES SIN FRUTO ALGUNO.—BAJA ENRIQUE IV SOBRE GRANADA.—MUERTE DE GARCILASO DE LA VEGA.—RINDEN LOS CRISTIANOS A GIMENA.—TREGUA, QUEDANDO ABIERTA LA FRONTERA DE JAEN.—CABALGADA DEL PRINCIPE GRANADINO.—DERROTA DE LOS CRISTIANOS.—EMPRENDE MULEH OTRA CORRERIA EN QUE ES IGUALMENTE DERROTADO.—SE RINDEN GIBRALTA Y ARCHIDONA.—MOTIN EN GRANADA.—TREGUA.—PERIODO DE PROSPERIDAD.—MUERTE DE HISMAIL.

Con la oferta de abdicacion que Aben-Osmin hiciera á los sublevados consiguió templarlos, siguiéndose una tregua durante la ceremonia que debía verificarse. Entre los que subieron á la Alhambra para autorizarla en virtud de la convocatoria, se hallaban muchos abencerrajes, que fueron los que mas cooperaron á fomentar el motin.

Trascurridas algunas horas, el pueblo esperaba impaciente la vuelta de sus caudillos; mas sospechando algunos envolvese traicion el llamamiento del soberano, se dirigieron al régio alcázar para indagar la causa de la tardanza. Empero ¿cual sería su sorpresa é indignacion cuando habiendo penetrado en el palacio vieron hacinados los cuerpos de sus parientes y amigos, y sus cabezas nadando en pura sangre dentro de la taza de alabastro?. Dificil seria pintar el cuadro que en aquellos momentos representóse en el palacio de los reyes. Grupos sedientos de venganza vagaban con los alfanges desnudos por todos los aposentos en busca de los asesinos; voces descompasadas hacian estremecer el suntuoso edificio; pero en vano, aquellos alevosos se hallaban ya bien distantes del teatro de sus crueldades. La noticia circuló prontamente en la poblacion, y el sentimiento fué universal.

Con aviso que Hismail tuvo de este suceso, se presentó en Granada, donde fué recibido con entusiasmo, si bien mezclado con el dolor que causado le habia tan horrendo crimen. Subió á la Alhambra, y fué proclamado rey, aunque con el sentimiento de sentarse en un trono manchado alevosamente con inocente sangre.

Las circunstancias que en estos momentos rodeaban á Hismail, eran por cierto críticas y azarosas. Entraba á gobernar un pueblo poseido de saña y encono contra su primo; un pueblo naturalmente voluble, y un pueblo en fin que clamaba venganza, y anhelaba por que se derramase sangre para saciarla. Además, al nuevo soberano amargaba un torcedor vehemente por la parte indirecta é involuntaria que pudo tener en la catástrofe, mediante á que el movimiento popular tuvo alguna iniciativa de destituir á Aben-Osmin, para adjudicar á Hismail la régia administracion. Sin embargo, este se consideraba inocente; y esta idea era un verdadero lenitivo para calmar su disgusto.

Como quiera que en las convulsiones políticas de esta especie, sea siempre una de las primeras atenciones del poder que se constituye, premiar los servicios hechos en su favor, el rey de Granada no olvidó este de

ber, y se ocupó de él, luego que se restableció el sosiego y la tranquilidad. Agració á sus parciales con destinos y honores; alzó las confiscaciones hechas por su antecesor á las familias de sus amigos y adictos; y por último, concedió pensiones á las huérfanas ó viudas de los que fueron víctimas sacrificadas por el tirano Aben-Osmin. Despues envió embajadores al rey de Castilla con ricos presentes á rendirle en su nombre vasallaje, en agradecimiento de la singular proteccion que le habia dispensado. Don Juan recibió á los enviados con el mayor agrado, y ofreció su amistad á Hismail.

Esta circunstancia produjo al pueblo de Granada tranquilidad, y al monarca el poderse dedicar al fomento de las artes y de la agricultura, así como tambien á emprender obras de utilidad pública, á que su carácter le inclinaba.

Poco tiempo, pues, duró este estado de cosas. La muerte del rey de Castilla ocurrida el 20 de julio de 1454 debia abrir de nuevo la campaña y turbar la paz que disfrutaba el reino mahometano. Así se verificó: Enrique IV, sucesor de Juan II, rompió las hostilidades entrando en la vega de Granada, pero sin consentir á su ejército aceptar escaramuzas, apésar de que á ello era provocado, ni tampoco permitir se hiciese botin ni tala en los campos, condiciones que disgustaron altamente á gefes y soldados; pues privaban á los primeros de medir su valor con el enemigo, y á los segundos hacer buen acopio de despojos. Tal conducta engendró un descontento general, que unido al que produjera el carácter fútil, cobarde y nada firme de don Enrique, dominado siempre por ambiciosos privados, atrajo de nuevo la guerra civil y la anarquía. Tambien los moros en vista de ello cobraron tal atrevimiento y descaro, que repetian con frecuencia sus correrias y causaban los mayores estragos, sin oposicion de ninguna especie.

En tanto que en Castilla y en las fronteras se agitaban las discordias intestinas, el rey de Granada seguia ocupándose en el arreglo de la administracion, y proyectando obras útiles. Entre ellas fué una la de conducir las aguas del rio Darro á las cimas del cerro del Sol

para hacer productible su tierra erial; consiguiendo de este modo no faltase á la capital la subsistencia en los casos tan reiterados de dejar los cristianos asolada la vega.

A la vez que Aben-Hismail se dedicaba asiduamente á esta clase de empresas, su hijo primogénito Abul-Hiscen, joven, valiente, dispuesto y afecto á la guerra, se habia hecho cargo de hostilizar á los cristianos, y defender los dominios de su padre de las correrías de aquellos. Bien puede decirse que las entradas insignificantes que el rey de Castilla habia hecho en la vega de Granada, y en que este nunca aceptaba escaramuza alguna, á que Hiscen le provocaba, habian creado en el joven príncipe cierto ardor, cierta bizarria en la lid, que le hacian sobresaliente. Por el contrario, la timidez é ineptitud de don Enrique le atraian el desprecio y el odio de sus vasallos, sirviendo á la vez á los muzlimes de burla y escarnio.

En este tiempo se reclamaron por Castilla las párias que adeudaba la corte de Granada, la cual espresamente se negó á satisfacerlas. Esto unido á las continuas entradas que los moros hacian en la frontera, escitó en los pocos amigos de Enrique deseos de venganza; y al fin pudieron conseguir de este se abriese una campaña.

Con efecto, en la primavera del año 1456 el rey de Castilla con una numerosa hueste de ginetes y peones entró en la vega de Granada haciendo el mayor estrago.

Aben-Hismail, que rehusaba una batalla de poder á poder, dispuso saliesen algunos escuadrones de caballería ligera, que entretuyesen al ejército con solo escaramuzas, pero sin entrar en un choque formal. Con esta táctica, pues, en que los moros estaban mucho mas diestros que los cristianos, mataron á varios caballeros de nombradía, por lo que Enrique reiteró sus órdenes para que no entrasen los suyos en escaramuzas, y se retiró satisfecho con las talas.

Al año siguiente (1457), repitió otra expedición; mas habiendo salido los campeadores de Granada á impedir

el daño que los cristianos hacian, se trabó una empeñada liza en la cual murió Garcilaso de la vega. Su muerte fué tan sentida de don Enrique, que por vengarla mandó se hiciesen las talas sin escluir cosa alguna. En seguida marchó sobre la villa de Jimena, cuyo castillo se tenia por inespugnable, y tomándolo á viva fuerza, pasó á cuchillo á sus vecinos, y se retiró causando todo el estrago posible.

Este acontecimiento fué fatal para el rey de Granada, y como soberano solícito por el bien de sus vasallos, envió embajadores á Castilla para que ajustasen tregua, ofreciendo pagar doce mil doblas anuales y dar libertad á seiscientos esclavos. Con proposición tan ventajosa se ajustó la paz, dejando abierta la frontera de Jaen. Don Enrique habia nombrado adelantado de ella á don Juan Manrique, conde de Castañeda, y sabiendo los moros lo remiso y codicioso que era este caballero y que sus tropas estaban bastante descontentas dispusieron una algará por aquel punto. El príncipe Abul-Hiscen en persona capitaneaba la hueste, que se componia de dos mil caballos y veinte mil infantes. Dirigióse á Baeza, y destacando cuatrocientos ginetes, que se aproximasen hasta las murallas para hacer una llamada á los cristianos, él con el resto del ejército tomó posiciones de emboscada muy ventajosas para sorprender al enemigo. Así se verificó: el conde de Castañeda, despues que los exploradores le manifestaron que no habia mas fuerza que los cuatrocientos ginetes salió á su encuentro con la caballería é infantería que pudo reunir; mas aquellos hicieron un movimiento de retirada hácia el punto donde estaba el grueso del ejército, consiguiendo de este modo entrasen en la emboscada los cristianos, que los perseguian con ardimiento. El de Manrique, luego que vió la demas fuerza; no pudo menos de sorprenderse, pero no por esto rehusó la batalla; no así los suyos que atemorizados al verse repentinamente acometidos por los granadinos, se desbandaron y huyeron con precipitación.

Esto proporcionó á Hiscen hacer en ellos una matanza horrosa, y prisionero al conde de Castañeda.

cuyo rescate costó despues sesenta mil doblas. (1)
Tan singular desgracia causó gran disgusto á don Enrique, reemplazando al conde en el mando de aquel punto don Miguel Lucas de Iranzu. No dejó tambien de ser sensible á los demas gefes de la frontera, que por no quebrantar la tregua se abstuvieron de tomar las armas para vengar aquella catástrofe; pero Hernando de Narvaez, alcaide de Antequera, mas osado que otros, ó acaso mas ambicioso, decidióse á hacer una cabalgada en la hoya de Málaga, sin considerar que habia de por medio un pacto en que estaba comprometida la palabra de un soberano. La puso en ejecucion con las fuerzas de su mando; corrió toda aquella tierra causando mucho daño, y recogiendo cuantiosa presa, se retiraba, cuando el alcaide de Málaga salió á su encuentro. Se empeñó una reñida accion en el rio Guadalhorce, en que los moros quedaron vencidos y Narvaez marchó victorioso con sus despojos.

En la primavera siguiente se hizo por los cristianos otra algara, dirigida por el rey, que bajó á Jaen, y en union de algunos caballeros entró por Alcajá la Real devastando los campos de Monte-frio, Coloméra, Cardela y otros, regresando á aquella ciudad con mucho botin.

Continuaron las correrias por una y otra parte, haciéndose mutuo daño; pero sin ningun acontecimiento de importancia, hasta que en el año de 1462 el infante Abul-Hiscen, con noticia de que la frontera de Sevilla se encontraba enteramente desamparada, á causa de los partidos en que se hallaba dividida la nobleza de Castilla, reunió con premura un ejército de dos mil quinientos ginetes y quince mil infantes, y encargando á Abdallá, capitan de la caballeria de Guadix y Baza, que con cuatrocientas lanzas entrase en tierra de Ecija, con el objeto de distraer las fuerzas enemigas, él invadió la comarca de Estepa, haciendo grandes talas y apresando

(1) Ninguno de los historiadores que hemos examinado dice, que el obispo de Jaen acompañase al conde, y fuese con él prisionero; habiéndose levantado los muros del Albaicin con el importe de su rescate, como por tradicion se cree en Granada.

considerable número de ganado. Rodrigo Ponce de Leon hijo de don Juan, conde de Arcos, luego que tuvo noticia de esta correria, unido con Luis de Pernia, alcaide de Osuna y del comendador de Cazalla, con seiscientos peones y doscientos sesenta caballos, marcharon en busca de la hueste granadina. Llegaron á darle vista junto al cerro del Madroño, cerca del rio Lleguas, y aunque los cristianos temian entrar en batalla por ser sus fuerzas inferiores, don Rodrigo mandó atacar, y acometieron con denodado valor; los suyos apesar, de su renuencia, le imitaron, y prontamente las haces se vieron mezcladas. Mucho duró la lucha; pero al fin la fortuna se declaró por Ponce de Leon, que quedó victorioso recuperando el botin que el príncipe granadino habia hecho. Este se retiró con pérdida de mil cuatrocientos hombres, y solo ciento ochenta de los cristianos, en cuyos números creemos debe haber alguna equivocacion de parte de las crónicas.

La suerte de Hiscen en esta jornada, fué completamente adversa, pues cuando ya sus escuadrones se habian entregado completamente á la fuga, llegaron al campo el conde de Cabra, Hernando Narvaez y Martín Fernandez de Cordoba, alcaide de los dorceles, los cuales completaron la derrota, haciendo en los fugitivos una mortandad horrorosa. Aquella noche la pasaron los vencedores en Fuente-Piedra, donde el jóven Ponce de Leon se curó de una grave herida que recibió en el brazo. A la mañana siguiente aumentaron la presa con el ganado que los infieles habian retirado del campo de batalla para conservarlo; y que sin duda en la fuga del ejército se desbandó, volviendo al mismo terreno en que pacian. Abdallá fué igualmente derrotado en la campiña de Ecija.

Tal contratiempo causó en Granada un amargo disgusto: tanto mas cuanto que toda la frontera cristiana se aprestaba á la campaña. Don Juan Alonso de Guzman duque de Medina-Sidonia, é hijo de don Enrique conde de Niebla, que como queda dicho, murió ahogado en la costa de Gibraltar, en union con Rodrigo Ponce de Leon, emprendieron la conquista de aquella plaza. Pu-

siéronla cerco, y no siendo suficiente su guarnicion para defenderla, prefirieron una honrosa capitulacion, á que los conquistadores accedieron.

Por el mismo tiempo los gefes de la frontera destruyeron las cosechas en los campos de Aldoyra (Aldeyre) y Calahorra. Don Pedro Giron gran maestre de Calatrava, don Diego Fernandez de Cordoba, conde de Cabra don Fadrique Manrique, comendador de Santiago; Luis de Pernia y otros caballeros con numerosa hueste, pasaron al asedio de Archidona, que duró muchos dias; pero al fin se rindió bajo un tratado convenido con el maestre.

La rendicion de aquellas dos plazas causaron en Granada un movimiento popular contra Hismail. Amotinado el pueblo, vagaba por calles y plazas pidiendo castigo de la desidia del soberano. Este, conociendo cuan critica era su posicion; se atrincheró en la Alhambra, defendida por su leal guardia. Las turbas subieron al alcázar, donde Hismail y algunos caballeros que lo acompañaban pudieron calmar en algun tanto la esfervecencia con alhagüeñas ofertas. Los grupos se retiraron y el rey envió emisarios al de Castilla proponiéndole una entrevista para arreglar tregua. Don Enrique, á quien su cobardia y avaricia le inclinaban mas á la paz con ventajas, que á la guerra, accedió gustoso, ofreciendo bajar á la vega para convenir en las condiciones.

Despues que el monarca castellano terminó las conferencias que con el de Portugal tenia entabladas, pasó á Ecija, y de esta ciudad á Granada: Aben-Hismail, los infantes y los principales caballeros de la corte salieron á recibirlo; y alojado en un magnífico y suntuoso pabellon levantado no lejos de las murallas, permaneció en él un dia y una noche, bajo la salvaguardia de los moros. En este tiempo se ajustó la paz entre ambos soberanos; el de Granada hizo á don Enrique los mayores obsequios, y á los caballeros que lo acompañaban, quienes quedaron prendados de su galanteria y de la de sus cortesanos. Concluido el pacto, el de castilla partió para Jaen, con una gran escolta de caballeros granadinos. (Año de 1463.)

Los efectos de esta paz fueron para Granada de prosperidad y ventura. Se esterminó de raiz el gérmen de discordia civil; la agricultura, las artes y el comercio progresaron de una manera portentosa, y una amistad reciproca entre muzlimes y cristianos abrió las puertas de las plazas mercantiles de ambas coronas, para el mútuo tráfico.

Aben-Hismail, ávido siempre del bien de sus vasallos se ocupó de nuevo en proporcionarles cuantos beneficios le pudo sugerir su celo; mas quebrantada su salud se retiró á Almeria, como clima mas benigno, donde fué recibido por su yerno Cidi Jabie Alnayar con la debida magnificencia. Empero, apesar de aquel temperamento suave, sus dolencias se agravaron, los esfuerzos de los físicos fueron inútiles y bajó á la tumba el 20 de abril de 1465.



CAPÍTULO XXIX.

ALÍ MULEH ABUL-HISCEN, ABEN HISMAIL,
(EL XEQUE, MAYOR.)

SURE AL TRONO.—TRIBUS GRANADINAS.—SE LE REVELA EL
ALCAIDE DE MALAGA.—ES VENCIDO.—CORRERIAS DE LOS
GRANADINOS.—PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL.—DUELO DE
DOS CABALLEROS CRISTIANOS EN GRANADA.—SIGUEN LAS CA-
BALGADAS DE LOS MUSULMANES.—PROYECTOS DE ABDALLA,
HERMANO DE MULEH.—SE HOSTILIZAN.—SU RECONCILIA-
CION.—PAZ EN GRANADA.—SITUACION DE LA CORTE CASTE-
LLANA.—MUERE ENRIQUE IV.—CIENEN LA CORONA ISABEL
Y FERNANDO.—TREGUA.—EMBAJADA.—REPUDIO DE AIXA.
—SE AGITAN LOS PARTIDOS GRANADINOS.—SE DESPOSA MU-
LEH CON ISABEL DE SOLIS.

Vamos, pues, á ocuparnos de la parte mas impor-
tante de la historia de Granada, tanto por el interés
de las escenas que en ella tuvieron lugar en un largo
período, cuanto por que en él sucumbió para siempre
el poder islámico en España. Algunos escritores han re-
ferido los hechos de esta época, ya escatimados de su

verdad histórica, ya envueltos en carácter novelesco,
y ya en fin, amalgamados con acontecimientos, que
poca ó ninguna coherencia tienen con aquellos. Mas
nosotros nos hemos propuesto describirlos tal como son
en sí, sugetándonos para ello á las crónicas, que por
su exactitud histórica y cronológica han disfrutado y
disfrutan de la mayor aceptación.

Alí Muleh Abul-Hiscen subió al trono por muerte de
su padre Hismail, con beneplácito de los xeques de las
tribus, emires, almucadenes, alfaquís y demas caballe-
ros de la nobleza; y entre las mas vivas y espresivas
demostraciones de júbilo de un pueblo entusiasmado
por un alhagüño porvenir. El Muleh, que era de estirpe
abencerrage, habia aprendido muy particularmente
la política de Aben-Hismail, proponiéndose seguirla en
todos sus actos de gobierno; así como tambien habia
estudiado el carácter poco sufrido y voluble de sus vasallos,
cualidades irreparables de la raza islámica, con
el objeto de que los resultados de aquel estudio pudiesen
servirle como de faró en la conducta que debia observar
en su administracion. Magnánimo, prudente y muy afecto á la guerra se habia adiestrado aventajadamente
en este arte, haciendo desde su juventud cabalgadas
en tierra de cristianos, y en las reiteradas é insignificantes
algaras que hiciera Enrique IV en los estados de la corona de Granada.

Como ya hemos dicho, la paz que gozara este reino
en los últimos años de Hismail, y el gran esmero que
este desplegara por el bien y prosperidad de sus subditos
lo habian constituido en el mayor grado de esplendor.
La agricultura, las artes, el comercio, todo, todo
disfrutaba de los buenos efectos que produce una
administracion benéfica y arreglada, como que es la fuente
en que aquellas se saturan y engrandecen.

Las ilustres familias que por el tiempo á que nos referimos
habia en Granada la daban mayor brillo, mayor gloria:
las mas notables eran: *abencerrages, zegries, alhamares, gomeres, venegas, gazules, mazas, abenumarres, llegas, almoradies, alaveces, maliques, alradies, abencerrages, barragis, alfaquies, aliatares, albayaldes, au-*

dalas, almadenes, azarques, hacenes, alarifes, langeres, zulemas, abenhamines, mojarra, sarracinos, almanzores, abedhvares, abidvares y reduanes. Estas tribus, estos linages, eran ricos y cada uno de sus gefes ó caudillos, contaba con un número considerable de caballeros siempre que tenían que valerse de ellos para la guerra ó para otros fines. Los abencerrages y maliques se consideraban como los de mas preponderancia y los mas nobles por cuanto ambos eran de sangre real.

Fueron tranquilos los primeros años de Abul-Hiscen, si tranquila puede llamarse una época en que no hubo campaña de poder á poder, pero que se hicieron algunas algaras en la frontera por cristianos y muzlimos, aunque por estos mas repetidas, á causa de que los caudillos del rey de Castilla tenían sus puntos desatendidos, y olvidadas las hostilidades contra los moros, por hallarse ocupados en la guerra civil que tan encarnadamente seguian.

El primer acontecimiento notable que llamó la atención de Muleh pasado mucho tiempo, lo puso en gran cuidado por las funestas consecuencias que pudo atraerle. Alquizorte, alcaide de Málaga, se habia revelado, anteponiendo ser vasallo de don Enrique de Castilla á serlo de Abul-Hiscen. Era aquel caudillo de gran valia y poder, así como tambien acreditado guerrero. Su negativa á sugetarse al poder de su soberano legítimo, la hizo clara y estensible, tomando las armas para hostilizarlo. Por este tiempo pasó don Enrique á Archidona, con motivo de visitar sus estados de Andalucía, con el objeto de que su presencia quietase los ánimos revoltosos de su aristocracia; en cuya ciudad se personó Alquizorte, pretestando visitarlo, llevándole hermosos caballos africanos enjaezados, armas y otros presentes moriscos de inestimable valor. Fué bien recibido por el monarca castellano; se ofrecieron reciproca amistad, y este su apoyo para que se emancipase del dominio de Granada, mediante á que se reconocia por subdito de Castilla. (Año 1469.)

Hasta este tiempo la oposicion del alcaide á reconocer como soberano á Muleh no habia sido encubierta

ni simulada; este habia mandado algunas fuerzas contra el revelado y se habian principiado las hostilidades, mas contando con la ayuda ofrecida, quiso hecer su emancipacion á todo riesgo. El soberano granadino luego que tuvo conocimiento de la oferta hecha por don Enrique, encargó á su hermano Mohamed Abul-Abdallá *Al-Zagal (valiente)*, tan guerrero como ambicioso, partiese sin demora con la fuerza suficiente á doblar la cerviz á Alquizorte. Mohamed se puso en marcha, y despues de algunos encuentros, siendo inferiores las fuerzas del caudillo insubordinado, quedó vencido, y Abul-Hiscen dió á Abdallá la alcaidia de Málaga por ser una de las principales plazas que sostenian el trono de Granada.

Resentido Muleh de la conducta observada por el rey don Enrique cuando se hallaba en paz, se propuso tomar de ella cruel venganza, haciendo una entrada en sus dominios. Reunió un ejército escogido, y puesto á su cabeza entró por la frontera con tal pujanza y haciendo tal estrago, que los jefes cristianos de ella, no se atrevieron á oponérsele. Bastó decir que sus campeadores penetraron tierra adentro de los reinos de Córdoba y Sevilla; hecho de armas que no habia sido conocido en tiempo de ninguno de sus antecesores. Repartida la hueste en varias divisiones, al mando de caudillos valientes y experimentados en aquella clase de guerra, sembraron tal terror y espanto por todo el territorio, que ni los pueblos, ni los jefes encargados de las plazas se atrevieron á oponérseles, contentándose solo con defenderlas, y sin poder impedir las talas y el estrago que la hueste desbordada hacia por todas partes. Por fin, despues de haber cogido mucho ganado y otras riquezas en los pueblos interiores, que se encontraban indefensos, y un número considerable de cautivos, regresó á Granada, donde recibió de sus vasallos las mas ostensibles pruebas de júbilo por el feliz éxito de su jornada. (Año 1469.)

No estaba aun satisfecha su venganza con la corrección que queda referida. El año siguiente con mayores fuerzas repitió otra por tierras del maestrazgo de Cala-

trava. Tuvo esta expedición el mismo éxito que la anterior: sin hallar oposición alguna taló los campos, cautivó muchos cristianos, y regresó á Granada, donde igualmente fué recibido con entusiasmo.

En una de las algaras que habían hecho los moros por las fronteras, cautivaron una hija del comendador Sancho Gimenez de Solís, alcaide de la Higuera de Martos y de Bedmar. Llámabase Isabel, y estaba dotada de particular belleza. Muleh no había podido resistir á sus atractivos, y se hallaba ciegamente apasionado de ella. Esta pasión, pues, fué la principal enseña de rebelión en la corte de Granada.

Estaba desposado el monarca con Aixa la Horra (*honesta*.) su prima hermana, de quien tenía dos hijos, Mohamed Abul-Abdallá al-Zaquir (*Chico*), conocido también por Zogoy-bi (*desgraciado*), que era el primogénito, y el infante Aben-Alhagete. (1) La Horra, que pertenecía á la estirpe de los zегries, era de condición altiva, orgullosa y de desmedida ambición, si bien estaba dotada de ingenio despejado, prudencia y resolución, sus facciones aunque hermosas, inspiraban desprecio, y alejaban toda simpatía; al paso que su carácter era grave y mesurado.

Con esta reseña, es fácil conocer la sensación que causara en su alma la presencia de Isabel en palacio, y la impresión que su beldad hiciera en el corazón de su galante esposo. Sin embargo, supo reprimir por de pronto su disgusto, y observar muy de cerca la conducta de Muleh, sin que este notase en ella el más mínimo desvío.

También por este tiempo se alimentaba en Granada el germen de la guerra civil; guerra civil, que fraccionando en partidos á los defensores del islam, había de ser causa de que se derramase mucha sangre mahometana, y de que se hundiese para siempre el trono de Granada. La discordia había establecido su sόlio entre

(1) Segun algunos historiadores tenia otro hijo bastardo de una cristiana cautiva.

las dos tribus más predilectas de la corte, entre los zегries y abencerrajes; de continuo atizaba su fuego entre ambos linajes, y ya en diferentes ocasiones habían estado próximos á que las calles de Granada hubiesen sido el teatro en que tuviesen desahogo su recíproca animadversión y su ódio. Las deferencias que el soberano dispensaba á la estirpe abencerraje, su favorita, fué un nuevo motivo para que la enemistad que los zегries profesaban á la tribu rival se hiciese encarnizada, y proyectasen sangrienta venganza, no solo contra ella, sino contra el jefe del estado que la protegía. Para ello pusieron en juego todos los resortes que sugerir puede el encono más reconcentrado. Entre ellos, fué uno el de predisponer á Aixa cautelosamente en favor de sus proyectos, conociendo como conocían su carácter y lo altamente indignada que se hallaba por la conducta de Muleh. A instancia de sus parciales se retiró con su hijo Abdallá al palacio de Darlaroca, situado en el cerro que domina la Alhambra por la parte de oriente. Allí vivía aislada y sin más trato que el de sus deudos los zегries, quienes esperaban tener en ella y en el joven heredero del trono los elementos más apropiados para el logro de sus miras.

Hacia este tiempo habían mediado entre don Alonso de Aguilar señor de Montilla, y don Diego de Córdoba hijo del conde de Cabra, y mariscal de Castilla, ciertas desavenencias. Este fué el agraviado, y para tomar satisfacción, pidió campo al rey don Enrique con el objeto de retar al de Aguilar. Mas habiéndole sido denegado se vino á Granada y Muleh se lo concedió con las garantías que eran correspondientes. Señalado el sitio del palanque en la vega, don Diego de Córdoba envió á don Alonso el cartel de duelo, marcándole día y hora. Mediaron algunas contestaciones entre ambos caballeros; pero al fin aceptó el desafío el ofensor y convino en asistir á la cita, lo cual no pudo verificar porque luego que lo hubo sabido el rey de Castilla, lo mandó arrestar con el objeto de impedir la catástrofe que era consiguiente. El de Córdoba se presentó en el campo á la hora preñijada; y como no hubiese concurrido don

Alonso, despues de puesto el sol, hizo sus protestas ante un rey de armas, segun costumbre y uso de la época, y tomando una tabla donde se hallaba retratado el de Aguilar, la ató á la cola de su caballo, arrastrándola por todo el palanque. Visto esto por un caudillo moro de Granada, que se hallaba unido á don Alonso con vínculos de amistad, y no queriendo dejar impune el ultraje que se le hacia, se ofreció á salir á la demanda, batiéndose con don Diego. Abul-Hiscen tomó muy á mal este acto de caballerismo, por haber asegurado el campo al de Cordoba, mandó prender al moro, y acaso le hubiera costado la vida, si aquel y la reina de Castilla no se interpusieran para que lo perdonase.

Como con las continuas disidencias de los cristianos los muzlimes hacian sus correrias impunemente, el rey de Granada dispuso se repitiesen las algaras, Se reunió un cuerpo numeroso de tropas, que al mando de los principales capitanes se dirigió hacia Alcalá la Real; saqueó y puso fuego á algunas poblaciones; se derramó mucha sangre, y destruyendo cuanto se hallaba en su tránsito, regresaron á Granada con muchos cautivos y cargados de despojos. (Año de 1471.)

Tan repetidas cabalgadas y tan continuos estragos no pudieron menos de extraer á don Enrique de su acostumbrada inaccion, mandando que don Rodrigo Ponce de Leon entrase en territorio enemigo, é hiciera cuanto daño fuese posible. Así lo ejecutó el marqués, internándose hasta Cardela y Montegicar, en los montes de Granada, cuyas fortalezas tomó por fuerza de armas; pero no habiendo podido guarnecerlas cual correspondia, los campeadores de Abul-Hiscen las recobraron muy en breve, siendo victimas la mayor parte de los soldados que las defendian.

Un grave incidente llamó por este tiempo la atencion de Ali Muleh é impidió que los granadinos continuasen esparciendo luto y terror en los pueblos de la frontera. Abdallá su hermano alcaide de Malaga le habia negado la obediencia, declarándose independiente. Este infante ambicioso habia concebido la idea y aun alhagado esperanzas de asaltar el trono de Granada, sin

atender á los vínculos de sangre que lo unian á su soberano y al príncipe heredero. Para ello, pues, le favorecia la circunstancia de hallarse al frente de una plaza que era la primera despues de la corte. Su rebeldia disgustó sobre manera á Muleh, quien sin demora hizo que un ejército al mando de gefes de su confianza, marchase sobre Málaga. Larga y reñida fué por cierto la campaña, porque Mohamed contaba con muchas simpatias y se habia atraído un partido considerable; pero sin embargo, despues de verterse mucha sangre, se vió obligado, no sinceramente, á reconciliarse con Ali, el cual, si bien condescendió á la avenencia porque no se sacrificasen nuevas victimas, y porque le convenia cortar el mal aunque no fuese de raíz, lo miró en lo sucesivo como rival y enemigo suyo.

Durante la contienda de ambos hermanos habian cesado las correrias de los moros en la frontera, disfrutando los dos reinos de tranquilidad en este concepto; pero el de Granada, luego que se terminó la enemistad de Ali y Mohamed como va dicho, disfrutó igualmente en el interior dias sosegados y pacíficos, en que el soberano se dedicó al goce de placeres.

No así Enrique IV. Los síntomas de anarquía se habian arraigado en sus estados, y era muy difícil esterminarlos: mas de un siglo hacia que Castilla experimentaba las mayores calamidades. No terminó la anarquía con la muerte de aquel soberano. Los síntomas de rebelion que se habian arraigado durante su gobierno y los anteriores, no era tan facil estirparlos.

Desde el año de 1368, en que Enrique, conde de Trastamara, é hijo natural de Alonso XI y de Leonor de Guzman, asesinó á su hermano Pedro I y asaltó el trono, se principió una guerra civil, sangrienta y asoladora, que continuó en el reinado de Juan I; de manera que cuando en 1390, Enrique III el enfermo, heredó la corona, encontró sus estados en la situacion mas deplorable. Su quebrantada salud y su temprana muerte le impidieron acaso poner remedio á estos males, que agravados por Juan II, débil y juguete de sus cortesanos, tomaron mayor incremento en tiempo de Enrique IV,

de carácter apocado y servil. Pusilánime é irresoluto, de conducta estragada, y afecto á placeres que la naturaleza le negara, se vió aborrecido y hecho un verdadero maniquí de la ambicion de sus privados. Esto, unido al absoluto abandono que hizo de los negocios públicos, atrajo una nueva guerra civil, cruel y esterminadora entre sus magnates, que con las armas en la mano se disputaban los derechos que no les pertenecian, absorbiendo en sí la estenuada riqueza que á los desgraciados pueblos les quedara. Cuadrillas numerosas de malhechores vagaban descaradamente, cometiendo toda clase de atrocidades. General era, pues, la corrupcion; de dia en dia se aumentaban los vicios y la disolucion; y Enrique, insensible á estos males y entregado á la mas fria indiferencia veia que su reino caminaba á una cierta é inevitable ruina, sin que en su alma se notase el mas mínimo sentimiento. Sus dolencias se fueron agravando notablemente, y el dia 12 de diciembre de 1474 bajó al sepulcro, dejando tras sí una huella de sangre. En los veinte años que durara su poder se sacrificaron en sus aras multitud de victimas, se crearon enconos, enemistades; y lo que es mas, hizo desgraciado á todo un reino, robándole su tranquilidad y su sosiego. Tal fué el estado en que Isabel I recibió la corona de Castilla.

Esta princesa, que se hallaba casada con Fernando de Aragon, era de carácter sumamente dulce y afable; benéfica, magnánima y adornada de particulares dotes intelectuales. Su ascension al trono fué el iris que anunció á los castellanos una era de paz y ventura. En su esposo heredero de Aragon y que ya gozaba del título de rey de Nápoles, se reconocian del mismo modo apreciables dones naturales, pero eclipsados por la ambicion y el fanatismo,

Los primeros años de su reinado se ocuparon estos reyes, á quienes despues se les dió el nombre de Católicos, de esterminar los males de que adolecia la administracion pública; de estirpar cuantos elementos revolucionarios germinaban y de proporcionar á sus pueblos el mayor bien posible; apesar de que á la vez tu-

vieron que atender á la guerra que el rey Alonso V de Portugal les declaró, acaso resentido de que Isabel le hubiese negado su mano, y pretestando defender los derechos de Juana la Beltraneja, su sobrina, apoyado en la cooperacion de algunos grandes, avezados ya á medrar con las revueltas políticas.

Para poder atender con mayor descuido á la pacificacion de sus estados y á la guerra de Portugal, ajustaron una tregua con el rey de Granada, por mediacion de don Diego de Córdoba, el cual pasaba algunas temporadas en la corte de Muleh. Durante aquella, este se ocupó de la conclusion de algunas obras que se hallaban comenzadas en la Alhambra. (Año de 1474.)

Estando para espirar el tiempo convenido en ella, Alí envió á los reyes de Castilla embajadores solicitando prórroga. Aquellos, que se hallaban en Sevilla, los recibieron cortesantemente y accedieron á su pretension con la cualidad de que pagase pãrias, segun habia sido costumbre con sus antecesores. Con esta contestacion regresaron á la corte mahometana los embajadores, acompañados de otros de la de Castilla, con el fin de concertar las bases del tratado y pedir formalmente el tributo. Esta exigencia era en el orgulloso Muleh un motivo poderoso para escitar su furor; pues consideraba como el actó mas humillante de la soberanía, reconocer pãrias, desde que en cierta ocasion, antes de subir al trono, asistió al pago de ellas en Córdoba, donde sufrió muchos desaires y menosprecios de los sobervios castellanos. Sin embargo, guardó todas las formas diplomáticas, y dispuso dar audiencia á los enviados de Castilla, con la magnificencia que correspondia á tales casos. En el suntuoso salon del alcázar régio, destinado para estos actos y otros de su especie, y rodeado de los grandes de su córte, recibió Muleh á los embajadores de Isabel y Fernando. Le hicieron presente su mensaje, que no pudo menos de encolerizarlo, y conmovido y agitado, contestó: «id y decid á vuestros soberanos, que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos; y que en Granada no se labra sino alfanges y hierros de lanza.» Tal fué la respuesta que el

airado monarca dió á la embajada. Los enviados se retiraron admirados y sorprendidos de su altivez. (Año de 1478.)

Esta arrogante contestacion que verdaderamente fué el grito de guerra entre ambos reinos, no pudo menos de indignar á los soberanos de Castilla, que la consideraron como marcado desafío, á que desde luego correspondieran, si las circunstancias que les rodeaban se lo hubieran permitido; por ello pues, y para impedir desastres en los pueblos de la frontera, si los moros rompian las hostilidades, convinieron en que continuase la tregua, reservándose para ocasion mas favorable tomar venganza de aquella resistencia.

Habian trascurrido tres años desde este acontecimiento, durante los cuales, en Granada habian tenido lugar sucesos importantes, que no habian podido menos de tenerla agitada, y aumentar la desunion que reinaba entre las tribus.

Habia resuelto Abul-Hiscen tomar por esposa á la de Solis, y para ello debia preceder el repudio de Aixa. Al efecto, dió comision á uno de sus principales validos para que se presentase á ella y le hiciese saber su resolucion. Como quiera que este agigantado paso pudiera producir una escision entre las tribus rivales, se tomaron antes todas las precauciones convenientes. En el palacio de Generalife, en el de los Alixares y en sus contornos y avenidas, se pusieron vigilantes que observaran, y á cualquier movimiento que notasen, diesen aviso. Con estas medidas, pues, el caudillo encargado de llevar la mision á la reina, marchó á Darlaroca, donde aquella se hallaba rodeada de sus amigos y deudos los zегries. Estos, luego que tuvieron noticia de la llegada del enviado, aunque á punto fijo no podian sospechar cual fuese el objeto del monarca, persuadiéronse sí, de que nunca su encargo seria favorable para su soberana, y por ello la propusieron permanecer á su lado durante la entrevista, con el objeto acaso de empeñar un lance, que precipitara el rompimiento. Aixa que era bastante previsora, no accedió á la oferta, y los mandó retirar. Recibió, en fin, al enviado de Hiscen,

quien le hizo entender se habian roto los lazos conyugales, y que desde luego debia abandonar aquel palacio. Dificil seria pintar la impresion, que orden tan terminante causaria en el sobervio y altivo carácter de la reina; sin embargo, supo reprimirse, y dió al emisario una contestacion en que demostraba no tomar sentimiento por la resolucion de su esposo.

Cuando esto sucedia, ya los zегries habian celebrado juntas secretas en la ciudad, para ponerse de acuerdo con las demas tribus sus aliadas. El xeque de aquel linage, Aben-Comixa, Aben-Alhamar y otros caudillos de gran valia, habian convenido, pues, en estar prevenidos para la primera ocasion ventajosa que se presentase, para lo cual estaban de acuerdo con sus deudos y amigos de dentro y fuera de la córte. Por su parte los abencerrajes, si bien no aprobaban la conducta del rey, no habian dejado tampoco de prevenir á sus prosélitos y formar un gran partido, valiéndose para ello no solo de sus relaciones de amistad y parentesco, sino del poder, de que se encontraban dueños por la privanza de Ali. Por fin, todos estaban prevenidos para una liza sangrienta en la primera alarma, si bien los abencerrajes y gomeres esperanzaban no llegaria el rompimiento, persuadidos de que podrian frustrar los proyectos de sus adversarios.

En tanto que los partidos se agitaban como vá dicho, el soberano de Granada, si bien resuelto á unirse con Isabel de Solis, no dejaba de fluctuar en un piélago de zozobra, luego que dado el primer paso en la carrera de su desgracia, veia aproximarse el momento de consumarla. Y no se crea por esto que su alma hubiese dado entrada al arrepentimiento; nada de eso: cada dia, cada momento mas prendado, mas ciego por la cautiva, no le era dado conocer su yerro; solo si le atormentaban ciertos remordimientos de su conciencia, cierto porvenir infausto, que de continuo tenian á su corazon en un completo desasosiego. Apesar de todo pudo mas el amor que la razon, y se decidió á llevar á cabo su proyecto. La hermosa cautiva, aunque nacida y criada en la religion del nazareno, pertenecia al bello sexo y se encon-

traba rodeada de grandeza y magnificencia desconocida hasta entonces para ella, y que por lo tanto habian ofuscado su juicio, presentándose solo á su vehemente imaginacion el fausto de un trono, sin conocer cuan ásperos y espinosos son los escalones que franquean el paso para asentarse en el régio sólio. Tampoco preveia que tras si dejaba abierta una huella, que despues de regarse con sangre, habia de conducirla á un abismo. Con todo, tuvo sus alternativas, en que fluctuando tambien entre el asentimiento y la negativa á dar la mano á Abul-Hiscen, se encontraba perpleja por cortos instantes, decidiéndose al cabo por la fragilidad del sexo, á acceder á sus pretensiones, ilusionada por la pompa y el brillo de la purpura real.

Por fin Isabel abjuró sus creencias religiosas, tomó el nombre de Fatima, la Zoraya (lucero de la mañana); se desposó con Muleh y vióse sentada en el trono muzlímico de Granada.



CAPITULO XXX.

SITUACION DE AIXA.—FIESTAS.—FATALES RESULTADOS.—
PROYECTOS DEL INFANTE ABDALLA.—TOMAN LOS MOROS A
ZAHARA.—CONSTERNACION EN GRANADA.—CORRERIA DE
ABUL-HISCEN.—TOMA DE ALHAMA POR LOS CRISTIANOS.—
SENTIMIENTO QUE CAUSÓ ESTE SUCESO EN GRANADA.—SALE
EL REY A RECOBRARLA.—SITIO.—HECHO HERÓICO DE HER-
NAN PEREZ DEL PULGAR.—EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA
MARCHA A SOCORRER A LOS SITIADOS.—MULEH LEVANTA EL
SITIO Y SE RETIRA.—ENTRA EL DUQUE EN ALHAMA.

A la manera que el sobervio leon encerrado en férrea jaula eriza la guedeja y se enfurece, y brama y ruge buscando la salida, ávido de venganza; así la repudiada reina, con las manos crispadas, los ojos desencajados, con descompasados pasos y vertiendo injurias contra su infiel esposo, vagaba por los aposentos de Darlaroca, luego que pudo convencerse de la certeza del desposorio de Fatima.

En vano pretenderiamos hacer una pintura fiel de la situacion en que se encontraba la desgraciada soberana. Supeditada en aquellos momentos por las mas vehementes pasiones, se presentaba á su calenturienta imaginacion el estado de humillacion y vergüenza en que

el perjuro Abul-Hiscen la constituyera. El furor, el ódio, la ira, la venganza se habian apoderado de su alma, y en aquellos instantes de desesperacion hubiera sido capaz de provocar un motin en Granada, si sus parciales que la observaban y compadecian no hubieran empleado cuantos recursos son imaginables para templar y suavizar su encono; escogitando con madurez los medios de tomar una satisfaccion de tan marcado desaire.

Grande fué por cierto su disgusto cuando de órden del rey se le hizo saber su repudio; pero nunca creyó llegara el caso de lanzarse en los brazos de otra mujer, á quien cediera su asiento en el trono que le arrebatara, habiendo sido ella el único ídolo de su amor; y he aquí el motivo porque le fué doble mas sensible la noticia de su himeneo; tarde ó nunca las mujeres pierden la esperanza de conseguir aquello que desean. Por fin los lenitivos que sus deudos y amigos aplicaran á su estraviada imaginacion causaron una tregua entre la ofensa y la venganza, entre el desposorio de Abul-Hiscen y la guerra civil.

Este soberano por el contrario, adormecido en el lecho de los placeres y de la voluptuosidad no preveía llegase el dia en que la tormenta que rugiera en lontananza viniese á descargar sobre su cabeza y sobre su reino. Embriagado con las caricias y alhagos de su esposa, solo se ocupaba en complacerla, orgullecido con la posesion de prenda tan inestimable. Para ello, entre otras cosas, dispuso zambras en Generalife, en las que no pudo menos de brillar de la manera mas ostensible la pompa y magnificencia real. Con objeto de presentar á su esposa al pueblo y que cautivara su amor y su cariño, dispuso que en la plaza de Bib-Rambla se hiciesen juegos de sortija y de cañas; los cuales tuvieron un fin funesto, presagio de otros acontecimientos de mayor importancia.

Con la mayor actividad se hicieron todos los preparativos para ellos, y llegado el dia en que debian efectuarse, desde muy temprano poblaba el bello sexo las ventanas y ajimeces de la plaza de Bib-Rambla, donde se habla establecido el palenque. A la hora señalada

Abul-Hiscen y su esposa bajaron de la Alhambra con una numerosa comitiva de damas y caballeros, y ocuparon el lugar que les estaba dispuesto con la mayor ostentacion. La belleza de la reina, su aire gentil, su modesto ademan, no pudieron menos de atraerle las simpatias del pueblo. A poco rato ya se encontraban en la plaza las tribus que debian tomar parte en los juegos, Los abencerrajes, seguidos de otras tres tribus de su partido, vestian marlotas de brocado de plata; y los pendoncillos de las lanzas eran de azul y blanco; los zегries, á quienes asimismo acompañaban otros tres linajes, sus aliados llevaban bordadas medias-lunas en las aljubas y marlotas. Todos montaban soberbios caballos, cuyos arreos eran del mas esquisito gusto.

La rivalidad que mediaba entre ambas tribus era causa de que una y otra anhelase la gloria, para lo cual tomaban en esta clase de simulacros tanto calor, tanto ahinco, y era tal el furor que desplegaben, que mas bien que una fiesta, parecia una verdadera escaramuza. Dióse principio por una carrera en que tomaron parte los dos caudillos principales de abencerrajes y zегries, en que el de aquella tribu obtuvo la victoria, y con ella una completa ovacion de los espectadores. Pasada una tregua, se procedió al juego de la sortija en que por ambos caballeros se corrieron tres lanzas, quedando asimismo el triunfo por el abencerraje. No seria fácil explicar la turbacion y la ira del zегrí, al ver á su adversario favorecido por la suerte segunda vez; empero pudo reprimirse al paso que aquel se solazaba con el general aplauso que resonó por largo tiempo en la plaza. Continuaron despues la corrida otros varios caballeros de ambos bandos, pero durante ella el pueblo no demostró tanta ansiedad ni interés como en la anterior.

Siguióse otra tregua para dar algun respiro á los contendientes, los cuales mudaron caballos y embrazando la adarga en la mano izquierda y el bohordo en la diestra preparáronse para el juego de cañas, esperando con anhelo la señal. Hecha esta, salieron los justadores en fracciones de á ocho, y comenzó la escaramuza con destreza por una y otra parte. El público admiraba la

agilidad con que todos arremetían y se defendían, cuando resonó en el palenque la voz de ¡traición! Esta palabra no sólo alarmó á las tribus beligerantes sino también á los espectadores, quienes al momento desampararon las ventanas y ajimeces, temiendo como era de esperar, se empuñase una liza sangrienta, estando como estaban las tribus tan enemistadas. El caudillo zegrí resentido por las reiteradas victorias obtenidas por su competidor había buscado ocasión de vengarse, dándole un fuerte golpe en el hombro, de que quedó herido. Era de juzgar que los zegríes fuesen prevenidos para este acto, y así lo creyeron los abencerrajes y sus tribus amigas, quienes al instante tomaron las armas y se apercibieron para la lucha. El origen de este acontecimiento estuvo por entonces desapercibido entre el desasosiego y la confusión que por todas partes reinaba; cada cual comentaba el suceso á su antojo, siendo solo lo seguro, y en que todos estaban conformes, que había corrido la sangre de un abencerraje, y que un zegrí le había causado la herida.

Luego que ambas tribus y las de su partido se encontraron armadas, se lanzaron fuera de la plaza, y ocuparon los puntos que creyeron mas convenientes á sus designios. Por fin, como aquel lance desagradable había tenido efecto sin prevencion alguna por parte de los zegríes, segun se creía, y para sus contrarios fuese una sorpresa, para la que estaban igualmente desprevenidos, no fué difícil restablecer la tranquilidad, si bien las úlceras que causaran la enemistad y el odio, quedaron abiertas, y los ánimos predispuestos á romper las hostilidades al primer incidente que las provocase.

El pueblo que conocía aquel odio y los irreconciliables resentimientos que mediaban entre ambas tribus, consideró el triste resultado de las fiestas, como presagio de funestos acontecimientos; sin embargo, disfrutó de la paz que juzgaba muy transitoria, dedicándose á sus tareas ordinarias. Muléh, adormecido con los placeres del amor, pronto olvidó la escena lamentable de Bib-rambla.

Los resultados de estas fiestas quedaron perpetuadas en

romances y cantares, de los cuales copiamos algunos á continuacion, segun los han publicado varios escritores.

ROMANCE.

Para festejar las bodas
de Albo Hacen, rey de Granada,
con la flor del Paraíso,
con la divina Zoraya,
la de los negros cabellos,
la de las luengas pestañas,
que la hermosura y el nombre
robó al lucero del alba,
vasto palenque aperciben
en la magnífica plaza,
que cubre el cercano río
con sus arenas doradas.
Como flores en vergel,
se ven doncellas y damas,
coronando los terrados,
ajimeces y ventanas.
No hay una que no suspire,
presa de amores el alma;
no hay una que no haya dado
divisa, listón ó banda.
Al son de los añafles,
todas al par se levantan,
descolorido el semblante
entre el susto y la esperanza:
á su amor buscan los ojos,

á su amor que mucho tarda,
y á lo lejos le columbran
al entrar en Biba-Rambla:
con alma y vida le siguen
en la fingida batalla;
y si mil veces le pierden,
otras mil veces le hallan,
Entretanto los guerreros
lucen su destreza y gala,
en caballos andaluces
que al viento sacan ventaja:
parten, corren, vuelan, llegan,
tornan, giran, se adelantan,
como veloz remolino
en los desiertos de Arabia:
lazos y nudos enredan,
y con arte los desatan;
y tantos círculos forman
como la lluvia en el agua.
Ya se apiñan y confunden,
haces con haces mezcladas;
ya se comparten en bandos
y se disputan la palma.
El gallardo Albin Hamad
en la carrera la gana,
y haciendo mesura al rey
vuela á los piés de su dama;
hasta el caballo parece
que ufano va con la carga:
la crin inquieto sacude,
la cola pomposo arrastra,
y al llegar frente á la mora
cual por encanto se para:
ambas rodillas en tierra,
la altiva cerviz levanta,
y con ruidosos relinchos
el premio ufano demanda.

Zegries y abencerrages

se aprestan á jugar cañas:
Alá quiera que las fiestas
no terminen en desgracias...
¡Ay de Granada!
Rétanse ambas cuadrillas
con desdeñosas palabras,
con ademan altanero,
con insolentés miradas...
¡Ay de Granada!
Haciendo ostentoso alarde,
fingido combate traban,
en la mano los bohordos,
la mente puesta en las armas...
¡Ay de Granada!
Nubes de frágiles dardos
los rayos del sol empañan;
y el pueblo inocente aplaude,
sin ver su ruina cercana...
¡Ay de Granada!
Para los tiros livianos
fuertes son esas adargas;
mas no para agudos hierros
valen aljubas bordadas....
¡Ay de Granada!
Entre el tropel de ginetes
Alí, zegri, se adelanta
y del odiado rival
ni un punto la vista aparta....
¡Ay de Granada!
A todas partes le sigue,
le acecha al volver la espalda;
y alzándose en los estribos,
rudo golpe le descarga...
¡Ay de Granada!
Vuelve Albin Hamad el rostro
sospecha la accion villana,
aplica al hombro la mano
y en propia sangre la empapa...
¡Ay de Granada!
Traicion! gritó entre rugidos;

traicion! sus parciales claman;
traicion! repitió la gente;
traicion! el eco zumbaba...

¡Ay de Granada!

Despavorido huye el pueblo
de terrados y ventanas;
ciérranse á un tiempo cien puertas
y se estremece la plaza...

¡Ay de Granada!

Entre llantos y lamentos
suenan el rumor de las armas,
y brillan las duras cotas
bajo las mentidas galas...

¡Ay de Granada!

Corren los abencerrajes,
y en la mezquita se amparan,
gritando á la airada turba,
venganza, amigos, venganza...

¡Ay de Granada!

Corren al par los zегries,
y al combate se preparan,
en sed de enemiga sangre
ardiendo labios y entrañas...

¡Ay de Granada!

«Tened, por Alá, tened,
¡os ciega tanto la saña,
que no veis ya del cristiano
las enseñas desplegadas..?»

¡Ay de Granada!

Mirad no llegue algun día
al pié de nuestras murallas,
talando campos y mieses,
quemando templos y casas...

¡Ay de Granada!

Mirad no lloreis ya tarde
esas torres derribadas,
y en vuestra sangre teñidas
del Dauro y Genil las aguas...

¡Ay de Granada!

Las tumbas de vuestros padres

por el infiel profanadas,
vuestras esposas cautivas,
y vuestras hijas esclavas...

¡Ay de Granada!

Esto dijo un alfaquí;
y se encaminó á la Alhambra,
clamando con triste acento
por las calles y las plazas.

¡Ay de Granada!

Cundió confuso el rumor
y los ánimos embarga;
y en la medrosa ciudad
solo esta voz se escuchaba...

¡Ay de Granada!

¡Cuán hermoso el sol radiante
brilla en los cisnes de plata,
que se columpian al viento
sobre las flexibles ramas!
cándidas plumas ostentan
en pecho, cabeza y alas,
como si el céfiro mismo
con su soplo las rizara,
en tanto que de los picos
penden argollas doradas,
con cintas de mil colores
que los del iris retratan....
Mas levántase la gente,
y hasta el aliento les falta,
al mirar que Aben Hamad
á nueva lid se prepara:
la aguda punta requiere,
al aire blande su lanza
y el cuello del alazan
con blanda mano regala.
El vasto circo recorre
con grave ademan y pausa;

y parte luego veloz,
como flecha disparada,
vencido el cuerpo adelante,
la vista en la argolla clava;
Y al punto mismo la cinta
luce en el hierro del asta.
Al par celebran el triunfo
las músicas acordadas;
dá roncós vivas la plebe;
flores arrojan las damas.
No dejó tiempo el zegrí
á que el aplauso durara;
que ya en sus venas sentía
hervir la sangre africana:
rápido cruza el palenque,
la leve sortija ensarta,
y á un paje arroja la cinta
con desdeñosa arrogancia.
Dos veces ambos rivales
de su destreza hacen gala;
y dos veces la fortuna
con sus dones los iguala.
Mas al llegar la tercera,
quiso la suerte contraria
que al golpe de Albin Hamad
argolla y cinta saltara.
Vencido ya le reputan;
un ¡ay! resuena en la plaza:
y la turbada Zeliinda
los ojos confusa baja;
pero el diestro abencerraje
ni se inmuta ni desmaya;
y al vuelo coje la cinta,
antes que al suelo tocara:
tremolándola en los aires
da una vuelta á Biba-Rambla;
y del undoso listón
pendiente lleva mil almas.
Cegó el zegrí por no verlo,
cegó de cólera y rabia,

el rostro mas encendido
que su turbante de grana.
Ni un punto aguardar consiente:
el duro acicate clava;
y con el vientre el corcel
la leve arena levanta.
Derecho vá contra el árbol,
y al pié de su tronco para,
con tal impetu y violencia
que se estremecian las ramas:
Mientras furioso el zegrí
trémulo tiende la lanza,
y sobre el cuello del cisne
la aguda punta resbala...
no fué ni visto ni oído:
cruzar la inmensa distancia,
errar el golpe, y saltar
cual veloz tigré de Hircania.
El suelo retendió al golpe,
cuando traspasó la valla;
y un alarido de espanto
sonó en la anchurosa plaza.

El infante Abdallá, hermano del rey, abrigaba la esperanza de asaltar el trono de Granada, como ya hemos dicho; y veía en el suceso que queda referido un principio muy favorable á sus miras. No obstante, era muy precavido y sagaz, y si bien conocia que la guerra civil le allanaria el paso para la consecucion de sus proyectos rehusaba contribuir ostensiblemente á ella, y si aparecer en circunstancias dadas como mediador entre los partidos; cuya conducta sabia bien, que habia de atraerle el afecto y simpatias del pueblo. Su trato frecuente con las tribus enemistadas, quienes considerándolo imparcial, no desdeñaban revelar sus secretos, le

proporcionaba elementos muy ventajosos para arreglar sus planes; así que de vez en cuando y en circunstancias oportunas, con la mayor cautela lanzaba una chispa eléctrica, que sin ser advertida, encendía mas y mas el fuego que devoraba á los partidos. Tampoco desperdiciaba ocasiones para reanimar el disgusto de Aixa; pues estaba convencido de que esta podía ser el mejor instrumento para el logro de sus miras.

Durante los sucesos que llevamos espuestos, se había disfrutado de paz en los dominios de la corona de Granada; pues la tregua no se había quebrantado por ningún hecho de armas notable. Los reyes de Castilla, habiendo terminado la guerra de Portugal, y reprimido á la nobleza turbulenta, se preparaban para abrir la campaña contra Muleh. Este que no ignoraba los aprestos que se hacían al efecto, deseaba ser el primero que rompiera las hostilidades; y para ello meditó detenidamente una empresa que á la vez que fuese arriesgada, fuese asequible y digna de su poder: tal era la de sorprender á Zahara, cuya alcaidía estaba á cargo de Hernando de Saavedra. Sabedor el rey que la defensa de la plaza se hallaba completamente descuidada, y con muy corta guarnición, al frente de un cuerpo de caballería se puso en marcha precipitadamente sin que ninguno de los caballeros que le acompañaban supiera la dirección de la hueste, ni el objeto del soberano: al fin de la tarde llegó á un barranco, donde mandó hacer alto. Allí permaneció algunas horas, sin que nadie se apercibiese de ellos, hasta que la noche tendió su manto. Nubes negras y tempestuosas derramaban copiosa agua; los vientos desencadenados bramaban por el espacio, y la oscuridad era tan espantosa, que á la verdad parecía que la naturaleza se había cubierto de luto, como presagiando horrores y desastres.

Quando le pareció oportuno, dió orden de marchar, dirigiéndose hácia la villa. Sus habitantes descansaban tranquilos en sus hogares; la guarnición de la fortaleza, confiada en que esta era inespugnable y en la tempestad, se había entregado al sueño descuidadamente; solo las centinelas y escuchas velaban, pero tu-

vieron que buscar abrigo contra la inclemencia del tiempo.

Con el mayor silencio llegó la hueste al pié de la fortaleza; se echaron las escalas á un torreón construido sobre un escarpado tajo, sin que se percibiera el menor rumor. Uno y otro, y otros muchos subieron con precipitación, y sorprendiendo los guardias, se hicieron dueños del castillo, desde donde se lanzaron á la población, derramando sangre impunemente. Los habitantes, atemorizados con tan repentino ataque, huían turbados por las calles, y encontraban la muerte en los filos de las cimitarras: los soldados soñolientos, saliendo al ruido de la alarma, corrían despavoridos á reunirse á los suyos, y en el tránsito grupos de moros caían sobre ellos, haciéndolos víctimas de su furor. La gritería de los vencedores, los lamentos de los vencidos y los silvidos del huracán formaban el mas espantoso contraste. Multitud de ahumadas, esparcidas en los adarves, hicieron conocer á Muleh que los suyos eran dueños de la población y del alcazar. Entonces, con el resto de la hueste se aproximó á las puertas, que ya encontró francas, y penetró en la villa. No siendo su natural cruel ni sanguinario, dió inmediatamente orden para que cesase el estrago, y que todos los habitantes se reuniesen en la plaza, y se custodiasen por una guardia.

Cesó en efecto la matanza, pero no el saqueo, á que los moros se entregaron con la mayor codicia. Los infelices cautivos, sin distincion de estado ni sexo, pasaron el resto de la noche á la intemperie, sin que sus ruegos ni clamores causasen el menor síntoma de compasión. A la madrugada dispuso Abul-Hiscen lo necesario para que se reparase el daño que había sufrido el alcazar, nombró el gefe y la guarnición que había de quedar en su defensa, y con el resto de la hueste, con un inmenso despojo, los cautivos y las banderas cristianas, emprendió la marcha para Granada.

Luego que á esta ciudad llegó la noticia de la toma de Zahara, fué extraordinaria la alegría de todo el vecindario; y al punto se ocuparon de los preparativos de

fiesta para celebrarla. Empero, pronto el regocijo se tornó en disgusto general, luego que vieron entrar escoltados por un destacamento de tropa, á los infelices cautivos estenuados, agoviados de fatiga y cansancio y retratada la muerte en sus semblantes. Grande fué, por cierto, la indignacion de los granadinos al tender la vista sobre aquel cuadro de amargura y desolacion; todos lo consideraban como un acto de impiedad y barbarie. Sin embargo, los xeques, alfaquís y las personas mas principales, bien á su pesar, subieron á la Alhambra á felicitar al soberano por el feliz éxito de su expedicion. Cuando Abul Hiscen oía con placer los discursos que le dirigian sus cortesanos, dándole el parabien por haber dado cima á tan grandioso hecho de armas, una voz de trueno aterró á todos los circunstantes, diciendo: «Las ruinas de este pueblo caerán sobre nuestras cabezas; ojala mienta yo, que el ánimo me dá, que el fin y acabamiento de nuestro señorío en España es ya llegado.» El que lanzó tan funesto pronóstico era el anciano y derviz Macer, quien habiendo observado las señales del cielo, veía en ellas un porvenir triste y desgraciado. Muleh despreció la prediccion del santón; no así los demas que la escucharon, y que conociendo los justos motivos en que fundaba su augurio, quedaron consternados y poseidos de terror. El alfaquí recorrió la ciudad, repitiendo sus palabras una y mil veces entre la multitud: su semblante descompuesto, sus ojos encendidos y su voz espantosa no pudo menos de causar en los habitantes de Granada la mas terrible pavora; y alarmados, maldecian publicamente la temeridad de su soberano. Tales fueron los resultados de la conquista de Zahara, verificada el 6 de Dulcadath en la egira 886. (26 de diciembre de 1481.)

Cuando los reyes de Castilla supieron la toma de Zahara, y el estrago que en ella causaron los moros, se llenaron de dolor y de indignacion: espidieron órdenes á todos los adelantados y alcaldes de la frontera para que observasen la mayor vigilancia, y se dispusiesen para invadir la tierra enemiga. Con este hecho de ar-

mas se habia resentido altamente el amor propio del rey Fernando, que proyectaba ser el primero que quebrantase la tregua, para tener algun desquite de la arrogante respuesta que le dió Abul-Hiscen al reclamarle el tributo; si bien en nuestra inteligencia el soberano de Granada no habia faltado al pacto de paz, si se atiende á las condiciones con que las treguas se ajustaban.

Entrado el año de 1482, creyendo que la fortuna de sus armas seria igual en todas sus empresas, acometió las fortalezas de Castellar y Olvera; pero fueron en vano sus esfuerzos, pues los cristianos que las guarnecian, mas vigilantes que los de Zahara, las defendieron con tal vigor, que convencidos los musulimes de que era imposible su conquista, se retiraron, no dejando de causar mucho estrago en sus campos.

Ya por este tiempo el reino de Castilla habia cobrado alguna calma: Se habian concertado paces con el rey de Portugal; los partidos interiores, por el gran tesón de los reyes, se vieron sofocados; y nuevas leyes, nuevos decretos dieron á la corona parte del esplendor que la correspondia, haciendo notar la gran diferencia que mediaba entre la aristocracia y el trono, entre este y sus vasallos de cualquier condicion que fuesen. En resúmen, los soberanos se encontraban en plena libertad para mandar; á los nobles y demas clases del estado solo les era dado obedecer ciegamente.

Tambien por este tiempo se habia establecido la inquisicion en los dominios de Isabel, cuya institucion, si bien le quitó muchos subditos útiles, produjo á su erario muchos millones, por la ordinaria clausula de confiscacion de bienes que contenian las sentencias de aquel tribunal, creado para difundir el terror.

La toma de Zahara no fué solo sensible á los soberanos, sino á todos los caudillos castellanos; pues ademas de la pérdida de plaza tan importante, veían en ella á la vez un borron estampado en las armas cristianas. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cadiz, á quien habia causado grande sensacion, deseoso de tomar venganza, quiso señalarse el primero con una accion dig-

na de su valor. Al efecto, previno á sus espías, que algunos eran moros renegados, saliesen á explorar la tierra enemiga, y observasen las plazas que por su corta guarnicion, ó por sus inespugnables castillos estuviesen mas descuidadas. A los pocos dias, hallándose el marqués en Marchena, se le presentó uno de sus adalides, manifestándole que la villa de Alhama, apesar de que su alcázar era de los mas fuertes, podria tomarse por asalto, mediante el escaso número de soldados que la guarnecian, y su descuido por hallarse en el centro del reino de Granada.

Ponce de Leon no satisfecho, con la relacion del espía, y para mas asegurarse en empresa tan arriesgada, dispuso que Juan Ortega de Prado, capitan de escaladores y muy práctico en esta clase de servicio, pasase á reconocer la fortaleza, el estado de la guarnicion y cuanto fuese oportuno para proceder con el mayor acierto posible. En efecto, el arrestado Ortega, se puso en camino sin la menor demora á evacuar su cometido. Era de noche cuando el explorador llegó á Alhama; el cielo estaba encapotado, y á merced de las sombras pudo reconocer sin ser visto y con toda precaucion los muros y baluartes, y el terreno sobre que se hallaban construidos; observó la hora en que era costumbre hacer el relevo de la guardia, y los parages mas apropósito para poder echar las escalas. Con todos estos datos regresó á Marchena, y dió cuenta de ellos al marqués, quien inmediatamente los comunicó á don Pedro Enriquez, adelantado de Andalucia, á Sancho de Avila, alcaide de Carmona y á don Diego Merlo, asistente de Sevilla. Conformes todos, y convenidos en el modo de acometer tan árdua empresa, el dia señalado se reunieron en Marchena con sus respectivas huestes, componiendo un cuerpo de tropas de dos mil quinientos caballos y cuatro mil infantes. Con extraordinarias precauciones, guiados por un moro tornadizo, en quien Ponce de Leon tenia mucha confianza, y sin que nadie mas que los caudillos mencionados supiese el objeto de la expedicion, se puso la columna en marcha por Antequera, por ser camino menos transitado,

y dejando á las inmediaciones del rio Yeguas el bagaje, atravesaron los desfiladeros de la sierra Alzerifa (arrecife), caminando solo, despues de anochecido y con el mayor sigilo.

A la media noche del tercer dia de marcha, que era estremadamente tenebrosa, llegó la hueste á un profundo valle, distante media legua de Alhama, en donde el marqués mandó hacer alto, arengó á los soldados, les manifestó el objeto de la expedicion, y ofrecióles entregarla al saqueo si su empresa se coronaba con feliz éxito. Cual seria el efecto que este último estremo de la arenga causara en la soldadesca, es bien fácil de presumir; todos deseaban por momentos dar el asalto para entregarse al pillage, considerando cuan inmenso seria el botin.

Despues de un breve descanso siguió el ejército su rumbo hácia la poblacion con el mayor silencio. Dos horas antes de que amaneciese llegó á sus inmediaciones, donde Ponce de Leon, de acuerdo con los otros caudillos, dispuso que trescientos soldados escogidos, y á su cabeza Ortega de Prado, que llevaba treinta hombres con escalas, se adelantasen para el asalto.

En el castillo se observaba la mayor tranquilidad; todos reposaban, y la oscuridad de la noche protegia la osadia de aquellos intrépidos guerreros, que sin que nada les arredrase, se aproximaron á la muralla, echaron las escalas, y subiendo uno tras otro, pronto se hallaron en las almenas, primero Nuñez de Prado y despues Martin Galindo.

Aunque los vigilantes del alcazar no cesaban de tender la vista por el espacio, las tinieblas no les permitian divisar á dos pasos objeto alguno. Descansaban seguros, cuando el de Prado sorprendió al primer centinela, y poniéndole al pecho un agudo puñal le impuso silencio y dem andóle por el cuerpo de guardia. Aterrorizado el infiel, obedeció, y una puñalada en el corazon lo entregó al sueño de la muerte. Al punto los escaladores se dirigieron al lugar que el centinela indicara, y hallando á los soldados dormidos, fueron degollados sin darles lugar á defenderse. Algunos que

podieron escapar dieron el grito de alarma á la guarnición, la cual, reunida prontamente, presentó una obstinada defensa; pero ya los cristianos se habían hecho dueños de los baluartes.

Las señales que pusieron en ellos, y el estruendo espantoso que causaran los gritos de los combatientes y los ayes de los moribundos, dieron á conocer al marqués de Cadiz que los suyos habían conseguido la sorpresa; entonces, impaciente y lleno de entusiasmo se puso en movimiento hácia la villa al toque de trompetas y atambores. Los escaladores, luego que oyeron los instrumentos bélicos, proyectaron bajar á la plaza para franquear las puertas al ejército; pero no les fué posible; multitud de moros les salieron al paso, y se trabó de nuevo una encarnizada lucha, en la que aquellos, viendo el corto número de enemigos, pretendían acabar con ellos de una vez, para acudir al nuevo peligro que les amenazaba; estos conociendo que sus fuerzas eran inferiores, pelcaban para dar entrada á las huestes del marqués.

Ya los habitantes y los soldados que se encontraban en la villa habían levantado empalizadas, para impedir que los cristianos desde el castillo pasasen á la población; los alcaides de Arcos y Carmona, que fueron los primeros que trataron de penetrar en ella, cuando la aurora se presentaba en el horizonte, cayeron muertos con otros varios en la misma puerta del alcázar. En circunstancias tan apremiantes y previendo el grave apuro en que los de adentro se encontraban, Ponce de Leon y los demas capitanes tuvieron una breve consulta sobre si convendría destruir el castillo y retirarse, mediante á que estando aquel punto á solo siete leguas de Granada, era probable que pronto llegase socorro, ó seguir á todo trance la empresa comenzada: esta última opinion prevaleció. El marqués mandó que se escalase el muro por partes diferentes, con el fin de llamar la atención á los infieles. En efecto, así sucedió; luego que los defensores observaron el asalto general, acudieron á impedirlo, dando de este modo lugar á los cristianos para que abriendo un postigo que

daba al campo, proporcionasen la entrada al ejército.

Cual fieros tigres penetraron en la población; mas los moros hicieron proezas de valor, defendiendo el terreno palmo á palmo. Por ultimo, reconcentrados en la mezquita, sostuvieron aun la lucha, pero al fin se rindieron, quedando muchos de ellos hechos víctimas, y los demas esclavos. Terminada la matanza, se entregó la soldadesca al saqueo, que duró muchas horas; quedando los cristianos por dueños absolutos de la población y del castillo.

Tal fué la conquista de Alhama, á que algunos historiadores han dado el nombre de la batalla tenebrosa; por la cual el estandarte de la Cruz substituyó al de la media-luna en los minaretes de su fortaleza, vengando de este modo la toma de Zahara, y dando á los soberanos de Castilla la posesion de una plaza en el interior de los dominios islámicos, que era la llave de todos los puntos de la costa. (Día 28 de febrero de 1482.)

Desde la conquista de Zahara, Abul-Hiscen solo se ocupó de disfrutar las caricias de Fatima, sin preveer la horrible tormenta que le amenazaba sobre su cabeza y sobre sus pueblos. Despreciando como desprecio el triste vaticinio de Macer, no se volvió á cuidar de la seguridad de sus estados, ni acaso de hacerse correrias por las fronteras, si sus alcaides espontáneamente no las verificaran.

En este estado, pues, llegó á Granada la noticia de la pérdida de Alhama. Cundióse por la población, pero dudóse, mediante su posicion topográfica y hallarse en el riñon del reino: mas luego que se hubo ratificado la certeza, el monarca no pudo menos de sorprenderse conociendo en algun tanto los males que le amagaban, y el pueblo corria desbandado por calles y plazas recordando aquel pronóstico del dervis; de manera que reinaba en la ciudad la mas profunda consternacion.

El primer objeto de Muleh fué restituir la tranquilidad de que veia amenazada, como lo consiguió aunque transitoriamente, haciéndo convocatoria para una guerra santa. Pronto estuvo todo dispuesto y reunido un poderoso ejército, que segun la comun opinion de los

historiadores, se componia de cincuenta mil infantes y tres mil caballos: mandó al rey de Fez un enviado implorando su cooperacion para que sus embarcaciones evitasen cualquier tentativa que los reyes de Castilla intentasen hacer por el mar; nombró á su hermano el Zagal gobernador de Málaga, con espreso mandato de custodiar la costa, y encargando el gobierno interior de la ciudad á su vacio y favorito, se dispuso á marchar al frente del ejército. En efecto, á los cinco dias de rendida Alhama salió de Granada, desplegó el estandarte sagrado, como signo de triunfo, y con marchas apresuradas se dirigió hácia aquella villa, la cual aun no estaba del todo reparada de los daños que tanto en los baluartes cuanto en los muros habia sufrido.

Cual seria la sorpresa que causara á los cristianos ver los campos y cerros que rodean la poblacion cubiertos de un manto de nieve y coronados de enemigos en la madrugada del sexto dia de su victoria, es fácil presumir. Los almogavares recorrían en todas direcciones el terreno, despues de haber ocupado buenas posiciones en las orillas del rio, para en caso necesario cortar las aguas á la poblacion. En breve tiempo estuvo establecido el sitio, y tomadas todas las disposiciones que el monarca y sus caudillos creyeron convenientes, en la persuasion de que tarde ó temprano tendria que rendirse ante tan formidable asedio; siendo la única ventaja en favor de los sitiados la de que por la premura con que la hueste mahometana se habia puesto en marcha, y la aspereza del camino no les permitiera llevar artilleria ni otras máquinas de guerra para expugnar los muros. Estos, apesar de los reparos que los cristianos les habian hecho en el corto tiempo que se hallaban dentro de la plaza, no tenian la seguridad necesaria por algunos puntos, y el marqués de Cadiz dispuso que se reforzasen lo mejor posible. Tambien eran escasas las provisiones, no habiendo tenido aun lugar para abastecerla; todo lo cual, unido á que siendo corto el número de guerreros para defenderla, tenian que vigilar noche y dia sin poderse entregar al descanso, los constituía en la posicion mas critica que puede darse.

Las tentativas de los infieles para el asalto eran continuas y á todas horas; pero el valor de sus defensores era heróico ó mas bien desesperado; de manera que aquellos en las embestidas que dieron para tomar la plaza á viva fuerza, sufrieron una baja considerable en el ejército; por lo que Mulch suspendió este género de asedio, contentándose solo con estrechar el sitio, de modo que no les entrasen viveres, para que se vieran obligados á rendirse por hambre, y dirigir las aguas del rio por otro punto, mediante á que la poblacion carecia de fuentes, algives y de cualquiera otro depósito que les suministrara la precisa para el consumo.

Apesar de que no podia ser mas grave el conflicto, no decayó el valor de aquellos valientes defensores; por el contrario, cada dia desplegaban mayor vigilancia, si bien siempre con la esperanza de que los reyes habian de mandarles algun socorro, luego que les llegase la noticia de su conquista. Ponce de Leon con su natural serenidad acudia á todas partes, exhortaba á los soldados, y por lo regular se encontraba en los puntos de mayor peligro. Sin embargo, los dias trascurrían sin que llegase auxilio alguno; el cansancio era estraordinario; el hambre ya les acosaba, y cada vez que salían á proveerse de agua, se empeñaba una escaramuza, en la cual no podían menos de sufrir pérdida, que era tanto mas sensible, cuanto era corto el número que habia para la custodia de la poblacion y defensa de las murallas y del castillo.

Los moros continuaban en su proyecto de sacar al rio de madre, echándolo por otro punto para dificultar mas y mas el abasto de los sitiados. Estos que conocian su idea, dispusieron una salida, en la que, si bien consiguieron inutilizar los trabajos, sufrieron una gran pérdida de muertos y heridos.

Cuando las circunstancias principiaron á apremiar, Hernan Perez del Pulgar, de familia noble pero pobre, y que hasta entonces no se habia dado á conocer por su valor y hechos de armas, se presentó al marqués de Cadiz, ofreciéndose á salir de la plaza en busca de socorro. Ponce de Leon que ya habia experimentado su

arrojo, aunque conocia lo arriesgado de la empresa, convino en la propuesta, y el joven se previno para ponerla en ejecucion. Luego que medió la noche y juzgó que el ejército agareno se hallaria entregado al descanso, se descolgó solo por el punto de la muralla que creyó estar menos observado, y atravesando el campamento, protegido únicamente por su buena estrella, y sin tropiezo alguno que lo detuviera, tomó el camino de Antequera: cuando se hubo visto fuera de peligro dió gracias al Todo-poderoso, dudando él mismo que tan buen éxito hubiera coronado su proyecto.

Llegado que hubo á Antequera espuso la situacion crítica de los conquistadores de Alhama, y que si no se socorria, serian indefectiblemente víctimas de la hambre y del furor sarraceno. Sus palabras escitaron el mayor entusiasmo en los guerreros que lo escucharon, y muchos se prestaron á contribuir á la salvacion de sus compatriotas. Dispuestas las acemilas que debian conducir los víveres, pusieron en marcha escoltados por un número corto, pero escogido de ginetes, y una hueste de infantería, decidida á arrostrar cuantos peligros se presentasen. Caminaron sin acontecimiento alguno que los entorpeciera, hasta que trepando las últimas montañas que dan vista á los llanos de Cantaril, y viéndolos cubiertos de enemigos, comenzaron á remolinear cual bandada de tórtolas que observa próximo al alcon, dispuesto á lanzarse sobre su presa. Pulgar, luego que notó la indecision de sus camaradas, les hechó en rostro su cobardía, y empuñando la lanza y picando su caballo, se precipitó á carrera tendida hácia Alhama, briendo á cuantos de sus compañeros trataron de obstruirle el paso. Con este ejemplo escitó su valor, y siguieron sus huellas, cual furioso torrente que todo lo arroja y atropella. De este modo, pues, atravesaron el campamento, y llegaron á la poblacion, sin dar lugar á los moros á tomar las armas, reponiéndose de la sorpresa que les causara tan repentina acometida.

La guarnicion de Alhama quedó asimismo sorprendida, luego que vió dentro de sus muros á su libertador, cuyo hecho de armas no habia tenido hasta entonces

comparacion. El corto resfuerzo de gente y el bastimento que Pulgar introdujera en la plaza causó en los sitiados algun consuelo, aunque bien conocian que no era lo suficiente para librarse de los males que le amenazaban, si no recibian otros auxilios mayores. El marqués de Cadiz en los momentos próximos á su entrada en Alhama, y despues de restablecido el orden escribió varias cartas á diferentes caudillos de Andalucía, haciéndoles presente la gravedad de las circunstancias que debian seguirse á aquel suceso, luego que en Granada se supiese, é imploraba su socorro. No estuvieron aquellos omisos en prestarse á cuanto el marqués les demandaba; pues sin pérdida de tiempo don Alonso de Aguilar y otros caballeros al frente de mil caballos y tres mil infantes se pusieron en camino con direccion á la villa nuevamente conquistada; mas habiendo llegado á dar vista á la plaza, y observando el poderoso ejército que la sitiaba, hicieron alto, y conociendo cuan aventurado seria avanzar hácia ella, empeñando un lance en que la multitud cargaria sobre ellos y serian deshechos sin beneficio alguno para los sitiados, dispusieron retirarse como lo verificaron. Aquellos que desde los adarves habian divisado los escuadrones parados en la altura, cobraron esperanza, y ansiaban ver el movimiento y direccion que tomaban; mas la noche tendió su manto, dejando ilusorios sus deseos: á la mañana siguiente ya habian desaparecido y con ellos aquella esperanza, dejándolos en la mayor consternacion y abatimiento. Muleh, visto el amago hecho por los castellanos y creyendo que su retirada seria falsa, estrechó el sitio, complicando de este modo la desgraciada situacion de los cercados. Sin embargo, el Todo-Poderoso que la observaba desde su trono de gloria, habia ya acudido en su auxilio y pronto experimentarían los benéficos resultados de su imponderable misericordia.

Don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, se encontraba enemistado con Ponce de Leon por antiguos disgustos de familia; ademas, se hallaba en gran manera quejoso por que aquel no hubiese contado con él para la expedicion de Alhama, apesar de su resentimiento.

miento, supuesto que se trataba de una empresa en pró del trono y de la religion. Estos dos objetos tan caros para el duque, pudieron mas en él que la antigua enemistad que mediaba entre ambas casas, luego que tuvo noticia de las críticas circunstancias que rodeaban al marqués de Cadiz y á los suyos. Con la mayor premura hizo por su parte los aprestos de campaña; invitó á don Rodrigo Giron, maestre de Calatrava; á don Diego Pacheco, marqués de Villena, al conde de Cabra, y á don Alonso de Aguilar; á don Gonzalo Fernandez de Cordoba y á otros caudillos y capitanes de la frontera. Todos estuvieron prontos al llamamiento, y reunido en breve tiempo un ejército de cinco mil caballos y cuarenta mil infantes, se puso en marcha, habiendo sacado el duque el estandarte de Sevilla.

A este tiempo ya habian recibido los reyes Fernando é Isabel que se hallaban en Medina del Campo (1), la noticia de la toma de Alhama por el marqués de Cadiz y previendo el grave apuro en que por fuerza debería hallarse la hueste conquistadora, despues de aquellos actos religiosos que eran consiguientes, en retribucion de tan alto triunfo, se ocuparon de cuanto creyeron conveniente á su auxilio poniéndose el rey en camino para Andalucía aquella misma tarde, y quedando Isabel encargada de proveer tropas y viveres que inmediatamente fuesen á reunirse con el soberano.

Con precipitadas marchas se dirigia el duque hácia Alhama; su aproximacion llegó á noticia de Abul-Hiscen; mas como quiera que le ponderase el número de soldados de que se componia el ejército, no considerando el suyo suficiente para empeñar una batalla, dispuso la retirada en la madrugada del 29 de marzo, verificándolo con tal precipitacion, que se dejaron en el campamento muchos viveres, y otros pertrechos. Cuando á la mañana siguiente los cristianos desde las murallas y baluartes observaron aquella novedad, no pudieron menos de sorprenderse, creyendo por de pronto les

(1) A mediados de Marzo.

hubiese el enemigo tendido un lazo para sorprenderlos, por lo cual redoblaron mas y mas su vigilancia. Pero pronto salieron de su sorpresa, viendo á la hueste castellana que se acercaba.

Difícil seria pintar el regocijo, la alegría, que se apoderó de aquellos guerreros que tantos sobresaltos, tantas fatigas habian sufrido durante veinte y tres dias de sitio. Jefes y oficiales se precipitaron á abrazar á sus compañeros de armas; jefes y oficiales los apellidaban sus libertadores. El marqués de Cádiz olvidando sus antiguos resentimientos con el de Guzman, y deponiendo éste el ódio que le profesara y que por tantos años habia tenido enemistados, se abrazaron con la mayor cordialidad y se reconciliaron, ofreciéndose reciprocamente fraternidad y buena armonia. Luego que entraron en la poblacion moviése un debate acalorado entre los soldados conquistadores y los auxiliares, que pudo bien acarrear funestos resultados; pero la prudencia y tino de sus jefes consiguieron cortarlo, y restituir la tranquilidad. Quería la soldadesca del duque compartir con la del marqués de Cadiz el botin y despojos que se hallara en la poblacion á su entrada, pretestando para ello los peligros á que se habian espuesto para socorrerlos; mas inteligenciado de ello don Enrique de Guzman declaró que cuanto se hubiese encontrado en la villa pertenecía á los que la habian conquistado y defendido con tanto valor y bizarría; correspondiendo solo á su hueste la gloria de haber acometido tan digna empresa en socorro de los que tantos peligros corrieran.

Luego que tuvieron las tropas algun descanso, dispuso el duque su regreso á Andalucía, dejando en la plaza un buen presidio, al cargo de Diego de Merlo, Martin de Córdoba, y Hernando Carrillo.



CAPITULO XXXI.

SITUACION DE GRANADA DURANTE LA AUSENCIA DEL SOBERANO.—
TRISTE SENSACION QUE CAUSÓ SU VUELTA.—PROYECTA UN
SEGUNDO SITIO Y EL PUEBLO SE TRANQUILIZA.—SE PONE EN
MARCHA.—PONE EL CERCO.—ASALTO INFRUCTUOSO.—MU-
LEH ALZA EL CAMPO Y SE RETIRA.—EL REY FERNANDO EN
ALHAMA.

Como dijimos en el capítulo anterior, Abul-Hiscen consiguió templar la efervescencia que en el pueblo de Granada causara la noticia de la toma de Alhama por los cristianos, haciendo la convocatoria para una guerra santa, y poniéndose él á la cabeza del ejército que marchaba sobre aquella villa, decidido á no volver á la corte sin haberla rendido.

Durante los dias de su ausencia, si bien los partidos se habian presentado hostiles, no habia ocurrido ningun lance lamentable. Aixa que tenia fija su vista en el trono de Granada y en la ruina de Abul-Hiscen, habia aprovechado su ausencia de la corte para desprestigiarlo y adquirir mayor número de prosélitos. Los zegríes por su parte, ya por las instigaciones de aquella, ya

por el deseo de vencer y destruir á sus rivales, tampoco perdonaron medio alguno de atraer á su favor el populacho, que descontentadizo naturalmente, en aquellas circunstancias lo estaba mas, por el desagradable suceso de Alhama; pero apesar de ello se hallaba á la expectativa, y esperando los resultados de la expedicion de Muleh. Los abencerrajes que observaban de cerca cuanto ocurría en la ciudad, y estaban al aléance de los proyectos de la reina destronada y de sus parientes y amigos, veían inevitable el rompimiento y se encontraban prevenidos á todas horas para una lid sangrienta. En fin, la tea de la discordia amortiguada por algun tiempo, estaba próxima á encenderse de nuevo, y abrasar con su fuego el poder de la media-luna en España.

La vuelta del rey sin utilidad ni gloria, cuando se esperaba coronado de triunfos, habiendo recuperado la joya perdida, causó gran sensacion en todos generalmente, tanto porque conocian la importancia de aquella plaza, cuanto porque el triste efecto de la expedicion habia de agitar los ánimos, predispuestos ya á lanzarse á la lucha. Pero el sagaz monarca, viendo la situacion en que se hallaba el pueblo, la mala acogida que habia tenido á su llegada, pues solo sus amigos y las autoridades subieron á visitarlo á la Alhambra; é impuesto por su wacir favorito de cuanto habia ocurrido en su ausencia, hizo circular por la ciudad la voz de que inmediatamente volvia sobre Alhama, y no regresaría á Granada hasta que la rindiese. Este recurso surtió el efecto que deseaba; pues se restableció la calma, aunque en la apariencia, y los partidos, dispuestos ya á romper las hostilidades se contuvieron, temiendo atraerse la odiosidad del pueblo imparcial si se malograba el recobro de aquella plaza por causa de provocarse un alzamiento en la capital.

En efecto, Muleh volvió nuevamente contra Alhama con mayor ejército, habiendo dispuesto que al mismo tiempo los alcaides de la frontera hiciesen algaras en tierra de cristianos con el objeto de llamarles la atencion por todos puntos. Fácil será conocer la desesperacion de su alma al abandonar á Granada, convencido

como estaba de que en ella se preparaba un profundo abismo para sepultarle; cuando en ella dejaba á su esposa, próxima al cráter del mas horroroso volcan, y en fin, cuando conocia que del bueno ó mal resultado de la empresa que iba á acometer, pendia su corona ó su ruina.

Sin dar descanso al ejército se dirigió á Alhama, de manera que sorprendió á los cristianos su súbita presencia; pues aun cuando estos tenian la noticia de que intentaba un segundo sitio, no creian que fuese tan pronto, y cuando menos lo esperaban. Así que, no tuvieron tiempo mas que para hacer aquellos reparos mas precisos y prepararse á la defensa. Multitud de partidas de almogavares que precedian á la hueste asolaban los campos inmediatos á la villa, y destruian cuanto en ellos encontraban: cuando el centro de la luz mediaba en su carrera, ya se veia asentado el campo; las tiendas de campaña al frente de los muros, y en ellas el pendon de la media-luna, batido por el viento. Ocuparon cuantos puntos creyeron conducentes y establecieron tan estrecho cerco, que ninguna esperanza de salvacion quedó á los sitiados. En el resto de aquel dia no hicieron tentativa alguna.

Era ya pasada la media noche: la aurora se acercaba al horizonte, y los cristinos vencidos del sueño y de la continua fatiga se entregaron al descanso, dejando algunas centinelas que vigilasen las operaciones del enemigo. Este, que sin duda esperaba estos momentos de descuido, se lanzó al asalto por la parte del muro que era menos practicable, y que por lo tanto se hallaba mas desatendida. Un súbito estruendo puso en alarma á la guarnicion; acuden hácia aquel punto algunos soldados, y se encuentran la muralla y los adarves cubiertos de infieles, cuyo número se aumentaba progresivamente con los que subian sin temor á la muerte. Los cristianos, aunque sobrecogidos, corren presurosos al sitio del peligro formando con sus pechos un muro mas fuerte aun que el que escalaban. La estrechura del terreno no les permitia á veces hacer uso de las armas, viéndose precisados á luchar brazo á brazo y cuerpo á

cuerpo, arrojándose ávidos dentro de la poblacion. Cuando esto sucedia en la muralla, un número de infieles, que habia conseguido penetrar en la villa, recorria con algazara las calles, creidos tal vez que podrian hacerse dueños de ella, mediante á que la atencion de los cristianos estaba fija en el punto asaltado; mas de improviso cargó sobre ellos parte de los defensores y les hicieron pagar su osadia con la vida. La contienda en el muro continuaba muy encarnizada, y tal vez los granadinos hubieran conseguido su fin, si el denuedo y valor de los sevillanos no los hubiese rechazado una y otra vez con pérdida considerable; hasta que convencidos de que sus esfuerzos eran infructuosos se retiraron, dejando montes de cadáveres. Los que mas se distinguieron en esta jornada fueron Pedro Pineda y Alonso Ponce, naturales de Sevilla, quienes como fuertes robles, y sin perder un palmo de terreno hicieron una horrible matanza.

Continuó el sitio, sin que aconteciese ningun hecho notable, hasta que en la noche del quinto dia desapareció el ejército con el mayor sigilo, tomando la vuelta á Granada. Tan repentino movimiento no pudo menos de sorprender á los defensores de Alhama, ignorando como ignoraban, la causa que lo motivara: pero pronto conocerian que la divina providencia no los habia abandonado.

Despues que se levantó el primer cerco, los reyes de Castilla celebraron en Cordoba un consejo para tratar de lo que debia hacerse respecto á la nueva plaza conquistada; hubo diferentes pareceres, entre los cuales prevalecia el de dismantelarla y dejarla arrasada; mas Isabel se opuso á ello abiertamente, manifestando que era poblacion ganada en su tiempo, y que no permitiera que tal cosa se hiciese; ademas, que debiendo emprenderse muy en breve la conquista de todo el reino, su posicion era importante; concluyendo con encarecer la utilidad de que se conquistasen las plazas inmediatas, de cuyo modo habria entre ellas socorros recíprocos. Aprobado el parecer de la reina, Fernando dictó órdenes para ello, y se puso en camino para Ecija, á la ca-

beza de gruesa hueste, acompañado de la primera nobleza de Castilla y Aragon. Cuando tal sucedia, tuvo noticia de que Muleh se preparaba para asediar segunda vez la fortaleza rendida, y á jornadas precipitadas se dirigió á ella para socorrerla; cuyo movimiento, sabido por el rey de Granada, fué causa de que levantase inmediatamente el cerco y se retirase, esquivando empeñar una batalla campal, por si la suerte en ella no le era propicia.

La llegada del rey Fernando á Alhama causó en su valerosa guarnicion la mas indefinible alegría. En ella dió algun descanso al ejército; reparó los daños que en los sitios habia sufrido; el cardenal de España bendijo las mezquitas; nombró por su alcaide á don Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma. (1) con cuatrocientas lanzas; y despues de dejarla bien abastecida dispuso marchar sobre Loja.



(1) Ascendiente de la actual Emperatriz de Francia Maria Eugenia de Guzman y Portocarrero, cuyos célebres hechos de armas tanto contribuyeron á la definitiva conquista del reino de Granada.

CAPITULO XXXII.

CONSPIRACION EN GRANADA.—ESTALLA LA GUERRA CIVIL.—
ES PROCLAMADO REY ABU-ABDALLA.—MULEH SE RETIRA A
MALAGA.—TALA EN LA VEGA DE GRANADA.—SITIO DE LO-
JA.—ES VENCIDO EL EJERCITO CRISTIANO Y SE RETIRA.—
CABALGADA DE ABUL-HISCEN.—NUEVO SITIO DE ALHAMA.—
ACUDE EL REY FERNANDO.—SE LEVANTA EL ASEPIO.—LOS
MOROS TOMAN A CAÑETE.

No eran vanas las sospechas de Muleh, temiendo que en Granada, durante su ausencia, ocurriesen graves acontecimientos en que peligrara su corona. Aquella dió valor á sus enemigos, que deseosos de venganza y estimulados por Aixa para la consecucion de sus miras, no perdian coyuntura, poniendo en juego sus resortes de amistad y parentesco, para confeccionar un plan que diese un éxito favorable. Así lo consiguieron en tanto que el soberano se encontraba por segunda vez delante de Alhama.

Una entrevista celebrada entre Aixa y el xeque de los zегries decidió de la suerte de Abul-Hiscen y de la del trono de Granada. Autorizado aquel caudillo por su tribu y por las demas con ella confederadas en una junta celebrada secretamente, se hallaba á su alvedrio y

al de la resentida reina, no solo su propio porvenir, sino el de todo el reino. En vano pretendióse por algunos caballeros respetables y experimentados trazar con los mas vivos colores el funesto cuadro de la guerra civil; en vano la prudencia, la razon y aun el interés comun trataron de interponerse entre aquella y la union general para sostener el sólio y defenderle del Leon castellano que tan de cerca le amenazaba; en vano la resena de los males que la division de partidos trae consigo á los pueblos; todo fué inútil; venganza y esterminio fueron las enseñas que se alzaron por la mayoría de los concurrentes á aquella gran junta, presidida seguramente por el ódio y la ambicion.

De la conferencia que el xeque de los zегries tuvo con Aixa, resultó que debia proclamarse á todo trance rey de Granada á su hijo Abul-Abdallá el *Zaguir* quedando por consiguiente destronado Muleh su padre, lo cual debia verificarse en la ausencia de este: mas como quiera que para dar libertad á aquel príncipe fuese necesaria la mayor precaucion y reserva, dispusieron valerse para ello de corto numero de parciales, pero de acendrada adhesion á su persona y á la de la reina. Con efecto, hecha una escala de los almaizares y alfaremes de sus damas (1) y afianzada á la columna de un ajimez, por ella consiguieron salvar al príncipe á la media noche y llevarlo consigo como principal agente de sus siniestros planes.

Conducido á la alcazaba, se estableció una pequeña corte en el palacio de los antiguos soberanos (2), compuesta de Abu-Abdallá como monarca, de su madre y todos los xeques y caudillos mas notables de las tribus iniciadas en la conjuracion. Allí se proclamó rey de Granada, con las formalidades de costumbre; allí se juró venganza, y allí por último, se convinieron los agitados pasos que debian darse en la carrera de la discordia civil, como precedente de la ruina del trono. El

(1) Varios historiadores están conformes con este hecho.

(2) Palacio de Aben-Habuz ó casa del Gallo; hoy fábrica de lona.

resto de la noche se ocupó en los preparativos y prevenciones necesarias para dar á conocer sin demora al nuevo rey en aquella fortaleza y demas barrios de la ciudad.

En tanto que así trabajaba el partido de Aixa, el wacir de Abul-Hiscen que proveía un porvenir sangriento aunque no tan próximo como estaba, habia tomado aquellas medidas de precaucion que juzgó oportunas para sostener la tranquilidad pública, en el caso que se alterase, si el soberano levantaba el sitio de Alhama sin conseguir su rendicion.

Antes que el sol comenzara á dorar los almaizares de las mezquitas de la alcazaba, ondeaba en la puerta Monaita un pendon real, indicando la proclamacion del nuevo rey y convocando al pueblo á tomar las armas. Los soldados, los vecinos de aquel barrio dieron principio al movimiento con vivas y aclamaciones, que pronto se comunicó al del Albaicin. Partidas de almogavares salieron de la ciudad á explorar sus avenidas; y algunos alguzares se extendieron por Bib-Rambra y otros puntos con el fin de observar el espíritu público en aquella parte de la poblacion. A los zenetes se les encomendó el aposeionarse de la puerta de Elvira y otras principales; lo cual cumplieron con la mayor osadia, estendiendo sus avanzadas desde aquella en contorno del muro, hasta la de Almastan. A la señal convenida grupos de los mismos alguzares zenetes se derramaron por todos los demas barrios de la poblacion, poniendo en alarma á cuantos ignoraban la causa del motin. Los zегries y sus parciales habian ocupado posiciones ventajosas, esperando á sus rivales para comenzar la lucha; mas estos la rehusaban porque hallándose con Muleh la mayor parte de su tribu y las demas de su partido, eran solo un corto número los que habian quedado en Granada. Como este alzamiento les cogiera tan de sorpresa, y considerando que en la Alhambra se hallaria el wacir su caudillo, diseminados se dirigian á ella: pero en el camino eran acometidos y muertos ó prisioneros; de manera que muy pocos fueron los que pudieron llegar al régio alcazar.

Luego que el wacir notó la efervescencia que había en la población, mandó cerrar las puertas de la Alhambra, encargó su custodia á caudillos de su confianza, y con una pequeña escolta de ginetes bajó á la ciudad, decidido á arrostrar los peligros que eran consiguientes. Pronto encontró á los parciales del nuevo rey, y se trabó una sangrienta lucha, en la que entre otros fué mal herido el wacir, de cuyas resultas murió á poco. Los suyos tuvieron que abandonar el campo, y retirarse á la Alhambra, de donde despues salieron para unirse al ejército del soberano legitimo. Este acontecimiento sobrecogió, como es de presumir, á Abul-Hiscen, que ya habia levantado el segundo sitio de Alhama, segun queda dicho en el capítulo anterior; pero, bien por no tener confianza en la hueste que le acompañaba, ó bien por evjtar nuevos desastres en la córte, adoptó la prudente resolucion de retirarse á Málaga, que aun se conservaba á su favor.

Cuando el rey Fernando salió de Alhama, dirigió su marcha por la vega de Granada, en la que hizo una completa tala, y destruyó cuantas torres y casas de campo se hallaban en el tránsito. Llegado que hubo á Loja, despreciando consejos de caudillos experimentados, estableció el campo en punto de poca defensa, y cuya esposicion era inminente, como aquellos le habian demostrado; pero el soberano, árbitro en su opinion, insistió en que debian permanecer en el sitio designado, y encargó la vigilancia exterior á varios capitanes de conocido valor. Desde el momento que el ejército cristiano llegó á vista de la ciudad, fueron continuas las acometidas de los sitiados, haciendo repentinas salidas, sin que en ninguna ocurriese ningun lance de importancia, quedando por lo regular victoriosas las armas castellanas. Este favor de la suerte hizo que se confiaran, y que descuidasen en algun tanto aquella vigilancia que se les habia recomendado.

Allatar, de edad avanzada, pero que los años no habian podido disminuir en él el valor y bizarría que desplegara en su juventud, era el alcaide á quien estaba encargada la defensa de la fortaleza y la población. No

le era desconocida la confianza del enemigo, y en el silencio de la noche, con la fuerza disponible de caballería, verificó una salida con el fin de sorprender al ejército sitiador. Dividida en dos columnas y al frente de una de ellas, se dirigió en derecha al real cristiano, en tanto que la otra, dando un rodeo, caía por opuesta parte sobre el mismo. Tal fué la pujanza con que aquel caudillo-embistió á los primeros cuerpos avanzados, que no pudiendo resistirlo se pusieron en precipitada fuga, apesar de los esfuerzos de sus jefes para contenerlos. Con este motivo pronto se hizo la alarma general, y tambien la lucha, pero como á todos les cogiese de improviso, se siguió, como era consiguiente, el desórden, despreciando la voz de los capitanes, y aun del mismo rey Fernando, que colérico y desesperado se lanzó sobre los infieles, cual rayo desprendido de tormentosa nube, dando particular ejemplo á sus soldados. Grande era el peligro en que se encontraba el ejército; pero lo fué mayor cuando acometió de improviso la otra columna con igual impetu y por el punto que menos se esperaba: se aumentó la confusion, y se vieron envueltos los cristianos. Aun continuaba el monarca en lo mas intrincado de la refriega, viéndose rodeado de un peloton de infieles y en el mayor conflicto, del cual acaso no se hubiera salvado, si el marqués de Cádiz y otros caballeros no acudieran oportunamente, abriéndose paso por entre la muchedumbre, y poniéndola en dispersion con el mas denodado valor.

Por fin se tocó la retirada, que principió á hacerse, no sin grandes dificultades, pues para ella fué necesario en lo posible rehacer las huestes, y marchando con poco órden por terreno escabroso, hubiera acaso sufrido el ejército una completa derrota, si el valeroso marqués no la protegiera con sus lanzas, y contuviese los ataques repetidos de los moros. Siete leguas caminaron de este modo sin el menor descanso y llenos de fatiga, despues de una pérdida considerable, y de haber abandonado las estancias, y cuanto habia en los reales. Entre los muertos de esta triste jornada, se contó á Rodrigo Tellez Giron, maestro de Calatrava. En tanto que esto

ocurría al frente de Loja, Abul-Hiscen habia salido de Málaga merodeando y talando los campos de Tarifa; recogió mucho ganado vacuno; pero cuando se retiraba con su presa, los alcaides de Gibraltar y Castellar salieronle al encuentro, y despues de una escaramuza muy sostenida por una y otra parte, pudieron recuperar parte del botin. A este tiempo supo Muleh el cerco de Loja, y tratando de socorrerla se dirigió apresuradamente á Málaga, en donde supo, que aquel se habia levantado, y que el ejército cristiano habia sido deshecho. Tambien el nuevo rey de Granada pensó marchar en su auxilio, mas no lo puso en ejecución, temiendo dejarse la córte en circunstancias en que por su ausencia pudiera haber levantado cabeza el partido de su padre.

Los sucesos referidos dividieron el reino mahometano de tal modo que á Abul-Hiscen obedecian Málaga, Baza y otras ciudades, y su hijo reinaba en Granada, Loja y otras de no menos consideracion.

A fines del año de 1482 los soldados que componian el presidio de Alhama, con noticia que tuvieron de que el rey Xequé volvia á ponerla sitio, trataron de asolarla y retirarse; pero su alcaide Portocarrero, Ruiz de Alarcón y otros capitanes pudieron conseguir apaciguar la soldadesca, y animarlos para el caso de que aquella noticia saliese verdadera. Así sucedió: descosco Muleh de recuperarla volvió con dos mil caballos y numerosa hueste de infanteria; estableció un apretado cerco que puso en gran apuro á los cristianos. Mas el rey Fernando que se hallaba en Córdoba, tuvo noticia de ello, y sin perder tiempo alguno bajó con un buen ejército, hizo levantar el sitio, relevó la guarnicion, cuyo mando encargó á don Luis Osorio, hermano del marqués de Astorga, y dejando provisiones para algunos meses, talando los campos de Granada, y con buena presa de cautivos y ganados regresó á Córdoba.

A tiempo que el ejército cristiano se hallaba en esta expedicion, los moros se apoderaron de Cañete, prendieron fuego á la poblacion, hicieron prisioneros á la mayor parte de sus habitantes, y se retiraron con todo el botin que en ella encontraron.

CAPITULO XXXIII.

DERROTA DE LOS CRISTIANOS EN LOS MONTES DE MALAGA.—BATA-
LLA DE LUCENA.—QUEDA PRISIONERO ABU-ABDALLA.—MULEH
VUELVE A GRANADA Y RECOPRA EL TRONO.

La desgraciada jornada de Loja hizo al rey Fernando mas cáuto y previsor para lo sucesivo. Desde entonces se ocuparon los soberanos de los preparativos para la guerra de Granada, cuya continuacion estaba resuelta hasta que se rindiese. Para ella se perfeccionó en lo posible el ramo de artilleria; se construyeron máquinas de guerra, se crearon los hospitales de campaña; se montó el servicio de postas; se formaron compañías de minadores y pontoneros para flanquear los pasos difíciles y escabrosos; y por último, salieron varias galeras de algunos puntos de Vizcaya, para que vigilasen las costas meridionales, é impidiesen los socorros que pudieran venir de Africa, á donde por los moros de España se habia reclamado auxilio.

Continuaban las cabalgadas de los cristianos de las fronteras y de Alhama en territorio del reino de Granada; los muzlimes las hacian tambien, pero no tan reite-

radas como las de aquellos. Mas queriendo tomar venganza de la derrota de Loja, el marqués de Cadiz, el conde de Cifuentes, don Alonso de Aguilar, el maestro de Santiago, don Pedro Henriquez adelantado de Andalucía, don Garcia Manrique y otros caballeros de gran nombradía dispusieron una algara en la Axarquía ó sea en los montes orientales de Málaga. Para ello reunieron en Antequera unos tres mil caballos y mil infantes, poniéndose en marcha el día 20 de marzo de 1483. En el tiempo á que nos referimos aquel terreno árido y frágoso se hallaba poblado de multitud de alquerías, diseminadas en los parages mas apacibles, y cuya riqueza la constituían pingües cosehas, ganados y seda.

Informados de sus adalides los caudillos que capitaneaban la expedicion de cuanto convenia á su más favorable éxito, ordenaron la hueste en tres divisiones: la vanguardia la mandaba don Alonso de Aguilar y el adelantado de Andalucía; el centro el conde de Cifuentes y el marqués de Cádiz; y la retaguardia el maestro de Santiago, en la cual iba custodiado el bastimento que juzgaron necesario: á la columna precedian aquellos mismos adalides que ya habian explorado la comarca y la conocian. Llegaron á las primeras alquerías, abandonadas ya las mas por sus habitantes, lo llevaron todo á sangre y fuego, cebándose en recojer despojos y cautivos: mas de improviso se vieron cercados por una multitud de infieles que habian acudido presurosos á la señal de ahumadas que inmediatamente pusieron en los puntos culminantes de aquella cadena de montañas. El Zagal, gobernador de Málaga salióles igualmente al encuentro con mucha fuerza, cortándoles el paso por la orilla del mar; de manera que se hallaban en el mayor conflicto, recibiendo el daño que el enemigo les causaba sin serles dado vengarlo. En tan apurado caso se reconcentraron en un profundo valle, creyendo tal vez estar en algun tanto guarecidos; pero se aumentaron los peligros y con ellos su desasosiego y desolacion. La noche habia tendido su manto y opacas nubes cubrian el argentado brillo de los astros: solo se hallaba alumbrada por una mul-

titud de hogueras que en las crestas de los cerros habian encendido los infieles, temerosos acaso de que las tinieblas protegiesen su fuga; todo, todo pronosticaba una terrible catástrofe; la infortunada hueste se encontraba en la mas acerba agonía y amenazada continuamente de la muerte por las enormes piedras que desde la altura le lanzaba el enemigo, y tras ellas, mil y mil que arrastraban en pos al rodar por las faldas de las montañas. En tan angustiosa situacion pasaron aquella noche tenebrosa y sombría, y entre el temor y la esperanza aguardaban que el sol estendiese su luz por el horizonte, para que en algun tanto se calmase su agonía. Luego que la aurora comenzó á alumbrar el espacio el maestro de Santiago dirigió la palabra á los escuadrones para reponer en ellos el valor ya decaído; y diciendo que mas valia morir vengados que como cobardes en aquel estrecho recinto, donde ni aun podian manejar las armas: principió á subir una escabrosa cuesta con la espada en la boca y asiéndose con las manos de las matas y de las rocas que encontraba en el tránsito. Muchos le imitaron; pero su arrojo les costó bien caro: dueños los moros de la cumbre les dirigian sus tiros sin temor de ser ofendidos, y lanzando sobre ellos enormes peñascos, pronto aquella fragosidad se vió cubierta de cadáveres y heridos cuyos lamentos con los gritos de los infieles formaban el mas horroroso contraste. Desde tan aciago día se llamó aquel paraje la *cuesta de la matanza*. La baja de la hueste se calculó en mas de mil y quinientos hombres; entre ellos tres hermanos y dos sobrinos del marqués de Cadiz, muchos comendadores y varios caudillos de nombradía, quedando prisioneros el conde de Cifuentes, don Bernardino Manrique, los alcaides de Moron y Antequera y otros caballeros. El marqués pudo salvarse siguiendo á un guia de su confianza que conocia aquellos desfiladeros; el maestro, don Pedro Henriquez y algunos capitanes lo consiguieron del mismo modo; si bien muchos de los soldados buscaron en el campo un efugio momentáneo; pues encontrados despues por los infieles quedaron muertos ó cautivos. Se perdieron

todas las armas, el fardaje y la mayor parte de los caballos. Tales fueron los tristes resultados de aquella desgraciada jornada.

Luego que circuló la noticia de este infáusto suceso, el sentimiento fué general, y los reyes de Castilla no pudieron menos de consternarse, ya porque en él se había perdido la flor de Andalucía, honra y prez de las armas cristianas, y ya porque destruía en parte sus proyectos ó los retrasaba. Sin embargo, ningun cargo, ninguna reconvenccion hicieron á los jefes que dirigieron la expedicion, contentándose solo con encargar mucha vigilancia á los adelantados de la frontera y alcaldes de los castillos.

En Granada, si bien causó contento el triunfo obtenido por las huestes agarenas, produjo á la vez en el pueblo, de suyo voluble, cierta predisposicion, cierta simpatia hácia Muleh; aun no se había olvidado su cabalgada en los campos de Medina-Sidonia, y criticaba que su hijo se encontrase entregado á la molicie en el alcázar de la Alhambra. La sagaz Aixa que conoció bien pronto el descontento, y previó los graves males que pudieran atraerle, acudió inmediatamente á su remedio. Calculando que el ánimo de los cristianos se hallaria decaido con la anterior desgracia, dispuso, pues, una correria que diese lustre al monarca y á las armas islámicas. Brevemente se hicieron los aprestos, y á mediados de abril salió de Granada la expedicion, compuesta de setecientos ginetes y nueve mil infantes, acaudillados por el mismo monarca, y por Aliatar su suegro. Se dirigieron á la comarca de Aguilár, y despues de haberla talado sin oposicion alguna, marcharon sobre Lucena, presentándose ante sus muros el día 21 del mismo mes. Esta villa era poco fuerte y muy corta su guarnicion; pero el señor de ella, don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, cuyo valor y táctica para la guerra eran estremados, se propuso su defensa, para lo cual dió aviso á su tío el conde de Cabra, del peligro en que se encontraba; repartió la fuerza en los puntos mas espuestos, y los fortificó del mejor modo posible en tan apremiantes cir-

cunstancias. La acometida de los moros fué terrible, pero fueron mas el esfuerzo y valor de los defensores, que despues de causarles una considerable pérdida, les hicieron retirar. El rey de Granada, viendo que le era imposible rendirla, dispuso una tala general en sus campos, de la que se ocuparon inmediatamente sus soldados.

En este estado llegaron á Lucena con mucho sigilo y precaucion el conde de Cabra con trescientos caballos y mil doscientos infantes; y don Alonso de Córdoba, señor de Sueros. Era bien entrada la noche y permanecieron en la villa hasta la madrugada que salieron en seguimiento del enemigo. La empresa era arriesgada con tan corta fuerza; pero el conde de Cabra mas animoso que prudente, estuvo tenaz en ello, apesar de las reflexiones que su sobrino y el de Sueros le hicieron, de modo, que al despuntar el día se pusieron en marcha. Avisado el conde por sus adalides de la proximidad del campo contrario, ordenó sus escuadrones de tal modo, que meramente parecian la vanguardia de un poderoso ejército, y cargando á los moros se empeñó una reñida batalla. Estos que ignoraban el número, anduvieron flojos al principio, pero viendo que los cristianos cejaron al primer ímpetu, cobraron confianza y los acometieron: mas como la retirada fuese falsa y dispuesta por el de Cabra, luego que conoció coyuntura favorable, se lanzó sobre ellos con los demas caballeros, haciendo una mortandad horrorosa. Con tan repentino ataque los infieles comenzaron á remolinar y entró el desorden y la confusion. A este tiempo el alcaide de Luque cayó sobre ellos de improviso con cincuenta caballos é igual número de infantes, cortándoles el punto de retirada; con lo que se aumentó la turbacion y pronto se hallaron envueltos. Aliatar que los veía en deshonrosa fuga, y la matanza que en ellos hacian el conde y los suyos, lleno de cólera y casi despechado quiso detenerlos; pero como no lo consiguiese se lanzó á carrera tendida entre los escuadrones cristianos, donde fué muerto, cubierto de heridas y despues de haber dado pruebas de su valor. Este acontecimiento acabó

de desmayar á los moros, quienes corrieron desalentados, huyendo del acero enemigo. Mas como en su huida fuesen perseguidos en todas direcciones, siguieron su rumbo hasta llegar á un arroyo, que por la creciente de sus aguas les cortó la fuga. Allí, viendo un inminente peligro, trataron de defenderse; pero acometidos por todas partes fueron todos muertos ó prisioneros.

El rey de Granada había quedado solo y desamparado por lo que trató de ocultarse entre la maleza de la ribera del río; mas descubierto por dos cristianos, quiso defenderse; pero conociendo que la lucha era desigual, y que al fin sería muerto, les reveló que era un caballero rico, y que tendrían buen rescate. Entonces lo presentaron al alcaide de los donceles, que dispuso se llevase á Lucena bien custodiado. Los pocos dispersos que pudieron salvar la vida fueron despues hechos cautivos por las tropas que de todos los pueblos comarcanos salieron á recojer despojos con la noticia de la derrota.

Esta y la prision de Abu-Abdallá llegaron á Málaga y á Granada casi al tiempo mismo, y en ambas córtes fue general el luto y el desaliento; solo Abul-Hiscen gozaba de alegría en lo íntimo de su corazón, porque no dejaba de vislumbrar una esperanza de recobrar el perdido trono, vengándose á la vez de Aixa, su repudiada esposa. Para esta fué aquel suceso mas sensible aun que para nadie; pues veía un hijo cautivo entre los cristianos, y en quien fundaba su porvenir; un trono perdido, y sus enemigos que enorgullecidos intentarían la mas cruel venganza. Grande era por cierto el compromiso en que se encontraba, pero su sagacidad pudo en algun tanto poner dique á las desgracias que tan de cerca le amenazaban. Por fin, desbordado el pueblo corria por calles y plazas clamando remedio á tantos males, y manifestando ostensiblemente que la reina madre y sus parciales eran los causantes de ellos. Aquella y estos que tan de cerca veían el peligro, y que el partido de Muleh en corto tiempo había levantado la cabeza, y se encontraba dispuesto á volverle la corona, tuvieron por mas prudente abandonar la Alhambra y retirarse á la

Alcazaba, en cuyo barrio y en el del Albaicin contaba con simpatías. Esta medida previsora, que dió á entender aunque en la apariencia, que desde luego renunciaba el poder, y dejaba el puesto para el que el pueblo eligiese, calmó los ánimos y contuvo catástrofes que indudablemente hubieran sido muy sangrientas.

Muleh, que como hemos dicho, conocía que las circunstancias le eran favorables, no perdió tiempo; y encargando el gobierno de Málaga á su hermano el Zagal, se puso en marcha para Granada. Pasó por Loja, donde fué bien recibido, y siguiendo su camino, se le presentaron varios caballeros, que apresuradamente habían salido de esta ciudad á fin de manifestarle que el pueblo anhelaba su presencia para asentarle en el trono. Con efecto, á su entrada en la ciudad, recibió una completa ovacion, que no pudo menos de causarle la mas extraordinaria alegría.

Respecto á la corte de Castilla y á los demas estados cristianos de España, no es ponderable el júbilo que produgera tan fausta noticia. Fernando é Isabel dieron gracias al Todopoderoso por tan grande triunfo, que en algun tanto cicatrizaba la profunda llaga que causádoles había la derrota de los montes de Málaga.

Por último, los reyes premiaron con profusion al conde de Cabra y al alcaide de los donceles, haciéndoles mercedes de suma importancia.



CAPITULO XXXIV.

SALE A CAMPAÑA EL REY DE CASTILLA.—LIBERTAD DE ABU-
ABDALLA.—VUELVE A GRANADA.—DERROTA DE LOS MOROS.
—SE RECOBRA A ZAHARA.—CONTINUA LA GUERRA CIVIL.—
TALAS EN TERRITORIO DE MALAGA Y GRANADA.

No desconocieron los reyes de Castilla lo favorable que eran las circunstancias para hacer una entrada en los dominios islámicos, con la cual se arredrasen mas y mas los infieles; pues las talas si no les privaban, por lo menos les disminuian los recursos, y conocerian cuán decididos estaban á la total conquista de sus estados.

Despues de proveer una escuadra que vigilase las costas meridionales de nuestra península para evitar cualquier refuerzo que les viniese de Africa, salió de Córdoba el rey cristiano con seis mil ginetes y cuarenta mil infantes (1) y entrando en el reino de Granada por

(1) En el número no estan conformes todas las crónicas; algunos dicen que eran diez mil caballos y treinta mil peones.

Illora y Montefrio asolaron sus campos, quemando y talando cuanto en ellos encontraron. Penetraron en la vega, y como la guarnicion de Tajara, pueblo situado entre Loja y Alhama, dirigiese de continuo sus correrias á tierra de esta última, el rey mandó su asedio y pronto se rindió la villa; mas los soldados y alcaides se retiraron al castillo desde donde hicieron una valerosa defensa: por dos veces se empeñó la lucha para su rendicion, consiguiéndose en la segunda entrar en la fortaleza, que fué arrasada juntamente con la poblacion.

Continuó la tala hasta llegar á Alhama, en donde se relevó el presidio, quedando por alcaide don Inigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla. Tantos desastres obligaron al rey de Granada á pedir una tregua que le fué denegada. Fernando regresó á Córdoba, causando en su tránsito por el territorio enemigo cuanto estrago le era posible, sin encontrar por parte de los moros tenaz oposicion.

En este estado, pues, se trató del destino que debía darse al monarca cautivo. Aixa su madre, de acuerdo con sus parciales, habia hecho propuesta de libertad á los reyes de Castilla prometiéndoles vasallaje perpetuo, doce mil doblas de pãrias anuales, entregar trescientos cautivos cristianos de los que los soberanos eligiesen; y ademas una suma considerable por su rescate. Sobre este punto hubo diferentes pareceres; el maestre de Santiago opinó que no debía admitirse el rescate; otros caballeros con el rey, fueron de parecer contrario, pues seria el mejor medio para que la guerra civil se encendiese mas y mas, y se fueran disminuyendo los recursos con que contaba el trono de Granada, aniquilándose de este modo su poder. Consultando el particular con la reina Isabel, su dictãmen fué conforme con el de su esposo, por lo que, previos los correspondientes tratados, se puso en libertad y regresó á la corte.

Los proyectos de Aixa por de pronto se vieron frustrados; pues en vez de causar entusiasmo la vuelta de su hijo, produjo un descontento general, por la sumision que habia prestado al rey cristiano; de tal manera,

que los pueblos que le habían permanecido fieles se pasaron al partido de su padre, quedando solo á su favor la ciudad de Almería.

Sin embargo, Muleh se encontraba temeroso de otro alzamiento, y no se atrevía á abandonar la corte: empero conociendo cuan preciso era hacer alguna correría por la frontera para acallar las hablillas del pueblo, dispuso que una columna de mil quinientos caballos y cuatro mil infantes, al mando de Bexir gobernador de Málaga, invadiese la campiña de Utrera. En efecto, entraron en ella asolando los campos; pero don Luis Portocarrero les salió al encuentro, empeñándose una sangrienta escaramuza; en la cual, habiendo también acudido el marqués de Cádiz, las armas cristianas obtuvieron una completa victoria, quedando derrotados los moros y cogiéndoles quince estandartes, que fueron remitidos á los reyes de Castilla. Año 1484. (1)

Pocos dias despues el mismo marqués de Cádiz, noticioso de que Zahara tenia corta guarnicion, la tomó estratégicamente, concediendo libertad á los soldados y á sus habitantes.

Estos dos golpes fueron crueles para Abul-Hissen, que encerrado en la Alhambra, no se atrevía á salir fuera de los muros de la ciudad, temiendo que en una de las continuas asonadas que en ella habia, se le cerrasen las puertas, y se viese nuevamente despojado del poder.

Luego que los reyes de Castilla otorgaron la libertad á Abu-Abdallá el Zaquir, se vino á Granada, escoltado por una hueste cristiana, y sigilosamente entró en la Alcazaba: aquellos soberanos dieron al mismo tiempo orden á los adelantados de la frontera para que le diesen el auxilio que creyesen oportuno, con el fin de atizar mas y mas la discordia entre padre é hijo, como único medio de aniquilar el poder de que en aquella época ostentaba el trono granadino.

(1) Por este triunfo la reina Isabel hizo merced de una saya de brocado á la mujer de Portocarrero para que la vistiese todos los años el dia 6 de enero, en memoria de aquella victoria. (Garibay).

Como era consigniente, Aixa con el apoyo de los cristianos no dejó de alentar á sus parciales para que hostilizasen á Muleh, y de este modo las plazas y calles de Granada eran de continuo el teatro de lizas encarnizadas, en que se derramaba la sangre musulmana, sacrificada únicamente á la ambicion y venganza de aquella mujer, implacable en el odio á Abul-Hissen. No dejaba, pues, de encontrar apoyo para sus miras en sus amigos y parientes los zегries, y en las tribus á ellos aliadas, que por la enemistad con los abencerrages, como se ha dicho, á todas horas estaban dispuestos á tomar las armas contra ellos, sin reflexionar que esta conducta abria un profundo abismo, en que aquel trono tan disputado debia hundirse para siempre.

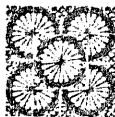
Entre tanto que en Granada los dos reyes se destruian recíprocamente, el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz y don Alonso de Aguilar con seis mil infantes entraron en tierra de Málaga, destrozaron completamente los campos de Coin, Casarabonela y Cártama, y llegando hasta las inmediaciones de aquella ciudad talaron su vega, y sin mas que insignificantes escaramuzas, volvieron á Antequera con considerables despojos, despues de cuarenta dias de espedicion.

Trascurrido corto tiempo, repitió el rey Fernando otra cabalgada por el mismo territorio, rindió á Alora por fuerza de armas, villa en aquel tiempo bastante fuerte, y encargando su tenencia á don Luis Fernandez Portocarrero marchó sobre Casarabonela, donde se empeñó una accion muy reñida, en que murió entre otros caballeros el jóven don Gutierre Fernandez de Sotomayor, conde de Benalcázar; si bien no pudo conseguir se rindiese aquella plaza.

Retirado á Antequera recibió una carta de la reina en que le encarecia la importancia de continuar las algaras en tierra enemiga; aprovechando de este modo la anarquía en que se encontraba la corte y el tiempo hasta la entrada del invierno. En su consecuencia el ejército volvió á ponerse en marcha hácia Granada; taló su vega, sin que de la ciudad saliese fuerza alguna á oponerse; abasteció á Alhama, y nombrando de alcali-

de á don Gutierre de Padilla marchó sobre Setenil, que se le rindió despues de tres dias de asedio.

Con estos nuevos triunfos y aproximándose la estacion lluviosa, se retiró á Sevilla, habiendo prevenido antes al alcaide de aquella villa y á los de Alhama y Alora, prestasen al rey Zaquir de Granada cuanto auxilio necesitase.



CAPITULO XXXV.

CONTINUA LA GUERRA CIVIL.—PROYECTO DEL INFANTE ABDALLA.—ACONTECIMIENTOS DE ALMERIA.—CABALGADA DEL CONDE DE CABRA.—FERNANDO ABRE LA CAMPAÑA.—TOMA DE ALGUNOS PUEBLOS EN LA COMARCA DE MALAGA.—DERROTA DE LOS CRISTIANOS JUNTO A MOCLIN.—VENCE EL ZAGAL A LOS CABALLEROS DE CALATRAVA JUNTO A ALHAMA.

La ciudad de Almeria permanecia fiel al rey Abu-Abdallá, y en ella se hallaba regentándolo su hermano Venahahige; Aixa continuaba manejando el timon de la revolucion, y Granada se encontraba en una continua alarma. El partido de el Zaquir era solo sostenido por sus parciales y los cristianos, apesar de que Muleh cada dia se veia mas imposibilitado de gobernar por su edad y sus achaques; gravitando por consiguiente todo el peso del estado en su wacir. Este, que pertenecia á la esclarecida estirpe abencerrage, no perdonaba medio alguno para sostener en el trono á Hissen, ya por que su adhesion y parenteseo le imponian este deber, ya por que su caída entregaria el poder á Abdallá, y con él á los zegries, con quienes no cabia conciliacion de ninguna especie. No hubiera continua-

do la corona de Granada en las sienes del anciano monarca, si el pueblo indiferente á la enemistad de aquellas dos tribus, aunque de suyo voluble y poco constante, no cobrara al jóven soberano cierta aversión, cierto sentimiento antipático, por la estrecha alianza que habia contraído con los reyes de Castilla. Fiel observador de sus dogmas religiosos, miraba en ella una ostensible transgresion de los principios que profesaba; y así era, que no podia ver con indiferencia que los cristianos derramasen diariamente sangre musulmana, unidos á los defensores del Koran, por solo los resentimientos razonables ó injustos de una mujer, que impulsada por el odio de venganza y de ambicion, arrastraba á un abismo el poder de la media-luna en España, tras aquellas desmedidas pasiones.

Esta situacion se agravaba cada dia por las reiteradas escenas sangrientas que tenian lugar dentro de la córte; el pueblo clamaba contra la guerra civil, y cada dia se veia el trono mas amenazado de su ruina, que poco á poco y con la mayor destreza se iba preparando por sus enemigos comunes, quienes forjaban cautelosamente las cadenas que debian asirlos al carro de la opresion y de la arbitrariedad.

El infante Abdallá el Zagal, hermano de Muleh, de quien ya se ha hablado, tenia fija su vista en el trono de la Alhambra. Hombre diestro y de sagacidad estimada, pero ambicioso y ávido de reinar, habia concebido el pensamiento de usurpar la corona á hermano y sobrino; pero no queria para conseguirlo que se derramase sangre, ni establecer su poder sobre cadáveres; pues la esperiencia y la historia le tenian demostrado que el trono que con sangre se levanta, con sangre se abisma: pretendia si, que la suerte le protegiera por una de aquellas oscilaciones políticas y casuales que del polvo elevan á los hombres al punto culminante del poder. Tambien rehusaba que sus designios se hiciesen públicos, y corriesen de boca en boca; por lo cual, únicamente se habia franqueado con aquellos caudillos de su entera confianza, y si bien se presentaba en la arena de la revolucion con carácter conciliador de los parti-

dos enemistados, atizaba á la vez la discordia entre los mismos, pero de una manera tan hipócrita y sagaz, que nadie podia entrever sus siniestras intenciones.

Prescindiendo de los vínculos de parentesco que le unian á los dos soberanos que se disputaban la unidad del poder, y siendo sus tendencias las de alzarse con él, conocia muy bien que las circunstancias que se atravesaban en Granada eran las mas apropósito para lograr la completa ruina de Muleh, de su hijo y de Aixa. Al efecto, hizo conocer á su hermano los graves males que amenazaban su trono y aun á su propia persona, de tolerar por mas tiempo la emancipacion de Almería, y de que reconociese á su hijo como soberano. Sus razones envueltas con una mezcla de amor fraternal y de perfidia, no pudieron menos de causar en Hissen grande impresion, sin sospechar el objeto á que se dirigian. Creidas de buena fé, convino con el Zagal en la necesidad de cortar el fuego que en ella se alimentaba y de donde pudiera correrse á otras poblaciones importantes; para lo cual le dió amplias facultades, previéndole que á todo trance hiciera un escarmiento, con el objeto de que sus enemigos de una vez doblaran la cerviz ante su trono.

El infante pasó á Málaga, y bien meditada la marcha que debía seguir, se puso de acuerdo con un alfaquí, parient suyo; introdujo sigilosamente armas y soldados en la ciudad, y luego que ya lo tuvo todo dispuesto y prevenidos sus amigos, entró en ella de oculto, permaneciendo así hasta que llegase la hora de dar el golpe fatal. En puntos no muy retirados se hallaba reunida una fuerza considerable, só color de hacer una cabalgada en tierra de cristianos: esta hueste, al mando del alcaide de Baza se aproximó despues á Almería, é intimó la rendicion á su gobernador en nombre del rey xequé de Granada, ofreciendo una general amnistia; y siendo despreciada por aquel, se empeñaron algunas escaramuzas de corta importancia, hasta que una noche se alzó inopinadamente el partido del Zagal, yendo este á su cabeza sorprendió las guardias del alcázar, se hizo dueño de él, dió muerte inhumana á Venahahige su

sobrino y al alcaide, y la poblacion se prestó á rendir homenaje al verdadero rey de Granada. (1)

De esta alevosa escena consiguió el infante dos cosas á su favor; una, que se deshizo de un rival que pudiera contrarrestar sus miras, á la vez que con este hecho humillaba en algun tanto el orgullo de Aixa; la otra, que atrajo á su partido muchos de los del Zaquir, condenándoles el castigo á que se habian hecho acreedores por su rebeldia. Abul-Hissen, luego que su hermano vuelto á Granada, le hizo reseña del suceso, aunque en el fondo de su corazon abrigase algun sentimiento, lo disimuló, porque el Zagal no notase la mas pequeña señal de reprobacion de su conducta. Respecto á Aixa, es fácil inferir la sensacion que causaria acto tan inhumano; pues á la vez que habia perdido un hijo, á quien amaba, habia perdido tambien el apoyo con que contaba en aquella ciudad, y en que se fundaban todas sus esperanzas: maldijo una y mil veces á Mulch, y otras tantas juró por Alá que su venganza seria la mas cruel.

Mientras que los moros sostenian esta guerra de partidos, el conde de Cabra y otros capitanes, al frente de una hueste de caballeria é infanteria, penetraron en la vega de Granada hasta Guéjar, cerca de Sierra Nevada, dejando á Pedro Ruiz de Alarcon con la fuerza necesaria en los vados de Guadal-Genil y desfiladeros peligrosos, con el objeto de que los infieles no pudiesen á su vuelta oponerse al paso. Hicieron una tala completa y con gran presa de ganados y prisioneros, regresaban por la misma vega, cuando de la ciudad salió numerosa caballeria, que cargando á los cristianos, los puso en grave apuro; pero el conde y los demas caballeros que los acaudillaban se esforzaron de tal modo, y tal valor desplegaron, que consiguieron replegarlos dentro

(1) Respecto á la época de este acontecimiento varian los historiadores; así como en algunas de sus circunstancias. Unos lo fijan en 1484, otros en 1485.

de murallas, siguiendo su marcha hasta la frontera con la mayor parte del botin que habian recogido.

Venida la primavera del año de 1485, y al poco tiempo de esta correria, el rey Fernando con buen ejército abrió la campaña, entrando en tierra de Málaga: hizo todo el estrago que pudo, y tomando varias fortalezas y villas, entre ellas Cártama, Churriana y Coin, en cuyo asedio murió Pedro Ruiz de Alarcon, se dirigió á aquella ciudad, de donde el Zagal salió con mil ginetes y bastante infanteria que habia llevado de Granada, y se trabó una escaramuza muy reñida, y en la que igualmente fué muerto don Fernando de Ayala. En seguida el ejército marchó hácia Ronda, que sufrió un sitio muy estrecho; sus torres y muros fueron batidos por la artilleria; y al fin capituló el día 22 de mayo bajo la condicion de salvar vidas y haciendas, religion y costumbres; pudiendo el que quisiere fijar su residencia en los pueblos pertenecientes á los estados de Castilla, ó donde mejor les pareciere. Al día siguiente entró el rey en la ciudad, se bendijeron las mezquitas, se enarbolaron los estandartes de la cruz, de Santiago y el de Castilla; y se nombró alcaide á Antonio de Fonseca. Muchos de sus habitantes no quisieron pasar á Africa ni establecerse en tierra del rey de Granada y prefirieron retirarse á Sevilla y pueblos ya conquistados de la serrania, haciéndose nudejares de los reyes cristianos: Ronda se pobló nuevamente por gente de aquella ciudad y de la de Córdoba. A imitacion de Ronda se entregaron otra porcion de pueblos de la misma comarca, bajo igual estipulacion.

Vuelto el rey á Córdoba, en cuya ciudad se hallaba la reina, dispusieron la reparticion de todo lo conquistado; y habiendo dado al Papa noticia de estas victorias, les concedió hula de Cruzada y subsidió sobre las iglesias, de cien mil florines de la marca de Aragon.

Dado algun descanso al ejército y despues de meditar la nueva empresa que debia acometerse, se puso en movimiento el ejército para Moclin; pero habiendo cai-

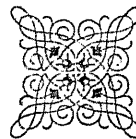
do la vanguardia que mandaba el conde de Cabra en una celada, que el Zagal, rey ya de Granada como se verá despues, le tenía dispuesta, no distante de aquella fortaleza, fué derrotada, herido este caudillo y muerto entre otros muchos su hermano don Gonzalo de Córdoba.

El resto de las tropas que componian la vanguardia y que marchaban á alguna distancia, arremetió á los moros, haciéndolos retirar, y persiguiéndolos un buen tercio de camino. Fernando que supo esta desgracia en la Fuente del Rey distante de aquel punto tres leguas, tomó mucho sentimiento, y mudando de parecer ordenó que se dirigiese la expedicion al territorio de Jaen, donde conquistó á Cambil y otras poblaciones, terminándose la campaña de aquel año con proveher á Alhama de víveres, y reforzar su guarnicion con cuatro mil caballos y cinco mil infantes.

Cuando en Granada se supo al principio de esta campaña que el ejército cristiano se dirigia sobre Málaga, el pueblo previó los males que podrian sobrevenir de la pérdida de aquella plaza, y viendo á Abul-Hissen que adormecido en la Alhambra entre placeres, ciego y extraño absolutamente á los negocios del estado, que de dia en dia se agravaban mas y mas, sin dar disposicion alguna para que Málaga fuese socorrida, tomó la iniciativa de su salvacion, y amotinándose, clamó por que se embiase la fuerza necesaria para su defensa, indicando á la vez al Zagal como caudillo, por su valor y pericia militar. Este, que por convenir á sus planes vivia fuera de la corte, fué llamado á palacio, en donde por el rey su hermano, aunque no muy de su grado, se le encargó el mando de la hueste, y al punto se puso en marcha la expedicion, cuyos resultados dejamos reseñados.

A su regreso á la corte sorprendió en el camino de Alhama, una cabalgada de noventa caballeros de Calatrava que volvía despues de haber corrido la vega de Granada llegando hasta sus mismos muros. Prontamente el mayor número envolvió á los menos, y aunque estos hicieron prodigios de valor, muy pocos ó ninguno se salvaron;

con cuyo triunfo ufano y satisfecho el Zagal prosiguió su marcha para la corte. (1)



(1) Algunos historiadores dicen que este hecho tuvo lugar cuando el rey Fernando tomó á Ronda, y que el Zagal salió de expreso de Granada para sorprender á los cruzados.

CAPITULO XXXVI.

DESTITUCION DE ABUL-HISSEN.—EL ZAGAL ES PROCLAMADO REY.—MUERTE DE MULEH.—CONTINUA LA GUERRA CIVIL.—TREGUA ENTRE EL ZAGAL Y SU SOBRINO.—CERCO DE LOJA.—SE RINDE.—CONQUISTA DE ILLORA, MOCLIN, MONTEFRIO Y COLOMERA.

Antes que el Zagal llegase á Granada se sabia en ella la derrota que habia causado á los caballeros de Calatrava. Este acontecimiento aunque de corta importancia, habia causado en el pueblo gran sensacion de alegria, por los reiterados reveses que en el trascurso de algunos meses llevaba el poder de la media-luna; de tal modo que se referia engrandeciendo sus circunstancias, y dando á sus situaciones mayor interés que el que en si tenian como suele suceder en tales casos. El entusiasmo llegó á su colmo cuando vieron desde las murallas y torres que la hueste victoriosa se acercaba, llevando á la cabeza á su caudillo. Este, que por sus amigos que salieron á recibirle, supo el estado en que se hallaba la poblacion, y conoció que aquel era el momento mas precioso para recoger el fruto de sus trabajos y perfidias, de acuerdo con los parciales

que le acompañaban dió el último golpe para la consecucion de sus deseos. Próximos ya á los muros de la ciudad, el ejército alzó el grito de «viva Abdallá rey de Granada.» Este inesperado acaecimiento sorprendió y alarmó á los granadinos, no preparados para él; pero bien pronto los amigos del Zagal templaron aquella alarma, contribuyendo tambien á ello los trofeos de triunfo que la hueste conducia. La vista que estos presentaban, si bien triste y horrorosa, era para los infieles un incentivo de animacion y regocijo: unos cuantos cautivos escoltados, cubiertos de sangre y polvo, y algunas cabezas mutiladas de los caballeros cruzados, formaban el cuadro mas lastimoso que darse puede, y que á los observantes del islam restituyó la alegria y el entusiasmo que en un principio les causara la derrota de los cristianos en las inmediaciones de Alhama.

Habiendo entrado por la puerta de Bib-Taubin, se dirigió á la Alhambra entre las aclamaciones de una plebe naturalmente veleidosa para sus soberanos. Las guardias del regio alcázar no osaron oponérsele, y pasó hasta la plaza de palacio, en donde mandó al jefe de aquellas intimase á Abul-Hissen, que por sus achaques y por la salvacion del estado, el pueblo pedia dejase de reinar y cediese la corona á su hermano. A este tiempo se notaba ya en palacio una estremada agitacion, causada por la algazara y el estrépito que en el exterior se observaba, de manera que cuando aquel emisario llegó á presencia del monarca, ya este tenia idea de la pretension del Zagal. Sin embargo, á la intimacion que le hizo aquel caudillo furioso y desatentado contestó con entereza, y aunque ciego, pedia sus armas para tomar venganza. Pocas horas habian pasado cuando despojado de la corona, escoltado por sus enemigos, y acompañado solo de Zoraya, sus dos hijos y algunos cautivos cristianos, marchaba agoviado de dolor con direccion á Salobreña. En este castillo estuvo encerrado, hasta que al poco tiempo murió en el estado mas infeliz y deplorable; pues no satisfecho su hermano con haberlo destituido del poder, lo destituyó tambien de sus tesoros y hasta de las alhajas de su esposa.

No por la usurpacion de el Zagal se acabaron en Granada las enemistades de los partidos, ni cesaron las luchas y el derramamiento de sangre agarena: por el contrario, como entre el nuevo rey y su sobrino no cabia reconciliacion, se encarnizaron mas y mas los parciales de uno y otro, de tal modo que se destrozaban mutuamente sin reflexionar que con ello precipitaban la ruina del estado.

Convencidos de esta verdad algunos caballeros, y particularmente los alcauís, exhortaron á ambos partidos, consiguiendo conociesen la razon, y que ellos mismos clamasen por la avenencia de tío y sobrino; mas como esto tocase en lo imposible, se arregló una tregua por el tiempo que los estados de Granada estuvieran amenazados por los cristianos; y de este modo se suspendieron las hostilidades, aunque no el encono que tan arraigado se hallaba entre unos y otros.

Durante estos acontecimientos los reyes de Castilla, á quienes causó el mas acerbo dolor la desgracia de los cruzados de Calatrava, continuaron sus preparativos para la guerra, y luego que entró la primavera del año de 1486 se abrió la campaña con el asedio de Loja. Esto se supo en Granada con anticipacion; y como los dos monarcas rivales desearan congratularse con el pueblo, la suspicaz Aixa dispuso que su hijo con cuatrocientos caballos escogidos marcharse á aquella ciudad, é hiciese cuantos aprestos de defensa fuesen necesarios: esta medida se puso inmediatamente en ejecucion, y Abu-Abdallá á los pocos dias se encontraba dentro de los muros de Loja.

El rey Fernando puso en marcha su ejército que constaba de doce mil caballos y cuarenta mil infantes, entre los cuales se contaban algunos ingleses, al mando del conde de Scales: iban ademas seis mil cavadores para allanar los pasos y otras faenas indispensables, treinta mil caballerías de carga, dos mil carros, y un gran tren de artillería, compuesto de muchas lombardas, pasavolantes, ribadoquines y otros tiros menores. La vanguardia al mando del marqués de Cádiz, y á quien acompañaban el maestre de Calatrava, los condes de

Ureña y Cabra, don Alonso de Aguilar y don Pedro Henriquez, se adelantó, y hallándose recorriendo la vega salieron de la ciudad algunos escuadrones, capitaneados por el mismo Abu-Abdallá, que embistieron á los cristianos con el mas denodado valor. Estos no pudieron resistir tan atroz empuje y fueron arrollados, mas rehaciéndose, cargaron sobre los infieles, que les hicieron retroceder, haciendo en ellos mucho estrago. En esto divisó el marqués de Cádiz el estandarte real, y cual hambriento tigre se lanzó con el conde de Ureña y otros caballeros al grupo donde aquel se hallaba, de cuyas resultas se empeñó una sangrienta y porfiada escaramuza, en la que murieron muchos alcaides y el rey tuvo que retirarse herido de gravedad: esto, pues, dió margen á que los caballeros redoblasen sus esfuerzos y obligasen á los moros á encerrarse en la poblacion.

Llegado que hubo Fernando con el grueso del ejército se asentó el campo cerca de la cuesta llamada de Alhoacen, estrechándose el cerco de tal manera, que nada podia entrar en la ciudad; continuándose todas las operaciones del sitio apesar de las frecuentes salidas que hacian algunos tercios para impedir las. Establecidas las estancias y distribuida la artillería, se batieron los arrabales, que siendo tomados á viva fuerza y con no poca pérdida, se comenzó asimismo á batir la ciudad, en cuyas murallas se abrieron brechas, y por ellas entraron los cristianos, comenzándose en las calles una lucha empeñada, y en que hasta las mujeres desde las ventanas y terrados herian á los cristianos. Mas, perdida de todo punto la esperanza de salvarse, solicitó el rey Zaquir del de Castilla entrar en convenio para rendir la plaza. Este aceptó, y alegando aquel, que por fuerza mas que de grado habia comprendido las hostilidades, Fernando ofreció echar un velo á todo lo pasado, y recibir á sus habitantes bajo su amparo y obediencia, dejando libres sus haciendas; y que Abdallá pudiese regresar á Granada, reconociendo como antes, vasallaje á los soberanos Fernando é Isabel. Con estas condiciones se entregó la ciudad el dia 28 de ma-

vo, y el rey de Granada, á quien también llamaban Boabdil, se retiró á su córte de la Alcazaba y Albaicín. El de Castilla entró en Loja, arregló todos los negocios consiguientes á la conquista, nombró para su tenencia á don Alvaro de Luna, señor de Fuente-Dueña, y se puso en marcha para Illora, despues que la reina á quien había llamado, llegó á aquella ciudad y descansó algunos dias.

Esta villa, que en aquel tiempo se encontraba bien fortificada, se defendió hasta que á vista del estrago que hacia la artillería, hubo de rendirse salvando los habitantes cuanto poseian, escepto las armas. Para su alcaidia nombró el rey á don Gonzalo Fernandez de Córdoba, hermano de don Alonso de Aguilar. Del mismo modo, y con iguales condiciones se entregaron Moclin, Monte-frio y Colomera; con cuyas victorias se retiraron los reyes á Córdoba, en donde recibieron del Papa nueva bula para continuar la guerra el siguiente año.



CAPITULO XXXVII.

GUERRA CIVIL.—ABRE FERNANDO LA CAMPAÑA.—SITIO DE VELEZ-MALAGA.—SALE EL ZAGAL DE GRANADA PARA LEVANTARLO.—SE DISPERSA SU EJERCITO.—SU DESTITUCION DEL TRONO.—SE RINDE VELEZ-MALAGA.

La pérdida de Loja, al paso que fué sensible á Abdallá el Zagal, por que de este modo se iba desmembrando el poder del estado, causó en él complacencia por la humillacion que había sufrido su sobrino, considerando no sin fundamento, que de este modo su partido se disminuiría, viendo que en vez de adelantar, sus pérdidas eran mayores, y sobre todo, que su descrédito seria completo por la sumision que nuevamente había prestado al rey cristiano.

Con este motivo, pues, y faltando á la tregua convenida, se volvió á encender la guerra civil, creyendo el Zagal hacer algun progreso respecto á su proyecto de reinar solo. Hizo que de Guadix y Baza viniesen tropas á Granada, y acometiendo de improviso el Albaicín, entró en él, donde se trabó una encarnizada lucha; pero al fin, á costa de muchas víctimas, logró su sobrino lanzarlo de aquel barrio, continuando la liza

aun mas sangrienta en la plaza de la mezquita mayor; hasta que la fatiga y el cansancio puso término aquel día á la pelea, sostenida por dos partidos en favor de intereses agenos y en perjuicio de los suyos propios. El rey de Castilla, luego que supo en Córdoba, que entre tío y sobrino se habian vuelto á romper las hostilidades, mandó á Bernardo Alvarez de Gadea, alcaide de Colomera, auxiliarse á Abu-Abdallá, como se lo tenia prometido. Por algun tiempo continuaron estas asonadas en la córte de los dos reyes, y con las que ambos se destruian mutuamente.

En este tiempo, como se ha dicho, se encontraba el monarca castellano en Córdoba, en la que tuvo un consejo con los principales capitanes para tratar de la guerra de Granada; y convenido en que las hostilidades debian romperse contra Velez-Málaga, se procedió á los aprestos necesarios. El día 7 de abril de 1487 salió el rey de aquella ciudad con un ejército de cincuenta mil infantes y doce mil caballos, acaudillado por los capitanes mas valientes de Castilla, y en el que se encontraba la flor de la milicia española. Dividido en dos cuerpos, el uno mandado por el maestro de Alcántara y Martín Alonso, señor de Sotomayor, que custodiaba la artillería, tomó el camino mas practicable, aunque mas largo para facilitar la marcha de los carros; el otro, que era el grueso del ejército, acaudillado por el mismo rey Fernando, se dirigió por la via mas corta, si bien áspera y escabrosa, llevando delante para superar obstáculos que se presentasen, cuatro mil operarios con toda clase de herramientas, y la madera y útiles necesarios para construir puentes en los arroyos que no pudiesen vadearse. Una columna á las órdenes de Diego Castrillo, caminaba avanzada para tomar aquellos desfiladeros ó puntos en que fuese posible una sorpresa. Con estas precauciones y arrojando los trabajos que son consiguientes á un camino árido y penoso, y á un temporal de lluvias continuas, llegó el día diez y nueve del mismo mes á dar vista á la vega de Velez-Málaga, y sentóse el campo en una montaña, en la que se hallaba situada la poblacion de

Bentomiz, cuyos habitantes eran agrestes y belicosos.

No bien el rey y sus capitanes se habian retirado á sus tiendas, despues de asentadas las estancias y reconocido el terreno, cuando una columna que salió de la ciudad los acometió con tal bizarría, que hasta el mismo soberano montó á caballo para contener á los suyos que huían sorprendidos por tan inesperado ataque. Muy en peligro se veía Fernando, y acaso lo hubiese corrido mayor, si el conde de Cabra, el marqués de Cádiz, Garcilazo de la Vega y otros caballeros no hubieran acudido prontamente en su socorro, haciendo retirar á los moros dentro de la ciudad.

Se principiaron á combatir los arrabales, que fueron tomados despues de seis horas de batirse unos y otros con el mayor valor; se fortificaron completamente y bien guarnecidos, se pusieron al mando de don Fadrique de Toledo. También se hicieron al rededor de la ciudad trincheras y empalizadas que certaban las comunicaciones con los sitiados y los pueblos comarcanos. El bastimento para el ejército lo condujo por mar una escuadra de cuatro galeras armadas, y buen número de carabelas al mando del conde de Truente; desde la playa se trasportaban al campo los viveres en récuas, en cuyo tránsito las mas de las veces eran acometidos los convoyes por los moros, causando pérdidas no pequeñas.

Ganados los arrabales se les intimó la rendicion á los sitiados con ventajosas condiciones; pero fueron despreciadas por el consentimiento en que estaban de que serian socorridos con huestes granadinás. La mayor parte de los dias habia rebatos y escaramuzas con los moros de los lugares de la Axarquía, que ocupando las cumbres de las montañas se deslizaban á menudo sobre el ejército; lo cual motivó que el rey encargase la mayor vigilancia. Al cabo de algunos dias llegó al real parte de la artillería, pues las lombardas y otras piezas de mayor calibre quedaron en Antequera, por el mal estado de los caminos; y desde luego se pensó en batir los fuertes en toda forma.

Cuando se supo en Granada que el ejército cristiano

se había puesto en marcha para Vélez-Málaga, se hizo mayor el disgusto de sus habitantes, y la alarma corrió por la ciudad. Los alfaquis escitaron á el Zagal y á su sobrino á la paz; pero como esto era imposible, nada pudieron conseguir. Aun era mas crítica la posición de Abdallá que la del Zaguir, por cuanto tenía á la vista dos enemigos, y de ninguno podia desentenderse; por otra parte, si dejaba la córte, era probable que su rival le asaltase el trono; si abandonaba á Vélez-Málaga á su propia suerte, y aquella sucumbia ante las armas cristianas, sería indudablemente el blanco del disgusto general; de manera que en uno y otro concepto su mal era inevitable. Por ello, pues, creyó lo mas oportuno transigir con Abu-Abdallá; pero este, ó mejor dicho, Aixa, no fiando en sus palabras, se negó á todo convenio, y el Zagal, comprometido cada dia mas por los alfaquis, por muchos caudillos y aun por el pueblo mismo, se decidió á partir en auxilio de la ciudad sitiada. Con veinte mil infantes y mil caballos salió de Granada una noche inopinadamente, dirigiéndose á la sierra de Bentomiz por caminos escusados y marchas forzadas, con el fin de aposeñarse de sus alturas antes que el rey Fernando tuviese noticia de su movimiento. Tan sorprendente fué por cierto para este y para su ejército la repentina aparición de aquella hueste, cuanto lo fué también para los de Vélez-Málaga, quienes á la vista de un ejército auxiliar, cobraron ánimo, y se prepararon, no solo á defenderse, sino á atacar al enemigo en sus propios reales. Parte de una tarde y toda una noche trascurrieron sin que en uno ni otro campo se notasen síntomas de acometerse; las hogueras que los infieles encendieron, y á las que correspondieron los sitiados indicaban que se combinaba un plan contra los cristianos; por lo cual, el rey y sus demas caudillos encargaron el mayor cuidado, y que todos estuviesen dispuestos para la menor alarma. Mas esta quietud que se notaba en los muzlimes era provenida en efecto, de que por el Zagal se tomaban cuantas medidas eran imaginables para obtener un triunfo, y de que había destacado inmediatamente una fuerza de consideracion

á cortar la artillería que ya se hallaba cerca del campamento cristiano; pero sabido por Fernando, mandó que el maestre de Alcántara saliese á impedirlo con sus caballeros, como lo consiguió; pues Abdallá dió contra orden luego que tuvo noticia de la salida del maestre.

Bien meditado el plan de ataque, el rey de Granada escribió una carta al alcaide de Vélez-Málaga en que le hacia reseña de él, para que por un movimiento combinado y á una misma hora cayesen sobre el ejército enemigo. Esta carta, aunque entregada á un moro astuto y sagaz para que la llevase, no pudo llegar á manos de aquel alcaide; porque cogido el conductor en el camino por los vigilantes cristianos, y hallándole el documento, fué entregado al monarca, sirviéndole de norte para la conducta que debía observar. Llegada la media noche, que era la hora señalada para dar el golpe, se encendieron por los moros las hogueras convenidas; mas no correspondiendo los sitiados á la señal, la desesperacion del Zagal llegó á su colmo, y mandó que el ejército se pudiese en marcha y atacase. Poco tiempo trascurriera, cuando una gran vocería y el choque de las armas le anunciaron que en vez de sorprender al enemigo, había él sido sorprendido. Dió orden de retirada, y que la hueste ocupara sus posiciones; se encendieron nuevas hogueras, con cuya luz observó que el ejército contrario estaba sobre las armas y dispuesto á acometerle; por lo que mandó avanzar, y sin demora bajaron sus escuadrones impetuosamente sobre los cristianos: estos, que los esperaban prevenidos y en puntos ventajosos, les hicieron retroceder, y toda la noche se sostuvo un fuego continuado por una y otra parte, si bien al amanecer comenzaron á aflojar los infieles, desesperanzados de la ayuda de los de la plaza.

En esto el marqués de Cádiz subió al asalto un cerro y desalojó de él á los moros, que corriendo en precipitada fuga alarmaron el campo, y se introdujo tal desorden y confusion, que ni los jefes ni aun el rey mismo pudo contener á los que huían poseídos del terror, creyendo eran perseguidos en todas direccio-

nes. Disperso el ejército de esta manera, el Zagal; con los que pudo reunir, se retiró con dirección á Granada, llevando en su pecho reconcentrados el furor y la desesperación.

Consternados con esta ocurrencia los sitiados, y viendo que al día siguiente llegó al real toda la artillería que había quedado en Antequera, pidieron capitulación, que les fué otorgada, entregándose la ciudad y todos sus castillos el día veinte y siete de abril, en que hizo su entrada en ella el rey Fernando, previas las precauciones y formalidades que eran consiguientes. A consecuencia de este triunfo se entregaron á los cristianos en clase de mudejares todos los pueblos de la Axarquía y muchos de la Alpujarra, convencidos sus habitantes de que de esta manera sacaban partido mas ventajoso.

Abatido y taciturno marchaba entretanto el Zagal con dirección á Granada. La desesperación que le causara el mal éxito de su empresa, y la inquietud que pesaba sobre su corazón por las funestas consecuencias que pudiera atraerle, habían contraído de tal modo su semblante, que era bien fácil conocer el doloroso estado en que se encontraba su alma. Consideraba el contraste de las situaciones que en poco tiempo atravesara, y sus ideas fatigaban violentamente su acalorada imaginación. Había salido de Granada al frente de un poderoso ejército entre vivas y aclamaciones de un pueblo veleidoso y desleal, y volvía con solo un corto número de sus guerreros, habiendo sido los demas muertos ó dispersados; en vez de regresar ornado de laureles, se veía cubierto de baldon y mengua; aquellos vivas, aquellas aclamaciones acaso se habrían trocado en injurias y ultrajes; había dejado un trono rodeado de amigos y parciales, y tal vez encuentre un profundo abismo en que se hunda para siempre.

Tales eran las imágenes que asaltaban á la mente calenturienta del anciano usurpador. Con tan amargos presentimientos llegó á las márgenes del Genil, donde hizo alto: ansiaba por una parte saber el estado en que se encontraba la población; lo temía por otra, pues un

presentimiento interior le vaticinaba una completa derrota en su carrera política: no era falso aquel presentimiento: su poder había fracasado, su vacilante trono había desaparecido; su infausto porvenir estaba escrito en el libro de los reyes. Por fin, aunque con timidez envió á Granada algunos de sus amigos para que averiguaran el estado en que se encontraba el pueblo, y observaran los síntomas, ya de adhesión, ya de odiosidad que se notasen hácia su persona. Pronto salió de la incertidumbre en que se hallaba: sus enviados tornaron muy en breve y le impusieron de que su sobrino Boabdil, asentado en el trono de la Alhambra por una general aclamación, era el único rey de Granada.

En efecto, algunos ginetes moros, que acosados por el miedo no habían dejado de correr hasta llegar á la ciudad, hicieron una reseña con mas ó menos exactitud, pero que de todos modos comprobaba la derrota, y por consiguiente la pérdida de Vélez-Málaga: esta triste nueva se difundió por la población, y con ella el disgusto y la alarma, y pronto el grito de «viva Abu-Abdalla, legítimo rey de Granada» resonó por todos los ámbitos de la corte. Las turbas que poco antes deramaron la sangre de los partidarios de aquel monarca, se lanzaron á la alcazaba, y agrupadas en la puerta del palacio, repetían cien y cien veces sus vivas y aclamaciones, como prueba ostensible de adhesión á su persona. En aquella efervescencia transitoria, Boabdil fué conducido en triunfo al régio alcázar de sus mayores, y vióse único dueño del trono que le estaba usurpado con perfidias y alevosías. Una de sus primeras atenciones para asegurarse en el poder fué la de decapitar á los mas adictos á la causa de su tío, sofocando de este modo la guerra civil, en que tanta sangre ilustre se había derramado. Solicitó y obtuvo la protección de Fernando en favor de los pueblos que habían vuelto á su obediencia, y ofrecióse como vasallo de los reyes de Castilla; ampliándose aquella gracia á los habitantes de Granada y á los de las demas poblaciones que en el término preciso de seis meses retirasen su obediencia al Zagal y reconociesen al Zaguir como único y legiti-

mo soberano. Con este motivo se restableció la paz; los brazos que antes estaban ocupados en la guerra se dedicaron con asiduidad á la labranza; y la agricultura, decaída por los trastornos políticos comenzó á prosperar, el comercio progresó admirablemente por la libertad que se concedió de poderlo hacer en todos los pueblos de Castilla y Aragon, se impulsaron las artes que se encontraban en un completo abatimiento; y por último, puede decirse que para Granada comenzó desde aquellos acontecimientos una nueva era de felicidad y ventura.

El anciano Abdallá al saber la noticia de su destitucion estuvo algun tiempo indeciso en el partido que debiera tomar; ciego de cólera y despechado al ver ilusorias todas sus esperanzas, mil y mil proyectos de venganza forjaba en su irritada imaginacion, pero pronto se desvanecian al considerar su aislamiento y su propio descrédito. Sin embargo, conociendo como conocia tan á fondo el inconstante carácter de los granadinos, no dejó de abrigar un resto de esperanza, aunque recóndito, y decidido á aprovechar cualquiera ocasion favorable que se le presentara, se retiró á Almuñecar, desde donde pasó á Almeria, escogiendo últimamente para fijar su residencia la ciudad de Guadix en la cual permaneció rodeado de sus amigos y reuniendo las tropas que le permanecieron fieles, no solo para defenderse de las asechanzas de su sobrino, sino para tenerlas dispuestas en el caso que la suerte mas propicia, le aconsejara acometer alguna nueva empresa.



CAPITULO XXXVIII.

MARCHA EL EJERCITO CRISTIANO SOBRE MALAGA.—LE PONE SITIO.—SITUACION ANGUSTIOSA DE LA CIUDAD.—ATENTADO DE UN SANTON.—DESCONTENTO DE SUS HABITANTES.—HACEN LOS SITIADOS UNA SALIDA.—CRECE LA HAMBRE.—SE RINDE.

Luego que el rey de Castilla arregló en Vélez-Málaga la administracion civil y judicial, y todos los demas negocios que eran consiguientes á la conquista, se ocupó de la de Málaga, de acuerdo con los principales caudillos del ejército. Esta ciudad que era el emporio del comercio en el reino mahometano de España y defendida por espesos muros y gigantescos baluartes, veía con dolor aproximarse la hora fatal de un asedio, cuyos males en todos conceptos debian ser terribles, y que de modo alguno podian repararse sino por medios amistosos. La gracia que Fernando habia concedido á todos los pueblos que en el término de seis meses reconociesen á Boabdil, pudiera comprenderle; y de esta manera se evitaran los perjuicios y la efusion de sangre. Compuesta la mayoría de su vecindario de comerciantes y capitalistas, que por lo comun no tienen otro norte que

su interés propio y su ambición, conocían cuan ventajoso les sería un tratado estipulado antes de que se rompieran las hostilidades; por el contrario, los guerreros que la guarnecían estaban decididos á morir en su defensa, primero que rendirse, y que accion tan infame manchara los laureles que ornaran su frente en tantas y tantas batallas. Uno de aquellos comerciantes llamado Ali-Dordlux, cuyas riquezas eran inmensas, y su opinión en todas ocasiones habia sido atendida y acatada, reunió á otros varios de los mas principales, y habiendo tratado detenidamente el punto, pasaron á la alcazaba y espusieron á su alcaide Aben-Connixa cuánto mas favorable sería entrar en negociaciones con el rey de Castilla, que insistir en una obstinada defensa, cuyo éxito sería regularmente la rendición de la plaza ó que el enemigo entrase á viva fuerza. Demostrarónle las fundadas razones que para pensar de este modo tenían, concluyendo con manifestarles que estos mismos eran los deseos de todo el vecindario. El alcaide, conociendo la fuerza de aquellas razones, se mostró propicio á la pretension del pueblo y partió para Vélez-Málaga con objeto de arreglar, si posible era, un tratado ventajoso á los intereses comunes de la ciudad.

Este paso, que no puede de ningún modo motejarse de imprudente ni precipitado, en vista de los triunfos que por doquier alcanzaban las armas cristianas, exaltó sobre manera á Hamet-Zegrí, alcaide del castillo de Gebel-Faro (Gibralfaro,) y que antes lo habia sido de Ronda. Este capitán, dotado de un incomparable orgullo militar, fiel al soberano que le recomendó la defensa y custodia de aquella plaza, como llave del reino, criado entre el rudo estrépito de las batallas, acostumbrado á arrostrar toda clase de peligros, consideró como degradante y vilipendioso para el pabellon mahometano la sumisión espontánea al rey de Castilla; juzgó como traidor á Aben-Connixa, y se decidió á oponerse abiertamente á que se efectuara el tratado, con mayor motivo, siendo inexpugnables las fortalezas que defendían la población, y teniendo á sus órdenes una crecida guarnición en la que contaba con no escaso

número de gomeres, con su caudillo Ali-Derbat, cuyo valor y carácter feroz los hacia temibles en los combates. Para precaver los resultados de aquella negociación clandestina é imponer terror al pueblo, bajó á la alcazaba, seguido de su guardia, dió muerte á un hermano de Aben-Connixa, que habia quedado de lugar-teniente, y á otros varios en quienes encontró alguna oposicion; haciendo despues comparecer á su presencia á las personas mas notables de la ciudad. «El alcaide Aben-Connixa, les dijo con voz de trueno, es un traidor, puesto que ha marchado al campo cristiano para convenir con ellos la entrega de Málaga; las circunstancias son apremiantes, y os halláis en el caso de elegir otro caudillo, que defienda vuestros hogares y vuestros intereses.» La sangrienta escena que tenían á la vista y el aspecto feroz é imponente con que Hamet pronunció estas palabras, aterraron á los concurrentes: solo el temor les impulsó á responderle, que en él únicamente depositaban toda su confianza. Con esta autorizacion el Zegrí recorrió los fuertes, dobló las guardias y tomó todas aquellas medidas que creyó oportunas.

No tardó mucho en saberse en el campo cristiano esta ocurrencia, por lo que terminaron las negociaciones de Aben-Connixa, y Fernando dispuso se le intimase á Hamet formalmente la rendición. Así se verificó; pero su respuesta fué, no haberle su rey dado la ciudad para entregar al rey de Castilla, sino para defenderla, como vería. Con esta contestacion tan concluyente el monarca cristiano dió la orden de marcha; y el día diez y siete de Mayo (1) la emprendió el ejército por tierra, embarcándose la artillería para evitar entorpecimientos en los malos pasos.

Para que el grueso del ejército prosiguiese el camino que era ágrío y peligroso, era necesario tomar la cumbre del cerro de S. Cristobal, inmediato al castillo de

(1) Algunas crónicas dicen que el siete.

Gibraltar, que se hallaba ocupado por los moros. La vanguardia acometió esta empresa; y aunque aquellos lo defendieron palmo á palmo, los cristianos se hicieron dueños de él, no sin mucha pérdida de gente. La noche había tendido su manto, haciendo mas penosa y difícil la marcha de la hueste por estrechas sendas; lo cual obligó á que se suspendiese, acampando en el parage que se consideró mas conveniente, hasta que amaneciese.

Tan luego como el horizonte comenzó á iluminarse, el ejército se puso en movimiento para ocupar los puntos mas importantes en derredor de la ciudad. Se distribuyeron las estancias y se pusieron á cargo de los caudillos mas esforzados: el marqués de Cádiz mandaba la de la Caleta, que comprendia toda la parte que descende desde el cerro de S. Cristobal hasta la playa; don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, la situada en el recuesto que se alza al frente de Gibraltar, dando vista á los arrabales de aquella parte y á la puerta de Granada; el conde de Cifuentes la del Calvario; el conde de Feria, la establecida en la huerta llamada hoy del Acíbar; don Gutierre de Padilla, claverro de Calatrava, la que se situó en el terreno que ocupa el convento de Capuchinos; el conde de Benavente la del Guadalmedina; el conde de Ureña la que se estableció en lugar en que despues se construyó el convento de los Angeles; el duque de Naxera detrás de la huerta del Acíbar; don Fadrique de Toledo en el sitio del de Trinitarios calzados; don Hurtado de Mendoza la de la cruz de Zamarrilla; don Alonso de Cárdenas, maestro de Santiago, en el lugar del convento de Santo Domingo; y don Alonso de Fonseca en el de Carmelitas descalzos; de manera que con estas estancias y otras no de tanta importancia que se distribuyeron en los puntos intermedios, quedó constituido el cerco por tierra, que formando un semicírculo desde el mar de Levante, la caleta al cerro de S. Cristobal, bajada á Oletas y la Victoria; y tomando por Capuchinos, Guadalmedina y la Trinidad, descendía á las huertas del Carmen y torres de Fonseca. La escuadra al mando del

conde de Trevento se apostaron en el puerto, bloqueaban la plaza por la parte de mar. Aquellos campamentos se fortificaron con fosos y vallados que circumbalaban la ciudad; y había en ellos de toda clase de talleres necesarios al uso de la artillería y demas operaciones de sitio.

Desembarcada aquella, se construyeron baterías; apesar de la oposición que hicieron los cercados con certeros tiros; se levantó una en el cerro que ocupaba el marqués de Cádiz con cinco lombardas, para batir el castillo de Gibraltar; y otra con seis en la estancia del maestro de Santiago; ademas se situaron otros tiros en parages diferentes, y que se consideraron de importancia.

Terminados los trabajos, se rompió el fuego y se principió á batir el arrabal que había hacia Santa Ana, sus torres y la puerta de Granada: abierta brecha en el lienzo de muralla, se echaron las escalas para el asalto, que no pudo efectuarse por la obstinada resistencia que los moros opusieron; mas al dia siguiente se repitió con mayores fuerzas, y aunque aquellos continuaron su defensa con el mismo valor y bizarría, consiguieron los cristianos, no sin gran pérdida, hacerse dueños de una torre, despues de seis horas de combate. Este continuó el dia y la noche, hasta que viéndose los moros cargados cada momento por refuerzos, que de continuo subían por la muralla, se retiraron á la ciudad, quedando por los castellanos las demas torres y arrabales. Tambien se tomó á viva fuerza el arrabal de Zamarrilla, regado su suelo con sangre de ambas huestes.

Por este tiempo se declaró la epidemia en algunos pueblos de la comarca; y muchos descontentos por este motivo y por lo largo que se hacia el sitio, se desartaron, pasándose al enemigo. Estos, con el fin sin duda de atraerse la benevolencia de los sitiados, esparcieron la voz de que el cerco se iba á levantar; lo cual sabido por Fernando, escribió á la reina que se hallaba en Córdoba, informándola de todo, y que convenia se presentase en el campamento, con el fin de desvanecer aquel rumor. Así lo ejecutó Isabel inmediatamente.

te, acompañada del cardenal Mendoza y del obispo Talavera. Su llegada á los reales causó en todo el ejército el mayor entusiasmo, así como gran desaliento en los moros, pues la presencia de la soberana desmentía los dichos de aquellos malvados.

Intimidada de nuevo la rendición y despreciada por los malagueños, dispuso el rey que la estancia del marqués de Cádiz se aproximase al castillo de Gibralfaro para mejor batirlo; aunque el marqués estuvo renuente porque conocía el peligro que de ello corría, obedeció y comenzó un nutrido fuego, con el cual abrieron brechas, que dejaron á los moros indefensos. Estos, que conocieron el peligro en que se hallaban, hicieron una salida en número de tres mil, de cuyas resultas se trabó una sangrienta escaramuza que duró una hora, y de la que salió mal herido el marqués de Cádiz. Las embestidas inopinadas de los moros eran muy repetidas y causaban gran daño á los cristianos; el fuego de las baterías era continuo de sol á sol como también el de la escuadra dirigido á la población; y de noche se arrojaban combustibles que incendiando los edificios, alumbraban con sus llamas todo el espacio.

Imponente era por cierto el cuadro que se ofrecía á la vista, á la vez que admirable y grandioso el espectáculo que presentaba la circunvalación del sitio con tantas y tan variadas tiendas de campaña, en que hondeaban las diferentes enseñas de los mas esclarecidos campeones de Castilla, y el bullicio que causara la continua llegada al campamento de tropas, pertrechos y provisiones. Esta perspectiva con el repetido estruendo de la artillería, de los instrumentos bélicos y el estrago que aquella hacia, formaba cierto contraste tan triste y horroroso, que no podía menos de causar impresiones de dolor, aun en los corazones mas empedernidos.

Viendo el rey Fernando la obstinación de los sitiados y dueño ya de los arrabales, mandó que las estancias se aproximasen mas á la población, que se abriesen nuevos fosos, que se alzasen por algunos puntos estancias, y tapiales por otros, quedando de este modo

mas estrecho el cerco, y el ejército mas á cubierto de los ataques del enemigo. Igualmente dispuso se construyesen manteletes, galapagos, bastidas, mantas reales y otras máquinas indispensables para el asalto; sin que durante el tiempo que se invirtiera en estos trabajos, se suspendiese el fuego contra murallas y baluartes. Desde algunos campamentos ó estancias se abrieron minas, dirigidas á la ciudad, las cuales se regaron reiteradamente con sangre, pues luego que los moros sentían inmediatos á los minadores, hacían contraminas y se empeñaban encarnizadas luchas, en que solo podía pelearse con el puñal, por la estrechez del parage.

Por este tiempo, ya los víveres faltaron en la ciudad, siendo tal la escasez de pan, que solo se repartía á los combatientes cuatro onzas por la mañana y dos á la tarde; todos los demas habitantes esperimentaban los rigores de una hambre horrorosa, y no fueron pocos los que murieron de ella. El rey católico, sabedor de ello, creyó que por este fatal influjo, la plaza se rendiría prontamente, pero se equivocaba: Hamet insistía en su defensa, y prefería morir á entregarse, apesar de que la comun opinion de los vecinos estaba por la capitulación.

Abdallá el Zagal que se hallaba aun en Guadix, noticioso del deplorable estado en que se encontraba la ciudad de Málaga, dió orden para que toda la fuerza disponible que tenia, al mando de un capitán aguerrido y valiente saliese á socorrer á aquella plaza. Su sobrino el Zaguir, sabedor de este movimiento, y dispuesto siempre á hostilizar á su tío destacó inmediatamente doble hueste que se opusiera al paso de aquel corto ejército. En esta ocasion la fortuna fué favorable para Abu-Abdallá; pues atacadas las tropas del Zagal, fueron dispersadas, y la expedición quedó ilusoria. Esta acción del Zaguir, que bien puede considerarse como una galantería dirigida á los reyes de Castilla, pudo muy bien constituirlo en un gran compromiso con los granadinos, por el disgusto que causara la derrota de una hueste que dirigía á auxiliar á sus correligiona-

rios de Málaga. Preaviendo Rosdil tristes resultados al tiempo de dar noticia á Fernando de su triunfo, le encarecía su crítica posición, y le pedía le enviase algunas tropas para el mantenimiento de la tranquilidad. Como esta petición fuese conforme con los proyectos del monarca castellano, prontamente le fué concedida, y salió del campo un destacamento para Granada al mando de Gonzalo de Córdoba, conocido después con el renombre de Gran Capitan.

Un accidente imprevisto, ocurrido á la sazón en el campamento cristiano, y en que pudo peligrar la vida de los reyes, dió lugar á que se redoblase la vigilancia y las precauciones fuesen mayores que antes. He aquí pues, como lo refiere una crónica que disfruta de crédito y reputación. «Vivia por este tiempo en una aldea cerca de Guadix un moro anciano, llamado Abraham-Alguerbí, natural de Guerva, en el reino de Tunes, el cual por muchos años habia hecho vida de ermitaño. La soledad en que vivia, sus ayunos y penitencias, junto con las revelaciones que decia tener por un ángel enviado por Mahoma, le grangearon en breve entre los habitantes del contorno la opinion de santo, y los moros naturalmente crédulos, y afectos á este género de entusiastas, respetaban como inspiraciones proféticas los desvarios de su imaginación.»

«Presentóse un dia este visionario en las calles de Guadix, pálido el semblante, estenuado el cuerpo, y los ojos encendidos. Convocando el pueblo, declaró que Alá le habia revelado allá en su retiro, un medio de libertar á Málaga, y de confundir á los enemigos que la cercaban. Los moros le escuchaban con atencion, y mas de cuatrocientos de ellos, fiando ligeramente de sus palabras, ofrecieron aventurarse con él á cualquier peligro, y obedecerle ciegamente. De este número muchos eran gomeres, que ardian en deseos de socorrer á sus paisanos, de quienes se componia principalmente la guarnicion de Málaga.»

«Pusiéronse en camino para esta ciudad, marchando de noche por sendas secretas al través de las montañas y ocultándose de dia para no ser observados. Al fin lle-

garon á unas alturas cerca de Málaga, y dieron vista al real cristiano. El campamento del marqués de Cádiz, por la parte que se estendia desde la falda del cerro, frente de Gibraltar, hasta la orilla del mar, pareció el punto mas combatible, y consiguiénte á esto, tomó el ermitaño sus medidas. Aquella noche se acercaron los moros al campamento, y permanecieron ocultos; pero la mañana siguiente, casi al alba, y cuando apenas se divisaban los objetos, dieron furiosamente y de improviso en las estancias del marqués, con intento de abrirse paso hasta la ciudad. Los cristianos, aunque sobresallados, pelearon con esfuerzo: los moros, saltando unos los fosos y parapetos, y otros metiéndose en el agua por pasar las trincheras, lograron entrar en la plaza, en número de doscientos; los demas, casi todos fueron muertos ó prisioneros.»

«El santón, ni tomó parte en la contienda, ni quiso entrar en la ciudad: era muy otro el propósito con que venia; por lo que, apartándose del lugar en que peleaban, se hincó de rodillas, y alzadas las manos al cielo, fingió estar en oracion. En esta actitud le hallaron los cristianos, que despues del combate andaban buscando á los fugitivos por aquellas quiebras y barrancos, y viendo que se mantenía en la misma postura, inmóvil como una estatua, llegaron á él con una mezcla de admiración y respeto, y lo llevaron al marqués de Cádiz. A las preguntas que le hizo el marqués, respondió el moro, que era santo, y que Alá le habia revelado todo lo que habia de acontecer en aquel sitio. Quiso el marqués saber cómo y cuando se tomaria la ciudad; pero á esto dijo el santón que no le era permitido descubrir un secreto tan importante sino solo al rey ó á la reina en persona. El marqués de Cádiz, aunque nada supersticioso, todavia porque notaba en este moro algo de misterioso, y podria ser tuviese que comunicar alguna noticia interesante, determinó ponerlo en presencia de los reyes, y en la misma forma en que fué hallado, vestido un albornoz, le envió al pabellon real, rodeándole las gentes, que le llamaban el moro santo, pues ya la fama de este supuesto profeta habia cundido por el campo.»

«Dió la casualidad de hallarse el rey durmiendo, cuando lo trageron, y la reina, aunque deseaba ver á este hombre singular, mandó, por un efecto de su delicadeza, que lo guardasen fuera hasta que despertase el rey. Entre tanto, lo entraron en la tienda inmediata, donde estaban doña Beatriz de Bobadilla y don Alvaro de Portugal, hijo del duque de Fraganza, con algunas otras personas. El moro, que no sabía la lengua, creyó, según el aparato y magnificencia que veía, ser aquella la tienda real, y que don Alvaro y la marquesa eran el rey y la reina. Pidió entonces un jarro de agua, que luego le fué traído; y levantando el brazo para tomarlo, aparta el albornoz con disimulo, suelta el jarro, y tirando de un terciado ó espada corta que traía oculta, dió á don Alvaro tan fiera cuchillada en la cabeza, que le postró por tierra y puso á punto de morir. En seguida se volvió contra la marquesa, á quien tiró otra cuchillada, pero no con igual acierto, por habersele enredado el arma en las colgaduras de la tienda. Antes que pudiese repetir el golpe, se arrojaron sobre él el tesorero Ruy Lopez de Toledo y un religioso, llamado fray Juan de Velalcazar, los cuales, abrazándose con él, le tuvieron sujeto hasta que llegaron las guardias del marqués, que allí mismo le hicieron pedazos al instante.»

«Sabido por los reyes este suceso, se llenaron de horror al considerar el inminente peligro de que acababan de escapar. Los soldados tomaron el cuerpo destrozado del santón, y metiéndolo en un trabuco, lo arrojaron á la ciudad. Allí lo recogieron los gomerés, y después de lavado y perfumado, lo enterraron con el mayor decoro y con grandes demostraciones de sentimiento. En seguida, para vengar su muerte, mataron á un cristiano de los principales que tenían cautivos, y poniendo su cadáver sobre un asno, echaron fuera el animal con direccion al campamento.»

«Desde entonces se nombraron para la custodia de las personas reales, además de la guardia ordinaria, doscientos caballeros hijos-dalgo de los reinos de Castilla y Aragon; se prohibió la entrada en el real á todo

moro, que no se supiese primero quién era y á qué venia, y se mandó saliesen del campo los mudejares ó vasallos moriscos, á quienes la traicion que acababa de cometerse, habia puesto en mal concepto con los cristianos.»

Ya la hambre habia llegado á su colmo dentro de Málaga; sus habitantes, estenuados y agoviados por el dolor que les causara la idea de un porvenir funesto, veian en Hamet un verdugo, mas bien que un defensor; perdidas las esperanzas de recibir socorro, y atendidos unicamente á comer carne de caballo para sustentarse, ansiaban de continuo por una capitulacion, cualesquiera que fuesen sus condiciones. El número de víctimas que diariamente se sacrificaban en las aras de la necesidad y la miseria era crecido; el padre veia morir al hijo; el hermano á la hermana; el esposo á la esposa, y no les era dado auxiliaries con el mas escaso alimento: tal era la triste situacion de una ciudad rica, populosa, y en la que poco tiempo hacia se encontraban cuantos elementos contribuir pudieran á la mas elevada prosperidad.

Al paso que en la plaza habian escaseado los alimentos, desapareciendo á la vez los medios y la esperanza de reparar aquella falta, por cuyo motivo los recursos de defensa se disminuian progresivamente; en el campamento cristiano unos y otros se aumentaban de la manera mas sombría. Además de las tropas y viveres que continuamente llegaban por mar y tierra, se presentó en los reales don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, con toda la nobleza de su casa, y el resto de sus soldados, que aun no se hallaban en el ejército desde principio de la campaña, y entregó á los reyes veinte mil doblas de oro para los gastos de la guerra: tambien por orden suya surgieron en el puerto el mismo dia de su llegada cien barcos cargados de vituallas y municiones, de modo que era extraordinaria la abundancia de provisiones que habia en el campo; así como el número de combatientes se aumentó á setenta mil con los refuerzos que se habian recibido.

Estas circunstancias, pues, agravaban de continuo la

penosa situacion de los sitiados; y á la verdad, otro caudillo que no fuera Hamet, hubierá fijado su atencion en el estado triste y calamitoso de aquel vecindario y de los soldados á quienes estaba encomendada la defensa de la ciudad, en tanto que sus fuerzas lo permitiesen; empero, un acontecimiento raro vino á ofuscar mas y mas la imaginacion de aquel alcaide, para que no viese el precipicio que tenia abierto á sus piés. Despues de la muerte del santon de que queda hecha referencia, se alzó un dervís en la poblacion, que corriendo por ella desatinadamente con una bandera blanca, profetizaba que bajo aquella enseña sagrada los moros alcanzarian una completa victoria, y que cogieran como despojos cuantas provisiones tenia el enemigo en el campo. Hamet lo hizo comparecer á su presencia, escuchó el vaticinio con el mayor respeto, y desde luego se hubiera dispuesto á salir contra los cristianos, si el santon no lo hubiera detenido, manifestándole que aun no estaba señalado el dia del triunfo: el alcaide mandó enarbolar en el castillo aquella bandera, y esperaba con impaciencia que el dervís le anunciase el momento de atacar á los cristianos. El impostor se hallaba siempre al lado del alcaide, y de vez en cuando, señalando al campo contrario le decia «¡Alá-Achbar! ¡Alá-Achbar!» Dándole á entender que con la intercesion del profeta los habitantes de Málaga repararian la hambre que padecian con las provisiones del ejército enemigo. De este modo, pues, Hamet perseveró en su opinion de sostenerse, y el pueblo recobró la esperanza perdida, y con ella algun valor y entusiasmo.

En este tiempo los reyes de Castilla, con el laudable objeto de evitar la efusion de sangre y los males que pudiera ocasionar un sitio tan prolongado, determinaron intimar de nuevo la rendicion á la plaza con condiciones benéficas; mas este paso fué infructuoso, pues Hamet desechó con altivez las proposiciones. En su consecuencia se batieron las torres que habia en el arrabal de la puerta de Granada, y se entró en ellas al asalto; pero incendiadas por los moros, estas y los cristianos tuvieron que abandonarlas; mas sin embar-

go, ya destruidas y retirados los infieles se facilitaba mucho el asedio de la ciudad. Con este motivo se dió orden de que las estancias se aproximasen á la muralla, lo cual se verificó ganando el terreno palmo á palmo y regándolo con sangre, hasta aproximarse al Guadalupe, en donde habia un puente, que se llamó despues de santo Domingo. Aquel se hallaba formado en el muro de la barrera con cuatro arcos, de sólida construccion y defendido por dos torres situadas en sus dos extremos, y pertrechadas de buena artilleria. Encargado Francisco Ramirez, inteligente y práctico general de artilleria de la toma de él no dejó de conocer lo peligroso de la empresa, pues era indispensable esponerse al horroroso fuego que desde aquellos baluartes hacian los sitiados; por lo cual dispuso se abriese una mina dirigida á la primera torre hasta llegar á sus cimientos; puso en ella una pieza de artilleria cargada; levantó un reducto lo mas próximo posible al puente, colocó en él algunos cañones, y comenzó á batar el puente. Algunas horas duró el combate, causándose mútuo estrago; pero cuando el de Ramirez creyó coyuntura favorable, puso fuego al cañon que se hallaba dentro de la mina, y á su esplosion la tierra se abrió, parte del torreon hundióse, y muchos de sus defensores perecieron entre sus escombros: los que se salvaron, atónitos y amedrentados se pasaron al otro del extremo opuesto. Ocupado por los cristianos, principió entre ambas fortalezas un nutrido fuego; mas habiendo conseguido el caudillo cristiano pasar el puente levantando parapetos de trecho en trecho, logró llegar á la torre, que abandonada por los moros, despues de una lucha obstinada y sangrienta, se apoderaron de ella los castellanos, enarbolóse en sus almenas el estandarte de Santiago, y quedó vencido el último obstáculo que se oponia á la completa conquista de la ciudad. En esta jornada fué herido Ramirez, al cual por el valor que habia desplegado el rey lo armó despues caballero.

A este tiempo ya iba desapareciendo aquella esperanza que los sitiados cobraban por la profecia del der-

vís, el estandarte sagrado permanecía fijo en el castillo, y el momento del triunfo se retrasaba demasiado. En tales circunstancias el pueblo amotinado clamaba por la capitulación; acudió á Ali-Dordux con sus quejas, y este con un respetable alfaquí, se determinó á presentarse á Hamet, aunque temerosos por su carácter déspota y sangriento: hicieronle presente la situación del vecindario y sus deseos; y escuchados por aquel caudillo con la mayor circunspección, contestóles que aun era necesario sufrir y tener paciencia, pues Alá se apiadaria de ellos, y que el triunfo era seguro. Toda réplica fué inútil, el duro alcaide insistió en su propósito.

A poco tiempo el dervís le anunció habia llegado la hora de la victoria, y se aplazó la salida para el amanecer del siguiente día. En efecto, la hueste salió de la plaza llevando delante al santón con el pendon sagrado, y entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado con los pronósticos de aquel falso profeta. Terrible fué por cierto la acometida que hicieron los infieles en el campamento cristiano; así como lo fué tambien la resistencia que estos opusieron para que penetraran en el interior de él. Algunas horas duró la lucha, durante la cual por una y otra parte se hicieron prodigios de valor; un paso de terreno se disputaba con arroyos de sangre, y los cadáveres servian de parapetos, y para allanar los fosos: pero en lo mas encarnizado del combate, el dervís, que como frenético corría en todas direcciones con el estandarte sagrado, fué herido en la frente por una piedra lanzada por una catapulta, dejándolo cadáver en el acto. Esta ocurrencia causó en los moros una completa desanimacion, y principiaron á huir hácia la ciudad; en vano los esfuerzos de Hamet, en vano los de los demas caudillos que los capitaneaban: entregados á la fuga y perseguidos por los cristianos, entraron dentro de las murallas, llenos de terror y de espanto. El alcaide viendo inútil toda tentativa para contener la hueste desbandada, se retiró tambien á la ciudad, en donde convencido de que habia perdido el prestigio, que el ódio y la ani-

madversion hácia él era general, y que habia desaparecido aquel respeto, aquel temor que antes tenia subyugado al vecindario, hizo renuncia del mando de la plaza, y se retiró con su guardia al castillo de Gibralfaro.

En este estado las cosas, se nombró una junta provisional para que se entendiese con los reyes de Castilla, sobre la entrega de la ciudad, considerando á sus habitantes como mudejares ó vasallos tributarios. Mas deshechada por aquellos esta proposicion, y despues de varias contestaciones entre una y otra parte, se convino en ella á discrecion y voluntad de los soberanos, indultando solo á Ali Dordux y cuarenta familias mas, que el propuso. Se llevaron á los reales, en clase de rehenes, hasta que se hiciese la completa ocupacion de la ciudad, veinte caballeros moros de los mas principales; y don Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, entró á tomar posesion de ella el diez y ocho de Agosto, enarbolando en sus baluartes los estandartes de la cruz, de Santiago y de Castilla. Se permitió á todos los vecinos saliesen al campamento á aprovecharse de comestibles, con lo cual principiaron á conocer la munificencia de aquellos soberanos.

Hamet y los suyos, viendo perdida de todo punto la esperanza de salvarse, se entregaron á discrecion, y quedaron en clase de prisioneros.

Luego que se hubieron tomado las debidas precauciones, y bendecida que fué la mezquita mayor, entraron los reyes en la ciudad con la mayor ostentacion; se pusieron en libertad los cautivos cristianos, que gemian entre cadenas; y se procedió á la distribucion de los prisioneros. Una parte se destinó á la redencion de cautivos; otra á la indemnizacion de los gastos de la guerra; y otra se repartió entre los caudillos que habian concurrido á aquella conquista. A la reina de Napoles, hermana de Fernando, se le enviaron cincuenta moras doncellas, treinta á la de Portugal y otras muchas repartió la reina Isabel entre las damas de su corte. Al papa Inocencio VIII se le remitieron cien esclavos gomeres, que convertidos á la religion del nazareno, fueron bautizados.

Se fijó el término de ocho meses para admitir rescates indistintamente, siendo la cantidad de él treinta doblas de oro, y por cuenta de ellas debian recogerse todas las alhajas y efectos de valor que poseian. Cuatrocientos judios moriscos que se encontraban en la ciudad, los rescató otro judio banquero de Castilla, en veinte mil doblas de oro, llevándose los en dos galeras armadas.

Por último, á consecuencia de la rendicion de Málaga, se entregaron tambien algunos pueblos inmediatos; y los reyes, despues que proveyeron todo lo necesario al culto divino, y á la buena administracion, partieron para Córdoba, habiendo conferido á don Garci Fernandez Manrique la tenencia de la ciudad conquistada.



CAPITULO XXXIX.

SITUACION DE BOABDIL Y EL ZAGAL.—ÁLGARAS DE LOS MOROS.—TOMAN LOS CRISTIANOS ALGUNAS PLAZAS.—CONTINUAN AQUELLOS SUS CORRERIAS.

La campaña del año de 1487 habia proporcionado á los reyes de Castilla, hacerse dueños de dos plazas de las mas principales del reino de Granada, y cuya conquista facilitaba estraordinariamente la de algunas otras de no menos importancia, quedando así aislada la corte, como único y último efugio de los sectarios del Koram. Boabdil continuaba gobernando pacíficamente los pueblos que lo tenían reconocido como soberano, si bien no muy querido, á causa de la estrecha alianza contraida con los monarcas cristianos; y á Abdallá el Zagal seguia obedeciendo en Guadix, donde habia establecido su corte, Baza, Almería, algunas otras poblaciones de la Alpujarra y las de la frontera de Murcia, hasta el Mediterráneo.

Terminada la guerra, y retirados los reyes á Córdoba, licenciaron el ejército, y suspendiéndose por consiguiente las hostilidades, se disfrutaba de la mayor tranquilidad. Aprovechando el Zagal estas circunstan-

cias, salió de Guadix con escogida hueste y se dirigió á la campaña de Alcalá la Real. Saqueó y quemó los pueblos, y recogiendo gran número de cautivos y ganados, regresó á Guadix cargado de despojos. Algunos alcaides cristianos que tuvieron noticia de esta cabalgada, salieron en su persecucion, pero el caudillo agareno, apresurando sus marchas, verificó su vuelta sin que aquellos le pudiesen dar alcance. De esta manera, pues, se atrata el prestigio y las simpatías de sus vasallos, dispuestos siempre á esta clase de guerra.

Entrado el año de 1483, el rey Fernando dió orden para que se reuniese el ejército en Murcia, de donde salió el día cinco de Junio con catorce mil infantes y cuatro mil caballos, entrando por el litoral del Mediterráneo á la frontera enemiga. Se le rindieron á la primera intencion, y temiendo los resultados de un asedio, los pueblos de Vera, Vélez-Blanco, Vélez-Rubio, Cuevas, Purchena, Moxacar y otros; y pasando adelante, llegó cerca de Almería, cuyo gobierno estaba entregado al infante Zelim, pariente del Zagal. Aquel gobernador partió á su encuentro, y empeñada con la vanguardia cristiana una escaramuza, el rey, que llegó despues, mandó la retirada, por no considerarse con la fuerza necesaria para empeñar una batalla. Así se verificó, con alguna pérdida y se dirigió el ejército hácia Baza; mas apercibido el Zagal de este movimiento le preparó una celada, que acometiendo á la vanguardia, mandada por el marqués de Cádiz, causó en ella una horrorosa carnicería, y la hizo retroceder á tiempo que llegando el rey con el resto del ejército, les protegió la retirada, y forzó á los moros á retroceder á Baza. Consiguiente á este descabro, dispuso Fernando regresar á Murcia, nombrando por capitán mayor de todas las plazas conquistadas á don Luis Fernandez-Portocarrero.

No bien los reyes marcharon para Valladolid, despues de licenciar el ejército, dando por terminada la campaña, cuando Abdallá salió de Baza al frente de sus guerreros, y entrando á sangre y fuego por el territorio en que los cristianos habian hecho sus conquistas, to-

mó el el castillo de Nixar y pasó á cuchillo su guarnicion; siguió adelante, quemó la poblacion de Cúllar, asedió su castillo cuya guarnicion se defendió heroicamente cinco dias, al cabo de los cuales la llegada de Portocarrero forzó al enemigo á retirarse para Guadix.

Al tiempo mismo que el Zagal causaba estos estragos los moros de Almería hicieron una entrada en tierra de Murcia, asolando sus fértiles campos y recogiendo cuantioso botin; y los de Purchena, Tabernas y otros pueblos sometidos poco hácia á los reyes de Castilla, se rebelaron y cometieron las mayores atrocidades.

En tanto que por levante los infieles ejecutaban estas correrías, Ali-Alatan, alcaide de Alhendin entró en tierra de Alhama con la mayor rapidez y cometió toda clase de atrocidades, sin dar lugar á que la guarnicion de aquella villa se preparase para salir en su persecucion. Esto, pues, dió lugar á que el rey Fernando diese orden á los adelantados de las fronteras, á fin de que aumentasen las fuerzas de los presidios, y desplegasen cuanto celo y vigilancia eran posibles para evitar la sorpresa del enemigo. Esta medida tan razonable y justa, ocasionó que los rebatos y escaramuzas fuesen mas continuos y mas sangrientos; pues contando los caudillos cristianos con fuerzas para atacar y no permanecer en la defensiva, tomaban venganza de las correrías que los moros hacian en su territorio.

CAPITULO XL.

SALE EL REY FERNANDO A CAMPAÑA.—TOMA ALGUNAS PLAZAS.
—SITIO DE BAZA.—ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS EN EL.—
CONSPIRACION EN GRANADA.—ACTIVIDAD DE LA REINA PARA
PROVEER DE VIVERES AL EJERCITO.—ISABEL SE PRESENTA EN
LOS REALES.—CAPITULA BAZA.—SE ENTREGAN OTRAS PLA-
ZAS.

El día veinte y siete de Mayo de 1489 salió el rey Fernando de la ciudad de Jaen, capitaneando cuarenta mil infantes y trece mil caballos, con la artillería y pertrechos correspondientes. Como quiera que sus proyectos fuesen sitiar á Baza, que podía considerarse como la llave de las posesiones islámicas de levante, determinó primero quitarle el apoyo de algunos pueblos que se hallaban inmediatos, y que establecido el sitio, pudieran causar al ejército considerable daño. Se dirigió, pues, á Cúllar: esta población, defendida por una buena fortaleza, hizo una heroica resistencia, pero al fin se vió obligada á rendirse con un partido honroso: su alcaide Adalgar con la guarnición, y todos los habitantes salieron para Baza con sus armas y todos sus efectos. Igualmente se rindieron al conde de Tendilla, Benzalema y Canillas.

Mientras el ejército cristiano se ocupaba en estas empresas, caminando muy poco á poco hacia la ciudad que debía asediarse, Abdallá el Zagal ordenó se reuniesen en Baza cuantas tropas tenía disponibles en Almería y otros puntos; nombró general en gefe á su pariente el infante Cidi Yahye Almayar Aben-Zelim; y el subalterno lo encomendó á Adalgar, á Ben-Hazen y á Abul-Alí; hizo acopio de provisiones de todas clases para quince meses; encargó á aquel infante la defensa de la ciudad, y no considerando necesaria su presencia en ella, permaneció en Guadix á la observación.

Baza, situada en un espacioso valle de tres leguas de ancho y ocho de largo, se hallaba defendida por un poderoso castillo y un fuerte muro, guarnecido de muchas y grandes torres; tenía dos arrabales, y una hilada de frondosas huertas, en donde los moros principales tenían sus casas de recreo. El ejército, pues, acampó dando vista á la población, y antes de llegar á aquel vistoso vergel. La primera atención de Fernando, luego que hubo sentado los reales, fué la de intimar la rendición á la ciudad, que fué contestada negativamente, agradeciendo al soberano de Castilla la oferta de proposiciones ventajosas, en la confianza de sus buenas fortificaciones, y en una hueste de veinte mil combatientes que existía dentro de las murallas.

Con esta contestación, Fernando dió las oportunas órdenes para establecer un sitio vigoroso: al efecto era preciso adelantar el campo, para que los tiros de la artillería fuesen más certeros; y en su consecuencia marchó delante un fuerte destacamento con el fin de impedir las acometidas de los moros, en tanto que se fortificaban las estancias, que debían situarse en las huertas, cerca de los arrabales. Aquella medida preventiva surtió su efecto; pues á corto tiempo el mismo Zelim con un cuerpo numeroso de infantería atacó á los cristianos, empuñándose un sangriento combate, que duró cerca de doce horas, y en el que de una y otra parte murieron muchos caballeros de nombradía. Por fin, habiendo cedido los moros el terreno á causa de la muerte de uno de sus caudillos, y retirándose á un pun-

to que tenían fortificado con empalizadas cerca de los arrabales: los cristianos establecieron sus estancias frente á las de los infieles, y el campo se situó en las huertas, regadas ya con sangre de los defensores de la cruz. La noche se pasó toda en un continuo combate, de manera que á la mañana siguiente horrorizaba el cuadro que presentaba el campamento: multitud de cadáveres hacinados para darles sepultura; las aguas que corrían por las acequias teñidas con sangre, el espacio cubierto de denso humo, que aun producían las torres y caseríos incendiados, y por último, los soldados estenuados y agoviados de la fatiga y del cansancio, presentaban en sus semblantes la verdadera palidez de la muerte.

No dejaba de conocer el rey Fernando la esposicion y peligros que formalmente debía correr el ejército en el punto en que se habían asentado los reales; y para evitarlo, de acuerdo con sus principales capitanes, se hizo la retirada con las mayores precauciones, al lugar en que en un principio se establecieron. Sin embargo de ellas, el mismo infante Cidi Yahye salió con el objeto de atacar al enemigo; pero esta operacion fué tardida, y no surtió efecto alguno. Supuesta la gran circumbalacion de la ciudad, y el crecido número de sus defensores, se dividió el ejército en dos partes; una al mando del marqués de Cádiz, de don Luis Fernandez Portocarrero y de don Alonso de Aguilar, compuesta de ocho mil infantes, cuatro mil caballos y toda la artillería y sus pertrechos, se situó en la falda de la sierra, y en sitio opuesto á la otra division, que permaneció en el mismo lugar que ocupaba el grueso todo del ejército. Esta hueste la acudillaba el rey de Castilla con otros varios caballeros de cuenta.

Como quiera que un campamento de otro, distaba media legua, y el terreno que mediaba entre ambos era de huertas pobladas de arboleda, dispuso el monarca que cuatro mil tabadores, protegidos por fuerzas respetables, emprendiesen la devastacion sin alzar mano

Muchas veces intentaron los moros oponerse á esta

operacion con salidas epentinas y empeñando escaramuzas, pues con ella, desaparecía su deleite y una parte considerable de su riqueza; pero sus esfuerzos fueron inútiles; al cabo de cuarenta dias de asiduo trabajo ya se hallaba desmontado todo aquel terreno.

Conseguido esto, no sin mucha efusion de sangre, y fortificados ambos campamentos con trincheras, empalizadas y otras defensas, se abrió un profundo foso desde el uno al otro real al que se guiaron las aguas de la sierra; y se fortificó tambien con empalizadas y quince castillos, construidos de trecho en trecho: iguales trabajos y con las mismas defensas se hicieron por la parte de la sierra; de cuyo modo quedó la ciudad comprendida dentro de una línea de circumbalacion, con la cual se impedía le entrasen socorros, y que los sitiados en sus salidas pudiesen penetrar en las estancias de una y otra division. Sin embargo, como la línea era tan prolongada, por fuerza en algunos puntos debía flanquear, y el enemigo se aprovechaba de ellos para asaltar el campo, provocando de este modo lances de ninguna utilidad al ejército sitiador; en su vista, el rey Fernando mandó redoblar la vigilancia en todo el campamento, y prohibió que ningun caudillo saliese á escaramuzear, particularmente como en clase de desafio. Por último, para evitar que Baza pudiese recibir socorro, situó en los caminos cuerpos de caballería ligera, que interceptasen los convoyes; é hizo construir torres ó atalayas en todos los cerros que dominaban los reales, y en otros interiores en el territorio enemigo para que comunicasen al campo cualquiera movimiento que intentasen los moros de Guadix ú otros puntos con objeto de una sorpresa.

Estas medidas, el sitio tan estrecho que se había establecido, la poca ó ninguna esperanza de que se levantara, y los muchos trabajos que padecían los sitiados, tenían al Zagal en el mayor disgusto, por los escasos recursos con que contaba para auxiliar la plaza, que indudablemente se veía cada dia en mayores conflictos. Con todo, su acerba situacion se dulcificaba en algun tanto al considerar el valor, patriotismo y adhesión á

su persona de que estaban dotados los caudillos á cuyo cargo habia puesto su defensa.

Por el contrario, Boabdil disfrutaba de tranquilidad en su palacio de la Alhambra, y entregado al goce de los placeres, pasaba la vida en una completa monotonía, y ageno enteramente á los cuidados de la guerra. De esta felicidad, pues, participaban tambien muchos de sus vasallos, que anteponiendo al amor de patria su sosiego, y sus intereses, encontraban en aquel período de paz humillante cuanto les era dado desear. No así otros, que acostumbrados al ruido de las armas y dotados de acendrado civismo y nacionalidad, hacian consistir sus placeres en solo el campo de batalla, ya ornando su frente con laureles, ya derramando su sangre en defensa de la patria y de la religion del profeta. Estos miraban desdeñosos la inercia en que yaciera su soberano, maldecian la sumision degradante que tenia prestada á los reyes cristianos, y censuraban su apatia, cuando hallándose sus hermanos arrojando los peligros de un estrecho y prolongado sitio, no los socorria y auxiliaba.

Preparados de esta manera los ánimos de muchos guerreros, dieron abrigo á las instigaciones de los partidarios del Zagal, que trabajaban incesantemente, no solo para minar el trono que ocupara su sobrino, sino para aumentar los defensores de Baza; así pues, se formó dentro de la misma corte granadina una conjuracion, en la que se comprometieron toda clase de personas y de todos linages, dirigida á sorprender y asesinar á Boabdil, reunir todas las tropas que habia en la ciudad y sus contornos, marchar á Guadix, y puesto al frente de ellas el anciano Abdallá, caer de improviso sobre el ejército sitiador. Mas cuando se iban adelantando los trabajos para la ejecucion de tan vasto plan, el rey de Granada se impuso de él, y lo destruyó, haciendo rodar las cabezas de los principales conjurados por mano de verdugos. Los demas, atemorizados y sin caudillos ya, que los guiaran al triunfo y los escitaran, desistieron de tan peligrosos proyectos.

En tanto que esto acontecia en Granada, el cerco de

Baza se continuaba con el mayor tesoro: no solo abundaban en el campo los víveres para todo el ejército, sino que no se carecia de ninguno de los objetos de lujo y comodidad que pudieran desearse. Atraídos por el gran lucro que la venta les producía, muchos comerciantes y artífices de varios ramos habian establecido en los reales sus tiendas y talleres; de tal modo, que mas bien parecia una corte donde se ostentaba á competencia santuosidad y grandeza, que un campo de batalla.

Cuatro meses habian ya transcurrido desde que se estableció el sitio; y como para conducir las provisiones era necesario hacerlo por sendas asperas y escabrosas y los gastos por consiguiente se aumentaban, los proveedores se retrajeron de hacerlo, y tal vez hubiera llegado el dia de la escasez si la actividad y celo de Isabel, dotada particularmente de un genio emprendedor, no hubiera desde Jaen previsto aquella necesidad. Ademas de los muchos empréstitos de dinero que el clero y la nobleza le hicieran, enagenó varias rentas de la corona, y no siendo aun bastantes sus productos para cubrir los gastos de la guerra, envió á Barcelona y Valencia todas sus alhajas, donde se empeñaron por una suma considerable. Con estos fondos, pues, mandó comprar todo el trigo y cebada que se hallase en Andalucía y en los maestrzgos de Calatrava y Santiago; dispuso que aquel se elaborase en los molinos; tomó á sueldo catorce mil caballerías para su conduccion al campamento, y de este modo los convoyes se hacian diariamente, escoltados por cuerpos de tropa dedicada solo á este servicio. Del mismo modo eran continuos los refuerzos de gente, que á la mas mínima indicacion de la soberana, mandaban las casas ilustres de Castilla, quienes, puede bien decirse, pusieron sobre las armas hasta el último vasallo.

Los sitiados que observaban la abundancia que reinaba en los reales cristianos, y las tropas con que se reforzaba el ejército, iban desesperando del triunfo; con mayor motivo, cuando ya escaseaban los alimentos dentro de la plaza y veian muy próxima la hambre;

pues el bastimento que se había hecho era para mucho menor número de combatientes, que el que después se reunió. Solo les restaba la esperanza de que la estación de las lluvias llegaría en breve, y que estas obligarían á los cristianos á levantar el sitio: mas esta viltre de consuelo pronto desapareció. Dispuso el rey Fernando, para precaver los males que aquellas pudieran causar, que las tiendas de campaña se sustituyeran con casas que se construyesen sin levantar mano; de manera que en poco tiempo el campamento se tornó en una población con calles y plazas y con cuantas comodidades pueden imaginarse. Para los soldados se formaron grandes chozas, capaces de ponerlos á cubierto de la intemperie.

Empero no tardó mucho en presentarse un horroroso temporal, que inundando los reales, destruyó mucha parte de aquellas obras, poniendo al ejército en el mayor apuro. Este no pudo menos de crecer cuando por la misma causa cesaron de llegar al campo los convoyes de viveres, y estos escasearon: el desaliento se iba apoderando de aquellos guerreros, y acaso hubieran sido funestas las consecuencias, si el Todo-Poderoso que desde su trono de gloria protegía tan santa empresa, no hubiera providenciado un pronto consuelo. El temporal fué fuerte pero corto; las nubes que encapotaban la celeste bóveda desaparecieron y una atmósfera clara y despejada vino á reanimar el valor de los cristianos, recobrado de un todo á poco tiempo con la llegada de convoyes al campo. La reina Isabel, que no perdonaba medio ni fatiga alguna, luego que hubo sabido que aquellos se hallaban detenidos por el mal estado de los caminos y por las crecientes de los arroyos, mandó que seis mil operarios á las órdenes de ingenieros inteligentes saliesen á repararlos, construyendo á la vez calzadas y puentes, para que en lo sucesivo no volviesen á presentarse obstáculos de semejante naturaleza. Se habilitaron dos caminos, uno para las reuas que venían cargadas á los reales, otro para las que iban, á fin de que no se entorpeciesen el paso en sitios escabrosos: y por último, el rey de Castilla

dió disposiciones para que se reparasen los daños que el temporal había causado en el campamento, reedificándose las casas con la solidez necesaria á evitar nueva ruina.

No cesaban los sitiados de hacer salidas aprovechando ya la oscuridad de la noche, ya los días mas lluviosos, y ya en fin cualquier descuido que notaban en los reales cristianos: sus resultados eran solo que se deramaba mucha sangre de una y otra parte, sin que directamente refluyese á ninguna de ambas el mas pequeño beneficio; si bien los infieles sufrían un daño, cual era la disminución de sus fuerzas. Fernando no dejaba de conocer los trabajos que el ejército estaba sufriendo, así como sabía que los sitiados se encontraban bastante apurados de viveres y dinero; por cuyo motivo dispuso se les volviese á intimar la rendición con proposiciones benéficas, mas fueron rechazadas por Cidi Yahye y sus capitanes con la mayor cortesania.

Esta entereza dió lugar á que escribiese á la reina lo interesante que su presencia sería en los reales, como única prueba de su decision á no alzar mano en el asedio hasta que la ciudad se rindiese, consiguiendo de este modo que los sitiados depusiesen cualquier resto de esperanza que pudieran abrigar.

En efecto, la soberana dió orden de marcha sin perder un momento, y acompañada de su hija la infanta Isabel, del cardenal de España, de varios caudillos esclarecidos, de toda su servidumbre, y escoltada por una gran guardia armada de punta en blanco, se dirigió al campamento en el que fué recibida con la mayor ostentación y entusiasmo, dando el ejército las mas estensibles pruebas de afecto y respeto hácia su persona. Desde este momento cesaron de una manera admirable las escaramuzas, y no volvió á correr la sangre ni de uno ni de otro bando.

Tal como Fernando lo había pensado, fué el efecto que la ida de la reina Isabel al real causó en los ánimos de los sitiados; Cidi Yahye, Mohamed Ben-Hazen y todos los demas caudillos á quienes estaba encomendada la defensa de la ciudad, llegaron á convencerse de

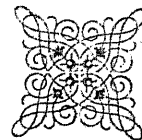
que los reyes de Castilla no levantarían el sitio hasta que se rindiesen; perdieron de todo punto la esperanza de salvarse, y pidieron parlamento. Para tratar de él nombró Fernando á don Gutierre de Cárdenas, comendador de Leon, y el infante Zelim al alcaide de la plaza Ben-Hazen: entre ambos caballeros se conferenció el punto, y manifestadas por el de Cárdenas las condiciones que eran de la voluntad de sus soberanos, Mohamed volvió á la ciudad para hacerlas presentes al infante, y consultarlas con los demas caballeros que en ella se hallaban. A todos pareció conveniente conocer la opinion del Zagal, y para ello, el alcaide con un salvo-conducto del rey Fernando, salió para Guadix. Aquel, luego que se hubo enterado de las proposiciones, y del estado en que se encontraba la poblacion, contestó, que no pudiendo mandar socorro alguno, obrasen del modo que creyesen mas acertado, pues no queria esponerlos á mayores males. Con tal respuesta, Cidi Yahye, de acuerdo con los demas caudillos, capituló, quedando los habitantes en la libertad de retirarse con todos sus bienes, ó de fijar su domicilio en los arrabales en el término de seis dias; en cuyo caso debían prestar juramento de fidelidad á los reyes, y de contribuirles con el tributo que pagaban á su legítimo soberano: á los caudillos que de otros puntos habian acudido al socorro de la ciudad, les fué permitido retirarse con sus caballos, armas y efectos. En el mismo término de seis dias se debería entregar la ciudad y todas sus fortalezas, dando en el ínterin, como en rehenes y garantia de este convenio quince moros, hijos de los mas principales de la poblacion.

En efecto, se pusieron en poder del comendador mayor de Leon por Cidi Yahye y Mohamed Ben-Hazen; quienes pasaron al campamento cristiano á besar la mano á los reyes de Castilla. Estos los recibieron con el mayor agrado y cortesania y los colmaron de regalos; quedando tan prendados de la gracia y generosidad de la reina, particularmente el infante, que suplicó á los soberanos lo contasen en el número de sus vasallos; les ofreció sus servicios cerca del Zagal para que se hi-

ciese su tributario, y abjuró el islamismo, abrazando la religion cristiana. La conducta que aquel principe observara, impulsó á Mohamed y á otros caballeros á ofrecer igualmente sus servicios á los monarcas cristianos, lo cual fué remunerado profusamente.

El dia 4 de Diciembre de 1489, despues de cerca de siete meses de sitio, se entregó la ciudad de Baza á los defensores de la cruz, quienes tuvieron la pérdida de veinte mil hombres muertos en accion, de frio y de enfermedades.

A consecuencia de este triunfo, se entregaron bajo las mismas condiciones que Baza, Almuñecar, Tabernas y muchos otros pueblos y fortalezas de la Alpujarra.



CAPITULO XLI.

CONVENIO ENTRE EL ZAGAL Y FERNANDO.—AQUEL ENTREGA A GUADIX Y ALMERIA.—EFECTOS QUE CAUSO EN GRANADA ESTE CONVENIO.—CRITICA SITUACION DE ABU-ABDALLA.—EL REY DE CASTILLA LE INTIMA LA ENTREGA DE GRANADA.—CONTESTACION NEGATIVA.—ROMPE BOABDIL LAS HOSTILIDADES.

Los soberanos de Castilla permanecieron en la ciudad de Baza ocupándose en el arreglo de todos los negocios como era consiguiente. Durante la permanencia de los reyes en aquella ciudad, el infante Yahye pasó á Guadix con el objeto de tener una entrevista con su pariente el Zagal, y cumplir de este modo la palabra que habia comprometido con los monarcas cristianos de ser mediador para que aquel les prestase sumision y se hiciese su tributario. En efecto, presentándose á él lo encontró abismado en tristes reflexiones, motivadas no solo por la rendicion de Baza, sino por las noticias que continuamente recibia de la entrega de otras muchas plazas y fortalezas, que como se ha dicho en el capitulo anterior, iban reconociendo á Fernando como soberano. Veia que de este modo sus estados se iban disminuyendo considerablemente, que su poder se des-

vanecía y que su trono se hundiria muy en breve para no volverse á levantar. Con tales consideraciones, el anciano Abdallá se encontraba en el mas terrible abatimiento; conocia su crítica posicion; que le faltaban recursos para acometer una empresa digna de su valor, y por último, el presagio de un porvenir desastroso agoviaba su alma con el mas cruel dolor. En este estado pues, le encontró Cidi Yahye cuando se presentó á él: le puso de manifiesto las azarosas circunstancias que le rodeaban; que la fortuna le habia abandonado; que sus glorias se habian abatido, y que el imperio de la media-luna en España tocaba ya á su ocaso. Estas razones y otras de que se valió el infante para persuadir á Abdallá á que se sometiera á los vencedores, no pudieran menos de causar en él grande sensacion y decidirlo á sacar el mejor partido que le fuése dable; de manera que confiando en la generosidad y justicia de los reyes de Castilla, contestó á su pariente que desde luego se hallaba dispuesto á concertarse con estos soberanos. El convenio se ajustó por la mediacion del mismo infante, reduciéndose á que todas las ciudades, villas, alquerias y fortalezas que poseia el rey Zagal pasasen al dominio de los monarcas cristianos, quienes lo recibian como aliado y amigo, dejándole el título de rey de Andarax con dos mil vasallos mudejares, y la posesion perpétua para él y sus sucesores de varias villas y aldeas en la Alpujarra, y las salinas de la Malaha.

Luego que Fernando terminó el arreglo de los negocios de Baza, y cometió su tenencia á don Henriquez, partió para Almeria, donde se hallaba ya el Zagal esperando á los reyes de Castilla, por ser cualidad espresa del tratado que en esta ciudad debia formalizarse aquel, y hacerse la entrega de las tierras y poblaciones nuevamente adquiridas. Abdallá salió á recibirlos en un brioso caballo, vestido de negro el centro á la usanza morisca, y albornós y turbante blanco, acompañado de algunos caballeros y de una escolta de ginetes brillantemente ataviados. Al llegar delante del monarca conquistador, echó pié á tierra

y le pidió la mano para besarla; pero este lo rehusó, en consideracion al título de rey que disfrutara por algun tiempo; y conociendo á la vez cuan sensible le seria semejante humillacion, lo abrazó, diciéndole volviere á montar á caballo.

Los soberanos de Castilla solo pararon en aquella ciudad los dias precisos para formalizar su entrega: pasaron despues á Guadix con el mismo objeto, y terminado éste, el Zagal salió para sus estados de Andarax. Los reyes cristianos acordaron todo lo conveniente para el buen gobierno y el establecimiento del culto católico en ambas ciudades, y nombraron para la tenencia de la primera, cuya entrega se verificó el dia 22 de Diciembre de 1489, al comendador mayor de Leon, y para la de la segunda, que tuvo efecto el 14 de Enero de 1490, á don Diego Hurtado de Mendoza. Para premiar los buenos servicios que el infante Cidi Yahye habia prestado en favor de aquellos soberanos recibieron bajo su amparo á este caudillo, á su hijo y sobrinos, debiendo ser tratados como grandes de Castilla; y le concedieron para sí y sus sucesores todas las posesiones que disfrutaban en el rio de Almería, como heredadas de su padre, con otras varias gracias y cuantiosas rentas que se les señalaron de las que les pertenecian en la taha de Dalías.

En este estado los progresos de los monarcas cristianos, hechemos una ojeada sobre la córte granadina cuyos acontecimientos, durante los últimos sucesos que dejamos reseñados, son por cierto de bastante importancia.

Llegado que hubo á Granada la noticia de la capitulacion del Zagal y de su sumision á Fernando, se difundió la alarma por la ciudad. El pueblo islámico, que como se ha dicho era naturalmente inconstante, que veia repetirse los triunfos de las armas castellanas, y que las plazas mas principales en que por tantos siglos tremolara el estandarte de la media-luna, se iban emancipando, haciéndose dueños de ellas los cristianos, no podia de ningun modo llevar á bien la inaccion de Boabdil, ni que este mirara con indife-

rencia tantas y tantas victorias, con las cuales el trono de Granada se hallaba vacilante y se estremecia, próximo á un inmenso precipicio. Entre indeciso y conternado habia recorrido las principales calles de la poblacion, sin que al principio se notaran síntomas de hostilizar al soberano; pero reunido en grupos en la plaza de Bib-rambla, se formaban planes, se trataba de acometer árduas empresas, y se pensaba solo en la salvacion del estado. Por el contrario Abu-Abdallá, aquella fatal noticia habia causado en él el mas inesplicable gozo, por motivo de que el poder de su rival habia desaparecido completamente: mirando esta ocurrencia bajo tal punto de vista, que instantaneamente pudo presumir y aun creer las alabanzas que sus vasallos le dirigieran, por cuanto por este inopinado medio se afianzaria mas y mas la paz y buena armonia, que reinaba entre las cortes de Granada y Castilla.

Con tan equivocada idea, mandó que le alistasen un caballo, y cabalgando en él, seguido de su wacir y de otros caballeros, bajó á la ciudad para recibir las ovaciones de un pueblo entusiasmado: mas luego que entró en la plaza, y lo vieron los granadinos rodeado de pompa y de grandeza, cuando el pesar debia tenerlo retraido en su palacio, fué excesivo el furor general, hasta aquel momento reconcentrado, y profiriendo en vez alta las mas denigrantes invectivas, le dieron el epíteto de traidor y apóstata. Sorprendido y confuso se retiró al régio alcázar; si bien en la confianza de que pronto se trocaria aquel ódio en aprecio, conociendo como conocerian el bien que de la alianza con los cristianos estaban disfrutando. Esta persuasion tranquilizó en algun tanto su espíritu, esperando que muy en breve el pueblo granadino depondria el error en que se hallaba: mas un suceso inesperado vino á desvanecer sus esperanzas, y á hacer su situacion mas dura y penosa.

Una de las condiciones del tratado secreto que entre el rey cristiano y Boabdil se formalizó despues de la conquista de Loja, fué la de que luego que aquel ganase á Guadix, Baza y Almería este le entregaria á Gra-

nada, reservándose únicamente ciertas villas y rentas para con ellas sostenerse con el esplendor y grandeza consiguientes á su cuna. Bajo este concepto, Fernando desde la misma ciudad de Guadix reclamó el cumplimiento de aquella estipulación, llegando á la corte el conde de Tendilla, portador de esta demanda, en los aciagos dias en que el rey habia recibido el triste desengaño que el pueblo le mostrara en la plaza de Bib-Rambla. Es de presumir cual seria el dolor que le causara embajada tan apremiante en circunstancias tan críticas; mayormente cuando contaba con el apoyo de Castilla para sofocar cualquier movimiento popular que se intentase: pero confiado en la generosidad de aquel monarca, contestó evasivamente, manifestándole la imposibilidad de acceder á su petición, tanto por la situación alarmante de la poblacion, cuanto por el número considerable de guerreros que en ella se hallaban y que de ninguna manera se prestarian á dar el último paso en contra de su religion y de sus intereses. No satisfecho Fernando con esta contestacion, se dirigió á los primeros caudillos de la corte, intimándoles la entrega de la ciudad, bajo las condiciones que lo habian hecho Guadix y Almería. Esta intimacion aumentó la alarma y consternacion en los granadinos; y habiendo habido pareceres encontrados sobre si se debia ó no accederse á ella, se resolvió al fin negativamente, manifestando al rey cristiano, que antes que capitular, estaban dispuestos todos los guerreros que la defendian á derramar hasta la última gota de sangre.

Esta respuesta concluyente decidió á Fernando á volver sus armas contra Granada, tan luego como pasase el invierno; regresando á Córdoba, ornada su frente de laureles, y dueño ya de las plazas mas pujantes de la corona islámica, entre las cuales se contaba tambien Salobreña y otros castillos, que se rindieron á imitacion de Guadix, reconociéndose como mudéjares de los reyes de Castilla. La capitania mayor de todas las fortalezas próximas á Granada se confirió á don Inigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, quien estableció su residencia en Alcalá la Real.

Rota la tregua con la contestacion dada por los granadinos, estos antes que Fernando, rompieron las hostilidades contra algunas fortalezas que próximas á Granada poseian los cristianos; lo cual dio motivo á que aquel soberano mandase reforzar las de Albama, Loja, Hlora, Moclin, Montefrio, Colomera y Alhendin. Proveyó así mismo cuanto creyó necesario para su seguridad; las abasteció abundantemente de viveres; recomendó el mayor cuidado y vigilancia á sus tenientes y alcaldes; y por último, hizo al conde de Tendilla estrechas prevenciones, apesar de que bien conocian el celo y patriotismo de este veterano caudillo.

Sin embargo, continuaron las correrias de los moros, empeñándose escaramuzas sangrientas, y en que la suerte de las armas era varia, aunque siempre sin otro resultado ventajoso, mas que el mayor ó menor botin que se cogia.



CAPITULO XLII.

ABRE LA CAMPAÑA EL REY CRISTIANO. — GRANADA. — TALA GENERAL EN LA VEGA. — ESCARAMUZA. — EL ZAGAL SE PRESENTA EX LOS REALES Y OFRECE A FERNANDO SUS SERVICIOS. — DISGUSTO QUE CAUSO ESTE HECHO Y COMOCION EN GRANADA. — CORRERIAS DE LOS MOROS. — SITIA BOADDIL A SALOBEREÑA. — LEVANTA EL ASEDIO. — CONSPIRACION EN GUA-DIX. — EL ZAGAL SE RETIRA A AFRICA.

Habia entrado la primavera del año 1490.

El ejército cristiano aun no habia salido á campaña.

En la corte granadina se hacian extraordinarios aprestos de guerra.

Muy adelantada ya la estacion de las flores, el rey Fernando con veinte mil infantes y cinco mil caballos, partió para la vega de Granada, que se encontraba en su mayor lozania y poblada de numerosos rebaños que pastaban en las márgenes del Genil. No dejaba de conocer el monarca cristiano que Granada era una de aquellas plazas difíciles de asediar, por su prolongada circunferencia de murallas, lo bien fortificado de estas y los muchos defensores que dentro de ellas se encerraban. Se requería, pues, para ello tiempo muy dilatado; siendo de creer no se rindiese interin tuviera co-

mestibles, de los que se hallaba abastecida con la mayor abundancia. En este concepto, era preciso antes de hostilizarla con las armas agotarle los recursos de subsistencia, que tan fecundos habian sido en tanto que durara la tregua. Convencido de ello Fernando, dispuso que la campaña de aquel año se redujese solo á practicar una escrupulosa tala en la vega, y á destruir cuanto en ella se encontrase.

En efecto, establecido el campo en la amena llanura, se destacaron partidas que no solo se ocuparon del saqueo, sino que pusieron fuego á las mieses que ya estaban de segar y á las aldeas y casas de recreo, cuyo número era excesivo. El estrago llegó hasta las mismas murallas de la ciudad, cuya osadia incitó de tal modo á los granadinos, que saliendo pelotones de moros trababan escaramuzas, en que por lo regular se llevaban el triunfo, porque nunca empeñaban lance alguno en que no conocieran ventaja; si bien no podian impedir la tala, que era el principal objeto de sus acometidas.

Prácticos en el terreno se apostaban en aguardos y celadas, situándose en puntos ventajosos, y cayendo de sorpresa sobre menor número de cristianos, estos eran deshechos en el primer ímpetu, y aquellos se retiraban con presteza, antes que pudieran rehacerse. Con este género de guerra, en que estaban sumamente diestros, y para la que era muy favorable la caballería ligera que tenían organizada, conseguian victorias parciales con poca pérdida, y la alarma continua en el ejército enemigo.

De los muchos encuentros de esta naturaleza que hubo en esta campaña, uno merece particular mencion. Uno de los muchos caballeros que con sus huestes recorrían la vega para proteger á los labadores, era uno el marqués de Villena; este caudillo y sus tropas cayeron en una emboscada que les estaba dispuesta; la caballería granadina los cargó con tal rapidez que no les dió lugar á defenderse, causando en ellos el mas considerable estrago. Entre los muertos al primer choque lo fueron don Alonso Pacheco, hermano del marqués, y

Esteban Luzon, que pereció al lado de éste; quien sostenido por un sirviente suyo, llamado Soler, natural de Cuenca, y un corto número de soldados opuso valerosa resistencia, y se hubiera visto en el mayor apuro, si oportunamente no llegase un refuerzo enviado por Fernando para proteger la retirada, cuya orden había ya dado. Bien hubiera querido el de Pacheco caer sobre el enemigo con las nuevas fuerzas que le habían llegado; pero no queriendo faltar á lo mandado por el soberano principió á retirarse, cuando observó que Soler se hallaba apretado por cinco ó seis moros y en el mayor peligro. Con la velocidad del rayo los acometió el marqués, y matando á dos puso en fuga á los restantes; mas esta hazaña le costó por cierto harto cara, pues uno de los que huyeron, antes de su carrera le arrojó la lanza, causándole una profunda herida en el brazo derecho, de la cual quedó manco, viéndose obligado á firmar con la izquierda, aunque no le impedía jugar la lanza con la derecha. Esta desgracia, así como la muerte de su hermano, fué muy sentida del ejército, y especialmente de Fernando é Isabel, quien un día con el donaire que la caracterizaba, preguntó al marqués porqué había así aventurado su vida por la de un criado: aquel le contestó: *«no quiere vuestra alteza, que yo esponga una vida, por que pornia tres por mí si las tuviese.»* Esta respuesta fué muy del agrado de la reina, porque con ella se descubría una grandeza de alma, que bien podia compararse á la suya; y porque á la vez había dado un buen ejemplo á los caballeros que la escucharon.

Tal ocurrencia y otras, aunque no de tanta monta, impulsaron al rey á que diese orden general de evitar toda escaramuza con el enemigo, y que solo se cuidase de la total devastacion de la vega. Se alzó el campo, despues de terminada aquella, dejando á los granadinos sin otras provisiones que las que tenían en la ciudad; y esperanzas solo en las que pudieran introducir de la Alpujarra ó de Africa, á donde pidieron víveres y tropas. El ejército cristiano, concluida la tala, se retiró á Córdoba.

Durante esta campaña, que duró treinta días, Boabdil triste y temeroso de la cólera de sus vasallos, se hallaba retraído en su palacio de la Alhambra, sospechoso que aquellos se exasperasen con los desastres que los cristianos causaran en la vega y atentasen contra su persona: mas el hado adverso que le perseguía, cansose, y una transicion de su suerte le hizo vislumbrar un rayo de felicidad, que muy en breve desapareceria para siempre. Su tío Abdallá el Zagal, no pudiendo sobrellevar la inacción en que se encontrara en su retiro de Andarax, y por otra parte, desoso de contribuir á arrancar la corona de Granada de las sienas de su sobrino, reunió las cortas fuerzas de que disponia, que no alcanzaban á doscientos hombres, y al frente de ellos se presentó en los reales cristianos, ofreciendo á los reyes su persona y su hueste. Este hecho irritó sobremanera á los granadinos, que hasta entonces lo habían colmado de elogios, mirandolo como victima de su amor á la patria; mas ahora que apostatando, había tomado las armas contra ella, lo consideraban digno solo de execracion como traidor y perjuro: y aquellos denuestos, aquellos improperios que allende lanzaran contra Boabdil, se dirigieron contra Abdallá con mayor enojo, con mas encarnizamiento. Amotinados con tal motivo, suben á la Alhambra, se agolpan á las puertas de palacio, victorean al tímido monarca, y lo proclaman como único salvador del estado: animado el soberano con estas pruebas de estimacion y de entusiasmo, se presenta orgullecido ante aquel pueblo que poco tiempo habia lo consideraba como baldon y mengua de la raza musulmana, ofreciéndole salir á campaña y derramar hasta la última gota de sangre en defensa de su religion y del estado. Muy pronto tuvo efecto aquella oferta.

No bien el ejército de Fernando había desalejado la vega, cuando el rey de Granada, al frente de una brillante y numerosa hueste se dirigió al castillo de Alhendin, distante de aquella ciudad poco mas de una legua: duró seis dias su asedio, durante los cuales Meno de Quesada y su guarnicion dieron las mayores prue-

bas de valor y heroísmo. Empero agoviados de sueño y de cansancio, y hechos dueños los moros de la barbana en uno de sus reiterados asaltos, se vieron obligados los cristianos á retirarse al castillo. En vano tendían la vista por la devastada campiña; en vano esperaban algún socorro que les evitara rendirse; su suerte estaba decidida. Protegidos con manteletes los infieles hicieron una profunda escavacion en los cimientos de la torre principal, á donde los defensores de la fortaleza se habian retraido, dejándola sostenida sobre cuantos de madera. (1) El peligro habia llegado á su último término; la esperanza de auxilio desvanecida, y escaso ya el número de defensores por los muchos que habian muerto, se encontraban en la triste disyuntiva de rendirse ó perecer entre ruinas. En tal conflicto, el alcaide, bien á su pesar, hizo señal de parlamento, se suspendieron las maniobras para destruir el torreón; Mendo de Quesada y los suyos se rindieron, quedando como prisioneros. Siguió adelante el ejército; tomó las fortalezas de Boloduy y Marchena, y regresó á la corte, en donde el jóven soberano recibió las ovaciones de un pueblo entusiasmado con aquellos pasajeros triunfos. A consecuencia de ellos tornaron al poder de Boabdil algunos pueblos sujetos á los cristianos.

A poco tiempo, doscientos ginetes é igual número de peones salieron de Granada con dirección á la frontera de Jaen. La reserva y la rapidez con que hicieron la marcha, fueron causa de coger desprevenidos á los alcaides de la fortaleza; de modo que sin oposicion alguna hicieron su correría, cogiendo en ella mucho ganado y número crecido de prisioneros; con cuyos despojos volvían á Granada descuidados y sin sospechar encuentro alguno del enemigo. El conde de Tendilla que tuvo noticia, aunque tarde, de esta cabalgada, salió precipitadamente de Alcalá la Real con ciento cincuenta ginetes, y situándose en el barranco de Barcelona, á tres

(1) Puntales.

leguas de Granada, esperó su regreso. Allí permanecieron ocultos, hasta que á la tarde siguiente, con aviso el conde de sus adalides de que ya se aproximaban, dió orden de montar á caballo, y disponerse para atacar. No tardaron en llegar; los cristianos cayeron sobre ellos con tal pujanza, que al primer encuentro quedaron deshechos completamente: unos pocos pudieron salvarse á favor de la noche; los demas quedaron muertos ó prisioneros. Reconocidos los cautivos que traian, se supo eran unos marchantes que se dirigian á Baeza, por lo que se les restituyó la libertad y el ganado que les pertenecia. Los despojes cogidos á los moros consistieron en caballos, armas y algunos objetos de valor.

Como cada dia se hiciese mas imperiosa la necesidad de abastecer á Granada de víveres, los cuales tenian que importarse del extranjero, y para ello fuese preciso hacerse dueño de algun punto de la costa, fijó su vista en Salobreña, cuyo alcaide, Francisco Ramirez de Madrid, en aquel tiempo se hallaba en Córdoba, y su guarnicion era escasa. Con la mayor premura se puso en marcha, capitaneando una hueste numerosa, con el proyecto de rendir aquella plaza antes que pudiera recibir socorro. Tan luego como se presentó delante de sus muros, sus vecinos que eran mudéjares, segun se ha dicho, abrieron las puertas de la poblacion, y el ejército agareno se hizo dueño de ella. La guarnicion se retiró al castillo donde hizo una vigorosa defensa, esperanzada en recibir auxilio, y decidida á sostenerse á todo trance. Don Francisco Henriquez, gobernador de Velez-Málaga, con noticia que tuvo de esta expedicion, reunió las tropas que pudo, partió inmediatamente y superando los grandes obstáculos que se le presentaron por la aspereza del camino, llegó felizmente al peñon ó promontorio llamado de Salobreña, no atreviéndose á tomar otra posicion mas próxima al campamento infiel, por no ser tan aventajada y no querer esponer su corta fuerza á un cheque, cuyos resultados fuesen funestos.

Entre los caudillos que acompañaban á don Francis-

co era uno Hernan Perez del Pulgar: este fogoso é intrépido caballero, dispuesto siempre á acometer árduas empresas, habia ya reconocido la línea de circunvalación de la fortaleza, y observado en esta un postigo que daba al campo, se propuso que él le diese entrada para reunirse con sus compatriotas. Comunicado en secreto este proyecto con algunos amigos de su confianza, los halló conformes en seguirlo, y todos se dispusieron al efecto. Puesto Pulgar á su cabeza, se lanzaron con la mayor velocidad por el punto del campamento que conocieron mas descuidado, y llegando á aquella entrada antes que los moros pudieran reponerse de la sorpresa que les causara tan temerario arrojó, se les abrió la puerta, y penetraron en la ciudadela sin el menor contratiempo. Con este refuerzo, pues, aunque corto, los sitiados cobraron valor, y se dispusieron á hacer su resistencia mas vigorosamente.

Boabdil que tenia noticia de la escasez de agua que habia en el castillo, esperaba tranquilo que se le rindiese; mas Hernan Perez que lo supo, dispuso que por los adarves se le arrojase un cantaró de agua y un vaso de plata. Este hecho irritó de tal manera al rey Zaguir que desde entonces los asaltos, aunque sin efecto, eran repetidos, y la guarnición se veia ya acosada del cansancio y de la sed. En tan crítica posición llegó á dar vista á la plaza una flota con bandera castellana: era don Francisco Ramirez de Madrid con los socorros que tanto se anhelaban. Desembarcó en una isleta (1) no muy distante de tierra, en donde se acampó, temiendo internarse por la corta fuerza que llevaba. Sin embargo, tanto este como Henriquez prestaron muy buen servicio á los sitiados, pues cuando los moros emprendian algun asalto, ellos salian de sus campamentos, se lanzaban sobre los reales enemigos, y llamándoles la atención de esta manera, quedaron ilusorios todos sus esfuerzos.

(1) Acaso la rambla de Cabrias.

Continuaba aun el rey de Granada en la idea de rendir la fortaleza, cuando supo que el de Castilla se aproximaba á marchas forzadas, por lo que inmediatamente levantó el sitio, y se retiró causando cuanto estrago le fué dable en su tránsito hasta la corte.

El rey Fernando, que por este tiempo tenia ya alistado su ejército para hacer una segunda tala en la vega, con objeto de quitar á los granadinos la cosecha de los frutos tardidos, con aviso que se le dió del sitio de Salobreña, apresuró la marcha para socorrer la plaza; pero levantado aquel, retrocedió; y entrando en la campiña granadina quedó completamente asolada, en quince días que permaneció en ella; hizo dismantelar la fortaleza de Borjú-I-maleha y otras y se retiró. Boabdil y sus vasallos veian con dolor estos desastres; y aunque pasieron de su parte para impedirlos no les fué posible.

Por este tiempo habia estallado en Guadix una conspiración, ramificada en Almería, Baza y otros pueblos.

El marqués de Villena partió inmediatamente para aquella ciudad, hechó de ella á los moros, y les cerró las puertas. Estos desgraciados imploraron la clemencia del soberano, que á poco tiempo entró en Guadix; pero fueron desoidos sus ruegos, haciéndoseles saber fijasen su residencia en otros puntos, como lo verificaron, llevando consigo todos sus bienes. Los mudejares de Baza y Almería, á quienes se les comunicó igual orden, le dieron así mismo cumplimiento, retirándose unos á Africa, y los que no quisieron espatriarse, se avocindaron en lugares abiertos, para evitar que reiterasen sus proyectos de rebelion.

Finalmente, hallándose aun en Guadix el rey de Castilla, se le presentó Abdallá el Zagal, que habiendo perdido el prestigio que sus hazañas le adquirieran, y aborrecido del corto número de sus vasallos por haber cooperado á la ruina del trono de Granada, se hallaba decidido á pasar á Africa, y pretendia, que pasando al estado las veinte y tres poblaciones que poseia, se le diese su equivalente en metálico.

Fernando accedió á esta pretension, y mandó que se

le entregasen cinco millones de maravedis, y un salvo-conducto para que no se le opusiese impedimento en su marcha. Esta la verificó inmediatamente con su familia y tesoros, embarcándose para Africa. Fernando dispuso que se dismantelase la fortaleza de Andarax y todas las demas de aquel territorio.

Tal fué el fin de la carrera del Zagal en España; pero aun lo fué peor en aquel continente; pues considerado por el rey de Fetz como traidor, y causante de la ruina del poder mahometano en España, fué condenado á que se le privase de la vista, lo que se ejecutó, pasándole por delante de los ojos una plancha de cobre candente; siendo ademas privado de sus riquezas, que fueron confiscadas. Asi, pues, arrastró una vida triste, desdichada y miserable, hasta que la parca lo lanzó al sepulcro.



CAPITULO XLIII.

FERNANDO EN LA VEGA DE GRANADA. — TALA EN LA ALPUJARRA.
— SITIO DE ESTA CIUDAD. — HAZAÑA DE PULGAR. — LLEGA-
DA DE ISABEL AL CAMPAMENTO. — BATALLA DE LA ZUBIA.

Corria la egira 897. (Año 1491.)

El poder mahometano en España tocaba ya á su oca-
so; el trono de Granada se bamboleaba, se estremecía.
Darse, pues, debía el fatal golpe que lo destruyera al
cabo de diez años de continuada y sangrienta lucha.

Tal era el proyecto de los reyes de Castilla.

Estos se hallaban en Sevilla en los primeros meses
del año; y en esta ciudad dieron las órdenes convenientes
para abrir la campaña. Se publicó la guerra santa; convocose
para esta memorable cruzada á todos los grandes del reino;
se previno á los concejos alistasen las tropas con que cada
uno debia contribuir á ella, y se señaló á Córdoba como
cuartel general. Por despachos librados en Sevilla á diez de
febrero, se obligó á los judios á que satisficiesen un repartimiento
bastante crecido para atender á los gastos de la guerra; y por
último, el once de abril salieron los reyes de aquella ciudad
con el principe don Juan, las infantas sus hijas

y toda la corte, para la de Córdoba. En esta permanecieron el tiempo necesario para acabar de arreglar los negocios concernientes á su empresa, y partieron para Alcalá la Real.

En esta plaza se quedaron la reina, el príncipe, las infantas y la corte, encargada aquella de las provisiones del ejército; el rey emprendió la marcha para la vega de Granada el veinte y uno del mismo mes de Abril. Acompañábanle en tan memorable expedición el maestro de Santiago, los marqueses de Villena y Cádiz, don Rodrigo Ponce de Leon, los condes de Tendilla, Ureña, Cabra y Cifuentes; don Alonso de Aguilar y otros campeones de no menos nombradía. Muchos que no concurrieron personalmente enviaron sus tropas al mando de caudillos de su confianza. Mandó Fernando hacer alto en el punto llamado cabeza de los ginetes, hasta que se incorporara toda la hueste que le seguía; y prosiguiendo despues hacia Granada, paró en el bado del río Velillos, á donde concurrieron las gentes de Sevilla y su demarcacion. Reunido todo el ejército, que se componia de cuarenta mil infantes, diez mil caballos, buen tren de artilleria, carros y un número considerable de bagajes, marchó hacia la vega con el mayor orden.

El sábado veinte y cuatro de Abril llegó á una corta aldea defendida con un pequeño castillo (1) llamada ojos de Huéscar, distante poco mas de una legua de Granada. Asentado el real en este paraje, y convencido Fernando de que solo por la hambre se rendiria la populosa corte de Boabdil, mandó al marqués de Villena saliese aquella misma noche con tres mil caballos y diez mil infantes á talar los punes y saquear el Val de Aletin (2) y otros valles de la entrada de las Alpujarras: pero noticioso el rey de que en este fragoso terreno pudieran reunirse mas de tres mil hombres de

(1) Aun subsiste hoy parte de esta fortaleza, á quienlos del país llaman Torre-Hueca.

(2) Conocido hoy por valle de Lecrin.

pelea, y queriendo asegurar la empresa encomendada al de Villena, partió del campamento con una division y se encaminó hacia los desfiladeros de la vecina sierra. Al pasar por delante de Granada, los atacó un buen golpe de caballeria agarena; pero habiéndole salido al frente los condes de Tendilla y de Cabra, dieron sobre ella con tanta fortuna, que en breve quedaron desbaratadas, viéndose obligadas á retirarse á la ciudad.

Prosiguió el rey su marcha; y en el Pradal encontró al marqués de Villena, que ya regresaba felizmente con un gran botin y número considerable de prisioneros. Allí pasaron la noche del veinte y cinco de Abril, y tomado algun descanso, á la mañana siguiente partieron al punto designado. Conocida por los moros de Granada la direccion de Fernando, salieron los almogavares con precipitacion y ocuparon los puntos mas importantes que debian servir de paso á la hueste cristiana; mas el marqués de Cádiz, que mandaba la vanguardia, los desalojó de ellos, despues de una pequeña escaramuza; y el ejército prosiguió adelante. Recorrió la Alpujarra sin mayor oposicion, destruyó veinte y cuatro pueblos, taló todos sus campos, regresando al Pradal con riquísima presa de esclavos, ganados y otros efectos de mucho valor. Al siguiente dia, la hueste se puso en movimiento, tomó la torre de Gandua y se restituyó á los reales.

A este tiempo, pues, Granada presentaba el aspecto mas imponente. Luego que Boabdil tuvo aviso del movimiento del ejército cristiano, reunió su consejo, para deliberar el partido que debia tomarse: hubo diferentes pareceres, estando la mayoria, que tenia familias é intereses que guardar, por una avenencia honrosa; otros, que eran guerreros por ejercicio, y algunos por puro patriotismo, opinaron por la inversa; de manera que nada pudo decidirse definitivamente. Abul-Casim-Abdelmelech, primer waicir, manifestó que dentro de la ciudad existian víveres para algunas meses; pero que la mayor parte de la tropa era allegadiza y que no debia contarse con ella para una defensa pro-

longada. Los discursos que despues pronunciaron algunos de los primeros caudillos, apesar de la general consternacion que reinaba en la poblacion, decidieron á los del consejo á defenderse hasta morir. En su consecuencia se adoptaron para ello todas las medidas que se creyeron oportunas; se nombraron los capitanes que debian encargarse de la guarda de las puertas, de los baluartes y de las murallas: á Abdelmelech se sometió el cargo de hacer el alistamiento de soldados, cuidar de las armas y de las provisiones. Por fin, las órdenes que se dieron fueron tan estrechas, que aquella ciudad allende entregada á la molicie y al descanso confiada en la paz, presentaba ya un cuadro asaz hostil y helicoso. Salian á menudo partidas de caballeria ligera, que sin empeñar escaramuza formal, molestaban de continuo al ejército enemigo; en el que por este motivo se tenia la mayor vigilancia.

Elegido para establecer los reales cristianos el paraje que queda indicado, se distribuyeron las tiendas de los gefes y las barracas de los soldados en hileras paralelas, formando calles; en el centro descollaba el régio pabellon, cubierto de púrpura y telas de oro, que deslumbraba herido por los rayos del sol. El terreno cuadrangular que ocupaba el campo se fortificó con fosos y parapetos; y al derredor vagaban sin cesar patrullas para impedir toda sorpresa. Además, fuertes destacamentos recorrían todas las avenidas de los caminos, para impedir que en la poblacion entrasen tropas, ni comestibles de ninguna clase.

Terminadas las obras de fortificacion, y tomadas todas las precauciones de seguridad que eran consiguientes, el rey lo manifestó á la reina, y esta se puso en camino para el campamento con el príncipe, las infantas y toda la córte. Su presencia causó en el ejército la mas extraordinaria alegría; recibiendo á su llegada la mas completa ovacion de entusiasmo y amor hacia su persona. El marqués de Cádiz le cedió su tienda; que despues de la del rey, era la de mas rango por el lujo con que estaba adornada.

Ya habian trascurrido muchos dias de sitio, y en ellos

habian sido continuas las escaramuzas y hechos parciales entre guerreros cristianos y granadinos, las cuales sin producir nunca bien alguno, ofrecian por lo regular la muerte de algun caballero, cuyo valor debia contribuir á la rendicion de Granada y que el enemigo se alentase; por ello, pues, Fernando prohibió todo encuentro de esta especie, y permitiendo solo se acometiesen lances, cuyos resultados pudiesen cooperar á la consecucion del objeto de aquella santa guerra.

Así permanecieron las cosas, y pasando un dia tras otro dia se prolongaba el asedio, sin que en Granada se notase sintoma alguno de rendirse. La fogosa juventud castellana constituida en una continua inaccion y privada del duelo con los caudillos musulmanes, que lo tenían como por via de distraccion, se encontraba hastiada, y deseando ciertamente que los moros atacasen para entrar en la liza. Un hecho de armas que ocurrió en este tiempo causó extraordinaria admiracion en el campamento, al paso que en Granada, difundió admiracion y espanto.

Hernan Perez del Pulgar, conocido por el caballero de las hazañas, hallándose en Alhama, poco despues de su conquista, y á presencia de varios compañeros de armas, hizo voto de entrar en Granada, prenderle fuego, y tomar posesion de la mezquita mayor para consagrarla despues en iglesia dedicada al culto cristiano. Aunque la vigilancia que se observaba en aquella ciudad en el tiempo á que nos referimos, era suficiente para creer inelicaz cualquiera tentativa con tan atrevido objeto, el de Pulgar no le arredraba, y se decidió á cumplir su voto. Para ello, hizo estuviesen listos para acompañarle quince de sus guerreros, entre los que se contaban Francisco de Bedmar su cuñado, y Pedro del Pulgar liberto suyo. En esta ocasion no era ya tan activa la vigilancia de los granadinos, por cuanto se convencieron de que el rey cristiano no pensaba en hostilizar la corte muzlimica con las armas, si solo por medio de la hambre; y esperanzado Hernan Perez en el descuido del enemigo, salió con los suyos de los reales una noche mediada su carrera, y guiado por su

liberto, como práctico en el terreno, entraron por el río Darro en su confluencia con el de Genil y subiendo su cauce con el mayor silencio, llegaron al paraje en que un puente ponía en comunicación los dos barrios de la ciudad, dividida por su corriente. (1) Hicieron alto debajo de su arco en donde les mandó permanecer ocultos y en observación de lo que pudiera ocurrir: él, Francisco de Bedmar y otros cuatro, guiados por Pedro del Pulgar, siguieron el cauce hasta llegar al segundo puente. Treparon con escalas los pretiles de la ribera derecha del río, y sin ser sentidos se dirigieron á la mezquita. La ciudad se encontraba tranquila, sus guardias entregados al descanso, de manera que atravesaron una pequeña parte de ella, no sin mucha precaucion, pero sin obstáculo que se opusiese á su proyecto. En efecto, hallándose en una de las puertas de la mezquita sacó un pergamino en que se hallaban escritas las palabras de AVE MARIA, atólo al pomo de su puñal, y clavándolo con fuerza en la tablazon de la puerta lo dejó colgado, como en prueba de toma de posesion; se aproximó despues á otra de las entradas del templo mahometano, y aplicándole un hacha encendida para prenderle fuego, retrocedió con los suyos apresuradamente al punto en que los demas le esperaban impacientes, y tomaron todos la vuelta para el campamento. Como era de esperar, advertido este atrevido hecho por los granadinos, sorprendidos y alarmados corrieron en busca de sus perpetradores; pero en vano, se hallaban ya bien retirados de la ciudad. (2) Luego que en los reales cristianos se con-

(1) Es presumible fuese el llamado del Alamo, recientemente destruido.

(2) Este hecho es uno de los mas controvertidos de la historia de Granada; unos escritores lo consideran como histórico, otros como una mera tradicion popular, y algunos no lo refieren. Se nota además entre los historiadores diversidad notable en la época en que tuviera efecto, como tambien en sus circunstancias mas esenciales; pero nosotros, teniendo á la vista la real cédula de 29 de Setiembre de 1528 expedida por el Emperador Carlos V en la Alhambra de Granada, concediendo privile-

dió suceso tan audaz, recibió el héroe ejecutor de él los mas cumplidos parabienes, no solo de sus amigos y principales caballeros de la corte, sino tambien de los mismos reyes.

Continuaba el asedio en el mismo estado, y corria ya el mes de Agosto. La reina de vez en cuando, acompañada de su esposo y de la grandeza, paseaba el campamento, su presencia entusiasmaba al soldado, y le tributaba mil y mil muestras de su adhesion y aprecio. Por el contrario en Granada, desde que supieron sus defensores la llegada de la soberana á los reales cristianos, se apoderó de ellos cierto temor, cierto presentimiento triste y desagradable, que disminuyó en mucha parte su valor y su ardimiento. Confiados en que Fernando levantaria el sitio luego que llegara la estacion de otoño, perdieron esta esperanza con la venida de Isabel, que era como una prueba de que no se alzaria mano en el asedio, interin la ciudad no se rindiese. se equivocaba; estaban decididos aquellos reyes á no permanecer en la vega y arrostrar cuantos trabajos les sobrevinieran hasta tanto que Granada se entregase.

Habia manifestado la soberana en algunas ocasiones sus deseos de ver la ciudad desde un punto mas proximo, y contemplar el alcázar de la Alhambra y sus antiguos y rogizos torreones. Dióse al marqués de Cádiz la orden para preparar la escolta que debia acompañar á las personas reales. Aquel noble guerrero, siempre activo, siempre diligente, mandó alistar la hueste que proteger debia el tránsito, compuesta de lo mejor y mas brillante que habia en los reales, y el dia veinte y cinco de Agosto se puso en marcha la cabalgata, dirigiéndose á una aldea situada en un cerro á la izquierda de Gra-

pio de sepultura y asiento en el coro de la Catedral de aquella ciudad, cuyo documento caracteriza el hecho como cierto y verdadero, le hemos dado lugar en esta reseña histórica, pintándolo en la época y del modo que está referido por algunos escritores, cuyas formas creemos mas probables.

nada. (1) Allí desde una azotea, prevenida de antemano, disfrutó la reina del grandioso cuadro que desde aquel punto de vista presentaba la capital del ya reducido reino de Granada. La hueste que la escoltaba se había situado en buenas posiciones por si los moros hacían alguna salida repentina. Don Alonso de Aguilar, el marqués de Villena y el conde de Ureña se habían situado con sus batallas en la ladera del cerro; el marqués de Cádiz, los condes de Tendilla y Cabra y don Alonso Hernandez, señor de Alcaudete, con buen número de soldados, formaron en el llano, cada cual con su respectiva gente. Como quiera que los granadinos viesan á los cristianos en órden de batalla, se apresuraron á salir con dos piezas de artillería, formando al frente la suya, esperaban que estos acometieran; mas permanecieron pasivos en virtud de órden que la reina había enviado al marqués de Cádiz, para que no se empeñase escaramuza alguna.

Así permanecieron ambas huestes muchas horas, hasta que los moros rompieron el fuego de artillería, y en este caso ya no pudo evitarse la liza, que fué cruel y encarnizada, dando por resultado la derrota de los infieles, con gran pérdida de muertos y prisioneros. Durante esta batalla, Isabel y sus damas estuvieron orando y pidiendo al Todopoderoso concediese la victoria á los que peleaban por defender los santos dógmas.

A esta accion que fué de las mas sangrientas de la guerra santa que los reyes de Castilla sostuvieron para lanzar de una vez de España al islamismo, se le dió despues el nombre de la *Batalla de la reina*. (2.)

(1) Algunos historiadores señalan el día 18 de junio. La aldea es la población conocida hoy con el nombre de la Zubia.

(2) En conmemoracion á este triunfo, fundó despues la reina en aquel mismo lugar un convento de frailes de la órden de S. Francisco, en cuya huerta se veia el laurel que señalaba el sitio en que la soberana estuvo orando.

CAPITULO XLIV.

INCENDIO DEL REAL CRISTIANO.—CONFUSION QUE EN EL OCURRIO.—FALA DE LA VEGA.—ULTIMA BATALLA.—QUEDA LA VICTORIA POR LOS CRISTIANOS.—SE RETIRAN AL MISMO CAMPAMENTO.—CONSTRUCCION DE LA CIUDAD DE SANTA-FE.

Despues de la batalla de la Zubia, ó sea de la reina, ningun otro hecho de armas ocurrió que sea digno de mencionarse; pues los moros, con la derrota que en aquella sufrieron, quedaron tan acobardados, que ni aun se atrevian á salir de la ciudad, como antes lo verificaban muy á menudo: de manera, que el ejército cristiano se encontraba descansado y tranquilo, aunque la vigilancia no se había disminuido, por si aquella inaccion de los infieles era un ardid para preparar una sorpresa. Sin embargo, el sosiego que disfrutaban los cristianos, vino á alterarse por un acontecimiento casual, que puso en gran consternacion á los reyes y á todo el ejército.

La noche había tendido su negro manto bordado de refulgentes lunares; llegada era la hora del descan-

so y en el campo reinaba un profundo silencio, interrumpido solo por las pisadas de las patrullas que de continuo rodeaban los reales, y por la voz de los centinelas que de vez en cuando corrían la palabra. La reina, según su costumbre, se había retirado á su alfaneque para rezar sus horas religiosas. Postrada ante una divina imagen que se hallaba colocada sobre elegante mesa en uno de los aposentos interiores, de improviso se vió iluminada por una luz viva, y envuelta de un humo denso, que se extendía por toda la estancia; pasados algunos segundos, todo el pabellon era presa de voraces llamas. La reina, rodeada de tan inminente peligro, é impulsada por su singular valor, salió de la tienda precipitadamente, no sin alguna esposicion, y cubierta solo del sencillo traje que usaba despues que se recogia. La cariñosa Isabel corrió anhelante é inquieta en busca de su esposo, temiendo acaso por su vida; empero este, el mas pronto, el mas dispuesto en todos los peligros, que á los primeros sintomas de alarma, habia saltado de la cama, salióle al encuentro sorprendido, y sin poder acertar cual fuese el motivo de aquel horroroso desastre.

En efecto, era un desastre horroroso. El fuego en pocos minutos, impelido por el viento, habia corrido á las tiendas inmediatas, y de estos á todo el campamento.

Devoradoras llamas se elevaban en el espacio, oscurecidas por columnas de humo; el espanto se habia apoderado de los cristianos, que ignorando aun la causa del incendio, presumian, no sin fundamento, fuese una estratagemá del enemigo. Las damas, aterradas y cubiertas aun con ligera ropa, corrían desalentadas; los soldados, los capitanes, los caudillos mas esclarecidos habian desalojado sus tiendas y barracas, y despavoridos no acertaban si debían acudir al fuego ó empuñar la lanza; todo era desórden, confusion; mas al fin se restituyó la calma y la tranquilidad, averiguado que los precedentes del incendio fueron casuales, y efecto solo del descuido y poca advertencia de una dama de cámara de la reina, que puso una vela encendida, próxima

á las colgaduras de la estancia inmediata, y les prendió fuego.

Apesar del trastorno que habia surgido en el campo, no habia dejado de preveherse, que los granadinos hubieran podido aprovecharse de él para dar un asalto; y con objeto de evitarlo, el marqués de Cádiz puso sobre las armas tres mil caballos, que permanecieron el resto de la noche prevenidos, y hasta bien entrada la mañana siguiente. En ella se observó el gran estrago que el fuego habia causado en los reales, reduciéndolo todo á cenizas, de las que aun se alzaban algunas pequeñas columnas de humo, presentando á la vista el cuadro mas triste é imponente.

Durante este funesto acontecimiento, los granadinos, que lo observaban desde la ciudad, se encontraban perplejos, sin saber á que atribuirlo, y sospechando fuese acaso algun ardid de los cristianos, para escitarlos á una salida, teniéndoles prevenida una celada; así que no se atrevieron á dar paso fuera de murallas, si bien permanecieron con cuidado por si era otro el objeto. Luego que supieron por sus espías la verdadera causa, no tan solo se desvanecieron sus sospechas, sino que cobraron esperanza de que Fernando con suceso tan desgraciado, levantaria el sitio y se retiraria.

No se oscureció esta idea á la particular perspicacia de aquel soberano, y para desvanecerla dió órden de que en la misma mañana siguiente al incendio, estuviese todo el ejército dispuesto para continuar la tala proyectada. En efecto, se puso en marcha al toque de cajas y trompetas y con banderas tendidas dirigieron-se á Granada; se destacaron partidas que arrasaran completamente la vega, y llegaron hasta muy cerca de sus muros.

Los moros, que se hallaban prevenidos y creyendo que el objeto del rey cristiano era presentarles la batalla, la aceptaron, y salió una brillante y numerosa hueste, capitaneada por el mismo Abu-Abdallá. Pronto se empeñó la liza, en que por una y otra parte se hicieron los mas heroicos esfuerzos de valor: los cristianos peleaban por su religion, por adquirir gloria; los

infeles por sus dógmas, por sus familias, por sus intereses, por sus hogares, por sus propiedades que las veían destruir y asolar enteramente. Mucho tiempo se mantuvo indecisa la victoria; mas al fin, la infantería granadina comenzó á ceder el campo, y como se viese acometida por algunos escuadrones castellanos, se desordenó y huyó con precipitación á la ciudad. Todos los esfuerzos de los gefes para contener á los soldados fugitivos fueron inútiles; en cuya situación, no pudiendo la caballería sola sostener tan empeñado combate, se dió orden de retirada, que se verificó sin orden, y en ella quedando rezagado Boabdil con un corto número de su escolta, se vió tan apurado, que estuvo á punto de caer prisionero, si fiado en la ligereza de su caballo y arrojándole el acicate, no se salvara, entrando en la ciudad á carrera tendida. Luego que los granadinos se hallaron dentro de murallas, empezó un fuego tan vivo de artillería, dirigido á los cristianos desde los baluartes, que Fernando se vió en la necesidad de mandar reunir el ejército, y volver victorioso á sus malhadados reales. Y he aquí, pues, los resultados de la última acción campal habida entre uno y otro poder, y á la cual se siguió muy en breve la ruina del trono muzáimico de Granada.

Sin embargo de este contratiempo, aun conservaban los infieles la esperanza de que los cristianos se retirasen luego que entrase la estación de las lluvias; pero aquella esperanza desapareció cuando vieron alzarse otro campamento sólido y consistente, que defendía á la sitiadora hueste de la inclemencia del tiempo: este era la ciudad llamada de Santafé.

Después del incendio del real, se lamentaba el ejército de que continuando el sitio, se verían todos expuestos á los ardientes rayos del sol, y mas adelante á las iras del invierno sin abrigo ni defensa donde acogerse. Este disgusto que ocupaba de continuo á los guerreros cristianos, llegó á oídos de la reina, quien al punto tomó una resolución hija de su carácter firme y emprendedor: había concebido, pues, el proyecto de construir una ciudad estensa y capaz de contener

dentro de sus muros la numerosa hueste que la acompañaba. Tan noble pensamiento mereció la aceptación general; y todos los prelados, los principales caballeros, los caudillos que capitaneaban las tropas de las comunidades, todos, todos ofrecieron á la reina su cooperación hasta ver efectuado pensamiento tan grandioso. Pronto se tomaron las medidas necesarias para ello, y se encomendaron los trabajos á las gentes de Sevilla, Córdoba, Jaén, Ecija, Carmona, Xerín, Ubeda y Andújar.

Se trazó el plano de forma cuadrada, con dos anchas y prolongadas calles, formando cruz, una estensa plaza en el centro, cuatro puertas, y fortificada por un profundo foso y una muralla bastante espesa. Fué tal la asiduidad y la emulación de los operarios, que trabajando á porfía consiguieron verla concluida en poco mas de dos meses; de cuya manera quedó el ejército á cubierto, no solo de la inclemencia del próximo invierno, sino tambien de cualquier ataque que intentara el enemigo.



CAPITULO XLV.

CUADRO LASTIMOSO DE LOS HABITANTES DE GRANADA.—CRITICA SITUACION DE ABU-ABDALLA.—SE ENTABLAN NEGOCIACIONES SECRETAS PARA CAPITULAR.—ENTRA GONZALO DE CORDOBA EN GRANADA.—CONDICIONES IMPORTANTES DE LA CAPITULACION.—SE APRUEBA Y SE SUSCRIBE POR LOS REYES DE CASTILLA.

La derrota que los moros sufrieron en la última batalla consternó sobre manera á los habitantes de Granada; el luto y el quebranto se veían retratados en los semblantes de todos sexos y edades, y un aciago porvenir era el presagio general.

Ya por este tiempo, los rigores de la hambre se hacían sentir con demasia, y los vecinos, lánguidos y estenuados, recorrían las calles clamando por sustento. Tan triste situación agravóse hasta lo sumo, al ver desde las torres y azoteas alzarse como por encanto el nuevo campamento, que probaba la resolución de los reyes

castellanos de permanecer en él, y no alzar mano en el asedio hasta que Granada se rindiese.

Si el pueblo con estas circunstancias se hallaba abatido y congojoso, no lo estaba menos su soberano: conocía ya la fatalidad de su estrella, y por consiguiente le abandonó la esperanza, remplazándola la incertidumbre y la zozobra. En vano pretendía suavizar su pena con ideas alhagueñas; estas eran transitorias y se desvanecían rápidamente á impulso de imágenes desgarradoras. El presente y el porvenir luchaban á la vez en su mente y lo constituían en el mas deplorable estado: tendía la vista sobre las circunstancias que le rodeaban, temiendo las iras y el furor del pueblo, vacilaba en la resolución que debiera tomar; lanzaba una mirada á lo futuro, y solo encontraba un cuadro de humillacion y deshonra. Tal era la amargura que devoraba el corazón del jóven monarca.

Sin embargo, á la manera que el navegante en el seno de la borrasca, y rodeado de peligros, fija su ansiosa vista en el mas pequeño objeto que allá en lontananza juzga como su salvacion; así Boabdil, retraído en los suntuosos salones de la Alhambra, fija también su imaginación en una idea, que considerándola como única favorable, la conserva y la oculta en su pecho sin atreverse á comunicarla ni aun á su propia madre. Esta idea, pues, era la de una capitulación honrosa; pero su irresolución y su timidez eran aun mayores que los compromisos que lo rodeaban. Por fin, acosado por la necesidad de adoptar un medio, se resolvió á franquearse á su favorito Juzef Aben-Commixa; este que hacia algun tiempo que abrigaba igual pensamiento, ocultándolo con la mayor reserva, aceptó la proposición, y por su mediación se dirigió á los monarcas de Castilla una carta del de Granada, siendo su portador el astuto y ladino moro Hamet Hóleilas. Los reyes recibieron esta nueva con suma alegría, y desde luego contestaron cortesmente, manifestándole, que creían lo mas oportuno, tanto en obsequio á la reserva con que debía arreglarse este negocio, cuanto á la brevedad con que convenia se ultimase, el nombramiento de un represen-

tante por cada una de las dos coronas, quienes facilmente podrian arreglar las bases sobre que debia estibar la capitulacion. (1)

En efecto, conforme Boabdil con este parecer, autorizó á Abul-Cacim el Muleh, hermano de Aben-Commixa, alférez del pendon real: por parte de los monarcas cristianos obtuvo esta honra Hernando de Zafra, secretario particular de la reina Isabel. Comenzaron tan importante trabajo por una correspondencia que el mismo Holeillas conducía; mas como este recurso era demasiado largo y muy espuesto, el asunto de suyo necesitaba voz viva; se entablaron conferencias secretas entre uno y otro representante, reuniéndose en la fortaleza de Churriana en altas horas de la noche y con cuantas precauciones son imaginables. Vencido, pues, este obstáculo, se presentó otro de mucha mas entidad. Como se ha dicho, Abu-Abdallá se hallaba dotado de carácter tímido é irresoluto, lo cual no podia menos de retrasar la conclusion del tratado; y era necesario por lo tanto una fuerza estraña y potente que desvaneciese su natural apatia, y la indolencia con que miraba negocio tan urgente y grave, haciendo desaparecer estos dos inconvenientes que obstruian su marcha, su terminacion seria rápida y veloz.

En tal concepto, se dispuso que Hernando de Zafra entrase en Granada reservadamente, hablase con el rey y le hiciese presente la premura con que debia ventilarse el asunto. No sin disgusto de Isabel, marchó una noche para aquella ciudad su secretario privado, disfrazado con traje árabe, acompañado de Hamet Holeillas, y con un salvo conducto de Boabdil.

Trascurrido habia el tiempo suficiente para que despues de discutido el particular que versaba, y ultimado de un todo, el de Zafra hubiese vuelto á Santa-Fe; pero esto no se habia verificado, careciéndose absoluta-

(1) Algunos historiadores dicen que para la entrega de Granada contribuyó mas el oro que las armas. La lición que se dió á este asunto y en que están conformes todos los escritores, así lo demuestran.

mente de noticia alguna suya, lo cual tenia á los reyes de Castilla en el mayor desasosiego é inquietud; pues no pudiendo penetrar la causa de la detencion, creian se hubiese cometido con él alguna traicion infame. Sabedor Gonzalo de Córdoba del disgusto de los soberanos, se ofreció á entrar en Granada en busca suya. Muchas instancias, muchos esfuerzos tuvo que emplear este caudillo para que los reyes consintiesen en tan arriesgado paso; pero habiéndolo conseguido, se puso en marcha sin pérdida de momento, cubierto con un traje africano, y guiado por un moro toruadizo, de quien tenia evidentes pruebas de lealtad y cariño.

Habiendo dado feliz cima á su proyecto, se presentó en secreto en la Alhambra, en donde supo por Hernando de Zafra que la detencion era causada solo por la irresolucion de Abu-Abdallá, que lo tenia constituido en tal inaccion, que seria imposible terminar el convenio, como no se empleasen otros medios que impulsasen al soberano á decidirse. Conferenciado este punto con la debida detencion entre los dos caballeros cristianos, Aben-Commixa y el Muleh, se decidió por unanimidad que Gonzalo tuviese una entrevista reservada con Boabdil. Esta se verificó con las precauciones convenientes, si bien la inquietud y la zozobra estaban retratadas en el semblante de Abdallá, tanto por si se llegase á descubrir aquella conferencia por sus vasallos, cuanto por la desconfianza de que naturalmente estaba dotado el soberano. Por fin, no sin mucho trabajo, y haciéndole entender la irrevocable resolucion que los reyes de Castilla habian tomado de no levantar el asedio hasta que Granada se rindiese, y por otra parte, haciéndole una pintura fiel de la triste situacion en que la hambre tenia al vecindario y á la tropa, cuyo estado cada dia se empeoraria mas y mas, pudo alcanzar Fernandez de Córdoba el consentimiento de Boabdil para que se asentasen las condiciones de la capitulacion; en las cuales se deja muy bien conocer cuan propicios estuvieron los caballeros cristianos para asegurar á los habitantes de Granada, cuanto pudiese contribuir á su bienestar y futura tranquilidad.

Constaba el tratado de diferentes artículos, de entre los cuales conviene hacer mención de algunos, aunque ligeramente, pues la falta de cumplimiento que después tuvieron, fué la causa de los grandes trastornos, que trascurridos algunos años tuvieron lugar, como se referirá en el resto de esta historia, y en prueba á la vez de que el oro mas que las armas contribuyó á la rendición de Granada, como ya se ha indicado. Su contenido es el siguiente:

Art. IV. Item es asentado y concordado que sus altezas é sus descendientes para siempre jamás dejarán vivir al dicho rey Muley Boadily é á los dichos alcadís é sabios, é mollies, é alfaquies, é alguaciles, é caballeros, é escuderos, é viejos, é buenos, é ombres, é comunidad chicos é grandes é estar en su ley, é non les mandaran quitar sus algimas, é cumaaas, é almuedanos, é torres de los dichos almuedanos, para que llamen á sus azalaes é dejaran é mandaran dejar á las dichas algimas sus propios y rentas, como agora las tienen, é que sean juzgados por su ley xaracima con consejo de sus alcadís, segun costumbre de los moros, y les guarden é mandaran guardar sus buenos usos é costumbres.»

Art. VIII. «Item es asentado é concordado que agora nin en tiempo alguno sus altezas nin el dicho señor príncipe nin sus descendientes non hayan de apresurar nin apremien á los dichos moros, ansi á los que hoy son vivos como los que dellos subdieren á que traigan señales.»

Art. XII. «Item es asentado é concordado que ningun cristiano sea osado de entrar en casa de oracion de los dichos moros, sin licencia de los alfaquies, é que si entrare, que sea castigado por sus altezas.»

Art. XXI. «Item es asentado é concordado que ninguna justicia non pueda proceder contra la persona de ningun moro por el mal, que otro oviese hecho, é que non padesca padre por hijo, nin hijo por padre, nin hermano por hermano, nin primo por primo. Salvo que quien ficiere el mal que lo pague.»

Art. XXXI. Item es asentado é concordado que si algun moro toviere alguna cristiana por mujer que se

haya tornado mora, que non la puedan tornar cristiana sin su voluntad della, é que sea preguntada si quiere ser cristiana en presencia de cristianos é moros. E que en lo de los hijos é hijas nacidos de las romyas se guarden los términos del derecho.»

Art. XXXII. Item es asentado é concordado que á ningun moro nin mora fagan fuerza á que se torne cristiano nin cristiana.»

Ademas de la capitulacion á que corresponden los precedentes artículos, se celebró otra particular, por la cual, Boabdil ofrecia entregar la ciudad, dando para mayor seguridad quinientas personas en clase de rehenes, hasta que se verificase la entrega; y reiterando á la vez los reyes de Castilla su promesa de recibir y tratar á los moros como súbditos, y amparar sus personas y bienes. Se le dejaban á Abdalla por juro de heredad las villas y lugares de las tabas de Berja, Dalías, Marxena, Boloduy, Lahar, Andaráx, Uxijar y otras, libres de pagar tributos; y tambien los bienes que poseia en vida de su padre. Asimismo su madre y familia quedaban en quieta y pacífica posesion de sus pertenencias; y por último, conlencia esta segunda estipulacion el curioso artículo que sigue:

«Item es asentado é concordado que hagan sus altezas merced al dicho rey Muley Boardely de treinta mil castellanos de oro, en que montan catorce cuentos é quinientos é cincuenta mil maravedis; los cuales sus altezas mandaran pagar luego que les fuere entregada el Alhambra é las otras fuerzas de la cibdad de Granada, que se han de entregar al término susodicho.»

Tales fueron las condiciones estipuladas con el rey Abdallá, y que presentadas por Hernando de Zafra y Gonzalo de Córdoba á los reyes de Castilla obtuvieron su aprobacion, suscribiéndolas ambos en 25 de Noviembre de 1491.

CAPITULO XLVI.

SITUACION DE LOS GRANADINOS.—CONMOCION POPULAR.—SE RINDE GRANADA.—LA OCUPA EL CONDE DE TENDILLA.—ENTRADA DE FERNANDO E ISABEL.

Cuando se estipularon las bases de las capitulaciones, los representantes de los reyes de Castilla arreglaron con el de Granada una tregua de setenta dias, hasta pasados los cuales no se entregaría la ciudad; siendo probable que se diese á Boabdil este tiempo con el objeto de que se pudiera predisponer al pueblo para recibir tan cruel acontecimiento, y evitar un conflicto; y por otra parte para que aquel desgraciado soberano arreglase sus negocios para la marcha. Sin embargo de estar concluido y terminado el convenio de sumision y vasallaje, Fernando mandó que continuara la misma vigilancia con el objeto de que ni víveres ni tropas entraran en Granada; por manera, que el desaliento en sus habitantes habia llegado á su colmo, al paso que se aumentaba la hambre. Mas apesar de aquel desaliento la mayoría de los granadinos, ó mejor dicho, la gente de armas, no se prestaba á la rendicion, esperanzada en que la fortuna le fuese aun propicia; de carácter

— 321 —

helicoso y sin otro ejercicio que la guerra, no podian convenir en entregarse á un enemigo, que aunque tenia dadas evidentes pruebas de su generosidad y munificencia, era irreconciliable por la diversidad de sus principios religiosos, de sus costumbres y aun de sus leyes, á las cuales nunca podrian adherirse, como tampoco al estado pasivo á que tendrian que sugetarse necesariamente; siendo este mas doloroso por cuanto no conocian otro género de vivir que el robo, y el botín que hacian en sus continuas correrias. Asi, pues, no dejaban de notarse algunos síntomas de insurreccion; pero pronto eran desvanecidos por las gestiones del gobierno y de los amigos de Abu-Abdallá.

Continuaba la tregua de los setenta dias, cuando un moro, que se tuvo por demente, corriendo por calles y plazas, publicaba en voz alta que Granada se iba á entregar á los cristianos, segun tratos secretos que Boabdil tenia con el monarca castellano. A la manera que la amortiguada luz próxima á extinguirse, cobra vida repentinamente, y un resplandor que lanza mas vivo, mas luminoso, aunque pasajero y transitorio precipita su muerte, así los granadinos, próximos tambien á hundirse para siempre en un abismo, estenuados por la hambre, sin fuerzas para seguir arrojando males de tan prolongado asedio, y exhaustos de recursos con que poder aliviar sus males, se reaniman, recobran su valor y acuden á las armas al escuchar la terrible revelacion de su compatriota. Mas de veinte mil hombres se encontraron en cortos momentos dispuestos á derramar sangre musulmana, sangre real, si necesario fuese. Todo el dia y la noche duró la conmocion; pero á la siguiente mañana habiendo desaparecido el frenético moro, y á efecto de las extraordinarias gestiones que practicaron los amigos del monarca, los amotinados se retiraron y se restituyó la tranquilidad. Boabdil, que durante el alboroto habia estado retraido en la Alhambra, luego que se hubo sosegado, se presentó en el Albaicin barrio en que se hallaba el foco de la insurreccion. Allí mandó convocar á los principales cabezas de ella, y aun á otros muchos caballeros de la ciudad, y

les hizo presente las circunstancias difíciles que se atravesaban, los ningunos medios de reponer los males, y por último, la resolución irrevocable de Fernando de no retirarse, hasta que ocupase á Granada. De este modo, pues, pudo conseguir de ellos una conformidad, aunque forzada, y que consintiesen en la entrega.

Esto adelantado, y temeroso Abu-Abdallá de que otro nuevo movimiento de igual naturaleza, no solo lo pusiese en un compromiso con los reyes de Castilla, sino de que su vida peligrase, avisó á estos secretamente de la ocurrencia, manifestándoles que el día siguiente le haría la entrega de la ciudad y de sus fortalezas, apesar de que no se hubiese terminado el plazo convenido.

Cual sería el regocijo de aquellos soberanos y aun de todo el ejército, es bien fácil conocer. Inmediatamente se mandaron venir á Santa-Fé al hijo de Boabdil y á los demas caballeros que en clase de rehenes habia aquel entregado, y se custodiaban en el castillo de Molin; se encargó la tenencia á don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, y se hicieron todos los preparativos necesarios para que se hiciese la ocupacion de la Alhambra y de los castillos con las seguridades oportunas.

No bien los fulgurantes rayos del sol plateaban los elevados picos de Sierra nevada el día 2 de *Rabi primero* de la egira 897 (2 de Enero de 1492) cuando el ejército cristiano se veía formado en la llanura próxima á la ciudad de Santa-Fé. Los reyes y los infantes puestos de rigorosa gala, seguidos de todos sus ilustres campeones y de la numerosa hueste de la cruz, se pusieron en marcha hácia Granada. Luego que hubieron llegado á la margen izquierda del Genil, á corta distancia de su puente, mandó Fernando hacer alto junto á una mezquita que existia en el mismo lugar, y que despues se erigió la ermita de S. Sebastian. Allí se presentó Boabdil, acompañado de algunos caballeros y con una escolta de cincuenta ginetes leales; con aire triste y sombrío se dispuso á hechar pié á tierra para besar la mano al monarca vencedor, pero este no le permitió, tratándole con afabilidad y dulzura. Entonces el

último rey de Granada con tono grave le dijo: «tuyos somos, rey invencible; esta ciudad y reino te entregamos, confiados usarás con nosotros de clemencia y de templanza.» Al terminar estas breves pero significativas palabras, le entregó las llaves, y se retiró camino de sus estados en la Alpujarra, para cuyos lugares ya habian partido su madre, esposa y familia.

Terminado este acto, el conde de Tendilla, el maestro de Santiago, el marqués de Cádiz, los prelados de Toledo y de Sevilla, Fray Hernando de Talavera, electo arzobispo de la ciudad conquistada, y otros capitanes, marcharon con direccion á ella, seguidos de tres mil infantes y tres mil caballos. Llegaron á la Alhambra por fuera de murallas para no alarmar al pueblo, y en la torre principal de la fortaleza, que es la que se conoce hoy con el nombre de *la Vela*, se tremolaron los estandartes de la cruz, de Santiago y de Castilla, prorrumpiendo el ejército en repetidos vivas y aclamaciones.

A este tiempo estaba ya prevenido en el campo el altar de campaña que los reyes acostumbraban llevar en todas sus expediciones, ante el cual dieron gracias al Todopoderoso por la feliz terminacion de tan importante empresa, entonando despues la real capilla un solomne *Te-Deum laudamus*. Concluido este acto religioso, regresaron á Santa-Fé.

Difícil sería pintar el dolor y consternacion que en tan preclaro día para las armas cristianas, se habia apoderado de los vecinos de Granada; baste decir que en una ciudad tan populosa, no se oía el mas leve rumor; que sus calles estaban desiertas; que las puertas y agimezes se veian cerrados, y que sus vecinos retraidos á lo interior de sus hogares, sentian y derramaban lágrimas por pérdida tan considerable.

Desde tan fausto día, el conde de Tendilla se dedicó á tomar las precauciones convenientes para el sostén de la tranquilidad. Ocupó militarmente todos los castillos y baluartes, poniendo en ellas crecidas guarniciones, y adoptó otras medidas análogas, no solo á la seguridad de los cristianos, sino tambien á la de los granadinos.

El día seis de Enero, verificaron les reyes su entrada en la ciudad con el mayor orden y ostentacion; dirigiéndose desde luego á la Alhambra, en donde en uno de sus suntuosos salones, se habia colocado una imagen de Nuestra Señora (1), ante la cual, despues que aquellos soberanos dieron gracias por tan grandioso triunfo, se celebró el sacrificio de la misa. Terminada esta ceremonia, los caudillos del ejército, la nobleza y los principales habitantes de Granada se presentaron á rendir á los monarcas el debido acatamiento y á besarles la mano; despues lo hicieron tambien los diputados de todos los pueblos y fortalezas, que aun no se habian sometido.

Tal fué el resultado de una guerra de diez años: tal el fin de la dominacion sarracena de cerca de ocho siglos en España; en los rogizos torreones del alcázar régio, en que por tanto tiempo hondeara el estandarte de la media-luna, tremolóse por primera vez el de la cruz; el trono que ocuparan veinte reyes del islam, ocupose por esclarecidos monarcas del cristianismo: las suntuosas mezquitas erigidas para la adoracion de Mahoma, en breve se tornarian en templos dedicados al culto del Nazareno; y por último, la orgullosa ciudad de las mil y treinta torres, que hasta aquel día ostentara su poder y su grandeza, rindió su altivez ante las armas de Aragon y Castilla: su felicidad, sus glorias desaparecieron para siempre; en pos de ellas, llegado habia una nueva era de abatimiento y depresion.

(1) Se cree era la imagen de Ntra. Sra. del Populo, que despues se colocó en un arco junto á la sacristia de la Catedral.

CAPITULO XLVII.

EMBAJADA AL PAPA.—DISPOSICIONES DE LOS REYES.—PREMIO A LOS CONQUISTADORES.—COLON EN GRANADA.—ESPULSION DE LOS JUDIOS.—LOS MOROS INTENTAN LA REACCION.—TRANQUILIDAD.—SALEN LOS REYES PARA CÓRDOBA.

Luego que los reyes cristianos concluyeron de recibir el parabien de los representantes de las provincias de España y de los pueblos sometidos anteriormente á su poder, enviaron un embajador al papa para que le manifestase el triunfo obtenido, con el cual habia terminado de un todo la dominacion mahometana en la península ibérica. Aquel fué bien recibido y en Roma se hicieron grandes funciones por el feliz éxito de la cruzada, y ventajosos resultados de la propaganda cristiana.

A la entrada del conde de Tendilla en Granada se encontraban en ella mas de quinientos cautivos, que puso en libertad, y en procesion devota pasaron á Santa-Fé á besar la mano á los reyes sus libertadores; estos, hallándose ya en aquella ciudad, dispusieron que los hierros que habian arrastrado durante su esclavitud se colocasen en la iglesia de san Juan de los Reyes de To-

ledo, para perpetuar la memoria de tan esclarecido triunfo.

Confirmaron en su tenencia al conde de Tendilla, encargándole el gobierno militar y político de Granada y pueblos de su reino. Sus atribuciones no eran limitadas; y así es que podía conocer en todas las causas criminales contra cristianos nuevos, transugas á Africa y secuestro de sus haciendas por este delito, con aplicación á obras de castillos y murallas, cuyas facultades fueron de aquella tenencia hasta que se declaró la apostasia por el tribunal de la Inquisición. Conocía así mismo en las causas sobre derecho de Fardo, adjudicaciones, repartimientos y pago de moros y esclavos que se cogiesen en cabalgadas de rebatos, y considerado como inspector de las tropas que guarneceían las plazas del reino, conocía en las revistas de ellas y demas que les era concerniente. Tenía así mismo jurisdicción ordinaria, política y económica en el alcázar de la Alhambra, sus castillos, y demas fuertes y lugares sugetos á ella; y en las aguas que los surtian, con inhibición absoluta de otros tribunales. Se le concedió el privilegio de tener silla en la capilla real; y al real alcázar el de libertad de derechos de carne, vino, aceite, vinagre, pescado, y demas comestibles, como tambien de las alcabalas que por ventas se devengasen dentro de murallas; con prohibición espresa de que jurisdicción alguna se entrometiesen en nada concerniente á los castillos sugetos á él, sus soldados ni dependientes.

Los mismos reyes asignaron y confirmaron sus sucesores de la fortaleza, y cuanto á ella pertenecía, dos millones y doscientos mil maravedís en cada año en juro sobre la renta de azucar y millones de este reino, penas de cámara, sobrantes de leña, caza y pesca del soto de Roma, y en algunas casas comprendidas dentro de sus muros. Pero despues muchos de aquellos privilegios se han ido estinguiendo, y la mayor parte de las rentas no subsisten; pues los juros se incorporaron á la corona en el reinado de Fernando VI; las penas de cámara y sobras del soto de Roma se emanciparon del objeto á que estaban destinados; y aun á pesar de las

gestiones que se hicieron en diferentes épocas por sus alcaldes ó gobernadores, y de mandarse su total reintegro al real patrimonio, tan solo se consiguió el de una cantidad muy ínfima á su primitivo importe.

Se dispuso igualmente por los reyes conquistadores que el derecho primitivo de aquella jurisdicción fuese mero, mixto imperio, con alcalde, alguacil, escribano, cárcel, horca y cuchillo, que hubiese carnicería y pescadería; y crearon los destinos de contador de guerra, veedor, contador de obras y hacienda, y pagador: siendo atribuciones del alcaide de la Alhambra el nombramiento de todos sus subalternos; excepto la alcaldes de la torre del Agua que dieron á Juan de Trillo; y al capitán Guzman la de la puerta principal de la fortaleza, conocida por puerta Judiciaria. La alcaldia de Generalife se dió á Gil Vazquez Rengifo, la cual vino despues á la casa de don Pedro de Granada Venegas, por casamiento que este hizo con doña Maria Rengifo Davila, hija de aquel, perpetuándose en este linaje por el rey Felipe IV, y agregándole la jurisdicción del cerro del Sol y antiguos edificios moriscos, con mero, mixto imperio, horca y cuchillo,

Por fin, fué electo arzobispo fray Hernando de Talavera, corregidor de la ciudad, el licenciado Calderon, alcalde de casa y córte; y á Hernando de Zafra se dió la comisión especial de conocer sobre el arreglo de las calles, plazas y tiendas del Zacatín. Remuneraron los servicios de los conquistadores, haciéndoles mercedes de tierras y otras posesiones de que pudieron disponer: al marqués de Montes-claros, á los duques del Infantado y de Sesa, y al conde de Coruña dieron casas en Granada; á don Rodrigo de Mendoza donaron el estado de Ceneite con título de marqués, y una casa de campo en Darabenz, ribera de Genil, llamada antiguamente palacio de don Nuño Gonzalez; y por último, á otros muchos caballeros se dieron tierras, casas y heredades, agregándose el resto á la corona.

Hallándose aun los reyes de Castilla en Granada tuvieron lugar dos grandes acontecimientos, cuyos resultados contradictorios y opuestos influyeron en gran

manera en el porvenir de la nacion española, el primero fué el descubrimiento del nuevo continente; el segundo la espulsion de los judios; de ambos hablaremos con la precision que nos hemos propuesto en esta publicacion.

Cristobal Colon, nacido en una aldea de Génova y dotado de excelentes prendas intelectuales, se habia dedicado con asiduidad al estudio de la geografia; en sus trabajos habia concebido la idea de la existencia de tierras desconocidas en el occidente; mas como sus recursos fuesen escasos, nunca pudo ver en práctica sus teorías. Hallábase en la isla de Madera, cuando arribó á ella, arrojada por un fuerte temporal, una embarcacion que hacia comercio en las costas de Africa; afecto Colon á la náutica dió hospedaje á su patron; quien á poco tiempo murió, dejándolo por dueño de todos sus papeles. Entre ellos encontró apuntes de gran importancia para él; pues los descubrimientos hechos por aquel navegante en sus viages le aseguraron en su pensamiento, y desde luego se propuso poner de su parte cuanto pudiese para dar cima á su proyecto.

Marchó á Portugal, propuso á su monarca la empresa, y no tan sólo se negó á darle los auxilios necesarios para ponerlo en ejecucion, sino que fué tenido como demente: iguales resultados obtuvieron sus gestiones en la corte de Inglaterra; y habiendo venido á España hizo iguales tentativas con los duques de Medina-Celi y Medina-Sidonia, quienes no menos que aquellos soberanos, lo consideraron como embustero ó mentecato. Practicó por último sus diligencias en la corte de Castilla, sin resultado alguno favorable; pero obtenida recomendacion de Alonso de Quintanilla, tesorero de los reyes para el cardenal arzobispo de Toledo, alcanzó por su mediacion que luego que se terminase la guerra de Granada se examinarían sus proposiciones. Con esta esperanza, pues, y trascurridos seis años, se presentó en el real de Santa-Fe, en donde haciendo una reseña de sus vastos planes, fué escuchado por el rey de Castilla con el mas vivo interés; pero exáusto de fondos por la guerra que felizmente acababa de terminar, no pudo

aceptar las ofertas de Colon; este, viendo ilusorios sus deseos, se disponia para emprender su marcha á Francia, cuando la magnánima Isabel, entusiasmada por la alhagüeña pintura que hiciera de sus planes el genovés, ofreció atender á los gastos que fuesen necesarios con el valor de sus joyas. En efecto, la decision de la soberana entusiasmó igualmente á todos los cortesanos, y don Luis Santangel, su escribano de raciones, prestó diez y seis mil ducados, cuya cantidad se creyó suficiente para emprender el viaje. Habiendo pasado los reyes á Granada se espidió la cédula de privilegio á favor de Colon con fecha treinta de Abril, concediéndole la dozaba parte de los derechos reales de las tierras que descubriese, no siendo el descubrimiento en perjuicio del rey de Portugal. El día tres de Agosto del mismo año se hizo á la vela en el puerto de Palos de Moguer, en la carabela *Santa Maria*, acompañado de Martin Alonso y Vicente Yañez Pinzon, que capitaneaban la *Pinta* y la *Niña*, con solo ciento veinte soldados. A los sesenta y nueve días de su salida descubrió el nuevo Mundo, y al par que ornó su frente con una corona de inmortalidad y de gloria, aumentó á la vez los dominios y las riquezas de España de la manera mas considerable.

Cuando en el imperio de Tito Flavio Vespasiano se cumplieron las profecías de la destruccion de la ciudad santa, sus hijos se vieron lanzados de sus hogares y obligados á emigrar. Esta raza proscripta y errante tuvo que diseminarse por las provincias del imperio, si bien arrastrando las cadenas de la esclavitud, por doquier injuriada, perseguida, y en sus labios siempre la triste copa de la amargura y del quebranto: y he aquí la época en que los judios verificaron, sino la primera peregrinacion á España, el aumento de las colonias que se suponían establecidas en la península, cuya cuestion no nos ocupamos de analizar. Con alternativa de mas ó menos encarnizada persecucion trascurrieron algunos años, hasta la época en que se celebró el concilio Iliberitano (1) en la cual aquella se hizo mas os-

(1) En los años 300 á 301.

tensible, atrayéndose el pueblo proscripto y desgraciado la odiosidad y la indignacion con solo su presencia. Así nos lo prueban los cánones 47 y 48 de aquel concilio, en que terminantemente se prohibia que los que tuviesen heredades no consintieran que los judios bendijesen sus frutos; y que ninguno pudiese comer con ellos.

Sin embargo, su asiduidad para el trabajo, y sus buenos cálculos comerciales les habian proporcionado inmensas riquezas, habian estendido por nuestro suelo sus relaciones mercantiles, y de este modo consiguieron vivir en algun tanto tranquilos, y arraigarse: mas en el reinado de Recaredo, y despues de su conversion, se promulgó la ley de intolerancia, y principió nuevamente la persecucion, con mas ó menos encarnizamiento segun el celo religioso de los monarcas godos. Entre los que desplegaron mayor rigor contra la miserable raza, fué Sisebuto, ya fuese por un verdadero celo religioso, ó ya por instigaciones de la córte imperial de Oriente: fué, pues, el resultado que habiéndose propuesto extirpar de sus dominios los dógmas judaicos, publicó una ley por la que se obligaba á todos los hebreos á recibir el bautismo bajo pena de ser rapados y azotados con destierro y confiscacion de bienes. Tal violencia produjo que unos realizaran sus capitales y emigraran sigilosamente; desapareciendo de este modo multitud de brazos útiles, que daban al estado considerables ingresos; y que otros, conviniendo á sus especulaciones permanecer en España, abrazaran la religion católica aparentemente, y se cometiesen crímenes horribos contra ella. Algunos que ni emigraron ni quisieron recibir el bautismo, fueron encarcelados y condenados á trabajos perpétuos, experimentando toda la dureza de un celo mal entendido.

Posteriormente el concilio IV Toledano modificó el edicto de Sisebuto, previniendo que solo se obligase á los judios á permanecer en el culto cristiano en el caso de que lo hubiesen abrazado voluntariamente; que los hijos de hebreos se educasen por personas cristianas; que los que se bautizasen no tuviesen comunicacion

alguna con aquellos que aun continuasen en el judaismo; y por último, que á los convertidos se les diese posesion de sus bienes. En los reinados de Recesvinto y de Ervigio, hicieron los israelitas profesiones de fe, obligándose á su observancia por juramento. En el de Egica fueron perseguidos y sufrieron castigos, pero precedieron para ello motivos políticos, y por último, como quiera que en el territorio de Granada se hallasen sus dógmas mas arrigados, que en ningun otro pais de España, se recomendó á las autoridades la rigurosa observancia de las órdenes del gobierno sobre este punto y la de los decretos de los concilios.

Así continuaron las cosas en los años sucesivos hasta la invasion africana, que para los judios fué un iris de felicidad, como precursora de su futura libertad. En efecto, en los invasores hallaron apoyo y proteccion, ya por las simpatias de sus religiones, ya porque la odiosidad que habian cobrado á los cristianos los ponian en el caso de ser sus mas irreconciliables enemigos, y por consiguiente centinelas avanzados que vigilaran todos sus actos. Tales los consideraron los árabes, cuando los proveyeron de armas y les encargaron la custodia de la raza católica. Mas aquel sosiego, aquella libertad se fué estinguendo pasados algunos siglos, á proporecion que los monarcas cristianos fueron ampliando sus dominios con conquistas, y muy particularmente cuando en el año de 1478 se estableció la Inquisicion en los estados de Castilla.

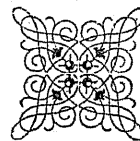
Empero, si bien se vigilaban, si se perseguian, si se castigaban inhumanamente por aquel tribunal cruel y arbitrario, nunca llegó al estremo de dictarse una medida injusta y general como la que Fernando V, llamado despues el Católico, dictó en Granada mal aconsejado sin duda por ambiciosos favoritos. El dia tres de Marzo de 1492 se promulgó en aquella ciudad una ley para que todos los judios vecindados y establecidos en los dominios españoles; saliesen de ellos en el término de tres meses, sino quisiesen abrazar la religion cristiana: trascurrido aquel tiempo se procederia contra ellos por el juzgado inquisitorial y sus bienes serian

confiscados. Hasta cuatrocientos veinte mil isrraelistas emigraron, y en Sevilla fueron condenados por judaizantes mas de cien mil personas, á pena de muerte y otros horrosos castigos, con pérdida de sus bienes, que se aplicaron al pago de sueldos de los ministros del Tribunal. Esta medida, pues, privó á nuestra nacion de aquel considerable número de brazos útiles y de cuantiosas riquezas que se estrageron por los emigrados, sin otro beneficio que cebar la indefinida ambicion de los satélites del mal llamado, santo oficio, que tenían á su cargo la administracion del pingüe patrimonio que constituyeran, vertiendo sangre inocente, y usurpando la propiedad agena, sin otras pruebas que las forjadas por ellos con siniestras intenciones.

Tan crueles persecuciones no pudieron menos de causar un considerable perjuicio á las artes, á la industria y al comercio; autorizó á hombres de costumbres relajadas, y que altamente despreciaban los sanos principios de la religion cristiana, para que saciasen sus pasiones desmedidas; para que esparciendo luto, terror y espanto, no solo se hiciesen temibles al pueblo, sino á las mas elevadas clases del estado, y aun al mismo trono; y en fin, para que cometiesen toda clase de iniquidades á sombra de una infame y detestable hipocresia. Y por último, persecucion tan encarnizada, tan despótica y tan arbitraria no podia menos de ser contraria á la ley evangélica, como dijo cierto escritor contemporáneo: sus santos dógmas, sus doctrinas de tolerancia y de caridad, nunca prescribieron el rigor ni la fuerza para que los extraños se adhiriesen á ellos: nunca debió usarse de violencia para la conversion de los hebreos, que observaban la religion en que nacieran fiel y estrictamente.

Los reyes aun permanecian en Granada ocupados en ultimar el arreglo de los negocios concernientes á la conquista, y los moros alarmados sin duda por aquella injusta providencia, en la que veian un verdadero ensayo de la arbitrariedad que despues se desplegaría contra ellos, trataron de promover algunos alborotos, propendiendo á la reaccion; pero en sus primeros sin-

tomas fueron sofocados, y castigados sus principales autores: de modo que restablecida la tranquilidad, los monarcas y la corte salieron de Granada en los primeros dias de Mayo con direccion á Córdoba.



CAPITULO XLVIII.

SE RETIRA ABU-ABDALLA A AFRICA.—DISGUSTO DE LOS MOROS.—TITULO DE CATOLICOS A LOS REYES DE CASTILLA.—PROGRESOS EN LA CONVERSION DE LOS INFIELES.—FERNANDO E ISABEL VIENEN A GRANADA.—ES LLAMADO CISNEROS PARA COOPERAR A LA CONVERSION.—SU CONDUCTA.—MEDIDAS QUE ADOPTÓ.—REFLEXIONES SOBRE ELLAS.—MOTIN EN GRANADA.—TALAVERA LO TRANQUILIZA.—NUEVAS REFLEXIONES.—DESAGRADO DE LOS REYES CATOLICOS.—EL CARDENAL SIGUE EN SUS PROYECTOS DE VIOLENCIAS.—CONSIGUE LA PROMULGACION DE UNA LEY PARA QUE TODOS LOS MOROS SE BAUTICEN.

No dejaron de repetirse algunos amagos reaccionarios en Granada y otros pueblos principales, despues que los soberanos abandonaron la antigua corte de los reyes mahometanos. Esto, segun algunos historiadores, impulsó á Abú-Abdallá, que continuaba pacífico en su retiro de la Alpujarra, á pensar en abandonarle y retirarse á Africa. Segun otros, dió este paso, compelido por medios indirectos que Fernando puso en juego, de comun acuerdo con su valido Aben-Commixa; opinando algunos que lo verificó, satisfecho de la situacion precaria en que se encontraba, viéndose vasallo de su

vencedor y constituido á pasar su vida humildemente en un territorio donde habia ejercido su poder real. Sea lo que quiera respecto á las causas que motivaron la marcha del ex-monarca de Granada, es el resultado, que entre Hernando de Zafra, que residia en esta ciudad, y Aben-Commixa, que aun tenia los poderes de Boabdil, se arregló una capitulacion para la enagenacion de los bienes que se le habian cedido por los reyes de Castilla y los que antes poseia, en la cantidad de ochenta mil ducados: esta venta á favor de aquellos soberanos se aprobó por ellos en Barcelona á 15 de junio de 1493; y entregada la suma estipulada, el antiguo rey de Granada se embarcó con toda su familia en Almeria en los últimos meses del mismo año con direccion á Fez. Asentó su residencia en esta ciudad, donde murió; si bien algunos escritores dicen que terminó su vida en una batalla en el rio de los Negres, vado de Buacuba, como aliado del rey de Fez contra el de Marruecos. De este modo, pues, todas las villas y lugares que en la Alpujarra pertenecian á la corona de Castilla por derecho de conquista, y se habian emancipado por cesion hecha para la entrega de Granada, se le unieron nuevamente, reconociendo á Fernando é Isabel como únicos dueños soberanos, y pagándoles los mismos tributos que los demas pueblos.

En el tiempo trascurrido desde la época en que aquellos monarcas salieron de la corte granadina para Córdoba hasta el año de 1496, ningun acontecimiento notable ocurrió; si bien el disgusto de los moros se aumentaba á proporecion que en la ciudad se iba acrecentando el número de habitantes cristianos, que acudian á ella de otros pueblos, por quienes eran tratados con dureza, desabrimiento y aun con maneras humillantes. Sin embargo, los vencidos reprimian su justo enojo, y aunque se empeñaban algunas rencillas particulares entre unos y otros, eran terminadas tan luego como se presentaba alguna autoridad ó delegados de ella.

En aquel mismo año, los monarcas de Castilla fueron agraciados por el papa con el renombre de REYES CATOLICOS, lo cual ocasionó algunos disgustos con el de

Portugal, cuyo resentimiento duró algunos años.

Desde los primeros síntomas de rebelion de los moros mudejares, algunos prelados por un celo mal entendido habian aconsejado á aquellos soberanos mandasen que todos se bautizaran, y los que no quisiesen dar cumplimiento á esta órden fuesen espatriados. Tan atroz y monstruosa propuesta no podia menos de ser hija de consejeros preocupados por un fanatismo religioso, é indiferentes al derramamiento de sangre que arrastraria tras sí su ejecucion. Los reyes Católicos así lo consideraron, y desde luego lo reprobaron, concretándose solo con encargar al arzobispo Talavera, varon virtuoso, de santas costumbres y de carácter suave y persuasivo, desplegase todo su celo en la conversion de los infieles, sin ningun género de fuerza. El activo prelado, no menos desoso que aquellos monarcas, de obtener adelantos en la propaganda cristiana, comenzó su obra con la esplicacion de las doctrinas religiosas y con la persuasion, sin separarse un ápice del evangelio, y siguiendo en un todo la marcha que observaron los apóstoles del Redentor para estender por toda la tierra los dógmas de su divino maestro. A efecto de estos medios saludables consiguió inculcar aquellos principios en un numero considerable de moros, que convencidos de ellos, recibieron voluntariamente el agua del bautismo, observando en lo sucesivo una conducta verdaderamente cristiana.

Por el mes de Mayo de 1499 vinieron los reyes á Granada con el objeto de cerciorarse por sí mismos de los adelantos que se habian obtenido en la conversion de los infieles y conocer á la vez la armonia que observaban los moros y los cristianos, cuya reciproca amistad y buena correspondencia consideraban de sumo interés, no solo para el mantenimiento de la tranquilidad pública, sino para sostener á raya y cual era debido aquel estado social que aun estaba naciente, y se componia de elementos enteramente contrarios y opuestos. Entre algunas medidas que dictaron para completar la santa obra de la abjuracion de los mahometanos, fué la de hacer venir á Granada al Arzobispo

de Toledo fray Francisco Gimenez de Cisneros, con el laudable fin de que ayudara en ella al prelado Talavera. Bien conocia Fernando el carácter duro y áspero de aquel ministro del santuario, así como sus doctrinas dominantes y despóticas; y por ello le previno á su retirada para Sevilla en el mes de Diciembre del mismo año, obrase en todo con la mayor cordura y templanza, con el objeto de evitar la exasperacion de los que únicamente por medios suaves, afables y persuasivos podian atraerse al seno de la iglesia.

La conducta que el primado de España observó desde un principio en tan delicada obra fué en un todo contraria á la que les prescribiera aquel monarca; obrando con la mayor arbitrariedad, ya fuese efecto de su carácter dominante, ó ya del gran influjo y predominio que ejercia sobre la conciencia de Isabel. Viendo la renuncia de algunos, adoptó medidas fuertes y severas para obligarlos á abrazar el cristianismo, alimentando de este modo un disgusto general, y atrayendo á su persona la animadversion y odiosidad de la raza muzlimica. En vano eran las reflexiones que le hicieran personas respetables, y que conocian ya á fondo el carácter de los que se trataban de convertir; en vano el peligro inminente de un rompimiento en que se derramarian arroyos de sangre; el fanático religioso siguió la tortuosa senda que se habia trazado, y para consumir su plan de violencias é injusticias obligó á todos los tornadizos ó renegados y á sus hijos á que abjurasen el islamismo. Dió órden á los dependientes de justicia para que persiguiesen y encarcelasen á los que no se prestasen á abjurar sus creencias; y hé aqui la medida que precipitó á la rebelion, que allanó su carrera para lo sucesivo, y que tantos males ocasionó á la nacion española.

Autorizados, como hemos dicho, los dependientes, cierto dia, cuando los ánimos se encontraban exasperados, un alguacil llevaba en calidad de presa á una hija de un tornadizo, por las calles del Albaicin: la afliccion de la jóven era estremada, y sus lamentos no podian menos de enternecer el corazon mas empedernido.

Esta violencia alarmó á los infieles, acudieron á las armas, libertaron á la inocente víctima, y dieron muerte al ministro que la conducía. Cometido ya este atentado á que habian sido provocados por Cisneros, forzoso era ya seguir la senda de la rebelion y ponerse á cubierto de las asechanzas de la autoridad. Se dirigieron á la Alcazaba, cercaron la habitacion del arzobispo de Toledo, y se prepararon para batirse, si necesario fuese, con la tropa que guarnecía la ciudad. El conde de Tendilla, cuya prudencia y cordura no puede negarse, rehusó echar mano de la fuerza armada, y se valió de medios suaves para contener aquel torrente que amenazaba los mayores desastres; mas los amotinados protestaban con razon, que ellos no solicitaban otra cosa que sostener sus derechos pactados y asegurados en una capitulacion ajustada por las coronas del islam y de Castilla; que no llevaban fin ninguno siniestro, ni de rebelion contra los soberanos católicos, que por el contrario, era su objeto sostener el honor del trono y el de los ilustres nombres de Fernando é Isabel, con que aparecía suscrita aquella capitulacion y que se habian mancillado por arbitrarios dependientes. Durante diez dias permanecieron los amotinados en estado completamente hostil, sin que ninguno de los medios que el conde tentara fuese suficiente á restablecer el órden; pero al cabo de aquel tiempo, el arzobispo Talavera, acompañado solo de un capellan y de Lopez de Mendoza se presentó en la plaza de Bib-al-bonut (1) y á costa de una breve exhortacion los rebeldes se sosgaron, se allegaron á él humildemente, besaron sus vestiduras con el mayor respeto, y garantidas por su palabra las seguridades ofrecidas por el conde, depositaron las armas y entregaron para su castigo á los perpetradores del asesinato. La tranquilidad se restableció.

Aqui tenemos, pues, dos prelados cristianos, cuyas dotes morales han sido igualmente recomendadas; á uno lo aborrecen y hostilizan los infieles; á otro lo respetan

(1) Véase Granada árabe.

y obedecen: y en este caso ¿podrá decirse que los secretarios de Mahoma se habian puesto en abierta lucha contra los ministros del Nazareno? nada de eso; lo que si se infiere es que la grandeza de alma, la santidad, la mansedumbre del uno habia infundido en ellos respeto y veneracion; la dureza y el carácter dominante y violento del otro, los habia exasperado y precipitado al crimen.

Este acontecimiento llegó á noticia de los reyes Católicos, y no pudo menos de desagradarles altamente la conducta observada por el cardenal. Este que no dejaria de conocerlo, abandonó á Granada y marchó á la corte, donde siguiendo sus proyectos de injusticias y violencias, y acaso tambien sediento de venganza, emprendió nuevos trabajos contra los que á cubierto de un tratado, fiaron en la palabra de aquellos soberanos. Les hizo presente cuan importante era la conversion de los infieles para que sus almas pudiesen hacerse partícipes de los dones celestiales y de la bienaventuranza; probó fanáticamente que el forzarlos á ello no era un quebrantamiento de la capitulacion, sino que por este medio se daba ensanche á los beneficios que en aquella se les habian concedido; y por último, que en nada se deprimia su autoridad, ni el honor del trono, obligándolos á la conversion. Con esta argucia teológica, y prevalido del ascendiente que como se ha dicho ejercía sobre la reina Católica, consiguió arrancar el decreto, obligando á todos los moros residentes en la peninsula á recibir el bautismo ó á emigrar de ella. Esta terrible ley, suscrita por unos soberanos que tantas pruebas habian dado de cordura y prudencia, que tanto habian trabajado por dar lustre y esplendor al sόlio castellano, y en fin, que tantas y tantas veces economizaron el derramamiento de sangre, se promulgó al cabo con baldon y mengua de los laureles y de la gloria que ornaran sus frentes. El fanatismo y la hipocresia vencieron en la liza religiosa; males sin cuento amenazaban á la nacion española,

CAPITULO XLIX.

ALZAMIENTO DE LOS INFIELES.—PREPARATIVOS HOSTILES.—
AMNISTIA.—BATALLA EN SIERRA BERMEJA.—MUERTE DE
DON ALONSO DE AGUILAR.—SALE FERNANDO A CAMPAÑA.—
RESTABLECE LA TRANQUILIDAD.—RECIBEN EL BAUTISMO LOS
MOROS.—LOS REYES CATOLICOS EN GRANADA.—SUS DISPO-
SICIONES.—MUERTE DE DON MIGUEL, PRINCIPE DE LA PAZ.
—ERECCION DEL CUERPO MUNICIPAL.—ERECCION DE LA
CATEDRAL, COLEGIATA Y PARROQUIAS.

Ya el cardenal de España había consumado su obra; ya sus fanáticos consejos habían precipitado á los reyes de Castilla á faltar á su real palabra; ya se había enarbolado el estandarte de rebelion; ya en fin se dió principio á las horrorosas escenas de sangre y de esterminio. Ignoramos si llegaria el dia en que arrepentido aquel prelado de su conducta, espermentaria remordimientos en su conciencia, y le argüiria por su arbitrariedad.

No nos detendremos en hacer una reseña del efecto que causara en los mudejares españoles aquella fatal ley; diremos si, que muchos emigraron á Africa, y que los demas corrieron á las armas, alzando el estandarte

de la rebelion en la Alpujarra. En sierra Bermeja se reunió un considerable número de sediciosos al mando del ferí de Benastepar, con sus familias y efectos de mas interés y ocupando en sus fragosidades ventajosas posiciones, esperaron con valor la llegada de las tropas reales que ya marchaban en su persecucion. Don Alonso de Aguilar capitaneaba la reducida hueste, que debia poner fin á a quel alzamiento, acompañado de los condes de Cabra y de Cifuentes. Bien conoció aquel experimentado guerrero desde un principio la comprometida empresa que se le confiara, y para la cual era insuficiente el corto número de soldados que se pusieran á sus órdenes; pero sin embargo, dispuesto á arrostrar cuantos peligros se presentasen partió contra los sublevados sin hacer la menor réplica. Apesar de estas medidas hostiles que tomó Fernando decretó una amnistia general á todos los que depusiesen las armas, volviesen á su obediencia y abrazasen la religion cristiana; mas este medio fué infructuoso, pues ninguno de los comprometidos quiso acogerse al perdon ofrecido por el soberano, temiendo acaso que faltase á su promesa, como habia faltado á lo convenido espresamente en la capitulacion.

Avistáronse los tercios de Aguilar y los rebeldes, se rompieron las hostilidades, y empenándose una accion sangrienta, los cristianos al fin se desvandaron, y don Alonso quedó muerto en el campo. Por los esfuerzos de los condes de Cabra y Cifuentes se reunieron varias tropas de las fugitivas, que sostuvieron por algunas horas el combate, pero sin embargo la ventaja estuvo de parte de los sediciosos. El rey Católico habia venido á Granada, y noticioso de esta desgracia, salió en persona al frente de una fuerza considerable á reprimir á los rebeldes; su preseneia no pudo menos de arredrarlos y en breve restableció el orden y la tranquilidad. La pérdida que recibieron los cristianos en esta triste jornada fué considerable.

Pacificada la comarca y convencidos los moros de que no cabia medio entre convertirse ó emigrar, no queriendo espatriarse de su pais natal, se decidieron

por lo primero; de manera que en el discurso de los años de 1500 y 1501 recibieron todos de grado ó por fuerza el agua del bautismo, permaneciendo en sus hogares quietos y sosegados. Aquel grave suceso hizo que los reyes Católicos fijaran su atencion en Granada con mas interés que los años anteriores; y así es que con objeto de velar sobre la conversion de los infieles, y al mismo tiempo proveher lo necesario á la tranquilidad pública, salieron de Sevilla el dia 22 de Junio del año de 1500, celebraron la fiesta de san Juan en Marchena, y el 27 partieron para Estepa. Visitaron las ciudades de Antequera, Loja y Santa-Fé, y á principios de Julio entraron en Granada, donde el 20 del mismo mes falleció el Príncipe don Miguel de la Paz, sin haber cumplido dos años, hijo único de la infanta doña Isabel y de don Alonso primogénito de Portugal, y que como nieto de los reyes de Castilla estaba considerado heredero del trono, por la estipulacion hecha de que este quedase siempre en príncipes españoles. El sentimiento de sus abuelos fué estremado, y hechas sus exequias se depositó su cadáver, que despues se colocó en el magnífico panteon que se construyó en la Real Capilla. Por muerte de este príncipe, el derecho á la corona pasó á su hija segunda doña Juana.

Tambien concertaron en Granada el matrimonio de la infanta doña Maria su hija tercera, con don Manuel, rey de Portugal que se hallaba viudo; y en 23 de Setiembre salió de Granada para aquel reino, acompañada de don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla y de otros varios caballeros, á quienes encomendaron su custodia los reyes Católicos, sus padres. Estos la acompañaron igualmente á Santa-Fé, en donde permanecieron hasta el 30 de Setiembre, que regresaron á Granada. El resto de este año y parte del siguiente continuaron en esta ciudad, ocupados en la conversion de los moros; mandaron que fuesen decapitados todos aquellos principales autores de la rebelion mas contumaces, y que se hallasen aptos para tomar las armas; las mujeres y los ancianos quedasen por esclavos; y que los niños de once años abajo se bauti-

zasen, mediante á que su corta edad debía atenuarles la pena.

Luego que en lo posible se tranquilizó el reino de Granada, como quiera que quedaron nulas las cláusulas de las capitulaciones, respecto á los privilegios concedidos á los moros tanto en lo civil, cuanto en lo religioso, y habiéndose aumentado considerablemente el número de cristianos residentes en aquella capital, se ocuparon los reyes en proveher lo necesario en ambos ramos. Por real cédula espedida en ella á 20 de Setiembre de 1501 se erigió el cuerpo municipal y otros oficios indispensables para la buena administracion judicial y económica. Se componia de veinte y cuatro regidores con el sueldo de tres mil maravedis al año; dos alcaides ordinarios que conocian indistintamente de las causas civiles y criminales de la ciudad y sus alquerias, con cinco mil maravedis anuales, y con voz y voto en el cabildo, no habiendo corregidor propietario, un alguacil mayor con voz y voto, y facultad de nombrar otros cinco subalternos, y de llevar derechos en las ejecuciones á tres maravedis el millar, con tal que no excediesen de trescientos, y en los casos en que no hubiese corregidor; veinte jurados, que asistiendo á los cabildos sin voz ni voto, pudiesen otorgar ú oponerse á los acuerdos que fuesen en pró ó en contra de los intereses del pueblo; veinte escribanos del número; otro de cabildo con el sueldo de cinco mil maravedis; un mayordomo de própios que debía nombrarse de dos en dos años con el salario de diez mil maravedis; un procurador con tres mil; un maestro de obras con igual salario; un portero de cabildo; un número de fieles encargados en el cumplimiento de las ordenanzas; cuatro intérpretes, seis pregoneros de idioma árabe, y otros seis de castellano; dos verdugos, uno de cada raza; y cuatro corredores de caballerias, y dos de fincas; cuyo régimen prevaleció por muchos años, hasta que se fué modificando segun lo exigian las circunstancias ó la esperiencia.

Se declaró la ciudad por la misma cédula libre de huéspedes, y que la chancilleria que se hallaba esta-

blecida en Ciudad Real se trasladase á ella, aun cuando esto no se verificó hasta el año de 1505. Se la señalaron para propios la casa de Al-madraza, en que se celebraban los cabildos, continuando hoy dedicada al mismo objeto, los osarios de los moros (1), la renta de la agüela, el término de Montejicar, la mitad de las penas que se impusiesen por inobservancia de las ordenanzas, las de almotacenazgo y el peso de Consejo; y para reparos de muros, puentes, algives y alcantarillas las mismas rentas que los moros tenían destinadas al efecto, declarando libres todos estos bienes del derecho de Jarda.

Compusieron el primer cabildo, el conde de Tendilla comó presidente; el licenciado Calderon, alcalde de casa y corte; don Pedro de Granada, alguacil mayor; los veinte y cuatro, don Diego Bobadilla, Pedro de Rojas, Gomez de Santillana, Francisco Gutierrez, Rodrigo Bazan, el doctor Guadalupe, médico de cámara de los reyes, Diego de Padilla, Luis de Valdivia, Fernando Sanchez de Zafra, Juan de Salinas, Francisco Gimenez, Gonzalo Fernandez de Zegri, Juan de Baeza, Pedro Fernandez, Francisco Henriquez el Pequeni, don Andrés de Granada, Francisco Perez, don Antonio de Bobadilla, Francisco Fernandez, Francisco de Peñalosa, Miguel de Leon, Alonso Fernandez, Fernando Chinchilla y Francisco de Torres; y los alcaldes ordinarios Padilla y Juan de Baena, todos hijos-dalgos y conquistadores del reino; siendo probable no se hubiesen nombrado aun los jurados, por quanto no resulta hubiesen asistido á este cabildo.

Tambien se procedió á la ereccion de catedral, colegiata y parroquias en el año de 1501. Por bula de Inocencio VIII, espedita en Roma á 4 de Agosto de 1486 á instancia de los reyes de Castilla, y sometida al cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, y á don Diego Hurtado de Men-

(1) Véase Granada árabe.

doza arzobispo de Sevilla, y á sus sucesores en esta dignidad, se les conferia la facultad de hacer aquélla ereccion con el nombramiento de ministros y rentas competentes; dotando las iglesias con los décimos, frutos y rentas donados por los católicos soberanos. Presentada la bula al cardenal Mendoza, aceptó la jurisdiccion, y erigió la iglesia catedral con un dean, dotado con ochenta mil maravedis; arcediano, maestro escuela, chantre y tesorero con sesenta mil; cincuenta canónigos con cuarenta mil; cuarenta racioneros con treinta mil; veinte capellanes con veinte mil; veinte acólitos con diez mil; arcipreste con quince mil; un mayordomo de fábricas con la tercera parte de sus réditos (1); sochantre con seis mil; organista con diez mil; maestro de gramática con treinta mil; secretario con diez mil; sacristan mayor con doce mil; campanero y relojero veinte mil; pertiguero veinte mil, y perrero diez mil: para cuyo pago donaron los reyes cuatro millones de maravedises, dos para el prelado, y dos para los beneficios de la iglesia y fábrica de ella; y además que se distribuyeran los frutos en las horas canónicas, á proporcion de las que cada cual residiese en ellas. Asimismo señaló al prelado la cuarta parte de los diezmos de su diócesis; á los beneficiados la cuarta de los respectivos á su iglesia, y el resto se reservó á los soberanos y sucesores de la corona. A los curas se asignaron las primicias de sus parroquias, con las obvenciones é ingresos de ellas, escepto la octava parte que se dedicó al sacristan.

Despues, el arzobispo, en virtud de bula de Clemente VII de 1.º de febrero de 1527, y real cédula de Carlos V de 10 de diciembre de 1528, redujo á doce el número de racioneros, y verificó otras reformas útiles. Posteriormente se han practicado otras hasta el sistema que actualmente rige.

En el mismo año se hizo la ereccion de la colegiata del Salvador con un abad, dotado con cuarenta mil ma-

(1) Creemos sea una equivocacion en lugar del tres por ciento.

ravedis de renta; ocho beneficios simples con quince mil, cuya renta se aumentó con algunas donaciones hechas por la reina doña Juana; erigiéndose despues en canongias en virtud de bula de Clemente VII de 5 de febrero de 1533, espedida á instancia del emperador Carlos V. Y por último, don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla hizo la ereccion de parroquias, en 15 de octubre de 1501, señalando á cada una un cura, el número de beneficiados necesario para el servicio de ellas, y un sacristan.

Estos beneficios se dotaron en la parte de diezmos que le correspondia en la ereccion de que hemos hablado antes, y ademas con doce mil maravedis cada uno, (1)



(1) En la parte descriptiva se tratará de todas las erecciones religiosas con la estension que corresponde.

CAPITULO I.



DISGUSTO DE LOS MOROS.—OBSERVACIONES.—RECLAMACIONES AL SOLDAN DE EGIPTO.—SE TERMINAN FELIZMENTE.—MUERTE DE ISABEL.—SE CONDUCE SU CADAVER A GRANADA.—SE TRASLADA A ELLA LA CHANCILLERIA.—MUERTE DEL REY CATOLICO.—CISNEROS REGENTE.—CARLOS I EN GRANADA.—SE TRASLADA A ELLA LA INQUISICION DE JAEN.—SITUACION POSTERIOR DEL PAIS.

La fuerza que se hizo á los moros para que recibiesen el agua del bautismo causó en ellos mayor ódio, mayor encono hácia los cristianos. Si se humillaron á hacer aquella transgresion de su ley, fué por la necesidad; porque las persecuciones eran activas, porque los caldos estaban de continuo levantados, y porque aun cuando el fanatismo y la preocupacion religiosa los habia obligado á hacer una abjuracion de las creencias aprendidas desde su infancia, ni aquel fanatismo, ni aquella preocupacion, podian penetrar en sus conciencias, y por consiguiente se habian forzado á que su exterior fuese cristiano, su interior muzlímico: y he

aquí el modo con que aquel ministro del crucificado y los que siguieron y apoyaron sus doctrinas, consiguieron hacer mas odiosa, mas abominable á los ojos de los infieles la santa ley que profesaban; hé aquí el modo con que consiguieron que ocultamente se cometieran desacatos é irreverencias á la religion del hombre de Dios; y en fin, hé aquí como consiguieron retrogradar los grandes progresos que el prelado Talavera alcanzara con su predicacion razonada y persuasiva. ¡Oh fatal ignorancia! ¡Oh absurdo imperdonable! Si el sistema adoptado por aquel santo varon se hubiera seguido con perseverancia; si todos los ministros del altar hubieran observado igual conducta; si la autoridad eclesiástica en vez de hostilidad hubiera usado tolerancia; si el trono en vez de medidas coactivas é injustas, en vez de promulgar leyes que lo denigraban, en vez de dar oídos á consejeros orgullecidos por el favoritismo y la privanza, hubiera adoptado una marcha mas grave, pero benéfica y liberal, ofreciendo premios, garantías, privilegios á los que espontánea y voluntariamente se adhiesen á los dógmas evangélicos, á los que por una verdadera conviccion solicitasen entrar en el seno de la iglesia cristiana; á los que por efecto únicamente de la predicacion conociesen su error y lo abjurasen, entonces, y solo entonces hubieran cumplido con la alta mision que les estaba confiada; entonces y solo entonces se hubieran cogido ópimos frutos de obra tan grandiosa.

Láncese una ojeada, aunque rápida, hácia la época de su invasion; hácia los primeros años de su dominio en España; sobre la conducta que como conquistadores siguieron respecto á los vencidos, y encontraremos trazado un cuadro fiel, verdadero de su ilustracion y de su política; observemos pues en él aquella conducta y sus efectos, y racionemos.

En el discurso de la historia hemos dejado sentado el sistema que los caudillos vencedores del Guadalete, y los que despues rigieron los destinos de nuestro país, adoptaron relativamente á los cristianos. Les permitieron continuar el culto en sus templos; que sus actos re-

ligiosos fuesen tan ostensibles como lo habian sido hasta aquel tiempo; que tuviesen sus prelados y demas eclesiásticos necesarios para la direccion de las almas. En nada coartaron sus ritos, en nada atacaron sus principios religiosos; y si bien, pasados algunos años sufrieron algunas persecuciones, fué porque los mismos cristianos las provocaron con declararse hostiles en algunos puntos y conceptos; pero no llegó el caso de que por una ley sancionada por el trono de la mediana, se prohibiera profesar la religion evangélica, ni se obligase á sus prosélitos á abrazar el islamismo. La libertad de cultos que ellos toleraron, fué una de las principales causas de que se arraigase mas y mas su poder en España. Bien es verdad que los cristianos si vivian con absoluta independencia en barrios separados, se vigilaban rigurosamente; pero esta vigilancia no era efecto de la variedad de religiones, era sí, de que siendo ellos los conquistadores, forzosamente los cristianos debian ser sus enemigos irreconciliables. ¿Y cuáles fueron los resultados del sistema que aquellos siguieron respecto á los vencidos? que al cabo de algunos años se comenzaron á mezclar las razas española y africana con vinculos de sangre; que para contraer estos vinculos los cristianos abjuraban sus creencias, y voluntariamente abrazaban la religion dominante; y que el trato, la amistad, el comercio y otras causas, emanciparan espontáneamente un número considerable de la iglesia cristiana, renunciando sus doctrinas y abrazando el islamismo.

Por el contrario, si hubieran usado de la fuerza para que los cristianos se adhieran á la religion mahometana, ni la enemistad, ni el odio se extinguieran, y hubieran tenido que sostener de continuo una lucha interior, mas desastrosa que la que por tantos siglos sostuvieron á los reyes de Castilla y Aragon. Con esta conducta, pues, dieron los árabes una prueba bastante clara de su progreso en las luces, y de su cultura mas aventajada que la de los cristianos en el siglo diez y seis; y sobre todo, que conocian y sabian conservar sus verdaderos intereses. Si los monarcas católicos hu-

hieran observado igual sistema, se economizara mucha sangre, se evitaran los desastres que despues se siguieron, se hubiera conseguido sin trabajo la conversion de todos ó de la mayor parte á nuestra religion, y que por su emigracion, España no se viera privada de innumerables brazos útiles y laboriosos. Continuemos, pues, la reseña de los hechos históricos.

Reducidos al cristianismo los infieles, Granada y los pueblos de su comprensión presentaron tranquilidad, pero una tranquilidad aparente, pues los nuevos cristianos no podian menos de trabajar para romper las cadenas que los arrastraran tras el ominoso carro del despotismo. Dirigieron sus quejas al Soldan de Egipto, y le hicieron una pintura exacta de su triste situacion, solicitando su proteccion y su apoyo. De sus resultados mediaron contestaciones entre aquel gabinete y el de Castilla: y por último, fué necesario que los reyes católicos enviasen á Pedro Mártir de Angleria, para que verbalmente le diese una satisfaccion de la conducta que habian observado con los moros españoles; con lo cual esta cuestion quedó ultimada felizmente el año de 1502.

En el de 1504, dia 26 de julio, adoleció la reina de su última enfermedad; la cual fué agravándose hasta que murió el 26 de noviembre del mismo año, de edad de cincuenta y tres años, siete meses y tres dias, habiendo reinado cerca de treinta años. Nombró por heredera á su hija la princesa doña Juana, y con ella al archiduque su marido; previniendo en su testamento, se le diese sepultura en Granada en la capilla que al efecto habia fundado en union con su esposo don Fernando. En efecto, despues de haberle hecho los correspondientes funerales en Medina del Campo, donde falleció, se trajo su cadáver á la antigua corte ismíca, y se depositó en el convento de San Francisco de la Alhambra, hasta que se concluyese la obra de aquella Real capilla. Terminada que fué, depositaron en ella sus cenizas como se dirá en otro lugar.

Al siguiente año tuvo efecto la traslacion á Granada de la Chancillería que se hallaba establecida en Ciudad-

Real, precediendo para ella otra real cédula, espedida en Toledo á 8 de febrero del mismo año. Constaba este superior tribunal en aquel tiempo de seis salas; cuatro de oidores, una de alcaldes de crimen, y otra de hijosdalgo.

Ningun suceso notable tuvo lugar desde aquella fecha, hasta el fallecimiento del rey católico, ocurrido en Madrigalejo el dia 23 de enero de 1516, despues de haber vivido sesenta y dos años, cuatro meses y trece dias, y reinado algo mas de cuarenta y un años. Su cadáver fué conducido á Granada con gran pompa, donde yace con el de su esposa. Nombró por regente del reino durante la minoridad del príncipe Carlos, al cardenal fray Francisco Gimenez de Cisneros, mas bien por la influencia que ejercieron en él sus consejeros, próximo ya á morir, que por su espontánea voluntad.

Poco tiempo duró la regencia de Cisneros; pues habiendo venido Carlos á España el año de 1517, procedente de Flandes, en 1518 fué coronado en Castilla, y despues en Aragon.

En su reinado se hicieron varias tentativas con el objeto de que los moriscos, hechos ya cristianos, observasen con fervor lo nueva ley: los inculpaban de que celebraban en secreto sus ritos y actos religiosos; de casarse clandestinamente con las ceremonias del islam; de trabajar los domingos; de lavar los niños recién bautizados, y en fin, de que solo eran cristianos en la apariencia. Carlos, mas político que fanático, escuchaba estas acriminaciones, reunia juntas consultivas, pedia parecer á los teólogos, se reservaba proveer el remedio, accedia á los justos ruegos de los moriscos, y evadia dictar una medida que de seguro hubiera alterado la tranquilidad pública, dando á la vez pruebas de su predisposicion á corregir los abusos que se le denunciaban. De esta manera, pues, transcurrieron algunos años, hasta el de 1526 en que vino á Granada. Aquí fueron mayores y mas reiterados los ataques del clero, viéndose el soberano en la necesidad de convocar una junta de prelados para tratar de este asunto, de la que resultó se trasladase á esta ciudad el tribunal de la in-

quisición, que se hallaba establecido en Jaen, como se verificó. Escusado será detenernos en la reseña del rigor que aquel juzgado sangriento desplegara contra los moriscos, por cuanto ya son bien conocidas sus injusticias, sus crueles procedimientos, sus detestables atentados, y los desastres que causara á multitud de familias: si bien la persecucion no fué tan encarnizada como sus desapiadados jueces desearon, por cierto respeto, cierto miramiento que tenían al trono. Sin embargo, no fueron escasas sus arbitrariedades, ni los inhumanos fallos que recayeron sobre los nuevos cristianos de Granada y demás pueblos; si bien el gobierno de Carlos no volvió á tocar este particular durante su reinado.

Por último, son de notar el valor y la arrogancia con que aquel tribunal secreto obraba contra los moriscos, que en aquel tiempo constituían la gran mayoría de la población; pues aun cuando á la capital y otras ciudades considerables habían acudido muchos cristianos de otras comarcas de España, no así en los pueblos subalternos, y especialmente en los de la Alpujarra, que todos eran tornadizos á la fuerza, y exasperados pudieran haberse desbordado, declarándose contra sus perseguidores; pero por entonces no causaron desórdenes que alteraran la tranquilidad, sufriendo resignados su persecucion.



CAPITULO LI.

CONTINUA LA PERSECUCION DE LOS MORISCOS.—ARBITRARIEDADES DE LOS MINISTROS CIVILES Y ECLESIASTICOS.—PROVIDENCIA DEFINITIVA DEL TRONO.—LOS MOROS RECLAMAN SU REVOCACION.—SE LES DENIEGA.—ATROCIDADES EJECUTADAS POR LOS MONFIS.—ELECCION DE REY.—ALZAMIENTO GENERAL.—ENTRADA DE ABEN-FARAX EN GRANADA.—EL ALBAICIN PERMANECE TRANQUILO.—SE JURA EL NUEVO REY.—ESCESOS QUE COMETIERON LOS INSURRECTOS.—CARACTER DE ABEN-HUMEYA.—MEDIDAS DE LAS AUTORIDADES.—SALE A CAMPAÑA EL MARQUES DE MONDEJAR.—SUS OPERACIONES MILITARES.—SUS ADELANTOS Y SUS PROYECTOS.—EL MARQUES DE LOS VELEZ.—OCURRENCIAS EN GRANADA.—ESTADO DE LA GUERRA.

No estaba satisfecho el fanatismo religioso con haber hecho variar de religion á los moriscos, con la sangre que se habia derramado y con la persecucion que aquellos sufrían; aun aspiraban á mas. Pretendia que variasen tambien de costumbres; cosa tan difícil, que casi tocaba á lo imposible.

Como quiera que el carácter de Felipe II, sucesor de Carlos I, fuese mas apropiado que el de su padre para que se ejercitasen mas libremente actos de barbarie, desde el principio de su reinado los nuevos convertidos principiaron á experimentar el rigor de la mas sublime tiranía y despotismo. La inquisición los perseguia con

el mas terrible encono; los curas les imponian arbitrariamente multas por la mas minima falta en el cumplimiento de los actos religisós; los jueces, sordos á la voz de moralidad en sus fallos, no tenian otra enseña que el propio interés y la avaricia; los dependientes del gobierno encargados de la reivindicacion de terrenos concegiles, despojaban á los moriscos de las haciendas que poseyeran con título legitimo; y en fin, los ministros de justicia, insolentes, osados, y abusando de su autoridad, procedian no solo contra los criminales, sino tambien contra los inocentes y pacíficos. Tales desmanes los obligaron á elevar sus quejas al soberano, que desoyéndolas, reunió una junta en Madrid para tomar una providencia definitiva contra la desdichada raza. Aquella fué tan humillante y depresiva, que ciertamente seria duro darle crédito, si historiadores graves no hicieran mencion de ella. Se les obligaba á que en el término de tres años aprendiesen la lengua castellana; prohibiéndoseles que al cabo de aquel tiempo hablasen la suya natal en público, ni en privado; que vistiesen al estilo castellano, que tuviesen abiertas las puertas de sus casas los viérnes y dias festivos; que no usasen nombres árabes; que no celebrasen las bodas con los ritos, ceremonias y fiestas que acostumbraban; que aboliesen los baños, y por último, que no tuviesen esclavos negros. La ejecucion de esta ley se cometió á don Pedro Deza, consejero de la inquisicion, nombrado presidente de la chancilleria de Granada; quien el dia 1.º de enero de 1567 hizo su promulgacion solemne en todos los pueblos del reino.

Tan crueles prohibiciones, hijas al parecer de un frenesí farisáico, no pudieron menos de escitar un justo furor en los moriscos; pero sin embargo, antes de adoptar recursos hostiles, apelaron al monarca pidiendo la anulacion de aquella providencia tan perjudicial, fundándose para ello en la imposibilidad de dar cumplimiento á algunos de sus articulos, y en que propendiendo á que dejasen sus usos y costumbres orientales, en nada contribuia la prohibicion de ellos para su firmeza en la fé y su adhesion á las doctrinas religiosas.

Tan justa y fundada reclamacion fué desoida; como lo habia sido la anterior; y esta repulsa fué la última chispa eléctrica que se aplicó por Felipe II á los combustibles revolucionarios.

Muchas personas sensatas conocieron las fatales consecuencias que atraeria tan desatinado mandato; y aun el marqués de Mondejar que entonces tenia el gobierno militar de Granada y se hallada en la corte, representó contra él, obteniendo por única contestacion, que se restituyese á aquella ciudad para cuidar de su cumplimiento. Muchas reflexiones pudieran hacerse sobre tan absurda determinacion; pero nos abstenemos de ello, por cuanto creemos suficientes las que dejamos emitidas en otro lugar; con todo, añadiremos que su concepto tan extraño á la tranquilidad del pais, tan ageno á su prosperidad, y tan opuesto á arraigar en los moriscos las nuevas máximas religiosas que se les habian inculcado, propendia mas bien y de una manera ostensible, á crear cierto ódio, cierta animadversion hacia ellas difícil de estirpar, provocando á la vez una lucha encarnizada y horrorosa; conocido como era el carácter indómito y altivo de los conversos.

Así sucedió: perdida la esperanza de conseguir resultado favorable, entablaron relaciones los de Granada y los de los demás pueblos, principalmente de la Alpujarra, y se pusieron de acuerdo para verificar la rebellion. Muchas partidas de monjes (1) comenzaron á recorrer el pais, cometiendo toda clase de escesos: si bien el levantamiento general, para el cual se habia señalado el juéves santo del año 1568, no se verificó, con el objeto de aumentar las relaciones, y preparar los planes de asalto y ocupacion de la Alhambra y otros puntos de no menos importancia.

En una de las muchas juntas que los principales promovedores del alzamiento tuvieron en el Albaicin, casa de un moro rico llamado Hordon, eligieron por rey á don Hernando de Valor, descendiente de los califas

(1) Salteadores.

de Córdoba. El 25 de diciembre de aquel mismo año, se dió el grito de rebelion en la Alpujarra, y consecutivamente se pronunciaron otros muchos pueblos, en el concepto de que Granada tambien lo hubiese dado; y el 26, ya puesto el sol, Farax Aben-Farax, uno de los cacillas de la rebelion, entró en el Albaicin por la puerta de Guadix alta, capitaneando unos doscientos monfis, con el objeto de alarmar aquel barrio, habitado por los moriscos. Recorrieron sus calles con música, gritos y algazara, exhortándolos á que tomasen las armas y secundasen el movimiento; pero no lo consiguieron; aquellos permanecieron quedos, desconfiando tal vez de las palabras de Farax, ó temiendo acaso alguna estratagemata de los cristianos, mediante el corto número de monfis que á aquel acompañaba. Continuó toda la noche causando el mismo escándalo, y convecido de que nada adelantaba, se retiró al amanecer.

Durante esta escena, el prudente y experimentado marqués de Mondejar, habia permanecido en la Alhambra á la observacion, sin adoptar medida alguna para contener el motin, ya porque la guarnicion con que contaba era muy corta, y ya porque siendo la noche oscura y tenebrosa, y desconociendo los elementos con que contaban los sublevados, no era cuerdo esponerse á un desastre, con mayor motivo hallándose la ciudad en gran inquietud y confusion: dispuso sí, que todos los vecinos permaneciesen quietos en sus casas, y que ninguno saliese á la calle hasta llegado el dia.

El dia 28, reunidos en Beznar los magnates del movimiento, don Fernando de Valor y toda su familia, se solemnizó la eleccion de rey que se habia hecho en el Albaicin, con toda la pompa y ceremonias que se acostumbra en estos casos, siendo saludado el nuevo monarca con el nombre de Aben-Humeya; éste, despues nombró á Aben-Farax su primer wacir; figurando ademas en esta escena un tio de aquel llamado don Fernando El-Zaguer, que habia rehusado la autoridad real nuevamente creada; pero que aparecia como consejero privado de su sobrino.

El pronunciamiento se habia hecho simultáneo en

todas las tabas de la Alpujarra, y en las de Orgiva, Jubiles, Berja, Salobreña, Dalias, Ferreira y otras muchas; pero ninguna parte tomaron las principales ciudades, ni en aquellos dias ni en los posteriores, permaneciendo pacíficas y tranquilas. Nos haríamos demasiado difusos si descendiéramos á reseñar uno por uno los escesos que se cometieron en esta insurreccion, que justamente los historiadores la han caracterizado de terrible: baste decir que en todos los pueblos se restableció el culto mahometano, se allanaron las iglesias, se profanaron los altares, se destruyeron las imágenes, se robaron los vasos sagrados, y se atormentaron y asesinaron los sacerdotes y demás cristianos, con tal saña, que cuando los hombres se cansaban de saciar su encono, los entregaban á las mujeres, para que estas con mas lentitud y usando mil medios les hiciesen padecer los mayores suplicios.

Estos desórdenes eran un verdadero efecto de los sentimientos de odio y de venganza de que estaban animados sus perpetradores, alimentados en secreto por mucho tiempo, y desbordados al fin por la imprevision y violencias del gobierno. Tambien prueban que no se habian puesto al frente caudillos que contuvieran aquellos desórdenes, conociendo como debieran, que eran perjudiciales á su objeto, y contrarios á sus verdaderos intereses; pues si bien es cierto que para el movimiento se habia formado un plan secreto y meditado, aun no se hallaba perfecto, completamente organizado; faltaban por atar ciertos cabos, que aunque parezcan insignificantes, son del mayor interés para el buen éxito de las revoluciones; su ejecucion era prematura, y nunca podia dar los resultados que se apetecian. Iniciadas las masas populares en todos sus pormenores, lo cual consideramos como el mayor mal; sedientas de sangre; sin reflexionar en consecuencias, como por lo comun sucede cuando los puntos mas reservados se revelan á quienes deben ignorarlos, se lanzaron á la lucha sin jefes subalternos de prestigio, y sin organizacion alguna; precipitando un movimiento que por fuerza debia hallar tenaz resistencia, y cuyo éxito pendia de las acer-

tadas medidas con que se dirigiesen las operaciones.

El rey Aben-Humeya, no era guerrero ni político; era solo un instrumento de los que le revistieran de aquel carácter soberano, y obraba á voluntad de su tío el Zaguier, hombre diestro y experimentado.

El estado pasivo en que permanecieron los moriscos del Albaicin, fué verdaderamente un efecto de la poca madurez del plan, y de su anticipada ejecución. Aquella circunstancia fué un contratiempo para los insurrectos; pues continuando Granada tranquila, sus autoridades se encontraban libres, sin obstáculo alguno, tanto para adoptar medidas para sostener el orden en la capital, cuanto para ponerse en marcha contra los sublevados, como sucedió. La primera providencia que adoptaron fué asegurar á los moriscos del Albaicin, para que no pudieran secundar el movimiento; se alistaron tropas, y el marqués de Mondejar, al frente de dos mil infantes y cuatrocientos ginetes, salió de la capital el día 3 de enero de 1569 (1), dejando el mando militar á su hijo el conde de Tendilla.

Sería necesario estenderse demasiado para referir prolijamente todas las operaciones de esta columna espedicionaria; por lo cual solo haremos mención de aquellos hechos mas importantes, aunque nunca desatendremos las situaciones respectivas y en que se encuentran sucesivamente los sublevados y las tropas reales.

La noche del 3 pernoctó el de Mondejar en el Padul, y un destacamento avanzado en Dúrcal; y habiendo los moros tratado de sorprender á uno y á otro, se empeñó una pequeña escaramuza, que terminó retirándose los rebeldes; trasladándose el marqués con sus tropas á este último pueblo, donde le llegaron varios refuerzos.

A esta sazón habia sido sorprendido y derrotado completamente en Tablate el capitán Diego de Quesada, á donde lo habia mandado el marqués, con el fin de tener espedito aquel punto, por ser la garganta que dá en-

(1) Algunos historiadores dicen que eran solo 800 infantes y 200 caballos.

trada á la Alpujarra; y sin detenerse este caudillo, emprendió su marcha para el mismo pueblo. Los moros lo tenían bien defendido; pero apesar de ello se vieron en la necesidad de abandonarlo y retirarse, siendo perseguidos por los cristianos hasta Lanjaron, donde hicieron alto. La pérdida de éstos en este encuentro fué de corta entidad, siendo mayor la de los fugitivos. Al día siguiente pasó á Orgiva, é hizo levantar el sitio que tenían puesto á la guarnición de su castillo, que se hallaba ya en el último apuro y próxima á rendirse. Ocupó la taha de Poqueira, la de Pitres y la de Ferreira, no sin bastante pérdida de gente en esta última, en que fueron sorprendidas las tropas con la oscuridad de la noche.

Tomó el castillo de Jubiles después de una obstinada defensa de los moriscos, causando en estos una mortandad horrorosa; siendo de reseñar un suceso lamentable que ocurrió en este punto. La población fué dada al saqueo por orden del marqués, pero con prohibición expresa de que no se derramara sangre. La mayor parte de sus habitantes se recogieron á la iglesia; pero los que no cupieron en ella, quedaron en una plazuela inmediata. Un soldado trató de llevarse una mora, pero un joven disfrazado de mujer que la acompañaba, le acometió con una almarada que ocultaba debajo de sus vestidos, trabándose una riña encarnizada: el ruido llamó la atención de los demás soldados, y corriéndose entre ellos la voz de que entre las moras habia hombres armados y con traje de mujeres, embistió la tropa á la muchedumbre, causando en ella una horrorosa mortandad. Al día siguiente de este desgraciado suceso, pasó el marqués á Cádiar y á Ugijar, donde entró sin la menor resistencia.

Aben-Humeya habia desde un principio elegido esta última población para establecer su córte, y desde ella dar las disposiciones convenientes para la guerra, en virtud de consejos de su suegro Miguel de Rojas y otros parientes allegados: mas otros le persuadieron se retirase á Paterna, pueblo mas ventajoso para una defensa. Todos estos allegados suyos y los demás que le acompa-

ñaban, se encontraban ya divididos en pareceres por el mal aspecto que presentaba la campaña. Los que tenían algún arraigado propendían á una composición con el de Mondejar, á lo cual este se inclinaba también por su carácter blando y nada sanguinario, y porque preveía los graves males que redundarían al país, privándole de tantos brazos útiles y laboriosos; pero aquellos más comprometidos, aquellos que habían sido los principales instigadores del movimiento, trabajaban porque siguiese la guerra, cualquiera que fuese su resultado; para lo cual se valieron de cuantos medios eran imaginables, hasta el extremo de hacer creer al rey, que aquellos que estaban por su terminación, lo engañaban, y tenían proyectado entregarlo á los cristianos. Tan alarmante revelación exasperó la cólera de Aben-Humella, de tal modo, que hizo dar muerte á su suegro y á un cuñado suyo, repudiando á la vez á su mujer. Después de este acontecimiento partió para Paterna.

El de Mondejar, luego que hubo llegado á Ugijar y supo la dirección del rey revolucionario, salió en su persecución, pero sin querer empeñar ninguna acción formal por la esperanza que alimentaba de terminar la guerra por medio de un tratado, para lo cual tenía en tabladas relaciones.

Sin embargo, habiéndose adelantado su vanguardia, se trabó una batalla bastante sangrienta, en que los moriscos quedaron derrotados, y Aben-Humeya, creyendo que el marqués lo engañaba, inmediatamente se puso en salvo.

Ya este caudillo se había apoderado de todos los puntos fuertes de la Alpujarra, y había conseguido grandes progresos en favor de la causa cristiana; empero sus enemigos, y en particular don Pedro Deza, presidente de la chancillería, no tan solo lo desacreditaban en Granada, sino en la corte. Al efecto, este magistrado al principio de la insurrección ofició al marqués de los Velez, capitán general de Valencia y Murcia, para que ocupase la comarca de Almería, y emprendiese sus operaciones sin necesidad de reciproca comunicación entre él y el de Mondejar, dando cuenta de todo á la corte.

A pesar del sentimiento que en este causara aquella medida, siguió con actividad la persecución de los insurrectos, como se ha visto, sin dejar su tendencia á una capitulación.

El marqués de los Velez, en virtud de aquella orden, se puso en marcha el día 5 de enero con las fuerzas que pudo reunir, é invadió la tierra de Almería, obteniendo algunas victorias en Feliz, Ohanes y otros puntos; si bien con estas derrotas no se terminaba la guerra, pues diariamente había pueblos pronunciados. Por su parte el de Mondejar no perdonaba medio ni fatiga para reducir de un todo á los indómitos montañeses; pero conocía cuán difícil era conseguirlo, tanto porque la aspereza del terreno les proporcionaba ventajas, cuanto porque los consejeros de Aben-Humeya no podían avenirse á transacción de ninguna especie. Sin embargo, publicó un perdón general á los que abandonasen las filas rebeldes, cuya medida produjo que algunos se le presentaran, mas en corto número, por lo que se vió en la necesidad de valerse de otros medios. Por dos veces mandó expediciones secretas con el objeto de sorprender y hacer prisioneros al rey y á su corte; ambas fueron desgraciadas, sirviendo solo de que aquel y los suyos se encontraran más y más, decidiéndose á continuar la contienda á todo trance.

En tanto que esto pasaba en el teatro de la guerra, las autoridades de Granada no solo vigilaban á los moriscos, que aun no se habían presentado hostiles, sino que les tenían un trato depresivo y degradante; de tal modo, que se arrepintieran mil y mil veces de no haberse pronunciado cuando Aben-Farax los provocó á ello. Se hallaban en la cárcel un número considerable, ya como en clase de rehenes unos, ya como sospechosos otros, hasta el número de ciento diez y siete; y habiéndose cundido la voz de que los pronunciados se aproximaban á la capital para darles libertad, las autoridades tuvieron el peregrino pensamiento de armar á los demás presos, con el objeto de que pudiesen en su caso estar á la defensiva. Esta medida, semejante en un todo á las demás que antes se habían tomado en este negocio,

produjo las consecuencias que eran consiguientes: vinieron á las manos cristianos y moriscos; aquellos peleaban con armas, éstos con piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes de los calabozos, siendo el resultado que sucumbieron todos en la refriega, y solo murieron cinco cristianos, contándose además algunos heridos.

Como se deja ver, la insurreccion presentaba un aspecto bastante imponente; y aun lo empeoraba la emulacion y rivalidad que se habian creado entre los dos marqueses, hijas de providencias desacertadas de la autoridad civil de Granada, y de las del gobierno que toleró dos jefes independientes entre sí, y con iguales atribuciones. Para corregir este mal, era necesario que ambos doblasen la cerviz á un solo caudillo.



CAPITULO LII.



DON JUAN DE AUSTRIA EN GRANADA.—REGRESA A LA CAPITAL EL MARQUES DE MONDEJAR.—CORRERIA DE ABEN-HUMEYA.—SE ALZAN LOS PUEBLOS QUE YA RECONOCIAN OBIEDIENCIA A FELIPE II.—PRONUNCIAMIENTO DE OTROS PROXIMOS A LA CAPITAL Y LOS DE LA SIERRA DE BENTOMIZ.—EXPUGNACION DE FRIGILIANA.—ESCARAMUZA.—PRONUNCIAMIENTO DE LAS POBLACIONES DEL RIO ALMANZORA.—MEDIDAS ADOPTADAS EN GRANADA.—DERROTAS DE ABEN-HUMEYA.—CONJURACION CONTRA EL.—SU MUERTE.—ABEN-ABOO ES ELEGIDO REY.—ASEDIO DE ORGIVA.—VICTORIA DE LOS MORISCOS.—EL INFANTE EN CAMPAÑA.—SUS OPERACIONES MILITARES EN EL TERRITORIO DE LEVANTE.—PASA A LA ALPUZARRA.—SUS DISPOSICIONES.—SE ENTREGAN LOS MORISCOS.—MUERTE DE ABEN-ABOO.—CONCLUSION DE LA GUERRA.

El consejo del rey de España fijó su atencion muy detenidamente sobre la guerra de Granada. que como se ha dicho en el capítulo anterior, habia tomado un aspecto serio é imponente. La mayoría de sus miembros opinaron que el único medio de concluirla seria que el mismo Felipe II se pusiese al frente de ella; pero este soberano no se conformó, y desde luego nombró para que lo sustituyera á su hermano natural don Juan de Austria. Este se puso en marcha, acompañado de Luis Quijada, su antiguo ayo, y llegó á Granada el 6 de abril

de 1569, tomando inmediatamente la direccion de todos los asuntos del pais. El marqués de Mondejar, desde Ugijar, donde se hallaba, se trasladó á la capital, en la que hizo su entrada con gran pompa y aparato militar; sin volver á figurar mas en esta guerra.

Como quiera que su ausencia de aquella comarca la dejase sin mas tropas que las precisas guarniciones de las fortalezas y algunos destacamentos en aquellos pasos de la sierra mas importantes, Aben-Humeya consideró ser la acasion mas favorable de conseguir ventajas sin grande oposicion; y al efecto reorganizó sus huestes, encargó el mando militar de los distritos del pais á jefes de su confianza, arengó á sus soldados para entusiasmarlos, y al frente de ellos, y de los refuerzos que habia recibido de Argel, recorrió los pueblós reducidos ya á la obediencia de Felipe, y consiguió que todos se alzasen de nuevo, cometiendo iguales atrocidades que antes, contándose entre ellos Güejar, Quentar, Dúrcal y la Peza, próximos á Granada y que hasta entonces se habian mostrado pasivos. Tambien se pronunciaron los veinte y dos lugares que comprendia la Sierra de Bentomiz, cuyo movimiento puso en grave apuro á Arévalo de Suazo, corregidor de Velez-Málaga, á quien tuvo que auxiliar para el asedio del peñon de Frigiliana, don Luis Requesens, comendador mayor de Castilla, que de orden del gobierno se hallaba con algunas galeras en el Mediterráneo. Se emprendió la expugnacion, consiguiéndose la rendicion á costa de considerable pérdida.

Luego que el marqués de Mondejar abandonó la Alpujarra, el de los Velez, que permanecia en sus posiciones y no se habia puesto en comunicacion con el infante de Castilla, porque para ello no habia recibido orden de la corte, trató de ocupar aquella comarca; pero sabido su movimiento por don Juan de Austria, le ordenó permaneciese en los mismos puntos que ocupara, donde su presencia era mas interesante; por lo cual se retiró á Berja, en cuyo punto lo atacó despues Aben-Humeya, empuñandose una escaramuza bastante sangrienta, pero en que la victoria quedó por los cristia-

nos. El marqués marchó á Adra, donde permaneció quieto por falta de refuerzos y vivires.

Este contratiempo debió haber desanimado al rey de Andalucía; pero la fortuna que de vez en cuando le lanzaba una sonrisa, se lo habia compensado con el alzamiento de los pueblos del rio Almanzora, que secundaron los de la Sierra de Bentomiz; haciéndose los insurrectos dueños de los castillos de Tahali y de Seron, que tomaron á viva fuerza. Dejemos, pues, en este estado el teatro de la guerra, y volvamos la vista á los acontecimientos de Granada.

Dijimos que el infante tan luego como entró en Granada se encargó de la direccion de todos los negocios del pais concernientes á la guerra; pero esta direccion era limitada, mediante á que por el rey se le habia marcado el circulo de sus atribuciones, y no podia ponerse en práctica ninguna disposicion que tuviese carácter definitivo, sin consultarla antes con el consejo. No dejó de conocer brevemente la gravedad de la empresa que se le confiara; y por ello desplegó una actividad esmerada y digna de elogio, ya en la organizacion de las tropas que se le mandaron, ya proveyendo de vivires y municiones aquellos puntos que se hallaban guarnecidos por los cristianos, y ya en fin, nombrando gobernadores militares de conocido valor y esperiencia, para cada uno de los distritos en que dividió la comarca granadina, ó sea el reino de Granada.

Reunió un consejo á que asistieron todas las notabilidades en política y pericia militar, tanto para que le orientasen del estado y circunstancias del pais, cuanto para oír sus pareceres y poder fijar su opinion. En esta gran reunion se trató de los medios mas adecuados de restablecer la tranquilidad; y aun cuando el marqués de Mondejar apoyó con sus buenos deseos y particular criterio su plan de pacificar el reino sin deshacerse de brazos útiles y laboriosos á la industria, á las artes, á la agricultura y á los demas ramos que verdaderamente constituyen la riqueza pública, otros fueron de parecer, entre ellos el presidente de la chancillería, que únicamente la traslacion de los moriscos á las provincias in-

teriores del reino, podía restituir la tranquilidad al territorio, mediante á que diseminados de este modo, perderían la fuerza moral y física que habían adquirido, viviendo solos y aislados en poblaciones enteras. Esta opinión fué la de la mayoría, y á la que se adhirió don Juan de Austria y su privado Quijada: en su consecuencia se consultó al rey, y obtuvo su aprobacion. Para poner esta medida en práctica, en el mes de junio de 1569, se mandó por un pregon que todos los moriscos que habitaban el Albaicín y otros barrios, se recogiesen en un día señalado y á una hora en las iglesias de sus respectivas parroquias. Cuál sería el sobresalto que en aquellos desgraciados causara una orden que hasta entonces habia sido en extremo reservada, es fácil presumir: la idea de ser sacrificados y derramar su sangre en las aras de un gobierno fanático y déspota fué la primera que los preocupó; pero sin embargo, cumplieron estrictamente el mandato, y en corto tiempo todos se hallaban reunidos en los puntos designados: el infante viendo el estado de ansiedad en que se hallaban, y la agonía que los devoraba, trató de tranquilizarlos, asegurándoles que sus vidas serian respetadas. Despues los condujeron escoltados y con las mayores precauciones al hospital de los reyes, estramuros de la capital, desde donde los fueron distribuyendo por cortas porciones en varios pueblos, en que solo residían cristianos.

Luego que don Juan de Austria supo el alzamiento de las poblaciones del rio Almanzora y la toma de los fuertes de Tahalí y de Seron, dispuso se reforzasen las plazas de Oria y Velez-Blanco; encargó esmerada vigilancia á sus alcaides, y previno al gobernador de aquel distrito militar estuviese pronto con la fuerza disponible para acudir al punto que fuese necesario.

Aquellos mismos acontecimientos que pusieron en alarma al caudillo cristiano, entusiasmaron á Aben-Humeya, y trató de acometer hechos mas gloriosos que los que hasta entonces habia emprendido; pero su fortuna habia sido transitoria, y su avieso porvenir estaba ya escrito en el fatal libro del destino. Deseando hacerse dueño de un puerto en la costa del Mediterrá-

neo, que facilitase su comunicacion con Africa, se dirigió hácia Almería con el grueso de sus soldados; pero su proyecto fué prontamente desvanecido, pues habiéndole salido al encuentro don García de Villarreal, lo derrotó en los campos de Huécija. Tras de este revés sufrió otro de no menos consideracion; el marqués de los Velez en las inmediaciones de Valer acometió á su hueste, la puso en completa fuga, y Aben-Humeya no pudiendo contenerla, se salvó á favor de las asperezas del terreno. Para vengar esta desgracia mandó ahorcar al alcaide de Seron que llevaba prisionero, y á otros cristianos.

Estos dos contratiempos causaron en sus tropas una baja considerable, y para reponerla, envió á su confidente Hernando el Habaquí al rey de Argel, en solicitud de socorros: este le dió buena acogida, y le mandó cuatrocientos infantes armados y municionados: mas su fin estaba muy próximo; este mismo refuerzo que él habia solicitado, debia arrebatarle el poder, y con él la vida.

Diego Alguacil, uno de sus oficiales, le tenia un gran resentimiento porque Aben-Humeya se habia hecho dueño violentamente de una mora parienta suya, para que compusiera parte de su harem; mas aquel continuaba en relaciones reservadas con ella, pcr quien sabia muchos de los secretos del rey de Andalucía. Habiendo llegado, pues, el refuerzo de turcos, como hemos dicho, espidió Aben-Humeya una orden á Diego Lopez Aben-Abóo, otro de sus principales caudillos, para que auxiliado de Diego Alguacil con descientos hombres que mandaba, emprendiese cierta expedicion. Avisado este de ello por su parienta, interceptó la orden, y con letra y firma contrahecha estendió otra, en que se prevenia al mismo Aben-Abóo diese muerte á los turcos, para lo cual le ayudaria Diego Alguacil. Se le presentó el fatal pliego; y bien fuera que le sorprendiese en efecto, ó bien que estando iniciado en el plan, lo disimulase, demostró quedar absorto y estupefacto, mediante á que aseguraba su autenticidad la llegada de Alguacil en aquellos momentos. Aben-Abóo se opuso abiertamente

á la ejecucion del mandato , que reveló á los turcos, leyéndoles la carta. Estos, como era consiguiente, llenos de furor juraron sangrienta venganza; y dirigiéndose á Laujar, donde se encontraba la corte, sorprendieron á Aben-Humeya, y sin darle tiempo á huir ni á defenderse, lo estrangularon con una cuerda. Su muerte fué poco sentida, por cuanto desde que dispuso la decapitacion de su suegro y cuñado, se atrajo el ódio de muchos, aumentándose despues por su carácter cruel y violento.

Acto continuo fué elegido Diego Lopez Aben-Abóo, que tomó el nombre de Mulch-Abdallá. El primer hecho de armas de este nuevo rey, despues de haber dado disposiciones para el buen gobierno de la Alpujarra, fué el asedio de la fortaleza de Orgiva, que aunque asaltada por dos veces, no pudo rendir por el valor que desplegaron las tropas que la guarnecian. El duque de Sesa marchó en su socorro de órden de don Juan de Austria; pero habiendo Aben-Abóo levantado el sitio y salidole al encuentro, se trabó una escaramuza muy reñida, en que la victoria quedó por los moriscos. Abdallá retrocedió con el objeto de continuar la espugnacion del castillo de Orgiva, que encontró desamparado, por cuanto sus defensores se habian retirado á Motril.

Aunque paulatinamente, ocurrían algunos alzamientos de pueblos que habian permanecido tranquilos; lo cual contribuía á que de día en día tomase peor aspecto la reduccion de los insurrectos. En su consecuencia, el infante solicitó de Felipe II licencia para salir á campaña, este accedió á ello, y dispuso que se formasen dos campos; uno en la Alpujarra al mando del marqués de los Velez, y otro en el rio de Almanzora al del duque de Sesa, quedando ambos caudillos á las órdenes de don Juan de Austria. Este, luego que hizo los preparativos necesarios, salió para Güejar, que como digimos se habia pronunciado; pero esta expedicion fué muy corta, por cuanto los moriscos abandonaron aquel fuerte, y sin oposicion lo ocuparon las tropas reales.

Volvió don Juan de Austria á Granada, desde donde á

finés de diciembre de 1569 partió para Levante. A la sazón el marqués de los Velez tenia sitiado el fuerte de Galera; pero luego que supo la aproximacion del infante lo levantó, y se dirigió á encontrarlo en el camino. Lo acompañó hasta Baza, y se retiró, rehusando sin duda servir á las órdenes del jóven caudillo castellano. Este emprendió inmediatamente la expugnacion de aquel fuerte, la cual fué sangrienta en dos asaltos malogrados; mas en el tercero no pudiendo los moriscos resistir el impetu con que acometieron los cristianos, se hicieron estos dueños del pueblo, sin dar cuartel á los vencidos, quienes fueron pasados á cuchillo, sin perdonar edad ni sexo.

El de Austria se retiró á Baza, y á los pocos dias se dirigió á Seron, cuya fortaleza encontró abandonada, pues su guarnicion, siendo inferior en fuerza, no quiso esperar la llegada del enemigo; mas habiéndose reunido en el camino con seis mil moriscos, que de Purchena y Tijola iban en su socorro, retrocedió, y sorprendiendo á los cristianos que estaban entregados al robo, y á reprobados actos de inmoralidad, hicieron en ellos una horrorosa carniceria, y los arrojaron del pueblo. El infante se retiró á Caniles con los soldados que pudieron salvarse, sintiendo el éxito de esta jornada y la muerte de su favorito Quijada, que sucumbió despues de haber hecho proezas de valor. Despues de algunos dias de descanso volvió sobre aquel mismo fuerte, que desamparado de los moriscos, lo ocupó sin oposicion alguna. En seguida tomó á Tijola y se dirigió hacia la Alpujarra y Andarax, donde se le unió el duque de Sesa, cuyas operaciones militares habian sido muy lentas y desgraciadas; pues en solo una escaramuza quedaron fuera de batalla ochocientos hombres, perdiendo á la vez seiscientas moras que llevaban cautivas los cristianos.

Apesar de que la guerra se sostenía con encarnizamiento, los moriscos se iban desanimando, al presagiar cual seria el último resultado de aquella campaña, y cual la suerte que les cabria, vista la medida adoptada con los del Albaicin, y que ya tambien se habia ejecutado con los de la vega de Granada; por lo cual comen-

zaron negociaciones entre el de Austria y Aben-Abó, para arreglar un tratado. A este tiempo habia publicado aquel un bando ofreciendo perdón á los que se entregaran; cuya medida no dejó de producir algunos resultados favorables: pero sin embargo de que corrian los términos fijados en él, se trabajaba sin levantar mano en la avenencia por conducto de Hernando el Habaquí, confidente de Abdallá. Se ultimó al fin el tratado, y en su consecuencia se entregaron muchos moriscos: mas habiendo tenido aviso Aben-Abó de que pronto le llegarían de Africa refuerzos de gente, así como tambien armas y pertrechos, se retrajo de lo pactado, y enarboló de nuevo la bandera de guerra. El Habaquí quiso reconvenirlo, pero el rencoroso rey, que ya lo consideró como un traidor, lo mandó asesinar.

Sin embargo, los moriscos continuaban sometiéndose y entregando las armas á voluntad del rey de Castilla, siendo acto continuo internados en las poblaciones de Andalucía. Solo Aben-Abó se negaba á ello; y andaba errante acompañado de un corto número de los suyos, en quienes tenía depositada su confianza; mas uno de ellos llamado el Senix, ofreció entregarlo si se le concedía el perdón y se le devolvían sus mujeres é hijos que se hallaban cautivos: la propuesta se aceptó, y prontamente Aben-Abó fué asesinado. Su cadáver, colocado en una caballería, se condujo á Granada, en donde se le cortó la cabeza, y puesta en una jaula se colocó en la puerta de Elvira.

Después que por real cédula de 24 de febrero de 1571 se confiscaron todos los bienes á los moriscos, en el año de 1610, reinando Felipe III, se espidió el decreto para su total espulsion de la península; y en su consecuencia, se trasladaron á Africa en número de seiscientos mil. (1)

(1) En su lugar haremos mención de los pueblos, que quedaron desiertos, de los que se poblaron después, como se verificó su poblacion y del destino que se dió á los bienes que se confiscaron á los moriscos.

CAPITULO LIII.

SE DESCUBREN LAS CUEVAS DEL SACROMONTE. — LAMINAS DE PLOMO QUE SE ENCUENTRAN EN ELLAS. — RELIQUIAS MARTIRIALES. — PROCESO. — SINODO. — CALIFICACION. — EPIDEMIA.

Desde la época en que se terminó la guerra de los moriscos de Granada, hasta los primeros años del actual siglo, solo hubo en aquella ciudad acontecimientos aislados é incoherentes; que si bien merecen un lugar en las páginas de su historia, deben tratarse con mas ó menos laconismo y concision, segun lo exija su mayor ó menor interés. El primero de que nos vamos á ocupar es la invencion de las reliquias martiriales del Sacro monte, reseñando el motivo de aquel hallazgo, los tramites del proceso que se formó para que se declarasen como tales reliquias, el entusiasmo religioso que aquel suceso causó no solo en Granada, sino en otros muchos pueblos de la península, y las funciones públicas que tuvieron lugar por tan feliz encuentro, segun se nos ha trasmitido todo por respetables escritores.

Sebastian Lopez y otros compañeros vecinos de Granada se dedicaron á buscar escrupulosamente un tesoro en el cerro en que hoy se halla establecida la colegiata del Sacro-monte, y de que tenían algunos datos. Despues de haber practicado varias escavaciones y perdida la esperanza de la consecucion de su objeto, como por via de último ensayo verificaron otra, y á las tres varas de profundidad hallaron el dia 21 de febrero de 1595 una concavidad, y á su entrada una plancha de plomo carcomida, en la que estaban gravadas á cincel y en idioma latino estas palabras;

En el año segundo del imperio de Neron primero dia del mes de Abril, padeció martirio en este lugar Iipulitano S. Thesiphon, el cual antes de su conversion se llamaba Abenalkar, discípulo de Santiago Apóstol; varon docto y Sancto Escribió en tablas de plomo aquel libro llamado fundamento de la Iglesia. Y juntamente fueron martirizados sus discipulos S. Maximino, y Lupario: cuyos polvos y el libro están con los polvos de los Santos martires en las cavernas de este sagrado monte. Reverenciense en memoria de ellos. G:: C:: P:: C: Florenti: Iliberitano.

Luego que el arzobispo de Granada, D. Pedro de Castro y Quiñones tuvo noticia de este hallazgo, dispuso que se continuasen las escavaciones á sus espensas, y que se presenciasen por sus dos provisosores, dos notarios de la Curia y algunos sugetos de gravedad, que en todo caso pudiesen deponer como testigos en una informacion.

Se prosiguieron los trabajos, y despues de algunos dias, se descubrió la entrada á una cueva, con varios ramales ó caños que penetraban al interior del cerro, pero todo ello obstruido de trecho en trecho, con piedras de enorme magnitud, escombros y tierra de diferente calidad de la de aquel terreno. Limpia la concavidad del mejor modo posible, se halló en su estremo otra lámina de plomo, cuya inscripcion en el mismo carácter de letra que la anterior, es la siguiente: *Cuerpo quemado de S. Meliton mártir: padeció en el potentado de Neron, emperador.*

Ya con este segundo descubrimiento subió al monte el prelado con algunos individuos de su Iglesia, y reconoció por sí mismo el sitio en que se había hallado; mandando á Ambrosio de Vico, maestro mayor de obras, que redoblase el número de trabajadores, con el laudable fin de conseguir cuanto antes el reconocimiento de aquellas santas cuevas. En efecto, al cabo de mas de cuarenta dias que se evacuaron los ramales interiores se encontraron otras dos planchas de la misma especie, cuyo contenido es el siguiente: *En el segundo año de Neron; primero dia del mes de Marzo, padeció martirio en este lugar Iipulitano escogido para este efecto, S. Hiccio, discípulo del Apóstol Santiago con sus discipulos. Turilo, Panucio, Maronio, Centulio, por medio del fuego en el cual fueran abrasados vivos, y fueron convertidos como las piedras se convierten en cal. pasaron á la vida eterna: los polvos de los cuales están en las cavernas de este monte sagrado, el cual en su memoria se reverencia como la razon lo pide.*

En el año segundo del imperio de Neron, primero dia de Febrero, padecieron martirio en este lugar Iipulitano S. Cecilio, discípulo de Santiago, varon dotado en letras, lenguas y santidad. Comentó las profecias de S. Juan Apóstol: las cuales están puestas con otras reliquias en la parte alta de la torre inhabitable. Turpiano, como me lo dijeron sus discipulos que padecieron martirio con el S. Setentrio y Patricio; los polvos están en las cavernas de este sagrado monte en memoria de los cuales se venera.

Además de estas santas memorias se hallaron tambien las cenizas y reliquias de los mártires, y el horno en que fueron quemados en estado ruinoso. Con este nuevo y portentoso encuentro subió el prelado diocesano á recogerlas, acompañado de los provisosores, notarios, individuos de cabildo y algunas personas notables de la ciudad.

Difficil seria pintar el entusiasmo y fervor religioso que este acontecimiento causó no solo en Granada, sino en otras muchas ciudades. Baste decir que todas las comunidades y corporaciones religiosas, las civiles y multitud de personas particulares subieron al lugar sa-

grado y lo veneraron con demostraciones piadosas.

El arzobispo por su parte dió conocimiento de todo á la corte de España y á la de Roma, las cuales, despues de darle á entender el aprecio que hacian de tan importante suceso, le significaron sus deseos de que continuase con el mismo celo y la misma asiduidad hasta la conclusion del proceso. Este comenzó por una informacion que justificaba plenamente que desde mas de cincuenta años en adelante se habian visto en aquel monte luces y resplandores misteriosos bien entrada la noche; los cuales, no era posible fuesen efecto de causas naturales. En ella depusieron bajo juramento personas graves de todos estados, y de acrisolada religiosidad y dignas de toda fé y crédito; á cuya justificacion se unió al proceso formado por el prelado Salvatierra, su predecesor sobre el descubrimiento de la torre Turpiana, mediante la relacion que con él tenia el contenido de las planchas halladas en el monte santo; ordenando que de nuevo se ratificase todo su contenido.

He aquí como se espresa D. Diego de Heredia Barrio, nuevo canónigo presidente de la colegiata del Sacromonte, en la obra que publicó en 1740 sobre este particular, con la aprobacion y licencia competentes: «Hace venir á esta ciudad los arquitectos mas inteligentes del reino, que reconozcan la calidad de la fábrica de la torre, y que por ella declaren su antigüedad, para lo que se desubrieron tres varas de tierra en el edificio de dicha torre, que se habian acrecentado sobre la superficie del primer plan de su fundacion; sepultando otro tanto de su primitiva altura, evidente prueba de su antigüedad. Observaron la tenacidad, dureza y profundidad de su cimiento: el grueso y longitud, ó altura de dicha torre: lo roído y gastado de sus lozas: la trabazon y extraordinario enlace de ellas, tan ageno todo del uso de los edificios antiguos de moros y romanos, que solo en los de los fenices tenian semejantes; como así lo declararon. Convoca tambien los mas peritos plateros, latneros, herreros, caldereros, plomeros y demás artifices de metales, que declarasen la antigüedad de las láminas de plomo, en que las inscripciones sepulcrales esta-

ban exaradas; como asimismo á los maestros de escribir y de abril de buril y de cincel; y á los escribanos y librerros mas famosos, que digesen su sentir acerca de los caracteres allí grabados. Estos observaron en el plomo la mucha horrura del tiempo; su aspecto, su color, su delicadéz, y que en partes por los dobleces estaban gastadas muchas letras, y tan penetrado y converdido ya el plomo en tierra; que indicando todo una grande antigüedad, con ningun artificio era capaz de fingirse, ni contrahacerse. Y encuanto al idioma, convinieron en que era latino, y en que los caracteres eran antiquísimos, formado cada uno á impulso de muchos golpes. Se practicaron otras varias diligencias que omitimos por no ser difusos.

Cometida como se ha dicho al arzobispo la calificacion de las reliquias, este prelado escripuzalizando en tan delicado negocio, consultó nuevamente al papa; manifestándole que no dara paso en la calificacion, si su Santidad no le decía terminantemente lo que quería hiciese en este punto.

Entretanto que recibia contestacion de Roma, dispuso que se cercase el monte en que se habian encontrado las reliquias; mas como quiera que para su seguridad velaban dia y noche por turno dos beneficiados, además de los guardas seglares que se habian puesto, y no tuviesen donde ponerse á cubierto de la intemperie, resolvió construir un albergue proporcionado, y que les sirviese de resguardo. Comenzada la obra, se opuso á ella el juzgado de poblacion, permaneciendo suspensa, hasta que se espidió real cedula en 6 de Junio de 1598, por la cual, se le facultaba para la edificacion de una casa en el sitio que pareciese mas conveniente, y de la certa proyectada. En su consecuencia, se continuó la obra; y terminada que fué, nombró como conserje perpetuo de aquel recinto al licenciado Andrés de Barrio-nuevo Montiel, presbitero.

Luego que hubo recibido de Roma nuevo breve, su fecha 10 de Junio de 1598, en la forma que tenía solicitado; en union con el cabildo eclesiástico, determina la época en que debe celebrarse el concilio sinodal; y con-

sulta con los primeros teólogos y jurisconsultos de Granada sobre los puntos mas graves que debian tratarse en él. Da conocimiento de aquella resolucion al soberano y á su consejo, é invita á su asistencia á todos los prelados é iglesias del reino.

Así las cosas, se publicó un edicto en la iglesia mayor y en las parroquias y conventos del arzobispado, que por contener las formas religiosas que precedieron al concilio, lo insertamos literalmente: dice así: «Nos D. Pedro de Castro y Quiñones, por la gracia de Dios y de la santa Sede apostólica, arzobispo de Granada, etc. Y en virtud de los breves de la Santidad de N. M. S. P. Clemente VIII, hacemos saber á todos los fieles, que el domingo 16 de este presente mes de abril de 1600 años, está determinado y ordenado de Nos juntar con los señores prelados, y otras personas graves para tratar, y proceder á la calificacion de las reliquias que se hallaron en el monte Yalparaiso de esta ciudad, y en la torre antigua, que se derrocó en esta santa iglesia. Y encargamos, pedimos y exhortamos, encomienden á Dios este negocio, para que todo lo que en la junta se hiciese, hablase y determinase, sea en su santo servicio, y resulte en bien de la iglesia católica, honra de sus santos, y bien de nuestras almas, y sea servido darnos luz, como en todo se acierte.»

«Para esto encargamos á todos los fieles, que en esta semana ó la siguiente, ayunen miércoles, viernes y sábado, y confiesen y comulguen cualquiera dia de las dichas dos semanas, que corren desde el 10 de este hasta el domingo último del inclusive: Y á todos los que así confesaren, comulgaren, suplicaren y encomiendaren á Dios el dicho negocio, rezando lo que fuere la devocion de cada uno, y hicieren otras obras pias á su arbitrio, les concedemos todas las gracias é indulgencias, que podemos, y demás de esto les damos y concedemos, que cualquier confesor de los por Nos aprobados los puedan absolver de los casos reservados á Nos por constituciones sinodales, y les pueda commutar y dispensar cualquier voto, crimen ó exceso que tuviese necesidad de nuestra dispensacion. Habrá procesion ge-

neral el domingo 16 de este, en que concurrirán toda la Clerecia y Religiones. Saldrá de la iglesia parroquial de S. Cecilio, y vendrá á N. Santa Iglesia Metropolitana, donde celebraremos de Pontifical misa de Espíritu Santo. A quien asistiere y acompañase la dicha procesion, concedemos las indulgencias y dias de perdon que podemos.»

«En nuestra Iglesia Metropolitana el cabildo de ella dirá las misas de Ntra. Sra. que en los casos graves y de necesidad suele decir, para que Ntra. Sra. sea servida de hacernos mereced en este negocio, y suplicamos á Dios nuestro Señor su precioso hijo, nos favorezca y dé luz. Comenzaranse á decir lunes 10 de este. Encargamos á todos los fieles asistan á ellas, y supliquen lo mismo á Ntra. Sra.»

«Mandamos, que en las parroquias de esta ciudad se diga el jueves de las dichas dos semanas una misa de Espíritu Santo con toda la solemnidad, y que asistan á ella los Beneficiados, Curas y Clerigos adjudicados á las dichas parroquias, y cada sacerdote diga una misa rezada á el Espíritu Santo. A los Prelados de las Ordenes y Conventos de esta ciudad encargamos, que durante las dichas dos semanas en sus casas, y en los conventos sujetos á ellas, digan, y hagan los sacrificios, que les parecieren mas convenientes, y que asimismo tengan oracion, para que Dios Ntro. Señor nos dé luz, con que mejor acertemos. Dada en Granada en nuestro palacio arzobispal á primero de Abril de 1600. D. Pedro de Castro, Arzobispo de Granada. Por mandado de su Señoría Ilustrísima, mi Señor. El Lic., Miguel de Muru.»

Todo quanto se prevenia en el edicto del prelado se ejecutó con el mayor celo religioso; llegado el dia 16 de Abril, que era el señalado para las primeras ceremonias, el arzobispo celebró de pontifical la misa de Espíritu Santo, á que asistieron los diocesanos convocados al concilio, los magistrados de la Chancillería, la Municipalidad y un numeroso pueblo. Se predicó un elocuente sermion por D. Luis de Raya, maestre-escuela de la Catedral, y concluido, D. Pedro Guerrero, tesorero de la

misma Santa Iglesia, subió al púlpito colateral del evangelio, y leyó el decreto del concilio de Trento, que trata de la veneracion y reliquias de los santos, y el breve de su Santidad, Clemente VIII, en que se ordenaba la calificacion de las del Sacro-monte.

El mismo dia por la tarde todos los vocales del concilio y el prelado granadino subieron á reconocer los santos lugares, donde se habian conservado tan apreciables reliquias, á fin de que aquéllos, con conocimiento del terreno, pudiesen resolver qualquiera duda que se ofreciese.

El dia 17 se celebró la séptima misa de Ntra. Sra., á la que asistieron las mismas personas y corporaciones ya indicadas, y á la tarde, los prelados que debian asistir al concilio, los procuradores de las iglesias; dignidades, canónigos, teólogos y canonistas que debian componer la gran junta conciliar, se reunieron en la casa arzobispal, para examinar y reconocer privadamente las piezas de que se componia el proceso, los monumentos y memorias sepulcrales, con todo lo demás de que se habia de tratar en el concilio. El 18 se celebró la octava misa, y en su tarde se verificó una solemne procesion general, que se dirigió á la iglesia parroquial de S. Cecilio. El 19 tuvo efecto la última misa, con el mismo aparato religioso que las anteriores; y se hicieron todas las demás ceremonias, que para abrir un sínodo previene el pontifical, con las oraciones é himnos que corresponden; y terminada, toda la concurrencia fué en procesion al altar de Ntra. Sra. de la Antigua, donde el prelado echó su bendiccion.

El 20 se citó en forma jurídica á todos los vocales, que fueron el obispo de Galipóli y abad de Santander; el sufragáneo de Guadix; el representante del de Almería; el abad de Alcalá la Real; varios oidores de la Chancillería en representacion de la soberanía real; los apoderados del arzobispo de Santiago, los de los cabildos eclesiásticos de la misma ciudad, de la de Córdoba, de Guadix y de Granada; el provincial de la orden franciscana, el provincial y vicario general de los trinitarios calzados; el provincial de Andalucía de la compa-

ña de Jesus; los priores de los conventos agustinos calzados de Cartuja y Santa Cruz de esta ciudad; el guardián del convento Casa-grande y el rector de los jesuitas de la misma; con otras varias notabilidades en ciencia y religion, tanto de Granada, como de fuera de ella.

A las tres de la tarde del dia siguiente se celebró la primera sesion; y respecto á ella y á las siguientes, el autor arriba citado se espresa de esta manera: «Congregáronse en fin, todos al siguiente dia, y á la citada hora en la casa arzobispal en una sala, que estaba prevenida y adornada de ricas colgaduras, y en el testero un docel con tres sillas de terciopelo carmesí, una para el V. arzobispo en medio, y á los lados dos para los señores obispos. Seguíanse luego otras diferentes, para el Sr. Abad de Alcalá, señores ministros del real acuerdo, Sr. Dean de Granada y señores dignidades de Santiago, Córdoba, Granada y Guadix; y escaños para los demás señores prebendados, teólogos y canonistas, y Reverendísimos Padres de las religiones. En medio de la sala estaba un bufete grande con una costosa sobremesa de brocado, y en él un muy devoto crucifijo y unas fuentes doradas en que estaban los santos evangelios, el concilio de Trento y breves de su Santidad, monumentos sepulcrales y láminas, y las sagradas reliquias, y un libro con las estampas de los sitios del monte, cavernas y hornos de él, y de la torre Turpiana, por si fuere menester reparar alguna particularidad. Otro bufete mas pequeño estaba mas abajo con sobremesa carmesí, sobre el cual estaba el proceso de las reliquias, con las piezas que correspondian á su justificacion, y un banco sin espaldar para los secretarios. ... Estando ya todos sentados, salieron el V. arzobispo, y los señores prelados del Oratorio, y tomaron sus sillas; y estando así congregados, y cerrada ya la puerta, se levantó el V. arzobispo, y con él todo el congreso, y teniéndole uno de los maestros de ceremonias el libro, dijo las oraciones siguientes: *Jesu Domini, qui sacro bevi tui oráculo etc. Dissolve Domine nostrorum mentium ligaturam etc.*

«Acabada de leer esta clara é individual propuesta,

(1) añadió el V. arzobispo á la letra el alma de la voz, y á la eficacia de su energía, ponderando él en breve la importancia del negocio. Fué comun dictámen de la respetable junta, se hiciese la esperiencia; si no indefectible, conducente; de si las reliquias; que se habían de calificar, tenían aquella celestial fragancia; que en las legítimas y auténticas suele recrear á la devoción. Todos, y cada uno de allí congregados la percibieron, y depositieron contestes, no ser comparable aquel olor con ninguno de los de acá conocidos. Terminada esta diligencia, pasaron los secretarios del sinodo á leer, y publicar á la venerable junta los instrumentos conducentes á la calificación de que se trataba, como el breve de su Santidad, las órdenes de la corte en orden á esto; y hacer relacion del proceso por las averiguaciones hechas el año de 1588, sobre el estimable hallazgo de la torre Turplana, y las que nuevamente se habían hecho despues en el mismo asunto. Duró esta sesión hasta las seis y media de la noche, concluyéndose con la cita para la siguiente.»

«Sábado 22 de abril á las tres de la tarde se abrió la docta y santa asamblea, en que se relacionaron las informaciones de todo lo actuado por ambos provisos en el descubrimiento de las cavernas, hornos, láminas latinas sepulcrales de plomo, y reliquias del monte Ilipulitano. Estendióse el informe á las consultas y diligencias con tanta madurez practicadas, á las averiguaciones hechas con tanta costa y celo, por requisitorias dentro y fuera del reino, de no haber memoria alguna, de que jamás hubiese habido cueva alguna, y rastro de ella en aquel monte. Las siete de la noche pusieron término á esta sesión, y dieron la cita para la futura, que fué á la misma hora del siguiente día.»

«En esta se adelantó la relacion; é informe á la justificación hecha de la tradicion constante é inmemorial»

(1) Hace relacion á un discurso en que se esponia el objeto á que se habia reunido la asamblea y su gran importancia.

que habia en Granada, de que el cuerpo de su inclito patron S. Cecilio descansaba en ella, aunque se ignoraba donde: las esquisitas diligencias que acerca de su descubrimiento habían practicado los señores prelados predecesores del nuestro; como asimismo la tradicion constante de que en aquel monte habia algunos santos sepultados, lo que se esforzaba mas con la justificación negativa, de que en Iglesia alguna dentro ó fuera del reino hubiese tradicion de estar allí los cuerpos de los santos mártires, Cecilio, Hiscio y Thesiphon; noticia hasta entonces ignorada de la historia eclesiástica, pues ni aun estaba por ella averiguado, si habían sido mártires y discípulos de los siete principales del apostol Santiago ... Informóse tambien sobre la antigüedad de las luces y llamas, que á deshora de la noche en todos tiempos se habían visto en los mismos sitios donde aparecieron despues las presentes memorias de los santos. Dilatóse por cuatro horas esta sesión, y en las dos siguientes de veinte y cinco y veinte y seis se examinaron las declaraciones y deposiciones contestemente juradas por los peritos, sobre la antiquísima fábrica de la torre Turplana; sobre la ancianidad de la caja de plomo y del lienzo triangular, que se halló en ella: sobre las memorias sepulcrales descubiertas en las cavernas del monte: el idioma de sus inscripciones, y la forma de sus caracteres: sobre el olor que de si exhalaban unas y otras reliquias. Relacionáronse despues los procesos formados sobre los milagros obrados por aquellas reliquias; testimonio auténtico, con que suele acreditarlas Dios, y calificarlas el cielo. Veíanse allí paralíticos, tullidos, y baldados de muchos años repentinamente sanos. Hallábanse heridos y enfermos, ó ya incurables, ó de difícil curacion, restituidos repentinamente á perfecta salud; y esto á sola la invocacion de los santos mártires, al contacto de sus cenizas, ó tierra de sus hornos, ó introduccion en sus cavernas, experimentándose lo mismo á la aplicacion de la mitad de la toca de la Santísima Virgen, y hueso de S. Estéban. Cerróse esta sesión con las declaraciones juradas de los Reverendísimos PP. Prelados superiores de todas las religiones, que ilustran es-

ta ciudad, sobre la universal connocion á penitencia, reforma de costumbres, enmienda de vidas, frecuencia de Sacramentos, devocion y veneracion, que se siguió al sagrado descubrimiento. Tan prolifja materia prolongó estas sesiones mas que las pasadas.»

«El jueves 27 de dicho mes se congregó el sínodo á la hora acostumbrada, y en esta sesion, que podemos llamar la mas crítica, se examinaron con maduro juicio las consultas hechas á los primeros hombres del orbe literario, y venerados entonces por el comun aplauso de la fama por oráculos de sabiduria. En sus respectivas respuestas se encontraban las dificultades mas árduas propuestas en contra de los venerables monumentos, como las del Illmo. de Segorve D. Juan Baptista Perez, y las del licenciado Valcalcer; pero tambien se encontraban en las de otros no menos doctos las mas sólidas respuestas á los reparos hechos. Leyéronse las censuras que en vista de todo el proceso habian hecho á su magestad su consejo real, su prudentísimo confesor, el del príncipe y su erudito maestro Loaysa; como tambien los pareceres dados por los monseñores Nuncios Cayetano y Gimnacio; por los señores inquisidores generales Portocarrero y Guevara; por los señores auditores de Rota Peña y Lamata, y por los mas de los señores prelados del reino. Terminados los informes todos, de que debian instruirse para la decision de materia tan ádua sugetos tan atentados, se citó la última definitiva sesion para el viérnes 28 de abril, la que abrió el V. arzobispo con el siguiente razonamiento.»

«V. señorías y mercedes se han juntado para tomar resolucion y determinar el proceso, que han visto, y lo que al principio propuse: si estas reliquias que se hallaron en la torre, y las cenizas y huesos, que se hallaron en las cavernas del monte, se han de calificar y venerar, y si tambien se pueden y deben ahora calificar las reliquias de los discípulos de S. Cecilio, S. Hiscio y S. Thesiphon, y las de Mesiton, nombrándolos por sus nombres por ser santos no conocidos; y si ocurre ó se ofrece en esto cuestion grave, que obligue á tratarse en concilio provincial, ó si hay aquí jurisdiccion para po-

der determinar, como estamos congregados? Cerca de los cuales artículos he dado dias ha memoriales á V. señorías y mercedes para que tuviesen tiempo de lo prevenir, ver y estudiar, y me han dicho tienen la resolucion en todo: conforme á esto V. señorías y mercedes pueden determinar y ver lo que mandan.»

«Votaron todos uno á uno, comenzando de los últimos en asiento, oyendo á cada uno lo que queria decir, y de conformidad y acuerdo, en que estuvieron todos sin faltar ninguno, dijeron: Que el Sr. arzobispo podia conforme al concilio de Trento, y breves, y comision de su Santidad, y con el consejo de los presentes, determinar aquel negocio de la calificacion, y que no se les ofrecia en ello cuestion grave, por que vistó el proceso y diligencias, experimentando el olor y fragancia, que cada cosa tenia, y reconocidos los milagros que Dios Ntro. Señor habia sido servido obrar por invocacion de estos santos, y aplicacion de sus Santas reliquias, era el negocio liso y corriente, y que les parecia sentirian lo mesmo los autores de las dificultades, si se hallasen presentes. Y que los santos no conocidos, que refieren las láminas sepulcrales, debian ser venerados por mártires, y estaba obligado el señor arzobispo á mandarlo, por que como de ellas mismas constaba, la primitiva iglesia los veneró por mártires, y ellas decian que padecieron con sus maestros en las cavernas del monte, y mandaba que en su memoria se venerasen y reverenciasen; y dijeron, que tenian por cierto, que se cumplió así en la primitiva iglesia, como las inscripciones decian, y mas en tiempo que no era menester otra diligencia, que confiar del martirio, para recibirlos la iglesia; y les pareció que la comision de su Santidad favorecia esto, y se estendia á que el señor arzobispo lo pudiese hacer conformándose á ella; pues su Santidad nombraba en el breve por sus propios nombres, no solo á los maestros, sino á los discípulos, y cometia al arzobispo la calificacion *y juxta documenta, et memorias*, y en las memorias sepulcrales estaban expresados.»

«Así fué la resolucion de todos unánimes y confor-

mes: Que debía el señor arzobispo declarar y definir el lienzo de Ntra. Sra. y las demás reliquias de la torre, y las que se hallaron en las cavernas del monte; eran verdaderas reliquias de los santos, contenidas en sus respectivos monumentos, y que los debía nombrar por sus nombres en la sentencia, como las nombraban las inscripciones, y proponer las reliquias al pueblo, para que las reverenciase y venerase....»

Tratóse luego si habia de salir la sentencia en nombre del V. arzobispo, ó en el de todos, y fué resolucion de conformidad: Que á solo el arzobispo pertenecía, determinar, definir, pronunciar y firmar la sentencia y mandarla sellar con un sello, y que los circunstantes solamente tenían voto consultivo, conforme al concilio; y así, que como tales votos consultivos podian firmar. Y el V. arzobispo viendo esta determinacion, dijo: *En nombre de Dios, para servicio suyo y honra de los santos, declaro y defino, deberse venerar y honrar el lienzo de Ntra. Sra., y todas las demás reliquias, que se hallaron en la torre, y Monte Sacro, como verdaderas reliquias, y proponerse al público y colocarlas; y mandó á los secretarios que así ordenen la sentencia; nombrando en ella por sus nombres los dichos santos mártires.*

Terminado con esta sentencia negocio tan importante, se anunció al público por un repique general en la Catedral y demás iglesias, y con salvas de artillería; acotó continuo se iluminó la ciudad lujosamente, y el pueblo granadino naturalmente devoto y religioso; dió las mas ostensibles pruebas de júbilo y regocijo.

El dia 30 de abril se celebró en la metropoli una grandiosa funcion, á la que concurrieron todos los individuos que habian asistido al sínodo, y un pueblo numeroso; publicándose en ella con toda solemnidad la sentencia siguiente: *In nomine domini nostri Jesu Christi.*— Nos D. Pedro de Castro por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de Granada, del consejo del rey nuestro Señor, con consejo y asenso de los Reverendísimos Prelados D. Juan de Fonseca, obispo de Guadix, del consejo de S. M. comprovincial, y sufraganeo nuestro; y D. Sebastian Quintero, obispo de

Galipoli, y D. Alonso de Mendoza, abad de Alcáta la Real: habiendo tratado de las reliquias, que el año del nacimiento de Ntro. Señor Jesu-Cristo de 1588, se hallaron, derribando una torre antiquísima en esta santa Iglesia; y otras en el año de 1595, en el monte, que llaman de Valparaiso de esta ciudad; el conocimiento y aprobacion de las cuales, nos pertenece por derecho, y por el santo concilio de Trento, y por especial comision de Ntro. muy santo Padre Clemente VIII. Visto este proceso y todas las informaciones y diligencias en él hechas, y habiendo habido consejo y deliberacion con varones muy doctos, piós y teólogos, y de otras facultades, que con Nos congregamos, y todo lo demás, que fué necesario, y vérselo convino.—FALLAMOS de un mismo parecer, y asenso, en que fueron todos conformes: Que debemos declarar, declaramos, definimos y pronunciamos las dichas reliquias en este proceso contenidas; conviene á saber: la mitad del paño, con que Ntra. Sra. la Virgen Gloriosa Maria, limpió sus lágrimas en la pasion de su hijo Ntro. Redentor; y el hueso de S. Esteban Protomártir; ser; y que son verdaderamente el medio paño de Ntra. Sra.; y el hueso del Proto mártir S. Esteban, y haber estado ocultas, cerradas y guardadas dentro de una pared de la torre antiquísima, que estaba edificada en el sitio donde se edificó la Iglesia mayor de esta ciudad, metidas en una caja de plomo vetunada por dentro y fuera, y dentro en la caja una carta de pergamino antiquísimo; en la cual refiere Patricio sacerdote, que estaban allí las dichas reliquias, y que él las escondió por mandado de S. Cecilio; y se halló todo dentro de la dicha caja de plomo, en el dicho año de 1588, sábado dia S. Joseph 19 de Marzo, derribando y deshaciendo la dicha torre: Asimismo declaramos, definimos y pronunciamos los huesos, cenizas y polvos, y la masa blanca, que en el año de 1595, hallamos dentro de las cavernas de dicho monte, que llaman de Valparaiso, ser verdaderamente reliquias de Stos. mártires, que gozan y reinan con Dios, Ntro. Señor en el cielo; conviene á saber: de los santos mártires S. Cecilio, S. Hiseio, S. Thesiphon, discípulos del bienaventurado apóstol Santiago el Cebe-

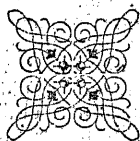
deo, y de S. Septentrio y Patricio, discípulos de S. Cecilio y de S. Turilo, Panuncio, Maroino, Centulio, discípulos de S. Hiseio y de S. Maximio y Lupario, discípulos de S. Thesiphon, y las de S. Mesiton; y los dichos santos Cecilio, Hiseio y Thesiphon, y juntamente con ellos los dichos sus discípulos y S. Mesiton, haber padecido martirio quemados vivos dentro en las cuevas y cavernas, de dicho monte, por Jesu-Cristo Nuestro Redentor y por su Santa Fé Católica, y por la predicacion y publicacion del santo evangelio, en el año segundo del imperio de Nerón: S. Cecilio y sus discípulos en las Kalendas de Febrero: S. Hiseio y sus discípulos en las Kalendas de Mayo, quemados como las piedras cuando se vuelven en cal: y S. Thesiphon y sus discípulos en las Kalendas de Abril, como lo dicen y muestran cuatro láminas de plomo antiquísimas, escritas en lengua latina con antiquísimos caracteres, y otros instrumentos tambien de plomo antiquísimo, que todo ha estado cerrado y ocultado dentro en las dichas cavernas hasta ahora, que lo hallamos en el dicho año de 95. Y parece resulta, y se averigua por este proceso, y lo ha mostrado y comprobado Dios Ntro. Señor por muchos milagros. En consecuencia de lo cual declaramos las dichas reliquias deber ser recibidas, honradas, veneradas y adoradas con hora y culto debido, como reliquias verdaderas de Ntra. Sra. y de los dichos mártires, que reinan con Dios Ntro. Señor, segun que la iglesia católica romana acostumbra venerar las reliquias de los santos, y deber ser espuestas públicamente al pueblo cristiano y á todos los fieles para el tal efecto, y que puedan invocarlos. Y Nos con los aquí congregados así las recibimos y veneramos; y mandamos que se pongan y coloquen en guarda y custodia, y lugar muy decente á nuestro parecer, ó del Reverendísimo Arzobispo, que fuere de esta Santa Iglesia. Y asimismo declaramos el dicho lugar y monte de Valparaiso, en las cavernas del cual padecieron martirio todos los dichos santos, ser lugar santo y sagrado, y deber ser venerado y honrado, como las dichas láminas lo mandan, en memoria de los santos, que padecieron martirio en él, y tener las prerrogativas

que dá el derecho, y los sagrados canones á los tales lugares sagrados; y mandamos que en todo se les guarden. Y por esta nuestra sentencia así lo pronunciamos y mandamos, y firmamos de nuestro nombre y sellamos con nuestro sello pendiente.—Petrus de Castro Archiep. Granatens-Joann. Episcop. Guadix. scripsi. Sebastian. Episcop. Galipoli suscripsi. Alphus Abb. suscripsi.» Signen las firmas de los individuos que asistieron al sinodo, y la diligencia de su publicacion. Acto continuo se adoraron las reliquias por los preladados, y se mostraron al pueblo que habia concurrido á tan religiosa ceremonia.

Para solemnizar tan plausible suceso, se hicieron festejos públicos por espacio de muchos dias; el 7 de Mayo se celebró la primera misa en el Sacromonte; las reliquias se pusieron en un cofre, construido al efecto; y se erigió un altar en las mismas cuevas donde fueron halladas. Las reliquias de la torre Turpiana, se consignaron en la Sta. Iglesia Catedral, conservándose en un preciosísimo relicario, costeados por su cabildo.

Concluiremos, pues, con la reseña de un acontecimiento que el mismo Barrio-nuevo refiere, y que á la verdad es admirable y portentoso. Despues de hecha la convocatoria para el sinodo, se vió Granada invadida por el horroroso azote de la epidemia, que principió á causar grande estrago; pero el dia en que entró en la ciudad el primer conciliario, cesó totalmente el mal, restableciéndose el estado sanitario, que antes disfrutara. Mas hecha la calificación, terminado el concilio, y concluidas las fiestas, se retiraron los sujetos que habian concurrido, y la epidemia volvió á afligir al vecindario el mismo dia que el último de los vocales salió de Granada. Los efectos de esta calamidad en su segunda invasion fueron mayores y mas terribles que en la primera; por lo que el cabildo municipal, anhelando el restablecimiento de la salud pública, hizo voto de subir al sagrado monte todos los años el dia de S. Cecilio á adorar las reliquias, y construir á sus espensas una lámpara de plata, que ardiera continuamente delante de su primer obispo y santo patrono. Granada vió que por su in-

tercesion se aplacó la ira del cielo y se restableció de nuevo la salud, y el cabildo cumplió su promesa construyendo la lámpara con noventa marcos de plata; y hasta la época presente el voto anual de subir a Sacramento el día 1.º de Febrero.



CAPITULO LIV.

MOTIN EN GRANADA.—AUTOS DE FE.—EPIDEMIA.—CADAL-
SOS.—ALZAMIENTOS.

El año de 1648 había sido bastante escasa la cosecha de cereales; y como sucede generalmente en estos casos, los especuladores, que no conocen otro interés que el suyo propio, ni mas prójimo que su codicia, comenzaron á hacer acopios cuando el precio del grano era favorable; de tal modo, que al poco tiempo principió á tomar alza, y por consiguiente el pan llegó á un precio escésivo. En este estado, pues, el pueblo no pudo dejar de conmoverse, de irritarse: las clases proletarias, los artesanos, cuyos jornales eran cortos, principiaron á experimentar los efectos de la carestía de artículo tan necesario; la estenuación y la languidez se veían grabadas en sus rostros, y sus inocentes hijos clamaban por alimento vertiendo lágrimas de desconsuelo. La autoridad tomó algunas medidas; pero medidas paliativas y que no eran suficientes para mejorar las tristes circunstancias que ya se habían creado. Muchas familias

de la clase media sufrían igualmente, pero en secreto, los rigores de la hambre; sus quejas no se hacían públicas, pero su enojo hacía los autores del mal que experimentaban, era justo, era razonable. La aptitud que las personas acomodadas tomaran en ocasión tan apurada fué mas bien de observación y defensiva, temerosas de algún ataque del pueblo; mas no para prodigarle consuelo en su desgracia. Algunas, muy pocas, distribuyeron limosnas; pero limosnas mesquinas, limosnas mas bien hijas del temor ó de una obligación sagrada, que de la caridad.

Como hemos dicho, las masas conmovidas por tan poderoso influjo, se amotinaron: corrieron las calles pidiendo pan, el padre para el hijo; el hijo para su ansiado padre, el esposo para la esposa; empero sus clamores fueron desoídos, y destituyeron al corregidor; mas la autoridad militar para reprimir la insurrección echó mano de la fuerza armada, se repartieron sendos palos, en vez de repartir panes; y de este modo se tranquilizó la ciudad. Por el pronto se trató de aplacar los clamores, estableciendo depósitos de pan á precio mas moderado, si bien siempre gravoso para el que no cuenta mas que con unos limitados recursos; el especulador consiguió el favorable resultado de su tráfico, y el pueblo sufrió la hambre, los golpes y la execración.

Desde esta época no ocurrió en Granada ningún acontecimiento digno de mencionarse, hasta el de 1672 en que se celebró auto de fé por el tribunal de la inquisición. Mas como quiera que esta clase de juicios públicos tuviesen lugar reiteradamente, solo referiremos uno, para dar á conocer las pomposas ceremonias con que se celebraban.

En el año á que nos referimos componían aquel tribunal D. Juan Martín Rodezno, D. Pedro de Herrera y Soto, y D. Baltasar de Loarte y Heredia, inquisidores; y D. Juan Bautista Arramendi, fiscal. El día 2 de Mayo se principió la convocatoria para la función, convidándose al arzobispo de Granada, D. Diego Escolano de Ledesma; al presidente y oidores de la Chancillería; al cabildo de la Sta. Iglesia Catedral; al Ayuntamiento y á

otros cuerpos distinguidos. El día siguiente, con ostentoso aparato se dieron pregones públicos en diferentes puntos de la capital, cuyo tenor era el siguiente: «Hago saber á todos los vecinos, residentes y habitantes de esta ciudad de Granada, como los señores inquisidores apostólicos de ella, y su distrito, han determinado celebrar auto público de fé, á honor y reverencia de Jesucristo nuestro Señor, exaltación de la santa fé católica y ley evangélica, y estirpación de las heregias, el lunes, que se contará 30 de mayo de este presente año, día del glorioso rey D. Fernando el santo; y se conceden las gracias é indulgencias por los sumos pontífices, dadas á todos los que acompañen y sirvan á dicho auto.»

Al efecto se levantó en la plaza de Bibrambla, delante de los Miradores, un tablado de cuarenta y ocho varas de largo, cuarenta de ancho, y cuatro y media de alto, dando frente á la Alcaicería; quedando cubierto aquel edificio con un tarimon de treinta y seis varas de longitud y cinco de altura, el cual formaba su testero principal, en el que se colocaron los asientos de los inquisidores, cubiertos de un dosel. En sus respectivos lugares se hallaban los de los convidados; entapizado todo con el mayor lujo. En el lugar correspondiente se situó el banco de los reos; así como tambien otros departamentos destinados á la prevención de viandas y á otros usos que fuesen necesarios. Igualmente se adornó una habitación de los Miradores para dar audiencia á los reos que la solicitasen. La víspera del día en que debía celebrarse el fatal juicio, ó sea el 29 de Mayo en la tarde, salió de las casas inquisitoriales la procesion de la Santa Cruz con toda solemnidad, y á la que asistieron todas las comunidades, llevando el estandarte D. Antonio Fernandez de Córdoba y Ayala, marqués de Valenzuela y señor del estado de Orgiva, para cuyo objeto fué convidado. La estacion se encontraba ricamente adornada; el concurso era numeroso, no solo de los habitantes de Granada, sino de otros muchos pueblos que vinieron á presenciar el sangriento sacrificio; durante la procesion hubo repique general de campanas en to-

das las parroquias, y conventos, y salvas de artillería en la Alhambra. Se colocó la santa Cruz en un magnífico altar construido en el centro del cadalso, quedándose á velarla la comunidad de padres dominicos, quienes mediodía la noche cantaron los maitines solemnemente, y concluidos á la hora de prima celebraron muchas misas, y después de tercia la conventual. Aquella misma noche se pusieron en el río Beiro, y lugar que quedó con el nombre de quemadero, quince asientos para otras tantas personas; pero solo amanecieron once; los cuales no se ocuparon todos, por las conversiones de los reos en el acto del suplicio.

El auto se principió con una solemne misa; acabado el intróito, predicó sermón un dominico, encareciendo la rectitud y justicia del tribunal, y exhortando á los fieles á la oración y á la creencia de la verdadera religión cristiana. Concluida aquella plática, se leyeron las causas de noventa reos; de los cuales veinte fueron relajados en estatua por fugitivos, y otros que habían fallecido en sus huesos; dos se declararon admitidos á reconciliación, pudiendo disfrutar de las oraciones de los fieles y otros sufragos. A las cuatro de la tarde se entregaron á la justicia ordinaria diez y ocho estatuas, y seis personas, que escoltadas, se condujeron al quemadero; allí, arrepintieronse cinco, á quienes se dió garrote, siendo solo pasto de voraces llamas Rafael Gómez Salcedo, de edad de 19 años. Los reos restantes se absolviéron ya bien entrada la noche, y después de fallar sus sentencias, se prosiguió la misa que concluyó cerca de las doce. A la mañana siguiente, con el mismo aparato, y con la misma pompa, se restituyó la Santa Cruz al edificio del tribunal; habiéndola velado también la comunidad dominica, con los mismos ejercicios que la precedente.

Hemos reseñado circunstanciadamente una de las escenas mas horrorosas que han tenido lugar en el orbe cristiano; y aun cuando no guardemos orden cronológico, referiremos sucintamente algunas otras de la misma especie, que por ser notables no deben eliminarse de su historia.

En 4 de Mayo de 1369 fué residenciada con otras personas de buen linage la gitana Aurora, de edad de diez y nueve años, natural de Ugijar; cuyo acontecimiento nos ha legado una tradicion bastante curiosa.

En 30 de mayo de 1721 se celebró otro auto de fé en el monasterio de S. Gerónimo. Hubo cincuenta y cinco reos; de ellos doce fueron victimas de las llamas, entre los cuales se cuenta á Leonor Maria Rodriguez, tambien de temprana edad. Se exhumó el cadáver de Ana Muñoz, fallecida en 1717, que se hallaba enterrada en el convento de la Merced, y se condujo ante el tribunal; mas como el esqueleto se hallase en estado tal que no fuese fácil su descomposicion, el verdugo desunió los hierros con una hacha para lanzarlos al fuego.

Y á mediados del siglo anterior, sufrió igual pena Nicolao Bernardini, de nacion italiano, cuyo proceso, segun hemos averiguado, principió por rehusar descubrirse al salir el santo Viático de la parroquia de la Magdalena; pero que después en las declaraciones prestadas dejó entrever sus convicciones materialistas. Este desgraciado fué la última victima sacrificada por aquel tribunal, cuyo edificio se destruyó, y su archivo se entregó á las llamas después del alzamiento de 1820, para evitar que en lo sucesivo las causas que en él se custodiaban, pudiesen producir persecuciones y desastres.

Finalmente, respecto á la epidemia que el año de 1679 affligió á Granada, he aquí como se espresa un escritor del siglo XVIII: «Hallábase este pueblo herido del contagio en 1679, desde los últimos dias del mes de Mayo. Acudieron á Dios los granadinos; suplicándole á esta magestad, se sirviese de aplacar su ira y conceder la salud á Granada. Hicieronse públicamente muchas rogativas, sin distincion de sexos ni de personas. Apenas hubo persona de ambos estados, que no dirigiesen á Dios sus afligidos ruegos; Esmeráronse mas las religiones y cofradías, en cuyos individuos se vieron asombrosas penitencias. La referida comunidad, (de Santa Cruz), junta con la dicha V. Archicofradía, (de Ntra. Sra. del Rosario), clamaron á esta Santa Imágen y la espusieron en el altar mayor, en el lado del evangelio, para que

brindados de su mas cercana presencia los tristes vecinos de Granada, le hiciesen una pública rogativa en forma de una muy devota novena. Comenzose esta en el dia 26 de Junio del mismo año, y luego se vió en medio de la frente, entre las dos cejas de la Santa Imágen, una luz en la misma forma, que reverbera una estrella con la variedad de algunos colores, que hacian sus brillos mas especiales; pues se observaba que aquella nueva luz mezclaba los colores dorado, plateado y verde, asemejando á los que muestra en las nubes el arco iris. Admiró á todos este prodigio, y á su novedad, conmovido el pueblo, acudieron sus vecinos á la iglesia de Santo Domingo á ver este fenómeno tan desusado y extraordinario. Conocióse que aquello fué un pronóstico ó señal de la salud, que esta ciudad logró poco despues; por que desde aquel tiempo fué logrando la salud el pueblo granadino, siendo menos los enfermos, y publicándose la salud en 6 de Octubre del mismo año, uno de los dias de la octava del Santísimo Rosario de esta Señora. »

«Era dignísimo arzobispo de Granada el Illmo. Sr. D. Fr. Alonso Bernardo de los Rios y Guzman, prelado muy devoto, y que no quiso que quedase sin la autoridad posible aquel milagro. Hizose exámen jurídico y proceso por ante su provisor y vicario general el doctor D. Francisco Ruiz Noble; celebráronse varias juntas y disputas de sabios doctores y maestros, á cerca de saber si aquella luz, aparecida en la frente de la sagrada imágen, era milagrosa. Declaróse, al fin, que lo era, habiendo hecho todas cuantas diligencias se vieron necesarias; y el Illmo. prelado lo declaró así, y mandó publicar por su decreto de doce del mes de Octubre del mismo año 1679. Imprimióse un manifesto de estos autos y decreto, en esta ciudad de Granada, en la imprenta real de Raymundo de Velasco en 1680..... Es tradicion de religiosos antiguos de esta comunidad, por haberlo oido decir á sus mayores, individuos del mismo convento, que estando algunos dias antes de la peste, vistiendo las camareras á esta sagrada imágen, para uno de los primeros domingos del mes, como se acostumbra, vieron llorar á este simulacro, descendiendo algunas lágrimas hasta el ta-

pete; y quedándose otras en el vestido de la imágen. Asombráronse las camareras al observar aquel prodigio, y habiendo dado voces, acudieron algunos religiosos, y aun seglares, que se hallaban en la iglesia; y todos notaron aquella maravilla, recogiendo aquellas lágrimas en lienzos y algodones, que testificaron la verdad de aquel prodigio. » El estrago causado por este mal fué horroroso; y el vecindario de Granada sufrió una baja bastante notable. Despues de esta desgraciada época transcurrieron algunos años sin que aconteciese cosa digna de mencionarse, hasta el fallecimiento de Carlos II; ocurrido el dia 1.º de noviembre del año de 1700.

La muerte de este soberano puso fin á una dinastía que habia estado poseyendo el trono de España mas de 150 años, y abrió una campaña desastrosa y sangrienta. Aquel monarca, hallándose sin sucesion, por su testamento de 2 de Octubre del mismo año, instituyó por heredero á Felipe de Borbon, duqué de Anjou, hijo segundo del delfin de Francia; en virtud del derecho que tenia al trono por Maria Teresa de Austria, su visabueta. Se hizo su proclamacion en Fontaineblau, verificando su entrada en Madrid el 14 de Abril de 1701. Una alianza formada por Austria, Holanda, Inglaterra y otras potencias fué el grito de guerra, y prontamente el suelo español se vió invadido por ejércitos extranjeros; empeñándose una lucha de poder á poder, que terminó al fin por la paz de Utrech, en el año de 1713. Durante ella, no solo se vertió sangre en los campos de batalla, sino en las poblaciones. Granada, despues de sufrir la escasez y la miseria que fué general en el país, vió levantar caudalsos y perecer en ellos á muchos de sus hijos.

Es evidente que Felipe V, entró á reinar sin el mayor partido entre los españoles; y de ello provino se formasen conjuraciones para lanzarlo del suelo ibero. En ellas tomaron mayor ó menor parte los granadinos; si bien era grande el número de desafectos que se contaba entre ellos. A pesar de que el nuevo rey tenia fija su principal atencion en la guerra, no dejó tampoco de adoptar medidas para contener á sus enemigos interiores. Autoridades activas y celosas en favor de su soberano, hi-

cieron eficaces pesquisas, encarcelaron á varias personas, y el año de 1705 fueron entregados al verdugo.

Como era consiguiente, los exorbitantes gastos de la guerra habían agotado el tesoro, y el gobierno se vió en la necesidad de adoptar medidas extraordinarias para atender á aquellos, que cada día eran mas crecidos. De un préstamo que se decretó para toda la nacion en el año de 1712, correspondieron á Granada cuarenta mil duros, que se repartieron al vecindario; mas las mujeres y los muchachos impidieron su cobranza, hostilizando á pedradas á cuantos tomaban parte en su recaudacion; de tal modo, que convencido el Ayuntamiento de la imposibilidad de su cobro, tuvo que reunir aquella cantidad por medio de un donativo que le hicieron personas particulares, reintegrándolo despues con el producto de algunos arbitrios impuestos al efecto. El sexo femenino en estas circunstancias, depuesto el miedo y la timidez que le caracteriza, y poseido de un valor heróico, cual otras amazonas, rechazaron la fuerza con la fuerza.

Por último, en el año de 1748 tuvo lugar otro alzamiento el día 8 de octubre, que para reprimirlo mandó el gobierno pasase á ella D. Juan de Villalva y Angulo, teniente general y gobernador de Cádiz, quien instruyendo proceso, capturó á los perpetradores, decapitó á los principales causantes del alboroto; y Fernando VI, por real cédula de 21 de Marzo de 1749, indultó á los restantes, que permanecían presos en las cárceles. Esta gracia se publicó, y tuvo cumplimiento con toda pompa y solemnidad el día 30 del mismo mes.



CAPITULO LV.



REVOLUCION EUROPEA.—EPIDEMIA.—ACONTECIMIENTOS EN GRANADA.—PATIBULOS.—ENTRADA DE LOS FRANCESES.—TERROR DE LOS GRANADINOS.—GUERRA SIN TREGUA EN NUESTRO PAIS.—ENERGICAS MEDIDAS DEL GOBIERNO FRANCESES.—SUS OBRAS DE DEFENSA.—LAS DESTRUYEN A SU RETIRADA.—SE ATRAEM EL AFECTO DE LOS GRANADINOS DURANTE SU PERMANENCIA EN LA CIUDAD.

Corría el año 1789.

Allende el Pirineo alzóse arrogante y altivo el coloso revolucionario; su aparicion debía causar un estremecimiento general en toda Europa.

Fija su planta en el continente, no le es ya dable levantarla hasta que deje consumada su obra.

Cerca de setenta años han trascurrido en pos del grito de alarma universal; hoy aun resuena en nuestros oídos.

Los pueblos, las naciones enteras lo escucharon, y con arrojo y entusiasmo cívico se lanzaron á una sangrienta liza.

La sangre ha corrido á torrentes: con ella satura,

fructifica, se arraiga el árbol de la libertad.

Dos partidos luchan encarnizados por el porvenir; la victoria aun está indecisa.

En esta lucha de principios ondean dos estandartes; uno de ellos debe quedar abatido; independencia ó despotismo; verdades ó apariencias.

La reaccion, envuelta en hipócrita y misterioso manto, recorre afanosa y con siniestra faz las heligerantes haces; empero en vano; la ilustracion, el civismo, la nacionalidad, se oponen á su marcha, y dejan ilusorios sus proyectos.

La revolucion francesa comenzada el año de 1789, condujo á Luis XVI al patíbulo en el de 1793; y en el de 1799 apareció Napoleon Bonaparte como primer cónsul de la república. La memorable batalla de Marengo lo hizo dueño de toda Italia en 1806, y en 1804 el gran capitán del siglo XIX es proclamado emperador.

En tanto, pues, que la nación vecina se ornaba de laureles, y se disponia para llevar sus águilas á los mas remotos países del continente europeo, la parte meridional de la península sufría los terribles efectos que causaba una devastadora epidemia; la fiebre amarilla. Infiestada Málaga de esta cruel calamidad, se propagó á Granada, donde causó horroroso estrago. Difícil seria bosquejar el doloroso cuadro que en tan aflictivas circunstancias presentaba la ciudad árabe: basta decir que se hizo el contagio tan voráz en ciertos barrios de ella, que fué necesario cortar las comunicaciones de algunas calles; llegando á tal extremo el terror y el espanto de sus habitantes, que hasta se ahogaron en ellos los sentimientos de humanidad, rehusándose generalmente el trato, y por consiguiente aquellos auxilios tan necesarios en casos de esta naturaleza. Algunos meses permaneció el cruel azote en nuestro suelo; durante los cuales su poblacion sufrió una baja considerable. Mas, cuñado y se iba reponiendo de los amargos quebrantos que á él le ocasionara, le amenazaba otro acontecimiento que no podia menos de atraerle desgracias:

Vencedor Napoleon en Austerlitz y Jena dirige sus

águilas imperiales á nuestra península, sin objeto hostil al parecer. La generalidad de los españoles lo miraba con aborrecimiento y aversion; mas no dejaba á la vez de encontrar en la clase mas ilustrada algunos partidarios, que fundaban en él un porvenir halagüeño.

Cuanto se aproximaban sus vencedores huestes, mayor era la efervescencia que se notaba en todas las poblaciones, mayor el encono contra sus prosélitos: en Granada, pues, se cometieron desastres por la plebe, y tropelias é injusticias por el gobierno. Constituida la horca en la plaza del Triunfo, fueron en ella víctimas algunas personas, solo por dárseles el carácter de espías ó considerarlas adictas á la causa francesa.

El pueblo naturalmente levítico, por que aun no habia comenzado la época de su ilustracion; fanático en sumo grado, no pudo menos de desbordarse, arrojándose á cometer los crímenes mas execrables. Sorprende á D. R.... Trugillo, á quien habia querido darsele la opinion de afrancesado; condúcese con la mayor ignominia á la plaza del Triunfo, en donde despues de darle algunas puñaladas, y vivo aun, es asido de un lazo sugeto por la garganta á una caballería, es arrastrado por las principales calles de Granada, dejando en ellas un rastro horroroso de sangre, porcion considerable de su cuerpo, y el vestido que lo cubria. Una multitud frenética y rencorosa seguía aquel horroroso cuadro, lanzando descomunales gritos de viva y muera, acaso sin conocimiento propio de lo que victoreaba ni abatía. Ciego, desatentado, desoía las exortaciones de la autoridad y de los ministros eclesiásticos, que durante su marcha de triunfo habian salido á contenerlo y reprimirlo: ciego, desatentado, despreciaba el Santísimo Viático, que en solemne procesion salió de algunas iglesias con el saludable fin de que el respeto que debia inspirarles su divina presencia, los arredrase y retrajese de continuar escena tan horrorosa: pero en vano, su furor habia llegado al mas alto grado.

Así continuó su paseo hasta el santuario de Ntra. Sra. de las Angustias, cuyo párroco pudo conseguir, aunque con trabajo, se retirasen y abandonaran los res-

tos del cadáver del infortunado Trugillo para darles sepultura. Conseguido esto, varios eclesiásticos predicaron algunos sermones en los sitios más públicos, con lo cual se consiguió restablecer la tranquilidad. Esta lamentable escena causó el más terrible espanto en el sensato vecindario de Granada; y sus calles y plazas, principalmente las que habían sido teatro de acto tan inhumano, se hallaron desiertas por algunos días. Y hé aquí, pues, una insurrección popular calmada por medio de la persuasión religiosa: por la milicia del nazareno, y sin que la fuerza armada tomase parte directa en ella.

En pos de este triste suceso, necesario era que tuviesen lugar otras escenas repugnantes: el juzgado civil debía proceder contra los perpetradores de aquel crimen. En efecto, pasados algunos días, que se ocuparon en la formación de un proceso reservado, se aprehendieron con gran precaución á todos los que resultaban complicados en él, conduciéndolos á la cárcel de corte. Allí se practicaban las precisas diligencias, y en las altas horas de la noche eran decapitados por mano del verdugo los que resultaban reos, apareciendo en la próxima mañana pendientes de la horca, que en el campo del triunfo se hallaba puesta, como ya se ha dicho.

En tanto que Granada presentaba tan lastimoso cuadro, el ejército invasor se aproximaba; y una división de todas armas al mando del general Sebastián, hizo su entrada en ella el día 28 de Enero de 1808. La inquietud y la ansiedad por una parte, y el miedo y el temor por otra, se habían apoderado de los granadinos, que tenían que los franceses *ensartasen en las ballenas á los niños de corta edad; que arrebatasen violentamente las jóvenes á sus padres; las mujeres á sus maridos; que maltratasen á los ministros del culto; que allanasen las iglesias; que entrasen en los claustros asesinando á religiosos y religiosas; que indistintamente robasen y metasen*, y otras consejas á este modo, que habían corrido de boca en boca, como hechos que ya habían experimentado otras poblaciones. Tal era, pues, el estado de cultura en que nos hallábamos; tal la preocupa-

cion que en aquella época predominaba á los españoles; y hé aquí la causa de que se abandonaran conventos, y que muchas personas emigraran á puntos que creían más seguros, para precaver aquellos males. Empero los invasores entraron en la ciudad sin cometer tropelías ni desafueros; respetaron los templos que hallaron en uso para que se frecuentasen por los fieles; guardaron al bello sexo las consideraciones debidas; en lo general no se cometieron violencias ni atropellos; y si algunos por embriaguez, porque no se les comprendía prontamente lo que en su idioma querían dar á entender, ó por la superioridad de que se creían revestidos, hacían algún daño, empeñaban alguna riña, ó efectuaban algún acto indecoroso ó de poco respeto, eran reprendidos ó castigados tan luego como se daba queja á sus gefes inmediatos.

Bien es verdad que en algunos conventos, establecieron talleres y cuarteles; pero fué en aquellos que, encontrándolos abandonados, los creyeron más á propósito al efecto, según en la época actual se ha verificado. También lo es, que hicieron algunos derribos para emplear los materiales en otros objetos, para lo cual se creían autorizados por el derecho de conquista; pero á trueque de ellos hicieron varias mejoras de que hablaremos en su lugar.

Por fin, puede decirse sin temor de aventurar ningún error, que la conducta que los franceses observaron á su invasión en Granada, y durante su permanencia en ella, fué en extremo mas humana; mas mesurada, mas circunspecta, que la que los cristianos ejercían con los musulmanes á su entrada por capitulación ó por fuerza en las poblaciones. Sigamos, pues, el curso de los acontecimientos.

El 19 de marzo de 1808 abdicó Carlos IV en su hijo Fernando VII el que después marchó á Francia en clase de prisionero. Siguióse la memorable jornada del dos de mayo, que produjo la alarma general contra los franceses, alzándose todas las provincias para hostilizarlos: José Napoleón es proclamado rey de España; sigue la guerra y el ejército extranjero al mando de Du-

pon es derrotado en la batalla de Bailén. Nuevos y grandes ejércitos penetran en la península capitaneados por el mismo Napoleón; arrollan y batien por todas partes a los españoles, y entran en Madrid. Siguen los triunfos de aquel caudillo en las acciones de Velez, Wals, Medeflin, Almonacid y Ocaña, que en 1809 le proporcionaron estendersé hasta el Guadiana; mas quedó vencido en las de Villafranca y Talavera. Ya en 1810 se había apoderado de casi toda la península; multitud de guerrillas que se levantaron en los pueblos le declaran una guerra sangrienta, guerra de esterminio. Por doquier eran sorprendidas y derrotadas las numerosas columnas que destacaban en su persecucion, experimentando pérdidas horrorosas. En el pais granadino se alzaron tambien varios guerrilleros, entre ellos Juan Fernandez, (a) *Caridad*, conocido mas bien por el *alcalde de Olivar*; el cual, habiendo quedado victorioso en muchos encuentros, llegó su nombre á ser tan temido de los invasores, que rehusaban empeñar con él escaramuzas.

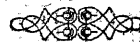
Este género de campaña, cuyos resultados son siempre desfavorables para la tropa organizada, puede decirse que continuó con mayor ó menor encarnecimiento hasta que desalojaron el territorio; en cuyo tiempo se sacrificaron innumerables víctimas en las aras de la ambicion, y los pueblos de este distrito experimentaron toda clase de calamidades. No dejó tampoco Granada de sufrir desgracias; la hambre, que es una de las mayores plagas, causó algunos estragos; pues hubo época en que el precio del trigo, además de estar caro, excedió en el mercado á quinientos reales fanega; y en la misma proporeion todos los demás cereales; mas cuando esto sucedía, el gobernador de la plaza daba providencias enérgicas, tanto para que se proveyese abundantemente la capital, cuanto para que el precio fuese arreglado y soportable á las clases indigentes. Esta política que el gobierno francés desplegaba en favor del pueblo, es ciertamente laudable; así como sus activas disposiciones en la gran creciente que tuvo el rio Darro en tiempo que aun se hallaban en Granada, y por las

cuales no hubo mayores desgracias, ni las pérdidas fueron tan considerables, como si una autoridad celosa no hubiese vigilado por los intereses del vecindario.

Igual actividad desplegó aquel gobierno militar para la seguridad del ejército y para su defensiva en caso de alguna alarma causada por el pueblo ó por las tropas españolas; á cuyo efecto en la parte S. O. del cerro de Sta. Elena, ó sea Silla del Moro, se construyó una batería bastante estensa, que fué destruida el dia que la guarnicion abandonó la ciudad, por la esplosion de una mina que al efecto estaba preparada; del mismo modo que lo verificaron de cuantas fortificaciones habian levantado en la Alhambra; desde cuya época aquel alcázar quedó mas derrotado que antes lo estaba.

Reseñados con la latitud que nos permite la estension de nuestra obra, los principales acontecimientos que tuvieron lugar en Granada en tiempo de la dominacion francesa, no debe omitirse tampoco que José Bonaparte, despues de proclamado rey de España, vino á visitarla, y que su recibimiento se hizo con toda la pompa y ostentacion que eran consigüentes á su clase y alta categoría. Habiendo visto cuanto digno de admiracion se encierra en la ciudad morisca, durante los pocos dias que permaneció en ella, quedó altamente complacido de todo; así como tambien de sus pintorescos contornos, y del bello trato de sus habitantes.

Concluiremos, pues, este capítulo, manifestando que los granadinos, luego que se convencieron de la falsedad de los rumores que habian corrido respecto al carácter cruel, comportacion detestable é irreligiosidad que se atribuia á los franceses, depusieron aquel temor de que estaban poseídos, estrecharon relaciones con ellos, se admitieron en todas las sociedades particulares, atrayéndose por su parte el amor y el agrado del bello sexo por su finura, galantería y buen trato.



CAPITULO LVI.

EFFECTOS DE LA INVASION FRANCESA.—PRISIONES EN GRANADA.—SE PROCLAMA LA CONSTITUCION DE 1812.—SITUACION DEL PUEBLO.—FACCION EN LAS INMEDIACIONES DE LA CAPITAL.—SALE LA MILICIA NACIONAL EN SU PERSECUCION.—HACE ALGUNOS PRISIONEROS.—PRISIONES DE PERSONAS SOSPECHOSAS.—PASQUINES.—MOTIN.—ASESINATOS EN LAS CARCELES.—DESGRACIAS JUNTO AL PUENTE DE CUBILLAS.—MILICIA NACIONAL.—ENTRADA DE LOS FRANCESES.—CAIDA DE LA CONSTITUCION.

Establecida en Cádiz la regencia, se instalaron las cortes en la Isla de Leon el 24 de setiembre de 1811, lo cual reanimó sobremanera el espíritu público; contribuyendo también á ello los triunfos obtenidos por las armas españolas en las memorables batallas de Chiclana y de la Albuera. En 1812 se publicó la constitucion formada por aquella asamblea, y en 1813 los franceses fueron completamente batidos en Vitoria y S. Marcial, de cuyas resultas evacuaron el territorio peninsular. Es destituido Napoleon en 1814, y entra en España Fernando VII. Una de las primeras medidas con que inauguró su vuelta, fué disolver las cortes y derogar el có-

digo constitucional. Se restablecieron las órdenes religiosas y la inquisicion, y principió una persecucion obstinada y sangrienta contra todo el que profesaba ideas liberales.

El gérmen de estos principios se habia diseminado en el suelo español; la invasion francesa habia disipado en algun tanto las tinieblas en que aquellas ideas se hallaban envueltas; habia descornado el velo que ocultaba los verdaderos, los legitimos dogmas políticos, que nacen con el ser humano, y le son tan innatos como sus mismas pasiones; á la invasion francesa, repetimos por mas que quiera arguirse en contrario, le debemos el desarrollo de nuestra cultura y civismo; de nuestra nacionalidad é independencia. Los españoles, que hasta entonces no habian probado el sabroso néctar que se desprende del árbol de la libertad, no pudieron menos de saborearlo con placer; y disipando la estupidez é idiotismo que tenian tan impregnados, les comunicó en trueque, valor y heroismo, denuedo y decision; así lo demostraron, pues, acontecimientos posteriores. Porlier en 1815 se pronuncia en favor de la libertad, y teniendo mal éxito su empresa; termina su vida en un cadalso. Laci en 1817 proclama la constitucion, y muere fusilado; Granada, en fin, vé con dolor á sus hijos perseguidos, encarcelados, y próximas sus plantas á la escalinata del patibulo: empero, el supremo poder, el omnipotente Dios, que se dejó crucificar por dar libertad á su pueblo, y desde su trono de gloria veia tanta injusticia, tanta crueldad, lanzó sobre ellos un rayo de su misericordia; que, cual nube de humo que desvanecé un furioso huracan, así disipó tambien los males que les esperaban, dejando ilusiones las esperanzas de sus verdugos.

En efecto, el año que dejamos citado se hicieron en Granada multitud de prisiones en personas que el gobierno sabia ó sospechaba perteneciesen á sociedades clandestinas; todas ellas eran acomodadas, queridas, bienquistas y gozaban de buena reputacion en la capital. Sus causas inquisitoriales se seguian con rapidéz y energía; y próximas á su fallo, el memorable D. Ra-

fael del Riego, comandante de uno de los cuerpos que formaban el ejército expedicionario de Ultramar, dió el grito de libertad en las Cabezas de S. Juan, proclamando la Constitución de 1812. Este grito secundado por la mayor parte del ejército y por varias ciudades, obligó á Fernando VII á dar á la nacion aquel código en 9 de Marzo de 1820. El soberano prestó su juramento como lo prestaron todos los pueblos, si bien despues abjuró de él.

Granada recibió esta novedad con indecible entusiasmo, y vió en libertad las victimas que se preparaban para ser sacrificadas en holocausto al despotismo y á la arbitrariedad: mas aquellas clases que aun continuaban rudas y agrestes, miraron con aversion una mudanza de gobierno, que estinguendo las órdenes religiosas, y haciendo otras reformas, creian atacados de frente los principios religiosos. Mas este disgusto, este descontento supó reprimirse y ahogarse en un principio sin dar prueba ostensible de él en asonadas ni motines; bien fuese por que no contasen con apoyo para poner en ejecución empresa tan arriesgada, bien porque les arredrase la perspectiva denodada y marcial de los cuerpos de milicia nacional que se organizaron en los primeros meses del nuevo gobierno. Sin embargo, hubo algunas pequeñas alarmas que no alteraron la tranquilidad pública, pero si que probaron la predisposicion de aquella parte de pueblo á un alzamiento en favor de la reaccion, como despues se intentó, dando dias de luto á Granada.

Ya en el año de 1821 principiaron á alzarse algunas partidas de facciosos en Cataluña, Aragon y Navarra, que fueron derrotadas. Mas en 1822 aquellas se reprodujeron, poniendo en gran cuidado al gobierno; la guardia real proclamó á Fernando absoluto, y la milicia nacional de Madrid tiene el triunfo de vencerla el dia 7 de Julio. Despues de esta jornada, y apesar de su mal éxito, los facciosos pululan en todas las provincias, y se empieza de nuevo una guerra civil encarnizada; en Granada también se intenta dar pábulo á ella, y D. Juan de Campos, corregidor que habia sido,

á la cabeza de un puñado de imbéciles se aproxima á la poblacion, con objeto de animar á su partido, proclamando el absolutismo. El vecindario se alarma, la milicia nacional se pone en movimiento, y en breve se encuentra dispuesta para salir á batirlos.

En efecto, con noticia cierta del paradero de los rebeldes, y de que su proyecto era entrar una noche en la capital y cometer toda clase de excesos; salió una columna en su persecucion; pero aquéllos, noticiosos de ello, se diseminaron y huyeron, capturando únicamente alguno que otro disperso, entre ellos á un ex-claustro de S. Antonio Abad, que en clase de capellan acompañaba á la faccion para animarla con sus exhortaciones. Estos prisioneros se pusieron para su custodia en la cárcel baja, y á la de corte se condujeron otros sujetos, cuyos antecedentes políticos eran sospechosos, y con los cuales contaba el ex-corregidor Campos para consumir sus planes.

A este tiempo se habia creado una reunion en uno de los cafés de esta ciudad (1), con el título de Tertulia patriótica; pero prescindiendo del digno objeto de su instituto, es necesario confesar que á sombra suya se reunia en aquel local cierto número de mal llamados liberales, que siendo personas de una conducta oscura é inmoral, estaban prontos á servir de instrumento para la ejecución de planes maquiavélicos, cuyas tendencias fuesen crueles y sanguinarias.

Se hallaba á la sazón de Capitan general de este distrito D. Pedro Villacampa, militar valiente, y cuyos antecedentes políticos eran bastante acrisolados; mas el genio del mal indujo á algunos revoltosos, que sin duda deseaban que sobre Granada cayese un borron de ignominia, fijasen pasquines en los sitios mas públicos, en que se amenazaba de muerte á aquella autoridad militar, y á otras personas cuyo patriotismo era bien notorio. La aparicion de ellos agitó sobremanera al pue-

(1) Llamado de la plaza Nueva, frente á Chancillería.

blo, y toda una mañana se notaron síntomas de disgusto en las masas, y particularmente en los que formaban las misteriosas reuniones del café patriótico. Continuó aquella corta agitacion todo el día, hasta que mediada la tarde, grupos numerosos principiaron á recorrer la ciudad dando vivas á la constitucion; pero sin que en ellos se notase el menor sintoma dirigido á cometer agresion alguna contra personas determinadas; mas cuando la noche se aproximaba, rompió el grito de «mueran los traidores.»

En este estado, pues, se tocó generala, la milicia se reunió en sus cuarteles, y la escasa guarnicion que habia permaneció en los suyos aguardando órdenes de la autoridad. Mas entre tanto un grupo, compuesto de sujetos sin distintivo alguno de milicia nacional, se dirigió á la cárcel baja, se hicieron dueños del exclaustro Osuna, é hiriéndolo alevosamente, lo sacaron á la calle; previniéndole marchase delante de ellos; pero como la gravedad de sus heridas no se lo permitiese, le hicieron retroceder, y conducido á la enfermeria, para que lo curasen los facultativos, recibió un terrible golpe de sable en la cabeza, con el cual dejó de existir. Consumado este horroroso atentado, se cometieron otros de la misma especie en el discurso de la noche, tanto en la misma cárcel, cuanto en la de corte; sin que las numerosas patrullas que circulaban por la ciudad pudiesen salvar aquellas desgraciadas victimas; á pesar de su decision á ello, por quanto tiros disparados de propio intento en las estremidades de la poblacion las atraian á diferentes puntos, retirados de los en que debian verificarse los sacrificios. Este horroroso atentado cubrió de luto al vecindario, y á la mañana siguiente apareció la ciudad triste y sombría. Los perpetradores por entonces quedaron impunes, si bien mas adelante sufrieron el condigno castigo.

Otro acontecimiento funesto, y que despues dió á Granada dias de llanto, tuvo lugar en la misma época. Se conducian por orden del gobierno para residenciarlos en esta capital, varios reos, que se decia ser de estado. Fuerza de linea los escoltó hasta sus inmediacio-

nes en donde se hizo cargo de ellos un destacamento compuesto de caballeria del ejército y de la milicia; el cual iba á las órdenes inmediatas de un encargado del capitán general, quien le habria dado precisamente instrucciones para la seguridad de los presos. Prescindiremos de cuales fuesen aquellas y de si los reos, algunos de ellos hijos de Granada, trataron ó no de fugarse; diremos si, que todos fueron fusilados, escepto uno que pudo salvarse. Este suceso, cuya responsabilidad quedaba á salvo en el mero hecho de que los presos intentasen la fuga, originó despues, como en su lugar diremos, espatriaciones y cadalsos en la época del terrorismo que se siguió á la caída del sistema constitucional que regia.

Algunas otras alarmas tuvieron lugar que fueron sofocadas brevemente sin efusion de sangre, ni resultados trascendentales, que no referimos por quanto el pequeño volumen de nuestra obra no nos lo permite; pero si diremos que en aquel tiempo la benemérita milicia nacional dió pruebas inequívocas de su patriotismo y adhesion al orden; que su exactitud en el servicio que se le encomendaba era digna de aprecio; y que la union fué su principal distintivo. Se componia pues, de dos batallones uno voluntario, y otro que aunque se le daba el nombre de legal por que se organizó despues del decreto que obligaba á pertenecer á sus filas á todo el que fuese apto para ello, estaba compuesto de personas decididas y patriotas; de un escuadron de caballeria, y de una compañía de zapadores bomberos, tan útil y tan necesaria como la esperiencia tiene acreditado, y cuya primera organizacion se debe al digno y señalado patriota D. José Maria Ruiz Perez, sindico que fué del Ayuntamiento Constitucional en la misma época.

Resuelto por la santa alianza que se reformase la Constitucion y negándose á ello las Cortes, el duque de Angulema con un ejército de cien mil hombres, entró en España, en 7 de Abril de 1823, y sin casi resistencia invadió toda la península. Penetra hasta Cadiz, pone sitio á esta plaza, y Fernando VII obtiene su libertad, declarándose absoluto, tal como lo era antes de la proclamacion del sistema Constitucional en 1820.

Granada en esta invasión corrió la misma suerte que los demás pueblos. La entrada de los franceses en ella, pudiera bien parodiarse con la que hicieron en 1808. Grupos de ambos sexos, capitaneados por un eclesiástico, que cabalgando en rocín, tremolaba una bandera sin lema alguno, precedían á la columna expedicionaria, dando vivas *al Rey absoluto* y al ejército regenerador del despotismo. Las mugeres arrojaban al suelo sus mantillas, sus pañuelos, y los hombres sus capas, sus chaquetas para que los caballos las hollaran, como si con ello adquiriesen un mérito especial; la lápida, en que se hallaba esculpido el letrero de *Plaza de la Constitución*, fué destruida á balazos por aquellos satélites del oscurantismo: y los insultos á individuos de la milicia nacional, ó que estaban notados por sus ideas liberales, fueron crueles; si bien el ejército miraba con horror estos actos de barbarie, reprendiendo á unos y maltratando á otros.

Por fin, el pueblo fanático y preocupado que en 1808 miraba á los franceses con aversión y aborrecimiento, en 1823 daba á los mismos vivas y aclamaciones, sin considerar que si en aquel año nos prodigaron civilización y cultura, en este, nos arrebataron la libertad que disfrutábamos.



CAPITULO LVII.

TRISTE SITUACION DE GRANADA. — ESPONTANEAMIENTOS. — JUNTA DE PURIFICACION. — INDICE INVERSO. — PROCESOS. — PATIBULOS. — PEDROSA. — RUMI. — DOÑA MARIANA PINEDA. — TERREMOTOS.

Triste era por cierto el cuadro que Granada presentaba en los dias siguientes: al en que los franceses verificaron su entrada, así como lo habia sido también en los que precedieron á ella. El pueblo sensato se veía melancólico y abatido desde mucho antes de aquel infausto acontecimiento; la milicia nacional se habia disuelto por sí misma en su gran mayoría; el partido realista habia cobrado cierto vigor, cierto descao, que empleaba en dirigir insultos y amenazas á vecinos pacíficos por solo haber tomado las armas en defensa de la Constitución; por doquier cometía desafueros y atropellos, quiso hostilizar al último destacamento del ejército que en obsequio á la tranquilidad pública, habia permanecido en la capital y se puso en marcha pocas horas antes de la entrada de los franceses; viéndose ya tan acosado por multitud de personas que se titulaban defensores de la

religion y de Fernando, que por dos veces tuvo que volver caras y cargar á las turbas, haciéndolas retroceder á viva fuerza. Mayores aun fueron las tropelías que después se hicieron con los sujetos marcados por sus opiniones liberales, llegando á tal extremo estos desórdenes, que tuvo que tomar la iniciativa la autoridad francesa y poner coto á aquellas demasías. Un batallón de voluntarios realistas, y una corta fuerza de caballería, eran todas las garantías que tuvo el absolutismo en Granada; si bien las suficientes para que el terror reinase en ella á todas horas, y hubiese un continuo desasosiego en las personas comprometidas en el abolido sistema, de tal modo, que no les era dado presentarse en ningun acto ni concurrencia pública, por no sufrir baldones y denuestos de un puñado de hombres inmorales.

Como quiera que el poder absoluto se sostenga solo con patibulos, siendo sus satélites el terrorismo y la arbitrariedad, comenzó á funcionar el tribunal de la Chancillería, instruyendo procesos por los motivos mas insignificantes, á los cuales se les daba el carácter de importancia de que carecian, pero que convenia al gobierno. Restituyeron los frailes á sus conventos, devolviéndoseles todos sus bienes, para lo cual se despojó de ellos á compradores de buena fé con título legitimo, mas aquellos en remuneracion á esta gracia, predicaban en calles y plazas á una plebe agreste y turbulenta.

Tambien al tribunal de la inquisicion se devolvieron sus rentas aunque no sus antiguas y amplias atribuciones; de manera que sus empleados solo tenian el cuidado de la administracion de sus fincas, el cobro de sus exhorbitantes suéldos, y la formacion de procesos, en los cuales no recaía otro fallo que la condenacion á galeras y destierro con la confiscacion de bienes, que era la cláusula inolvidable de todas las sentencias.

Un real decreto capcioso y forjado con el mas suspiroz misterio, creó un tribunal para que en él se espontaneasen todos los que hubiesen pertenecido á sociedades clandestinas, dando algunas garantías á los que cumpliesen con este mandato; mas el gobierno se reservaba obrar con todo rigor contra los que no lo verificasen. El

sentido ambiguo de esta ley decidió á muchos á declararse por temor, faltando á los juramentos que tenian prestados, si bien en este mismo paso, dado sin prevision, hallaron la pena, pues desde luego quedaron imposibilitados de obtener cargos públicos, de optar á la terminacion de sus carreras, y algunos sufrieron una persecucion obstinada: no así los que rehusaron espontanearse; ningun perjuicio les ocasionó su negativa, pues si algunos fueron tambien perseguidos é invalidados, fué en virtud de sospechas ó citas que en sus declaraciones hicieron los espontaneados.

Se creó tambien una junta llamada de purificacion; la cual acabó de invalidar á todo el que habia pertenecido á la milicia nacional, ó habia dado aunque pequeña, alguna muestra de adhesion al abolido sistema. Estos expedientes se concretaban á solo pedir informes á los curas párrocos, autoridades nuevamente constituidas, y algunas personas particulares, que por su bien acreditada opinion realista eran acreedoras á aquella confianza. De este modo, pues, se saciaron venganzas, se inutilizaron, declarándolos impurificados, todos los sujetos que por su educacion y conocimientos los creian perjudiciales á su causa; salvándose solo de este naufragio los que pudieron conseguir una gracia especial.

Se abrió un libro llamado *Indice inverso*, en el cual se anotaron todos los impurificados y sospechosos por sus opiniones independientes; estos estaban de continuo vigilados por la policia; no podian obtener destinos de ninguna clase; se les prohibió el uso de armas; y por ultimo, en caso de solicitar pasaporte se le estendia con cierta contraseña, á fin de que no cesase aquella vigilancia en las poblaciones en que pernoctaba ó fuese á permanecer.

Tal era la desgraciada situacion á que se veia reducido el partido liberal en Granada; reuniéndose á la vez la continua zozobra de que algunos de los muchos que por diferentes motivos se hallaban presos, ó enemigos exteriores, hiciesen una cita ó delacion falsa, en cuyo caso no podia menos de espermentarse los efectos de

la injusticia de un tribunal, que solo obraba por espíritu de partido, y no en observancia de la ley. Así se verificó en el fallo de algunas causas notables, de que haremos una ligera reseña.

Procedió la Chancillería á instruir el sumario sobre los desgraciados acontecimientos de las cárceles, y del puente de Cubillas, de que hablamos en el capítulo anterior: las diligencias se practicaron con la rapidéz que era consiguiente. Se habian preso aun antes de principiar la formación de las causas á varios sujetos que en realidad habian tenido parte en los sucesos de las cárceles, y otros por sospechas de ello; respecto á los fusilamientos en las inmediaciones de Cubillas, se hicieron vivas diligencias en busca de los nacionales de caballería que por orden de sus gefes verificaron aquel servicio; mas emigrados unos, y ocultos otros, se libraron de las pesquisas de los satélites del poder absoluto, pero sí se reclamaron á sus respectivos cuerpos los soldados que en el mismo concepto salieron de Granada á custodiar los reos. Hablaremos de una y otra causa separadamente.

El proceso de los asesinatos de las cárceles se instruyó con testigos escogidos y sus declaraciones fueron contestes; mas nosotros en honor á la verdad, y siguiendo la voz general del pueblo, debemos manifestar que si bien algunos eran efectivamente acreedores á la pena de muerte, otros no lo eran porque circunstancias particulares ocurridas aquella aciaga noche, su buena educación y la cordedad de su espíritu para escenas tan horrosas, desmentian su complicidad. Recibida á prueba la causa, la hicieron algunos plenísima en favor de su inocencia con testigos de fé y crédito, otros quedaron convictos; empero todos criminales é inocentes en diferentes dias fueron entregados á manos del verdugo.

Iguales á estos fueron los resultados de la causa instruida contra los infortunados soldados por el infausto suceso del rio Cubillas. En vano alegaron en su favor la disciplina militar que les prescribia el cumplimiento de la orden del gefe que los mandaba; en vano la or-

denanza militar que no les dejaba otro camino que la observancia de aquella, ó sufrir la grave pena de insubordinacion; en vano las deposiciones del reo que se fugó en el acto del fusilamiento, todas en favor de los desgraciados que se pretendia apareciesen delincuentes; en vano las activas y eficaces diligencias del mismo por salvar la vida á aquellos inocentes; todo fué inútil, la justicia quedó desairada y el fallo de muerte recayó para ellos y para los demás reos en rebeldía. De estos fué preso uno pasado algun tiempo, hijo de Granada; conducido á la cárcel se puso en capilla; mas prevenido de antemano un tósigo en un cintillo, lo tomó oportunamente y fué víctima de él, por no serlo del verdugo: su cadáver fué espuesto al público en el cadalso.

En años posteriores la aprehension de una reunion clandestina, llamada por los realistas de masones, verdadera ó supuesta, condujo al patibulo siete sujetos bien establecidos y apreciados generalmente; sin que Fernando VII se dignase acceder al perdon impetrado por la madre de uno de ellos, cuyo alto rango le habia hecho pertenecer mucho tiempo á la servidumbre de palacio, antes de retirarse á un claustro de esta ciudad.

Para estas causas de infidencia se habia establecido un juzgado especial á cargo del alcalde del crimen D. Ramon Pedrosa, revestido á la vez del carácter de gefe de la policia, cuya circunstancia acabó de turbar el sosiego á los granadinos, pues de las arbitrarias pesquisas de esta y de los injustos fallos de aquel, nadie se hallaba exento, por muy arreglada que fuese su conducta y su comportamiento. Era secretario de este memorable tribunal D. Dionisio Puga, escribano de cámara de la Chancillería, cuyas ideas y sentimientos simpatizaban en sumo grado con las del memorable Pedrosa. El carácter de este ministro era cortés, pero falso, sanguinario é hipócrita; haciéndose temer en Granada de tal modo, que solo su nombre horripilaba, y era suficiente para arrebatar la tranquilidad á la mas limpia conciencia. Sus persecuciones fueron continuas durante su ministerio; y sus sentencias justas ó injustas, aprobadas por el gobierno.

Entre los muchos procesos que formó contra personas de ideas liberales, se hace notable y digno de mención el de Don Juan Rumi, joven apreciable y de una decisión sin límites por el sistema constitucional. Este desgraciado patriota que en los años de 1820 al de 1823 había pertenecido á uno de los colegios científicos de esta ciudad, y á la caída de aquellas instituciones tomó plaza de soldado en uno de los cuerpos del ejército, como otros muchos lo verificaron y salieron á campaña, trabajó despues incesantemente por contribuir á la restauracion de la libertad española; mas sus esfuerzos fueron en vano. No nos detendremos en reseñar su biografía, por cierto de grande importancia; pero si diremos, que sabedor el gobierno de Fernando de sus activas diligencias para derrocar el despotismo, lo espiaba muy de cerca, buscando ocasión de su captura. Consiguiólo al fin en un barco turco, con credenciales de esta nacion, y en traje de la misma, pero en aguas de España. Los relevantes servicios que el ministro Pedrosa había prestado y estaba prestando en pro del absolutismo, lo hicieron acreedor á que se le confiase la formacion de causa á este respecto, considerandolo como de estado; al efecto se condujo á Granada con buena escolta, y fue encarcelado en la de corte con las mayores precauciones. Estuvo incomunicado algunos dias; mas despues se le alzó la incomunicacion, siendo difícil pintar las vivas diligencias que su juez practicó para identificar la persona, si bien el desgraciado proscrito, nunca confesó su verdadero nombre, ni el pueblo de su naturaleza. Los registros que se le hicieron improvisadamente de dia y á deshora de la noche fueron numerosos, pero en ninguno cogieron sus verdugos el fruto que deseaban. El infortunado Rumi vivía tranquilo con la esperanza de su libertad, mediante á que el pabellon extranjero á que pertenecía lo tenia reclamado vigorosa y reiteradamente.

De la carcel de corte lo condujeron á una torre de la Alhambra, en donde algunos amigos y correligionarios políticos le brindaron con los elementos necesarios para su fuga; mas él siempre los rehusó, por que descansaba en la confianza de que no era dable se quebrantaran los

pactos de dos naciones que se encontraban en buena correspondencia. Luego que su incansable juez tuvo la causa ultimada y dispuesta para el sacrificio de su víctima, lo trasladó de nuevo á la carcel, de donde sin notificarle sentencia de ninguna especie, fué conducido á Málaga en un carruage, bien escoltado, y sin darle tiempo para despedirse de sus amigos, ni de su escasa familia que se hallaba en Granada. Allí le hicieron saber su fallo de muerte, que sufrió con el valor y resignacion que en todos tiempos, en todas épocas han demostrado los que ha hecho sucumbir el despotismo por defender denodadamente las libertades pátrias.

Otra de las causas memorables formadas por aquel juez insaciable de sangre y que puede considerarse como la última en que manchó sus manos, fué la de Doña Mariana Pineda. He aquí su biografía (1). Nació Mariana en Granada el dia 12 de Agosto de 1804. Desde su mas tierna edad fué el ídolo de sus padres Don Mariano Pineda y Ramirez, natural de Goatemala, caballero de la órden de Calatrava y capitán de navio de la armada española, y Doña María Muñoz, vecina de Lucena.»

»Apenas tenia quince meses, cuando la desgracia que desde la cuna la perseguia, arrebató la existencia á Don Mariano, dejandola en la mas deplorable horfandad, si bien bajo la tutela de un tío suyo, que despues la renunció, haciendo recayese en Don José de Mesa, su dependiente.»

»Poco mas de dos años tendria, cuando entró en poder de este honrado tutor y de su esposa Doña Úrsula de la Presa, quienes desde luego emplearon con ella un esmero sin límites.»

»A sombra de estas dos personas, que la amaban como á hija, crecía Mariana educándose cual requeria su ilustre nacimiento. Llegó á contar catorce años de edad, y ya reunia todas las dotes mas interesantes, que hacen

(1) Se inserta literal y como el autor de esta obra la tiene publicada anteriormente.

apreciables á las de su sexo. Presencia noble y magestuosa, ojos azules, pero de mirada penetrante y cariñosa; tez blanca cual la nieve del Veleta; sonrosado el rostro como los celajes de occidente; rubio el cabello como el mismo oro; bellos, perfectos sus contornos; pura como el cedro de la mañana; inocente, cual la tierna tortolilla; compasiva, bondadosa para con el desvalido; he aquí el conjunto de las gracias y hechizos con que naturaleza dotara aquel ser sobrenatural.»

«Belleza tanta, debió ser muy pronto el objeto en que el amor fijara su particular atención. En efecto, D. Manuel Peralta y Valte, natural de Huescar, impresionado por criatura tan angelical, casó con ella en 9 de Octubre de 1819. Alegre y satisfecha, gozaba Mariana de las verdaderas delicias del amor en los brazos de su caro esposo; este disfrutaba de sus alhagos y ternura tranquilamente, y corrían dias felices sin que el mas pequeño contratiempo acibarara aquella venturosa existencia. Pero ¡cuan fugaces, cuan cortos son los momentos de placer, para la criatura que ha nacido bajo la influencia del infortunio! cuando este matrimonio se creía en el apogeo de sus goces; cuando la suerte les parecía mas propicia, la parca cruel arrebató la vida al amante esposo de Mariana. El dia 12 de Mayo de 1822 descendió al sepulcro D. Manuel Peralta y Valte.»

«Imposible fuera por cierto explicar el quebranto, el dolor que en la infeliz viuda causara la temprana muerte de su esposo; su desconsuelo fué incomparable, y estuvo proxima á bajar á la tumba. Este golpe fatal fué presagio de mayores desgracias; desde aquel momento desaparecieron para ella la tranquilidad y el sosiego. Al poco tiempo perdió tambien á su caro tutor, cuyo acontecimiento no pudo menos de aumentar sus penas considerablemente.»

«Cuando el dolor causado por estas catastrofes oprimía aun su corazón, comenzaron sus persecuciones por los satélites del despotismo, iniciándola como conspiradora, por cierta correspondencia sostenida con los liberales emigrados en Gibraltar; mas la infortunada pudo defenderse de esta acusacion, y desvanecer los cargos

que se la hicieron, probándosele solo que por su conducta habian elevado á S. M. esposiciones algunos presos políticos de la cárcel de corte, efecto de la nobleza de sus sentimientos y generosidad de su alma.»

«Es innegable; ella era el angel tutelar de aquellos desgraciados, á quienes prestaba todo genero de auxilios y socorros; comprometiendose hasta el extremo de proporcionar la libertad furtiva y cautelosamente á algunos de los que gemian en oscuros calabozos, esperando solo salir de ellos para subir al cadalso.»

«Aun se hallaba procesada y con la ciudad y arrabales por cárcel, cuando se principió la causa por el hallazgo en su casa de la bandera tricolor. La pluma mas bien cortada no será capaz de hacer un pequeño bosquejo de la alevosia con que se procedió en el diligenciado, é incidentes que se prepararon para que apareciese culpable.... Mas corramos un velo á ellos, y no recordemos hechos que solo aquellos tiranos forjar pudierón, impulsados por el interes y por la mas invidiosa venganza. Diremos si, que condenada á la última pena por un tribunal privado para conocer en las causas de conspiracion, fué puesta en capilla, en la que conservó grandeza de alma y valor, incomparables y ajenos de su sexo. Durante su permanencia en ella, fué acometida para que declarase quienes debian alzar en Granada el grito de libertad, tomando por enseña la bandera tricolor que se le habia aprehendido, ofreciéndosele á la vez el indulto si así lo hacia. Pero Mariana, apesar del aparato de terror y de muerte que le rodeaban, siempre magnanima, poseida de virtuoso orgullo y de nobleza, se negó abiertamente á ello, entregando su cuello al verdugo, por evitar el sacrificio de otras victimas.»

«Trascurrido habian cuarenta y ocho horas; el dia de la catastrofe habia llegado; los últimos momentos de su existencia se aproximaban, los dependientes de justicia y un piquete de tropa esperaban á la inocente viuda en la puerta de la cárcel. El cielo estaba encapotado; nubes tempestuosas vagaban sobre la poblacion, los vientos enconados rugian horribos; el ruido del trueno se oia de vez en cuando en lontananza; las calles se hallaban

desiertas, y las pocas personas que transitaban por ellas tristes y asombradas. El liberal, el realista, la sensible doncella, el agoviado anciano, el joven calavera, el sabio, el ignorante, todos, todos daban muestras de dolor y de indignacion.

»Por fin la desgraciada Mariana con un valor imponderable y subida en una mula con jamugas, marchaba hacia el campo del triunfo, siendo la admiracion hasta de sus mismos enemigos. Vestida rigurosamente de luto, suelta su blonda cabellera, y repartidos con gracia algunos bucles, que ondeaban sobre su pecho, llevaba descubierto aquel cuello de nácar que debía ofrecer al ejecutor de la justicia. El saco de bayeta que ajustaba su cuerpo, y el birrete negro que cubria su cabeza, tristes insignias del criminal, formaban en ella cierto contraste que la hacian mas admirable.

»Reconcilióse al pié del cadalso, que se hallaba tambien enlutado, y subió á él sin necesidad de apoyo..... pocos instantes pasaron..... Mariana habia dejado de existir..... sus verdugos consumaron su infernal propósito, hollando la injusticia y la inocencia.» El día 26 de mayo de 1831 sucumbió esta heroína, digna por cierto de otra suerte.

Ahora, pues, añadiremos algunas circunstancias que no dejan de ser interesantes en las páginas de su historia. Despues que se le hizo el registro y se le aprehendió la bandera, le quedó la casa por cárcel, y para su custodia un alguacil. Pudo cierta mañana burlar la vigilancia de este argos, y fugarse con un traje extraño; mas una criada, iniciada en el secreto, alarmó al centinela, manifestándole que su señora se habia escapado; aquel salió en su busca precipitadamente y sin darla tiempo para ocultarse, la encontró no muy retirada y la condujo de nuevo á su domicilio. Este desgraciado acortecimiento produjo el que se la trasladase al beaterio de Recogidas, como cárcel mas segura, de donde un alcalde mayor la acompañó en un carruage cerrado para entrar en capilla el mismo día en que esto se verificó. Aquella sirvienta infame, y que por cierto se hizo acreedora á sufrir los tormentos inventados por la ne-

gra inquisicion, fué considerada generalmente como la delatora; probándole á la vez haber quedado absuelta por el tribunal, cuando otros de su clase que á la sazón tenia acalariados Doña Mariana, fueron condenados á presidio y reclusion.

Se hallaba por este tiempo de Capitan general de Granada el noble conde de los Andes, que habia demostrado algunas simpatias al partido liberal. Sospechoso Pedrosa de que pudiese haber algun movimiento popular luego que circulase la novedad de que su victima se hallaba en capilla, reclamó de aquella autoridad fuerza armada; mas la contestacion fué negativa, y comunicó orden á los comandantes de los cuerpos de ejército para que la tropa se acuartelase inmediatamente hasta nueva orden; y tanto aquel anciano conde, cuanto la guarnicion, se encontraban en tal sentido, que nunca hubieran hostilizado al pueblo, si éste como se esperaba y estaba dispuesto, se lanzare á costa de verter su sangre, á dar libertad y poner en salvo á la desventurada Mariana; mas por un accidente desgraciado é imprevisto faltaron para ello ciertos elementos en los mas precisos instantes en que debia darse el golpe, y que no nos es permitido revelar. Baste decir, que reservadamente algunas masas populares se hallaban prevenidas y armadas, ocupando ciertas avenidas para la evasion de la victima, esperando solo la voz de alarma para poner en práctica su proyecto, que se estendia hasta el arriesgado paso de atentar contra la persona de su inhumano verdugo. Mas la fatalidad que perseguia á la viuda de Peralta y Valte habia ya decretado su muerte en público cadalso; en vano era oponerse á aquel decreto; en vano todas las diligencias que se practicaron en el discurso de solo cuarenta y ocho horas.

Con harto dolor ojeamos su causa, que se componia de muy pocas fojas; de ella, pues, no resultaba mas que la diligencia de registro y hallazgo de la bandera, que pudo muy bien introducirse por alguno de los satélites de Pedrosa; sus declaraciones negativas, algunas otras diligencias insignificantes, la aprobacion de la

sentencia suscrita por el ministro Colomarde, y las contestaciones habidas entre aquel y el capitán general sobre el auxilio de fuerza armada, por la conducta que el Conde de los Andes observara en aquellas circunstancias, fué declarado en situación de cuartel. Voces vagas, pero voces del pueblo que rara vez se engaña en sus sospechas y presentimientos, circularon en aquella época, presentando al ministro Pedrosa supeditado por una pasión frenética hacia la Pineda, que rechazada con honor y dignidad, produjo la magniavélica venganza de la bandera para conducirla al suplicio.

En fin, no habiendo querido interrumpir la narración de los acontecimientos políticos, concluiremos este capítulo recordando los aciagos días que en el año de 1826 corrieron en Granada á causa de los terremotos que se experimentaron: repetidos y horrorosos sacudimientos consternaron al vecindario, hasta el extremo de abandonar las casas, y establecerse en el campo, en la plaza del Triunfo y en la carrera de Genil, construyendo barracas y alzando tiendas de campaña para preservarse de la intemperie. Muchos días duró esta terrible plaga; pero por un singular favor del cielo no se contó desgracia alguna de importancia, fuera de la ruina de algunos edificios.



CAPITULO LVIII.

SITUACION DE ESPAÑA. — AMNISTIA. — SE DESARMAN LOS REALISTAS. — MILICIA URBANA. — COLERA-MORBO. — CRECIENTE DEL RIO DARRO. — ALZAMIENTO DE 1833. — PRONCIAMIENTO DE 1836. — LOS FACCIOSOS. — FUSILAMIENTOS.

Tan tristes y desastrosas como en Granada, eran las escenas que se representaban en todas las demas provincias de España: en todas se vertía la sangre inhumanamente; en todas, el partido liberal se veía perseguido y humillado. Comisionados especiales del gobierno, las visitaban de vez en cuando para aminorar la fatalidad de su situación, para que las persecuciones fuesen mas rápidas, mas activas. Uno y otro; y otros muchos patriotas que habian acometido la grandiosa empresa de la restauración de la independencia nacional, habian succumbido alevosa y traidoramente. Moreno, gobernador de Malaga, atrajo con la mas inicua perfidia á Torrijos y sus compañeros; todos fueron pasados por las armas, y este horrendo asesinato se premió, confiriendo á aquel militar la capitania general de Granada.

Empero un incidente inesperado puso, terminó á tantas demasias, á tantos males. Fernando VII fué atacado de una enfermedad peligrosa el año de 1832; Cristina su esposa toma las riendas del gobierno; concede una amplia amnistia, y cesan las persecuciones y los cadalsos; pero en Trueque Zumalacarrégui, gobernador del Ferrol, niega la obediencia á la reina, y empiezan las conspiraciones carlistas. Por la muerte de aquel soberano ocurrida en 29 de Setiembre de 1833, se armaron las provincias Vascongadas en favor del infante D. Carlos. En el mismo año se proclamó reina de España á doña Isabel II y se desarman los realistas; en el 1834 se crea la milicia urbana, y se promulga el Estatuto real.

Mas á la vez que los españoles veían mejorarse, aunque muy paulatinamente su situación política; el colera morbo habia invadido la península, y el número de victimas que causaba, era estraordinario. En Granada pues, se notó el primer caso á principios de Enero de aquel año; y sus funestos efectos tuvieron variada alternativa; experimentandose un período de reaccion, en el cual, el terror y la pavora se apoderaron de los granadinos, á fin de junio y principio de julio.

Trascurrido algun tiempo, la atmosfera fué despejandose aunque lentamente, y Granada recobró su privilegiada salud. Otro acontecimiento de diferente naturaleza vino á perturbar, pasados algunos meses, el reposo de muchas familias. Una terrible tempestad que descargara dos leguas al O. de la ciudad, ocasionó una repentina creciente en el rio Darro el día 23 de junio de 1835. Aunque esta fuera de gran consideracion, no hubiera causado el estrago que sufrió parte de la poblacion, si unos cuantos edificios que se hallaban situados á la entrada de la Carrera de Darro, y sobre el cauce de este rio, no se hubiesen desplomado simultaneamente sobre él, obstruyendo la corriente de las aguas. Este incidente desgraciado hizo que aquellas se estancasen, y rebosando por los muros de la carrera inundasen las casas á una altura estremada; algunas personas que habitaban, ó accidentalmente se encontraban en los pisos bajos, fueron victimas de su confianza ó de su negligencia para

ponerse en salvo. La impetuosa corriente se estendió por la plaza Nueva, Zacatin, plaza de Bib-rambla y carrera de Genil; en cuyo curso causó cuantos destrozos es imaginable, con especialidad al comercio, y en los almacenes de efectos estancados de la Hacienda pública que se hallaban situados en la misma carrera de Darro. Muchas fueron las familias que tuvieron quebranto en sus intereses, y varias que á la inversa, tuvieron la suerte de que las aguas que anegaron sus casas se los depositaran en ellas, apareciendo despues algunas fortunas improvisadas.

La tempestad que aquellos males produjera, pareció como el presagio de otra tormenta que amenazaba. El horizonte político se hallaba encapotado á causa de que el gobierno no correspondia á las esperanzas y á los deseos del pueblo. Malaga fué la primera que en Andalucia tomó la iniciativa contra él, en julio del mismo año. Granada secundó este movimiento.

Reunida la milicia urbana en sus cuarteles, y de acuerdo con la tropa de la guarnicion, se hizo el movimiento con la mayor union, con la mayor fraternidad. Se creó una junta provisional de gobierno, se depusieron las autoridades que no merecian la confianza pública; y una brillante columna de la milicia de ambas armas se puso en marcha para la córte.

A imitacion de Granada verificaron el movimiento las demás capitales y cambió el gabinete, entrando en el que nuevamente se constituyó don Juan Alvarez y Mendizabal; sus primeros decretos fueron la estincion de las órdenes religiosas, y el armamento de cien mil hombres, para reforzar el ejército que seguia la campaña contra las huestes carlistas. Con estas y otras medidas de su especie, los pueblos recobraron su estado normal, y el nuevo gobierno siguió sin entorpecimiento alguno por la senda de las reformas.

Así continuaron las cosas hasta que en 1836: Granada, á la vez que otras capitales de provincia, alzó el grito en favor de la Constitucion de 1812. Este movimiento no encontró en la fuerza del ejército el mismo apoyo que el del año anterior. Reunida alguna parte de

la milicia nacional en el cuartel de artillería, establecido en el local de la ex-iglesia de Trinitarios Calzados, ocupó las avenidas de aquel punto, y dió los primeros vivas al código constitucional; pero esta alarma fué aislada, como provocada solo por un corto número de nacionales, á cuya cabeza se pusieron algunos gefes del ejército que se hallaban en situacion de retiro.

Al toque de generala los batallones de la milicia estuvieron reunidos en sus respectivos cuarteles, y el escuadron de caballería en el punto que al efecto tenia designado. No dejó de notarse alguna oposicion de parte del capitán general y la tropa de la guarnicion; pero arregladas las diferencias, aquel se retiró y se terminaron todos los sintomas hostiles. Restablecido el sosiego, la milicia depuso las armas en las altas horas de la noche, reuniéndose de nuevo para el nombramiento de junta de gobierno. Este se verificó despues de vencer graves oposiciones, y comenzó á funcionar en aquel mismo dia hasta que la reina gobernadora juró la constitucion proclamada por las provincias.

Despues de estos sucesos consternó extraordinariamente á Granada la invasion que los facciosos al mando del general Gomez hicieron en Andalucía. Por las autoridades se tomaron las providencias oportunas para el sosten del orden y de la tranquilidad pública de la capital, entre las cuales lo fueron la concentracion en ella de toda la milicia de la provincia, y la salida de una columna de doscientos caballos, que la componian, dos compañías del escuadron de Granada, una de Loja y otra de Alhendin; cuya fuerza permaneció estacionada en el Campillo de Arenas y Alcalá la Real, hasta que el general Alaix que mandaba la division que perseguia á los facciosos, la mandó retirar. En esta época se fusiló á D. F. ... Montalvo, por haberse justificado su connivencia con Gomez, y á varios presos de la cárcel de córte que intentaron su fuga.

Granada despues corrió la suerte ya próspera, ya adversa, que los diferentes gabinetes que se hicieron cargo progresivamente de las riendas del gobierno, prodigaron á toda la nacion.

CAPITULO LVX.



PRONUNCIAMIENTO DE 1840. — ALZAMIENTO DE 1843. — SITO DE GRANADA. — CONFLICTOS. — DIA 5 DE OCTUBRE. — SUS CONSECUENCIAS. — DESARME DE LA M. N. — ALARMA EN 1847. — LA EMPERATRIZ DE FRANCIA. — COLERA-MORBO.

El pronunciamiento de 1.º de Setiembre de 1840, fué secundado por Granada con el mayor orden y circunspeccion.

El 26 de mayo de 1843 un batallon de Asturias que guarnecia á Granada, levantó el estandarte de rebelion contra el regente, y la milicia siguió el movimiento: si bien una inmensa mayoría lo verificó mas por fuerza que de grado, mas por compromiso que por propio estímulo. Se proclamó independiente del gobierno de Madrid, y se constituyó una junta provisional, compuesta de personas de diferentes matices políticos, y que despues acató las órdenes del ministro universal. Dictó aquellas medidas análogas á estos casos, obró en consonancia á las exigencias de sus comitentes, y sació en parte su ambicion, pero pronto se apoderó de ella el desorden y la desunion. Una division al mando del general Alvarez y de orden de Espartero, se aproximó á Granada para sofocar el alzamiento, y Granada se consternó. Hubo varias conferencias sobre el particular, pero infructuosas, y aquel general principiò sus operaciones de sitio: La junta estuvo disuelta algunas horas por divergencia en las opiniones de sus individuos; la revolucion fracasó absolutamente; y acaso aquella no se

hubiera reorganizado, acaso esta no hubiera recobrado su vigor, si el pronunciamiento de Málaga no les diera nuevo aliento, nueva vida.

Como hemos dicho, el ejército comenzó sus operaciones de sitio; mas pronto las suspendió, y observó una completa inacción; en cuyo tiempo se adoptaron en Granada cuantas medidas de defensa se juzgaron convenientes.

Dividida la milicia nacional y el pueblo, cualquiera tentativa hostil del general Alvarez, hubiera producido resultados favorables á sus miras; así como por aquella misma desunion surgieron compromisos que nos abstendremos de referir por no entrar en personalidades.

Por fin, la pasibilidad del general en jefe de la division que nos hostilizaba, hizo que el gobierno lo relevase, nombrando en su lugar á D. A. Vanhalem, quien luego que se hizo cargo de ella, activó el cerco, y lo estrechó en la manera posible, esperando solo la órden del regente para entrar á viva fuerza en la capital.

Durante la permanencia del ejército en las inmediaciones de la ciudad, fueron reiteradas las alarmas que hubo en ella. La campana de la Vela anunció una y muchas veces que habia llegado el momento en que las tropas se aproximaban para su entrada, y el terror y la pavora se apoderaba del vecindario; los nacionales, y la poca fuerza de la guarnicion corrían á ocupar las posiciones que cada cual tenia señaladas en las avenidas de la capital. El mas pequeño movimiento de la fuerza sitiadora, la mas leve noticia vaga é insignificante, eran suficientes para que la esfervecencia llegase á su punto mas culminante: pero aquella hora no llegó; por órden espresa del regente se retiró el ejército cuando menos se esperaba; el batallon de Asturias y los cuerpos pronunciados cogieron los laureles de su victoria.

Mas no terminaron por esto los conflictos; otros nuevos surgieron en los dias siguientes. La aproximacion del general Concha, que habiendo desembarcado en Málaga, se dirigia á Granada, ocasionó altercados escandalosos en el seno de la junta de gobierno. Parte de sus individuos estaban propieios á permitirle la entra-

da, parte decididos por la negativa; y á todo esto, aquel general que ya se encontraba en Alhama, habia emprendido su marcha para la capital; pero habiendo resuelto por fin la junta que no se recibiese en ella, despues de acalorados y comprometidos debates, se le ofició, haciéndoselo así entender, y suspendió el viaje. Pocas horas despues ya se habia resuelto lo contrario, llegando al fin el dia en que pisase su suelo; desde donde salió para las provincias del interior.

Despues de estos sucesos trascendentales, resentimientos entre los granadinos, y la marcha del gobierno crearon los elementos para una reaccion. Algunos síntomas de ella que aparecieron en diferentes ocasiones, se sofocaron, ya porque eran prematuros, ya porque las circunstancias no eran las mas á propósito. El mas ostensible se verificó una noche de los últimos dias del mes de setiembre del mismo año; en la cual, algunos tiros disparados por mano oculta á multitud de personas que se hallaban reunidas en la plaza del Campillo, causaron tal alarma, que tomando la iniciativa algunos individuos de la corporacion municipal se celebró una junta numerosa para convenir en los medios de contener aquellos desmanes; mas la divergencia de pareceres no produjo resultado alguno.

El dia 5 de octubre se tocó generala por la milicia nacional, en cuyo acto ocurrieron algunas desgracias, derramándose la sangre de sus individuos por la tropa de la guarnicion; pero sin embargo, aquellos mas decididos de los tres batallones, se presentaron á la llamada en el cuartel del Carmen, entre ellos algunos gefes y el subinspector de esta provincia. En este estado de alarma, el regimiento del Rey se acampó en la Carrera de Genil, en donde se incorporó la fuerza de caballeria que se encontraba acuartelada en el de Bib-taubin, tomando ambos cuerpos una actitud hostil.

Rompióse al fin un vivo fuego entre la tropa y la milicia, y los bazadores del Rey intentaron llegar hasta el cuartel en que se encontraba aquella, pero solo dos individuos parapetados con el paredon del puente del Alamo, los contuvieron por largo rato, sosteniendo un

continuado fuego; mas ocupadas por granaderos de linea las casas que dominan aquel puente, se vieron en la necesidad de retirarse.

Sin este inconveniente ya, se continuó un fuego nutrido desde dichas casas y Puerta Real, que sostuvieron vigorosamente por su parte los nacionales desde el cuartel. Duró hasta las cuatro de la tarde, si bien se suspendió por algunos momentos y mediaron algunas treguas para intimarles la rendición, que desecharon por dos veces. El capitán general, de quien Granada no pudo quejarse en tan aciago día, permaneció en la Alhambra durante las hostilidades; y se opuso con energia á los proyectos del segundo cabo que eran por cierto desastrosos y sangrientos.

A la vez que se sostenia tan encarnizada liza en aquel punto, varios nacionales la sostenian igualmente desde los portales y bocas-calles de la de S. Matias con los granaderos que se hallaban en el Campillo, sin permitirles ganasen un solo palmo de terreno; de cuya manera la tropa tenia llamada la atencion á dos parages importantes; por la ostinada defensa que en ellos se hacia.

Las horas transcurrían, el fuego cada vez era mas vivo; el corto número de nacionales que lo sostenian, y que acaso no llegaba á doscientos, cada vez se encontraba mas decidido y entusiasmado; el sol tocaba á su ocaso; la noche iba á tender su negro manto; he aquí, pues, el conflicto de la autoridad militar. Ya se habian bajado de la Alhambra hachas de corte, escalas y otros efectos; ya el ex-convento se hallaba cercado; ya se preparaba el asalto; pero antes hubo una tregua, en la cual se dió el último paso de salvacion. Acordóse por los gefes é individuos invitar al Ayuntamiento, para que en corporacion, y con toda la pompa posible se dirigiesen al cuartel por los parages mas públicos. Este acto, harto significativo, hubiera producido buenos efectos; pero causas que nos abstendremos de referir, lo dejaron ilusorio.

En tal conflicto los sitiados, sin esperanza de ser socorridos, y estenuados por la falta de alimento en todo el día, se decidieron á una capitulacion honrosa, á que el general accedió, permitiéndoseles salir libres y con sus

armas. Así se verificó al fin de la tarde, y se restableció el sosiego; pero un sosiego mezclado con luto y lagrimas.

Hemos hecho una circunstanciada relacion de aquel acontecimiento en su parte mas interesante, no extendiéndonos á reseñar algunos hechos aislados que tambien tuvieron lugar, por no ser difusos; y la concluiremos manifestando que por parte del pueblo solo hubo que lamentar la desgraciada muerte de los dos nacionales, en la calle de la Duquesa, y la de Don Juan Ramon Baena.

Al día siguiente un ayudante del segundo cabo y dos granaderos de linea recogieron algunas armas y se hicieron algunas prisiones que no tuvieron exito desagradable, siguiéndose á esto el desarme general de la milicia nacional, el cual se verificó en Granada con el mayor orden.

El año de 1847, con motivo de la carestia del pan, hubo una conmocion, cuyos primeros sintomas fueron de bastante gravedad, pues llegó á correr la sangre por imprudencia de algunos sujetos que debieron ser mas mesurados y prudentes; pero por fortuna tomó parte el sexo femenino, y ya en este caso, solo se presentaron escenas jocosas y ridiculas, con las cuales se terminó felizmente la alarma, que dió por resultado la baja de precio de aquel artículo de primera necesidad.

Ahora pues, debemos consagrar algunas lineas á un suceso que no puede menos de honrar á Granada. Tal es el enlace de doña Maria Eugenia de Guzman y Portocarrero, condesa de Teba, con Luis Napoleon, emperador de Francia. La imperatriz hoy de los franceses es nacida en Granada, descendiente de Guzman el Bueno, y de Luis Fernandez Portocarrero que tantos y tan relevantes servicios prestó, segun dejamos consignado en el discurso de esta historia contra los moros de Granada, de los Pachecos, maestros de las órdenes militares de Alcantara y Calatrava; de los Leyvas que desde el siglo XII, tanto se señalaron en las grandes empresas que forman parte de las glorias españolas; de los Enriquez, á cuya familia pertenecen las Juanas, ilustres reinas de Aragon y Navarra; y en fin de aquella esclarecida camarista á quien Isabel la cató-

lica dispensaba toda su amistad y confianza; pudiendo bien asegurarse, que Maria Eugenia, respecto á su carácter amable y bondadoso, y á sus dotes de animo resuelto y elevado, es un fiel dechado de aquella escelsa soberana. Granada debe sin duda congratularse por este acontecimiento; Granada debe felicitarse, á la manera que las antiguas ciudades de Italia y Conca se vanagloriaban por haber sido cuna de los grandes emperadores Trajano y Teodosio. Loor á Granada que ha llegado á conseguir ornarse con tan singular aureola, uniendo á sus tumbres esta nueva gloria.

El movimiento político de 1834, fué así mismo secundado por los granadinos con la sensatez y cordura que les caracteriza.

Por último, tocamos el fin de nuestra historia, teniendo el sentimiento de que él sea un suceso triste y lamentable, que por muchos dias tuvo constrictado al vecindario de Granada. En los últimos meses de 1854 el colera-morbo invadió por segunda vez su suelo, causando estrago y desolación, pero con mucha mas benignidad que en 1834. Su rigor aplacó despues de algun tiempo, si bien tan fatal enfermedad no desapareció de un todo; pues se observaban casos repetidos, con alterativa varia en sus resultados, ya de muerte, ya de completo restablecimiento de salud.

Así continuó el cruel azote hasta el 27 de junio de 1855, en que se desenvolvió nuevamente de la manera mas espantosa. El número de defunciones ocurridas en los setenta y nueve dias que la terrible enfermedad afligiera al vecindario, desde aquella fecha hasta el 13 de Setiembre en que se declaró la sanidad, fué el de 3389 y 17,000 en la provincia. Durante esta triste situacion, la Reina de España doña Isabel II, la Emperatriz de los franceses y muchos vecinos de Granada, dieron pruebas de su filantropía y sentimientos humanitarios, prestándose espontaneamente al socorro de la necesidad y de la miseria.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.



PARTE TOPOGRAFICA, DESCRIPTIVA Y ARQUEOLÓGICA.

Bajo dos puntos de vista puede considerarse á Granada, á saber: *Granada cristiana y Granada árabe*: vamos pues, á tratar de ella en ambos conceptos, dando el primer lugar á Granada cristiana, á fin de que Granada árabe sea un tratado independiente, que pueda servir de guia al viagero que quiera visitar sus monumentos:

GRANADA CRISTIANA.

Para dar toda la claridad posible á este tratado, lo dividiremos en tres partes; 1.ª Granada considerada como provincia; 2.ª como capital; 3.ª sus contornos; pero antes, remontándonos á tiempos primitivos, describiremos el pais granadino, por considerarlo no solo util, sino necesario para la mejor inteligencia de la historia que dejamos reseñada en la primera parte de esta obra, y descendiendo hasta la invasion africana, cuya época,

como hemos dicho, formará un tratado separado; continuaremos, despues de su conquista por los reyes Católicos hasta el presente, en que ya entraremos á hablar de ella, con arreglo á la division que dejamos arriba indicada.

ILIBERI.

El pais granadino ó sea iliberitano, como lo llamaremos hasta la invasion de los árabes, se hallaba en la region turdula, en la Bética, y su ciudad capital, que le daba nombre, era Iliberi. Comprendia aquella region, casi todo el territorio de las provincias, hoy de Granada y Málaga, y la parte occidental del reino de Jaen; y confinaba por E. con los oretanos: por S. con los bástulos y célticos; y por O. y N. se internaba en las provincias de Sevilla y Córdoba. Los turdulos eran oriundos de los tartetanos; se contaban en su comarca algunos pueblos ricos, y mas cultos que los demas de la peninsula; sin que por nuestra parte les concedamos aquel grado de civilizacion que les dieran algunos historiadores antiguos, por quanto estando colindando y circunvalados por pueblos salvajes y belicosos, que aun rechazaban toda clase de civismo, no era dable que ellos hubiesen hecho grandes progresos, ya por el continuo trato con aquellos, y ya por que no se comprueba semejante asercion con adelantos en las artes, en las ciencias ni en la legislacion.

Es consiguiente si, que luego que los fenicios penetraron en nuestro suelo, principiásen sus adelantos de cultura. Establecieron varias colonias, y á ellos se atribuye la fundacion de Iliberi, segun la general opinion. El lugar de su situacion ha sido uno de los puntos mas controvertidos; pero descubrimientos recientes apoyaron la opinion ya admitida, de que se hallaba situada en la planicie de la vega que media hoy entre la sierra de Elvira y el rio Beyro. La otra opinion de que se encontraba en la alcazaba, se encuentra enteramente desvir-

tuada, y aun los promotores de los descubrimientos hechos en aquel parage el año de 1754, que hasta supusieron en él la existencia del templo en que se celebró el concilio iliberitano, fueron procesados; y el 29 de abril de 1777 se quemaron públicamente todos los plomos y pergaminos, que dijeron haberse encontrado en las escavaciones.

Prueban quanto dejamos dicho la carta del marqués del Grimaldi dirigida al Reverendísimo Padre Maestro Fray Enrique Florez, y la contestacion de este que copiamos á continuación. «La adjunta descripcion ó noticia de los monumentos que se van desenterrando en la alcazaba de Granada, ha sido presentada al rey, solicitando su patrocinio para publicarla, y continuar las escavaciones necesarias. S. M. desea proteger todos los trabajos que puedan dar lustre á la nacion; pero antes de empeñarse en este negocio de la alcazaba, quiere cerciorarse de la identidad, para no esponer su nombre á la crítica de las naciones; y por tanto me manda remitir á vuestra Reverendísima el proyecto y el libro presentado, para que como instruido de las materias de erudicion y antigüedad, me diga lo que siente, así sobre la autenticidad de los monumentos, como sobre la utilidad de publicarlos; y si será conveniente gastar el dinero en hacer nuevas escavaciones. Vuestra Reverendísima, con su acostumbrada ingenuidad me diga el juicio que forma del autor de la descripcion y de lo que de él se puede esperar, teniendo presente para todos los varios lances, impugnaciones y apologias á que han dado motivo los referidos descubrimientos: lo que no ignora vuestra Reverendísima, habiendo hecho tanto estudio en estas materias. Dios guarde á vuestra Reverendísima muchos años. Madrid á 3 de diciembre de 1764.—El marqués de Grimaldi—R. P. Fr. Enrique Florez.»

«Mi señor: he reconocido los adjuntos pliegos, que V. E. se ha dignado remitir de orden de S. M. para que declare mi sentir sobre los descubrimientos de la alcazaba de Granada, y proyecto ofrecido de la solicitud de la real proteccion, y para no fatigar la benigna atencion de S. M. puede V. E. asegurar, que aunque dichos des-

cubrimientos repongan en realidad fabrica y monumentos antiguos de la gentilidad; todo lo eclesiástico y sagrado es fraguado en la misma oficina que lo empezado á descubrir en el año de 1595, contradecido por los hombres eruditos de España, y fuera de ella, que instruidos por la antigüedad, prontamente desconocieron la invención, y no tengo duda alguna en que los doctos, *que no sean andaluces y en especial los no criados en Granada*, formarán el mismo concepto de los descubrimientos modernos, que de los antecedentes, recibiendo á estos con el mismo desprecio que á los primeros. Yo á lo menos no puedo formar otro dictamen en mi conciencia, y estrechado por mi juez soberano á que manifieste mi sentir, estoy obligado á confesar, que el angusto nombre de S. M. inmortalizado en la proteccion de los monumentos de Herculano, no se debe esponer al ludibrio de las naciones: y que la España recibirá en el fomento de las cosas de la alcazaba grave injuria entre los hombres de letras de la Europa. Tal vez hablando con el maestro Sarmiento, benedictino, deseamos una poderosa mano, que muy lejos de proteger estos inventos, los mandase extinguir, diciendo el mencionado que hartas ficciones y mentiras tenemos.—Este es, señor, el dictamen que al cabo de mis estudios en la antigüedad tengo formado en la materia. Este el que me parece formarán los extrangeros (pues todos tenemos un mismo y un solo original de la antigüedad en si misma). Este el general fuera de Granada, donde el amor á la patria, ya arraigado, disculpa en las preocupaciones concebidas desde el fin del siglo decimo sexto: y donde aun los sugetos mas hábiles (cual juzgo al del proyecto) se ven como precisados por el amor á la patria á estudiar, no tanto en discernir, cuanto en apoyar lo doméstico.—Doy mil gracias al cielo por el celo y benignidad que ha infundido en nuestro católico Monarca, para mirar en todo por el mayor bien de la nacion: pero con todo mi corazon, y con la imparcialidad que parece corresponde en el asunto, deseo no proteja invenciones mas dignas de un perpétuo silencio ó esterminio, que de su angusto nombre. Así lo siento, besando los reales pies, y rendido á las órdenes de

V. E. como devoto siervo. —Fr. Enrique Florez.»
Con estos documentos, creemos quedarán desvanecidas las pretensiones que aun en el actual siglo han pretendido á probar que la antigua Iliberi estuvo situada en la alcazaba.

Aquella poblacion que no se hallaba amurallada, se encontraba espuesta á los desastres que muchos años despues de la invasion africana, produgeron las continuas guerras que se agitaron en nuestro pais, y he aqui el motivo de que sus habitantes la abandonaran, trasladándose á Granada, en donde estaban al abrigo de sus incursiones. Inhabitados sus edificios, se fueron destruyendo con el tiempo, y por consiguiente desapareció su grandeza, de tal modo que al principio del siglo diez y seis estaba reducida á una poblacion insignificante aneja al lugar de la Atarfe.

INSCRIPCIONES Y MEDALLAS CORRESPONDIENTES
A ILLIBERI.

INSCRIPCION.

ILLIB. VESP. IN. HON.
HIEROS. BELLI. DE.
LET. GEN. HUMAN.

Iberia en memoria de la honra que Vespasiano ganó en la guerra de Jerusalem, de la alegría del genero humano.

INSCRIPCION.

IMP. CÆS. M. AVR.
PROBO. PIO. FELICI. INVICTO.
AUG. NUMINI.
MAIESTAIQUE.
DEVOTUS.
ORDO. ILLIBER. DE.
DICATISSIMUS. D. P.

El cabildo iliberitano devoto y muy dedicado á la deidad y magestad del emperador Marco Aurelio Probo Cesar Augusto, Piadoso, Venturoso, Invencible, le puso y dedicó esta estatua.

INSCRIPCION.

FURIE. SABINÆ.
TRANQUILINÆ. AVG.
CONIVGI.
IMP. CÆS.
M. ANTONII. GORDIANI.
PII. FEL. AVG.
ORDO. M. FLOR. ILLIBERITANI.
DEVOTUS. NU. MINI. MAIESTATI. QUE.
SUMPTU. PUBLICO. POSVIT.

A Furia Sabina Tranquilina, augusta muger del emperador Cesar Marco Antonio Gordiano. Pio, Feliz, Augusto, el orden del Municipio Florentino Iliberitano devoto á la Potencia y Magestad, erigió esta estatua á espensas del público.

INSCRIPCION.

FLAVIE. VALERIE.
TRANQUILINÆ. AUGUSTÆ.
CONIVGI. IMP. CÆS. GORDI.
PII. FELIC. AVG.
ORDO. M. FLOR. ILLIBERITANI.
DEVOTUS. NUMINI. MAIESTATI. QUE.
SUMPTU. PUBLICO. POSUIT.

A Flavia Valeria Tranquilina Augusta, muger del emperador Cesar Gordiano, Pio, Feliz, Augusto, el orden del Municipio Florentino Iliberitano, devoto á la potencia y magestad, erigió esta estatua á esperanzas del público.

INSCRIPCION.

IMP. CÆ. M. AURELIO.
PROBO. PIO. FELICI. INVICTO.
NUM. MAIESTATI. QUE.
DEVOTUS. ORDO ILLIBER.
DEDICAT.
P. D.

El afnvicado cabildo de Iiberia dedica esta memoria á la deidad y Magestad del emperador Cesar Marco Aurelio Probo, Pio, Feliz, Augusto.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

RECCAREDVS RE,

En el reverso.

LIBERI. PIVS.

Reccaredo rey piadoso, en Iliberi.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

WITTIRICVS. RE.

En el reverso.

PIVS. ELIBERRI.

Witerico rey Pio, en Eliberri.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

GUNDEMAR. REX.

En el reverso.

PIVS. ELIBERRI.

Gundemaro rey Pio en Eliberri.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

SISEBUTVS. RE.

En el reverso.

PIVS. ELIBERRI.

Sisebuto rey piadoso en Eliberi.

MEDALLA DE ORO.

En el anverso.

SVINTILA. REX.

En el reverso.

PIVS. ELIBERE.

Suintila rey piadoso en Eliberi.

MEDALLA.

Anverso.

ELIBERRIS.

Tiene en el anverso una cabeza, y en el reverso una esfigie. Corresponde á los romanos; debiendo notarse en todas estas medallas la diferencia en el nombre de Iliberi, por cuanto los godos corrompieron este vocablo mudando la I en E.

ILLIPULA.

Varias han sido las opiniones sobre el lugar en que hubiese estado situada la antigua Illipula, unos han creído se hallase en las inmediaciones de la Sierra de Elvira; otros en el parage en que se encuentran hoy las Pulianas; y otros, á nuestro entender con sobrado fundamento, en el cerro en que se erigió la colegiata del Sacramento. Monumentos auténticos é irrefragables obran en pro de este parecer; tales son las láminas martiriales que se encontraron en él, y que hemos copiado en el ingreso de la historia. En ellas se dice fueron mártiriza-

dos san Cecilio y sus compañeros en aquel lugar *illipulitano*; y si cómo es razonable y justo debemos dar crédito á aquellos monumentos, también podrá dudarse que en aquel monte estuvo edificada la poblacion de Illipula. De su categoria y demás circunstancias no hemos encontrado dato alguno; así como tampoco vestigios en aquel cerro que indicasen su situacion y que hemos buscado con toda profigidad.

NATIVOLA.

Nativola es otro de los pueblos de mas ó menos suposicion, que se cree haber estado situado en las inmediaciones de Iliberi. Algunos historiadores refieren que en el recinto en que se encuentra edificado por los árabes el alcázar de la Alhambra, existió una poblacion de aquel nombre; y que en el area en que hoy se levanta magestuoso el palacio real, se alzaba un magnifico templo dedicado á Nata, y consagrado despues al culto de nuestra religion. Las siguientes inscripciones han sido el fundamento de esta opinion.

Sobre la puerta de una casa inmediata á la torre del Agua se hallaba colocada una piedra, en la que se lee lo que sigue.

SER. PERSIVS OB HONOREM
VI VIRIATVS FOR. II BASILII
CAI III CONS. I TER BLICHS
HOSTIBVS PECVNIA SVA
EX V. NAIA DI RESTITVTVS

El estado de deterioro en que se encontraba no permite su version al castellano; así como tampoco la de la que sigue por encontrarse sumamente mutilada en la torre llamada de Comarech.

SERVTVS PERSIVS OB HONOREM
VI VIRATVS SVLPICTVS. POS
THVMIVS PECVNIA SVA EX
TRVXIT NATAIDI,

Y finalmente en las escavaciones, que se practicaron para cosntruir la Iglesia de Santa Maria de la Alhambra, se halló otra lápida de marmol blanco, que despues se colocó en la fachada meridional de ella, cuya inscripcion es como sigue.

IN NOIE. DNI. HIV. XRI. CONSACRATA.
EST. ECLESIA. SCI. STEFANI. PRIMI. MARTIRIS.
IN. LOCVM. NATIVOLA. A. SCO. PAVLO. ACCITA-
NO. PONFC.
AN. DNI. NSE. WITTIRICI. REGS.
ER. DCXLV. ITEM. CONSACRATA. EST. ECLESIA.
SCI. IOHANI. MARTYRIS. TE.
ITEM. CONSACRATA. EST. ECLESIA. SCI. VINCENTII.
MARTYRIS. VALENTINI. A. SCO. LILLIOLO.
ACCITANO. PONFC.
XI. KAL. FEBR. AN. GL. DNI. RECCAREDI.
REGS. ER. DC. XXXII.
HEC. SCA. TRIA. TABERNACVLA. IN. GLORIAM.
TRINIT.
..... HOPERANTE. SCIS. EDIFICATA SVNT AB.
INL. GVDILA
..... VM. OPERAOS: VERNOLOS: ET, SVMTY.
PROPRIO.

Que vertida al castellano apesar de lo defectuosa que se encuentra, dice así.

En nombre de nuestro Sr. Jesucristo, se consagró esta Iglesia á S. Estevan primer martir en el lugar de Nativola, por Pablo obispo accitano ó de Guadix: año de nuestro rey Witerico, era 645 (607 de J. C.) Tambien se consagró la Iglesia de S. Juan martir. Igualmente la de S. Vicente martir valenciano, por Liliolo obispo accitano

ó de Guadix en la era 632 (594 de J. C.) Estos tres tabernáculos se construyeron por un noble caballero, llamado Gubila, en honra de la Santísima Trinidad.

No negaremos la autenticidad de la inscripcion, pero no podemos menos de hacer algunas observaciones para las cuales estamos autorizados por las reglas de la crítica. Se nota que Liliolo, obispo de Guadix, consagró las iglesias de S. Estevan y S. Vicente; y consideramos extraño que este prelado viviese por dos veces desde aquella ciudad á autorizar una diligencia religiosa, que por su solemnidad correspondia al obispo de la diócesis iliberitana. No podrá argüirse con la sede-vacante, por cuanto en este caso correspondia al que hiciese sus veces; además de que no faltaron obispos en Iliberi en todo el tiempo á que se contrae la inscripcion; pues en el año de 588 fué elegido Pedro cuarto, de este nombre; y habiendo muerto en 594, le reemplazó Baddo en el mismo año, que gobernó aquella iglesia hasta el de 608; infiriéndose de ello que las lápidas pudieron trasladarse de otro punto al lugar en que se encontraron con algun objeto particular. En el caso de darse por cierta la existencia de Nativola, pudiera congeturarse con algun fundamento perteneciesen á ella los vestigios de edificios que se observan en la parte oriental del cerro del Sol, á los cuales se dá por tradición el nombre de *Granada la vieja*.

VILLA DE LOS JUDIOS.

Todos los historiadores están conformes en la existencia de esta poblacion, á quien los árabes llamaban *Garnathad al Yahud*, *Granada la de los Judios*. Se hallaba situada, segun la opinion general, á la parte oriental de Iliberi, en la loma y campo de Albnest ó del Principe, estendiéndose por todo él hasta Torres-Bermejas, y en parte de lo que antes comprendian las parroquias de Santa Escolástica y San Matias. La época de su fun-

dacion es oscura, si bien se sabe que esta colonia era la más antigua en el término de Elvira, como los invasores llamaron a Iliberi, y que a su entrada estaba sólo habitada por los hebreos, continuandó despues como un arrabal de Granada.

Topografía, Caminos, Impuestos, Arquitectura, Baños, Minas.

Correspondia Iliberi al convento juridico de Cordoba; se contaba entre las ciudades más distinguidas en tiempo del imperio romano, y se hallaban avecinados en ella familias de alta categoría que vivian en el lujo y la opulencia. Ademas de las vias generales que comunicaban las principales poblaciones del imperio, y que pasaban por Guadix, Baza y otros pueblos del pais Iliberitano, existian otras secundarias, de que aun se conservan hoy trozos al cabo de diez y ocho siglo: tales son, los que ponian en comunicacion a Guadix y otros pueblos con la Alpujarra y la costa; y el que desde Treveléz se dirige a la cumbre de Sierra Nevada, donde se pierde y se divide en dos ramales, enlazándose con otros que parten desde Valor y Mayrena por el puerto del Lobo, y de Bayarcal por el de la Ragua. Su construccion es bastante sólida y su anchura, demasiado capaz. Ademas, existen tambien puentes que indican la direccion de otros caminos del mismo orden, y de que no se encuentran hoy vestigios, como son el de Genil, de origen romano, que daba paso a la Alpujarra y a los pueblos de la costa; y el llamado Puente quebrado sobre el rio Darro que comunicaba con Guadix, cuya situacion es un comprobante de que en el cerro del Sol, existió una poblacion, cualquiera que fuese su nombre.

Los impuestos se reducian a la vigésima, que consistia en el 5 por ciento de los cereales; las sucesiones, que era otro 5 por ciento de las herencias pingües y que re-

caian en parientes ricos; la renta de consumos, que era el derecho de 1 a 10 por ciento del valor de las ventas de bienes raíces, ó de objetos de abasto; y la de aduanas, por la que además de un derecho módico en ciertos artículos, los de lujo satisfacian un 30 por ciento, de cuyo modo la industria halló proteccion, y a su sombra obtuvo algun fomento.

Existian en Iliberi templos dedicados al culto, establecimientos públicos, edificios particulares, que eran una prueba incontrastable del progreso y buen gusto de la arquitectura romana. Tambien se conocian en aquel tiempo las aguas minerales de la Malá y de Alhama, de las cuales trataremos en otro lugar. Las minas eran otro de los ramos que constituian la riqueza pública y las rentas del imperio.

CRISTIANISMO

Era el año treinta y ocho de la era española, el cuarenta y dos del imperio de Augusto, y se preparaba una revolucion, cuyos efectos influirian considerablemente en el porvenir de los hombres, variarian la faz religiosa de los pueblos, y promoverian el progreso de su cultura. Allá en la Judea habia aparecido la antorcha de la verdadera religion en forma visible, el astro vivificador del género humano, la estrella luminosa que debia alumbrar el sendero de la felicidad eterna.

En humilde estancia nació el hombre Dios; la aureola de la cristiandad; el redentor de todos los seres animados, es adorado y reverenciado por reyes y pastores; pero despues vivió oscurecido. A los treinta años fué bautizado en el Jordan por el Bautista; se retiró al desierto y ayunó cuarenta días; predicó la verdadera ley en los pueblos de Nazareth, Galilea, Betsaide y Cafarnaüm. Ayudado de sus discipulos, propaga sus doctri-

nas y es perseguido, condenado á muerte y crucificado. Después de esta escena dolorosa sus pobres compañeros se diseminaron para continuar la obra comenzada por su divino maestro. Consagrados obispos de España por San Pedro los discípulos de Santiago, Cecilio, Testifon, Hiseio, Torcuato, Segundo, Indafecio y Eufrasio se dirigieron á ella en el año 44 de la era cristiana. Cecilio, que fué el designado para Iliberi, principia la predicacion de la doctrina evangélica; consigue el des- crédito de la idolatría, y establece el cristianismo á costa de derramar su sangre con la gloria del martirio. Se establecen templos dedicados al verdadero Dios; y las costumbres de nuestros pueblos se atemperan á su santa religion. Los sabios canones del concilio iliberitano, y el teson con que Gregorio el bético se opuso al arrianismo, afirmaron los cimientos planteados por su primer obispo. Siguese una alternativa de proteccion y persecucion á los cristianos, segun las ideas religiosas de los soberanos de España; la invaden los africanos, y son tolerados y respetados los dógmas católicos y las iglesias, si bien de resultas de algunas convulsiones políticas en que los mozárabes tomaron parte, fueron perseguidos y espulsos: siguióse nuevamente la tranquilidad y la tolerancia, hasta que conquistada Granada por los réyes Católicos se aseguraron en ella para siempre las doctrinas del nazareno, los dógmas evangélicos.

Noticias estadísticas del reino de Granada después de verificada la conquista en 1492.

Como dejamos dicho en el ingreso de la historia de Granada, desde su conquista no solo principió á desvanecerse su grandeza, su opulencia y su numerosa población, sino la de los pueblos que estaban sujetos á ella: Este descenso continuó por muchos años ya pró-

venido de las guerras que se sostuvieron en el extranjero, ya de la emigracion de muchas familias moriscas que prefirieron abandonar su país natal; á verse perseguidas y humilladas; y ya en fin del estado de invasión á que quedaron reducidos todos los elementos de la riqueza pública.

A tan deplorable situación siguióse la completa espulsion de los moriscos, llevada á cabo é todo trance, y sin preveer sus desastrosos resultados; los males se agravaron; multitud de poblaciones quedaron abandonadas, que el trascurso del tiempo las redujo á ruinas; y un reino populoso, rico y preponderante, tornóse en despoblado y pobre para no volver jamás á su esplendor y grandeza.

Después de la conquista se dió el nombre de reino de Granada, á esta provincia, la de Málaga y Almería; y las tres corrian unidas para lo civil y militar; mas posteriormente se segregó Málaga, erigiéndose en provincia separada; hasta el año de 1822 que tambien se separó Almería: Esta división continuó hasta que en 1823 por el restablecimiento del antiguo régimen político volvieron á unirse las dos últimas; pero en 1834 se separaron, restituyéndose al mismo estado que en 1822; en cuyo concepto vamos á tratar de ella.

PROVINCIA DE GRANADA.

SITUACION TOPOGRAFICA Y CONFINES: Está situada al mediodía de la península, y confina al N. con la provincia de Jaen; al E. con las de Murcia y Almería; al S. con el mar Mediterráneo y al O. con las de Málaga y Córdoba.

LIMITES: El limite oriental principia en la torre de Guáyna, á la margen derecha del rio Adra, en el Mediterráneo; y siguiendo su direccion al E. de Turon y O. de Darrical; cruza aquel rio en el mismo punto en que lo atraviesa el camino que de Cherin se dirige á

Dalias. Sigue al E. de Picena y Laroles, y al O. de Bayarcal con direccion al cerro del Almirez en Sierra Nevada; sigue N. O. del cerro Montayre, y volviendo al N. continua al E. de Huéneja, Charches y Rambla del Agua. Prosigue por la cúspide de la sierra de Baza al mojon de las cuatro juntas, dejando al O. el desierto de Jauca; continua por la cumbre de la sierra de Oria, cruza la de Maria, y por su cresta y la del Chircal entra en la de Periate, por el punto en donde la atraviesa el camino de Huéscar á Maria; deja al E. el nacimiento del rio Cornero y el campo de Veliz Blanco, atraviesa el cerro de Alcatin y pasa por entre la venta de Misena y ermita de Bugejar, alturas del rio Quipar, terminando en el punto en que este rio cortaba el límite antiguo de las provincias de Granada y Murcia. El límite septentrional principia en sierra de Frailes, y siguiendo por ella hacia el E., pasa al S. de Alcalá la Real; varia la direccion al N. á coger las vertientes del rio Genil, al E. de Cherilla, buscando el origen de los rios Torcero y Campillo. Pasa al S. del Noalejo, al N. de la Montillana por entre el nacimiento de los rios Albuñiel y Luchena, ya á buscar el de Benalba, sierra del Rayo, al N. de Domingo Perez, Guadahortuna, Montegicar, Gobernador, Alamedilla, Dehesas, Manzanos y Freila y dirigiéndose al E. de Hinojares y O. del rio de Baza, sigue el mismo rumbo respecto al de Castril, sierras de Sagra y Cálar, hasta concluir en el rio Quipar. El límite occidental comienza en el Mediterráneo y torre de Calatúrcos, sigue por el estribo de sierra Tejea con direccion al N. y despues al O. N. O., cogiendo las cabeceras de los rios de la Miel y Alconcar, al S. de la misma sierra y de Jatar; prosigue al N. por el O de Alhama, Zafarraya, campos salinas de Loja, Algarinejo y Alomartes hasta encontrar en sierra de Frayles el principio del límite septentrional. El meridional se estiende desde la torre de Guayná en el Mediterraneo hasta la de Calatúrcos situada al O. de la loma de las Cuadrillas.

CLIMA. En la region meridional se sienté una temperatura benigna en el invierno y cálida en el estio; en la del centro es templada, aunque no suave como en

la costa; si bien el calor no es tan escesivo; y en la septentrional se experimenta mas el rigor del frio por las continuas nieves, pero el verano no es tan ardiente como en las otras dos regiones. En lo general el cielo es despejado y risueño.

CLASIFICACION. Es provincia marítima; y en la division civil de la peninsula, está considerada de primera clase.

MONTAÑAS. Todas las que se estienden por la provincia, son emanaciones de la Sierra-Nevada. Esta se halla formada por una cordillera cuyo aspecto imponente y magestuoso la hacen ser una de las mas importantes de Europa. Sobre una multitud de empinados picos cubiertos con tintas sombrías de oro y ultramar por la refraction del sol de occidente; sobre agrestes y profundos valles regados por vertientes que rápidas se deslizan de roca en roca, se alzan orgullecidos por la grandiosidad de sus formas, por su gigantesca elevacion, el Mulahacen y el Veleta, cuyas cúspides de armñada nieve forman con todo aquel conjunto de la naturaleza el mas interesante y sublime cuadro. De estas montañas, que pueden considerarse como el núcleo de otras grandes proyecciones, que se estienden y ramifican en nuestra peninsula, se desprende una cadena, que tomando direccion al puerto del Lobo, se continua al E. por el cerro Montayre, hasta los llanos de Almeria: al N. las sierras del Rayo, Alfacar, Morron, Gor y Baza: al O. se prolongan las de Tejada y Ronda; y mas distantes las de Ubrique y Grazalema: y al S. las de Alhijaras, Lujar y Trebe. Estas principales cordilleras se van subdividiendo y tomando diferentes nombres. Se conservan en la parte interior masas de nieve eterna á la altura de 9737 pies castellanos. La calidad de aquellas grandes moles puede considerarse de tres clases. Las cimas centrales y cuya elevacion escede de 8415 pies se componen de granito y micácea, continuan terrenos calizos hasta los 4808; y por último los de aluvion, en que se encuentran conchas y otros mariscos.

Hecha, pues, en general esta reseña, vamos á hacer la descripcion de algunas montañas notables, que en todo tiempo han sido el especial objeto de la curiosidad del

viagero. El *Mulahacen*. Esta cima se estiende con un descenso progresivo hasta el Mediterraneo. Su elevacion sobre el nivel del mar es de 1826 toesas ó sean 12.782 pies castellanos; ocupando por consiguiente el décimo lugar entre las montañas de Europa. Su horizonte es demasiado estenso, pero no tanto como el del *Veleta*, por cuanto este se interpone en una considerable estension á la parte S. impidiendo deste aquel la vista de la costa de Africa. El *Veleta*. Esta montaña colosal está compuesta de esquistos, micaceas y granito en su mayor altura; mas bajo se hallan brechas calcáreas y criaderos de esquistos marmoles. Su cima, que forma una pequeña esplanada, se encuentra rodeada al N. E. y S. por rocas piramidales, que á manera de almenas defienden á aquel alcazar de la naturaleza. Rodeada de nieve por todas partes, se hace sentir en ella un frio glacial; y el viento es á veces tan fuerte, que arrojando al rostro particulas de nieve, hace mas insoportable su impresion. Su figura imponente indica haberse desprendido de él parte considerable, dejando descubierta una brecha de enorme magnitud; y es de notar que desde aquella eminencia, por la dilatacion del aire se oye el murmullo del Mediterraneo, como si se hallara á una pequeña distancia. A cortos pasos de su punto culminante, y en un sitio el mas apropiado para descubrir una circunferencia de cuarenta leguas, se observan ruinas de una atalaya, en que acaso habria colocada una veleta, que diera nombre á aquella elevada cima. En ella vegeta admirablemente la manzanilla real, cuyas flores verdosas y hojas plateadas exhalan un olor sumamente fuerte.

Su altura es de 1780 toesas ó 12.460 pies castellanos; pero apesar de ser mayor la del *Mulahacen*, desde el picacho de *Veleta* se descubre un horizonte mas estenso y completo, formando un sorprendente y grandioso panorama. Se divisan al N. las sierras de Baza y Segura; al O. las de Tejada y Ronda; el cerro de San Cristobal junto á Grazaleda; mas en lontananza las de Portugal y Estremadura, y por último Sierra Morena que parece servir de apoyo á la inmensa bóveda celeste: y al S. las de Gador, Lujar, y una parte de la Alpujarra. Tambien se

vé aunque confusa la costa de Africa, sus principales cordilleras, y la admirable roca de Gibraltar. Por fin, parece que el observador tiene á sus plantas la Andalucía y la costa septentrional de Berberia; siendo tambien digno de notar el contraste que en aquel elevado parage presenta una tormenta en cualquiera de los puntos de su circunferencia; pues á la vez que el viagero contempla con espanto relámpagos repetidos, que lanzándose de opacas nubes que vagan á sus pies iluminan el espacio oscurecidos por aquellos negros vapores, y el retumbo del trueno se estiende por los profundos valles, disfruta de un cielo puro y sin celajes, y de la influencia de los rayos del sol en una atmosfera clara y despejada. El *cerro del Caballo*. Este forma parte de la cadena occidental, y puede considerarse como estribo de la sierra; desde él se descubre claramente á Granada; y por lo regular contiene grandes masas de nieve. El *Dornajo*. Es el que forma los valles de Genil y Monachil. El *Trevenque*. Es una montaña piramidal, inmediata á la sierra de Buxo y el Peñon de S. Francisco; su composicion es calcarea, mezclada de terrenos de arcilla blanca y amarilla. En su altura existe la fuente llamada de los Neveros, cuyas aguas son excelentes. El *Montayre*. Pertenece en su mayor parte á la provincia de Almería. Hay en él una pequeña laguna, ó inmediata á ella, una gran escavacion á que se dá el nombre de Cueva del ahorcado. El cerro llamado *Alcazaba* es una continuacion del *Mulahacen*. El *collado de Veleta* es el que comunica el picacho con el *Mulahacen*. Ademas de estas montañas que se encuentran en el centro de Sierra Nevada, existen otras varias en la provincia, aunque no tan notables, entre las cuales se cuentan las de Alcatin y la del Cubo en el partido de Huescar.

Siguiendo la descripcion de los puntos mas dignos de admirar de nuestra Sierra, debemos hacer mencion de el *Corral de Veleta*. Este es una profundidad al pie del picacho, circunvalada por él y por el *Mulahacen*; por los cerros de la *Alcazaba* y del *Puereo* y sus prolongaciones, y por el *Cuello de Bacares*; es su altura sobre el nivel del mar de 9612 pies castellanos. Se cree por

tradicion que una gran parte del picacho se desplomó por un terremoto, produciendo una brecha ó cortadura inmensa, y destruyendo en su caída un pueblo morisco, que se hallaba situado en el mismo paraje del hundimiento, quedando envuelto con sus habitantes entre las ruinas de aquella parte de la montaña. Cercado, como hemos dicho, solo tiene una difícil entrada al N. practicable únicamente á los neveros en los altos meses del estio. Este paraje, que es en realidad un vistoso capricho de la naturaleza, forma un cortado perpendicular ó inmenso precipicio de 2403 pies castellanos de profundidad. En su fondo se encuentra una enorme masa de hielo; que destilando por diferentes hendiduras forman arroyos, cuya direccion es á una laguna poco estensa de la que principalmente emana el rio Genil. La vegetacion en todos aquellos parages es la mas fértil y brillante que se conoce en el centro de la Sierra. El barranco de Guarnon entre los valles de Monachil y Dilar se halla poblado de multitud de vegetales silvestres; y el de S. Juan, que no está muy retirado de aquel, se encuentra regado por cristalinas corrientes, que dan jugo á multitud de yervas, que sirven de pasto á numerosos ganados que permanecen en él la temporada de verano. La atmosfera que se respira en aquellos parages es pura, pero fria por la mucha nieve que se encuentra acumulada (1). El barranco de Guarnon es memorable por el importante tesoro que los moros antes de entregar á Granada ocultaron en él, y que en el año de 1799 trató

(1) Con el fin de que nuestro libro pueda servir de guia al viajero que quiera visitar, no solo la capital y sus contornos, sino la Sierra Nevada, tan digna en todos conceptos de admiracion, hemos arreglado el siguiente itinerario segun el cual puede hacerse la excursion y visitar cuanto notable se encuentra en ella, con la mayor comodidad posible.

El viage debe hacerse en julio y agosto, pues unicamente en estos meses se encuentra practicable el terreno y no es tan excesivo el frio que se experimenta en aquellos parages; debiendo el viajero emprender su marcha prevenido de ropa de abrigo, calzado fuerte y de suficiente vianda para los dias que marca el itinerario, y algunos mas, por cualquier acontecimiento imprevisto que pueda ocurrir.

de descubrirse por órden del gobierno, á cuyo efecto subió á la Sierra una audiencia compuesta de un oidor de la Chancilleria, y un escribano, obreros y personas practicas en el terreno; pero no consiguieron hallarlo apesar de los circunstanciados datos que contenia la carta que lo revelaba.

Por último, el cuadro que la naturaleza presenta al curioso viajero en la Sierra Nevada, es por cierto el mas sublime y enagenador: por doquier se encuentran objetos que no pueden menos de causar en el alma la mas extraordinaria expansion. Elevadas crestas, que cubiertas de nieve, como si estuvieran embutidas de plata y nácar, presentan luego que son heridas de los rayos del sol, un blanco brillante y deslumbrador; cien figuras caprichosas, y otras ciento, cuya vista, á la par que imponente es grandiosa; inmensos picachos, que amenazando al parecer su desplomo, dan á aquellos lugares solitarios un aspecto sombrío, pero magestuoso; una vegetacion sobresaliente, cuyo esmalte, con la blancura del hielo forman un contraste el mas sorprendente y maravilloso; mil y mil arroyuelos que abriéndose paso por entre inmensos tepanques de nieve, formando arcos, puentes, y galerias, ofrecen al viajero sus frescas y cristalinas aguas, para ocultarlas de nuevo y reaparecer for-

Puede salirse de Granada por la mañana bien de madrugada para que haya tiempo de observar las innumerables bellezas de la naturaleza que se encuentran en el camino. Se atraviesa el valle de Güejar, en el cual el rio Genil forma numerosas cascadas. Se pasa en seguida al de Monachil y S. Geronimo, donde hubo un convento de este nombre, y hoy es una cortijada. Se sube á la rambla del Dornajo, por cuya cumbre atraviesa el camino de los neveros, que diariamente se dirigen desde Granada á la Sierra, y se encuentra una fuente cuya agua fresca y exquisita puede saciar la sed del viajero. Se sigue la marcha al barranco de S. Juan y al Panderon, donde se puede pasar la noche en una cabaña de pastores.

A la siguiente mañana se debe madrugar con el objeto de hallarse en el Picacho de Veleta á los primeros crepúsculos, y poder admirar la pared del Sol; la permanencia en aquel punto no puede ser muy corta, por cuanto son muchos los objetos que deben llamar la atencion del observador. Desde allí se descenderá al Corral de Veleta, no menos grandioso; pudiéndose dormir aquella noche en Cazaleta, cerro no muy distante de este último punto.

mando vistosas cascadas; el silencio, en fin, que reina en todo el espacio, interrumpido solo por las corrientes, ó por un viento fresco y suave, todo, todo contribuye á exaltar la imaginación; y el alma poseída de entusiasmo siente sensaciones tales que no pueden menos de adormecerla en el lecho del enagenamiento.

VENTISQUEROS. Eternos almacenes de nieve de que no solo hace Granada el consumo, sino otros varios pueblos. Entre ellos son dignos de mencionarse el corral de Veleta, del cual solo se estrae nieve en los altos meses de verano: el Panderon, en el que hay una cabaña para descanso de pastores y neveros: el cerro del Caballo en que existen inmensos montones de nieve: las rocas de Bacares, parage solitario en que entre formidables picachos se observan magníficos puentes de nieve; y el cuello de Bacares, aunque su subida es bastante fragosa. Los ventisqueros de Sierra Nevada pertenecen á los propios de la ciudad de Granada, cuya corporación municipal los arrienda anualmente por una cantidad alzada.

PUERTOS Ó DESFILADEROS. Existen varios en la provincia; pero los mas notables se hallan en Sierra Nevada; tales son, el de Bacares al E. del Mulahacen, separado por profundos barrancos, cubiertos de abundantes pastos y regado por multitud de arroyuelos que se dirigen

Al día siguiente, por el Collado de Veleta, que es el paso desde el Picacho al Mulahacen, pueden visitarse el Puerto de Bacares, uno de los sitios mas vistosos de la Sierra, y las lagunas de Calbache y Bacares; retirándose al Hato de Gualchos, no muy apartado de aquellos parages, para pasar la noche.

Al siguiente día se puede subir á la laguna de la Caldera, que es otra de las cosas notables; regresando otra vez al Hato de Gualchos; cuyos contornos deben así mismo examinarse, pues en ellos se encuentran parages que no son dignos de quedar desapercibidos.

La vuelta á Granada puede hacerse por el mismo camino que se subió; mas si el viajero quiere continuar su escursión, debe desde el Hato de Gualchos dirigirse á Orgiva y Lanjarón; cuyo camino, si bien es algo penoso, es ameno y deleitable; lo cual compensa con exceso las incomodidades que puedan sufrirse en él.

Por último, puede visitarse el Picacho desde Granada en veinte y cuatro horas; pero es un viaje muy apresurado, y en el que de ningún modo el viajero puede gozar de todas las bellezas naturales de la Sierra.

al valle de Poqueira. El del Lobo, que comunica la Alpujarra con Guadix por el camino de Mayrena, difícil de atravesar en el invierno por la mucha nieve; el de Laróles, no distante del Lobo que también sirve de comunicación con el Marquesado, y cuyo tránsito es igualmente penoso en aquella misma estación; y el de la Ragua, en el camino de Bayarcal á las empinadas crestas de Sierra Nevada, cuyo paso no es menos fragoso que el de los anteriores.

LAGUNAS. La de *Bacares* se halla situada cerca del tajo de este nombre, cuya pendiente es de 300 pies castellanos. Recibe sus cristalinas aguas principalmente del Mulahacen, por el barranco de la Chorrera negra; y tienen un movimiento de oleaje, parecido al del mar, así como también el estruendo que forman agitadas por el aire. En el invierno se cubre de nieve su superficie, y disuelta parte en el estío, se aumentan sus aguas y destilan por sus alrededores; si bien queda un gran tempaño de hielo que flota en todas direcciones á merced del viento. Se crían en ella anguilas de un tamaño extraordinario, y peces de formas diferentes. Su figura interior es á la manera de un embudo; su circunferencia es de 1081 pies castellanos; el largo de su declive es de 180, y su profundidad en el centro de 72. Su altura sobre el nivel del mar de 9832. La de *Calbache* se halla al S. en la parte mas montañosa de la Alpujarra, y rodeada de frondosos bosques. La de la *Caldera* es una de las mas altas de Europa al S. de la Sierra; su forma es á manera de una caldera, de donde parece es provenido su nombre, y tiene 3208 pies de circunferencia. La del *Cerro del Caballo*, se halla situada en la parte mas elevada de la montaña de este mismo nombre. La del *Padul*. Esta era bastante estensa; pero hace algunos años que sus aguas desaparecieron, dejando un terreno de labor fértil y productivo; si bien ha vuelto á reaparecer parte de sus aguas, que imposibilita la labranza de varias finegas de tierra.

COSTA. Está bañada por el Mediterraneo, extendiéndose unas quince leguas. Este litoral está defendido por cinco castillos y trece torres principales que de E. á O.

guardan el orden siguiente: torre de Guarca; castillo de la Rabita; torre de Punta negra, Metisena, Cantor y Baños; Castel de Ferro; torres del Melonar y Arrayan; castillo de Carchuna; Torre Nueva; castillo del Baradero; torres de Venalaya y Velilla; castillo de la Herradura; y torres de la Mona, del Pino y Calaturcos. Se cuentan como poblaciones marítimas, Motril, Almuñecar, Salobreña, Castel de Ferro y la Rabita.

CABOS. Del Melonar en la desembocadura del rio de Rubite; de Sacratif, entre el rio Puntalon y castillo de Carchuna; el Peñon de Salobreña, de S. Cristobal, en Almuñecar; de la Mona, inmediato á la torre del mismo nombre; y punta de cerro Redondo en la torre del Pino,

ENSEÑADA. La que forman las puntas de la Mona y cerro redondo.

Rios. Dos son los que pueden llamarse principales; el Genil y el Guadalfeo. El Genil que corre de E. á O. nace en Sierra Nevada de una pequeña laguna en que se reunen las aguas que fluyen del corral de Veleta; y recogiendo otras vertientes en su curso se dirige al valle de Güejar, formando varias y vistosas cascadas. Antes de llegar á Cenes recibe al de Aguas-blancas, que tiene tambien su origen en la misma Sierra; sigue hacia Granada, donde se le reune el de Darro, y en la vega los de Monachil, Dilar y Beyro. Mas adelante afluyen en él el de Cubillas, Velillos y Cazin, y saliendo del término de la provincia por Loja, se hace tributario del Guadalquivir en Palma. El Guadalfeo ó de Motril, nace tambien en Sierra Nevada, formándose de dos brazos, que pasando uno por Pampaneira y otro por Ferreirola se unen por bajo de esta poblacion tomando el nombre de Paguece. Antes de llegar á Orgiva se le agregan el de Berchules y el rio Chico, y ya se conoce por rio grande de Orgiva; sigue su curso al S. de Bayacas, en donde recoge los arroyos de este nombre, y de Lanjaron; y al N. de Velez-Benaudalla recibe el del Padul, y con el nombre de Guadalfeo, desagua en el Mediterraneo en el peñon de Salobreña.

Pueden considerarse de segundo orden el de Guadix, que tiene su origen en la confluencia al S. de Alcudia

de diferentes arroyos, que nacen en Sierra Nevada; pasa por la ciudad de Guadix, y reuniéndosele el Fardes al N. de Benalua, y el de Huclago antes de llegar á Villanueva de las Torres, entra en la provincia de Jaen por la cortijada de Manzanos. El de Baza lo forman los arroyos Budarria, Moras, Galapon, Velias y Valax que tienen su origen en la Sierra de aquella ciudad; y reuniéndose al E. de ella, sigue su curso al N. aumentando sus aguas el de Cúllar. Al E. de Benamaurel se le agregan el Guardal y Barbala ya unidos, y cambia el rumbo al O. Entre Baños y Benzalema se le reune el de Castril, y pasando al N O. de Freyla, entra en la provincia de Jaen. Hay otros varios que son de menor orden y afluyen en los ya mencionados ó en el Mediterraneo.

CAMINOS. Cuatro son las carreteras principales que de Granada se dirigen á los diferentes puntos de la península. La 1.^a á Guadix por Diezma; y pasando por Velez Rubio entra en la provincia de Murcia; partiendo desde aquella ciudad un ramal con direccion á Almeria; estas carreteras se encuentran enteramente intransitables para las diligencias, particularmente en la estacion de invierno; lo cual no puede menos de ser en extremo perjudicial al comercio. La 2.^a la que por el Campillo de Arenas y Jaen se dirige á Madrid. La 3.^a la de Málaga por Santa-Fé y Loja, que toda ella se encuentra en buen estado. Y la 4.^a la de Motril, que apesar de estarse trabajando en ella un número considerable de años, aun no está terminada, por causas que no son de nuestra intubencia referir. Ademas de los caminos de Guadix, Loja y Santa-Fé que dejamos referidos, los hay aunque no muy bien acondicionados, para los demas pueblos cabezas de los partidos judiciales: tales son, el de Huescar por Guadix, Baza, Benamaurel y Castillejar; el de Yznalloz, por la misma carretera de Madrid ó por Daifontes; el de Montefrio por Pinos-Puente; el de Alhama por la Malá, Ventas de Huelma y Cacin; el de Motril por el Padul, Durcal, Tablate, Lanjarón y Velez-Benaudalla; el de Orgiva, por la misma carretera; el de Albuñol, dirigiéndose desde esta villa á la de Orgiva; y el de Uxijar, por Torbizeon á Cadiar. Las comunicaciones de la mayor

parte de los pueblos restantes de la provincia se hallan en muy mal estado, especialmente en épocas lluviosas.

BAÑOS MINERALES. Los de Alhama, cuya 1.ª temporada es desde 1.º de mayo á 15 de junio, y la 2.ª desde 1.º de setiembre á 15 de octubre son de los mas antiguos y mas apreciados en España por sus saludables efectos. Sus aguas al nacer están á la temperatura de 36.º R. y se hallan perfectamente mineralizadas por el ácido hidro sulfúrico, y carbónico; y por los miriatos de magnesia y de sosa, susceptibles de las modificaciones que cada caso exija. Hemos dicho que son de los mas antiguos; y esto lo prueba su arquitectura árabe, y algunas monedas romanas que se hallaron en las escavaciones que se practicaron para la reedificacion y reforma del establecimiento. En tiempo de los reyes Católicos era cuantioso su producto, apesar de que carecian de muchas comodidades que hoy tienen, por que el transcurso del tiempo y el abandono en que se encontraban los habian constituido en un completo deterioro. En la actualidad se hallan reedificados con mejoras de gran importancia tanto en las localidades de los baños, cuanto en las habitaciones para los concurrentes á ellos. Hay un departamento separado para enfermos pobres, en el cual pueden bañarse con estera independenciam.

Los de Graena no se hallan tan bien acondicionados, pues el albergué para los enfermos es bastante mezquino. Son sus temporadas desde 15 de mayo á 30 de junio, y desde 15 de agosto á 6 de octubre. Sus aguas de 36.º R. gozan una bien merecida reputación para las afecciones gotosas, reumáticas y paralíticas. Los de Lanjarón, cuya temperatura es de 16.º Min. constan de ácido carbónico, sales de hierro, de magnesia y de sosa; siendo beneficiosos para enfermedades nerviosas y para jóvenes de constitucion endeble. El hospedaje se hace en casas particulares ó en una fonda que hay establecida en la población; su temporada es desde 1.º de junio á 30 de setiembre; y los de Zujar desde 1.º de mayo á fin de junio; y desde 1.º de setiembre á fin de octubre.

Hay ademas algunos otros que aunque no están tan en uso, sus aguas son bastante provechosas; entre los

cuales se cuentan los de Portugos en la Alpujarra.

REINO MINERAL. La provincia de Granada que en todos conceptos se halla tan maravillosamente favorecida por la naturaleza, es tambien uno de los países mas abundantes en minerales, y que mas riquezas ha prodigado desde los tiempos mas remotos. Tiéndase la vista sobre las montañas que forman el sistema granadino, recórranse con detenimiento, y hallaráse una prueba inequívoca de aquel precedente. Examínese nuestra historia de todas las épocas, de todos los siglos y en ella se encontrarán datos que así lo justifiquen. Todos los escritores antiguos hablan con mas ó con menos estension de la abundancia de metales que los fenicios estragaron de España, y particularmente de la provincia de Granada; así lo atestiguan los establecimientos que se crearon en *Abdera* (Adra), *Salambina* (Salobreña) y *Eaxi* (Almuñecar), con el objeto de impulsar el comercio de minerales, que habia llegado á su apogeo, por la explotacion de las infinitas minas descubiertas en nuestro suelo. Siguiéron á estos colonos los cartagineses atraídos por la misma riqueza, y ella fué el germen de la preponderancia que aquella nacion adquirió dentro y fuera de la peninsula española. Lanzados de ella por los romanos, y enseñoreados estos en nuestro territorio, impulsaron de la manera mas activa la industria minera, que no tan solo eran sus productos una de las rentas que engrandecieron á la ciudad eterna, sino que pudiera decirse sin aventurar equivocacion, que jamas la altiva Roma hubiera ostentado tan colosal poder, si no hubiera contado en nuestra provincia y en otras de España, con un manantial inagotable de plata y oro. Hallamos en primer término minas beneficiadas por cuenta del gobierno romano, para lo cual tenia empleados multitud de esclavos y criminales. En el segundo periodo encontramos tierras fértiles cedidas á particulares, con la cualidad de que habian de laborear las minas comprendidas en ellas en beneficio del estado. Muchas se cedieron por ajustes alzados, y aquellas despues de abonar el importe de sus escesivos encabezamientos, y los grandes costos que les originaba la explotacion, obtenian considerable utilidad.

A los romanos sucedieron los vándalos que se establecieron en Andalucía; y he aquí la época en que aquella riqueza natural de la provincia eclipsóse para algunos siglos. Estos extrangeros mas afectos á las armas que al trabajo, y convencidos de que por el derecho de la fuerza adquirirían cuanto necesitaban, nunca cuidaron de la prosperidad del país. Aniquilóse completamente el comercio, y los naturales abandonaron la explotación de sus ricas minas por cuanto no hallaban recursos para dar salida á los metales. Pocas ventajas proporcionó á esta industria la invasión goda; pues ocupados los soberanos que reinaron en España en sangrientas luchas, y no habiendo aun en ellos desarrollado la ambición suscolosales formas, descuidaron completamente la protección de la mineralogía, con perjuicio de sus verdaderos intereses. Los árabes, pues, si se dedicaron con interés y exclusivismo á la explotación de la riqueza mineral. Los moros de Granada mas que los de otros puntos, se decidieron por esta industria, convencidos de la riqueza inmensa que encerraba el terreno que poseían. Varias historias árabes, y con especialidad la del Nubiense, atestiguan que en tiempo de la dominación mahometana se beneficiaban con producto multitud de minas de oro, plata, hierro etc. y aun espresa la clase de laboreo que les daban. Hubo tambien un tiempo en que el gobierno islámico del reino de Granada conociendo la gran importancia de algunos parages inmediatos á la capital en que la naturaleza habia repartido con prodigalidad partículas de oro, dispuso que por cuenta del estado se emprendiesen los trabajos oportunos para su extracción, declarándose este ramo como una de las rentas de la corona, que á mediados del siglo XIV era de las mas pingües. No nos ocuparemos de las causas que puedan influir en la creación de aquel metal en un espacio de tierra aislado, y comprendido dentro de una circunferencia estremadamente reducida; pero tiendase una ojeada sobre la calidad del terreno que lo produce, y no podrá menos de reconocerse como la mas apropiado para su creación. Además, la tradición que en Granada se halla tan admitida, de que en el palacio de la Alhambra

se encontraron despues de la conquista, dos jarros grandes de porcelana llenos de polvo de oro, los cuales existen hoy aunque muy deteriorados en los subterráneos de aquel palacio, es otro fiel comprobante de cuanto dejamos indicado. En la actualidad no dejan de ocuparse algunas personas en el lavado de las arenas del rio Darro; y apesar de que las operaciones son en pequeño, no dejan de producir una utilidad que con exceso compensa el trabajo que en ellas se emplea; siendo de notar que no se encuentra partícula alguna mas arriba de las alamedas de Jesús del Valle, en cuyo parage arranca la cadena de colinas que forman el cerro del Sol. Mas volvamos á la historia de la minería en el país granadino.

Los cuantiosos tesoros que de América se remesaban á España, no solo causaron que se mirase con indiferencia la riqueza mineral de la península, sino que se prohibió la explotación de minas de metales finos; por cuyo motivo aquel ramo cayó en una completa consunción. En las inmediaciones de Granada se prohibió el laboreo de varias, entre ellas una bastante productiva en el ya citado cerro del Sol, para lo cual precedió una real orden, y se taparon judicialmente los tres trabajaderos de que constaba; otra en término de Jesús del Valle, frente al barranco de las Tinajas; y por último fué tambien objeto de aquella prohibición el lavado de arenas auríferas del rio Darro. Permaneció en decadencia tan importante industria, hasta que en 1820 adquirió nueva vida: desaparecieron todas las restricciones, y fué libre la explotación, precediendo solo las debidas formalidades, ya para conocimiento del gobierno, ya para la seguridad de sus dueños. Desde aquella época hasta el día, no ha dejado de tenderse una mano protectora sobre este ramo; pero no se han atacado las causas principales hoy de su descrédito; tales son la intriga y el agio, con que especuladores de mala fe han verificado sus contratos; y de aquí la desconfianza que preside en todos los actos respectivos á este ramo, y la inacción que actualmente se observa. El gobierno unicamente dictando leyes previsoras, pudiera alejar aquellos males en bien de la industria y del gobierno mismo.

SUPERFICIE Y POBLACION. La provincia de Granada tiene 325 leguas superficiales; 244 pueblos, y segun los últimos datos oficiales que hemos adquirido, resulta la poblacion siguiente.

	Número de vecinos.	Id. de almas.
En 1847.	»	348 743
1850.	84 270	348 273
1854.	»	370.974

COMARCAS. Solo existen en la provincia cuatro de que deba hacerse mencion; la Alpujarra, el Marquesado, el Valle de Lecrin y el Soto de Roma. La Alpujarra se halla situada en las vertientes meridionales de Sierra Nevada, separada del Marquesado por la cordillera del Mulhacen, y de Almeria por la Sierra de Gador; siendo sus confines por S. el Mediterraneo, y por O. Motril y el Valle de Lecrin. Segun Mendez Silva, tiene este pais 17 leguas de longitud y 11 de latitud. El terreno es aspero, encumbrado y fragoso; si bien es ameno y estremadamente fértil. Antes de los árabes fué conocida esta comarca con el nombre de tierra del Sirgo, por la mucha seda que producía; aquellos extrangeros la llamaron Abujarra, tierra belicosa ó pendenciera. Su riqueza y cultura data de tiempos muy remotos; así lo comprueban los candelabros, vasos y fragmentos de máquinas griegas y romanas que se han hallado en algunas minas descubiertas en la época actual. Sus caminos están en muy mal estado, y en ciertas temporadas se ponen impracticables. La mayor parte de los edificios están cubiertos con planchas de esquistos horizontales, y cubiertos de tierra y piedra, por lo que están bien resguardadas de los vientos. El terreno está muy aprovechado; pues los valles y demas parages susceptibles de compensar el trabajo del labrador, se encuentran en cultivo; las colinas y otra gran parte del pais que no es a proposito para la produccion de cereales ú otros frutos, están plantados de oli-

vos; entre los cuales se hallan algunos de una magnitud colosal. La vegetacion en lo general es robusta, por la favorable posicion que ocupa el pais, resguardado de los aires del N. con los altos contrafuertes de la Sierra Nevada. Mendez Silva certifica la existencia de un castaño á cuya sombra una muger ponía un telar y en el tronco habitaba con su familia; y Marmol, refiriéndose sin duda al mismo arbol, asegura haber visto un castaño, cuyo hueco albergaba seis escuderos con sus caballos. Por último, los habitantes de esta comarca son honrados, hospitalarios y laboriosos, y de costumbres arregladas y honestas. El Marquesado del Cenet comprende las villas de Lanteira, Jerez, Huçneja, Alquife, Dolar, Ferreira, Aldeyre y Calahorra que es la capital. Está situada esta comarca en las faldas septentrionales de la misma Sierra Nevada; y confina por N. con Gor y Baza; por E. con esta misma ciudad, y Fiñana; por S. con la Alpujarra y valle de Andaraz; y por O. con Guadix, Alcudia y Granada. Es pais fértil; y regado por abundantes y cristalinas aguas distribuidas en canales de riego, produce pingties cosechas. Ademas es rica en minerales de plomo, plata, hierro, cobre y un cinabrio. Se notan muchos vestigios y ruinas de fortalezas, y de fabricas de fundicion; así como trabajaderos antiquísimos con grandes montones de horruras; y en la actualidad se explotan muchas minas y hay fabricas de aquella misma clase. El Valle de Lecrin que principia á estenderse á tres leguas de Granada por las faldas meridionales de Sierra Nevada, presenta el cuadro mas delicioso y encantador. Los árabes le dieron el nombre de Valle de Lecrin, que quiere decir de alegría, por su amenidad y deleite. Confina al N. con la vega de Granada y llanos del Quempe; al E. Sierra Nevada y la taha de Orgiva; al S. con las Guajaras; y al O. con la Sierra de la Manjara. Esta comarca es regada por diferentes rios que la cruzan y fertilizan; entre los cuales el mas notable es el de Durcal, que recibe sus aguas de la laguna del Padul. Es estremadamente fértil, y los frutos aclimatados en él son centeno, maiz, limones, naranjas, cidras, castañas, vino y aceite; los cuales han reemplazado á los cuantiosos productos

que las moreras y los morales daban para la cria de la seda. En las montañas de este valle se cria plomo, hierro, cobre, carbon de piedra, y hay canteras de esquistos mármoles. Se compone la comarca de diez y nueve pueblos á saber: Albuñuelas, Acequias, Beznar, Cozbiyar, Conchar, Chite, Durcal, Yzbor, Lanjarón, Murchas, Meglegis, Mondujar, Nigüelas, Padúl, Pinos del rey, Restabal, Saleres, Tablate y Talará. La temperatura es mas fria que la de Granada; pero el calor no es tan escesivo. Entre aquellas poblaciones merece especial mención el lugar de Lanjarón, no solo por su baños, de que ya hemos hablado, sino por su posicion topografica, por sus encantos y por su hermosura. Por fin, esta comarca es patria de varones distinguidos; Saleres es cuna del esclarecido matematico don José Mariano Vallejo; Pinos, de don Juan José Bonel y Orbe; y las Albuñuelas, del señor Perea Arzobispo de Granada. El Soto de Roma, de que hablaremos en el tratado de Granada árabe, es hoy propiedad del Duque de Ciudad Rodrigo, á quien el gobierno de España se lo donó en remuneracion de sus servicios durante la guerra de la Independencia. Pertenecia antes al patrimonio real, y comprende las poblaciones y cortijadas de Fuente Baqueros, que es la capital; Romilla, la Paz, Torre de Roma, Casa real y el Martinete. Pertenece á él la dehesa baja de Illora, con un magnifico molino de aceite y otros agregados que hacen subir sus productos anuales á unos treinta mil duros, deducidas cargas; en atencion á que actualmente se hallan desmontadas cuasi todas las tierras que estaban de arbolado. Comprenden todas estas posesiones mas de 24.000 marjales; 2700 fanegas de monte y 300 de olivar con 16.000 pies de olivo.

DIVISION TERRITORIAL. Está dividida la provincia en quince partidos judiciales que son los siguientes.

GRANADA. Con 29 pueblos mas, compone tres partidos, que confinan por N. con el de Iznalloz; por E. con el de Guadix; por S. con el de Orgiva, y por O. con el de Santa-Fé. Consta de 29 pueblos; 19.684 vecinos y 78 938 habitantes.

ALBUÑOL. Cabeza de partido. Confines: N. Guadix; E. Uxijar; S. Mediterraneo; y O. Orgiva y Motril. 23 pue-

blos. 6.333 vecinos. 27.659 habitantes. Dista de la capital 13 leguas.

ALHAMA. Confines: N. Santa-Fé; E. Orgiva y Motril; S. Málaga; y O. la misma y Loja. 16 pueblos. 3.735 vecinos. 14.662 habitantes. Dista de la capital 7 leguas.

BAZA. Confines: N. Huescar; E. Almeria; S. la misma provincia. O. Guadix y Jaen. 7 pueblos. 5.880 vecinos. 24.180 habitantes. Dista de la capital 16 leguas.

GUADIX. Confines: N. Jaen; E. Baza y Almeria; S. Orgiva, Albuñol y Uxijar; O. Iznalloz y Granada. 39 pueblos. 7.307 vecinos. 30.292 habitantes. Dista de la capital 9 leguas.

HUESCAR. Confines: N. Murcia; E. la misma y Almeria; S. Baza y Almeria; O. Jaen. 6 pueblos. 3.838 vecinos. 15.105 habitantes. Dista de la capital 23 leguas.

IZNALLOZ. Confines: N. Jaen; E. Guadix; S. Santa-Fé y Granada; y O. Montefrio. 23 pueblos. 3.516 vecinos. 15.281 habitantes. Dista de la capital 5 leguas.

ORGIVA. Confines: N. Santa-Fé, Granada y Guadix; E. Albuñol; S. Motril; y O. Alhama y Santa-Fé. 28 pueblos. 6.359 vecinos. 24.688 habitantes. Dista de la capital 8 leguas.

LOJA. Confines: N. Montefrio; E. Santa-Fé y Alhama; S. y O. Málaga. 5 pueblos. 4.456 vecinos. 17.874 habitantes. Dista de la capital 8 leguas.

MONTEFRIO. Confines: N. Jaen; E. Iznalloz y Santa-Fé; S. Loja; y O. Cordoba. 7 pueblos. 4.361 vecinos. 18.343 habitantes. Dista de la capital 7 leguas.

MOTRIL. Confines: N. Orgiva; E. Albuñol; S. Mediterraneo; O. Alhama y Málaga. 18 pueblos. 7.886 vecinos. 33.468 habitantes. Dista de la capital 11 leguas.

SANTA-FÉ. Confines: N. Montefrio é Iznalloz; E. Granada; S. Alhama; y O. Montefrio y Loja. 23 pueblos. 5.657 vecinos. 23.640 habitantes. Dista de la capital 2 leguas.

UGIJAR. Confines: N. Guadix y Almeria; E. Almeria; S. Mediterraneo; O. Albuñol. 18 pueblos. 5.258 vecinos. 23.648 habitantes. Dista de la capital 16 leguas.

Por último, despues que las armas de Felipe II obtuvieron la victoria sobre los moriscos del reino de Gra-

nada, y se acordó su expulsión, cómo ya dijimos, se les confiscaron los bienes, y se incorporaron á la corona por real cedula espedita en Aranjuez á 28 de febrero de 1571. Esta resolución no distinguió al inocente del culpable; todos sin distinción sufrieron la pena, y todos fueron despojados de sus propiedades hubieran ó no tomado parte en el alzamiento.

De algunos de estos bienes se hizo merced á varios caballeros, que se habian distinguido en aquella guerra, y los restantes se administraron por el erario: mas como quiera que era tan extraordinaria la falta de brazos para la labranza, los productos eran enteramente nulos; y cuasi todas las tierras de labor de la Alpujarra, Sierra y Marina se hallaban incultas y abandonadas. Así pues, se determinó poblar algunos lugares, á cuyo efecto se trajeron de las provincias de Galicia, Asturias, Burgos, León y otras, las familias que se conceptuaron necesarias para poblar 259 pueblos en todo el reino de Granada. Sería difícil explicar los inmensos gastos que se hicieron por la Hacienda para su traslación; y las prevenciones de pan, harina, trigo, cebada, y otras semillas; ropas, camas, mantas, utensilios de labranza; bueyes, caballos y mulas para el servicio de las nuevas poblaciones: mas la mayor parte de estos costos fueron de un todo inútiles; pues muchos pobladores resultaron no ser apropiado para el objeto, y otros no satisfechos con su nuevo domicilio, huyeron, retirándose á los pueblos de su naturaleza.

En su consecuencia se adoptaron otras medidas, y despues de nuevos dispendios se consiguió poblar los 259 lugares con 12.542 familias; de los cuales solo correspondieron 111 al territorio que hoy pertenece á la provincia de Granada. No nos detendremos en explicar las duras y degradantes condiciones con que se les repartieron las tierras, divididas en suertes, ni el crecido canon que por ellas satisfacian; si bien el gobierno les suministraba fondos para las manufacturas agricolas, á cuyo fin se establecieron los pósitos, que aun existen en el dia.

Por último, consistian estas haciendas en morales, mo-

reras, olivos, viñas y otros árboles, casas, tiendas, censos, deudas y otros bienes, derechos y acciones; y aunque en todos los pueblos habia cristianos viejos, en los pequeños eran la menor parte, por lo que quedaron enteramente yermos y despoblados en el reino de Granada mas de cuatrocientos, ascendiendo á unos 420.000 moriscos los que fueron deportados, todos útiles y aplicados á la agricultura y al comercio.

GRANADA.

CAPITAL DE LA PROVINCIA DE SU NOMBRE.

ETIMOLOGIA. Tan controvertida como ha sido entre los historiadores la situación de Iliberi, lo ha sido tambien la etimología de Granada. Multitud de opiniones, mas ó menos fundadas, han consignado de diferentes maneras el origen de su nombre, que en nuestro concepto es difícil averiguar. Nosotros, pues, vamos á esponerlas todas con la mayor concision posible, y tal cual las han emitido cada uno de por sí. Luis del Marmol pretende que el Castillo de Hizna-Román, construido por los árabes poco despues de la conquista de nuestro pais, diera nombre á la ciudad, por cuanto su significado es *Castillo del Granada*. Hurtado de Mendoza, en su *Guerra de Granada*, tratando de este punto, dice, que unos han juzgado proviene de *Gar-nata*, cueva de Nata, por una que existia próxima al Castillo de Bib-taubin, en que habitaba Nata, hija del Conde don Julian. Otros lo atribuyen á otra cueva que desde la calle de S. Juan de los Reyes se estendia hasta Alfacar; algunos de Naath, nombre de la muger de Aben-Habuz, primer régulo de Granada, que edificó su palacio en el local que hoy ocupa la casa-lona; tambien se ha opinado que emana de Nata, poblacion

que supone existió en el recinto de la ciudad, y de aquí Gar-nathat por los árabes; por último, Al-Kentil dice que los hebreos ó fenicios la llamaron Garanata, *colonia de peregrinos*. Nosotros, si bien conocemos los errores que envuelven algunos de estos pareceres, no podemos menos de respetar á los historiadores que los han emitido, creemos que podrá hallarse la etimología de su mismo nombre. Los soldados de Damasco, que el año de 744 invadieron el país granadino, viendo su fertilidad y la semejanza que tenía con el suyo, lo eligieron para domicilio; se partieron sus tierras, y establecieron una colonia en la colina llamada despues Alcazaba, con las fortificaciones necesarias. Estos conquistadores se hicieron dueños del territorio, y lo defendieron á costa de sangre en las incursiones que otras tribus hicieron en él. Ahora bien, *Gar* es una voz persa adoptada por los árabes, que significa *ciudad fortificada*; y *natá* correspondeasi mismo á aquel idioma, castellanizada hoy sin el acento, y cuyo significado es *cosa superior, sobresaliente y elevada sobre otras*: ambas voces reunidas, dan por resultado á *Gar-natá*, que puede decirse, *ciudad fortificada superior, sobresaliente ó elevada*. Orsérvanse pues, en aquel nombre, dos raíces del idioma de los fundadores de la población; obsérvase tambien que su situación fué en una altura ó eminencia, alzándose magestuosa sobre la planicie de la vega; que aquella colonia fué el pueblo mas antiguo de la dominación africana en el terreno que ocupa Granada, en que están conformes todos los erúditos, que se juzga como el primitivo fundamento de la gran ciudad morisca; que en ella se alzaba como un coloso defensor la fortaleza de Hizna-Roman; y finalmente que se nota una completa analogia con la idea que sus fundadores formaron del país; siendo innegable que desde el punto en que se estableció se daba vista al grandioso panorama, que presenta la vega y las montañas de su circunvalacion. Tales precedentes nos han inclinado á formar una nueva opinion, que si bien no aspiramos á su predileccion, juzgamos que no carece de algunas probabilidades.

SITUACION TOPOGRAFICA. Al S. de España y al O. de

Sierra-Nevada, alzándose sobre el nivel del mar 3519 pies castellanos, y distante once leguas del Mediterraneo.

SITUACION ASTRONOMICA. Entre los 37.° y 22' de latitud septentrional, y 12° y 50' de longitud.

DIMENSIONES. Su mayor longitud de E. á O. es de 3.080 varas, y su anchura de N. á S. de 2,000.

CLIMA. Es benigno; el aire sano y puro; el cielo despejado y alegre; el horizonte variado y muy estendido por algunos parages; siendo poco comunes los vientos fuertes, las nieblas sombrías y las nieves.

TEMPERATURA. Es igualmente benigna, el mayor frio no pasa por lo regular de 5° bajo cero, ni el calor escede de 28° R. El estio no hace sentir su rigorosa influencia á causa de que por mañana, tarde y noche un céfiro suave que se comunica de S. á O. refresca dulcemente la atmósfera.

Rios. El *Gemil* de que ya hemos hablado en el tratado anterior se abre su curso por entre estensas y frondosas alamedas; y corriendo al S. de la ciudad, fertiliza la vega, siguiendo su marcha hasta hacerse tributario del Guadalquivir. Sobre este rio se notan dos puentes de muy diversa arquitectura. Uno que toma su mismo nombre y se cree de origen romano, consta de cinco ojos bastante ostruidos, aunque solo dos por lo regular llevan agua. Las muchas reedificaciones que ha sufrido, le han hecho perder su primitiva forma en la parte superior, principalmente en la que se le hizo el año de 1685, á consecuencia de haber quedado destrizado por una crecienta que causó considerable estrago en las casas del Humilladero. El otro puente es el que se halla frente á la cuesta de los molinos, y dá paso al camino de Hueter, construido en tiempo de la dominación francesa; su fabrica es sólida, y su forma prueba el buen gusto con que en Granada se inauguró la arquitectura al principio del corriente siglo. El *Darro*, á que algunos han dado el nombre de *Dauvo*, por las particulas de oro que se encuentran en su alveo, tiene su nacimiento un cuarto de legua mas arriba de Hueter-Santillan; corre al S. E. por los calizos de la Sierra, á que dá nombre este

mismo pueblo; baja á Jesús del Valle y bañando el pie del monte Ilipulitano, sigue su curso hasta Granada, en donde entra por el Algivillo, y atravesándola por la carrera de Darro, plaza Nueva, Tintes, Curtidores, Puerta Real, Carrera de las Angustias, y acera de Darro, rinde sus aguas al de Genil por bajo del puente de este nombre. Son sus afluentes el *Carchite*, que nace en cuarto de legua del mismo Hueter, y desagua en el Darro por bajo de la poblacion, formando una isleta en que aquella se halla situada. El arroyo de *Cuesta-blanca*, y el de la *Fuente de la teja*, que se le une á distancia de legua y media. En su curso, y antes de llegar á Hueter forma un alto, cuya perspectiva es muy sorprendente. La corriente de este rio ha profundizado extraordinariamente su alveo, separando los cerros de la Alhambra y Sacramento; de lo cual son un fiel comprobante los diferentes lechos que se notan en su curso hasta su nacimiento. En ambas márgenes advertirá el observador la variedad de tierras y arenas de que se componen, de las cuales se han hecho algunos ensayos para estraerles las particulas de oro; y si bien sus resultados no han correspondido, pende en nuestro concepto de falta de conocimientos para efectuarlos en grandes porciones; pues como ya dijimos en el tratado de productos minerales, no puede negarse que en el cerro del Sol existe un gran núcleo de aquel precioso metal, de donde en temporales fuertes es arrastrado al rio por las corrientes que se precipitan desde su cima. Los moros aprovechaban las tierras que las aguas acarreaban y operándolas por un sistema bastante sencillo, y que no corresponde referir en este lugar, obtenian un lucro considerable; estando nosotros firmemente convencidos de que si hoy se entablasen trabajos de igual naturaleza, á poco costo se reportaria una grande utilidad. Las inundaciones de este rio son en extremo perjudiciales á la poblacion por el mucho estrago que causan, según se esperimentó en la ocurrida en tiempo de la dominacion francesa, y la del 28 de junio de 1835. El *Beyro* nace en la Sierra de Viznar, siendo sumamente corto su caudal de agua; por lo que de ordinario se halla seco, tomándola solo en gran-

des temporales. Dirije su marcha al S. entre los términos del Fargue y Alfacar; baña las faldas del cerro de Ainadamar, y pasando por S. Lázaro, atraviesa una gran parte de la vega, haciéndose afluente del Genil. En su curso riega varios cármenes situados en sus márgenes; y algunas tierras al O. de Granada.

MONTAÑAS. Los cerros sobre que Granada se encuentra situada y sus confinantes son proyecciones de Sierra Nevada, formadas de aluvion, en las que se suelen hallar algunas conchas y otros despojos. Facilmente se conoce que su primitivo estado fué una sola y prolongada masa, cortada despues por las corrientes en diversas direcciones, con mas ó menos profundidad, formando cerros y colinas aisladas ó encadenadas entre sí. Tales son los de Cartuja, S. Cristobal, Albaicin, Alhambra y el de los Mártires, sobre los cuales se halla situada la mayor parte de la poblacion. En segundo término se encuentran los de S. Miguel y su continuacion, el Ilipulitano, el Sol, las Barreras y los de S. Antón. Aquellos cinco primeros están cortados por el camino de S. Antonio, por la Alacaba, el rio Darro, paseo de la Albambra, y por el barranco del Abogado. Los segundos por el Beyro, por el Genil, por el Barranco de la Zorra, y por algunas otras vertientes de poca entidad.

LA VEGA. Desde los arrabales S.O. de la ciudad se desplega una espaciosa campiña con formas variadas y pintorescas, cubierta de una alfombra de verdura, por una no interrumpida vegetacion, ofrece al observador un cuadro el mas agradable y deleitoso. Multitud de pueblos, casas de labranza y de recreo diseminadas en toda su estension, presentan la mas sorprendente y pintoresca decoracion. La fecundidad de sus tierras, la abundancia de sus aguas, la entretegida canalizacion para sus riegos; la frescura que en el estio se desliza de esas constantes y gigantescas masas de nieve, que se elevan ostentosas en la vecina Sierra; la templanza de su atmósfera en el invierno, todo, todo forma un conjunto maravilloso, que la constituye en un pais privilegiado ya por sus producciones, ya por su amenidad y hermosura. Circunvalado por una continuada cadena de montañas, se halla pre-

servado del huracan devastador, y sus frutos crecen y se sazonan oportunamente, sin que el labrador esperientemente ansiedad ni temor alguno por este concepto. La magestuosa Sierra Nevada, y las de Alhama, Loja, Parapanda, Elvira y Cogollos la circunvalan de tal modo, que forman un vistoso anfiteatro. Produce toda clase de cereales, hilazas, aceite, vino, hortalizas, legumbres y otros muchos frutos, que constituyen una riqueza particular, de la que emana en gran parte la industrial. Comprende 450.000 marjales de labor; los cuales se distribuyen para frutos diferentes, segun la costumbre agricola y el reglamento de labranza que se halla en uso.

PLANTA DE LA CIUDAD. Despues de la conquista era Granada mas reducida, aunque de mas poblacion; habiéndose arruinado un número considerable de edificios destinándose sus solares á huertas ó jardines de recreo. Son posteriores á aquel tiempo todos los barrios que comprenden las parroquias de S. Ildelfonso, la Magdalena, las Angustias y parte de las de S. Justo, S. Cecilio, Sta. Escolástica y S. Matias. La poblacion antigua terminaba por N. O. en el camino de S. Antonio; por O. concluía en el convento de la Merced y puerta de Elvira, y desde esta puede figurarse una linea que seguia por la Tinajilla, placeta de Negrete al Boquerón, convento de la Encarnacion y Colegiata, calle de las Escuelas, placeta de la Trinidad, Pescaderia, Puerta Real, Carrera de las Angustias, campillo, cuarto real de Sto. Domingo, y Puerta del Pescado á la de los Molinos. Al E. existe tambien alguna poblacion nueva, aunque no es de gran consideracion; de manera que toda aquella parte que hoy se estiende fuera de los limites que dejamos trazados, se ha poblado despues de la conquista sobre tierras de labor y de dominio particular la mayor parte, reconociéndose un canon á los antiguos poseedores el marqués de Bedmar, la casa de Salazar y otros.

EL BARRIO DE SAN LAZARO. Principia á corta distancia de la margen derecha del rio Beyro, extendiéndose al pie del cerro de Cartuja, hasta el camino de S. Antonio ó de Levante. Este barrio se pobló despues de la conquista por disposicion de los Reyes Católicos, y

se construyeron en él cuarteles, en los cuales residia de continuo una respetable guarnicion, con el objeto de imponer y refrenar en caso necesario á los moriscos. El mando de esta poblacion estaba encargado á un gefe militar, siendo privativa su jurisdiccion. Era su limite una cruz que ha existido hasta hace pocos años al N. O. de la plaza de toros, en donde se hallaba situado uno de aquellos cuarteles, y en el que declinaba cualquiera otra autoridad ordinaria, por cuanto en él, para pasar al nuevo barrio, debia dejar su jurisdiccion. Con posterioridad se suprimió este privilegio, quedando sugeto á las autoridades de la ciudad. La poblacion del cerro de S. Cristobal, principia desde la Merced y S. Ildelfonso por la cumbre, y deslizándose hasta la Alacaba, prosigue por la parroquia de S. Bartolomé y S. Gregorio, á la puerta de Fajalauza y camino de S. Antonio. Con este barrio está enlazada la poblacion del cerro del Albaicin que se prolonga al E. y N. hasta el pie del de S. Miguel, cuesta del Chapiz, Algivillo, Carrera de Darro, Plaza nueva, Zacatin, Plaza de Bib-Rambla, Pescaderia, Placeta de las Escuelas, Boquerón, Tinajilla y Puerta de Elvira, terminando á la izquierda de la Alacaba. Sigue la parte comprendida entre el rio Darro y calle de los Gomerres por bajo de la Alhambra, estendiéndose hasta la Plaza nueva. La del cerro de los Martires comienza á la izquierda de la misma calle de los Gomerres, Tintes, Puerta real, Campillo, calle del Darro, de los Solares, de Santiago, y Molinos, hasta encontrar el barranco del Abogado, á la entrada del camino de Cenes. Y por último la nueva poblacion de las parroquias de las Angustias y Magdalena de que ya hemos hablado, y los arrabales del camino del Sacromonte, Quinta-alegre, camino de Armilla y Fajalauza. Las calles de la antigua poblacion son estrechas y tortuosas; sus edificios antiguos, aunque las fachadas de algunos se han reformado, y el piso demasiado pendiente. No así en la moderna; sus calles son anchas, llanas y la mayor parte rectas; hallándose muchos edificios, que no pueden menos de probar el buen gusto de la época.

PLAZAS.

DE LA CONSTITUCION. Se encuentra situada en la parte llana de la poblacion y con ella se comunica el Zacatin, la Placeta de las Pasiegas, la Pescaderia, la calle de Mesones por las Puertas de los Pesos ó de las Orejas, y de las Cucharas, y la nueva Placeta del Carmen. Es bastante estensa, y seria de las mejores de España, si le acompañaran los edificios y los costados del cuadrilongo fuesen rectos, guardando iguales proporciones entre sí; se halla en ella la casa llamada Miradores, edificio bastante antiguo, y cuya fachada es de muy mal gusto. Esta plaza es punto de mucha concurrencia por hallarse en ella parte del comercio y estar próxima al Zacatin, y á la Lonja, donde están situadas las Escribanias de los juzgados de primera instancia.

PLAZA-NOVEA. Es de figura irregular, y en ella se halla la audiencia territorial. Confluyen en ella la Carrera de Darro, la de Gómeres, los Tintes, el Zacatin, calle de S. Gil, del Pan, de la Carcel alta y del Aire.

DE CAPUCHINAS. Es el local que ocupaba el convento de monjas Capuchinas, destinado hoy para mercado público. Su situacion céntrica es proporcionada á los barrios de la ciudad; pero ni su estension ni la perspectiva de sus puestos, ni su policía corresponden á la categoria de Granada.

DE S. AGUSTIN. Es así mismo el local del convento de S. Agustin, destinado igualmente al mercado; sus puestos no tienen orden ni simetria; los vendedores se hallan á la intemperie, así como los generos de abastos; lo cual favorece muy poco á la corporacion municipal, á cuyo cargo está este ramo.

PLAZA LARGA. Es la plaza de abasto público del barrio del Albaicin, situada en la cima del cerro de su nombre.

EL CAMPILLO. Es el parage mas concurrido, por las circunstancias de su proximidad á la Carrera de las Angustias, y hallarse en él el teatro cómico y los principales cafés de la poblacion. En su centro hay una magnífica fuente, cuyas aguas corren de continuo, formando una vistosa perspectiva.

LA DE BAILEN. Inmediata á la del Campillo; es punto de mucho transito y en ella se halla aun sin concluir el monumento de doña Mariana Pineda, de quien hablamos en la parte histórica de esta obra. Sus calles confluentes mas principales, son la de S. Matias, del Darro y de la Concepcion.

EL TRIUNFO. Esta plaza es la mas estensa de Granada, situada en las inmediaciones del barrio de S. Lázaro. Hay en ella un magnífico paseo con alamedas y variados jardines, siendo muy concurrido en el invierno, por su buena posicion, y en las tardes del estio por la frescura que se disfruta. Desde él, parten los principales caminos que comunican á Granada con las demas provincias; tales son el de Levante, Madrid y Málaga. Tambien tienen en él su principio, las calles de S. Juan de Dios y de Elvira, que son de las principales de la ciudad. (Vease *Triunfo de la Concepcion*.)

PLACETA DE LOS LOBOS. Llamóse así por que en una de sus casas se presentaban los lobos que se mataban en el término de Granada, por los cuales se abonaban cuatro ducados por cada uno, como animales nocivos. Está situada en las inmediaciones de la calle de la Duquesa; es cuadrada y de bastante estension. Tiene alamedas y jardines; y sirve de paseo en el verano.

CAMPO DEL PRINCIPE. Se halla en el barrio de S. Cecilio; su figura es irregular, y en el centro existe una cruz de piedra con un simulacro de J.C. que la rodea una balaustrada de hierro. Tiene buenas alamedas y suele ser concurrido en algunas épocas del año. Hay tradicion de que en el sitio en que se halla aquel crucifijo, murió un joven principe, lanzado por un caballo, de cuyo acontecimiento tomó nombre aquella plaza.

PASEOS.

EL SALON. Este magnifico y estenso paseo es uno de los mejores de España; y se debe su proyecto á don José Marin, veinticuatro que fué de esta ciudad, el cual lo comenzó y concluyó; si bien despues ha obtenido varias mejoras. Se halla á la margen derecha del rio Genil, y al S. de la Carrera de las Angustias, que termina en él. Se compone de tres paseos, cuya longitud es de cuatrocientos pasos, treinta y cuatro de ancho el del centro y doce cada uno de los laterales, con dos grandes fuentes en sus extremos. La alameda del interior forma un embovedado, que en el verano no penetran los rayos del Sol; cuya circunstancia, la fragancia que exalan los jardines que lo rodean y el murmullo de sus fuentes, lo constituyen en un lugar privilegiado de goces y placeres. Desde su extremo oriental se desprende otro que termina junto á la cuesta de los Molinos, con seiscientos pasos de longitud y diez y ocho de anchura, hallandose colocada en su final una grandiosa fuente. A derecha é izquierda de ambos paseos se estienden otros mas anchurosos para los carruages. Por último, en sus vistosos jardines se hallan flores de todas especies y de todas estaciones, en los cuales se encuentran repartidas unas sesenta fuentes, sin otras cinco de grandes dimensiones que están colocadas en diferentes puntos, y que con la simetria de las balaustradas de hierro que rodean los jardines, la que guarda el arbolado, y el matiz que forman las flores, presentan un cuadro el mas pintoresco.

CARRERA DE LAS ANGUSTIAS. Aunque este paseo no presta la amenidad que el anterior, es el mas concurrido en todo tiempo, especialmente en las noches de verano. Presenta sin embargo buena perspectiva, pues desde él se dá vista al variado paisaje que forman las altas y anaradas simas de Sierra Nevada, sobrepuestas á las ele-

vadas copas de los árboles que se estienden por las riberas del Genil.

CARRERA DE DARRO. Es otro paseo, que aunque no tiene mucha estension ni la variedad de los anteriores, es muy apropiado para el estio, por el blando y fresco viento que en él se experimenta en aquella estacion.

LA FUENTE DEL AVELLANO. (Vease *Contornos de Granada*.)

ESTABLECIMIENTOS PUBLICOS.

AUDIENCIA TERRITORIAL. Por reales cédulas del rey don Fernando el Católico y la reina doña Juana, espédidas en Toledo á 8 de febrero de 1505 se trasladó á Granada la Chancilleria de Ciudad-Real, creada en 1494. Constaba de cuatro salas que conocian de los negocios civiles, una ademas para los criminales y otra para los de hidalguia. Permaneció de este modo hasta que por el nuevo arreglo de tribunales que actualmente rige, se redujo aquel número, y varió el nombre en el de Audiencia territorial, que comprende las provincias de Granada, Málaga, Jaen y Almeria. Estuvo establecido este tribunal desde el tiempo de su traslacion, en una casa de la parroquia de S. Miguel; conservando aun la calle que está frente á su Iglesia el nombre de *calle de los Oidores*, hasta que concluido en 1587 el edificio que hoy ocupa, se trasladó á él. Está situada en el costado N. de la Plaza-nueva, y aunque tiene todas las proporciones necesarias, y ostenta la magnificencia, que corresponde á su objeto, se notan algunas irregularidades. Su escalera, que está construida con particular inteligencia, fué costeada segun tradicion, con una multa impuesta á un noble orgulloso, que se negó á prestar el debido acatamiento en una de sus salas, en acto de administrarse justicia. Se perfeccionó en algun tanto su portada en 1762; en cuya época se colocó en su fachada principal

el busto de Carlos III. Compone parte de su fábrica la Carcel de Corte, que tiene las cualidades de segura y espaciosa. Su fachada principal que es de buen gusto, tiene tres puertas; la del centro es de orden corintio y sobre ella hay un leon, de cuyas garras pende un targeton, en el cual se lee lo siguiente: *La sabiduria de Felipe II mandó engrandecer y adornar con tan digno esmero esta regia estancia consagrada á decidir las controversias judiciales, para que la magestad del tribunal estuviere en armonia con los grandes asuntos que en él se negocian, siendo presidente don Fernando Niño de Guevara, año de 1587.*

GOBIERNO DE PROVINCIA. Se halla establecido en el edificio que perteneció al Colegio real, situado en la calle de la Duquesa. En él tiene su habitacion el Gobernador de la Provincia; y las oficinas son bastante cómodas, y tienen suficiente capacidad.

OFICINAS DE HACIENDA PUBLICA. Están constituidas desde el año de 1836 en el local del ex-convento de la Trinidad, situado en la placeta de este nombre. Son espaciosas y se hallan distribuidas en varios departamentos.

CAPITANIA GENERAL. Es la de Granada la del septimo distrito militar, y se halla establecida en el ex-convento de San Francisco casa-grande, situado en la confluencia de la calle de San Matias y la placeta de las Descalzas. En él habita el Capitan general, y están establecidas las oficinas de su pertenencia.

ADMINISTRACION DE CORREOS. Se halla en el mismo local de San Francisco. Tiene todas las comodidades necesarias para el buen desempeño del servicio y para el público.

MONTE DE PIEDAD. Aunque el origen de este establecimiento fué religioso, lo incluimos en este lugar, por cuanto en el dia es en un todo ageno de aquel principio. El año de 1734 don Isidro Antonio Sanchez Gimenez, presbítero; instituyó una congregacion para el culto de Santa Rita de Casia; y á fin de que aquel pudiera sostenerse con la decencia debida, fundó un *Monte de Piedad*, agregándolo á dicha congregacion. Por

este medio no solo se propuso el fundador perpetuar el culto de la Santa, sino socorrer las necesidades públicas por limosnas voluntarias, oponer un dique á la usura, ofrecer sufragios á las almas del purgatorio y dar algunos dotes á pobres huérfanas, bien para tomar el hábito de religiosas, bien para contraer matrimonio. Para que la cuenta y razon marchase con la legalidad debida, nombró un contador y un secretario, y dió principio á su obra piadosa con un corto capital, estableciendo el despacho ú oficina en una habitacion baja del ex-convento de agustinos calzados. Asociado despues con otras personas de probidad, de arraigo y animadas de sus mismos deseos, se formaron constituciones para gobierno del naciente establecimiento, se otorgó escritura de fundacion por el espresado Sanchez Jimenez, don Simón de Baños, oidor que era de esta Chancilleria; don Pedro Jáuregui, propietario y el prior de dicho convento, y se aumentaron los fondos para los socorros hasta la cantidad de 16.000 rs: nombraron sujetos de su confianza para los destinos mas precisos sin retribucion alguna, y desde el dia 16 de abril de 1741 se abrieron las oficinas bajo su nueva planta; consiguiendo que se aumentasen los fondos, ya por las limosnas voluntarias de los socorridos, ya por que muchas personas consignaron en el establecimiento sumas de consideracion, convencidas de su objeto piadoso. Solicitaron los fundadores confirmacion y proteccion de Felipe V para el Monte-pio, haciéndolo de su real patrimonio, y que le concediese un juez protector y privativo; á lo cual accedió el monarca por real cédula de 4 de julio de 1743. Pidieron tambien á la Santa-sede la incorporacion de él con el de piedad de Roma, lo cual les concedió Benedito XIV por su bula de 5 de Junio de 1743, declarando la congregacion archicofradia y enriqueciéndola con infinitas indulgencias. Esta fundacion progresó de la manera mas admirable, y llegaron sus fondos á estado tan pingüe con las limosnas voluntarias de las personas socorridas, con las donaciones de algunos devotos, y con las diferentes sumas que se consignaron para el objeto de su instituto, que desde el principio de su crea-

cion hasta fin del año de 1762, se habian repartido 22.876.568 rs; y en el de 1763, 2.006.589; de manera que en 1764 ascendia el total de sus fondos propios á unos veinte y cinco mil duros, despues de haberse satisfecho el estipendio de 12.434 misas, y todos los presntamos que se hicieron al principio de su fundacion. Ya con estos buenos auspicios se estableció nuevo régimen en el servicio del público, y se asignaron sueldos á los empleados que hasta entonces habian desempeñado sus respectivos cargos gratuitamente, prestando las correspondientes fianzas. Despues de esta época se trasladaron las oficinas al local que hoy ocupa en la carrera de Darro, frente á la iglesia de S. Pedro; si bien sus constituciones han variado en un todo, así como las limosnas voluntarias en un tanto por ciento fijo.

CASAS DE LA MUNICIPALIDAD. (Véase *Granada Arabe.*)

UNIVERSIDAD. Como se dijo en otro lugar, el año de 1526 vino á Granada el emperador Carlos V, y conociendo el estado de ignorancia en que se hallaba este reino, proyectó la ereccion de establecimientos de instruccion pública, para desvanecer de este modo los errores que aun abrigaban los moriscos nuevamente convertidos. Al efecto constituyó una junta compuesta de seis prelados de las principales mitras de España y varios individuos de su consejo; en la cual se trató muy detenidamente y con mucha madurez aquel punto, conviniéndose en la necesidad de establecer seminarios y casas de instruccion; por lo que se acordó fundar la Universidad, el colegio de Sta. Cruz de la Fé y el de S. Miguél; para lo cual se espidió en Granada real cédula en 27 de noviembre del mismo año. Se prevenia en ella fuesen cate-dráticos dos canónigos de la iglesia catedral, y dos capellanes de la real capilla; dandoseles el nombre de Magistral y Lectoral, y asignandoseles facultad y hora en que debieran asistir á las aulas. Hizo presente el emperador á Clemente VII la importancia de esta ereccion para instruir á la juventud, y desterrar de un todo las doctrinas del alkoran; y aquél pontifice la aprobó por su bula dada en S. Pedro de Roma á 12 de julio de 1531. Se aprobaron sus estatutos en 28 de abril de 1542; los

cuales se ampliaron en 9 de diciembre de 1548 por don Pedro Guerrero, arzobispo de esta diócesis; existiendo ya por este tiempo cinco cátedras fijas, que lo eran la de Prima de Teologia, desempeñada por el Magistral de la santa Iglesia Metropolitana; la de Escritura, por el Lectoral de la misma, y la de Cánones por el Doctoral; la de Vísperas de Teologia por el Magistral de la Real Capilla; y otra de Cánones por el Doctoral de ella. Cerca de un siglo permaneció en estos términos la Universidad; hasta que el doctor don Juan Crespo Marmolejo, beneficiado de la parroquia de san Cecilio, deseoso de que se ampliase á otras facultades, hizo donacion á aquel establecimiento literario de seis mil quinientos ducados en 7 de febrero de 1626, con el objeto de dotar ocho cátedras mas. Aprobada esta donacion por Felipe IV, en virtud de real cédula espedita en Barcelona á 16 de abril del referido año, quedan instituidas dichas ocho cátedras; una de Teologia moral y de Resolucion de casos de conciencia; cuatro de Leyes, dos de Medicina y una de Cirugia.

Se añadieron despues por dotaciones gratuitas de particula: es las de Gramática y Filosofia, componiendo todas el número de diez y siete. Es innegable el aprovechamiento de este Instituto, pues de él han sobresalido varones sábios en todas ciencias, entre los cuales aparece como honra y prez de nuestra Universidad el doctor en Medicina don Francisco Solano de Luque, que puede decirse fué el primero que dió á conocer las observaciones prácticas del pulso en la obra titulada *Lapis Lidius Apollinis*; y de quien hace un completo encomio el P. Feijó en el 5.º tomo de sus Cartas. Se distinguen las facultades de los doctores en los colores de sus muzetas: la del Rector es de terciopelo negro; blanca la de Teologia; pajiza la de Medicina; verde la de Cánones; color de rosa la de Leyes, y celeste la de Filosofia. Estuvo establecida la Universidad en el edificio que hoy está ocupado por la Audiencia Eclesiástica, inmediato al Palacio Arzobispal, con una inscripcion en su fachada principal que era la siguiente: *Ad fugandas infidelium tenebras hæc domus litteraria fundata est.* Despues de la estincion de los jesuitas se trasladó

al local en que hoy se encuentra, el cual nada tiene de notable. Su biblioteca contiene un número considerable de volúmenes de gran importancia, y entre ellos algunos árabes. En este establecimiento se conservan varios cuadros de Atanasio, de Juan de Sevilla y de Risueño.

COLEGIO DE S. DIONISIO AREOPAGITA. Está unido á la Colegiata del Sacro-monte. Fué fundacion de don Pedro de Castro, arzobispo de Granada, despues de la ereccion de aquella Colegiata; estableciendo cátedras de Artes, Teologia escolástica, Moral y Escritura. Con posterioridad se erigieron otras de Ambos derechos, Historia eclesiástica é Idiomas, segun aparece de bula espedita por Benedicto XIV á 21 de agosto de 1752, con la precisa condicion de que se siguiesen las doctrinas de Santo Tomás de Aquino. Este Seminario ha sufrido igualmente varias modificaciones, hallándose hoy sujeto, como todos los institutos de su clase, al plan de estudios vigente.

COLEGIO ECLESIASTICO. Fundáronlo los Reyes Católicos el año de 1492 con el título de S. Cecilio, con la institucion de treinta colegiales; encargando al arzobispo Talavera la direccion económica y gubernativa, y la distribucion del servicio semanal de altar y coro. Se establecieron cátedras de Filosofia, Cánones y Teologia, que fueron las mas antiguas que se conocieron en Granada.

La ereccion canónica de este seminario se hizo por el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza. Las rentas con que se dotó este establecimiento fueron bastante cortas; de manera que el año de 1526, eran completamente nulas, y se encontraba sin alumnos; mas habiendo venido á esta ciudad el emperador Carlos V, trató de restaurar la útil obra de sus predecesores, como lo verificó por real cédula de 7 de diciembre de 1526. Se aumentaron sus rentas é ingresaron de nuevo los colegiales que se encontraban diseminados por falta de fondos. Aquellos tenian opcion á cierto número de canongias de la iglesia Catedral, y á algunos beneficios del arzobispado. Este colegio ha sufrido varias reformas, y actualmente se halla resta-

blecido. El edificio de este colegio es bastante cómodo y estenso, hallándose situado en las inmediaciones de la Catedral. Sobre su portada se colocaron las armas de los Reyes Católicos, y las águilas, columnas y *Non plus ultra* de Carlos V.

COLEGIO DE S. BARTOLOME Y SANTIAGO. Se fundó en 1649 con doce becas, por don Diego de Rivera, y estuvo establecido en la Alcazaba, desde donde se trasladó á otro edificio próximo á la calle de san Gerónimo. En 1678 se cerró y volvióse á abrir en 1700 á consecuencia de una fundacion hecha por don Bartolomé Veneroso; con la cualidad de que fuesen jesuitas sus rectores; en cuya época se estableció en el lugar que ocupa en la calle de san Felipe. Hoy se rige por el plan de estudios vigente. Fué individuo de este colegio don Luis Belluga, cardenal de la santa Iglesia Romana y don Juan José Bonel y Orbe.

COLEGIO DE SAN FERNANDO. El emperador Carlos V mandó instituir un colegio para mantener doce jóvenes que asistiesen al culto de la Real Capilla; y el Rey Felipe II donó al efecto una casa confiscada á los moriscos, frente á las de la municipalidad; pero no habiendo tenido efecto, dispuso Fernando VI que se cumpliese aquella imperial voluntad, dándosele al colegio el título de san Fernando, el cual hoy se halla disuelto.

OTROS VARIOS COLEGIOS. El de san Miguel, el Real de santa Cruz y el de santa Catalina, creados por el mismo emperador el año de 1526, los cuales se extinguieron hace algunos años.

COLEGIO DE NIÑAS NOBLES. Fundóse en el local en que hoy se halla por Fr. Bernardo de los Rios, arzobispo de esta ciudad, instituyendo por su patrono al conde de Gavia, y dotándolo con veinte y dos mil ducados de principal. Fué esta institucion para solo niñas nobles, huérfanas y pobres; pero despues se amplió á otras, pagando sus alimentos. Visten hábito blanco y escapulario azul; tienen coro, y distribuyen sus horas canónicas con el oficio parvo de Maria Santísima, quien en el misterio de la Presentacion es la titular de esta casa.

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS. Fué su fundador el santo que le dá su nombre; tuvo su principio el año de 1537 en una casa de la calle de Lucena, con 46 camas y los demás muebles correspondientes á una enfermería. Se fomentó esta institucion con las muchas limosnas que le daban sugetos de esta ciudad. El día 2 de octubre de 1538 vistió san Juan de Dios el hábito religioso por mano del obispo de Tuy, presidente de la Chancilleria; disponiendo que conforme á él lo vistiesen tambien sus compañeros. Desde la calle de Lucena se trasladó á la de Gómeres, á una casa mas cómoda y capaz de doscientas camas; en donde permanecia al tiempo de la muerte de su fundador el año de 1550. El hospital continuó al cargo de sus compañeros; y en 1552 se estableció en una casa de la calle de san Gerónimo, y con posterioridad se unió á otro creado por los monges gerónimos en el lugar que actualmente ocupa. Estos administraban la hacienda y distribuían los fondos; y los hospitalarios tenian á su cargo el cuidado de los enfermos, viviendo reunidos en comunidad y gobernados por el hermano mayor, hasta que obtuvieron bula de Su Santidad para hacerse independientes, sujetándose á la jurisdiccion del ordinario. Unido al hospital se halla el templo cuya planta es defectuosa, y su portada es digna de observarse, á pesar de su irregular arquitectura. Sin embargo deben visitarse el oratorio, el camarín y la sacristia. Se conservan algunas pinturas de gran mérito.

HOSPITAL DE LOS REYES. Se erigió por los Reyes Católicos, mandando se construyese extramuros de la ciudad. Se concluyó su fábrica en el reinado de Carlos V; su planta ocupa mas de 14.400 varas cuadradas, y á pesar de hallarse deteriorada por un terrible incendio, es digna de ser examinada aun despues de visitados los mas célebres establecimientos de esta clase. Consta de varios departamentos correspondientes á su institucion. Esta fué para curar las enfermedades venéreas y para locos; y por Real decreto de Fernando VI. se agregó á él el hospicio de pobres, para los cuales se dedicó una parte del local con separaciones

para ambos séxos. Tambien se unió el seminario de los Niños de la Doctrina, y con posterioridad los de la Providencia y de la Misericordia. En este establecimiento se ejercitan algunas industrias en beneficio del mismo. El edificio es de arquitectura gótica y muy sólido; su portada es corintia y sobre ella se colocaron las estatuas de los Reyes Católicos. Contiene varios patios y las oficinas necesarias con todas las comodidades correspondientes á su objeto.

HOSPITAL DE LEPROSOS. Conocido vulgarmente por *hospital de san Lázaro*. Se halla situado en la extremidad del barrio de este nombre, lindando con el rio Beyro. Lo fundaron los Reyes Católicos para los enfermos de lepra. Se estableció en aquel lugar despues que desocuparon el edificio los padres mercenarios que lo habitaban.

HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA. Fundado en 1638 por don José de la Calle y Heredia, Veinticuatro de esta ciudad. Está situado en la Alcazaba, y es su institucion para enfermos de tña. Corre hoy á cargo de la junta de Beneficencia.

HOSPITAL DE LA CARIDAD Y REFUGIO. Poco despues de la conquista se estimularon varias personas de esta ciudad á socorrer á los pobres, ya con sus respectivos caudales, ya con las limosnas que pedian; formando al efecto hermandad, que en 1513 tenia ya algunos estatutos; pero habiéndose reunido á la de san Pedro Advíncula en 1525, se perfeccionaron sus constituciones, y creció extraordinariamente el número de hermanos. Aumentáronse las limosnas, compraron el edificio que actualmente ocupá el hospital en la calle de san Gil, y establecieron doce camas para otras tantas enfermas de calentara, y tres para incurables. Este hospital, que es el mejor y de mas aventajada asistencia de todos los de Granada, continúa hoy bajo la inspeccion de una junta, ó llámese hermandad de personas notables y bien acomodadas, con un presidente ó hermano mayor; la cual en todo tiempo ha dado pruebas de su celo en favor de aquel establecimiento de beneficencia.

ASILO DE MENDICIDAD. Este establecimiento es moder-

no y creado por la corporacion Municipal, para evitar que haya por las calles pobres mendigos; pero no se ha conseguido el objeto, por cuanto son muchos los que vagan por la ciudad, que debian estar asilados, si la autoridad competente desplegara el celo que de suyo exige esta institucion de interés público.

CASA-CUNA. La ereccion de esta casa de caridad es de las de mas importancia; se puso á cargo de una asociacion de señoras, quienes gratuitamente se prestaron á cuidar de la lactancia de los inocentes huérfanos que son entregados en ella. Es incomparable el esmero y actividad con que han desempeñado aquel objeto; consiguiendo que tan útil y necesaria institucion, saliese del estado de abandono y de miseria en que se hallaba sumido. Corresponde hoy al número de los establecimientos de beneficencia.

PRESIDIO. Se halla establecido en el ex-convento de mercenarios descalzos situado en la calle de Molinos, á cargo de un comandante nombrado por el Gobierno, y de varios subalternos. Los confinados que ejercen alguna industria, estan dedicados á ella con beneficio propio y del establecimiento, expendiendo sus manufacturas á precios muy moderados; los demás se ocupan en los trabajos públicos.

CASA DE RECOGIDAS, ó Beaterio de santa Maria Egipciaca, establecido en la calle de su nombre, y antes de la Verónica. Esta institucion es posterior á la estincion de la casa de mujeres públicas que existió muchos años, hasta el pontificado de don Pedro de Castro, arzobispo de Granada, que por medios indirectos consiguió quedase sin uso el edificio destinado á aquel objeto. Fué su fundador Marcos Sanchez, el año de 1595, al cual se le asociaron despues otras varias personas, y habiendo reunido fondos compraron la casa que en la actualidad se halla destinada al efecto. Está gobernada por una rectora, y en él se cumplen las condenas impuestas por los tribunales ordinarios.

TEATRO. Es otro de los monumentos con que las artes granadinas inauguraron su historia á principios del siglo actual. Tiene buena planta y es bastante capaz,

si bien debería posteriormente haber obtenido mejoras conforme al gusto del dia. Por su estreno quedó en desuso el antiguo, que se hallaba situado en la Puerta Real, y que despues se demolió para formar el pasaje conocido con el nombre de calle del Milagro. En época anterior se ejecutaban las representaciones dramáticas en el local á que se dá el título de meson del Carbon, para cuyo efecto se dió nueva forma á un magnífico edificio árabe, que como otros muchos fué condenado á perpetuo olvido. (Véase *Granada árabe*.)

LICEO. Restablecido nuevamente en el local del ex-convento de Dominicos, es hoy uno de los establecimientos de recreo que dan honor á Granada. Las frecuentes sesiones que en él se celebran son una prueba nada equívoca del estado de ilustracion y cultura á que á mediados del siglo XIX se encuentra aquella ciudad. La juventud granadina de ambos séxos ha ostentado cien y cien veces sus rápidos progresos en literatura, en la música y en la declamacion.

MUSEO DE PINTURAS. El de Granada pudiera ser el mejor y mas rico de España, si el monopolio no hubiera predominado al tiempo de la supresion de los conventos en 1835; en los cuales se encontraban las mejores pinturas de nuestros mas aventajados artistas; y si la autoridad mas celosa en esta parte hubiera fijado en él su atencion para aumentarlo y enriquecerlo. Sin embargo, existen muchas obras de gran mérito, que á pesar de los trastornos que se han esperimentado en esta ciudad, han podido conservarse. El lugar en que se halla establecido en el referido convento de santo Domingo no es tampoco el mas adecuado y á propósito.

PALACIO DE CARLOS V. Introducido en España por Berruguete y Machuca el órden greco-romano, fué su primer ensayo en Granada el palacio de Carlos V. Prendado este emperador de las bellezas de la ciudad morisca, y queriendo tener en ella un hospedaje digno de su persona y de su gerarquia para solazarse á vista de sus encantos, dispuso la construccion de aquel palacio con los tributos que satisfacian los moriscos. Pa-

ra ello, como si en todo el espacio del régio alcázar no hubiese otro local mas análogo, se destruyó la parte meridional de la Casa Real árabe, en cuyo derribo se quedaron sepultadas sus mas suntuosas habitaciones. Alzándose sobre sus ruinas los muros del nuevo edificio. Se cree vulgarmente que los continuos y espantosos terremotos que en aquella época se espermentaron en Granada, retrajeron á Carlos de la conclusion del moderno edificio; y aunque posteriormente se intentó su conclusion, no tuvo efecto, y continuan descubiertas sus galerias y salones y espuestas á las injurias del tiempo, que no han dejado de causar en ellas gran deterioro. No puede negarse que su fábrica es suntuosa, y concluida hubiera competido con la régia morada de los veinte reyes; si bien arrastrara tras si la triste memoria de la ruina de la parte mas interesante de aquella. No siendo nuestro objeto estendernos demasiado en la descripcion de las antigüedades, por que únicamente examinadas puede conocerse su mérito, diremos solo que su planta forma un cuadrado perfecto con 48400 pies superficiales, construido todo de cantateria y trazado todo por Machuca. Consta de tres fachadas, de las cuales las de O. y S. son las mas sobresalientes. Se compone de dos cuerpos; el primero se termina con un magnifico cornisamento sostenido por pilastras de orden toscano almohadilladas, con cuya labor está decorado todo este cuerpo. Entre las pilastras hay ventanas y sobre ellas óvalos para dar mas luz al interior, que trazó Pedro Velasco. En el segundo las pilastras son jónicas de 25 pies de altura. Los adornos mas comunes son el águila imperial, los dos mundos y las columnas de Hércules con la inscripcion *Non plus ultra*, guirnaldas y otras escelentes esculturas trabajadas por Morell y Juan de Vera. La portada principal que es la de O., ó sea la que dá frente á la placeta de los Algibes, tiene 60 piés de alto y otros 60 de ancho, con tres puertas; el cornisamento del primer cuerpo está sostenido por ocho columnas dóricas, y el segundo es de orden jónico. Los relieves, medallas y estatuas que componen sus adornos están trabajadas con la mayor profligidad

é inteligencia. La portada del S. tiene 60 piés de alto y 33 de ancho; su primer cuerpo pertenece al orden jónico y el segundo al corintio. La decoracion de ella es aun mas sobresaliente y esmerada que la del puente, siendo practicados sus esquisitos trabajos por los mismos Vera y Morell. La portada del E. ó bien la que mira á la iglesia de santa Maria, es de orden dórico, y no ofrece cosa notable.

El interior de este palacio debe examinarse; en su centro hay un estenso patio circular, rodeado por una bóveda que sostiene 32 columnas dóricas; igual número de orden jónico, basadas en un pretil que corre sobre el cornisamento inferior, sostienen el anillo superior. La escalera nada tiene de particular, pero si son magníficos sus estensos subterráneos. Una puerta interior dá entrada á la casa árabe; mas la distribucion de sus habitaciones no parece la mas acertada, si bien no puede negarse que este suntuoso edificio hubiera sido uno de los mejores de España si hubiera llegado á concluirse.

MONUMENTO DE DOÑA MARIANA PINEDA. En memoria de esta heroína, de quien hablamos en la parte histórica, el Ayuntamiento de Granada acordó erigir un monumento en la plaza de Bailen. Existe solo el pedestal en que debia haberse colocado la estatua, y cuyas inscripciones-dedicatorias recomendamos al curioso observador, con relacion á la parte artística. Han transcurrido muchos años y Granada no ha visto terminado este merecido recuerdo, ya por falta de fondos, ya por que el entusiasmo patriótico se entiviase. Hubo un tiempo en que la corporacion de arquitectos, en union con la comision del Ayuntamiento se ocuparon de la conclusion de este monumento; para lo cual; quella proyectó un grupo colosal de figuras de bronce, representando la coronacion de la noble victima por un genio, sobre un pedestal digno del objeto; lo cual no llegó á verse efectuado, á pesar de que por el escultor don Manuel Gonzalez se hizo en pequeño el modelo, que probaba cuán feliz debia ser el resultado de la idea y de la obra.

EL ARCO DE LAS OREJAS. Se dá comunmente este nombre á la puerta de Bib-rambla, que comunica la plaza de la Constitucion con la calle de Boteros; y aunque se titula tambien de los cuchillos y de los pesos, aquel es el que mas frecuente se le dá, que segun tradicion fué producido por un acontecimiento desagradable. El año de 1621, celebrándose la proclamacion de Felipe IV el 25 de julio, se hundió una casa próxima á dicha puerta, quedando envueltas entre sus ruinas mas de doscientas personas; y como quiera que muchas mujeres llevasen zarcillos de valor, algunos se dedicaron en cortarles las orejas, como medio mas pronto de hacerse dueños de aquellas alhajas. Desde esta época tomó el nombre de Puerta de las Orejas. (Véase *Granada árabe*.)

TRIUNFO DE LA CONCEPCION. Cierta devoto del alto misterio de la Inmaculada Concepcion, impulsado de un indiscreto celo religioso, deseando enervorizar á los granadinos para que el culto que se le tributase fuese completamente ostensible, concibió la idea de fijar pasquines en los sitios mas públicos de la capital, en sentido contrario á los dogmas cristianos que están reconocidos y acatados. El pueblo de Granada que siempre ha profesado á la Divina Patrona una singular afeccion, luego que tuvo conocimiento de los improprios que contra tan gran Reina se habian publicado, no pudo menos de exaltarse y clamar por el condigno castigo del autor de semejante atentado.

Sin pérdida de tiempo se procedió á la averiguacion de su perpetrador; y despues de esquisitas diligencias y averiguaciones, en que las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas desplegaron un esmero y actividad sin límites, consiguieron hallarlo y ponerlo en prision. En su primera declaracion confesó de un modo que no dejaba género de duda, que era fiel defensor del misterio, y que su objeto solo habia sido entusiasmarse á sus compatriotas, á fin de que el culto que se le tributase fuese mas grande y fervoroso.

Averiguada su conducta religiosa y sus costumbres, no pudo menos de darse á su deposicion todo crédito;

pero á pesar de ello se siguió el proceso; y si bien obraron en su favor las justificaciones que se hicieron para disminuir su delito, éste no quedó impune; y sufrió el castigo que exigía la vindicta pública; mas el consiguió á la vez cojer el fruto que se propuso; pues las fiestas que se hicieron en su consecuencia fueron esmeradas y ostentosas.

El ilustre Ayuntamiento, de acuerdo con el Cabildo eclesiástico, dispuso una funcion de *desagravios* á la Inmaculada Princesa; y ocurriendo la duda de á cuál de las imágenes de la Concepcion que se veneraban en las iglesias de esta ciudad, debian dirigirse las sagradas oblaciones, se sortearon todas, y cupo la suerte á la que se tributaba culto en la parroquia de santa Ana.

Se verificó la funcion, á la que concurrieron, no solo aquellos dos cabildos, sino tambien todas las corporaciones y comunidades para darle el esplendor y magnificencia que correspondia á la Soberana Princesa de los Angeles. Secundaron despues este acto religioso todas las corporaciones civiles y eclesiásticas, los tribunales y los gremios. Se hicieron públicas demostraciones, cada cual mas esmerada; y en las cuales se invirtieron prodigamente sumas considerables; y por último, en el campo llamado del Triunfo; desde estos acontecimientos, el ilustre Ayuntamiento y el cabildo de la santa Iglesia Catedral juraron solemnemente la defensa de la Purísima Concepcion de Maria Santísima, á cuya ceremonia asistieron igualmente todas las personas notables de Granada y comisiones representando corporaciones y gremios.

Para perpetuar la memoria de este acto y transmitir á la posteridad la adhesion de esta ciudad al sagrado misterio, se mandó erigir el Triunfo de la Purísima Concepcion en el campo de aquel nombre, construyéndose al efecto una de las obras mas admirables que tiene España.

Vamos, pues, á describirla tal cuál fué en su origen.

Sobre un cimiento sólido y de 36-varas superficiales que forma su pavimento de losas pardas y blan-

cas, descarga un magnífico pedestal con basa y corniza de mármol negro, sobre la cual hay una escorcia adornada con cuatro óvalos de piedra verde, en la que descansa una urna grande, retocada de piedras de color, que sostiene el segundo pedestal. En él se apoyan cuatro basas de piedra blanca con otros tantos carteles donde estaban esculpidas las armas de Granada y las efigies de Santiago, san Cecilio y san Tesifon; con cuatro inscripciones que contenían el juramento que queda referido, la época de la dedicación de este Templo y una reseña de las vidas de aquellos tres santos. En cada uno de sus cuatro ángulos hay un ángel de mármol blanco en aptitud de humillar á un demonio de jaspe bermejo, y ostentando en la mano una bandera en que se lee: Maria concebida sin pecado original.

En este pedestal descarga una gran basa, sobre la cual se alza una columna de mármol de diez pies de altura y dos y medio de latitud. En ella es de admirar un magnífico relieve con treinta y dos atributos de la Virgen Madre del Redentor, cuyos perfiles eran dorados. Sobre un capitel de mármol negro y labor corintia, con follajes y esmaltes de oro, asienta otra escorcia de mármol blanco con nubes azules y ángeles de alabastro, en la que descansa una urna de mármol negro con cuatro cartelas de bronce, y encima otra basa con una luna rodeada de nubes y ángeles con varios atributos. En esta basa está colocada la imagen de María Santísima, de mármol blanco de la Sierra de Filabres, de nueve cuartas de alzada, sin la corona, de seis rayos de oro con doce estrellas. Es obra de Alonso Mena, concluida el año 1631. La altura de todo el monumento es de 63 pies castellanos. El pavimento está circunvalado por una balaustrada de hierro, y antes con veinte y cuatro pilastras del mismo metal, que sustentaban igual número de farolas, que ardían todas las noches, costeadas por la corporación municipal y varios particulares.

Este magnífico trofeo, para cuya conservación debía haber habido un particular esmero, se encuentra hoy

bastante deteriorado por el abandono y decidia conque se ha mirado; hallándose mutilados muchos de sus adornos. Solo conserva cuatro faroles.

Con posterioridad á los memorables sucesos que dejamos reseñados, se acordó en capítulos provinciales de algunas comunidades religiosas, se jurase por los novicios defender la pureza original de la Virgen en el acto y solemnidad de la profesión. Lo mismo se determinó despues por otras muchas corporaciones de esta ciudad.

Mas el Rey Carlos III al principio de su gobierno, dió una prueba inequívoca de su ortodoxismo y adhesión al soberano misterio de la Inmaculada, con la solemne declaración del Patronato de la Pura Concepcion para España y sus posesiones de Indias; mas adelante se ordenó que por las universidades, colegios, y otros cuerpos ilustres se jurase su creencia; y por último, aquel mismo monarca, por una ley recopilada, dispuso se añadiese á la letania de la Virgen el versículo, *Mater Inmaculata*; con lo cual mostró mas y mas su celo religioso por la divina Reina, que siendo madre del divino Salvador, quedó tan pura como puro es el ambiente que se respira en las escelas moradas celestiales.

CASA ARZOBISPAL. El antiguo edificio destinado para habitación del diocesano, fué cedido por el Arzobispo Talavera para convento de frailes Franciscanos. Hoy está situado en la placeta de las Pasiegas; sin que en su arquitectura se observe ninguna particularidad digna de admirarse. No así respecto á las pinturas que adornan sus habitaciones; entre ellas hay algunas de gran mérito. La mayor parte son de los artistas mas acreditados.

MIRADORES. En el lugar que ocupaba la *casa de la Almadraza*, derribada en el reinado de Felipe II, se construyó el edificio de que nos ocupamos, con el objeto de que el municipio presenciase desde ella las fiestas que comunmente se ejecutaban en la plaza de Bibrambla. Sus habitaciones son magníficas y de mucho mérito; el artesonado del salon principal; pero su fachada es de poco gusto, y las reformas que modernamente ha sufrido el edificio, son en extremo estravagantes.

PILAR DE CARLOS V. En el extremo superior de la cuesta que desde la izquierda de la puerta de las Granadas se dirige á la principal de la Alhambra se encuentra un magnífico pilar con 40 pies de largo y 5 de ancho, dedicado al Emperador Carlos V, como lo demuestra la leyenda *Imperatoris Cæsari Karolo V Hispaniarum Regi*, contenida en un targeton que hay en el centro del segundo cuerpo. Sus adornos son elegantes y de buen gusto; pero no sus modernas restauraciones. Data su construcción en el año de 1624, y se cree trazado por Machuca.

AUDIENCIA ECLESIASTICA. Unida á la casa arzobispal se halla el edificio destinado para dirimir los negocios eclesiásticos. Su planta fué proyectada por Siloe; tiene un anchuroso patio; la portada es plateresca y sus habitaciones no contienen nada de particular. Se construyó en 1331.

CASA DE CASTRIL. En la carrera de Darro y frente á la Iglesia de San Pedro se halla la casa de los Sres. de Castriil, descendientes de Hernando de Zafra, secretario de los reyes Católicos. Sus espaciosas habitaciones conservan aun elegantes artesonados; y algunos trabajos de buen gusto. Su fachada no promete la magnificencia de su interior; si bien la portada es digna de examinarse por cuanto en su decoracion se ven primorosos adornos, trazados segun se cree por Diego de Siloe. Sobre el balcon situado en la esquina, se lee este mote «*esperando la del cielo;*» al cual se han dado algunas versiones que en nuestro concepto no tienen el mayor fundamento, si se atiende á la época á que se refieren, al carácter particular de Hernando de Zafra y á la estricta religiosidad de sus principios. Se concluyó la obra de este edificio el año de 1539.

CASA DE LOS TIROS. Situada en la calle de Pavaneras y á la entrada de la de Sta. Escolástica es una de las que en esta ciudad ofrecen recuerdos del antiguo derecho de baluarte.

Era pertenencia de los infantes de Granada; y llámase de los *Tiros* por los mosquetes que se ven colocados en su parte superior. Su fachada es bastante mezquina,

adornada únicamente con algunas estátuas de mal gusto; observándose que todo el edificio se halla restaurado; aunque conserba todavia restos de su grandeza en algunos artesonados de gran mérito y en los primorosos tallados de sus puertas.

ARCO DE LAS MONJAS. Al N. del convento de santa Isabel en la Alcazaba, y próximo á la muralla que corre desde la puerta Monaita al castillo de Hizna-Roman existe un arco en un paraje triste y sombrío. En él se hicieron varias justicias durante las guerras de sucesion, por lo que el vulgo lo mira con terror, creyendo que en aquel lugar hay espantosas apariciones, y se representan escenas nocturnas y horrosas, de lo que proviene una tradicion bastante intéresante.

CASA DEL TESORO En una callejuela sin salida y bien estrecha, próxima al mismo convento, existe una casa, en la cual, segun otra tradicion, por cierto muy singular, se halló un gran tesoro, con el cual se hizo la fortuna de una familia que gemia en la miseria. Hoy no se observa nada notable en aquel edificio.



PARTE RELIGIOSA.

LA CATEDRAL. Es de las mejores y mas suntuosas de España; pudiendo Granada orgullecerse con poseer esta admirable produccion del arte arquitectónico. Su planta fué trazada por el célebre Diego de Siloe. Tiene de largo 425 piés castellanos y 249 de ancho. El estilo que aquel insigne arquitecto empleó en ella fué el greco-romano, mezclado con follajes de un gusto esqui-ito. La capilla mayor se alza sobre veinte y dos columnas, distribuidas en dos órdenes: el primero forma nichos festoneados, y en cada uno de ellos, uno de los Apóstoles; en el segundo se observan algunas historias divinas. Sobre las columnas compuestas se levantan grandiosos arcos, que teniendo un mismo centro, forman una vistosa media naranja; siendo de notar en ella el arco toral, por el atrevido corte que en el se observa, y en el que encaja el anillo del cimborrio, teniendo de claro cuarenta y cinco piés, y ciento veinte de altura. Dos órdenes de ventanas comunican la suficiente luz á

esta parte del templo; en uno está representada con colores muy vivos en los vidrios, la pasion de Jesucristo: en el otro la vida de la Virgen. Consta toda la obra de cinco naves, cuyas elevadas bóvedas están sostenidas por esbeltas y majestuosas columnas, que prueban ostensiblemente la maestria de su director. El coro, la torre de las campanas, que aun no está concluida, el reloj y el panteon son adecuados al templo á que corresponden y ostentan su grandeza. La piedra de este edificio se trajo de Alfacar, los mármoles de santa Pudia y los jaspes de sierra de Filabres. La sacristia se construyó en 1764; pero no corresponde á la grandiosidad del templo. Respecto á esculturas, deben notarse como sobresalientes dos Vírgenes de Alonso Cano, una que servia de remate al facistol, y otra de la Concepcion en la sacristia; y tres bustos del mismo autor, que son: san Pablo, y Adan y Eva, colocados en los centros de los pilares sobre que descansa el arco toral; una matrona acariciando unos niños; un bajo relieve que representa á san Miguel; la medalla de la Anunciacion de José Risueño, que se halla sobre la puerta principal; y los adornos de la puerta del Perdon. Las pinturas son cuasi todas de la escuela granadina, y entre ellas llaman particularmente la atencion los siete grandes cuadros de la capilla mayor, del mismo Cano, y otros varios de Atanasio y de Juan de Sevilla. Por último, se conserva la tradicion de que la imagen de nuestra Señora de la Antigua fué donada por los Reyes Católicos después de haberla llevado consigo á todas las campañas.

De la ereccion de beneficios hablamos circunstanciadamente en la parte histórica; por lo que en este lugar solo diremos que nuestra Catedral tuvo su primer asiento en el palacio árabe de la Alhambra, en un local que hoy no existe; quedando tan solo la puerta que le daba entrada por el patio de los Leones. Tuvo el título de la Encarnacion, el cual se dió tambien á cuasi todas las parroquias erigidas en este arzobispado. Desde aquel punto se trasladó á la de san Andres, hasta tanto que se edificase la Catedral que se habia proyecta-

do, que era la iglesia del convento Casa Grande de san Francisco, á donde pasó en 1508. Habilitada la mezquita mayor, que era la que hoy es Sagrario, con la advocación de nuestra Señora de la O, se trasladó á ella en 1516, donde permaneció hasta que se concluyó la obra que hemos reseñado. Además de cuanto dejamos dicho, posee la Basílica granadina muchas reliquias de importancia; entre ellas las halladas en la torre Turpiana. Hé aquí cómo se espresa un escritor del siglo XVIII respecto á este invento, del que ya hemos hablado, aunque muy ligeramente.

«De esta clase era la antigua torre Turpiana (de tiempo de los romanos,) que ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa el coro de nuestra santa Iglesia Catedral.... Fué preciso arruinar esta antigua fábrica para edificar un pilar. Ejecutose así en 18 de marzo de 1588 y en el siguiente día, consagrado al mayor de las patriarcas, se recojió todo el material y el escombro que habia producido la ruina. Hallaron los peones entre las piedras de aquel arruinado edificio una caja de plomo en una como funda de barro, en que estaba incluido aquel invento. Juzgaron los artífices que habian descubierto algun tesoro, pero entendido el veedor de la obra, del hallazgo, reconoció que la caja era del tamaño de la octava parte de un pliego de papel de los que llamamos de á marca. Que era de dos dedos de alto, y que dentro de ella habia un lienzo cocido, de la misma estatura de la caja. Sacaron el lienzo y notaron todos una especial fragancia de olor no conocido. Vióse tambien dentro de aquella caja un pergamino del porte y tamaño de un pliego de marca mayor, escrita su cabeza en letra árabe, y desde aquí hasta el medio de su materia de letras ordinarias, cada una dentro de una casilla. Eran estas letras unas negras y otras encarnadas, y unas y otras se leían de por sí, llevando asunto separado cada color. Debajo de estas letras habia escritos ciertos renglones árabes, y á un lado del pergamino otros en lengua latina, que comenzaban así: *Relacion de Patricio* etc. Hallóse dentro de la caja un lienzo de tres esquinas, y en la misma figura de las que

hoy se llaman pañoletas. Pareció ser mitad de otro, y que estaba dividido de él al sesgo. Habia tambien un pedazo de canilla humana, y unos polvos ó cenizas, que no pudieron determinarse lo que eran. Llevóse el invento al ilustrísimo cabildo, donde dió fé el secretario de él de lo que contenia, y todo se escribió con la formalidad de un auto capitular, y se llevó al Illmo. señor don Juan Mendez de Salvatierra, arzobispo de esta ciudad, quien mandó que su cabildo nombrase comisionarios, que con su provisor asistiesen á mostrar jurídicamente la identidad de estas reliquias, para que constase ser las mismas que habian hallado los oficiales de la obra cuando hicieron la coleccion del escombro de aquella ruina. Depusieron estos la misma verdad que habian tocado, y con sus dichos y otras formalidades se hizo el proceso. No tuvo este el efecto que se deseaba, por que á los sesenta y seis dias murió el oficioso y laborioso prelado Salvatierra. Enviose al señor Rey don Felipe II una cópia fiel del pergamino; y este príncipe quiso adorar la toca triangular de nuestra Señora, la misma que le habia servido para enjugar sus ojos en la lamentable Pasión de su divino Hijo.

«Entró al gobierno de este arzobispado el V. señor Castro; y en el año de 1595, fué el descubrimiento de las láminas martiriales del Sacro-Monte. Habia hecho este prelado varias diligencias sobre hallar el proceso, que se hizo acerca del invento de la torre Turpiana. No pareció este por entonces... Formó el arzobispo otro proceso, incluyéndolo en los descubrimientos famosos de su pontificado. Comunicó el hecho con el señor Papa Clemente VIII; y de autoridad suya, y por su breve de 1.º de junio de 1598, comisionó al arzobispo para que en la forma debida pasase á la calificación de reliquias del Monte-Santo y torre Turpiana, segun los documentos que se hallaron con ellas. En vista de este breve apostólico, y de las facultades que tenia el prelado por el concilio de Trento, perfeccionó el proceso jurídico, y lo acumuló despues al del señor Salvatierra, que pareció, cuando ya no se esperaba. Convocó el V. Metropolitano á concilio provincial. Concurrieron á él

los sufragáneos de Guadix, Almería, y abad de Alcalá la Real; y por decreto suyo, y en virtud de la autoridad de aquel venerable congreso, se pronunció sentencia en 30 de abril de 1600 en la Catedral de este arzobispado.

«Calificóse la verdad y contexto del pergamino, dando adoracion y reconociendo por legítima la toca de nuestra Señora, la profecía de san Juan apóstol, el comentario de nuestro patrono san Cecilio, y el hueso del Proto-mártir san Estévan.... Consta la identidad suya de la leccion del pergamino firmado con caracteres árabes de mano y pluma de san Cecilio.... De todo lo cual se infiere que además del don especialísimo de lenguas, tuvo nuestro apostólico san Cecilio el don de profecía, y que fué intérprete de la de san Juan apóstol y evangelista, pues interpretó la profecía de aquel santísimo discípulo, de lengua hebrea y griega en la española. Guardó seriamente toda la fidelidad de verdadero traductor, y así se colije de sus palabras que están escritas en el pergamino; *Y no por esto corrompimos el phrasis, ni el modo secreto, assi hebreo como griego, en el cual está escrito.* Vése tambien en aquel doctísimo comentario, que brillan en él las luces de su espíritu profético. Certificó san Cecilio, que aunque habia hecho su oficio de traductor debidamente, aun no seria fácil de entenderse lo que habia escrito su pluma, hasta el tiempo que Dios determinara: son así sus palabras: *Y no comprenderá su verdadero sentido, è comentario della hecho por los siervos de Dios, sino quien él fuese servido, y en el tiempo determinado, y no antes.* Este pergamino en su letra, tinta, y entidad suya, manifiesta, que es del tiempo de su escritor, con muestras y señales evidentes, que aunque dejen lugar á los argumentos de la crítica, pero se responde á todos ellos, como lo manifiestan personas doctas, y lo testifican con juramento. Puso las reliquias en este sitio el sacerdote y mártir Patricio, discípulo de san Cecilio. No fué aquel Patricio, obispo de Granada, ni ha habido alguno de su nombre en este pueblo. Adóranse aquellas santas reliquias en nuestra metropolitana y apostólica

iglesia, y se manifiesta la toca solamente en el dia de la Asuncion de Maria Santísima.»

COLEGIATA DEL SALVADOR. El dia 15 de octubre de 1501 se hizo la ereccion canónica de esta colegiata por don Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla.

Se dotó un abad con 40.000 maravedises de renta anual; ocho beneficios simples con 15.000 cada uno; seis acólitos y dos sacristanes. En 1509 se le dieron por anejos las parroquias de san Martin, san Blas y santa Inés. A solicitud del emperador Carlos V, y en virtud de bula de Clemente VII, espedida en 5 de febrero de 1533, se erigieron aquellos beneficios en canongias, y entre ellas un magistral y un doctoral. Se estableció esta colegiata en la mesquita mayor del Albacin, situada donde hoy está la iglesia del Salvador, que se bendijo por don Francisco Gimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo, en 16 de diciembre de 1499. Después del extrañamiento de los regulares de la compañía en 1767, se trasladó á su iglesia, nombrada de la Compañía de Jesus, donde actualmente se encuentra. El templo es magnífico, y su fábrica muy sólida, aunque antigua.

COLEGIATA DEL SACRO-MONTE. Acerca de la causa que motivó esta fundacion, que fué el invento de las cenizas de los mártires san Cecilio y sus compañeros, ya hablamos en la parte histórica; solo nos resta hacerlo de su ereccion. Esta se hizo por don Pedro de Castro y Quiñones, arzobispo de esta ciudad; que habiendo labrado la casa, proyectó el instituto en 1608. Dotó veinte canongias y un abad; y solicitó del Papa Paulo V y del Rey de España lo acogiesen bajo su apostólica y real proteccion, lo cual le fué concedido por ambos. Dióse á esta iglesia el titulo de la Asuncion de nuestra Señora, y en ella se veneran las cenizas de aquellos mártires. Se halla situada en el monte Hipulitano, Val-paraiso, extramuros de Granada. (Véase contornos de Granada.)

REAL CAPILLA. Fué fundacion de los Reyes Católicos. para que en ella se diese descanso á sus cenizas. El templo es bastante estenso, pero carece de aquella magni-



ficencia que requería el objeto á que se construyó. Se dotó con diez y nueve capellanes, y un capellan mayor; en cuyo número se comprenden dos dignidades de magistral y doctoral; cuatro medios capellanes, dos celadores, dos reyes de armas y los demás sirvientes necesarios al culto. El edificio, que como se ha dicho es mezquino, si se atiende á la gloria de aquellos á cuya memoria se dedicara, tiene una inscripción gótica repartida en toda su estension y en la parte superior, que copiamos segun se ha publicado anteriormente; dice así: «Esta capilla mandaron edificar los muy católicos don Fernando y doña Isabel, Rey é Reyna de las Españas, de Nápoles, Sicilia, Jerusalem: estos conquistaron este reyno de Granada, y lo redujeron á nuestra fé, y edificaron y dotaron las iglesias é monasterios y ospitales de él, y ganaron las islas de Canaria, y las Indias, é las ciu lades de Oran, Tripol é Bugia, y destruyeron la heregía, y echaron los moros y judios de estos reynos, y reformaron las religiones; finó la Reyna martes veinte y seis de noviembre, año de mil y quinientos y cuatro; finó el rey miércoles veinte y tres de enero año de mil é quinientos y diez seis; acabose esta obra año de mil y quinientos y diez y siete años.» Está dividida la capilla mayor del cuerpo de la iglesia por una gran berja de hierro, de desmesurada altura, de dos haces, y con primosas y raras labores sobredoradas. En el centro de aquella están colocados los dos túmulos de puro alabastro, y que por su mérito artístico, disfrutan de fama europea y son dignos de examinarse detenidamente, por ser de los monumentos mas preciosos de escultura que nos legara la antigüedad. Sobre el uno descansan las estátuas de los católicos Soberanos, tambien de alabastro, teniendo Isabel el cetro, y Fernando la espada; en lo cual dió el artista una prueba de que no solo habia estudiado su historia, sino que llegó á comprender perfectamente el carácter de ambos. La inscripción que tiene grabada es poco poética, si se atiende á la gloria de los personajes á que está consagrada; dice así: «Los postradores de la secta de Mahoma, y estinguidores de la herética pravidad don Fernan-

do, rey de Aragon, y doña Isabel Reyna de Castilla, llamados los Católicos, están encerrados en este tumulo de mármol.»

Sobre el otro están colocados los bustos de los Reyes don Felipe y doña Juana. Ambos se encuentran rodeados de una verja de hierro sobredorada; y debajo de ellos hay una pieza bastante proporcionada, donde se hallan los cuerpos de los cuatro reyes, y el del príncipe don Miguel de la Paz, en cajas de plomo, reforzadas con planchas de hierro. Se trasladaron los regios cadáveres á este panteon desde el convento de san Francisco de la Alhambra, donde estuvieron depositados, hasta que se terminó la obra, escepto el de doña Juana, que se trajo el año de 1555. (Véase san Francisco de la Alhambra.) En los altares colaterales de la capilla mayor se conservan reliquias pertenecientes al Redentor, á su Madre y á varios santos. Además se conservan en esta Real Capilla preadas de gran mérito y valor, tales son la espada del rey don Fernando, con puño de filigrana de oro, y vaina de terciopelo carmesí; la corona de plata dorada de Isabel I; el cetro del mismo metal; y la caja tambien de plata, en que se guardaban las alhajas que aquella ilustre Reina enajenó para disponer las carabelas en que Cristobal Colon hizo su viaje al Nuevo Mundo.



PARROQUIAS Y SUS ANEJOS.

La erección de parroquias de Granada se hizo en virtud de bula dada en esta ciudad á 15 de octubre de 1501, despues de los primeros alzamientos de los moriscos: la del Salvador, santa Maria de la O, santa Maria de la Alhambra, san José, san Nicolás, san Miguel, san Pedro, san Juan, san Cristóbal y su anejo san Mateo, san Matías y santa Ursula, Magdalena y san Lázaro, san Andres, san Gil, san Justo, Santiago, santa Ana y san Ambrosio, san Blas y santo Tomás, santa Isabel y san Sebastian, san Luis, san Bartolomé y san Lorenzo, san Martín, san Estévan y santa Catalina, san Ildefonso y san Márcos, san Cecilio, san Gregorio y santa Escolástica, de todas ellas hablaremos muy lijeramente.

SANTA MARIA DE LA O., hoy el Sagrario. Está situada esta iglesia en el local en que se hallaba la mezquita mayor, que se consagró al efecto. Queriendo el cabildo eclesiástico construir un Sagrario proporcionado á la grandiosidad de la Catedral, se derribó aquel edificio árabe, concluyéndose la obra en 1759. Se hizo su dedicacion en 29 de setiembre del mismo año. Está gobernada esta parroquia por el arcipreste, dignidad de la santa Iglesia.

EL SALVADOR, en el Albaicin. Se erigió en templo cristiano la mezquita mayor de dicho barrio en 16 de diciembre de 1499, y parroquia en 1501; y en 1509 se le

dieron por anejos las de san Martín, san Blas y santa Inés. La primera se hallaba situada en la calle que de su nombre existe en el Albaicin; san Blas y santa Inés se ignora donde estuvieron: con posterioridad se refundieron en el Salvador, y los templos quedaron en desuso.

SANTA MARIA DE LA ENCARNACION. Esta parroquia es la que generalmente reconocemos por santa Maria de la Alhambra; se encuentra en el lugar donde se hallaba la mezquita destinada á las personas reales, que se consagró para el divino culto poco despues de la entrada de los Reyes Católicos.

SAN JOSE. Esta iglesia fué tambien mezquita de moros, y se consagró el 7 de enero de 1492, para dar culto en ella á aquel santo Patriarca. Los cimientos de su torre son antiquísimos.

SAN NICOLAS. Fundóse esta iglesia pocos días despues de la entrada de los Reyes Católicos; pero su erección en parroquia se hizo en 1501. Está situada en el sitio mas culminante de la Alcazaba.

SAN MIGUEL. Era la parroquia mas poblada de aquel barrio, y en ella vivian muchas familias notables, entre las cuales se contaban los oidores de la Chancilleria, como ya se ha dicho en otro lugar. Hoy es de muy corto vecindario, y un gran número de sus edificios se hallan arruinados.

SAN PEDRO. En la Carrera de Darro, sobre el eauce de este rio. A esta iglesia está unida la Sala Capitulare en que celebran sus sesiones la Universidad de Beneficiados de esta ciudad.

SAN JUAN DE LOS REYES. Era este templo mezquita de los moros; y es opinion de algunos historiadores, que fué el primero que se bendijo. Lo visitó la Reina Isabel, colocando por su propia mano una cruz; dióle el nombre de san Juan, y de aqui se llamó de los Reyes desde aquel tiempo. La misma Reina donó á esta iglesia un cuadro del Descendimiento de la Cruz; y en su extremo inferior se ven los retratos de aquella soberana y su esposo. Es igualmente antiquísima la fábrica de esta iglesia.

SANTA MARA MAGDALENA. Se estableció esta parroquia en una ermita que habian construido algunos de los nuevos pobladores de la ciudad, fuera del recinto que comprendia la muralla. Se construyó despues el templo que ha estado en uso hasta que se trasladó al convento de las Agustinas, donde actualmente existe. Tuvo esta parroquia un anejo nombrado san Lázaro, ignorándose el punto en que estuviere situado.

SANTIAGO. Se halla esta parroquia en la calle de Elvira; y en su feligrecia el edificio de la extinguida Inquisición, destruido completamente.

SANTA ANA. Este templo está construido sobre la margen izquierda del rio Darro, y tuvo igualmente un anejo llamado san Ambrósio, de cuya situacion no existe noticia alguna.

SAN MATIAS. Se estableció esta parroquia en una casa, conocida por de los Espinolas, en la calle de Navas: mas habiéndola visitado el emperador Carlos V, y no considerando á propósito aquel local, se construyó el que hoy ocupa. Fué su anejo santa Ursula, iglesia situada en el Humilladero de Genil.

SAN CRISTOBAL. Se halla en el cerro del Albaicin, y tuvo por anejo á san Mateo, ignorándose el lugar en que se hallaba.

SAN ANDRES. Está situada esta iglesia en la calle de Elvira, y en ella se veneran muchas reliquias.

SAN GIL. En el lugar en que está este templo se hallaba la mezquita del Hatabin, que se bendijo para establecer la parroquia.

SAN JUSTO Y PASTOR. Esta iglesia es de las mas suntuosas de Granada. Perteneció al colegio de la Compañia, y hoy se halla en ella la colegiata del Salvador.

SAN LUIS. Está situada en el Albaicin, y comprendia antiguamente la alqueria del Fargue.

SAN BARTOLOME. Se halla en el mismo barrio, y tenia por anejo á san Lorenzo, que quedó destruida, próxima á la huerta de la Albelsana.

SAN ILDEFONSO. Situada en la plaza del Triunfo; fué su anejo san Marcos, cuya situacion se ignora. La iglesia de esta parroquia es bastante capaz, y su feligrecia de las mas estensas.

SAN CECILIO. Se cree que esta iglesia es de las mas antiguas de Granada, pues hay tradicion de que servia á los fieles que habitaban en esta ciudad, en tiempo que los moros les permitieron continuar en el culto cristiano. Está situada en el Campo del Principe, y se encontraba fuera de la muralla que circumbalaba la córte árabe.

SAN ESTEVAN. Tenia un anejo; pero no se conserva noticia alguna de estas iglesias.

SAN BLAS. Se ignora donde se hallaba situada, asi como santo Tomás su anejo, resultando solo que su feligrecia se agregó al Salvador.

SANTA ISABEL DE LOS ABADES. No existe este templo, y si una placeta en el Albaicin que conserva su nombre. Se refundió su feligrecia en la parroquia de san Luis.

SAN MARTIN. Ya se ha dicho que existió en el Albaicin, y que despues se agregó al Salvador.

SAN GREGORIO. Se halla esta iglesia en el mismo barrio, y su feligrecia fué de las de mayor vecindario, si bien despues quedó sumamente reducido, y un número considerable de sus edificios arruinado.

SANTA ESCOLASTICA. La primera situacion de este templo fué en la casa del marqués de Campotejar, situada en la placeta de san Francisco. Se trasladó á la calle de santa Escolástica, en 1529; y posteriormente á la iglesia del extinguido convento de santo Domingo, donde existe actualmente. Su antiguo edificio ha sido destruido, y en el solar se ha construido otro de dominio particular. El número de estas parroquias ha sido reducido por el arreglo últimamente practicado, quedando muchas de ellas en clase de anejos ó de ayudas de parroquias.

Nos queda solo que hablar de la de nuestra señora de las Angustias, situada en la Carrera de Genil. Este templo fué primero ermita dedicada al culto de la divina madre del Salvador; hasta que en 1604 la instituyó en anejo de la Magdalena el arzobispo Don Pedro de Castro; erigiéndose posteriormente en Parroquia.

Se venera en esta iglesia la singular imagen de nues-

tra señora; á quien el pueblo granadino conserva una particular devocion, considerándole como su Patrona. Se aprobaron las constituciones de su cofradia en 26 de octubre de 1345 por el arzobispo Don Fernando Niño, Presidente de la Chancilleria. Se fundó un hospital para los hermanos enfermos, ampliándose despues á personas estrañas; mas en la actualidad no tiene uso, acaso por la escasez de fondos que experimenta la hermandad. Para la construccion del templo y enfermeria donó Felipe II terreno realengo por Real cédula expedida en Aranjuez á 21 de octubre de 1567. Fué hermano de esta corporacion religiosa Don Juan de Austria, hijo natural del Emperador Carlos V.; y disfruta de muchos privilegios y prerogativas.



CONVENTOS.

A fin de completar la historia de las erecciones religiosas, vamos á tratar de las fundaciones de los conventos, circunscribiéndonos únicamente á dar á conocer aquellas noticias mas interesantes que forman parte de las antigüedades de Granada cristiana, y el destino que hoy tengan los edificios que ocupaban las órdenes extinguidas.

SANTA ISABEL LA REAL. Es ereccion de la Reina Católica en 1501, para monjas franciscas. Fué su dotacion de trescientos mil maravedís y 500 fanegas de trigo anuales. En 1507 vino de Córdoba con otras veinte monjas su fundadora Doña Luisa de Torres, viuda de Don Miguel Iranzo, Condestable de Castilla, asesinado en la Catedral de Jaen en 21 de marzo de 1473.

Para esta fundacion se expidieron Reales cédulas; una que fué la primera en el referido año de 1501, y otra en 15 de setiembre de 1504; las cuales se confirmaron por la Reina Doña Juana en 20 de febrero de 1509. Se construyó este convento en el lugar que ocupaba un palacio de la familia real árabe en la Alcazaba. (Véase Granada árabe).

SANTA CATALINA DE SENA. Este monasterio de religiosas dominicas se fundó y dotó en 1530 por el duque de

Arcos. Está situado en una pendiente sobre la placeta del Realejo.

SANCTI ESPIRITU. Corresponde á la órden dominica, y se fundó por Don Alvaro Bazan en 1520. Hoy este convento se halla situado en una casa de la calle de los Tintes; y en el solar del antiguo se construyen varios edificios por particulares.

SAN BERNARDO. Religiosas recoletas. Tuvo su principio este convento en dos beaterios que existieron en el campo de los Mártires: llamábase uno de las madres Potencianas y el otro tenía el título de san José del Montebambos eran de la órden carmelita. Se reunieron en 1677. En 1682 Doña Mariana de la Torre y Espárza, hizo á las Potencianas donacion de todos sus bienes, con la condicion de que habian de adoptar la regla Cisterciense de san Bernardo ó la de san Benito. En efecto, para esta nueva fundacion vinieron tres monjas del monasterio del Cister de Málaga, y se fundó la nueva casa en la de san Onofre, calle de los Gomerres el año de 1683, en donde permanecieron hasta que concluido el edificio que hoy ocupan en la Carrera de Darro, se trasladaron á él.

TOMASAS. Convento de religiosas agustinas recoletas dedicado á Santo Tomás de Villanueva. Fué beaterio en su principio, erigido por los PP. Agustinos recoletos en la época en que estos vinieron á Granada. Por desunion que hubo en la comunidad sobre mudar de casa, se separó cierto número de religiosas y fundaron otro convento con el título de Descalzas Agustinas. (Véase en su lugar). Se halla aquel monasterio en el Albaicin, en la antigua plaza de Bib-albonut, inmediato al que fué de Agustinos descalzos.

ÁNGEL CUSTODIO. Religiosas Franciscas recoletas. Fué su fundadora Sor María de las Llagas, hija del marqués de Camarasa, el año de 1626. Tuvo su primer asiento esta comunidad en unas casas que se dispusieron al efecto en el Campo del Príncipe, desde donde se trasladaron á la del Chapiz; mas habiendo sido lanzadas de ella por su dueño, pasaron al local que hoy ocupan en la calle de la Cárcel baja el año de 1629. Para esta fun-

dacion donó aquel marqués, padre de la fundadora, un juro de veinte mil ducados. La Iglesia de este convento era magnífica, y se hallaban en ella algunas esculturas de Pedro de Mena. Consagróse en 1661; pero destruida en el siglo actual, se construyó de nuevo todo el edificio, en el cual existen actualmente las religiosas.

DESCALZAS CARMELITAS. Fué fundadora de este convento la M. santa Teresa el año de 1582, apesar de la oposicion del prelado diocesano. Ocuparon primeramente dos casas particulares, hasta que se establecieron en la que hoy se hallan, en la parte superior de la calle de san Matias.

LA ENCARNACION. Religiosas de santa Clara. Fundó este convento Don Gaspar de Avalos, arzobispo de Granada, estando ya electo para la mitra de Santiago, hacia el año de 1541. Está situado en la placeta de la Compañía y confluencia de la calle de san Felipe.

LA CONCEPCION. Religiosas de la órden tercera de san Francisco de Asis. Era una congregacion de Beatas, y Doña Leonor Ramirez, vecina de esta ciudad, lo hizo monasterio en virtud de bula del Papa Leon X, dada en Roma en 15 de marzo de 1518; el cabildo lateranense en virtud de decreto de 23 de noviembre del mismo año, agregó así esta fundacion, acogiéndola bajo su proteccion. Fué cumplimentada aquella bula por el prelado diocesano en 18 de mayo de 1523. Está situado este convento en la calle de san Juan de los Reyes, frente á la casa de la moneda.

CAPUCHINAS. Este convento fué destruido, y el lugar que ocupaba se destinó á plaza del mercado. Se trasladó la comunidad al de san Antonio Abad, situado en la placeta de san Anton.

AGUSTINAS. Convento de religiosas descalzas. Ya se dijo que de la comunidad de las Tomasas se desmembró cierto número de Beatas, por estar decididas á variar de local. Se situaron en una casa á espaldas del convento del Angel sin guardar clausura; y reusando que sus fundadoras fuesen Tomasas, las trageron del de la Encarnacion de Valladolid el año de 1655. Permanecieron en aquel edificio, hasta que Don José y Don Lucas

Aguilar y Rebellido, americanos, construyeron á sus expensas el que hoy ocupan en la calle de Gracia, y costearon las alhajas precisas para el culto.

SANTA MARIA DE LOS ANGELES. Religiosas Franciscanas de la segunda orden. Este monasterio situado en la calle de los Molinos fué fundacion de Don Rodrigo de Ocampo y Doña Leonor de Cáceres el año de 1538. Sus primeras religiosas profesaron la regla de terceras; mas despues por bula de Pio V abrazaron la de santa Clara, sujetándose á la observancia de esta orden en el capitulo que se celebró en Jaen en 24 de junio de 1667; para cuya nueva fundacion vinieron religiosas de Córdoba. Hoy pertenece este convento á dominio particular y sus monjas se hallan agregadas á otro.

SANTA INES. Está situado este convento de religiosas en la calle de san Juan de los Reyes. Hubo en el mismo lugar que ocupa un recogimiento de señoras virtuosas, que si bien guardaban clausura y ceremonias de comunidad, no estaban sujetas á reglas y profesion. Mas en 1572, á instancia de las mismas Beatas, el arzobispo de Granada Don Pedro Guerrero les concedió la de santa Clara.

SANTA CATALINA DE SENA. Llamado vulgarmente de Zafra. Religiosas dominicas. Fundó este convento en 1520 Doña Leonor de Torres, mujer de Don Fernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos, con la dotacion de doce monjas. Está situado en la Carrera de Darro, y hay tradicion de que al abrir los cimientos se halló una campana que se colocó despues en la torre de la Iglesia.

SANTA PAULA. Siguen la regla de san Gerónimo. Fueron sus fundadores Don Gerónimo de Madrid, abad de la colegiata de santa-Fé, y Antonio Vallejo en el año de 1542. Está situado este convento en la calle á que dá nombre.

LA PIEDAD. Monjas dominicas. Fundó este convento Doña Maria Sarmiento de Mendoza, marquesa de Camarasa, en el año de 1589, dotando seis religiosas. Está situado en la Placeta de los Lobos.

CARMELITAS CALZADAS. Este convento fué primero beaterio, y en 1508 se redujeron á clausura, siendo su fun-

dadora **Sor Maria de san Sebastian**, religiosa de Ecija. Le cedieron la iglesia y la dotaron los señores Loaysas, ascendientes de los condes del Arco. Está situado el convento en las inmediaciones de la cuesta de Cuchilleros.

TRINITARIOS CALZADOS Se hizo su fundacion en 27 de mayo de 1517. Está situado en el sitio llamado antiguamente Bib-almarstan, y hoy placeta de la Trinidad. El edificio lo ocupan actualmente las oficinas de Hacienda pública; y la iglesia está destinada á objetos de comercio particular.

TRINITARIOS DESCALZOS. Se fundó este convento el año de 1612. Se halla situado en la placeta de Gracia; pertenece hoy á dominio particular y está dedicado á varios usos.

CARMELITAS CALZADAS. Se hizo su ereccion en el año de 1552, en una casa en la calle de los Gomerres, próxima á la puerta de las Granadas. En 1572 se trasladaron á una ermita de nuestra señora de la Cabeza, situada sobre la margen izquierda de Rio Darro, próxima á la puerta Real, en donde con limosnas construyeron un magnifico convento, que en la actualidad se está obrando para constituir en él las oficinas de la corporacion municipal.

ACUSTINOS CALZADOS. Se erigió este convento en una casa de la Alcazaba el año de 1513. En 1540 se trasladó la comunidad al edificio que se labró en el local que hoy es placeta de san Agustin, dedicada al mercado publico.

SAN FRANCISCO CASA-GRANDE. Fué ereccion de los Reyes Católicos. Para la construccion del convento cedió el Arzobispo Talavera un palacio, colegio y hospital que estaba situado en la parte superior de la calle de san Matias. En el siglo actual fué destruido y reconstruido con las limosnas que recogian los religiosos. Actualmente está destinado este edificio á las oficinas de Correos y Capitanía general.

ACUSTINOS RECOLETOS. Se estableció esta orden el año de 1603. Se construyó el convento en un espacioso hospital que existia en la antigua plaza de Bib-albonut y que donó á la comunidad el Rey Felipe III. Hoy se encuentra casi destruido.

MERCENARIOS CALZADOS Erección de los Reyes Católicos. Su primera fundación fué donde hoy se halla el hospital de san Lázaro. En 1514 se trasladó al campo del Triunfo. Este convento está destinado á cuartel de infantería.

CAPUCHINOS. Se fundó esta casa el año de 1615. Está situada igualmente en el Campo del Triunfo, y está distribuida en habitaciones particulares.

MERCENARIOS DESCALZOS. Se perfeccionó esta fundación el año de 1615. Para establecer este convento, don García Brabo de Acuña, Corregidor de Granada, cedió á la comunidad una casa en la calle de Molinos. Este convento sirve hoy de Presidio correccional.

OBSERVANTES CASA-PEQUEÑA, ó sea San Francisco de la Alhambra. Se cree fué el primer convento que se fundó después de la conquista de Granada. En su iglesia estuvieron depositadas las cenizas de los Reyes Católicos hasta que se trasladaron á la Real Capilla. Actualmente sirve para parque de Artillería.

SAN ANTONIO ABAD. Fundóse el año de 1530 en una ermita estra-muros de la ciudad, situada en la colina que comienza á levantarse en el barranco de la Zorra, y termina en Quinta alegre, á la márgen izquierda del Río Genil. En 1539 se trasladaron al local que hoy ocupan las monjas Capuchinas en la placeta de san Anton. Para que se edificara su iglesia, el Rey Felipe II donó unas arazanas que correspondían á la renta de avices.

SANTO DOMINGO. Se instituyó esta casa en 5 de abril de 1492, en un palacio morisco y huertas inmediatas que los reyes Católicos donaron con este objeto á Fr. Tomas de Torquemada; dotándola con 12200 maravedis de juro perpétuo, 600 fanegas de trigo, 200 de cebada y 50 de sal. En el día se halla establecida en su iglesia la Parroquia de santa Escolástica; en el convento está el Museo de pinturas y el Liceo; la parte restante pertenece á dominio particular, y está dividida en habitaciones bastante cómodas.

SAN FRANCISCO DE PAULA. Fundóse este convento el año de 1509. Está situado en la Cuesta de la Victoria

frente al Algivillo. Ha servido de cuartel en varias ocasiones, y hoy se halla ruinoso.

SAN JUAN DE DIOS: (Véanse establecimientos de beneficencia).

MONASTERIO DE SAN GERÓNIMO. Se erigió por los reyes católicos. Estuvo situado primeramente á dos leguas de Granada y no muy retirado de la ciudad de santa Fé, en el sitio que hoy se nombra de santa Catalina. Desde aquel punto se trasladaron al que actualmente ocupa el hospital de san Juan de Dios, que antes era una ravita de moros, en donde permanecieron hasta que en 1519 tomaron posesión del monasterio nuevamente construido. Este es suntuoso y de mucha estension; fué su director el aventajado arquitecto Diego de Siloe, quien dió en esta obra una de las muchas pruebas de sus extraordinarios conocimientos y de su valentia de génio. Es todo de piedra y duró su construcción veinte y siete años. Aun no estaba mediada la fábrica de la iglesia, cuando la pidió al Emperador Carlos V Doña Maria Manrique, viuda de Gonzalo de Córdoba, Gran Capitan y Duque de Sesa y de Terranova, para dar sepultura en ella al cadáver de este caudillo. Aquel monarca le hizo merced de la Capilla mayor, y concluyóse la obra por cuenta de aquella Duquesa. Se trasladaron sus cenizas desde el convento de san Francisco Casa-grande, donde se hallaban depositadas, al magnífico panteon que se construyó, en 4 de octubre de 1552. En el muro exterior de la Capilla mayor se fijó esta inscripción: *Gallorum terror*; y á un lado del altar mayor se colocó como preciosa memoria la espada del invicto guerrero. La iglesia continúa dedicada al culto divino, su planta es grandiosa y tiene 1711 pies de longitud y 88 de anchura. En el resto del monasterio se ha establecido un estenso y cómodo cuartel de caballería.

COMENDADORAS DE SANTIAGO. Fundación de la reina católica en el año de 1501, en unas casas que habia en el Realejo alto, hoy calle de Santiago. Dotó veinte y cuatro monjas del hábito de Santiago y doce sirvientas, con dos mil ducados y quinientas fanegas de tri-

go. Están sujetas al consejo de órdenes, y á hacer pruebas de limpieza de sangre.

CONGREGACION DE SAN FELIPE NERI. Tuvo efecto en Granada esta fundacion el 21 de octubre de 1671, en la calle á que dá nombre. El edificio que ocupaban estos presbíteros seculares pertenece hoy á dominio particular, y se halla distribuido en habitaciones.

COLEGIO DE LA COMPAÑIA DE JESUS. Se estableció esta religion en una casa de la calle de Abenamar el 7 de setiembre de 1554; y en 1561 se trasladaron al local que últimamente ocuparon en la de la compañía. La iglesia de este colegio es en la que hoy se hallan la colegiata del Salvador, y la parroquial de San Justo y Pastor; en el general de sus estudios la universidad literaria, como ya se dijo; y el resto del edificio está destinado á cuartel de infantería.

COLEGIO DE SAN GREGORIO EL BETICO. Tuvo principio este colegio de clérigos menores en 1638 en una casa de la calle de Elvira; de ella se trasladaron á otras del Campillo, y por último se establecieron en 1651 en el sitio en que aun existe el edificio que ocuparon á la entrada de la calle de San Juan de los Reyes, el cual hoy está distribuido en habitaciones para familias particulares. Su iglesia fué ermita erigida por los reyes católicos en memoria de los mártires que en el mismo lugar fueron sacrificados.

BEATERIO DEL SANTISIMO. Situado en la calle á que dá nombre junto á la Tinajilla, y antes calle del Corral de Celdran, cuya ermita se erigió á consecuencia de haberse encontrado en la casa que existía en el mismo sitio en que aquella se fundó, ciertas divinas formas, procedentes de un robo que se hizo en la iglesia de Carmelitas Calzados de la ciudad de Alhama, en la noche del 1.º de mayo de 1725.

BEATERIO DE SANTO DOMINGO. Situado junto al ex-convento de este título, próximo á la plaza del Realejo. Tanto en este, como en el anterior, se observa una vida ejemplar, y se dá educacion á niñas de corta edad.

CAPILLA DEL AVE MARIA. Está ocupa un espacio entre la Catedral, el Sagrario y la Real Capilla, que se cedió á

Pulgar para su enterramiento. Se halla entre la puerta de estos dos últimos templos, y no perteneciendo á ninguno de ellos, ha dado origen al proverbio de «*como Pulgar, ni dentro ni fuera.*» En ella descansan los restos de este caudillo. Se hizo esta donacion en virtud de real cédula del emperador Carlos V expedida en la Alhambra de Granada á 29 de setiembre de 1526, á consecuencia de los servicios que Hernan Perez del Pulgar habia prestado en la conquista de este reino, y particularmente, por que hallándose en la plaza de Alhama hizo voto de entrar en Granada, pegarle fuego, y tomar posesion de su mezquita mayor para erigirla en iglesia del Divino Culto, como lo verificó. (Véase la parte histórica.)

El cabildo eclesiástico otorgó escritura en 9 de octubre del mismo año concediendo á Perez del Pulgar sepultura y asiento en el coro de esta santa Iglesia, señalando el que debía ocupar, que fué despues de los dos racioneros mas antiguos. Mas habiendo sido despojado de este privilegio por el mismo cabildo, se entabló pleito con la casa de Pulgar; y despues de varias ejecutorias y acuerdos de la Cámara, y de la Chancilleria de esta ciudad, se vieron los autos en aquel superior tribunal, y conmutada la sepultura cédula de no sepulturarle en el coro de esta Iglesia, sino en el lugar que se le señalase para el efecto.

CASA DE LOS USAS. El sitio que ocupó el aposento donde terminó su vida sirve de sepulcro, hallándose cercado de una reja de hierro el sitio en que espiró. Está situada esta casa en la Carrera de Darro, frente al puente de santa Ana; y pertenecía en aquel tiempo al licenciado Pisa, cuyo nombre aun conserva.

ERMITA DE SAN CECILIO. En las inmediaciones de la Puerta Nueva del Albaicin, se halla un pequeño santuario consagrado á san Cecilio, por creerse que aquel lugar le sirvió de cárcel en tiempo que predicaba el Evangelio en esta ciudad. Nosotros hemos reconocido muy detenidamente el sitio en que se halla esta ermi-

ta; y observamos que ocupa parte de una puerta abierta en el lienzo de muralla, cuyo arco se deja ver claramente. El espacio que aparece desde la bóveda de la ermita hasta el extremo superior del arco, se encuentra cubierto con cantos de ladrillo y barro, lo cual no induce la mayor probabilidad de que aquel paraje tuviese otro uso en tiempo de los árabes que el de comunicar la Alcazaba con el Albaicín.

ERMITA DE SAN JUAN DE LETRAN. Fué su fundador Fr. Alonso Bernardo de los Ríos y Guzman, arzobispo de esta diócesis, el año de 1692; imponiendo á sus capellanes la condición de que enseñasen y esplicasen la Doctrina Evangélica á los vecinos del barrio de san Lázaro, donde está situada.

ERMITA DEL SANTO CRISTO DE LA YEDRA. Se construyó despues del año de 1708 por los vecinos de la calle Real de san Ildefonso, en un extremo de la misma. En ella se celebra misa en los dias festivos.

ERMITA DE LA MISERICORDIA. Está situada en la plaza de los Lobos. Compró el sitio que ocupa y labró el santuario y una casa para establecer un hospital, Diaz Sanchez Dávila, Veinticuatro de esta ciudad, segun escritura otorgada el año de 1549; mas no habiendo tenido efecto aquel pensamiento, sirvió el edificio para convalescientes de otros hospitales, hasta tanto que sus rentas se agregaron á las del Hospicio. La ermita continúa en uso actualmente.

ERMITA DE SAN ISIDRO LABRADOR. Se construyó este santuario en las Eras del Cristo, por los labradores, vecinos de aquel barrio, en el año de 1650, para dedicarle culto á su santo patrono, siendo arzobispo de Granada don Martin Carrillo y Aldrete.



CONTORNOS DE GRANADA CRISTIANA.

Estensos deberiamos ser por cierto si fuésemos á reseñar una por una las bellezas que se notan en los contornos de Granada: mas sin embargo, describiremos aquellas mas importantes, ya por sus recuerdos históricos, ya por que son parte del suntuoso panorama que ofrecen los alrededores de la poblacion; cuya descripcion podrá servir como de introduccion al tratado de Granada árabe, en el cual es preciso estendernos, por cuanto no existe la mayor parte de sus monumentos, ó solo restan ruinas que recuerdan la grandeza y magnificencia de la antigua corte morisca. Cinco puntos de vista pueden ofrecerse al curioso observador, para que desde ellos descubra todo el grandioso cuadro con que la naturaleza y el arte engrandecieron á Granada. Tales son: el Campo de los Mártires, la torre del Sol ó de la Campana, el incomparable mirador que ofrece la parte norte de la placeta de los Algives, la de san Nicolás y el carril de la Lona. Desde ellos, pues, se dá vista á la brillante decoracion formada por variados objetos comprendidos dentro de un alegre y vasto horizonte. La sierra nevada, esas agrestes y elevadas ro-

cas que se alzan gigantescas como centinelas avanzadas de la poblacion, esos imponentes picachos, que esmaltados de plata y nácar, cien siglos y otros ciento desafíaran la injuriosa accion de los tiempos; esas crestas cubiertas de nieve, en que reflectando la radiante luz del astro del dia, ofrecen una perspectiva la mas admirable y sorprendente: y mas en lontananza las sierras de Alhama, Parapanda, Moclin, Colomera, Elvira y Cogollos, cuyas eternas moles presentan variados caprichos, forman una barrera inmensa, y sirven como de baluartes á un estensa y risueña campiña, en que nuevas y brillantes situaciones la hacen incomparable. Cerros aislados, espaciosa colinas abrazan casi toda la poblacion, y la preservan de la cruel impresion de los vientos; montañas prolongadas y guarnecidas de guirnaldas de flores y yervas aromáticas, embalsaman la atmósfera y purifican el ambiente que se respira. La vega, cubierta de una alfombra de verdura embelesadora, de multitud de alquerias, casas de campo y de recreo, regada por infinitos canales, que desprendiéndose del Genil y del Dauro, prodigan vida y vegetacion, ofrece un contraste, un espectáculo el mas deleitable de la naturaleza. La poblacion, que deslizándose en un suelo inclinado, forma al parecer una masa compacta, en la que contrasta la verdura de los jardines, la de los paseos, y sobre todo las esbeltas torres de los templos, que se alzan tristes y melancólicas sobre aquellos apiñados edificios; hé aqui el risueño y magnífico cuadro que presenta Granada, con el cual el alma no puede menos de espansarse, solazándose con dulces y poéticas sensaciones. Entrémos, pues, en la descripcion de cada uno de los monumentos que se conservan en sus contornos, y de los parajes mas dignos de admiracion.

LA CARTUJA. Fué el fundador de esta órden en Granada el P. Juan de Padilla del Paular de Segovia. Gonzalo Fernandez de Córdoba, conocido por renombre de Gran Capitan, hizo donacion del sitio en el mes de noviembre de 1513, y con él las huertas llamadas de la Alcedia; porque asi lo ofreció si salia victorioso de un

hecho de armas, que tuvo lugar en aquel parage. Se principió la obra en el local conocido por la Golilla; pero habiendo sido degollados por los moriscos tres monjes que vinieron de las Cuevas de Sevilla, quedó la fabrica abandonada y con el nombre de Cartuja la vieja. En este estado, pues, el noble caudillo instó para que se fundase en el llano, prometiéndole abonar tambien los gastos; y en 1516 se comenzó la iglesia, concluyéndose el monasterio en el siglo XVII, y algun tiempo despues se adornaron la Sacristia, el Coro, el Claustro y la fachada exterior. Está situado en el arranque del cerro de Ain-adamar, siendo su posicion tanto la mas pintoresca, porque desde él se descubre el delicioso panorama que presenta la vega; cuanto la mas proporcionada á la meditacion y recogimiento, propios de su instituto, por la soledad y melancolia que reina en aquellos parages. La estatua de san Bruno que está sobre su portada es obra de Hermoso, y copia de la célebre de Pereira, que se hallaba colocada en Madrid, en la hospederia del Paular; calle de Alcalá, la cual hoy se conserva por la Academia de nobles Artes. La iglesia es de una sola nave con follages y adornos churriguerescos; y en ella se encontraban muchas obras de gran mérito, de las que han desaparecido la mayor parte. La Sacristia es una pieza magnífica y ricamente adornada; el Claustro principal, de que hoy solo existen ruinas, era bastante estenso, con arcos sostenidos por columnas de órden toscano. Era este monasterio uno de los mas ricos en pinturas y estatuas de un mérito sobresaliente, siendo la mayor parte de aquellas, produccion del célebre lego Sanchez Cotan, de las cuales aun existe en el testero del refectorio una cruz sencilla con tres clavos salientes, que recibiendo luz por una ventana del costado, parece de bulto, y engaña aun á los mas inteligentes: El viajero debe visitar los restos de este monasterio, y observar los primorosos techos de estuco, los zócalos y pavimentos de esquisitos mármoles; sus puertas y cajoneras ensambladas de ebano, concha y nácar construidas por el cartujano Fr. José Vazquez; y otros diferentes ador-

nos dignos de admirarse. Estinguidas las órdenes religiosas en 1835, se enagenó este edificio; el nuevo dueño principió la demolición; y en el día solo existe la iglesia, que sirve de ayuda de parroquia y el claustri- llo; y esto acaso también se hubiera derribado si no se prohibiese espresamente la continuacion del derribo por un real decreto en el año de 1842. Dentro de la cerca de su huerta se notan aun algunas ruinas, que recuerdan la dominacion árabe. (Véase Granada árabe). La causa de esta ereccion ofrece una tradicion interesante.

ERMITA DE SAN SEBASTIAN. Está situada á la margen izquierda del Genil, en el camino de Armilla. La inscrip- cion esculpida en una lápila que se colocó en el costa- do meridional de esta ermita dá una idea de su erec- cion. Hé aquí su contenido: «Habiendo Muley Boau- deli, último rey moro de Granada entregado las llaves de esta dicha ciudad el viérnes dos de enero de 1492 á las tres de la tarde en la puerta de la Alhambra á nuestros católicos Monarcas don Fernando V. de Ara- gon y doña Isabel de Castilla despues de 777 que esta ciudad sufría el yugo Mahometano; desde la pérdida de España acaecida en domingo 2 de noviembre del año de 714, salió dicho católico Rey á despedir al espresado Boaudeli hasta este sitio, antes mezquita de moros y entonces erigida en ermita de san Sebastian, donde dieron las primeras gracias á Dios nuestro Señor el glorioso conquistador y su ejército entonando la Real Capilla el *Te-deum* y tremolando en la torre de la Vela el estandarte de la fé; en cuya memoria se toca á di- cha hora la plegaria en la Catedral, y se gana indul- gencia plenaria; rezando tres Padre Nuestros y tres Ave Marías.»

En efecto, segun algunos historiadores, existia inme- diato á la mezquita un corpulento árbol, en cuyo tronco se apoyó el altar de campaña que los Reyes llevaban consigo, ante el cual dieron gracias al Supremo Dios por el gran triunfo que acababan de conseguir. El edi- ficio es cuadrado y de tosca y antigua arquitectura; pero la memoria de su origen lo hace digno de venera-

cion. En él se celebraba misa todos los días de fiesta; lo cual era sumamente ventajoso para los labradores de aquel pago, escusándoles tener que venir á la ciudad. Este santuario, que era uno de los monumentos mas antiguos y apreciables de Granada, se convirtió en tea- tro de orgias dedicadas á Baco; lo cual no podrá me- nos de ser una mancha para la corporacion municipal; que en vez de cuidar de él y de conservarlo, lo cedió por un mezquino arrendamiento, para que se profana- se, alejando de él la veneracion que le era debida.

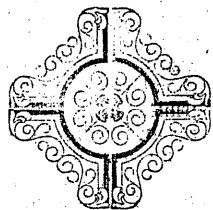
SAN BASILIO. Fundóse este monasterio el año de 1614; á la margen izquierda del Genil, y en terreno propio de la casa de los Trugillos: Hizo la donacion doña Francisca Giron, viuda de don Alonso Núñez Bo- horques, en 19 de enero de aquel año. Hoy pertenece al duque de Gor y está destinado á diferentes usos.

SAN ANTONIO DE PADUA. Se fundó esta casa el año de 1536. Está situada en la cuesta de su nombre y cami- no de Guadix, en terreno en que habia establecidas unas alfaharerias. Atraviesa su huerta una parte de la muralla nombrada de san Cristobal; y en ella existe tapiada una de las antiguas puertas del Albaicin. Hoy pertenece este convento á dominio particular; y parte de él se halla distribuido en habitaciones, y parte dedicado á establecimientos fabriles y á usos de labranza. (Véase Granada árabe.)

CARMELITAS DESCALZOS. Se erigió este convento el año de 1573. En el local que ocupaba fundaron los Re- yes Católicos una ermita, intitulada de los Santos Már- tires; la cual fué despues cedida á aquella comunidad, con algun mas terreno para que labrase el convento. Este fué enagenado y demolido: se ha construido una casa de recreo, que disfruta de buenas vistas. En su huerta se eleva un corpulento cedro, único que se co- noce en nuestro pais, y nos trasmite una importante tradicion; hoy es propiedad de la Hacienda Nacional. La colina en que estaba situado aquel santuario con- serva importantes recuerdos históricos y religiosos. (Véase Granada árabe.)

ERMITA DE SAN MIGUEL. Se construyó en el monte lla-

mado de la Oliva, conocido hoy por el de san Miguel; y en el sitio en que se hallaba una torre antiquísima ruinoso, nombrada del Aceituno. Se principió la fábrica en 1671 por don Diego Escolano, arzobispo de esta diócesis; pero habiendo fallecido el año siguiente, la continuó don Luis de Luque, cura propio de san Luis y san Gregorio. Se celebró en ella la primera misa en 29 de setiembre de 1673. La efigie del santo Arcángel se colocó en la ermita el año de 1675. En los primeros años del siglo actual fué destruido este santuario, y reedificado despues por los vecinos del barrio del Albaicin. En el de 1629, día de san Agustín, descargó en este cerro tal tormenta, que inundando aquel barrio, destruyó una multitud de casas, y causó perjuicios incalculables.



GRANADA ARABE.

Reino árabe de Granada.

SU FUNDACION Hemos visto en la parte histórica la desastrosa y sangrienta guerra civil que por el discurso de muchos años asoló nuestro país; y hemos visto también la serie de caudillos ambiciosos que unos en pos de otros aspiraban al mando independiente de nuestras provincias, antes y despues del califato de Córdoba, en el cual se reasumió todo el poder árabe desde el gobierno supremo de Abderraman I. Ninguno de aquellos pretendientes consiguió consolidar su poder, y si solo ocasionaron males sin cuento, hasta que en la egira 403 (á 1013) Soliman I, califa de Córdoba, dió el señorío de Granada á Abu-Mozni Zawi Zeiri, del linage zeyrita, y conocido también por Almanzor El-Zanhegui, en recompensa de los servicios que le habia prestado para conseguir el supremo poder. Este caudillo se hizo dueño de todas las poblaciones de nuestro país, y se hizo también independiente del rey de Córdoba, despues de la muerte de Almortadi.

Le sucedió Aben-Habuz, Ben-Balkin, Ben-Zéiri, su sobrino, quien gobernó en la misma forma hasta el año de 1038 en que murió.

Bedici Ben-Habuz-Almudafar, su hijo, continuó en el gobierno hasta el año de 1072.

Sucedióle su sobrino Abdallá Ben-Balkin, que fué destronado por Jusef, caudillo de los almoravides, el año de 1090; concluyendo en aquel régulo la dinastía zeirita de Granada.

Continuó Jusef sus conquistas y adquirió una gran parte de Andalucía, que gobernó con acierto hasta que murió en 1106.

La guerra civil se encendió de nuevo; y por último los almohades llegaron á dominar nuestro país el año de 1147; mas no por esto dejó de derramarse sangre agarena entre los mismos hijos del Islam.

La batalla de las Navas de Tolosa, dada el 16 de julio de 1212, en que las armas de la media luna quedaron vencidas, y la continuacion de la guerra civil, fueron los principales elementos que contribuyeron á la fundacion del trono de Granada. Jahie Anasir, á la cabeza de una numerosa hueste, se declaró independiente en la Alpujarra y Jaen, y principió á hostilizar á Aben-Hud, señor de Murcia. Encomendó el mando del ejército á su sobrino Alhamar; mas habiendo sido herido en el sitio de Jaen, murió á pocas horas, dejando por heredero á su jóven pariente, con especial encargo de que lo vengase. Rindióse aquella ciudad, defendida por los aben-hudes, y las de Baza y Guadix; declaróse en su favor la Alpujarra, y fué proclamado rey de Granada; Jaen y Almería. Estas victorias y las del rey Fernando el Santo, desconcertaron absolutamente al partido de Aben-Hud, que murió asesinado en Almería. Terminada la guerra civil y tranquilo nuestro país, Aben-Alhamar se retiró á Granada, estableció en ella su córte, y se dedicó asiduamente á proporcionar á sus pueblos cuantos bienes, cuanta felicidad puede crear un rey justo, benéfico y magnánimo.

SITUACION Y LIMITES. Como quiera que las conquistas

de los Reyes Cristianos fuesen paulatinamente disminuyendo las poblaciones sujetas al poder mahometano, no será posible fijar sus límites exactamente; pero concretándose á época en que el gobierno islámico se hallaba consolidado, y en su mayor áuge, principiaban al E. en las playas de Mojacar, y seguían por los confines de Lorca á la ciudad de Huescar; desde cuya poblacion continuaban por Quesada, Bedmar, La Guardia, Torre-Campo, Alcalá la Real, Iznajar, Archidona, Antequera, Hardales, Gimena, y las vertientes occidentales de sierra de Ronda, hasta las márgenes del rio Guadiaro, en los confines de Gibraltar. De aquí continuaban por el litoral del Mediterráneo hasta Mojacar. Comprendia varios climas completos, que eran el de Elvira; Begaya, (Almoría) y Riat (Rute); y parte del de Aljarrate, con algunos otros pueblos, que pertenecian á climas diferentes.

Division. Los habitantes de la Alpujarra eran naturalmente indómitos y belicosos; y las asperezas del terreno les proporcionaban puntos ventajosos de defensa en sus continuas revueltas; así que convencidos de ello los soberanos de Granada dividieron aquel territorio y algun otro colindante en pequeños partidos, que llamaban *Tahas*, y para cada uno de ellos se nombraba un gobernador, que cuidase de la tranquilidad de los pueblos y de la observancia de las órdenes del gobierno. Las *Tahas* mas notables eran las siguientes: la de *Cehel* su capital (Albuñol), *Ugijar* (Ugijar), *de Beria* (Berja), *de Dalia* (Dalias), *de Boloduy* (Albolodui), *de Andarax* (Laujar), *de Luchar* (Padules); *de Jubiles* (Valor), *de Orgiva* (Orgiva), *de Ferreira* (Busquista), *de Poqueira* (Capileyra), *de Pitres* (Pitres), *de Marchena* (Marchena) y *de Wall-de-Leerin*, (Restabal).

POBLACION. Antes del año de 744 los conquistadores africanos, aun cuando se habian apropiado los pueblos de nuestro país, no puede decirse que fueron sus pobladores, pues la guerra civil que se originó no permitia á las tribus permanencia fija en las poblaciones; mas luego que Hussam terminó aquellas discordias se repartió el territorio, y los vencedores asentaron su residencia.

Los de Damasco la fijaron en Granada, por la semejanza de su terreno con el de aquella gran ciudad; los naturales de las orillas del Jordan en Malaga y Archidona; los palestinos en Ronda, Medina-Sidonia y Algeciras; los de Palmira en Almeria; los de Calcis en Jaen; Persas en Loja; y varias legiones auxiliares en Baza, Guadix y otros pueblos no distantes. La poblacion del Reino de Granada se ha calculado en unos cuatro millones de habitantes; supuesto que ningunos datos estadisticos, completamente autorizados se han trasmitido por los historiadores y geografos árabes de nuestro pais.

PUEBLOS NOTABLES. Lo eran Málaga, Alueria, Baza, Guadix, Huescar, Loja, Ronda, Alhama y otros. Todos estaban murados y fortificados, y para su defensa habia una guarnicion mas ó menos numerosa, según lo requeria la entidad de la plaza, á cargo de un alcaide, que por lo regular eran de sangre real en aquellas ciudades principales. Salobreña servia para retiro de los soberanos de Granada; y para prision ó destierro de personajes elevados. Además habia un número considerable de poblaciones, que aunque no estaban en el rango de las arriba mencionadas, eran bastante populosas; estando todas defendidas con castillos y buenas murallas.

FORTIFICACIONES. Desde los Castillos de Torres-Bermejas y Alcazaba de Granada se estendian á los límites del reino líneas fortificadas, tanto mas respetables, cuanto era mayor la importancia de las plazas. Alhama, Velez-Málaga, Loja, Guadix, Baza, Huescar, Jaen, Purchen y otras, eran de primer orden, con sólidas murallas, abastecidas siempre de víveres y provistos sus algebres de agua, de manera que nada faltase á sus defensores en el caso de verse sitiados por el enemigo. Málaga, Almeria, Salobreña, Almuñecar y otras, se encontraban doblemente fortificadas, pues á ellas estaba confiada la seguridad de la costa. Tanto en el litoral cuanto en el interior, se hallaban multitud de torres aisladas, pero bastante seguras con el objeto de que sus guarniciones se auxiliasen mutuamente en caso de alguna repentina acometida. Todos los pueblos por pe-

queños que fuesen, tenían sus baluartes, y con especialidad en la Alpujarrá, además se encontraban en des-poblado fortificaciones construidas en puntos ventajosos con su guarnicion correspondiente, si bien la mayor parte de aquellas se edificaron en los primeros siglos, en los cuales fué continua la guerra civil, que asoló al pais; hasta tanto que terminó con la consolidacion del trono de Granada. También se estendian multitud de elevados torreones por la planicie de la vega, que podian considerarse como centinelas avanzados, que vigilaban la seguridad de la corte de Granada. De todas estas fortalezas quedan aun algunos vestigios que recuerdan el poder y grandeza de nuestro territorio.

COMUNICACIONES TELEGRAFICAS. Además de los castillos y fortificaciones que dejamos indicados, habia en puntos adecuados torres telegráficas, á que llamaban atalayas, en las cuales existian de continuo vigías, que solo se ocupaban en observar las novedades que ocurriesen, tanto en la frontera, como en el interior del reino, y comunicarlas á la corte y demás poblaciones circunvecinas. Estas comunicaciones se hacian con ahumadas si era de dia; y si de noche con hogueras que se encendian en las mismas torres. De este modo, pues, en breve tiempo se podia en movimiento todo el reino en los casos que se necesitaba reunir fuerzas para hacer frente al enemigo. Aun subsisten algunas de estas atalayas, si bien muy deterioradas ó ruinosas.

SUCESION AL TRONO. Estaba admitida la sucesion hereditaria en el hijo primogénito, cuya declaracion se hacia por el rey su padre; pero la historia presenta casos en que la ambicion dejaba ilusoria aquella declaracion, pues una sedicion destronaba á un soberano; y la altiva aristocrácia, valiéndose de la venalidad del pueblo, nombraba monarca que simpatizara con sus ideas y protegiese las miras de un partido, de los en que se hallaba dividida. La proclamacion del nuevo rey era ostentosa y solemne. Se reunia la nobleza en el salon de Embajadores, donde se hallaban cuatro banderas tendidas en el suelo, con direccion á los cuatro puntos cardinales del globo. Presentábase el sucesor enga-

lanado y cubierto con un rico manto de púrpura; hacia un acatamiento á cada bandera, inclinándose sobre ellas y principiando por la del Norte; llegado que habia á la de Oriente, se detenia y recitaba una leyenda alcoránica. Despues hacia juramento de defender la ley, la monarquía y los vasallos hasta derramar la última gota de sangre por estos tres objetos. Terminada esta ceremonia, uno de los nobles mas esclarecidos, en prueba de obediencia y sumision, doblaba ante el nuevo rey la rodilla y besaba la tierra en nombre de todos los concurrentes: acto continuo los reyes de armas decian: «Dios ensalce al rey nuestro señor;» y en seguida los circunstantes le besaban la mano. El mismo dia paseaba en un gran caballo por las calles de la ciudad precedido de su guardia, rodeado de sus cortesanos, y seguido de una numerosa servidumbre real.

BLASON. La batalla de Alarcos, en que los cristianos quedaron completamente derrotados, y triunfante la media luna, fué el origen del blason de los reyes de Granada. Creian los moros que habian obtenido aquella victoria á consecuencia de que un ángel, cabalgando un caballo blanco y con una bandera que llevaba esta inscripcion: Wa le Galib ile Alá, «solo Dios es vencedor», habia anunciado la victoria; por ello, y del significado de su nombre, compuso Aben-Alhamár su escudo de armas, que era en campo de plata, una faja roja, cuyas estremidades estaban asidas por la boca de dos dragones, y en ella aquella misma inscripcion. Los sucesores del fundador del trono granadino usaron del mismo blason, variando solo los colores; pero nunca el tipo; el cual se observa repetidamente en los suntuosos salones del alcázar régio, entre adornos elegantes y del mejor gusto. El mismo Alhamár, despues que fué armado caballero por Fernando el Santo, varió en azul el color rojo de la faja. Tambien se usaron las mismas armas con cortas modificaciones en las doblas de oro acuñadas en Granada, como se verá en su lugar.

GOBIERNO. La forma de gobierno no era despótico

como ha querido figurarse por algunos historiadores; si era monárquico puro, estando las decisiones del soberano sujetas á un mexuar ó consejo de estado, compuesto de siete individuos que pertenecian á la alta aristocrácia y á las clases de doctores y jurisconsultos; y á pesar de que segun las leyes musulmanas, el soberano de Granada podia estender su autoridad sobre la vida y haciendas de sus vasallos, no le era dable cometer ningun exceso; pues al punto la alta nobleza se declaraba hostil, y el monarca se veia obligado á sucumbir. Además del consejo que dejamos indicado, habia un alcaide de la Alhambra, que era el gefe de la guardia real; un secretario del Tribunal Supremo; un wali ó capitan general, y un almirante. Habia además otros varios cargos, y el rey tenia tambien secretarios privados que comunicaban sus órdenes.

LEYES. Eran notables las sancionadas para los delitos de hurto, adulterio, homicidio y otros que requirían la pena de muerte; pues se necesitaban cuatro testigos presenciales, que constituian prueba plena; sin la cual se atenuaba la pena. Las leyes militares llevaban por enseña humanidad, subordinacion y justicia. Por ellas les estaba prohibido asesinar á los ancianos, á los niños, á las mujeres, á los enfermos; á los eclesiásticos cristianos, á no cojersq infraganti con las armas en la mano ó en connivencia con el enemigo; y por último, á los inválidos. Era condenado á muerte todo el que huyese en accion de guerra sin orden de sus gefes, á no ser que fuese acometido por dobles fuerzas; y finalmente, de los botines, que ya en los campamentos ó en las poblaciones se cogian, correspondia el quinto al erario; y lo restante formaba un cuerpo, que se distribuia dando dos partes al ginete y una al infante.

RENTAS PUBLICAS. Consistian en el quinto de tesoros, de minas y de las presas hechas en la guerra. En un derecho de importacion y esportacion de mercancías, que era la octava parte de su valor, y se llamaba *al-mojarifazgo*; en un 10 p^{te} sobre toda clase de ventas; en el diezmo ó *azake* de todos los productos de la

tierra, productos de la industria y de la ganadería: en un impuesto sobre las tiendas, conocido con el nombre de *tahadil*; y en otro que pagaban los cristianos y judíos. No siempre el tesoro se hallaba en abundancia, pues como era consiguiente, marchaba equilibrado con las vicisitudes de la guerra y demás circunstancias que no pueden menos de influir en el aumento ó descenso de ingresos. Sin embargo, los reyes de Granada, por lo general, estuvieron siempre desempeñados y con fondos sobrantes en caja, después de cubiertas todas las atenciones del reino.

MONEDAS. En el gobierno de la dinastía nazerita de Granada se acuñaron *dineros* ó doblas de oro puro y monedas de plata, bien conocidas por su forma y elegantes caracteres. Eran circulares y cuadradas, y contenían alabanzas á Dios, el año en que se labraban y «acuñada en Granada;» siendo las más notables las del reinado de Juzef I. Eran estas cuadradas, con orlas y letreros circulares. En el anverso decía: «Abdallá Anasir Ledia Allah Juzef, Aben Juzef Ben Mohamad Ben Juzef Ben Ismael Ben Nazar favorézcale y ampárele Dios;» y fuera del cuadro, «acuñada en la ciudad de Granada, á la que Dios guarde.» En el reverso: «Oh vosotros los creyentes, perseverad, sed constantes y pelead; y temed á Dios y así seréis felices.» En los ángulos decía: «Wala Galibi-li-Allah. No es vencedor sino Dios. También se acuñaban otras monedas pequeñas, y por consiguiente de menos valor.

EJERCITO. Permanente solo tenía el rey su guardia y algunos escuadrones de almogavares; pero en tiempo de guerra podían reunirse hasta doscientos mil peones y cien mil caballos; los cuales luego que se terminaba la campaña se retiraban á sus respectivos domicilios hasta que perturbándose la paz, eran de nuevo convocados. Se llamaba á las armas por lo regular cierto número; á no ser que se publicase una cruzada porque se temiese la invasión de una hueste muy considerable. Mandaba las compañías un alférez ó porta-estandarte; las armas adoptadas últimamente eran las de fuego; alfanjes, lanzas agudísimas, y adargas de cuero; y se

usaban también airosas celadas, ligeras corazas y sillas á la gineta. Había igualmente cohortes africanas, cuya arma favorita era un venabio con varias cuchillas, que disparaban con particular destreza.

CONSTITUCION FISICA DE LOS ARABES GRANADINOS. Los hombres eran de mediana estatura por lo comun, cabello negro, proporcionados y airosos, y de mucha robustez. El color de su tez variaba; pues á causa del clima y de la mezcla de razas, fué degenerando el de los primeros pobladores, de manera, que el color tostado africano, se tornó en blanco mas ó menos esclarecido. Las granadinas eran hermosas, de esbelta estatura, bien proporcionadas, elegantes y airosas.

CARACTER. Los granadinos eran tenaces, vehementes, sufridos, generosos, amantes á sus reyes y afables en su trato; las mujeres voluptuosas, discretas y graciosas en lo general; y ostentaban ciertos donaires que las hacían amables, gustosas y dulces en conversacion.

COSTUMBRES Y TRAJES. Tenían los moros un particular esmero en vestir con elegancia; sus trajes mas en uso eran el persa estremadamente lujoso, tejidos con lino, seda, lana y algodón, todo muy fino. Gastaban en el invierno albornoz largo de abrigo, á estilo africano; y túnicas blancas en el estío. El turbante persa solo lo usaban los magistrados, los doctores y los sacerdotes. Los adornos de las damas granadinas eran cinturones, bandas, ligas y cónias labradas de oro y plata con el mayor gusto; redes de los mismos metales para cojer los cabellos, y ricas ajorcas en las pantorrillas; á cuyos atavíos agregaban piedras preciosas, que no podían menos de contribuir á su elegancia. Como efecto de su voluptuosidad, cuidaban mucho de sus cabellos y dentadura, exhalando de continuo suavísimos y fragantes aromas.

Las armas que usaban los caballeros eran magníficos alfanjes con cifras marciales ó amorosas; finos puñales y lanzas, cuyas banderas eran análogas á la riqueza de cada cual: los arreos del caballo correspondían igualmente al porte del caballero. El alimento ordina-

rio era pan de trigo y tortas de cebada; con los demás frutos del país. Por último, la estación de estío; la pasaban comunmente en sus casas de recreo, aquellos que estaban dedicados á la labranza; otros, cuyo carácter era guerrero y belicoso, se retiraban á la frontera, ocupándose en correrías por tierra enemiga.

IDIOMA. Era el árabe puro, pronunciado con la mayor elegancia, cultivado con singular aprovechamiento, y adornado comunmente con proverbios y sentencias.

CIENCIAS Y LITERATURA. Aben-Alhamár fué el primero que desenvolvió el germen de la ilustración. Protegió decididamente las ciencias y literatura, no solo en la corte, sino en las demás ciudades y villas de alguna importancia. Fundó colegios y escuelas gratuitas, y constituyó en Granada el núcleo de la ilustración arábigo-española. Juzef I, no solo aumentó el número de colegios para que la juventud pudiese adquirir útiles conocimientos, sino que protegia á cuantos se dedicaban al estudio de las ciencias, y ofrecia premios á los más sobresalientes. Los árabes andaluces elevaron á su apojeo la química, la medicina, las matemáticas y la astronomía, trasmitiendo á los cristianos de la edad media estos adelantos, que fueron indudablemente el fundamento de descubrimientos útiles hechos con posterioridad. La jurisprudencia era muy estimada y honrosa; la poesía progresó admirablemente, si bien puede decirse que tuvo su cuna entre los árabes, no siendo la historia menos cultivada. En todos estos ramos hubo hombres sobresalientes, cuya memoria no podrá menos de honrar á nuestro país.

ILUSTRACION. De cuanto dejamos indicado respecto á ciencias y literatura, puede fácilmente colegirse cuál seria el estado de ilustración del país granadino; con especialidad desde que se asentó en la Alhambra el trono de los veinte reyes. Asevueltos portentosamente aquellos principios, proporcionaron tales adelantos á la ilustración, que sin aventurar error alguno, pudiera bien asegurarse que hizo mayores progresos entre los árabes granadinos que en ninguna de las demás provincias de España.

AGRICULTURA. Decaída la agricultura en tiempo de los godos, desapareció de un todo por la invasión africana, quedando en una completa nulidad, hasta que trascurridos algunos años y restablecida la paz, los árabes á quienes en el repartimiento del territorio cupo el país granadino, instruidos muy particularmente en la agricultura caldea, aplicaron sus vastos conocimientos al privilegiado suelo de Granada, y obtuvieron los resultados mas ventajosos. En los reinados de Abderraman III, de Al-Hakem II y de Hixem II, cuando aun nuestro país se hallaba con directa dependencia de los califas de Córdoba, se aclimataron en los terrenos templados de la costa, en la vega de Granada, en la de Baza y Guadix y en la Alpujarra las producciones orientales y africanas. El gobierno de los zeiritas, almoravides y almohades protegió la industria agrícola de la manera mas decidida, promulgando leyes protectoras, y estimulando con premios á los labradores. Hubo sabios astrónomos que se ocuparon de la publicación de útiles é importantes tratados de agricultura. Luego que Granada se erigió en reino independiente, tanto Alhamár, fundador del trono de los veinte reyes, cuanto sus sucesores, la dispensaron igual protección. Las continuas guerras con los cristianos trajeron muchos brazos útiles que se hallaban ocupados en el cultivo de los campos; y las repetidas entradas de aquellos en territorio granadino retrajeron al mismo tiempo á los labradores por las reiteradas talas y devastación que causaran en toda clase de frutos. Sin embargo, durante las treguas que frecuentemente se ajustaban entre ambos poderes, los campos se cubrían de esmaltada verdura, y pronto aquellos lugares assolados por los castellanos se tornaban en amenos y risueños verjeles, que remuneraban con exceso los trabajos y dispendios del cultivador.

En varias épocas se abrieron canales principales de riego, cuyas entretregidas ramificaciones por do quier depositaban la abundancia y la riqueza: los cerros de Aynadamar y los conternos de la ciudad se cubrieron de arbolado útil y productivo, y dieron al cultivo los

eriales (alixares) del cerro del Sol; y todos los terrenos se hallaban aprovechados en pastos, plantíos ó sementeras, según su calidad y circunstancias. Convencidos aquellos monarcas de que la agricultura era el ejercicio más provechoso al hombre, de que era una industria agradable á Dios; y que en ella estaba basado esencialmente su poder y su grandeza, la dispensaron todo su favor y protección por medio de reglamentos razonables y benéficos, y de este modo aumentaron admirablemente las producciones, y con ellas la opulencia de mil y mil familias. Este estado floreciente dió al trono de Granada más lustre y esplendor; y puede decirse, que la industria agrícola fué por algunos siglos su principal sosten, el principal apoyo, de su ostentación y de su preponderancia. A la vez que los árabes granadinos desplegaban tan particular esmero, tan particular afición á la agricultura, los de la Alpujarra y demás poblaciones de nuestra comarca, empeñados en rivalizar con aquellos, extendieron el cultivo en sus respectivos territorios, hasta las cumbres de las más áridas y agrestes montañas. La nobleza, los caballeros más ilustres constituyeron un honroso blason en ocuparse en la labranza y mejoramiento de sus heredades; y he aquí el motivo de, que la vega de Granada se poblase de alquerías; y se contasen en ella ciento treinta molinos de agua, y más de trescientas casas de recreo; que un brazo destructor y fanático hiciera desaparecer.

INDUSTRIA Y ARTES. La industria y artes sufrieron en los primeros siglos igual alternativa que la agricultura; pues como esta, no púedea menos de progresar á sombra de una administración protectora y celosa, siempre que los impuestos se hallen equilibrados con sus productos, y en circunstancias pacíficas y bonancibles. La invasión africana las hizo desaparecer de un todo; pero en pos de tan aciago tiempo, luego que el país granadino recobró calma y tranquilidad en el reinado de Moamed-Aben-Alhamar, este soberano se declaró protector de aquellos dos ramos tan importantes á la riqueza pública. No lo fueron menos sus sucesores, entre los cuales hubo al-

gunos que escitaron la laboriosidad y el estudio del industrial y artesano con premios y recompensas. Prueba de los adelantos que hicieron en aquella época son sus tegidos de lana, seda, y algodón; los esquisitos bordados, sus trabajos en piedra, yeso y madera, los efectos de porcelana concluidos en sus fábricas, y otros muchos que pudieramos enumerar.

COMERCIO. Los monarcas mahometanos se interesaron mucho por este ramo; y durante las treguas ó paces ajustadas con la corte cristiana, el comercio se hacia reciproco en los pueblos de la corona de Castilla y de Granada, acudiendo á los mercados multitud de traficantes de una y otra creencia religiosa, porque se les garantia la seguridad personal y sus intereses.

RELIGION. Los árabes granadinos eran ortodoxos y sectarios malequitas. Tenian como todos los mahometanos, cinco oraciones obligatorias diarias; que eran al amanecer, al medio dia, á las tres de la tarde, al ponerse el sol, y despues que anochecha. Celebraban dos pascuas; una que era la grande ó de las víctimas, por que en ella se sacrificaban carneros, camellos ó bueyes con varias ceremonias, en conmemoracion del sacrificio de Abramam. Tenia efecto el dia diez del mes *dulhajiah*. La pequeña ó de *Alfitra* eran á la salida del ramazan ó cuaresma que duraba un mes, en memoria de la bajada del Coran del cielo. Solo duraba un dia, y se festejaba con muchos regocijos; si bien en la cuaresma observaban estricta continencia, desde que la aurora se anunciaba en el horizonte hasta anochecido. Tenian ademas un dia en cada semana consagrado al culto.





DESCRIPCION DE GRANADA. ARABE.

GRANADA, córte del reino mahometano, fué una de las mas populosas de Europa, una de las ciudades mas pintorescas, y una de las poblaciones mas ricas. Granada llegó á contar dentro de sus muros setenta mil casas y unos quinientos mil habitantes. Granada, en fin, segun los árabes, era el paraiso del profeta, colocado en su risueño y despejado cielo. Nada que propender pudiera al placer y al deleite faltaba en la córte islámica. El trono se sostenia con un esplendor y magnificencia incomparables, y se hallaba rodeado de nobles guerreros y diplomáticos, que pertenecian á las tribus mas nobles y esclarecidas. Los abencerrajes, oriundos de la estirpe nazerita; los alnayares, aben-hudes, aben-humeyas, meruanes, zegries, gomeres, marines, zayanitas, azuagos, zenetes, almoradies, zanegas, gazules y otros, eran las familias aristocráticas que residian en Granada, y que obtenian los principales cargos dentro y fuera de ella. Mucho, pues, debieramos estendernos para hacer una estensa reseña de su grandeza, y de cuanto digno de admiracion se encontraba dentro de sus murallas; pero todo lo tocaremos aunque ligeramente. Hablare-

mos primero de su planta, y de sus edificios notables; despues de la Alhambra, y por último de sus contornos.

MURALLAS DE GRANADA. La primera y mas antigua es la de la Alcazaba. Esta, partiendo desde un punto señalado, comenzaba en el castillo de Hizna-Roman, detras del postigo de la iglesia de san Nicolas; seguia su direccion al E. pasando por las Tomasas y exconvento de agustinos descalzos, hasta la puerta de Bib-albonut, situada junto aquel convento; y torciendo al S. entra en la calle de los solares, hasta san Juan de los Reyes; volviendo al O., atravesaba la calle del Almés; siguiendo por bajo del algive de Trillo, placeta de Chavarria, la de Carvajal, cuesta de san Gregorio, por bajo de la Cruz verde y por cima de la placeta de Porras; desde cuyo punto, con inclinacion al N., marchaba por bajo de las placetas del Marqués y Almirante, y por cima de la cuesta de las Marañas, pasando próxima a san José, á la placeta de san Miguel, parte baja de la calle del Arco de las monjas de santa Isabel, á unirse en la puerta Monaita con la que sube por la Alcazaba desde la de Elvira hasta Hizna-Roman, de donde partia. La segunda cerca principiaba en la puerta de Elvira, seguia al E. de la calle de la Tinagilla, placeta de Negrete, Boqueron, al S. de la calle de los Arandas; hasta la Colegiata del Salvador, Universidad, calle de las escuelas, placeta de la Trinidad, desde donde partia al E. y despues al S. por la Pescaderia y Carniceria á la puerta Real, Carrera de Genil, Campillo y Castillo de Bib-taubin; torcia despues hacia la huerta de santo Domingo, en cuyo porton se nota un resto de ella; cuesta de la puerta del pescado calle de los Solares, donde se pierde hasta la puerta de los Molinos. Desde ella vuelve al N. por la huerta de los Angeles, y Realejo á la puerta del Sol, y Torres-Bermejas; desde cuya fortaleza descendia á la puerta de las Granadas, bateria baja de la Alhambra, y Carrera de Darro. Continuaba al E.; y frente al Algivillo variaba su direccion al N. por la cuesta del Chapiz, hasta unirse con la primera. La tercera principiaba en la misma puerta de Elvira, placeta de las Mercedes, camino de

san Antonio, huerta del mismo nombre, puerta de Fajalauza, cerro de san Miguel hasta su ermita; y bajando por la cueva del Cedacero venia á unirse con las anteriores en la cuesta del Chapiz. Este muro era de una argamasa sumamente sólida, y de trecho en trecho tenia colosales torreones cuadrilongos ó semicirculares de grande espesor. Su altura por algunas partes era de mas de sesenta pies castellanos, y su grueso de cinco á ocho.

PUERTAS. Estas murallas se hallaban franqueadas por varias puertas, situadas en los puntos mas ventajosos. En la segunda cerca se contaba la de Elvira, que era la principal de la ciudad; la del Boqueron de Darro, en el parage de este nombre; Bib-Blacha ó del barato, dando vista á san Gerónimo; bib-al-marstan en la Placeta hoy de la Trinidad; Bib-ramela, que juzgamos fuese la puerta Real, destruida en nuestros dias, y que el arco de aquel nombre situado en un ángulo de la plaza, seria comunicacion con el castillo que defendia la puerta principal. Bib-taubin, en el Campillo; Bib-mitre en la cuesta del Pescado; la de los Molinos, situada á la entrada del camino de Güejar; Bib-Albuñest hoy del Sol, sobre el realejo alto; Bib-Laujar, hoy de las Granadas; y Bib-Guedaix ó de Guadix en la cuesta del Chapiz. Las de la primera cerca eran todas interiores, y solo servian para comunicacion con los demas barrios. La principal era la Monaita, sobre la de Elvira, y en ella se enarbolaba una bandera en los casos que era necesario convocar á los soldados zenetes, que se hallaban avecindados en el barrio de este nombre. Bib-Electet junto al postigo de la iglesia de san Miguel; Bib-al bonut ó puerta de los estandartes, llamada asi por que en ella tambien se enarbolaba un estandarte cuando se hacia eleccion de nuevo rey, y estaba situada en la plaza de su nombre; y la conocida hoy por la puerta nueva, que comunica la Alcazaba con el Albaicin. Las de la tercera cerca, eran las de Fajalauza, ó puerta del collado de los Almendrós, y la que existe cerrada en el paño de muralla que divide las huertas de la Alberzana y de san Diego ó san Antonio, llamada comunmente de san Lorenzo,

y en lo antiguo de los Alfahareros. Esta era la principal del Albaicín. Además de las ya referidas, existían otras cuya situación se ignora; y algunos arcos como el de Bib-ramela y Alacabar, que en nuestro concepto solo servían de comunicación á los castillos; en cuyas inmediaciones se encontraban. Todas ellas estaban enchapadas con planchas gruesas de hierro, bien clavadas y aseguradas con rastrillos.

CASTILLOS. En toda la estension de la muralla habia fortines de trecho en trecho; pero la mayor parte de sus puertas estaban defendidas por castillos inexpugnables, como el de Hizna-Roman en la Alcazaba; el de Bib-taubín; el de Bib-Monaita; el de la puerta de Elvira; Torres-Bermejas y otros.

BARRIOS. Establecidos en Granada los árabes de Damasco, se fundó la Alcazaba por Ased El Schebani, wali de Elvira año de 763. Este barrio fué aumentando despues su poblacion, y se dividió en *Cadima* ó antigua, que es la parte mas elevada de la colina; la *Cidá* ó nueva la que hoy abraza la parroquia de san Miguel fundada por Almanzor Abu-Mozni. Habia además el barrio de los mercaderes industriales y estrados, que comprendia la parroquia de san José; y el de la Carauca ó de la cueva, que se estendia por la de san Juan de los Reyes. El Albaicín comprendia todo el terreno contenido dentro de la tercera cerca; y lo fundaron los moros de Baeza, cuando esta se rindió á las armas cristianas el año de 1229; llegando á diez mil el número de sus casas. Antes de este tiempo, segun algunos historiadores, se llamaba el barrio de losalconaros, por hallarse estos avecindados en él. En el resto de la poblacion ó sea dentro de la segunda cerca se situaron los liberitanos, desde la puerta de Elvira basta las inmediaciones de la plaza nueva; y desde aquí principiaba el *Hajariz* ó barrio de recreo que se estendia hasta la ribera de Darro. La Antequeruela, fundada por los moros de Antequera despues que esta ciudad fué conquistada; cuyo barrio está situado por bajo de Torres-Bermejas. El Mauror ó barrio de los aguadores, próximo al anterior; el de los Gomerés, en la calle que aun conserva

su nombre y en las inmediatas; y el Zenete que fué fundado y cercado de muros por Almanzor Abu-Mozni, para aposentamiento de la guardia real.

ESTENSION. Segun Marineo Sículo tenia 12000 pasos de circuito, y 1030 torres repartidas en sus murallas; nosotros nos abstenemos de la crítica en este punto, pero si diremos que tanta grandiosidad seria indispensable debida al reinado de Jusef I; pues este monarca conociendo el mérito de Mumel, Secretario que habia sido de Abdallá, lo conservó á su lado, y por su direccion se hicieron obras útiles y de recreo; tales como algives para el surtido de aguas; amenos jardines y mezquitas.

ARRABALES. Eran los principales el de los judios que se estendia por el campo de *Albunest*, hoy llamado del Principe; el de *Uivalfacarin*, situada por bajo del castillo de Bib-taubín; la *Almoraba* ó rábita, en el local que pertenece al monasterio de san Gerónimo y su huerta; y el de los Alfahareros en el camino de san Diego, próximo á la puerta de aquel nombre.

MEZQUITAS. Eran varias las que existian en la ciudad. La Alhama mayor estaba situada donde hoy el Sagrario; era suntuosa y se construyó en el reinado de Juzef Abul Egiag, que fué asesinado en ella el año de 2354. Otra habia en el Albaicín, iglesia actualmente del Salvador; y la de los moravitos ó monges austeros, y la de los conversos se hallaban en la Alcazaba, erigidas despues en templos dedicados á san José y san Juan de los Reyes. Eran así mismo mezquitas la iglesia de san Gil; y la ermita de san Sebastian en las márgenes del Genil.

HOSPITALES Y BAÑOS. Habia varios establecimientos de ambas clases; entre los cuales enumeraremos el hospital que se hallaba establecido en la plaza de Bib-albonut, que era bastante espacioso, y que despues del alzamiento de los moriscos, se cedió por Felipe III á los frailes Agustinos para que edificaran su convento; los baños públicos en la calle del Agua en el Albaicín, y otros bastante suntuosos en la Alcazaba, local que se conoce con el nombre de placeta de las Minas; y fi-

nalmente, la casa de la Moneda para asilo de mendicidad, de que hablaremos en su lugar.

TORRES-BERMEJAS. Está fortaleza era anterior al establecimiento del trono de Granada, como lo prueban sus cimientos, y es de creer sirviese de defensa al antiguo barrio de los mozárabes. Alhamár la reedificó y la puso en el mejor estado. Está situada al mediodía de la Alhambra, en una colina próxima á ella; y consta de tres elevadas torres, de las cuales la principal es la del medio. En su anchuroso patio tiene un algive, en cuyo fondo existe una lápida con una inscripción. Desde este castillo al de Bib-taubin se cree había comunicación subterránea, según lo han demostrado varios rehundidos que se han hecho en algunos puntos.

CASTILLO DE BIB-TAUBIN. Era de las mejores fortalezas de Granada, y de ella aun existen algunos restos que deben examinarse, en la casa que habita el sobrestante de las obras municipales, próxima al café del Comercio. Los Reyes Católicos mandaron destruir una gran parte de él para edificar el cuartel que hoy está destinado á la artillería; y en el siglo actual se destruyó todo lo que ocupaba el local en que hoy se encuentran los cafés de Luchana, de los Dos Amigos y del Comercio; y el paño de muralla en que se hallaba la puerta de Bib-taubin. En algunas obras de reedificación hechas posteriormente en aquel último establecimiento, se han encontrado estensos subterráneos y otros vestigios que dan una idea de lo bien acondicionada que estaba dicha fortaleza.

En uno de sus patios existe una puerta tapiada que comunicaba á una escalera, que descende á un profundo subterráneo, que en nuestro concepto es bastante anchuroso. Cuando nosotros lo examinamos no nos fué posible descender hasta el pavimento, ya por el mal estado en que se encontraba la bajada, y ya por que su fondo se hallaba pleno de agua. Sobre él se halla parte del cubo destinado á cocina del cuartel de Bib-taubin.

PALACIO DE ABEN-HABUZ. Se construyó en la parte mas culminante de la Alcazaba por los abuelos de Bedici

Ben-Habuz Almudafar, quien lo restauró, y edificó una torre en la que colocó una estatua de bronce, que figuraba un guerrero árabe, armado de lanza y adarga, el cual giraba á merced del viento, con este letrero:

«Dice el sabio Aben-Abuz
Que así se ha de guardar el Andaluz.»

Hoy este edificio pertenece á dominio particular, y estuvo destinado á fábrica de lona y actualmente de asilo de mendicidad.

CASA MARMÓREA. Era el palacio de Mohamed Ben-Zaid Ben-Jaser Wali de Granada, construido junto á la gran mezquita del Albaicín. Se le dió aquel nombre por los finisimos jaspes de que estaba edificada. Dirigieron la obra los primeros artífices árabes, y eran de admirar en ella no solo sus pavimentos de mármol de colores, sino sus amenos jardines, sus suntuosos salones cuya techumbre era de oro y nácar, y su harém. Hoy aun se notan algunos pequeños vestigios de esta grandiosidad árabe.

CASA DE LA MONEDA Ó DEL AZAKE. Fué un establecimiento construido y dotado con munificencia por Mohamed V para asilo de mendicidad y enfermos pobres, en el barrio del Haxarix. No carecia de ninguna de las comodidades correspondientes á su objeto; y en su estenso patio habia un vasto estanque, para que las hondas de sus aguas distrajesen y sirviesen de solaz á los que la desgracia conducia á aquel edificio. Hoy se halla enteramente destruido; y dos colosales leones de piedra que existian en él se trasladaron al jardín del temple árabe del señor Arratia en la Alhambra. Se conserva en su portada, que dá frente al convento de monjas de la Concepcion, en una lápida de mármol de macael, la inscripción siguiente:

«Alabado sea Dios.—Este hospital amparo de creyentes enfermos y necesitados, caridad viviente que Dios permite, perpétua obra pia cuya fama publican cien lenguas, limosna cuyo rédito pagará el Criador de todo, cuando herede los bienes de la tierra; gruta

contra los ardores: lo mandó hacer el Rey Grande, celoso, renombrado, lleno de virtudes, el que hace próspero á su pueblo y venera á Dios en sus ministros; valiente, piadoso, de pecho limpio, guardado de ángeles y del Espíritu, firme sosten de los preceptos, señor de los creyentes, Abi-Abdallad-Mahomad hijo de nuestro señor el Rey Grande, activo, omnipotente, guerrero, recto, galan, feliz, religioso, gobernador de los musulmanes, Abud-Hagiag, hijo de nuestro señor el nombrado, el engrandecido, el sublimado, el protector de los fieles y perseguidor de sus contrarios, Abi Algualid, hijo de Nazar el privilegiado, el que todo lo hace con la voluntad de Dios y en su servicio, eligió esta obra pia desde la entrada de esta ciudad de los creyentes y reunió limosnas que le sirviesen de arco y apoyo todo enderezado á Dios, por que el dá los buenos pensamientos, y así dejó bienes para que le aprovecharan en el día supremo y lumbré para calentar sus manos en el tiempo en que no aprovechara el calor de la tierra. Fué el principio de la edificación á 10 del mes de Muharram de 777 y acabo su propósito á 10 de Jaquel de 778 (1375 de nuestra era.) Dios reciba esta obra y no deje sin galardón á los promovedores. Sea Dios y Mahoma nuestro Profeta con todos sus consortes.» (*)

PALACIO ARABE Existe, aunque completamente restaurado, en la plazuela de Tobar. Es la casa que pertenece al señor duque de Abrantes. Solo se conserva parte de una galería subterránea, que segun su direccion se comunicaria con la Alhambra. De trecho en trecho, y en ambos costados, se notan unos grandes nichos, que es posible estuviesen dedicados á la colocacion de

(*) Hemos adoptado, respecto á las inscripciones árabes que se encontrarán en esta obra, las versiones hechas por nuestro apreciable amigo y distinguido literato don José Gimenez Serrano en su *Manual del Artista y del viajero en Granada*, porque creemos son las mas correctas que hasta hoy se han publicado.

luces para facilitar el paso por ella. Cuando nosotros la examinamos estaba destinada á cuadra.

CASA DEL CHAPIZ, que quiere decir contraste, y servia de aduana para la seda. Estaba situada próximo á la puerta de Guadix, en la cuesta conocida hoy por aquel nombre. Era suntuosísima, tanto por su grande espacio, cuanto por la riqueza de sus adornos. Aventajaba á otros muchos edificios de Granada, por sus inmensos jardines que se estendian en sus inmediaciones, y que hoy están reducidos á huertas de puebla, divididas en bancales. Se observan en el paraje en que se hallaba el edificio, muchas ruinas que han transmitido su memoria hasta nuestros dias, conservándose solo algunos restos de sus preciosos labores de estuco, elegantes columnas, ajimeces, y un gran patio con un estanque y una fuente.

PALACIO DE LOS INFANTES. Estaba situado en uno de los barrios mas preferentes de Granada; era estensísimo y de extraordinaria suntuosidad. Pertenece actualmente al mayorazgo de Campotejar, cuyo marqués es descendiente de la infanta Cetimerien su dueña. Aunque muy disminuido por haberse hecho de sus habitaciones y jardines varias casas y el horno llamado del Colegio, existe una gran parte de él en la calle de la Cárcel Baja, frente al convento del Angel.

MADRAZA. Deseando Juzef I impulsar la ilustracion pública, erigió varios seminarios ó casas de estudio para la juventud; pero la principal fué el colegio que estableció en el edificio que sirve actualmente á la Corporacion Municipal, próximo al Zacatín; que aunque bastante cercenado y reedificado con mal gusto, no puede menos de legarnos la grandiosa memoria de lo que fué, apareciendo hoy estrecho y mezquino.

CASA DEL ALFAQUÍ. Se hallaba situada frente á la Madraza, y próxima á la mezquita mayor de la ciudad. Era un edificio bastante capaz y suntuoso, que despues del alzamiento de los moriscos, se confiscó á uno de ellos, llamado Xama, y se donó por Felipe II para el establecimiento del colegio de S. Fernando, unido á la Real Capilla.

PALACIO DE NONSARA, ó cuarto real de santo Domingo. Próximo al arrabal de este nombre existe aun una parte de aquel magnífico edificio, conocido hoy por el cuarto real de santo Domingo. Era propiedad de los Reyes, y á este ameno paraje se retiraban á menudo para disfrutar de sus delicias. Debe visitarse, pues aun se conserva en buen estado, y su arquitectura es en un todo igual á la del palacio de la Alhambra, siendo notable la inscripcion que se lee en el friso en que descansa la techumbre de la habitacion principal; dice así: Yo tengo mi defensa en Dios que espanta al demonio y le hace buir como los pájaros al caer de una piedra. En el nombre de Dios misericordioso. Dios es el único que puede ser Dios, el que vivirá siempre, el cierto en todo, que no le vence el sueño y tiene un ojo en la tierra y otro en el cielo. El se sana con su propio poder. El sabe lo que tienen los hombres escondido como lo que llevan en sus manos y á la vista de todos y nadie sabe sino lo que él quiere. Su trono se estiende mas que el cielo y la tierra. Su pensamiento no se fatiga. El es el alto y altísimo entre los muy grandes. Para su ciencia no hay nada oscuro. El dá inteligencia y enseña á separar lo bueno de lo malo. Quien dejare la impiedad y creyere, aprenderá á tener doctrina firme, porque Dios no titubea. Dios es guía de creyentes y sudado les hace salir de las tinieblas y los baña de luz. Los que apostatan con pacto del infierno y de la luz entran en el oscuro de las tinieblas y se consumen con un fuego que no alumbrá. Dios solo dice verdad en todas las cosas.

PALACIO DE DARLAHORRA ó DE LA DONCELLA. Ocupaba el local del convento de santa Isabel la Real: era suntuoso como todos los demás, y pertenecía á una infanta mora, de donde tomó el nombre de palacio de la Doncella ú honesta. Los Reyes Católicos lo donaron á Fernando de Zafra, y este lo cedió para que se erigiese en el aquel convento.

CUARTEL DE LOS ALMOGAVARES. Se conoce hoy con el nombre de Casa del Carbon; y era un grandioso edificio destinado á habitacion de un cuerpo de guardia

real, que se ocupaba en recorrer la vega y circunferencia de la ciudad de noche y dia. Los maltratados arabescos que aun se conservan en su fachada principal, son una muestra de que no seria inferior á los demás edificios de su clase. Sirvió de coliseo despues de la conquista, hasta que se labró el de la Puerta Real.

PALACIO DEL GRAN CAPITAN. Donaron los Reyes Católicos á Gonzalo Fernandez de Córdoba un magnífico palacio que habia pertenecido á una esclarecida familia árabe, situado en el extremo superior de la calle de san Matias. Despues la duquesa de Sesa hizo merced de él á la comunidad de religiosas Carmelitas Descalzas, las cuales lo redujeron á claustro, en que hoy residen.

CASA DE LAS TUMBAS. Este edificio, que eran unos baños árabes, se halla en una calle próxima á la iglesia de san Andres. Se encuentra casi destruida por algunos hundimientos que ha sufrido, enterrando en sus ruinas á varios vecinos de ella. Tomó, sin duda, el nombre de las Tumbas, por que en una habitacion estrecha, y que conservaba, cuando nosotros la visitamos, algunos restos de su primitiva arquitectura, se observan á derecha é izquierda, dos nichos grandes, que daban comunicacion á dos anchurosos y profundos huecos, cuya oscuridad nos impidió examinarlos interiormente. Los restos de este edificio están habitados hoy por familias pobres; y solo se notan sus murallones de argamasa y la estancia del estanque dedicado á almacen de madera.

ZACATIN Y ALCAICERIA. El gran comercio que los árabes hacian en ambos parajes de toda clase de géneros era extraordinario, y Aben Alhamár hizo de la Alcaicera el mercado mas rico de la península; de manera, que eran puntos bien conocidos en España y fuera de ella. La Alcaiceria sufrió pocos años hace un horroroso incendio que la redujo á escombros; pero despues ha sido restaurada, formando un pasaje, cuya arquitectura quiere imitar á la arabesca; y en él se encuentran muchos establecimientos mercantiles y de otras clases. Antiguamente dependia esclusivamente del Go-

bernador de la Alhambra, el cual nombraba su alcaide, cuyo cargo era considerado como honroso, y disfrutaba fuero de casa real.

BAÑOS ARABES. Este edificio es hoy conocido por lavadero de santa Inés. Existen algunos restos dignos de visitarse, por cuanto, aunque muy variados, presentan su antigua grandeza: un gran patio, con algunos restos de un estanque, las habitaciones de descanso, el depósito de agua fría, y la estufa, por donde se entraba á los deliciosos jardines, poblados de frutales, laureles y palmeras.

Bien pudiéramos estendernos á mencionar otros muchos edificios y establecimientos notables; pero nos abstenemos, por cuanto aunque fuésemos tan concisos como lo hemos sido en los reseñados antes, nuestro libro se haría voluminoso, no creyendo de importancia aquella digresion, pues nada existe en Granada que merezca ser visitado por el viajero, fuera de lo que dejamos referido, pues la injuria de los tiempos, la desidia de los hombres ó el fanatismo, han destruido los mas apreciables monumentos que no podrian menos de honrar á Granada.

LA ALHAMBRA.

LA ALHAMBRA ó CASA ROJA. No era solo un recinto de defensa en casos dados, sino tambien de recreo, de gozes y de deleite. Era la encantadora mansion do el amor tenia establecido su trono, rodeado de pensiles y auras deleitosas. Era el edem del profeta do se respiraba aquella suave y fresca brisa que renueva el alma y le da aliento; era en fin el arquetipo de la arquitectura árabe, do se ostentaban con asombro los progresos de las artes y la riqueza del pueblo granadino.

Aquel recinto, pues, estaba rodeado de una gruesa y elevada muralla, fránqueada por varias puertas forradas de hierro, y de las cuales estaba encargado un alcaide de ilustre estirpe. Tenia 2690 pies castellanos de E. á O. y 730 de N. á S., pudiendo contener cuarenta mil combatientes. El palacio tenia 400 pasos de longitud y 250 de latitud, y en él había cinco patios y cuanto era conducente al objeto y grandiosidad del edificio. Algunos embovedados lo ponian en comunicacion con la ciudad en varios puntos de ella, y aun fue-

ra de sus muros. Por último, la régia estancia situada en una colina que domina la poblacion, se elevaba magestuosa entre gigantescos torreones, entre suntuosos y elegantes palacios, cuyas almenas y plateadas cúpulas contrastaban admirablemente con la verdura de la corpulenta arboleda de sus bosques sombríos. Multitud de jardines formaban parte de su circunvalacion, y en ellos se habian aclimatado las frutas mas regaladas y las flores mas esquisitas.

En vano nos propondríamos hacer una descripcion circunstanciada de lo que fué la Alhambra de Granada; por mucho que en ella nos estendiéramos, por mucha claridad que usásemos, siempre seria difícil su comprension, aun á aquellos que se hallasen dotados de la mas viva y vehemente imaginacion. Una parte muy considerable de sus monumentos ha desaparecido, y los que existen nos han transmitido solo una remota idea de su grandeza y suntuosidad; hasta el palacio regio, esa joya de inestimable precio, ha sido escatimada en no pequeña parte, para ser sustituido con ruinas, ó con mezquinos edificios. Así, pues, nos ocuparemos solo de la descripcion de lo que existe hoy, y haremos una reseña exacta aunque sucinta; por cuanto hemos dicho y repetimos que los monumentos de Granada deben visitarse para admirarlos.

Esta fortaleza y todos sus agregados pertenecen hoy al patrimonio real; y aunque se estan haciendo actualmente algunas obras de reedificacion en ella, debiera tenerse mejor atendida, y muy particularmente remediar el daño que el rio Darro ha causado en la colina en que está construida; pues de otro modo llegará el día de su ruina por la parte en que está situada la torre de la Vela, frente á la iglesia de san Pedro.

PUERTA JUDICIARIA ó sea puerta Bib-sh-shari-ah, puerta de la Ley. Llamábase así porque en ella administraba justicia el cadí, segun costumbre oriental. Está defendida por dos torreones de una solidez particular, en los cuales hay habitaciones bastante capaces. Sobre la clave del arco exterior, que es de herradura y con 35 pies de altura, hay una losa de mármol blanco, en la

que está grabado un brazo con una llave, que segun algunos historiadores, es geroglífico que representa el poder de Dios; la mano es un compendio de la ley mística; y estendida el mejor preservativo sobre toda clase de maleficios. La llave es signo de la misma ley, que indica la facultad esclusiva concedida por Dios á Mahoma para abrir y cerrar las puertas del Cielo. Por tradicion se cree que los árabes granadinos decian á los cristianos: *luego que esta mano coja la llave y abra la puerta entrareis en este alcázar*. Esta primera puerta está forrada de planchas de hierro como todas las de las fortalezas árabes. Hay otra en el interior, cuya arquitectura y decoracion son del mejor gusto; y en la clave del arco tiene como la anterior otra llave esculpida, y tres conchas labradas en las enjutas. En su dintel hay esta inscripcion: «Mandó labrar esta portada, llamada Judiciaria, con la cual Dios altísimo haga dichosa la ley de los hijos de salvacion Abi Abdeli Abul Haxis Juzef Ibni, Abul Haxis, Ibni Nazar; mantenga Dios en las morismas sus obras pias y caritativas, y quede la sucesion de sus victoriosos hechos en sus descendientes. Labrose en 27 dias de la luna de Maulut el enjendradizo, año de 647.» (1308.)

Entre los adornos que se notan en los capiteles de las columnas que sostienen el arco se lee en arábigo: «Dios sea alabado. No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta. No hay fortaleza sin Dios.»

El interior de esta entrada consta de tres bóvedas revueltas con el objeto de facilitar su defensa. En la última hay un retablo con una Virgen pintada, y próximo á él otra inscripcion que dice así: «Los muy altos Católicos y muy poderosos Señores don Fernando y doña Isabel, Rey y Reyna nuestros señores conquistaron, por fuerza de armas este reino y ciudad de Granada: la cual despues de haber tenido SS. AA. sitiada mucho tiempo, el rey moro Muley Hacén, le entregó con su Alhambra y otras fuerzas, á 2 dias de Enero de 1492. Este mismo dia SS. AA. pusieron en ella por su alcaide y capitán a don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, su vasallo; al cual partiendo SS. AA.

de aquí, dejaron en la dicha Alhambra con quinientos caballos y mil peones; é á los moros mandaron SS. AA. quedar en sus casas, en la ciudad y sus alquerías. Como primer comandante dicho conde, mandó hacer este algive.»

PLAZA DE LOS ALGIVES. Daba entrada á ella otra gran puerta, que fué demolida. Tiene esta plaza 24.320 pies superficiales; á su parte N. está el delicioso mirador que da vista al valle del Darro, y al E. el palacio de Carlos V. Toma su nombre de los algives que se encuentran debajo de ella. (Véanse en su lugar.)

PUERTA DEL VINO. Es un pequeño templete situado á la derecha de la entrada á la plaza de los algives, con 660 pies cuadrados con cuatro arcos de entrada. Se ha conservado hasta nuestros días con sus adornos y elegantes agüezes; y se le ha dado el nombre de Puerta del Vino, porque disfrutando los vecinos de la fortaleza de la Alhambra del privilegio de traer vinos de Alcalá para su consumo, se depositaba aquel género en el recinto que queda reseñado para su venta. En la puerta de O. había una inscripción que decía así: «Mi ayuda en Dios; apedreador del demonio. En el nombre de Dios que es misericordioso y tiene misericordia. Sed Dios con nuestro Señor y rey nuestro Mahomad y con sus aliados amigos, salud y revelación clara. Y Dios te ha perdonado lo pasado y porvenir de tus pecados. Y cumplió su beneficio en tí. Y te ha guiado por la carrera derecha. Y te ha esaltado Dios con su sublimación alta. La honra á nuestro Señor el rey Abu-Abdalláh á quien Dios ensalce.»

ALGIVES. Están situados debajo de la planicie de la plaza de su nombre. Tienen en ella su entrada, y además hay otra inutilizada. La escalera es cómoda, y desemboca en un salón de 808 pies cuadrados. La bóveda está sostenida por cuatro arcos de algo más de dos pies de grueso. Otros cuatro comunican este algive con otro situado á su izquierda igual en estension y arquitectura. El pavimento es de ladrillo y sus muros se hallan cubiertos de petrificaciones. Reciben el agua de la acequia de la Alhambra, que sangra al río Darro fren-

te al cortijo de Jesus del Valle, y desaguan por un grifo de bronce colocado en el bosque. Para extraer la del consumo diario que es grande por cierto en Granada, tiene dos conductos perpendiculares de más de veinte varas de profundidad. Su fábrica es árabe y deben ser visitados por el viajero.

LA ALCAZABA. Está situada esta ciudadela á la izquierda de la plaza de los algives, y se construyó en el reinado de Alhamar. En un paño de muralla que corre N. á S. hay tres torreones colosales; dos de ellos destruidos, pero sus ruinas indican aun su grandeza. El otro llamado del Homenaje, que aunque muy deteriorado, se halla habitable, sirve para prision de reos militares. A la izquierda de esta torre existen otras fortificaciones, á que se dá el nombre de *Armeria*, destinadas hoy á cuartel de los confinados que componen la brigada que se ocupa en las obras del real sitio. En un cubo próximo á la alcazaba existe un algive arruinado, y cuya fábrica es moderna, al cual sin duda se refiere la inscripción de que hablamos en el artículo de la Puerta judiciaria, que es posible estuviese colocada en él.

PLAZA DE ARMAS. Está situada por bajo de la torre de la Vela, y tiene su entrada al S. de la alcazaba. Se encuentra destruida y en sus ruinas se han hecho huertos. Antes de entrar en este recinto hay un pozo, cuyas aguas se creen vulgarmente medicinales para ciertas enfermedades.

TORRE DE LA CAMPANA. Es la principal de la Alhambra y está situada al O. del palacio real. Su interior nada ofrece de particular, y su escalera es bastante dificultosa. Tiene 82 pies de altura, y su planta 3.136 cuadrados. Llámase de la Campana ó de la Vela porque en ella está la que sirve para arreglar los riegos de la vega durante la noche; siendo la opinion comun que se colocó por disposicion de los Reyes Católicos. Fue la primera de su clase que se construyó en el reinado de Alhamar, y hoy forma parte de las armas de Granada, por cuanto su sonido en 1843 produjo en una parte de los habitantes, de la ciudad un efecto portentoso, in-

fundiendo en ellos *esforzado valor* para defenderse de las tropas que la sitiaban.

LOS ADARVES. Estos fueron contruidos por el marqués de Mondejar; hoy aquel paraje es delicioso y debe visitarse. Si se dá crédito á una tradicion vulgar, fué costeadá su obra con el tesoro que se encontró de arenas de oro en unos escelentes jarrones de porcelana que se conservan en el palacio árabe.

TORRE DE LOS SIETE SUELOS. En el lienzo de muralla de la parte meridional y entre la sombría alameda que cubre de los rayos del sol el camino que desde la puerta de las Granadas sube á la huerta de Fuente Peña, se alza magestuosa, aunque muy deteriorada, la torre de los Siete Suelos que defendía la puerta principal de la Alhambra, con otras dos elevadas torres cuadradas, casi destruidas. Aquella es un cubo de bastante diámetro, con siete bóvedas ó descansos, cuya bajada se halla hoy obstruida completamente. En el centro se observa como un taladro ó respiradero cerrada su circunferencia con un muro de la misma argamasa de que es toda la torre. Por esta puerta, que hoy está cubierta de escombros salió el rey Boabdil para dejar á Granada despues de formalizadas las capitulaciones, bajando por el Campo de los Mártires y parte superior del barrio de San Cecilio, á buscar el río Genil á cuya ruta se le dió el nombre del camino del Rey Chico. La torre que nos ocupa ha sido por muchos años misteriosa para los granadinos, por creerla guardada por Willis y encantadores, creyéndose vulgarmente que al mediar la noche abandonaban su guarida para recorrer las calles de la ciudad.

Es lo cierto que este antiguo baluarte morisco que actualmente está destinado á fonda, conserva una tradicion histórica, en verdad interesante.

TORRE DE LAS INFANTAS. No tan deteriorada como la anterior, se encuentra habitada por familias pobres. Los pocos adornos que aun se notan en sus paredes ennegrecidas con el humo, dan una prueba de su grandeza. Se cree estuviere destinada para habitacion de las infantas de Granada; siendo de notar la distribucion de

sus varios departamentos y galerias y sus graciosos arabescos que aunque maltratados, como se ha dicho, deben examinarse.

LA TORRE DEL AGUA. Está situada en el paño de muralla de la parte occidental; no puede habitarse por estar cuasi destruida.

TORRE DE LA CAUTIVA. En el mismo estado que la anterior. Habitó en ella doña Isabel de Solís, antes de desposarse con el penúltimo rey de Granada, de cuya importante tradicion conserva su nombre.

TORRE DEL CANDIL. Está situada en la misma muralla y tan ruिनosa como las dos anteriores.

TORRE DE LOS PICOS. Se halla próxima á la Puerta de Hierro; está en estado ruिनoso; y solo la sostiene la solidez de su fábrica, superior á la de todas las demas de que hemos hablado. Atraviesan sus cimientos una galeria que segun se cree se dirigia desde el palacio á aquella misma puerta.

LA RAUDA. El panteon régio se hallaba en el costado oriental del palacio. A la derecha del patio de los leones entrando por el del estanque, se observa una puerta pequeña que ledaba paso. Fué construido por Mohamed II; y en una casa colindante se conserva en su bajo aunque muy deteriorada, la principal estancia de la última mansion de los reyes de Granada. Tiene aquella 225 piés cuadrados; estaba cubierta con una cúpula y le prestaban luz doce ventanas. En cada uno de sus testeros hay cuatro arcos que la ponian en comunicacion con otros departamentos, que servian para purificar los cadáveres. En este recinto de la muerte se encontraron el año de 1574 cuatro inscripciones sepulcrales grabadas en alabastro con letras doradas sobre un fondo azul. Segun Marmol pertenecian á igual número de soberanos, entre ellos Aben-Osmin Hismail y Ahen Juzef.

PALACIO DEL CADI. Estaba situado en la parte oriental del palacio real, y en el lugar en que hoy no se ven mas que jardines. Segun antiguos escritores era suntuoso y debia haberse conservado, como todos los demas edificios árabes, no solo por su mérito artístico, sino por sus recuerdos históricos.

MEZQUITA MAYOR. Como el anterior, se destruyó este edificio y en su solar se edificó la iglesia de Santa Maria, como si en el recinto de la fortaleza no hubiese habido otro local acaso mas apropiado para construir aquel templo. A esta mezquita concurría la familia real para todos los actos religiosos, y puede bien comprenderse por esta sola cualidad cual sería su magnificencia y su grandeza. Escritores árabes han hecho su circunstanciada descripción, y á la verdad, segun ella, sería digna de admiracion.

BAÑOS. En el terreno que hoy comprende la huerta del ex-convento de San Francisco, estaban situados los baños destinados para los infantes y demas familia real. Era consiguiente que su suntuosidad correspondiera al esclusivo objeto á que estaban destinados.

PALACIO DE MUZA. Próximo al del Cadi se hallaba este palacio, de cuya arquitectura ninguna noticia tenemos; pero indudablemente correspondería á la importancia del dueño que le da nombre; puesto que aquel era un príncipe real, hijo de Muley-Hacen y una esclava, segun tradicion.

PUERTA DE LOS SIETE SUELOS. (vease torre de los Siete Suelos.)

PUERTA DE HIERRO. Es otra de las entradas á la fortaleza de la Alhambra; y está situada en el camino sombrío que desde el Algivillo sube á Fuente Peña, llamado tambien del Rey Chico, por que por el salió este príncipe para dirigirse al palacio de Dar-la-horra en el Albaicín, con el objeto de empeñar la contienda con su padre para que abdicarse la corona. Se llama vulgarmente de hierro por que está forrada con chapas de este metal; si bien nosotros juzgamos con algun fundamento era la de Nexte, de que hablan algunos escritores.

Esta puerta tiene una tradicion de encantamiento, á la verdad interesante.

MIRAB. Debe visitarse este elegante templete ú oratorio, restaurado recientemente: tiene 12 pies de ancho y 11 de largo, y dos ajimeces en los lados, con un nicho en el fondo, destinado á colocar el Coran, cuando alguna persona real se retiraba á aquel paraje á ha-

cer oracion. Pertenecia al palacio y hoy al señor Arratia. Desde sus ajimeces se descubre el mas variado y sorprendente pavorama. En el jardín que está á su entrada se con ervan los dos colosales leones que estaban en el estanque de la casa de la Moneda.

PALACIO ARABE.

La planta de este suntuoso edificio era de cuatrocientos pies de largo y 250 de ancho, sin que en este local se comprendiesen las magníficas habitaciones de los infantes y las de los personajes, que componian la servidumbre real; pues unas y otras se estendian hasta la nombrada torre del Agua. Su fachada principal era la del mediodia, destruida cuando se construyó el palacio de Carlos V; y su puerta era adecuada á la grandiosidad del edificio, con otras dos colaterales, que aunque mas pequeñas, estaban como aquella primorosamente adornadas. Tenia cinco vistosos patios, de los cuales dos estaban preparados para la estacion de invierno. Un azulejo colocado sobre una de las puertas colaterales tenia esta inscripcion: «Entra y pide, no temas de pedir justicia que hallarla has »

PATIO DE LOS ARRAYANES Ó DE LA ALBERCA. Es el primero que se encuentra á la entrada que hoy existe. Llámase así por el gran estanque que hay en su centro de 124 pies de largo, 27 de ancho y cinco de profundidad;

y por el seto de arrayanes colocado en su alrededor. Dos grandes tazas de mármol lo surten de agua; y según la opinión de algunos, estaba dedicado para las abluciones de la familia real. La extensión de este patio es de 150 pies de longitud y 82 de anchura, ó lo que es lo mismo, 12300 superficiales y su pavimento de mármol de Macael. Dos suntuosas galerías, sostenidas por elegantes y esbeltas columnas corren en los costados de N. y S.; en esta abundan las leyendas «Solo Dios es vencedor» «No vence si no Dios» «Dios es omnipotente» «Glorificado sea Dios» «La eternidad de Dios etc.» repetidas en medallones y en franjas labradas del más exquisito gusto. En el interior de ella existe una puerta que era la entrada principal del palacio. Su pared estaba labrada con preciosos relieves; y su techo era digno de admirarse por su extraña construcción. También es digno de examinarse el alhamí situado en la pared del E., en el cual se lee esta inscripción: «Dese gloria á nuestro rey y señor Abul-Hagiag y ayudado sea de Dios» Las hojas de la puerta son así mismo del mayor mérito artístico. Encima de esta galería se alza un entresuelo; y sobre él otra igual en un todo á la inferior. En este patio recibió Mohamed III á los sublevados, que, atropellando las guardias le hicieron abdicar, después de haber maltratado á su vaciar.

PATIO DE LOS LEONES. Próximo al anterior y separado de él solo por un vestíbulo está el patio de los Leones. Es este una de las principales maravillas del palacio. Su planta es de 73 pies de ancho; 126 de largo y 22 de alto; y está rodeado de una magnífica galería que descansa sobre 124 columnas de alabastro de diez pies de altura, colocadas en grupos de cuatro y de tres, y en los costados de dos y de una. Sobre el arco del centro que es el más notable de los tres que le dan entrada, se lee esta inscripción: «Dios es auxilio en cualquiera aflicción, y la gracia que tenéis de Dios mañana.» En el centro se halla la elegante fuente también de alabastro, cuyo már de diez pies y seis pulgadas de diámetro, sostiene doce leones; á ella desciende el agua en cascada desde la primera. En el interior del

patio hay dos cenadores de 20 pies de altura; como las cúpulas, calados y otros adornos; la perspectiva que presenta este patio es tan verdadera sorprendente y maravillosa. El suelo es de mármol blanco y las labores de sus paredes eran sobresalientes. El jardín que en tiempo de los árabes existía en su centro; sus graciosos templetes, y el murmullo de sus aguas, formaban un conjunto á vista del cual, no podía menos el alma de espantarse; sin embargo de que hoy faltan algunas de aquellas esenciales bellezas; la imaginación en este delicioso recinto, no puede menos de remitirse á aquellos tiempos en que el ambiente la multitud vagaban misteriosamente por él. Existen algunas inscripciones, entre las cuales son las más notables las que se hallan esculpidas en la fuente; he aquí su versión: «Bendito sea aquel que dotó al adelantado rey Josef de gracia para vencer con la hermosura de esta estancia á todas las cosas preciadas, y sino ved cómo en este jardín hay maravillas y riquezas tales que Dios no ha creado otras que les iguallen ni aun en los dos santuarios. Y un montón de transparentes perlas cuyo brillo resplandece con la luz continuamente agitada entre la lluvia del blanco aljofar formando un círculo plateado y pareciendo que se derrite en las claras y albisimas piedras de mármol que con su lustre y blancura á líquidos cristales asemejan y se ignora si también es licor que se deshace. No ves con qué confusión cae el agua agrupándose unas á otras las corrientes á manera de un amante apasionado que se deshace en lágrimas y por miedo de su rival las esconde; y disimula su afecto para que no se haga manifiesto? Y quizá no es en realidad el mar de esta fuente más que una blanquísima roca que descansa sobre los leones y de la cual salen corrientes que dan mantenimiento; de igual modo que la liberal mano del califa reparte los tesoros y franquea sus beneficios á los furiosos leones de la milicia. Oh tú que aquí ves estos leones que le guardan, á los cuales parece que solo les falta estímulo para ejercer su furia! Oh tu heredero de la sangre de los Nazeritas, no hay gloria que se iguale con la vuestra que heredais altaza

y poderío con que á los reyes grandes tendreis en menos! La paz de Dios sea con vos perpetuamente teniendo el poder entre las gentes amigas y las enemigas.» Se construyó este patio el año de 1377 reinando Mohamed VI, siendo Aben-Bencind, el arquitecto que dirigió la obra.

SALA DE ABENCERRAJES: Está situada en el corredor de la derecha del patio que acabamos de describir. No es muy estenso; pero tiene en sus costados dos alcobas, y se leen en ellas varias inscripciones que son sentencias del Coran. En su centro está la taza de mármol blanco con surtidor de bronce en la que fueron degollados impunemente, 34 abencerrages por orden de Aben-Osmin decimo septimo rey de Granada, el año de 1433. Las manchas que se observan en la taza, debidas á la influencia atmosférica, las atribuye el vulgo á la sangre de aquellos caballeros. Esta habitación se restauró por Berruquete, despues que á consecuencia de la explosion de los molinos de pólvora del Fargue, se hundió su bóveda.

SALA DEL TRIBUNAL: En la misma galeria y frente al patio de los leones, se halla la sala del tribunal de la audiencia. Los adornos de esta sala eran suntuosos, y aun hoy, despues de los años trascurridos, se nota su magnificencia en sus bóvedas, en los abacos de los capitales, en sus cenefas é inscripciones, en las cuales el oro abundaba con la mayor profusion. Esta sala dedicada, segun se cree, para administrar justicia en casos esclusivos; y de aqui tomaria regularmente su nombre. Tres arcos dan entrada á tres departamentos: en el primero hay varias pinturas mal dibujadas; en el segundo se ven trazadas diez figuras de moros, que al parecer son retratos de otros tantos reyes; y en el último en cuyo testero se observa una cruz pintada, se estableció la parroquia de Santa Maria de la Alhambra, poco despues de la conquista. A estos departamentos suele dársele tambien el nombre de sala de las pinturas. En la del tribunal son muy repetidos los motes con alabanzas á Dios y á Mohamed V; por último, en ella recibió Aben-Osmin al joven Abdilvar despues de

su derrota en la batalla de los Alporchones, y en ella tambien dió aquel tirano monarca la fatal sentencia de decapitacion.

SALA DE LAS DOS HERMANAS. Está situada frente á la de los Abencerrajes; y llámase así por las dos lozas de alabastro que hay en su pavimento con cuatro varas y veinte y una pulgadas de largo, y dos varas y cuatro pulgadas de ancho cada una. En la imposta del primer arco de entrada se leen estos dos letreros: «Ayude Dios á nuestro señor Abul-Hagiag; glorificado sea nuestro rey y señor Abul-Hagiag, á quien Dios ayude. La gracia que teneis, de Dios dimana. Dios es auxilio en cualquier afliccion. La perspectiva de esta sala es por cierto maravillosa, y sus adornos del mas esquisito gusto. En una faja de medallas que corre todo al rededor de la pieza, por cima de su gracioso alicatado, hay estas leyendas:» Mi bella estructura ha pasado ya á proverbio, y mi alabanza está en los labios de todos. Cuantas ásperas y toscas piedras se han empleado en este alcázar, resplandecen con la luz que reciben de la hermosura de este régio palacio: parece que los orbes celestes apresuran su curso para hacer sombra á esta habitación de la aurora, cuando el sol sale mas temprano: los mismos astros con todo su esplendor gozan tanto en esta hermosura, que en ella tendrían fijo su asiento, sino tuviesen que recorrer todo su hemisferio.» En la guarnicion que sirve de adorno á aquellas medallas se lee la siguiente inscripcion: «Dese gloria perpetuamente al señor de ella; sea perpetuo el reino en el señor de él.»

Dos graciosos arcos colaterales, dan entrada á dos alhamies, formados en el hueco de la pared; y otro en el testero, que dá entrada á las habitaciones interiores.

MIRADOR DE LINDARAJA. Por la sala anterior se entra á un recinto cuadrado con vistas al jardin de Lindaraja; y cuyos adornos son mas abundantes que en lo restante del palacio. El arco de entrada es afestonado, y el interior forma boveditas con graciosos arcos. La imposta descansa en una galeria, y en el ma-

chon de la derecha hay esta leyenda: «Solo Dios es vencedor y dese gloria a nuestro rey y Señor Abu-Abdallah.» En el marco en verso africano: «El que me viere me tendrá por una hermosa que conversó con la fuente.» A los lados: «Cuando considera la belleza el que me mira omnia la ensalza y superior la encuentra a todo lo imaginado.» En el mástil de la izquierda solo se puede leer: «Este es un alcazar de cristal, el que lo mira le parece una fuente que reposa y se derrama.» En una cenefa de azulejos con preciosas labores se lee: «Solo Dios es vencedor. Conceda Dios su perpetuo auxilio y victorias a nuestro Señor Abu-Abdallah, emperador de los fieles; solo Dios es vencedor.» Y en el de la izquierda: «Solo Dios es vencedor; dese honor y alabanza al rey nuestro señor Abu-Abdallah, hijo de nuestro señor Abul-Hagiag.» Hay otras varias inscripciones que por gastadas no pueden leerse. Tiene un ajimez al frente dos más pequeños a los costados. En el recuadro del primer ajimez hay un letrero africano, que dice así: «Dios es por sí la misma bondad. Es misericordiosísimo sobre todo y su verdad la mas grande.» Todos los demás adornos corresponden a los ya descritos.

SALA DE LAS FRUTAS. Desde el mirador de Lindaraja se pasa por un corredor a la Sala de las frutas, en la cual no existe nada notable, y llámase así por algunos bajos-relieves pintados en el techo, que representan flores con frutas.

GALERIA. Este corredor comunica la sala anterior con el tocador de la sultana ó de la reina. Está sostenida por columnas de mármol blanco; y desde ella se descubre la vistosa decoración que presenta el valle del Darro, y una gran parte de la ciudad. Una alfombra de verdura esmaltada de casas de recreo; multitud de edificios agrupados en las faldas del cerro del Albaicin, y la cordillera de montañas de San Mignel y Sacromonte, forman un panorama digno de observarse.

TOCADOR DE LA SULTANA. Llámase también *peinador de la reina*. Es un templete que estaba destinado para Mirabú

oratorio, desde el cual se disputa de las mismas vistas que desde la galería de que se ha hablado anteriormente. Es de pequeña estension y cuadrado. Su pintura está restaurada así como también la galería que lo rodea, descansando en columnas de mármol. El artesonado es de ensambladura formando preciosas grecas y particulares caprichos. En el suelo de una antesala que está a su entrada hay colocada una loza perforada; que es de creer servirla para perfumarse. Sobre las farjas que figuran pilas en sus ángulos existe una inscripción que no puede leerse; pero que decía «En el nombre de Dios que es misericordioso. Sea Dios con nuestro Señor y profeta Mahoma y a los suyos y a sus amigos salud infinitas veces. Y salvacion. Dios es la lumbré del cielo y de la tierra; es lámpara de lámparas; constelación luciente que arde con óleo santo no occidental ni oriental, que alumbrá sin locarse, y es luz sobre luz. Dios guía con su lumbré a quien le place. Dios es dador de los proverbios, a las gentes. Dios es sabio en todas las cosas.»

PATIO DE LA REJA. Llámase así por la que existe en su corredor alto; creyéndose vulgarmente que sirvió de cárcel a doña Juana la Loca; pero hay datos de haberse colocado con posterioridad en el año de 1639.

JARDIN DE LINDARAJA. Entapizado con flores y arrayanes y cubiertas sus paredes con limoneros, naranjos y acacias, presenta la mas halagüeña perspectiva. En su centro hay una magnífica fuente, y está rodeado de una galería sostenida por columnas árabes. Tomó su nombre de Lindaraja, hija del alcaide de Málaga, y esposa de Nazar, hermano del rey Josef.

SALA DE SECRETOS. Proxima al jardin anterior se halla la sala de los Secretos, llamada así porque siendo su bóveda acústica, cualquier sonido aunque muy leve se trasmite desde uno a otro ángulo.

SALA DE LAS NINFAS. Esta estancia es llamada de las Ninfas por las que hay de mármol colocadas en sus machones. Es digno de examinarse por su mérito artístico el bajo relieve que se vé en un medallon sobre el arco interior, que representa una escena de Júpiter y Leda.

BAÑOS. Están contiguos al Jardin de Lindaraja, y se componen de dos piezas: en una están las pilas de mármol, que servían á los reyes, y otra interior con baños mas pequeños que eran los destinados á los infantes. Sobre el primer cuerpo corre una galería, en la cual segun se cree, se colocaban los músicos, con el objeto de que aquel acto se hiciese mas voluptuoso. La luz del aposento en que están colocadas las pilas es tan tenue, que no presta calor alguno, ni aun en los dias mas ardientes del estío. Se construyeron en el Reynado de Mohamed V.

CAPILLA REAL. Entre los adornos árabes de esta sala se hallan mezclados otros de la dominacion cristiana; y entre ellos las columnas de Hércules. Nada de particular ofrece esta estancia, que deba llamar la atención. En su altar hay un cuadro que representa la adoracion de los reyes; y en una antesala, cuyo hecho merece ser examinado por el primor de sus colores, se ve una ventana, por la cual, es comun opinion, que Aixa, llamada la *horra*, puso en libertad á su hijo Boabdil, para que situándose en el Albaicin y poniéndose á la cabeza de los enemigos de su padre, principiase las hostilidades, á fin de que aquel abdicase en él la Corona.

SALON DE COMARECH. Precede á este suntuoso salon una galería en la cual fué asesinado Abul-Walid, quinto rey de Granada, en el año de 1322 por los amores de una cautiva. Entre esta galería y aquel salon hay una pieza ó antesala, cuyos adornos y sus colores merecen atencion. Llámase salon de Comarech ó de embajadores, ya porque en él abunda una labor llamada *Comargia*, y ya por que era el lugar destinado á dar audiencia á los enviados de otras potencias. Tiene 160 pies cúbicos; y sus paredes 68 de altura. Sus adornos á estilo persa son dignos de admirarse. Esta estancia que es la mas suntuosa y magnífica de todo el palacio, recibe luz por tres ventanas abiertas en cada uno de sus costados; su puerta tiene 12 pies de longitud y 16 y medio de altura; y su pavimento que es de ladrillos era antiguamente de mármol blanco, y en su centro habia una fuente, que segun algunos era la que hoy está colocada en el

patio de Lindaraja. En una cenefa interior de esta estancia corre otra de medallones con letreros que dicen; ¡Oh Dios! Alabado seas perpétuamente! ¡O Señor, á tí dirijanse incesantemente acciones de gracias! y sobre aquel adorno se lee en listones con letras africanas: «Dios es el auxilio de todas las aflicciones, y la gracia que tenemos, de Dios dimana.» En la estancia del ajimes del norte hay una inscripcion que dice así: «Desde que amanece hasta que anochece te saluda toda la Arabia feliz y todo el universo. Este es el alto conclave y nosotras sus hijas: yo tengo la gloria en mi género y la preferencia: soy las alas del corazon al que estan pegadas, del corazon donde tiene su origen la fuerza del alma y del espíritu. Los signos del cielo son mi adorno, y solo me falta el resplandor del Sol que entre ellos gira. Mi glorioso señor Josef cubrióme con vestido de alegría y primor: me hizo trono régio y me dió alteza igual á la de la luz, á la del tálamo real, á la del trono de Dios.» Por último en este suntuoso salon fué donde el rey Abul-Fissen contestó á los enviados de Castilla, que le reclamaban las parias atrasadas, que ya en Granada no se labraba moneda, y si solo puntas de lanzas.

HAREM. Segun tradicion estaba situado sobre el templete de Lindaraja ó mirador de la Sultana.



otros secundarios emanados de ellos. Sangran al Rio Genil cuatro acequias que se abrieron en el reinado de Alhamar, las cuales no solo surten á Granada y riegan los pagos correspondientes á su término, sino que surten tambien de agua á Churriana, Armilla, Purchil, Ambrós, Belicena, Atarfe y otros pueblos. Del Rio Darro se sacan dos, que se dirigen á la ciudad, y con las cuales riega otra parte de la Vega; y la de la Alhambra, que entrando por Generalife surte aquel barrio, cuya obra se ejecutó en el mismo reinado de Alhamar. Y por último la de Alfacar eg. cutada en tiempo de Mumel y provehe al Albaicin, Alcazaba y Zenete, y da riego á varios pagos de la Vega. La distribucion de estas acequias han tenido algunas modificaciones, pero han sido tan insignificantes, que puede bien decirse que actualmente se encuentran tal cual se establecieron.

PALACIO DE LOS ALIFARES O SEA DEL EGIDO. Era segun nuestros historiadores uno de los suntuosos retiros que tenian los reyes de Granada en el cerro del Sol; cuya arquitectura era igual á la de la Sala de Comarech y tenia á su alrededor amenos jardines y huertas. Servia no solo de recreo, sino de punto seguro en caso de alarma, pues se hallaba completamente fortificado. Hoy no existen ni aun ruinas; pero habiendose hecho varias escavaciones se encuentran algunos cimientos que indican el lugar en que estuvo construido aquel famoso alcazar.

ACUEDUCTO SUBTERRÁNEO. Para dar riego al egido de los Aljares se construyó en el reinado de Aben-Ismael décimo octavo soberano de Granada; un acueducto subterráneo que tiene su principio en la misma acequia de la Alhambra por cima de la Fuente Agrilla. Es una famosa galería que se dirige al cerro del Sol, en el cual y á una inmensa profundidad de su superficie hay un gran albercon que recibia parte de las aguas de dicha acequia; recogiendo en el tránsito por medio de una lumbrera las llovedizas que corrian por el barranco que nace en el algive de la lluvia. Un taladro ovalado y perpendicular á aquel receptáculo desde la superficie, facilitaba la estracion de las aguas por una

noria colocada sobre un arco de rosca de ladrillo, que divide la boca, desde donde corría á otro gran albercon, cuyas ruinas se encuentran inmediatas. Cuasi en el plan del barranco que queda indicado está la entrada de otra famosa galería recta y bastante capaz, la cual conduce á un estenso y elevado anchuron de forma cuadrada, en donde se deja ver el taladro, y desde el cual arrancan los sólidos machones que forman el arco de la noria.

PALACIO DE DAR LA ROCA Ó DE LA HONESTA. Estaba situado no muy distante del anterior; el cual no era menos suntuoso y magnífico, si bien se cree no estaba fortificado como el de los Aljares. En las inmediaciones de estos dos palacios se encuentran algunos otros trabajos subterráneos, cuyo uso se ignora.

ALGIVE DE LA LLUVIA. Se encuentra en la parte superior de la cuesta que desde la huerta de Fuente-peña se dirige á Jesus del Valle. Llámase así por cuanto se cree que solo se surte del agua que llueve; y aunque nosotros no negaremos esta general creencia, juzgamos que debe tener algun otro conducto que lo provea, supuesto que está pleno en todas las estaciones del año y sus aguas claras y cristalinas. Tiene 1764 pies superficiales y cuatro naves; pero la primera se halla hoy completamente obstruida; y se supone que pertenecía a una fortaleza que existió en aquel mismo sitio, y de la cual no se notan los menores vestigios.

CAMPO DE ABABEL Ó DE LOS MÁRTIRES. Se estiende al E. de Torres Bermejas y sus tradiciones nos recuerdan la época en que los cristianos sufrieron el cautiverio mas horroroso, sumidos en las lóbregas y profundas cabernas que habia abiertas en las entrañas del cerro, y á las cuales se bajaba por una escala. Este campo está regado con sangre de los creyentes del Nazareno; y tambien tubieron lugar en él repetidamente escenas sangrientas y horrorosas entre los mismos árabes granadinos, cuando desplegando la ambicion sus formidables formas, los partidos se disputaban la corona del reino de Granada.

PALACIO DE DARLUCT. Era así mismo otro retiro de los

reyes de Granada en la margen derecha del rio Genil, y cuyo sitio se conoce hoy con el nombre de Casa-gallinas; abundaba en su recinto la caza, de la cual se ocupaban muy a menudo los reyes. Se conservan algunos vestigios de él en el cortijo de aquel nombre, que pertenece a dominio particular, cerca del camino de Genes.

PALACIO DE DON NUÑO. Próximo al camino de Armilla y a la derecha del rio Monachil existió así mismo un suntuoso palacio llamado de don Nuño de Lara; y cuya memoria se conserva hoy en el cual estuvo aposentado aquel caballero y otros cristianos el año de 1273, los cuales fueron extraordinariamente agasajados por Mólámed II, en agradecimiento de los servicios que prestaron a su favor en la disidencia de elección de soberano, despues de la muerte de Alhamar.

CASA DE RECREO DE GINALCADI. A la margen derecha del rio Genil y no muy retirado del molino llamado hoy del Capitan, habia otra casa de campo donde tenían efecto por lo regular, las zambras reales. Habia en ella espaciosos estanques de argamasa y barcos proporcionados de remo, que servian en los festines para recreo de los reyes y de la grandeza. Hay tradicion de que este palacio perteneció en los últimos años a Aixa, madre del Rey Chico. Aún restan algunos vestigios de este palacio en murallones de argamasa que se elevan entre la alameda y tierra de labor.

PALACIO DE ABEN-ABID. Conquistada Sevilla por San Fernando el año de 1246, su rey Aben-Abid se retiró a Granada, de donde era soberano. Alhamar. Esté le dió muy buena acogida, cedéndole cuantiosas rentas en las casas de la carta vieja las tierras del cercado alto y otras posesiones de gran importancia en aquella época de donde se han llamado despues heredamientos de Abid. Se conservan en dicho cercado algunas ruinas del palacio y resto de un gran estanque con torreones en sus ángulos, que así como el del Paraguit, servia para fiestas navales; hoy se encuentran estas ruinas cubiertas de vedrás. Tenia el estanque cuatrocientos pasos de circuito, y el grueso de su muralla de nueve pies. Se sur-

tia de agua de la acequia de Alfacar, la cual no muy retirado del sitio llamado la Golilla de Ca tuja, forma un salto verdaderamente digno de admirarse. En el recinto de esta posesion está la Fuente del Corozo, de la salud.

AXARIX O VALLE DEL DARRO. Este valle naturalmente fortificado por su azperaza estaba a cubierto de las incursiones de los cristianos; y por esta causa y la pureza y salubridad de sus aires; los moros mas principales establecieron en él sus casas de solaz y recreo. Este valle, pues, llamado por ellos del deleite; y del paraíso, estaba regado por una acequia del Darro, y contenia multitud de casas de campo, con amenos jardines, huertas y bosques de avellanós. Principiaba en la carrera a que dá nombre aquel rio, y se estendia a sus márgenes, en las cuales se encuentran las famosas fuentes del Avellano, Agrilla, de la Salud, y de la Teja, cuyas aguas medicinales, disfrutaban de la mayor aceptación. No estaban solo dedicadas a este objeto ambas riberas, sino tambien la falda meridional del cerro Ilpultano, ó sea Wall-Paraiso, valle del paraíso; en donde se han encontrado algunos vestigios que así lo prueban. Las auras que en él se respiran son ciertamente las mas dulces y saludables, y por ello se trasladaban a este lugar algunos enfermos, que prontamente recobraban en él la salud; como le sucedió aun principe de Fez, que padeciendo una grave dolencia, fué conducido al Axarix, y aquella desapareció completamente mandando construir para memoria de su munificencia, la gran esplanada que desde la Fuente de la Teja corria hacia el puente del Al-givillo. Para que en ella pudiesen gozar algun deleite los enfermos pobres. Esta obra se conserva hoy una, que muy diferente de lo que era su primitivo estado.

GENERALIFE. Casa de la zambra. Existe aun la mayor parte de este gran retiro de los reyes de Granada, pero completamente restaurado. Es digno de visitarse y admirar sus jardines, sus invernaderos, sus estanques; sus embovedados de laurel, sus fuentes, sus vistosas galerias y el colosal eiprés, que recuerda los amores de una reina de Granada, segun tradicion que ha llegado hasta

nuestros dias. Este palacio, que estaba en su principio comunicado con la Alhambra por un puente de piedra, es un recinto verdaderamente dedicado al recreo y al deleite. Juzgan unos qué fué edificado este retiro por el príncipe Omar Abdelaxis el Lahmi, con el objeto de vivir extraño á la corte, despues de una vida agitada y turbulenta; y otros, que fué obra de un aventajado y rico artifice, que lo cedió al rey Nazar, por haberse prendado de su belleza y proporciones deleitables. Hoy pertenece al marqués de Campotejar, de la familia italiana de Palavicini, y descendiente de Gil Vazquez Rengifo de Avila, su primer alcaide vitalicio; en cuya familia se perpetuó por el rey Felipe IV. En las enjutas de un templete rústico que se alza en el centro del primer jardin, que tiene 22⁷ pies de longitud y 61 de anchura, se lee la inscripcion siguiente en caracteres africanos: «Alabado sea Dios el alto, el poderoso, el sabio, y despues de él nuestro gran profeta el Señor de los musulmanes, el justo, el enviado de Dios, y despues de él su sucesor el rey enaltecido, el emperador de los moros, el sublime Abul-Hagiag, defensor de la ley Santa y de sus creyentes, y despues de él los piadosos y buenos que guardan la ley. Y decid: no hay Dios sino Dios, y Mahoma es su enviado. Alabado sea Dios. El poder la sublimacion y la grandeza sean dados á Dios y el ensalzamiento al gran emperador nuestro. ¡Oh rey decantado, vencedor de sus enemigos! Entrás en la batalla como el rayo, y cabalgando tan velóz como el Alborac, parece que caminas ligero para atravesar el mundo de un extremo á otro. Sálvete aquel que caminaba en una noche espacios inmensos, y sea tu guía el ángel que te guiaba. Sí: despues de haber defendido la secta, ojalá seas recibido en el paraiso con el profeta santo.» En los arcos que desde la galeria dan paso á la primera habitacion, hay otra inscripcion que dice así: «Alcazar hermoso y de gran primor se representa aquí en toda su magnitud: todo lo baña su resplandor con luces de grandeza. Nubes de claridad y bienandanza le rodean por todas partes con magnificencia: digno es de que se le ofrezca dones de alaban-

za como que tiene algo de divino su adorno. Su jardin adornado de flores plantadas con estraña fantasia exhala suaves aromas. Mueve el aire sus ramas y forma dulce armonia como la de una música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores, se deja ver ameno y en una verdura continua. Abul-Walid, el mejor de los reyes, temeroso de la ley de Dios, el que dá reposo á los justos, el poseedor de las dos progrenes, el que protege a los descendientes de Mahoma; el que se hace valer y respetar; el que respeta lo transitorio y pone sus esperanzas en Dios y en sus reyes, es el objeto de mi estimacion. Sálvete Dios y déte buen hado, Señor, y confirme en tí sus altos favores con los que subas al estado mas alto. Siempre tengas acrecentamiento, nunca te falten primores, pues has ennoblecido estas obras. Este aposento aquí dedicado, tiene tanta perfeccion, altura y firmeza, que puede compararse en su duracion á la secta nuestra; es un milagro, un triunfo del arte. Y por eso Dios, soberano apoyo de todo lo grande, ten á bien aceptar esta obra que tu amparo le dará firmeza, y con él se hará digna de tí y de tu imponderable ventura, y brillará en ella la luz, el reposo, el resplandor, el respeto, la honra y la bondad de su Señor, que será la última perfeccion de la nobleza.» En una de las paredes de dicha habitacion se lee otra inscripcion, que es como sigue. «Ismael es entre todos el mayor, el mas grande y el mas aventajado. Dios le dió fama y reinos para mandar y donde alcanzar gloria escelsa. Si á su grandeza sirvieres, serás honrado como son los reyes que él procreó, y cuya descendencia hoy le imita. El dá vida á los sedientos como las constelaciones del invierno, y con la fuente inagotable de su ciencia fomenta la union y mantiene la secta. La ventana que está primera en este dichoso palacio, es para regocijo y uso de la nobleza. Su vista llena de encantos entretiene los ojos y lleva el corazon para dar á Dios gracias. La fuente que desde ella se descubre con su agua y su frescura es la ensalzada de todas, y no se puede mejorar: solo la presencia de su rey y señor la hacen mas preciada.»

La versión de estas inscripciones nos evita hacer un encomio de lo que fué este palacio en tiempo de los árabes, y el que apesar de hallarse cuasi todo restaurado, como se ha dicho, debe visitarse para ser admirado. Sin embargo, debemos llamarle la atención particularmente sobre los retratos que existen en una estancia moderna, entre los cuales se encuentran como principales el de Cid-Hiaya, el de Muley Hacén, el de Boabdil y otros.

BAÑO DE LAS DAMAS. Es un estanque de sesenta pies de longitud y 35 de latitud, situado próximo á Generalife, y que según se cree estaba destinado para baño de las odalisas. Cercano á él se ven unas ruinas, al parecer un departamento de descanso, y se conoce con el nombre de *Peñador de las Damas*.

ALBERCÓN DEL NEGRO. En el mismo cerro en cuya falda se halla Generalife, se ven las ruinas de otro albercón, al cual le ha dado nombre una tradición, por cierto peregrina; se cree estubiese destinado para juegos náuticos, recibiendo el agua de la noria, que próxima á él se hallaba.

LA RAUDA. Era un panteón árabe situado en el arranque del cerro de San Miguel; que se bendijo después de la conquista. Hoy se vé en aquel sitio una cruz á que se le da el nombre de Cruz de la Rauda.

CARMEN DE PASCACIO. Entre otros del camino del Sacromonte se encuentra uno que perteneció á un genovés; cuyo nombre tomó también el cármén. Era suntuosísimo; y apesar de que hoy solo quedan vestigios de su grandeza, deben examinarse algunos fragmentos de columnas y bustos que aun existen en él.

FUENTE DEL PISO. Es memorable porque en ella tenían efecto por lo regular los duelos de los guerreros árabes. Se encuentra en la planicie de la vega, al oriente de Santafé en un sitio ameno y deleitable; tiene una tradición de las mas interesantes de nuestro país.

FUENTE DE ALFACAR. Ya dijimos en otro lugar que este manantial surtía de agua á una parte considerable del vecindario de Granada y aun regaba mucho terreno de su vega; por lo que ahora solo nos concreta-

remos á decir que sus grutas estaláctitas son dignas de visitarse, puesto que en ellas deben admirarse sus formas y la perspectiva que presentan propiamente de cristal.

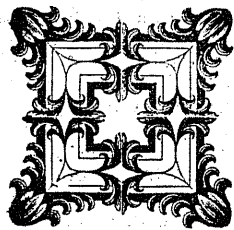
EL LAUREL DE LA ZUBIA. En esta poblacion que dista de Granada una legua, existe aun una casa desde cuyo mirador vió Ysábel la Católica la ciudad de los veinte reyes, y presenció la gran batalla que se empeñó entre su huerte y la del rey de Granada, cuando á esta ciudad se puso el sitio de que resultó su rendición. Tambien se conserva el laurel, junto al cual dirigió al Todo Poderoso en sus plegarias para que el éxito de aquella acción fuese favorable á su santa causa.

SOTO DE ROMA. Retirada de Granada dos leguas y media tenían sus soberanos otra casa de recreo llamada Saob Roman (Soto de Granada) dedicada á la distracción de la caza, con un suntuoso palacio, de que queda memoria, en la mal llamada hoy casa Real. Habia en este retiro vistosos jardines y frondosas alamedas; y no muy apartado de él tenían tambien otras casas de deleite, cuales eran Alachar, Ansola y Cijuela, que hoy son cortijadas ó poblaciones de corto vecindario.

PALACIO DE ANDARALICU. Corrompido en Andaral. En este terreno, y sitio que hoy ocupa el cortijo de Cortes bajo, existió otro retiro destinado á la caza. Esta casa de campo está construida sobre los cimientos del antiguo palacio, y se observan en ella muchos vestigios de él. Al frente hay un espacioso barranco llamado del rey, en donde se cree estaba el coto y apostadero para las personas reales. En la parte culminante de una colina que se alza al norte, hay ruinas de un castillo que serviría, al parecer para defender la casa real; y al frente de ella, en un costado hay una cueva abierta á pico con varios departamentos. En la circunferencia del cortijo se descubren muchas ruinas de antiguos edificios.

ESPADAS ARABES. Está vinculada en la casa de Campo-tejar una espada que perteneció á los reyes granadinos, del mayor mérito. La empuñadura está adornada con dos cabezas de elefante primorosamente trabajadas

de marfil, esmalte y filigrana; y su parte lisa enriquecida con divisas árabes de la misma materia; el temple de la hoja es inimitable; y la vaina de finísimo cuero labrada con el mejor gusto y delicadeza.



APÉNDICE.

CASA DE BAEZA. En la parroquia de S. José en una callejuela no muy retirada de la iglesia se halla una casa, que aunque muy deteriorada, conserva algunos restos árabes; entre ellos unas magníficas columnas de almendrado de Loja, y sobre la puerta en caracteres cúficos, esta inscripción. «Dios es la unidad, Dios es la columna del mundo. No engendra ni ha sido engendrado, ni tiene parientes.» Su sentido prueba que perteneció á algun alto personaje.

Baños Públicos. Estaban situados en la calle del agua, cuyos vestigios se conservan en una casa, y en otra inmediata se halla una lápida que perteneció á aquel establecimiento, con una inscripción que dice: «Dios me ayude contra el ángel malo, tentador y que todo lo turba con las piedras que arroja. En el nombre de Dios misericordioso, que tiene la salvación para sus amigos y aliados. Decid: Dios es la unidad única, Dios es la columna del mundo. El creó las aguas y las llevó al cielo entre el manto de las nubes para que se bañaran los ángeles y las estendió sobre la tierra para que se purificasen los hombres. El baño es saludable y delicioso. El que quiera tener el alma limpia ha de tener limpio el cuerpo; las manchas del cutis son

espejo de las manchas interiores: Dios quiere la purificación y la limpieza. Es el símbolo de la pureza. El es mi fortaleza, mi pensamiento; y no hay Dios sino Dios que es mío, sin mezcla ni composición.»

MERCADO PÚBLICO. Existió en la misma calle y sobre su puerta se leía lo siguiente: «Las bendiciones de Dios sobre sus creyentes. Entra y vé como Dios provee á los suyos. El que cree, halla su providencia en Dios y el sustento de su vida, vé la bendición del Señor. Los bienes de la tierra salen de su mano y el precio justo y la abundancia. La comida, la bebida y el fuego son de Dios. No hay magestad ni grandeza sino en él. A Dios sea dada la alabanza.»

CASA DEL HARNEZ. Era de un poderoso moro que la ha legado su nombre, y está situada en frente de la torre de S. Nicolás. Hay en su corredor una leyenda que dice: «Dios ha puesto vanda impenetrable delante de los ojos y obstáculo eterno delante de sus manos no puede obrar ni ver»... el resto de ella está ininteligible. En los capiteles de las columnas que son de mármol negro se lee: «Dios es eterno, Dios es rey, Dios impera.»

CASA DE DARALBAIDA. En la calle de Maria la Miel, cuyo nombre era *Ansalgab*, algive de la miel por la frescura y salubridad de las aguas del que en ella existe, no muy retirada del lugar en que aquel se encuentra se halla aquella casa, cuyos restos prueban su antigua grandeza en la cual se conservaba en piedra una inscripción, que vertida al castellano dice así: «Dios soberano y bien hechor creó todas las cosas y les dió perfeccion. El con su aliento dió vida á Salen. Alhamar que buscando las delicias de esta tierra de Paraíso vino del Africa. Trájolo el espíritu de Dios y por eso quiere llamarle su padre y ser llamado su hijo.»

FIN.

INDICE.

PARTE HISTÓRICA.

Capítulos.	Páginas.
CAP. I. Iliberi.-Su fundacion.-Su estado durante las guerras púnicas.-Su decadencia.-Fomento de la comarca Iliberitana.-Pogreso de la agricultura, de la industria, del comercio y de las artes.-Cristianismo.-Concilio Iliberitano.	9
II. Las naciones del norte.-Su influencia en el país Iliberitano.-Acontecimientos anteriores á la invasion de los africanos.	13
III. Invaden los africanos el país granadino.-Su entrada en él.-Sus medidas para el orden público.-Abdelaxiz visita nuestra comarca.-Su conducta.-Distribucion del territorio.-Lucha en carnizada que produjo.-Conjuracion en	

	Elvira.-Abderraman entra en nuestro territorio.-Guerra civil.-Batalla de Almuñecar.-Tranquilidad.-Nueva Guerra.-Fundacion de la Alcazaba.-Se restituye la paz.	16
IV.	Guerra religiosa en en el pais granadino.-Nuevos aspirantes al califato.-Le dan mayor incremento.-Se hace la comarca granadina el teatro de ella.-Tranquilidad.	22
V.	Régulos de Granada.-Se principia á poblar la alcazaba.-Campana en la comarca granadina.-Un nuevo ejército africano la invade al mando de Iuzuf, principe de los almoravides.-Toma de Granada.-Se engrandecé esta ciudad y se aumenta su poblacion.-Escursion de Alonso VI sin resultado alguno favorable.-Invasion de Alonso el batallador.-Sus desfavorables resultados.	27
VI.	Tranquilidad.-Nueva guerra -Sitio de Torres Bermejas.-Capitulacion.-Se retiran los almoravides á Almuñecar.	34
VII.	Losalmohades.-Guerra.-Tranquilidad -Campana de los cristianos. Ocupan á Loja.-Trégua.-Conjuracion en la Alpujarra.-Nueva lucha.-Aben-Hud toma á Granada.-Albamar se proclama rey.	38
VIII.	Mohamed.-Aben-Albamar.	44
IX.	Mohamed II	53
X.	Mohamed III.	59
XI.	Nazar (Al-Nazar el defensor.	63
XII.	Hismail Abul-Walid.	68
XIII.	Mohamed IV	76
XIV.	Juzef Abul-Hagiag.	82
XV.	Mohamed V.	85
XVI.	Hismail II.	88
XVII.	Abud-Said (el bermejo)	91
XVIII.	Mohamed V recobra el trono	95
XIX.	Aben-Abdallah-Juzef.	98

XX.	Mohamed VI.	103
XXI.	Juzef III.	110
XXII.	Mohamed VII (al-hazari, el izquierdo.)	121
XXIII.	Mohomed VIII (al zaquir, el jóven.)	124
XXIV.	Mohamed VII recobra el poder.	128
XXV.	Juzef IV.	142
XXVI.	Mohamed VII recobra el trono por segunda vez.	144
XXVII.	Mohamed IX (el Anaf, cojo.)	156
XXVIII.	Hismail Aben Hismail III.	167
XXIX.	Ali Mulech Abul-Hiscen-Aben-Hismail, (el xeque, mayor)-Sube al trono.-Tribus granadinas. Se le revela el alcaide de Málaga.-Es vencido.-Correrias de los granadinos.-Principios de la guerra civil.-Duelo de dos caballeros cristianos en Granada.-Siguen las cabalgadas de los musulmanes.-Proyecto de Abdallah, hermano de Mulech. Se hostilizan.-Su reconciliacion -Paz en Granada -Situacion de la corte castellana.-Muere Enrique IV.-Ciñen la corona Isabel y Fernando.-Trégua.-Embajada.-Repudio de Aixa.-Se agitan los partidos granadinos.-Se desposa Mulech con Isabel de Solis.	176
XXX.	Situacion de Aixa.-Fiestas.-Fatales resultados.-Proyectos del infan'e Abdallah.-Toman los moros á Zahara.-Consternacion en Granada.-Correria de Abul-Hiscen.-Toma de Albama por los cristianos.-Sentimiento que causó este suceso en Granada.-Sale el rey á recobrarla.-Sitio.-Hecho heroico de Hernan Perez del Pulgar.-El duque de Medina Sidonia marcha á socorrer á los sitiados.-Mulech levanta el sitio y se retira.-Entra el duque en Albama.	189
XXXI.	Situacion de Granada durante la au-	

- sencia del soberano.-Triste sensacion que causó su vuelta.-Proyecta un segundo sitio y el pueblo se tranquiliza.-Se pone en marcha.-Pone el cerco.-Asalto infructuoso.-Mulech alza el campo y se retira.-El rey Fernando en Alhama. 214
- XXXII. Conspiracion en Granada. Estalla la guerra civil.-Es proclamado rey Abu-Abdallah.-Mulech se retira á Málaga.-Tala en la vega de Granada.-Sitio de Loja.-Es vencido el ejército cristiano y se retira.-Cabalgada de Abul-Hiscen.-Nuevo sitio de Alhama.-Acude el rey Fernando.-Se levanta el asedio.-Los moros toman á Cañete. 219
- XXXIII. Derrota de los cristianos en los montes de Málaga.-Batalla de Lucena.-Queda prisionero Abu-Abdallah.-Melech vuelve á Granada y recobra el trono. 225
- XXXIV. Sale á campaña el rey de Castilla.-Libertad de Abu-Abdallah.-Vuelve á Granada.-Derrota de los moros.-Se recobra á Zahara.-Continúa la guerra civil.-Talas en territorios de Málaga y Granada. 232
- XXXV. Continúa la guerra civil.-Proyecto del infante Abdallah.-Acontecimientos de Almería.-Cabalgada del conde de Cabra.-Fernando abre la campaña.-Toma de algunos pueblos en la comarca de Málaga.-Derrota de los cristianos junto á Moclin.-Vence el Zagal á los caballeros de Calatrava junto á Alhama. 237
- XXXVI. Destitucion de Abul-Hiscen.-El Zagal es proclamado rey.-Muerte de Mulech.-Continúa la guerra civil.-Tregua entre el Zagal y su sobrino.-Cerco de Loja.-Se rinde.-Conquista de Illora, Moclin, Montefrio y Colomera. 244

- XXXVII. Guerra civil.-Abre Fernando la campaña.-Sitio de Velez Málaga.-Sale el Zagal de Granada para levantarle.-Se dispersa su ejército.-Su destitucion del trono. Se rinde Velez Málaga. 249
- XXXVIII. Marcha el ejército cristiano sobre Málaga.-Se pone sitio.-Situacion angustiosa de la ciudad.-Atentado de un santón.-Descontento de sus habitantes.-Hacen los sitiados una salida.-Crece la hambre.-Se rinde. 257
- XXXIX. Situacion de Boabdil y el Zagal.-Algar de los moros.-Toman los cristianos algunas plazas.-Continúan aquellos sus correrías. 273
- XL. Sale el rey Fernando á campaña.-Toma algunas plazas.-Sitio de Baza.-Acontecimientos ocurridos en él.-Conspiracion en Granada.-Actividad de la reina para proveer de víveres al ejército.-Isabel se presenta en los reales.-Capitula Baza.-Se entregan otras plazas. 276
- XLI. Convenio entre el Zagal y Fernando.-Aquel entrega á Guadix y Almería.-Efectos que causó en Granada este convenio.-Crítica situacion de Abu-Adallah.-El rey de Castilla le intima la entrega de Granada.-Contestacion negativa.-Rompe Boabdil las hostilidades. 286
- XLII. Abre la campaña el rey cristiano.-Granada.-Tala general en la vega.-Escaramuza.-El Zagal se presenta en los reales y ofrece á Fernando sus servicios.-Disgusto que causó este hecho y conmocion en Granada.-Correrías de los moros.-Sitio Boabdil á Salobreña.-Levanta el asedio.-Conspiracion en Guadix.-El zagal se retira á Africa. 292

- XLIII. Fernando en la Vega de Granada.-Tala en la Alpujarra.-Sitio de aquella ciudad.-Hazañas de Pulgar.-Llegada de Isabel al campamento.-Batalla de la Zubia. 301
- XLIV. Incendio del Real Cristiano.-Confusion que en el ocurrió.-Tala de la vega.-última batalla.-Queda la victoria por los cristianos.-Se retiran al mismo campamento.-Construccion de la ciudad de Santafé. 309
- XLV. Cuadro lastimoso de los habitantes de Granada.-Crítica situacion de Abu-Adallah.-Se entablan negociaciones secretas para capitular.-Entra Gonzalo de Córdoba en Granada.-Condiciones importantes de la capitulacion.-Se aprueba y se suscribe por los reyes de Castilla. 314
- XLVI. Situacion de los granadinos -Conmocion popular.-Se rinde Granada.-La ocupa el conde de Tendilla.-Entrada de Fernando é Isabel. 320
- XLVII. Embajada al Papa.-Disposiciones de los reyes.-Premio á los conquistadores. Colon en Granada.-Espulsion de los judios.-Los moros intentan la reaccion.-Tranquilidad.- Salen los reyes para Córdoba. 325
- XLVIII. Se retira Abu-Abdallah á Africa.-Disgusto de los moros.Título de Católicos á los reyes de Castilla.-Progresos en la conversion de los infieles.-Fernando é Isabel vienen á Granada.-Es llamado Cisnerós para cooperar á la conversion.-Su conducta.-Medidas que adoptó.-Reflexiones sobre ellas.-Motin en Granada.-Talavera lo tranquiliza.-Nuevas reflexiones.-Desagrado de los reyes católicos.

- El cardenal sigue en sus proyectos de violencias.-Consigué la promulgacion de una ley para que todos los moros se bauticen. 334
- XLIX. Alzamiento de los infieles.-Preparativos hostiles.Amnistia.-Batalla en Sierra-Bermeja.-Muerte de don Alonso de Aguilar.-Sale Fernando á campaña.-Restablece la tranquilidad.-Reciben el bautismo los moros.-Los reves católicos en Granada.-Sus disposiciones.-Muerte de don Miguel, príncipe de la Paz.-Ereccion del cuerpo municipal.-Ereccion de la catedral, colegiata y parroquias. 340
- L. Disgusto de los moros.-(Observaciones.-Reclamaciones al Soldan de Egipto.-Se terminan felizmente.-Muerte de Isabel.-Se conduce su cadáver á Granada.-Se traslada a ella la Chancilleria.-Muerte del rey católico.-Cisneros regente.-Carlos I en Granada.-Se traslada á ella la inquisicion de Jaen.-Situacion posterior del pais. 347
- LI. Continuan la persecucion de los moriscos.-Arbitrariedades de los ministros civiles y eclesiásticos.-Providencia definitiva del trono.-Los moros reclaman su revocacion.-Se les deniega.-Atrocidades ejecutadas por los monjes.-Eleccion de rey.-Alzamiento general.-Entrada de Aben-Farag en Granada.-El Albaicin permanece tranquilo.-Se jura el nuevo rey.-Escesos que cometieron los insurrectos.-Carácter de Aben-Humeya.-Medidas de las autoridades.-Sale á campaña el marqués de Mondejar.-Sus operaciones militares.-Sus adelantos y sus proyectos.-El marqués de los Velez.-Ocurrencias en Gra-

- nada.-Estado de la guerra. 353
- LII. Don Juan de Austria en Granada.- Regresa á la capital el marqués de Mondéjar.- Correeria de Aben-Humeya.- Se alzan los pueblos que ya conocian obediencia á Felipe II.- Pronunciamiento de otros próximos á la capital y los de la sierra de Bentomiz.- Espugnacion de Frigiliana.- Escaramuza.- Pronunciamiento de las poblaciones del rio Almanzora.- Medidas adoptadas en Granada.- Dorrota de Aben-Humeya.- Conjuracion contra él.- Su muerte.- Aben-Aboo es elegido rey.- Asedio de Orgiva.- Victoria de los moriscos.- El infante en campaña.- Sus operaciones militares en el territorio de levante.- Pasa á la Alpujarra.- Sus disposiciones.- Se entregan los moriscos.- Muerte de Aben-Aboo.- Conclusion de la guerra. 363
- LIII. Se descubren las cuevas del Sacramento.- Láminas de plomo que se encuentran en ellas.- Reliquias martiriales.- Proceso.- Sinodo.- Calificación.- Epidemia. 371
- LIV. Motin en Granada.- Autos de fé.- Epidemia.- Cadalsos.- Azamientos. 389
- LV. Revolucion europea.- Epidemia.- Acontecimientos en Granada.- Patibulos.- Entrada de los franceses.- Terror de los granadinos.- Guerra sin trégua en nuestro pais.- Enérgicas medidas del gobierno francés.- Sus obras de defensa.- Las destruyen á su retirada.- Se atraen el afecto de los granadinos durante su permanencia en la ciudad. 397
- LVI. Efectos de la invasion francesa.- Prisiones en Granada.- Se proclama la constitucion de 1812.- Situacion del pueblo.- Faccion en las inmediaciones

- de la capital.- Sale la milicia nacional en su persecucion.- Hace algunos prisioneros.- Prisiones de personas sospechosas.- Pasquines.- Motin.- Asesinatos en las cárceles.- Desgracias junto al Puente de Cubillas. Milicia nacional.- Entrada de los franceses.- Caída de la constitucion. 404
- LVII. Triste situacion de Granada.- Espontaneamientos.- Junta de Purificacion.- Indice inverso.- Procesos.- Patibulos.- Pedrosa.- Rumi.- Doña Mariana Pineda.- Terremotos. 411
- LVIII. Situacion de España.- Amnistia.- Se desarman los realistas.- Milicia urbana.- Cólera morbo.- Creciente del rio Darro.- Alzamiento de 1835.- Pronunciamiento de 1836.- Los facciosos.- Fusilamientos. 423
- LIX. Pronunciamiento de 1840.- Alzamiento de 1843.- Sitio de Granada.- Conflictos.- Dia 5 de octubre.- Sus consecuencias.- Desarme de la Milicia nacional.- Alarma en 1847.- La emperatriz de Francia.- Cólera morbo. 427



SEGUNDA PARTE.

PARTE TOPOGRÁFICA, DESCRIPTIVA
Y ARQUEOLÓGICA.

GRANADA CRISTIANA	433
Illiberi.	434
Ilipula.	440
Nativola.	441
Villa de los judios.	443
Topografía, caminos, impuestos, ar- quitectura, baños y minas.	444
Cristianismo.	445
Noticias estadísticas del reino de Gra- nada despues de verificada la conquis- ta en 1492.	446
Provincia de Granada.	447
Granada capital de la provincia de su nombre.	467
Piazas.	474
Paseos	476
Establecimientos públicos.	481
Parte religiosa.	496
Parroquias y sus anejos.	504
Conventos.	509
Contornos de Granada cristiana.	519



GRANADA ARABE.

Reino árabe de Granada.	525
Descripcion de Granada árabe.	539
La Alhambra.	551
Palacio árabe.	559
APENDICE.	579